

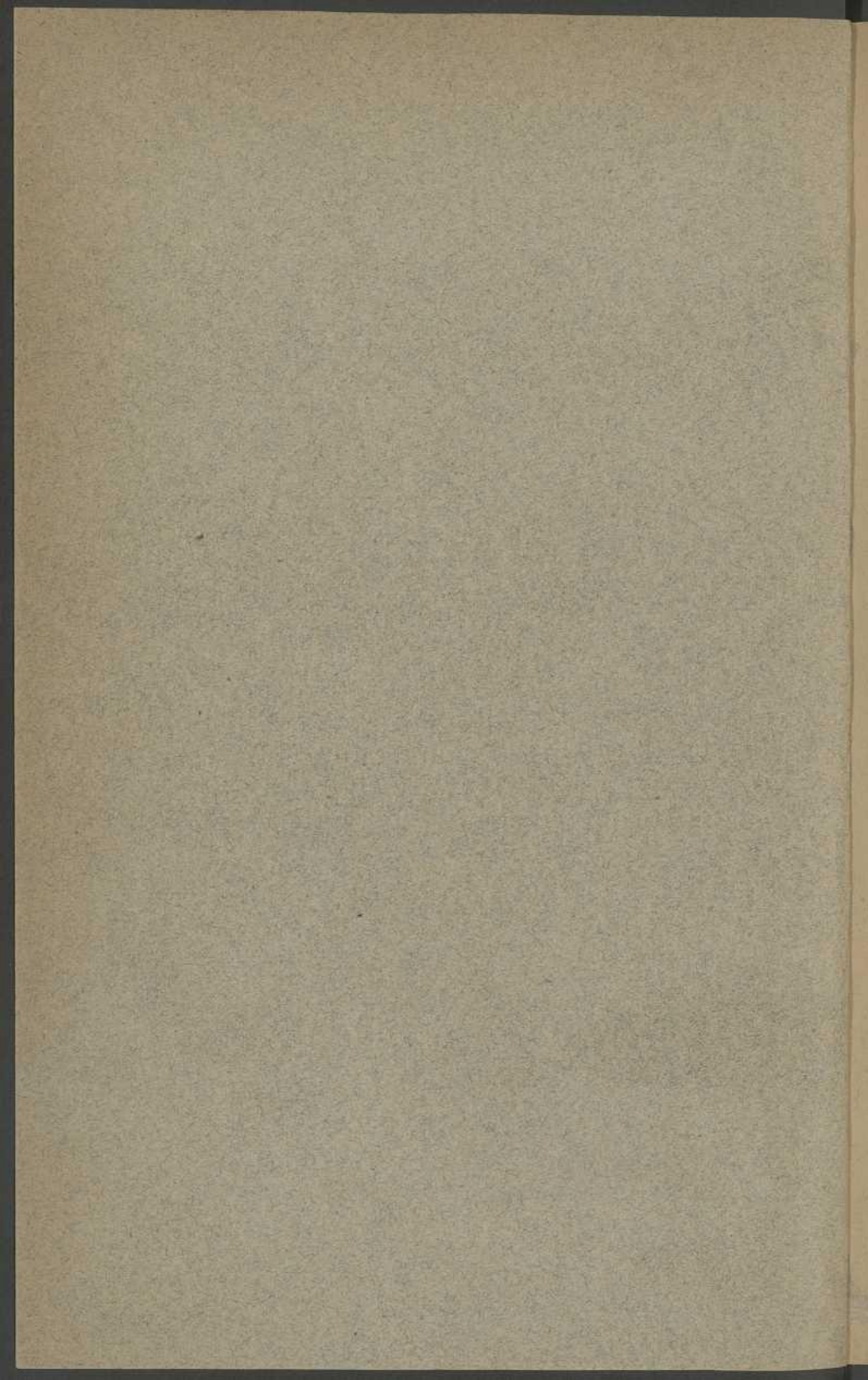


15353

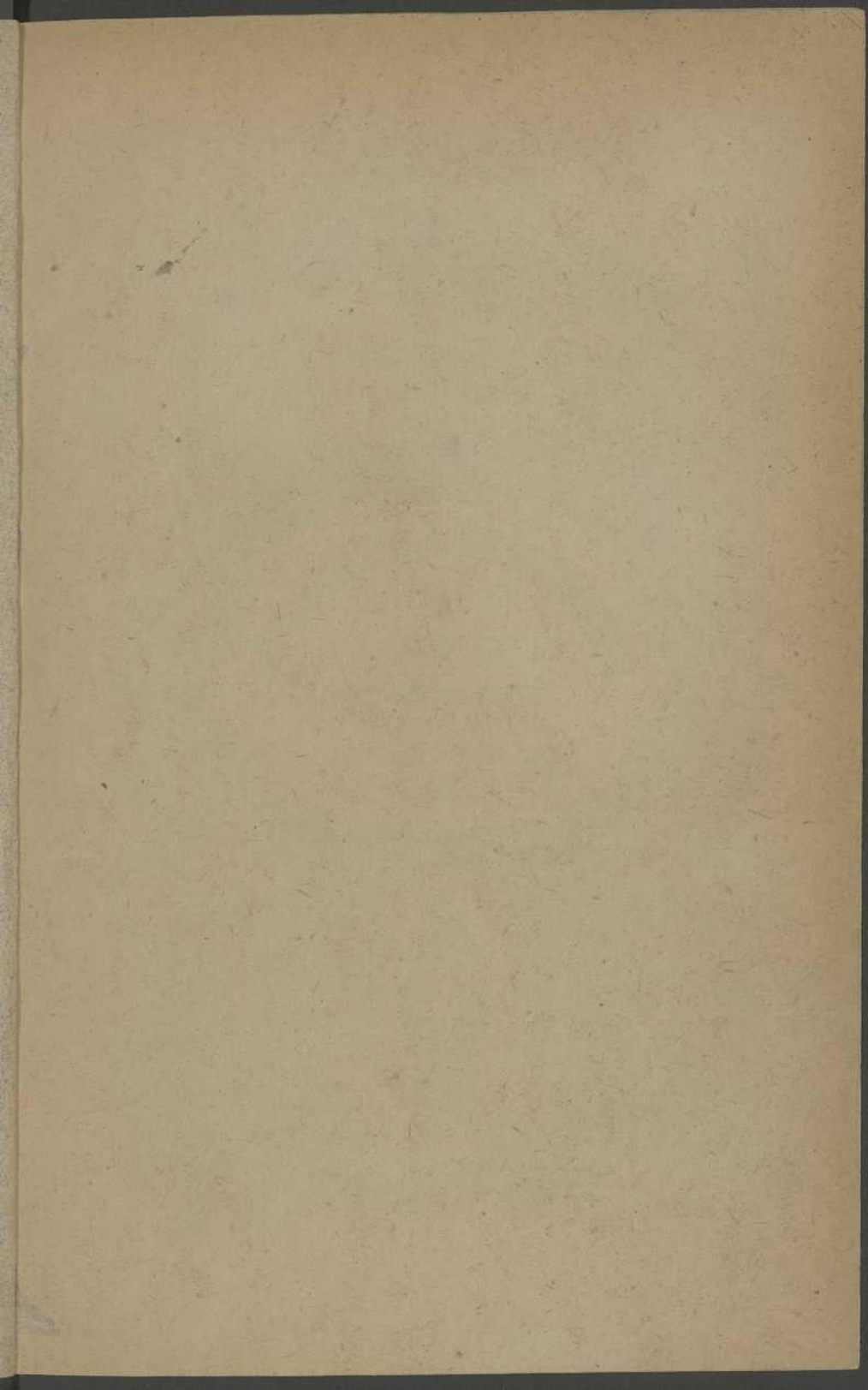
~~15353~~

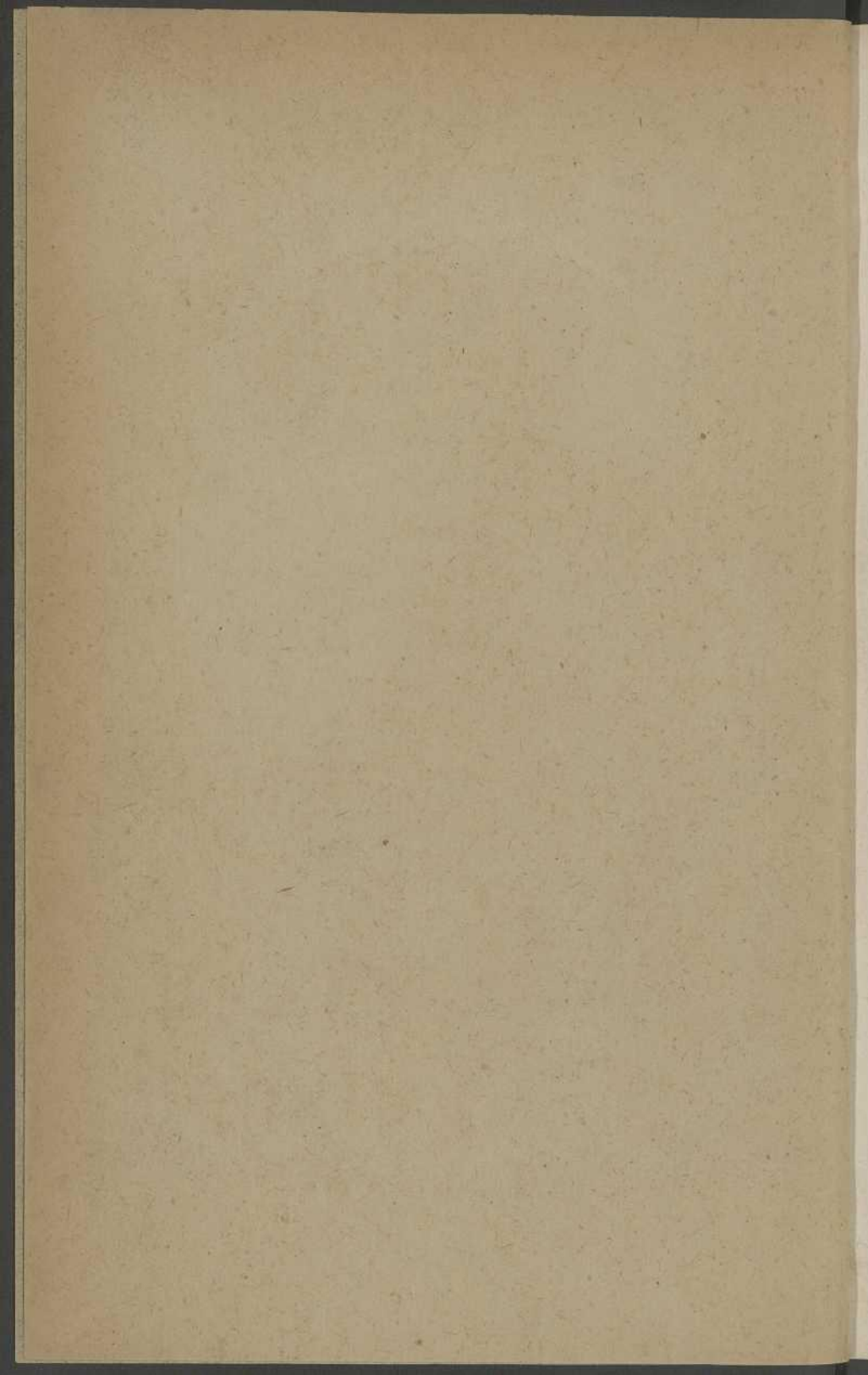


34  
—  
208













LA ESTRELLA DE NAZARETH  
 LEYENDAS  
 Y TRADICIONES  
 DE TIERRA SANTA  
 Sobre la Santísima Virgen  
 MARIA



Com. lit. Herófica

ESTABLISHED

DEPARTMENT

OFFICE

GENERAL

SECRET

RECEIVED

NOV 10 1898

U.S. DEPARTMENT OF THE INTERIOR



# LA ESTRELLA DE NAZARETH,

LEYENDAS Y TRADICIONES DE TIERRA SANTA

SOBRE

LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA,

tomadas en presencia de los sagrados libros y principales escritos de los autores católicos  
FLEURY, ORSINI, GERAMB, POUJOLAT, MISLIN, D'HERBELOT, BONAULT, ASTOLFI,  
MEDARD, DE BARRY, CHATEAUBRIAND, LAMARTINE, etc., etc.,

POR

D. LUIS GARCÍA LUNA.

Edición de lujo con veinte magníficas láminas á dos tintas y una preciosa portada  
en oro y colores.

DEDICADA Á NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PIO IX.

CÓN LICENCIA Y PREVIA CENSURA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

TOMO PRIMERO.

MADRID.

MARZO — EDITOR — JACOMETREZO, 72.

1868.

LA ESTRELLA  
DE NAZARETH

DEVOCIONES Y TRADICIONES DE TIERRA SANTA

LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

---

Es propiedad del editor, quien se reserva todos  
los derechos que la ley le concede.

---

DE LUIS GARCÍA MINA

TOMO PRIMERO

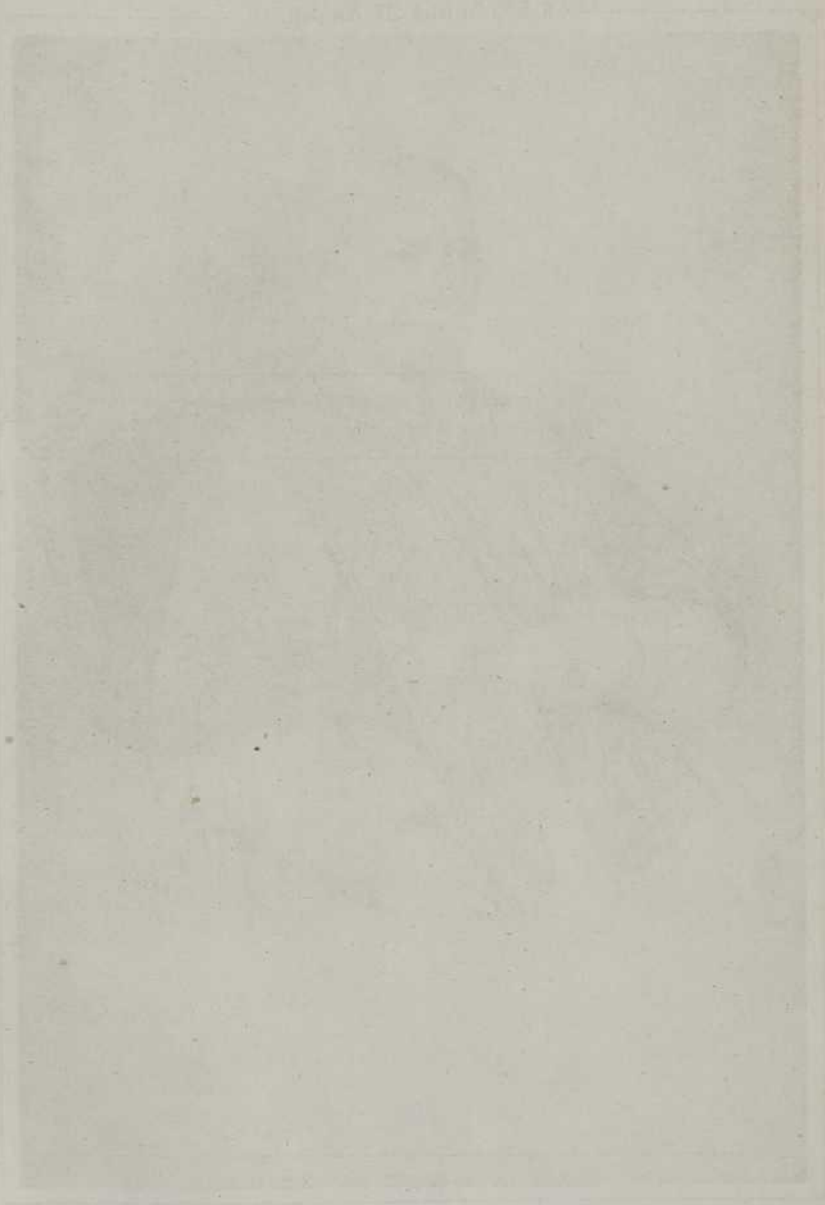
MADRID

---

IMPRENTA DE FERMIN MARTÍNEZ GARCÍA,

CALLE DE SEGOVIA, NÚMERO 26.





LA ESTRELLA DE NAZARETH.



S. S. PIO IX.

Lit. W. Gonzalez, Madrid

Á NUESTRO SANTÍSIMO PADRE

## EL BONDADOSO PIO IX.

BEATÍSIMO PADRE:

Si algun mérito tiene el libro que nos atrevemos á poner bajo el patrocinio de Vuestra Santidad, no es otro que la grandeza de su asunto y la idea que lo ha inspirado.

En tiempos como los actuales en que la impiedad se extiende y penetra hasta en las últimas esferas sociales, nos ha parecido oportuno publicar una obra que, ajustándose rigurosamente á lo que cree y confiesa nuestra santa madre la Iglesia católica, pueda por lo poético de su estilo y lo sencillo de su forma penetrar en el seno de las familias, siendo agradable igualmente á los espíritus graves que á los frívolos, y difundir la saludable semilla de la moral cristiana y las verdades augustas de nuestra santa religion.

Si Vuestra Santidad se digna acoger bajo su proteccion este libro que respetuosamente le ofrecemos, y aprobar el pensamiento que lo ha inspirado, habremos conseguido la mayor recompensa á que pudiéramos aspirar. Contribuir en algo á afirmar las creencias y mejorar las costumbres, es nuestro único propósito.

Dios misericordioso prolongue los años de vuestro glorioso Pontificado para bien de la Iglesia y de los fieles católicos.

BEATÍSIMO PADRE:

Besan reverentemente los piés de Vuestra Santidad, y esperan su bendicion apostólica,

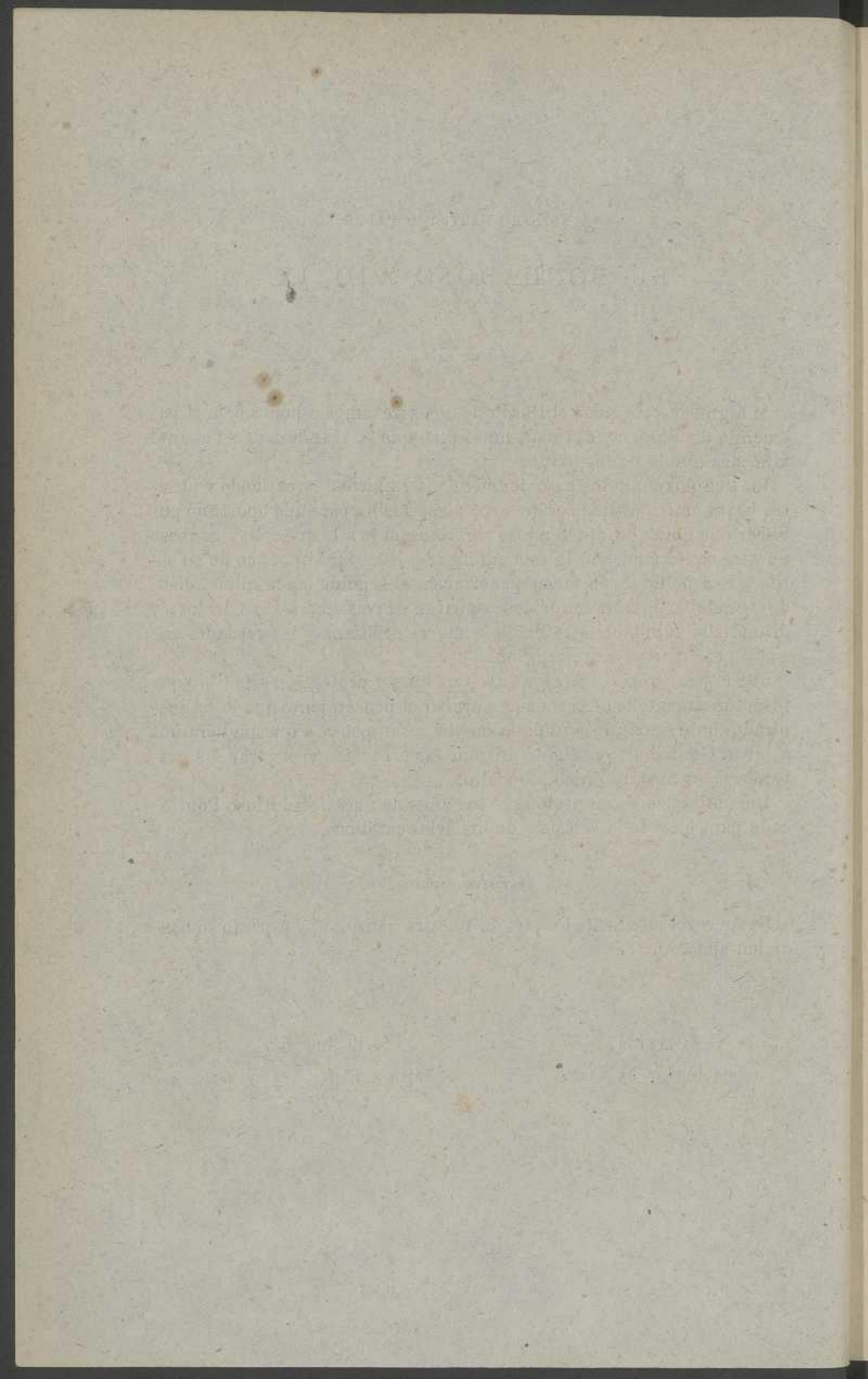
EL AUTOR,

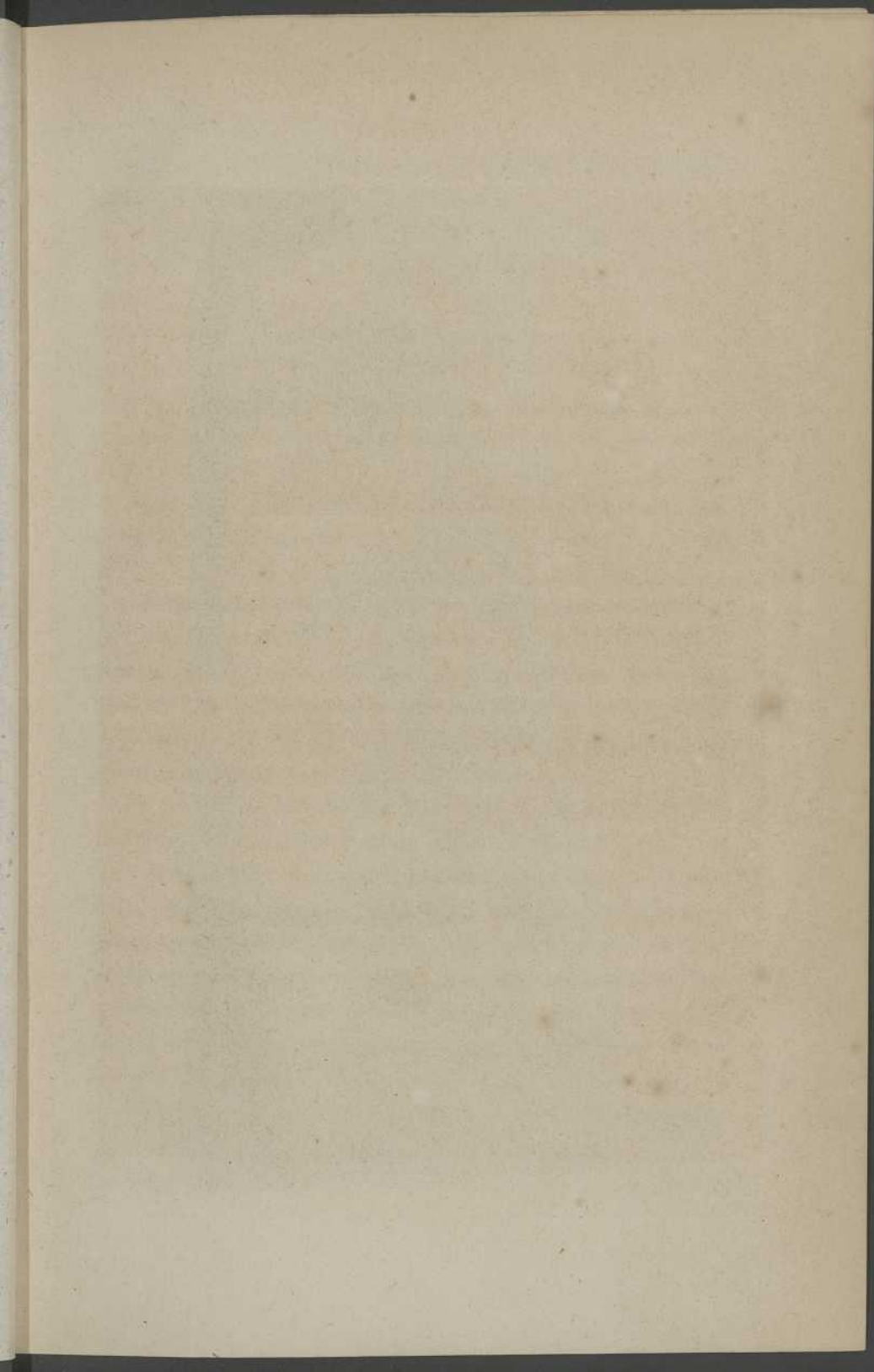
Luis Garcia de Luna.

EL EDITOR,

Antonio Marzo y Fernandez.







LA ESTRELLA DE NAZARETH.



VISTA DE NAZARETH.



---

# PARTE PRIMERA.

---

## LIBRO PRIMERO.

### CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS.

---

#### CAPÍTULO PRIMERO.

NAZARETH.

¡Modesta siempreviva nacida en las verdes montañas de Galilea; perla olvidada de la codicia de los hombres en la concha que te dió naturaleza con sus rocas de granito<sup>1</sup>; blanca bandada de palomas que se extiende en la verde falda de una colina; trono de la humanidad; alcázar misterioso de la pobreza; cuna afortunada del Cristianismo!

Yo que tanto ambiciono contemplar tu mística grandeza; yo que quisiera cruzar por tus calles irregulares y cubiertas de polvo; dormir bajo tus humildes techos en una de esas cabañas miserables que piden á las concavidades de la roca espacio donde extenderse; yo que te contemplaría amante desde el inmenso anfiteatro que te rodea, y te desearia para sepulcro, como el alma rendida por el dolor desea para descansar los brazos de una madre amorosa; yo te saludo, ¡oh

---

<sup>1</sup> Nazareth en los tiempos de nuestra redencion, era un lugar tan miserable que Nathanael preguntaba á las que le habian hablado de Cristo: «¿Puede salir algo bueno de Nazareth?» Toda Galilea era tambien tan pobre como pintoresca.

vírgen solitaria de esta region, dichosa en tu misma pobreza, modesta siempreviva de las montañas, perla olvidada de la codicia de los hombres en la concha que te dió la naturaleza con sus rocas de granito!

Deja que con el pensamiento salve la inmensa distancia que nos separa, y que elevados á Dios juntamente el corazon y la palabra, el corazon para amarle, la palabra para bendecirle, descanse de mi fatiga sobre la cumbre del Carmelo á la dulce sombra de sus terebintos y sicomoros, y apague mi sed en las aguas del Cison, que aun parecen enrojecidas con la sangre de los combatientes de Sísara, derrotados por Dévora y Barac, que habia venido del monte Thabor con diez mil combatientes.

Pueda mi vista, cansada de contemplar las miserias del mundo, admirar un momento los poéticos crepúsculos, las tintas caprichosas de que se reviste tu cielo azul á la hora en que el sol se hunde en el ocaso.

Mis manos, destrozadas por tantas espinas, que han sufrido y tocado tantos dolores, puedan coger sin ajarlos, los lirios aterciopelados y las pudorosas violetas que crecen en la dilatada llanura del valle de Jezrael, testigo de la piadosa alianza de tres reyes<sup>1</sup>.

Permite que el fresco ambiente que se desliza por entre las pencas de tus nopales, acaricie mi frente abrasada por el soplo del Simoun que corre como una ráfaga de fuego por el desierto de la vida.

Y cuando mis cabellos sean blancos como la nítida corona de nieve que se ciñen las montañas de Galilea, y mi cuerpo se encorve como las espadañas que flotan sobre la

---

<sup>1</sup> Los de Jerusalem, Chipre y Hungría se dieron cita para este valle en 1217, cuando proyectaron la reconquista de los Santos Lugares.



superficie de los lagos, dame un pedazo de tu tierra bendita para cubrir la miseria de la carne, y pueda mi espíritu inmortal elevarse desde la cumbre del monte Thabor y no hundirse en otro abismo más negro aun y más profundo que aquel á donde los judíos quisieron arrojar á Jesus irritados con sus predicaciones en la Sinagoga<sup>1</sup>.

Tú ¡oh Nazareth! duermes tranquila en la soledad y en el abandono como una vírgen de los primitivos tiempos; no te engalanan calles espaciosas, ni floridos vergeles, ni arrogantes pórticos, ni opulentos palacios; la belleza natural no necesita de los cuidados del afeite, ni de los prodigios del arte: bella en tí misma, no has querido jamas otra belleza que la tuya, ni más grandeza que las que encierran tus sublimes tradiciones.

La piadosa madre del gran Constantino te dotó de magníficos templos; pero esos palacios levantados á la omnipotencia de Dios, conservan como su más rico tesoro las humildes cabañas, las pobres y desnudas paredes que presenciaron los augustos misterios de la religion santa.

No te circuyen muros poderosos que te sirvan de defensa y abrigo, como sirven al pecho del guerrero la ferrada cota y la luciente coraza; pero si no has oido nunca el bárbaro clamor de los hombres que se despedazan en el combate, ni el golpe seco y profundo de las máquinas de guerra, de tu

---

<sup>1</sup> Ha sido creencia, generalmente admitida, que en el fondo de este abismo se despeña un torrente; pero el testimonio de muchos viajeros, y entre ellos el muy respetable del padre Geramb, aseguran que allí no hay ni torrente ni agua. El agua es muy escasa en toda Galilea; sus rios son pocos y de caudal pobre; el mismo Cison, en cuyas aguas quedaron sepultadas las hueses de Sísara, apénas merece el nombre de rio, si bien durante la estacion de las lluvias crece y aun sale de madre, porque recoge las vertientes de las montañas.



seno ha salido la que hizo vacilar el mundo sobre sus antiguos cimientos; tú esgrimiste la espada refulgente de la verdad, y conquistadora del universo, peleas incesantemente dando siempre la victoria á los espíritus que te siguen.

Tú no excitaste la codicia de los Césares porque eras muy pobre; tú no meciste la cuna del hombre que habia de arrancar á la naturaleza sus más ocultos secretos ó sorprender la marcha majestuosa y solemne de los astros, ni del poeta que cautiva con su cítara de oro y su canto divino, ni del esforzado guerrero que reparte entre sus combatientes la palma, el laurel y la encina, símbolos del triunfo, de la gloria y de la fortaleza.

Jamas la celebridad abrigó á ninguno de tus hijos bajo sus alas de ángel.

Pero tu única gloria eclipsa todas las glorias del mundo, y tu celebridad no tiene ya espacio donde extenderse; porque en tí fué donde concibió al Hombre-Dios aquella Virgen sin mancha, la *Soberana* del Universo, la *Estrella del Mar* que brilla refulgente para calmar las tempestades de este proceloso mar de la vida<sup>1</sup>.

Hácia tí se vuelven los ojos de los cristianos, y llegará un dia en que se vuelvan los de toda la humanidad, porque han de cumplirse las divinas promesas.

El viajero se descubre desde el instante en que te divisa á lo léjos, y te saluda de rodillas cantando: — «¡ Gloria al Santo de los Santos! »

Yo tambien te saludo, modesta siempreviva de las montañas de Galilea.

---

<sup>1</sup> Miriam (María) significa *Soberana* en lengua siríaca, y en la hebrea *Estrella del mar*. Como vemos, el nombre de la Virgen es perfectamente simbólico.

## CAPÍTULO II.

## LAS PROFECÍAS.

¡Mujeres de Judá, madres afortunadas que velais el sueño de vuestros hijos, elevando preces al Dios de Israel para que derrame la paz y la ventura sobre el inocente fruto de vuestros amores; felices descendientes de Abraham, celosas depositarias del legado religioso de Moisés, que paseais miradas codiciosas por toda la tierra prometida para distinguir á Aquella de entre vosotras que sea tan pura y tan santa que merezca llevar en su seno al Dios Rey que ha de lavar la mancha de la primera culpa; mujeres de Judá, encended las lámparas en vuestros hogares, durante la noche del sábadó, porque el mundo está sin luz desde que el sol ocultó sus resplandores vívidos al contemplar horrorizado la desobediencia del primer padre!

Hombres que teneis la dicha de habitar *la tierra de promision* y de conservar en ella el culto del Dios único y verdadero; vosotros que la abandonásteis con lágrimas en los ojos, y regresásteis del destierro con el rostro centelleante de alegría, porque volvais á acercaros á la cuna de vuestros hijos y al sepulcro de vuestros padres; vosotros que



regais con vuestro sudor esé suelo agradecido y veis convertirse cada gota en un manantial de riquezas y delicias; vosotros que teneis para admirar la grandeza de Jehová los seculares cedros del Líbano, las tempestades del mar agitado, las flores de la llanura de Saron y la casa santa de Jerusalen; habitantes de la tierra prometida, entonad cánticos de alabanza, y regocijaos en lo íntimo de vuestro pecho. Las antiguas profecías van á cumplirse, y de entre vosotros nacerá muy en breve Aquel que ha de devolveros la libertad y ha de abatir á vuestros enemigos.

Vuestros primeros padres, á semejanza de Lucifer, pecaron por orgullo. Eva no supo resistir á las persuasiones de la serpiente, y Adan fué dócil á los halagos de Eva. Juntos desobedecieron á Dios y perdieron la gracia; su pecado fué la triste herencia de sus hijos, y de su desobediencia surgieron, como las fétidas emanaciones de las aguas estancadas, la envidia y el asesinato.

Pero Dios, que no podía consentir en la destruccion de su obra más querida, castigó la culpa y perdonó á los culpables.

Miéntras el ángel esgrimia su espada de fuego á las puertas del Paraíso terrenal, que ya nó estaba habitado por los hombres, la voz potente del Señor Dios resonó en las alturas diciendo:

— Una Hija de Eva, una Mujer de ánimo fuerte y varonil, aplastará bajo sus plantas la cabeza de la serpiente, y regenerará esa raza culpable<sup>1</sup>.

La humanidad recogió con avidez piadosa estas consola-

---

<sup>1</sup> El Señor dijo á la serpiente: «Pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu linaje y el suyo: ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar». (*Génesis*, Cap. VI, v. 3 y 4.)



doras palabras, y desde mucho ántes que las aguas del diluvio viniesen á sepultar la iniquidad de los hombres, que se habian olvidado de Dios, ya los hijos escuchaban de labios de los padres, como éstos de los de sus abuelos, la tradicion de que una Virgen hermosa como la esperanza y pura como los primeros resplandores de la mañana, habia de reparar con un alumbramiento divino el mal causado por nuestra primera madre.

¡Esperanza de dicha y de consuelo que no pudo extinguirse ni aun en las dilatadas llanuras de Sennaar, cuando en ella se vieron dispersados los hombres! ¡Esperanza dichosa que cruzó los desiertos, y se detuvo en los valles, y reposó en las más erguidas montañas, y salvó los mares, y se dilató por todo el mundo, vaga, misteriosa, pero llena de vívidos colores, como la niebla que brota en la superficie de los lagos y abre su seno para que le hiera un rayo de sol!

Inútilmente la ingratitud y la iniquidad permitian que se borrara del corazon de los hombres el sentimiento y la memoria de aquella religion que el mismo Dios habia revelado á su pueblo; al traves de las densas tinieblas en que se envolvía el mundo, los hombres distinguian confusamente en el porvenir la luz misteriosa de aquella tradicion, á la manera del marino cansado de luchar con la furia de los elementos, perdido en la inmensidad del Océano, rodeado de tinieblas y aguardando por instantes que se abra la ola que ha de sumergirle, percibe á lo léjos el faro del puerto de su salvacion.

¡Oh pueblo de Israel! ¡Oh pueblo feliz para quien fueron hechas las promesas divinas! ¡Bien puedes estar ufano, porque tu templo es el único templo de la verdad! ¡Bien puedes enorgullecerte de que tu ley sea la misma que recogió Moi-

sés en sus tablas! ¡Bien puedes pasear por los demas pueblos del mundo una mirada de compasion, porque el ángel del error ha tendido sobre ellos sus negras y pavorosas alas!

Pero no bastan, no, á ocultar por completo toda la luz divina. Regocíjate, pueblo de Israel; donde quiera que fijes esa mirada de compasion, verás que, en más ó ménos, anima á los hombres una esperanza semejante á la tuya.

Las pirámides de Egipto se pierden en el desierto, como la verdad entre las absurdas fábulas del politeísmo; pero así como ellas resisten á la accion del tiempo, al soplador del Simoun y al azote terrible de las tempestades, así la tradicion de la Vírgen y del Mesías resiste á la influencia de todos los errores y se trasmite pura, como antorcha de eterna verdad, de pueblo en pueblo, de generacion en generacion.

¿Piensas ¡oh pueblo de Israel! que han podido desvanecerla el tiempo y la distancia? ¿Alimentas la duda con esa incredulidad impía, causa de tu perdicion, que te hizo desconocer el cumplimiento de una promesa esperada durante cinco mil años?

Pues ven conmigo, ven y recorreremos el mundo en todos sus extremos, desde las felices regiones en que nace el sol, hasta aquellas en que se oculta y muere; desde las nieves del polo, hasta el fuego abrasador de la zona tórrida; donde quiera hemos de encontrar la maravillosa tradicion de una VÍRGEN MADRE.

Veremos á Sching-Mon, la diosa pura más venerada de los chinos, concebir por sólo el contacto de una flor marítima, delicado emblema para dar á entender que el fruto de su vientre será ajeno de toda mancha; y este hijo criado en



la pobre cabaña de un pescador, obrará en el mundo señalados prodigios.

El dios que es á la vez príncipe y legislador de Siam, nació de una vírgen fecundizada por los rayos del sol.

El Fo de los japoneses y de los indios se encarna en el seno de la jóven prometida de un rey, que era en su país la más pura y más hermosa, y nace para consumir la salvacion de los hombres.

Buddah, el dios de los lamas, nació de la vírgen Maha-Mahi.

Una vírgen madre es la Isis zodiacal de los egipcios, y la de los druidas debe dar á luz al futuro salvador.

Los brahmas enseñan en sus dogmas que cuando se encarna un dios, la encarnacion se verifica por intervencion divina y nace de las entrañas de una vírgen.

¡Cuántos ejemplos semejantes pudiera citaros! ¿Pero que-  
reis la tradicion más precisa, más bien conservada á despecho de los errores del politeismo? Pues escuchad.

Chrichna nace de una vírgen en una gruta, y allí van á adorarle ángeles y pastores. Dogdo, vírgen de Babilonia, tiene en sueños una brillante aparicion. El divino mensajero Oromazo rinde á sus plantas magníficos presentes; inunda el rostro de la vírgen una luz celestial y lo reviste de prodigiosa hermosura; Zoroastro se encarna en sus entrañas por efecto de esta peregrina vision. Advierten los astrólogos al tirano Nemroud de que un niño próximo á nacer amenaza á sus dioses y á su trono; el tirano hace perecer á cuantas mujeres se encuentran en cinta en sus estados, y Zoroastro, merced á la prudencia y á la astucia de su madre, se salva de la persecucion de aquel hombre, que intentó subir á los cielos en un carro tirado por aves monstruosas.



Finalmente, los habitantes del Paraguay que habitan las orillas del lago Zarayas, refieren que allá en una época muy remota, cierta mujer de singular belleza se hizo madre sin dejar de ser vírgen, y que despues de haber obrado su hijo infinitas maravillas, un dia desapareció en los aires á presencia de sus discípulos y se convirtió en el sol<sup>1</sup>.

¡Pero ay, míseros hijos de Israel! Vosotros, paseando conmigo de un extremo á otro del mundo, recogiendo esas tradiciones piadosas de todos los pueblos, muy anteriores al Evangelio, y que los apóstoles y evangelistas no pudieron recoger porque las ignoraban, y porque aunque las hubieran sabido no las habrían conservado siendo su mision y su propósito destruir el politeismo, vereis confirmada la verdad de vuestras profecías, pero no confesareis que se han cumplido.

— ¿Acaso puede algun hombre ver á Dios sin morir? Esto me direis. Moisés, que con Él se comunicaba á solas, no distinguia más que el Schequina, nube deslumbradora que aparecia sobre el oro del propiciatorio; y cuando se presentaba á su pueblo para comunicarle las órdenes ó los designios de Jehová, tenía que dar espacio á que se desvaneciesen de su rostro los resplandores producidos por la presencia de la Divinidad. ¿Cómo, pues, habiéndonos comunicado con Ese que dices que es Hijo de Dios y Dios mismo, hemos podido vivir? ¿Y cómo, siendo Dios, le vimos derramar su sangre y perecer humanamente en afrentoso patíbulo?

Esto me direis; pero yo os responderé con el acento de la verdad:

— El Mesías nació de una Vírgen, como nuestras profecías

---

<sup>1</sup> Orsini, *Vida de la Vírgen*.

lo anunciaban, como lo confirman las antiguas y venerandas tradiciones de todos los pueblos. Vivió entre vosotros, y vosotros no le conocísteis y le sacrificásteis. No se puso al frente de legiones inmensas de guerreros, ni conquistó ciudades por el hierro, ni sujetó las tribus con la cadena del esclavo, ni asentó su trono sobre mármoles y bronces, ni ciñó á su frente la diadema formada con perlas de Golconda y con oro de Ofir.

Porque su mision no era de destruccion y de estrago, de orgullo y de soberbia, como lo es en los conquistadores y en los grandes caudillos; sino de paz y mansedumbre, de amor y de fraternidad.

Él no vino á dominar la tierra con la devastacion y el estrago, de manera que no volviesen á nacer las plantas como bajo el casco del caballo en que montaba el feroz Attila.

Su reino no era de este mundo, como no lo es nuestra vida, porque aguardamos la eterna; su imperio era el de los corazones; su arma poderosa y terrible, la verdad; sus ejércitos, unos pobres pescadores y la eficacia de su palabra; su mision, la de redimir con su sangre una culpa hereditaria, que sólo con sangre se podia redimir.

¿Pero qué, pueblo judío, dudas aun? Pues oye á tu profeta Daniel y estremécete; porque tú, pueblo incrédulo, has sido el pueblo deicida.

«Dice el espíritu de Dios al profeta: oye la palabra y ve la vision:

»Á sesenta semanas<sup>1</sup> se reduce el tiempo decretado so-

---

<sup>1</sup> Semanas que, siendo cada una de siete años, suman 490 años: tiempo exacto desde el punto que fija la profecía hasta la muerte de Jesus. (*Estudios sobre el Cristianismo*, por Augusto Nicolas.)



bre tu pueblo y sobre la ciudad santa<sup>1</sup> para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída justicia perdurable, y tenga cumplimiento la vision y la profecía, y sea ungido el Santo de los Santos.

»Sabe, pues, y nota atentamente.

»Desde la salida de la palabra<sup>2</sup> para que Jerusalem sea edificada hasta Cristo Príncipe, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas, y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempo de angustia.

»Y despues de las sesenta y dos semanas será muerto el Cristo, y no será más suyo el pueblo que lo negará. Y un pueblo con su caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, y dispersará sus restos, y despues del fin de la guerra, vendrá la desolacion decretada<sup>3</sup>.

»Y afirmará su alianza<sup>4</sup> con muchos en la última semana: y en medio de esta semana serán abolidos los sacrificios, y será en el templo la abominacion de la desolacion, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin.»

¿Cuál de las palabras de Daniel no ha sido palabra de verdad? ¿Cuál de sus tristes predicciones no se ha cumplido?

El mundo está absorto en su general espectacion por el grande acontecimiento, y sólo tú indiferenté, ¡oh pueblo de Israel! ¿Quieres aun más pruebas? Pues oye al mismo Cristo vaticinar tu próxima ruina.

<sup>1</sup> Jerusalem; llamada así por estar en ella el único templo de los judíos.

<sup>2</sup> Alude la profecía al edicto de Artaxerxes Longi-Mano.

<sup>3</sup> Aquí la profecía parece historia: todas estas catástrofes que profetiza Daniel se verificaron una por una durante el sitio y toma de Jerusalem por Tito y sus legiones romanas. Véase el relato minucioso del historiador Josefo, que fué testigo ocular.

<sup>4</sup> Alude á Cristo.



«Llegará tiempo en que lo que veis aquí (el templo de Jerusalem) será destruido de tal suerte, que no quedará piedra sobre piedra...»

«En verdad os digo que no pasará esta generacion sin que se hayan realizado estas cosas...»

Le oirás hablar del sitio y saqueo de Jerusalem, y decir en seguida:

«Y será hollada por los gentiles hasta que se cumpla el tiempo de las naciones; y desolada quedará Jerusalem por no haber conocido el tiempo en que fué visitada.»

De pié Balaan sobre la escarpada cima del Phegor, hollando la sangre inocente de centenares de víctimas sacrificadas en los altares del odio, teniendo á un lado el lago maldito y al otro las calcinadas montañas de la Arabia, descubre una vision y exclama:

«Yo te veré... pero no todavía... Yo te contemplaré... pero no de cerca. Una Estrella saldrá de Jacob... un Vástago se elevará de Israel. Él dominará sobre muchos pueblos.»

Y la vision profética señala á Roma en todo el apogeo de su grandeza, y dice que entónces será cuando nazca el Mesías y muera por salvar á los hombres.

Y muchos siglos despues, las legiones romanas pasean sus águilas triunfantes por las costas de la Siria, y entónces, como lo dijeron tantos profetas, nace el Hijo de Dios del seno de una Virgen sin mancilla, descendiente de la tribu de Judá; y los hijos de Israel lo desconocen y lo sacrifican; y en aquella misma generacion, como lo habia anunciado Jesucristo, los extranjerios ponen cerco á la ciudad deicida, la rodean de contramuro, de su templo no queda piedra sobre piedra, y la ciudad se ve hollada desde entónces por la planta de los gentiles.

Así se cumplieron las profecías; así sucumben á la maldición del cielo los réprobos que vieron á Dios y no quisieron conocerle y amarlo.

Pero vosotras, vírgenes de Judá de alma creyente y corazón sencillo, vosotras que elevais preces á Dios para que derrame la paz y la ventura sobre el inocente fruto de vuestros amores, extinguid las llamas que durante los sábados arde en las lámparas de vuestros hogares. Ya no está el mundo sin luz; porque si, horrorizado con la primera desobediencia, ocultó el sol sus vívidos destellos, va á nacer la Mujer venturosa, la Estrella refulgente, la Vírgen de ánimo fuerte y varonil que aplastará bajo sus plantas la cabeza de la serpiente y regenerará esta raza culpable.

---

### CAPÍTULO III.

---

#### LOS DESCENDIENTES DE DAVID.

En esa misma Nazareth que hemos saludado como á la cuna feliz de la única religion verdadera, conservábase tambien, como en toda la tierra de promision, la ley santa que el mismo Dios habia comunicado á su pueblo en el monte Sinaí.

En aquella afortunada comarca, que se alzaba entre el universal gentilismo como el gigante cedro del Líbano entre las florecillas que besan su planta, se adoraba al verdadero Dios y se creia en sus promesas.

Isaías habia dicho por inspiracion divina:

« Escuchad ¡oh descendientes de David! El Señor os dará una señal de su proteccion: hé aquí que concebirá una Virgen y parirá un Hijo, y su nombre será Emmanuel »<sup>1</sup>.

Y los israelitas habian escuchado y creido, y más de cuatro mil años habian trascurrido desde la primera promesa hecha en el Eden, y su fe no se habia quebrantado, ni se habia desvanecido su consoladora esperanza.

---

<sup>1</sup> Isaías, Cap. VII, v. 14.



Por eso los israelitas, vueltos los ojos hácia la casa santa de Jerusalem, oraban todos los dias para que Dios se dignase realizar la redencion humana, por medio del Hijo que habia de nacer de entre ellos.

Y como de entre ellos habia de nacer, todos aspiraban á perpetuar su descendencia, y tenian la infecundidad más que por una desdicha: la tenian por un oprobio, por una infamia, por una maldicion del cielo.

El fervor de estas oraciones se habia aumentado en los sanos de corazon y de inteligencia, porque todas las señales eran de que se acercaba el instante del cumplimiento de las profecías.

Era ya el tiempo señalado por los profetas; el gobierno de los hebreos se debilitaba y estaba próximo á desaparecer; la indiferencia religiosa se iba apoderando de muchos corazones que sólo sabian guardar las apariencias, por lo cual la religion parecia en su ocaso; un extranjero empuñaba el cetro real, segun lo habia vaticinado Jacob.

Vivia en Nazareth un varon justo, de la tribu de Judá y descendiente de David por la línea de Nathan <sup>1</sup>. Llamábase Joaquin <sup>2</sup>: su virtud eclipsaba á la de todos los nazarenos, y sus oraciones, inspiradas por la fe, eran más que ningunas aceptas á los ojos de Dios.

Su majestuoso continente revelaba la alta nobleza de su origen; en la augusta severidad de su rostro se veia el refle-

---

<sup>1</sup> Los israelitas se dividian en doce tribus ademas de las doce de ismaelitas y las otras doce de persas: la más ilustre y más numerosa de todas era la de Judá, de la cual habia de nacer el Mesías, segun la profecía de Jacob. (Fleury, *Costumbres de los israelitas*.)

<sup>2</sup> Segun los rabinos, San Hilario y otros santos Padres, el de María se llamó tambien Helí. (Cristóbal de Castro, *Historia de María*.)

jo de la estirpe real; en ese mismo continente y en esa misma severidad augusta, se adivinaban la pureza de su alma y la rectitud inquebrantable de su corazón.

Su grande fe, su inagotable esperanza, fueron recompensadas con la gracia divina. Conocía los misterios de la Sagrada Escritura, y comprendía una por una todas las palabras de los profetas. Su oración era continua y fervorosa, y su mucha piedad penetraba en los cielos.

Sincero en sus palabras, santo en sus costumbres, severo para reprender, prudente para aconsejar, humilde para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismo, porque nunca se envanecía de su real ascendencia, era varón de grande peso y autoridad, y traía á la memoria el recuerdo de los antiguos profetas.

En Nazareth tenía su casa y sus parientes, pero no sus bienes terrenales, porque de ellos carecía: todo su esplendor y grandeza se contenían en la superioridad de su alma<sup>1</sup>.

Asentada también sobre la falda de una colina como otro bando de nevadas palomas, está la mística Bethlen, la cuna prodigiosa de David, y más tarde de su nieto el Divino Redentor.

En Bethlen, como en Nazareth, son perfumadas las brisas y poéticos los celajes; el suelo de aquella comarca demuestra que no en vano se le llamó en otro tiempo Ephrata, fecunda, y Beth-Lechen, casa de pan.

A sus alrededores crecen siempre verdes y lozanos el nopal, la higuera y el olivo; por un lado esconden en las nubes

---

<sup>1</sup> Entre diferentes obras que hemos tenido á la vista para trazar este imperfecto retrato de San Joaquín, debemos citar muy particularmente *La vida de la Santísima Virgen*, por Orsini, y *la Mística ciudad de Dios*, por la venerable María de Jesús de Agreda.



sus empinadas crestas las montañas de la Judea; por el otro, y mas allá del mar Muerto, se descubren las gargantas de las de Arabia Petrea.

En la mística ciudad de David, habia una doncella cuyo nombre, Ana, era un resumen del tesoro que llevaba en su corazon<sup>1</sup>.

Esta doncella era castísima, humilde y hermosa desde sus más tiernos años; sus virtudes se habian aquilatado en el santo crisol del trabajo, y su alma estaba pura como el delicado perfume de la oracion.

Como á Joaquin, la habia iluminado Dios con su gracia, para que penetrara los misterios de las Sagradas Escrituras y comprendiera los inspirados anuncios de Isaías y de Jacob.

Todas las perfecciones de la vida activa y contemplativa, las reunia en sí aquella azucena de Bethlen. La fe, la esperanza y la caridad, eran las tres antorchas que iluminaban su alma.

Sus oraciones á Dios para que se dignase acelerar el plazo de la venida del Mesías, no eran ménos fervorosas que las de Joaquin.

El descendiente de David puso sus ojos castos y enamorados en la hija de la tribu sacerdotal<sup>2</sup>, y aquella mirada engendró el amor en el corazon no ménos casto de la doncella, y las oraciones de ambos llegaron hasta Dios, y Dios los bendijo, y empezó á realizarse el augusto misterio.

---

<sup>1</sup> Ana en lengua hebrea significa *graciosa*.

<sup>2</sup> San Agustin, *De consensu Evangelistarum*.



## CAPÍTULO IV.

## LA ESPOSA ESTÉRIL.

La religión no intervenía en el matrimonio de los israelitas; era puramente un contrato civil; no tuvo carácter religioso, hasta que Jesucristo lo elevó á la dignidad de sacramento.

Reuniéronse los amigos del esposo y las compañeras de la esposa; vistiéronse sus mejores galas y dieron un banquete en señal de alegría; el padre de familias rezó una oración para alcanzar la bendición divina. Joaquin presentó á Ana un anillo de oro liso diciéndole:

— Si consentes en ser mi esposa, acepta esta prenda.

Ana lo aceptó, y quedó tan ligada á Joaquin, que sólo una sentencia de divorcio podía restituírle su libertad.

Los escribas redactaron el contrato <sup>1</sup>, y los esposos recibieron la bendición de los ancianos.

<sup>1</sup> Debió ser con arreglo á esta fórmula instituida por Moisés:

«Año... día... mes... Benjamin, hijo de... ha dicho á Raquel, hija de... Sé mi esposa segun la ley de Moisés y de Israel. Yo prometo honrarte y proveer á tu mantenimiento y á tus vestidos segun la costumbre de los maridos hebreos que honran á sus mujeres y las mantienen

Algunas horas despues de los esponsales se verificó la union definitiva. Reuniéronse amigos y parientes con la misma solemnidad. Toda la ciudad aguardaba aquella escena con impaciencia y alegría. El júbilo era general, inmenso.

La luna nueva asomaba su frente de plata por detras de las empinadas cumbres de las sierras vecinas; las antorchas de abeto herian con su luz las cintas de oro de los esclavos; las vírgenes entrelazaban sus cabellos con redecillas de perlas y ceñian á sus frentes la pérsica tiara. La brillante comitiva penetró en el aposento de la desposada, la felicitó por su nuevo estado y pidió para ella y su descendencia las bendiciones del Altísimo.

Sacaron á la desposada bajo un palio cuyas varas llevaban cuatro jóvenes israelitas<sup>1</sup>; delante iba el esposo con su corona trasparente como el cristal, y todos caminaban al

como conviene. Doy desde luégo... (la suma que prescribia la ley) y te prometo, ademas de los alimentos, los vestidos y todo lo que te sea necesario, la amistad conyugal, cosa comun á todos los pueblos del mundo. Raquel ha consentido en ser la esposa de Benjamin, quien de su voluntad, para formar una viudedad conforme á sus propios bienes, añade á la suma anteriormente indicada la de...»

El dote que habia de señalar el marido, segun la ley, era de doscientos *zucces* (cincuenta escudos). La gerarquía de la esposa no alteraba el dote por elevada que fuese; pero el marido podia añadir á esta cantidad la que quisiese si sus bienes se lo permitian.

Esta pompa nupcial que tan imperfectamente describimos ahora y que se verá más detallada cuando tratemos del matrimonio de María y José, se remonta á los tiempos más remotos, y aun existe en Egipto. Niebuhr, en su *Viaje á la Arabia*, describe en estos términos un matrimonio egipcio:

«Cubierta la desposada desde la cabeza á los piés, marcha entre dos mujeres que la llevan bajo un palio conducido por cuatro hombres. La preceden muchos esclavos, y algunos de ellos tocan el tamboril; otros llevan quitamoscas, y otros derraman sobre ella aguas perfumadas. La siguen muchas mujeres y músicos montados en asnos: la marcha es de noche, y los esclavos alumbran con antorchas.»

dulce compas de las arpas, las flautas y los tamboriles, agitando en señal de regocijo ramos de mirto y de palmera. Las mujeres de Israel cubrian con palmas la tierra que habian de pisar los esposos, y detenian á la desposada para derramar sobre sus vestiduras esencia de rosa.

Llegados á la mansion nupcial, Joaquin puso un anillo en el dedo de Ana, la cubrió con su *taled*<sup>1</sup>, se bebió vino en una copa que despues rompió un niño, pasaron los convidados á la sala del festin, y los regocijos duraron siete dias como en los tiempos de los antiguos Patriarcas.

Pero á aquella semana de satisfaccion inmensa sucedieron semanas de años de inmenso dolor; así como al dolor habia de seguir al cabo inmensa felicidad.

Dios no habia querido dar á Joaquin fruto de su bendicion: largos años, más de veinte, habia pasado Ana en la esterilidad, y ya no tenian esperanza de lograr el bien precioso de la sucesion.

Sin embargo, sufrían resignados su soledad dolorosa, y pedían á Dios incesantemente que abreviase el plazo del nacimiento del Mesías para bien de su pueblo. Tan ardiente era en ellos el espíritu de la caridad.

Pero el pueblo, que no podia leer en sus corazones, ó se compadecia de aquel anciano que iba á morir sin dejar en el mundo descendencia, ó se burlaba de él, porque autorizándole la ley, no habia procurado el divorcio de la mujer estéril.

Para aquella raza israelita que esperaba con fundamento que el Mesías habia de nacer de su tronco, la esterilidad era no solamente una desgracia, sino tambien un oprobio.

---

<sup>1</sup> Especie de capa ó manto.



La ley, pues, autorizaba el divorcio de la mujer estéril, y los fariseos, que introdujeron el virus de la corrupcion en las costumbres de los israelitas, convirtieron este permiso legal en abuso escandaloso <sup>1</sup>. Y como la concupiscencia en los hombres se extiende como la grama en el campo, no tardaron en hacerse generales tan odiosas costumbres.

Josefo, el historiador judío que tanto se señala por su gravedad y prudencia, confiesa con tanta sencillez como naturalidad que se habia divorciado tres veces.

El divorcio y el celibato concluian con la sociedad romana; las matronas contaban sus años por la sucesion de sus maridos; y para detener este mal tan grave, Augusto mandaba al senado que hiciera leyes y á los poetas que hicieran versos; divorciados y celibatarios escribian los versos y hacian las leyes; no habia matrona que no se divorciase ni jóven que quisiera ser vestal <sup>2</sup>.

Aquel fuego siniestro que se habia extendido por el mundo, tenia su foco entre los hijos de Israel, y Joaquin sentia el calor sofocante de la llama.

Pero como dice el abate Orsini en su poético y delicado estilo, «Joaquin, que amaba á su esposa por su cariñosa dulzura y sus eminentes virtudes, no quiso agravar su infortunio dándole las letras del divorcio que la ley concedia entonces con tanta facilidad: la conservó á su lado, y aquellos piadosos consortes, humildemente resignados con los divinos decretos, pasaban su vida en el trabajo, la oracion y la limosna».

<sup>1</sup> El divorcio fué siempre reprobado por Jesucristo. Los fariseos habian enseñado que se podia repudiar á una mujer por los motivos más fútiles. Bastaba que hubiese hecho cocer demasiado la comida del *dueno de la casa* ó que no fuese bastante agraciada.

<sup>2</sup> Luis Veuillot, *Vida de Jesus*.

## CAPÍTULO V.

## OPROBIO Y CONSUELO.

Habia llegado la pascua de Pentecostes, y el júbilo era general entre los israelitas, como sucedia siempre en la aproximacion de las grandes fiestas. Todos iban á reunirse en la santa casa del Señor, que se dignaria escuchar sus oraciones y aceptar sus sacrificios. Los parientes volverian á verse y saludarse en Jerusalem, y el amigo podria imprimir un ósculo de paz en la frente del amigo.

Numerosas caravanas resplandecientes de alegría, se dirigian de todas partes á la ciudad famosa; los cánticos de los israelitas y los ecos delicados de mil músicas ensordecian los aires, haciendo callar las misteriosas armonías de la naturaleza; diríase que escondidas entre los bosques que á cada paso encontraban en su camino, habia un sinnúmero de arpas eólicas, semejantes á las de David, de las cuales para saludar al pueblo fiel arrancaban las auras delicadas melodías.

Joaquin y Ana se habian vestido su traje de fiesta, y se encaminaron al templo para presentar al Señor las humildes ofrendas de sus corazones.

Una multitud inmensa obstruía los alrededores del magnífico edificio cuyas paredes interiores estaban revestidas de planchas de cedro y láminas de oro, magnífico santuario á donde no era permitida la entrada del pueblo, porque allí se custodiaba el Arca de la Alianza, y sólo una vez al año podia llegar hasta ella el Pontífice de los israelitas.

Ana fué á unirse con las mujeres piadosas que contemplaban los sacrificios desde el lugar que les estaba destinado en el extenso patio donde se reunía el pueblo; Joaquin se adelantó hasta la suave grada del altar de los holocaustos, y dió á un sacrificador su presente, que consistía en dos sencillas palomas y un cordero blanquísimo.

El sacrificador clavó su puñal en aquellas inocentes víctimas, y arrancándoles las entrañas las depositó en el fuego, mientras los levitas cantaban y tañían instrumentos en las gradas del vestíbulo que daba frente al santuario.

Uno de los sacerdotes que vagaba entre la multitud recitando salmos y recibiendo víctimas para sacrificarlas, se acercó á Joaquin y le dijo con tono severo:

— ¿También tú has venido á depositar tu ofrenda en el altar de los holocaustos?

— ¿Por ventura no soy yo israelita? Le contestó el descendiente de David.

— Tus ofrendas no tienen cabida en el templo.

— ¿Por qué, Issachar? La mia es humilde porque procede de un pobre; pero Jehová, que en los corazones lee, estima la voluntad mucho más que la dádiva.

— Dame tu víctima.

— ¡Imposible! Sus entrañas arden ya en el fuego sagrado.

— ¡Profanacion! Gritó el sacerdote Issachar levantando sus manos al cielo.



— ¿Qué dices? Preguntó Joaquin sin acertar á explicarse aquella súbita demostracion de escándalo.

— Jehová no puede aceptar tu sacrificio.

— Te engañas, el fuego sagrado acaba de consumir las entrañas de la víctima, y el sacrificador ha reservado la carne para vuestros festines.

— No comeré yo de ella, porque me mataria. La maldicion del cielo pesa sobre tí.

— ¡Sobre mí, que amo y reverencio á mi Dios! ¡Sobre mí, que pertenezco á la tribu de Judá, que vengo de la clarísima estirpe de David y de Jacob!

— Sobre tí, que te ha negado su santa alianza, porque eres infecundo, y de tu mujer estéril no nacerá el Rey victorioso que ha de devolvernos nuestro imperio y nuestra libertad.

Las duras palabras del sacerdote se habian clavado en el corazon de Joaquin como si fueran dardos envenenados. Bien sabia él que el sacerdote no tenia razon para afrentarle en público, ni aun para reconvenirle privadamente; pero llenábale de angustia la ofensa que con aquellas palabras se hacia á su esposa, al único objeto de su cariño.

Issachar, volviéndose hácia la multitud y señalando á Joaquin con el dedo, exclamó:

— Ese maldito de Dios no puede estar entre nosotros, porque profana el templo. ¡Arrojadle!

— ¡Afuera! ¡Afuera! Gritó una parte de aquel insensato pueblo que algunos años despues habia de decir á Pilatos en el Pretorio, señalándole á Cristo: — ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Pero Dios nunca abandona al justo. Las irritadas palabras del sacerdote no habian llevado la indignacion á todas las almas. Muchos, condolidos por el oprobio que injusta-

mente se hacía sufrir á aquel venerable anciano, y movidos por el espectáculo sublime de su heroica resignacion, le rodearon solícitos para defenderle con sus propios pechos: aquellos eran los bienaventurados por la fe, que más tarde habian de confesar públicamente la divinidad de Jesus.

Joaquin, sin murmurar una sola palabra que pudiese aplacar ni encender el tumulto, volvió la espalda sin llevar en su corazon otro sentimiento que el de la más intensa amargura, ni otra expresion en sus ojos que la muy triste comunicada por el llanto.

Ana le esperaba en el pórtico del templo: no tenia noticia alguna de lo que habia pasado al pié del altar de los holocaustos, y extrañó que la mirada amante que en ella fijó su esposo estuviese velada por las lágrimas.

— ¿Qué tienes? Le preguntó con solícito afán. ¿Por qué esa nube de tristeza viene á empañar tu semblante en un dia en que se alegran todos los corazones? ¿No participaremos del festin?

— No, esposa mia; volvamos á Nazareth.

Ana no creyó prudente replicar á aquellas palabras que tanto parecian una súplica como una orden, y siguió silenciosa á su marido.

Al salir por la puerta Aurea encontraron dos fariseos, de los cuales el uno, fijando en ellos una mirada insolente y burlona, dijo al que le acompañaba:

— Mira, esos son Joaquin y Ana; el hombre infecundo y la mujer estéril. Sus sacrificios son repugnantes á Dios: el sacerdote Issachar los ha arrojado del templo.

Ana comprendió entónces el motivo de la pena profunda que devoraba á Joaquin, y le dirigió una mirada suplicante como si quisiera pedirle perdon.

Joaquin siguió con la vista á los desalmados fariseos que se alejaban riendo de su desgracia. Sus labios se abrieron para maldecirlos, pero el espíritu de la caridad se desbordó en su pecho y le selló los labios.

— Vámonos á Nazareth, amor mio, dijo á su esposa para consolarla; vamos á Nazareth, que en esta ciudad santa, á ambos nos han destrozado el corazon.

— Sí, allí ofreceremos á Dios nuestros sufrimientos, y Dios, que lee en las almas, nos escuchará.

No fué infundada la esperanza de aquella virtuosa mujer; el sacerdote Issachar habia mentido. Ninguno de los sacrificios que hacian los israelitas era tan agradable á Dios como el del justo Joaquin.

Dios se dignó volver hácia aquel matrimonio la luz purísima de su semblante, dándole la bendicion suprema que le faltaba.

Siempre animados por la esperanza de tener sucesion apesar de sus veinte años de esterilidad, habian hecho voto solemne de consagrar á Dios el hijo que Dios les concediera.

Sus fervientes plegarias encontraron eco en el trono del Altísimo, y Dios, que conocia toda la pureza de sus corazones, cortó en ellos únicamente para esta milagrosa concepcion la herencia fatal de la primera culpa y les envió al arcángel Gabriel para que les anunciase el término de su infortunio.

— « Oye, Joaquin, dijo el arcángel, oye la voluntad del Señor y adórale en sus soberanos designios.

» El Señor te concede una Hija. Ana la concebirá milagrosamente atendida su larga esterilidad y su venturosa vejez.

» Distinguirás á tu Hija con el nombre de María, y Dios que ha oido tus votos los acepta.



»Desde su niñez la tendrás consagrada al servicio de Dios en su templo de Jerusalem.

»Será grande, escogida, poderosa y llena del Espíritu Santo. Esta es la voluntad de Dios»<sup>1</sup>.

Desapareció el arcángel dejando en pos de sí una estela de luz, y anunció también á Ana la voluntad de Dios.

Cuando habló el divino mensajero, Ana estaba meditando en la felicidad inmensa de la que habia de ser madre de la Madre del Mesías, así como Mirian al recibir la misma visita meditaba sobre la ventura de Aquella á quien hubiese destinado el cielo para ser Madre del Cristo.

En el octavo dia del mes de Tisri, á la hora prima, cuando el sol asomaba en el Oriente su disco de fuego inundando el mundo de luz, y subia al cielo el humo de los holocaustos en expiacion de los pecados de los hombres, la consoladora promesa de Dios quedó cumplida: Ana dió á luz una Hija<sup>2</sup>.

Aquella Niña venia á ser luz verdadera del mundo y fuente de expiacion, donde la humanidad se purificase para lavar sus culpas.

<sup>1</sup> María de Jesus de Agreda, obra citada.

<sup>2</sup> Segun Zárate, dicen los turcos respecto al nacimiento de la Virgen que Santa Ana exclamó: «¡Oh Dios mio! Verdad es que he dado á luz una Hija; pero ningun hombre se le podrá comparar. La he llamado María á Ella, y os la encomiendo, así como á su descendencia, contra Satanás, que ha sido apedreado.»

El mes Tisri era el primero del año civil de los judíos, y corresponde al de Setiembre. Se cree que nació la Virgen el año 734 de la fundacion de Roma.

LA ESTRELLA DE NAZARETH.



Lit. N. Gonzalez, Madrid.

NACIMIENTO DE MARIA.

1875

1875

The first thing I did when I got up  
 was to go to the window and look  
 out at the sea. It was so beautiful  
 and so peaceful. I had never seen  
 anything like it before. The water  
 was so clear and so blue. The  
 sky was so bright and so clear.  
 I felt so happy and so free. I  
 had found a new world. I had  
 found a new life. I had found  
 a new home. I had found a new  
 way of living. I had found a new  
 way of thinking. I had found a  
 new way of feeling. I had found  
 a new way of being. I had found  
 a new way of existing. I had found  
 a new way of living. I had found  
 a new way of thinking. I had found  
 a new way of feeling. I had found  
 a new way of being. I had found  
 a new way of existing.



## CAPÍTULO VI.

## LA RECIEN NACIDA.

La Estrella resplandeciente que descendía del firmamento para inundar la tierra de luz pura y brillante, no encontró para reflejar sus rayos láminas de acero bruñido, ni planchas de oro de Ofir ó azófar de Corinto; la encendida púrpura y el blanco armiño no abrigaban á la Soberana recién nacida, ni le servían de alfombra ricos tapices de Persia, ni adornaban su techo costosos artesonados de cedros del Líbano.

El nardo, la mirra y el aloe no habían prestado su esencia para perfumarle la cuna, ellos que tanto la prodigaban para embalsamar las de los príncipes hebreos.

Los grandes y los poderosos de la tierra no se habían apresurado á saludarla como á nueva Soberana, porque el orgullo humano, para aceptar la cadena de la esclavitud, necesita ver que son sus eslabones de oro.

Joaquín recibió en sus brazos á la recién nacida, y la besó con amor, y la estrechó contra su pecho con singular ternura. Aquella Niña no era para él solamente el regocijo de sus

ancianos dias, el báculo de su debilidad, el rastro de amor que dejaria en el mundo, la luz brillante que disipaba las sombras de su existencia; era tambien el presente de Dios, especie de depósito sagrado que Dios le confiaba hasta tanto que de él dispusiera en virtud de sus misteriosos desig-nios.

Un débil lecho compuesto de mimbres y juncias entrela-zadas con ramas de mirto y hojas de azucenas silvestres, fué la cuna primera de nuestra segunda Madre, y cintas de grosero lino comprimieron aquellos brazos en que despues habia de descansar el Soberano del mundo, el Padre amoro-so de los hombres.

Infelices mujeres del pueblo ligadas á la recién nacida por los vínculos de la sangre, recibieron su primera sonrisa, y acaso al contemplar áquel rostro en que resplandecia toda la gracia de la pureza, exclamaban con dolorido acento y oprimiéndoseles de angustia el corazon:

— ¡Dichoso es Joaquin, dichosa es Ana, porque Dios, aun-que tarde, les ha otorgado su bendicion fecunda; pero ya hay en la tierra una esclava más; ya hay dos nuevas fuen-tes por donde corra el llanto! El dolor abrasará muy en bre-ve con su contacto de fuego ese rostro infantil que parece detener en su sonrisa una promesa de eterna felicidad.

Aquellas piadosas mujeres, nacidas y criadas en la degra-dacion á que torpes costumbres tenian encadenado su sexo, decian la verdad; pero verdad incompleta. No tardarian en abrirse al llanto dos nuevas fuentes, no tardaria el dolor en abrasar con su contacto de fuego aquel rostro inocente y puro; mas Aquella cuya venida al mundo habian presencia-do, no era la esclava, sino la Señora, y de Ella naceria quien sacrificándose por la humanidad y borrando la huella de la

primera culpa, devolvería á la mujer en la sociedad el rango que los hombres le habian arrebatado.

Todos los labios prorumpieron en una oracion para dar gracias al cielo por el favor que habia dispensado á los ancianos esposos, y los parientes se retiraron deseando á los padres y á la recién nacida largos años de prosperidad.

Otro dia, el que era el nono despues del nacimiento, aquellos mismos parientes volvieron á reunirse bajo el modesto techo de Joaquin para poner un nombre á la recién nacida. El padre le dió el de María, cumpliendo así la voluntad del Señor, y ya hemos dicho que este nombre era simbólico: contenia en sí mismo la dignidad que aquella Niña habia de tener entre los hombres y entre los ángeles, y una promesa lisonjera, puesto que habia de ser verdaderamente Estrella que brillase en el tempestuoso mar de la vida.

A los parientes, que no se cansaban de admirar la gracia y la belleza de aquella Niña, les pareció este nombre el más adecuado, aunque no podian comprender el profundo misterio que encerraba.

— Bien haces, Joaquin, dijo Isaías, hijo de Josías, bien haces en llamar á tu hija *Soberana*; así perpetúas en esta descendiente de David la tradicion de nuestra régia estirpe.

— Buen acuerdo has tenido en llamarla *Estrella del Mar*; su rostro es resplandeciente como el lucero de la mañana; la frente plateada de la luna llena no tiene más pureza que la frente de esta Niña; jamas se ha visto reproducida en la cristalina superficie de los mares una estrella tan refulgente, dijo Amrafel.

— Jehová te la conserve para tu felicidad y para honra de los tuyos, exclamaron las mujeres en coro.

— Hágase en todo la voluntad del Señor, contestó Joa-



quin elevando al cielo una mirada de reconocimiento profundo.

La entrada de aquella Niña en la sociedad humana con un nombre por el que sus semejantes pudieran distinguirla, fué celebrada tan modestamente como lo habia sido el nacimiento: hasta que Jesus instituyó el bautismo, el acto de dar un nombre al recién nacido no reclamaba entre los israelitas ninguna ceremonia religiosa.

Entónces, como en todos tiempos, el nacimiento de un hijo era grande motivo de alegría, y más entre el pueblo de Israel, que, como hemos visto, tenia la esterilidad por una deshonra; pero esa alegría, aunque inmensa, no traspasaba el círculo de las personas á quienes afectaba directamente, y los nacimientos se celebraban en reuniones de familia sin aparato ni ostentacion.

La de Joaquin tenia poderosas razones para que su regocijo fuese muy grande con el inesperado alumbramiento de Ana. Esta mujer perfecta, poseia en la superioridad de su alma y en la excelencia de sus virtudes el secreto de conquistar los corazones, tanto que ni aun los más duros se podian dispensar de honrarla con cierto respeto que, léjos de excluir, inflamaba el amor. La costumbre sancionada por la ley inclinaba á sus parientes á negarle el tributo de amor y de consideracion que se le debia, porque su esterilidad hacia que el oprobio del marido se reflejase en cierto modo sobre toda la familia; pero la virtud de Ana, triunfando de aquellas preocupaciones, cerraba el labio que se habia entreabierto para escarnecerla, y convertia en dulce y amante la mirada que se le habia dirigido con desprecio.

El nacimiento de María fué la estrella de paz que brilló en el cielo de la esperanza para desvanecer aquellas tempes-

tades del corazon, siempre contenidas y siempre dispuestas á estallar. En los oidos de la afortunada madre resonaban ardientes felicitaciones; ella las oia con gratitud, y contestaba siempre:

— La bendicion del cielo ha caido sobre nosotros; Dios ha querido que vea honrada mi ancianidad; á Dios hemos debido tanto bien; vuelva á sus manos lo que de ellas ha salido. Yo le ofreceré ese bien en las gradas de su augusto santuario.

The first part of the memoirs is devoted to a general history of the
 Republic, from its origin to the present time. The author begins with a
 description of the country, its situation, its climate, its soil, and its
 productions. He then proceeds to a history of the Republic, from its
 origin to the present time. He divides the history into three periods:
 the first, from the origin to the establishment of the Republic; the
 second, from the establishment of the Republic to the present time; and
 the third, from the present time to the future. The first period is
 divided into two parts: the first, from the origin to the establishment
 of the Republic; and the second, from the establishment of the Republic
 to the present time. The second period is divided into three parts:
 the first, from the establishment of the Republic to the present time;
 the second, from the present time to the future; and the third, from
 the future to the present time. The third period is divided into two
 parts: the first, from the present time to the future; and the second,
 from the future to the present time. The author concludes with a
 description of the present state of the Republic, and a prediction of
 its future.



---

## LIBRO SEGUNDO.

### ESTRELLA DEL MAR.

---

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### LA PURIFICACION.

Cumplidos los ochenta dias del nacimiento de un infante, la mujer hebrea tenia la obligacion de ir á purificarse en el templo llevando á su hijo, y Ana se dispuso á cumplir con este precepto de la ley de Moisés.

No se crea porque se haya sujetado á la ley de la purificacion la madre de MARÍA, que ésta hubiese nacido impura. No, y mil veces no <sup>1</sup>.

La mujer destinada para Madre del mismo Dios, y como dice el abate Orsini, para divinizar nuestra naturaleza, esperada por todos los hombres desde los tiempos más remotos, y prometida por el mismo Dios para destruir el pecado original, no podia ser heredera de ese pecado. Su naturale-

---

<sup>1</sup> El 8 de Diciembre de 1854, nuestro santísimo padre Pio IX declaró dogma de fe la Inmaculada Concepcion de María, que era ya universal creencia entre todos los cristianos.

za y sus prerogativas debian ser muy superiores á las de toda la humanidad.

Los griegos creyeron siempre que María, por decirlo así, se detuvo á la orilla del abismo que abrió la desobediencia de nuestros primeros padres, y que su Concepcion fué tan inmaculada como su vida.

Algunos sabios doctores que la Iglesia coloca entre el número de sus santos, convencidos de que son inmutables las leyes divinas, defendieron que María fué sometida á la que alcanzaba á todo el género humano, aunque despues quedó purificada por una gracia especial y excelente al empezar su dignidad gloriosa de Madre de Dios.

Pero la piadosa iniciativa que habian tomado los griegos, produjo sus naturales frutos, y doctores no ménos insignes que Buenaventura y Tomas de Aquino, defendieron con razones incontestables la Concepcion inmaculada.

Los espíritus sencillos, á veces más favorecidos por la luz divina que las supremas inteligencias, confesaban esa verdad y abrian camino á los teólogos para demostrarla.

Sin duda habia permitido Dios la controversia para que de ella brotase la luz.

Los apóstoles Santiago el Mayor y San Mateo, distinguian á la Virgen con los títulos de Santísima é Inmaculada.

Más expresivo San Andres, decia:

«Así como el primer Adan fué hecho de la tierra ántes de que Dios la maldijese, el segundo Adan ha sido formado de una tierra vírgen y que NUNCA FUÉ MALDITA.»

Otros muchos santos y mártires, llamaban á María Inmaculada y Pura.

A medida que avanzan los siglos, esta creencia, léjos de debilitarse, va arraigándose y extendiéndose, y la Iglesia

reune multitud de respetables testimonios en favor de la Concepcion sin mancha.

Inglaterra bajo el reinado de Enrique I, y España bajo el de D. Juan I de Aragon, establecieron esta solemne fiesta <sup>1</sup>.

Muchas órdenes religiosas se consagraron á predicar esta doctrina, y tales eran las razones en que la apoyaban, que la admitieron sin dificultad no sólo la mayoría de los fieles, sino tambien las más sábias corporaciones científicas de Europa.

El concilio de Trento declaró solemnemente que en su decreto sobre el pecado original no estaba comprendida la Madre inmaculada de Jesus <sup>2</sup>.

¿Mas para qué esforzarnos en pedir á la tradicion y á la historia testimonios de una creencia arraigada en el corazon de cuantos en las tormentas de la vida han vuelto con esperanza sus ojos hácia la ESTRELLA DEL MAR? <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Puede consultarse sobre el particular el Libro de los privilegios del reino de Valencia, correspondiente al año de 1394.

<sup>2</sup> Hemos hablado del celo de muchas comunidades religiosas en defender este augusto misterio: las de frailes franciscos se distinguian entre todas. Tratando de este mismo particular el abate Orsini, refiere esta anécdota, demasiado curiosa para omitida:

«Habiendo Montfaucon, dice, que recorria la Italia hácia el año 1698, visitado en Pavía la biblioteca del caballero Beleridus, célebre por su piedad, quedó muy sorprendido al ver que aquella inmensa coleccion de libros sólo se componia de tratados escritos por franciscanos en defensa de la Inmaculada Concepcion. Una estampa puesta al frente de uno de aquellos libros, escrito por fray Alba, representaba á la Santa Virgen sentada sobre nubes, y abajo habia una muralla erizada de torres, y en cada una un franciscano peleando con los adversarios de aquel misterio.»

<sup>3</sup> Podiéramos hacer interminables las citas para demostrar que en las contiendas teológicas triunfaron siempre los defensores de la Inmaculada Concepcion; mas quedando ya este punto fuera de duda por la



Para Ana no se habia establecido la purificacion decretada por la ley de Moisés; pero ni Ana ni Joaquin podian conocer el privilegio con que Dios los habia enriquecido.

Los esposos se encaminaron á Jerusalem con su precioso fruto de bendicion y la piadosa ofrenda que habian de depositar en el altar de los holocaustos.

Ya los hemos visto otra vez en este mismo camino de la ciudad santa para rendir al Creador de todas las cosas la pureza de sus corazones. Aquel era un dia de general regocijo, y multitud de alegres caravanas se dirigian en devota peregrinacion á la casa de Jehová. Entónces la tristeza profunda que devoraba á Ana y á Joaquin por verse solos en el mundo, sin un heredero que fuese corona de su ancianidad y perpetuador de su nombre, cubria sus semblantes con una espesa nube y contrastaba dolorosamente con la alegría de aquellos que debieron á Dios el don precioso de la descendencia.

Pero ahora, aunque nadie les acompañaba en su camino, el gozo les palpitaba en el pecho é inundaba su semblante con celestiales resplandores. Dios habia libertado á Joaquin del oprobio que le alcanzaba con la esterilidad de su esposa, y al penetrar por los anchos pórticos del templo con su inestimable tesoro podia demostrarle á Issachar, al sacerdote aquel de corazon de piedra y de palabras de fuego que habia tenido la bárbara crueldad de afrentarle en público, cuán injusto habia sido con él suponiendo que traia escrita en la frente la maldicion de Dios.

Joaquin caminaba á pié conduciendo el asno en que mon-

---

declaracion dogmática de la Iglesia, sólo conseguiríamos, sin utilidad, hacer difusa y embarazosa la lectura de este libro. La verdad de tal modo declarada no necesita ninguna demostracion.

taba su esposa llevando en sus brazos á la inocente María <sup>1</sup>. Difícil y angustioso era el camino que conducia de Nazareth á Jerusalem; pero Joaquin, conducido por las alas de su felicidad, no sentia el cansancio ni la fatiga. Volvia con frecuencia el rostro para contemplar á Ana con ese orgullo del amor que es la fuente de todas las virtudes domésticas, y daba mil y mil gracias al cielo porque ya nadie se atreveria á mirar con ojos de insolente desprecio á la fiel compañera de su vida, á la que era tan amada de su corazon.

Cuando las molestias propias de la jornada exigian algunas horas de descanso para recuperar las fuerzas y seguir adelante, Joaquin las tenia siempre sobradas para adelantarse en busca de agua límpida y fresca á la fuente vecina, y para preparar á la Reina de los Cielos que tenia la dicha de llevar consigo, un lecho de tiernas hojas y un rústico dosel formado con ramas de teberintos y sicomoros.

Así llegaron al término de su jornada, y entraron como vencedores en Jerusalem por aquella misma puerta Aurea que algunos meses ántes los habia visto salir como vencidos.

Despues de algunas horas de descanso, Joaquin y Ana, que se sentian devorados por la impaciencia de presentar á su Hija en el templo, dirigiéronse á la casa de Dios llevando el corderillo y las palomas que habian de sacrificar <sup>2</sup>, porque ellos en su pobreza no tenian oro de que hacer una corona votiva para colgarla de las paredes del templo.

---

<sup>1</sup> De este modo viajaban los patriarcas desde muy antiguo. Los asnos de la Palestina son de gran corpulencia y de una hermosura y nobleza notables. (Geramb, *Viaje á la Tierra Santa.*)

<sup>2</sup> Esta era la ofrenda de los pobres y la obligatoria para todos los judíos. Los ricos tenian la facultad de añadir cuanto quisieran.

Las mujeres de Jerusalem que encontraban al paso á la santa familia y que adivinaban el único objeto que podia haber llevado á aquellos extranjeros á la ciudad en dias que no eran de general peregrinacion, les abrian paso respetuosamente, no dejando de mirarles hasta que los perdian de vista.

— ¡Oh! Exclamaban unas. ¡Qué Niña tan hermosa! ¡Parece que todos los ángeles de Jehová han inundado ese rostro inocente con todos sus resplandores de gloria! Exclamaban otras.

— Groseros lienzos de lino, decian otras, envuelven las carnes de ese Angel que empieza en la tierra su dificil peregrinacion. ¡Qué princesa ha merecido más la púrpura de Tiro? ¡Bendita la madre que ha dado á luz tal Hija!

— ¡Bendita, sí, mil veces bendita en su prodigiosa fertilidad, pues esos blancos cabellos que coronan su frente no son como la nieve de las montañas que hiela la sangre, sino como la que en menudos copos cae en los valles de fertilidad, y no abrasa, sino abriga cariñosamente á la tierra madre!

— Muy querida debe ser á Jehová la mujer que tiene sucesion y da la vida en los momentos en que para ella se abre el sepulcro.

Estas bendiciones de aquellas hijas de Israel que no conocian sobre la tierra un bien comparable al de la maternidad, y que se juzgaban tanto más felices cuantos más hijos tenian, llegaban á los oidos de Ana y de Joaquin con todo el encanto de una armonía celestial, y desde lo íntimo de sus corazones daban gracias á Dios por el riquísimo depósito que les habia confiado.

Ya los pasos del matrimonio feliz resonaban bajo las au-



gustas bóvedas del templo, ó dilataban su rumor misterioso y solemne en los anchos pórticos y en las extensas galerías.

Frente á las gradas del altar de los holocaustos resonaba la música de los levitas. Ana y Joaquin quedaron detenidos esperando al sacerdote que habia de recibir las víctimas destinadas al sacrificio.

El sacerdote salió, é informado del objeto que llevaba á los ancianos al templo en dias que no eran de solemnidad religiosa, quedó sorprendido.

— ¿Y esa es tu Hija, tenida en esa mujer? Preguntó con manifiesta incredulidad.

— El Señor ha querido hacer felices los últimos dias de mi existencia, dijo Joaquin; esta mujer es Ana, mi esposa, y la sustancia de su pecho nutre a mi Hija.

— ¿Qué nombre le has puesto?

— María.

— Soberana del mundo debe ser la Niña que en él ha tenido nacimiento tan prodigioso.

Los sacerdotes que vivian para la contemplacion y para el servicio del templo, no acostumbraban á detenerse mucho hablando con los judíos que iban á orar ó á depositar victimas en el altar de los holocaustos. Issachar vió con disgusto que el sacrificador se distraia, y acercándose al grupo le dijo con áspero acento para reconvenirle:

— Hijo de Aaron<sup>1</sup>, el servicio de Jehová no admite demora. ¿Qué haces que no llevas al ara esas víctimas? ¿Qué pueden decirte esos galileos que interese más que el sacrificio? ¿Querrás indignar á un tiempo á Dios y al gran Pontífice?

<sup>1</sup> La dignidad de los sacrificadores estaba vinculada en los descendientes de Aaron.

— Tranquílzate, venerable Issachar, que bien se pueden detener los ojos cuando contemplan un prodigio.

— ¿Cuál es?

— El que tienes delante. Este matrimonio anciano viene á presentar en el templo á su Hija primogénita.

Issachar se volvió hácia Ana y Joaquin, en los que hasta entónces no habia reparado. Entónces reconoció en Joaquin al hombre venerable á quien algunos meses atras habia afrentado en público.

— ¿Es esa tu Hija verdaderamente, preguntó aquel corazón perseverante en la dureza, ó vienes á sorprendernos con una mistificacion para que tus hermanos no vean la maldicion de Dios que estaba pesando sobre vosotros?

— Pregúntalo á mi esposa, de cuyos pechos se nutre esa Niña.

— ¿Hemos vuelto á los tiempos de Abraham? ¿Pueden ser fecundas las mujeres que llegaron estériles á la ancianidad?

— Todos los tiempos son buenos para que Dios oiga las oraciones de los que humildemente le piden.

Issachar, confundido con lo que acababa de ver, y quizas avergonzado de la dureza con que se habia permitido tratar á aquel anciano virtuoso, no murmuró una sola palabra; volvió la espalda y se internó en el templo.

El sacrificador inmoló las víctimas, y Ana y Joaquin permanecieron de rodillas todo el tiempo que tardó el fuego sagrado en consumir las entrañas.

Despues, adelantándose otro sacerdote hácia ellos, porque las mujeres hebreas, consideradas como esclavas por la antigua ley, habian de orar en uno de los patios que precedian á la entrada del templo, recibió en sus brazos á la tierna

Niña, y dijo Ana al depositar á los piés del Altísimo la hermosa corona de su ancianidad feliz:

— Dios me ha dado esta Hija, y á Dios quiero devolvérsela; yo prometo traerla al templo y consagrarla al servicio de Dios tan luégo como su inteligencia pueda distinguir las nociones del bien y del mal.

— ¿Ratifica el esposo la promesa que acaba de hacer la madre? Preguntó el sacerdote.

— La ratifico, contestó Joaquin con voz solemne.

— El cielo reciba vuestro voto como don que emana de corazones puros, y no quebranteis nunca el deber que os impone este sagrado juramento <sup>1</sup>.

Cumplida esta piadosa ceremonia, impuesta como ya hemos dicho, por la voluntad de Dios, purificada la madre y bendecida la Hija por los sacerdotes, la santa familia volvió á Nazareth á disfrutar de la felicidad tranquila que Dios tiene prometida á los justos.

---

<sup>1</sup> Habia dos especies de votos entre los judíos: el llamado *Neder*, voto simple que permitia redimir lo votado al Señor, y fué el que hizo Santa Ana, y el *Cherein*, por el cual se cedian en absoluto y sin que nunca se pudieran recobrar todos los derechos sobre las cosas votadas, fuesen casas, tierras, ganados, hijos ó esclavos. Estas cosas no se podian vender ni rescatar por precio alguno. (Orsini, *Vida de la Santísima Virgen*.)



---

## CAPÍTULO II.

---

### LA DICHA DEL HOGAR.

De todos los sacrificios hechos desde la creacion del mundo, ninguno podia ser tan grato á los ojos de Dios como el que Joaquin y Ana habian ofrecido en el altar de los holocaustos al presentar por primera vez á su Hija en el templo y nada más sublime que el espectáculo de aquellos padres que iban á inscribir en la servidumbre de Dios á aquella Doncella purísima que habia de llevar en su vientre al Libertador del mundo.

Los ángeles custodios del templo batieron sus alas con regocijo, y las milicias celestiales entonaron coros en alabanza de María.

¡Oh! ¿Quién pudiera comprender la mística correspondencia que en aquel momento solemne debió haber entre el Supremo Autor de todo lo creado y la Virgen de las profecías, iluminada desde su pura concepcion por rayos de la divina inteligencia?

Los santos Padres creen que favorecida por esta luz, María ratificó en lo íntimo de su corazon el piadoso voto de sus

padres; que se ofreció á Dios y Dios la recibió en su seno <sup>1</sup>.

Si siempre han sido los hijos el encanto de sus padres, la santa alegría del hogar, la esperanza y el consuelo de los que les han dado su sangre y su nombre, ¿con cuánta más razon no debia serlo María difundiendo la viva luz y el amoroso calor de la estrella cuyo nombre llevaba?

Ana y Joaquin se miraban en el angelical semblante de María, como se miran en la tersa superficie del lago de Tiberiades los árboles que crecen en su ribera, y saludaban su sonrisa como saluda la naturaleza las primeras tintas plateadas de la aurora.

María era el puro rayo de sol que rasga las nubes y descendiendo á la tierra para darle calor y alegría despues de los horrores de la tempestad.

La brisa perfumada que extendiéndose suavemente por el valle, reanima con un soplo de vida los arbustos y las flores marchitas por el viento helado de las montañas ó por el contacto abrasador de la ráfaga que se inflamó al cruzar por los calcinados arenales del desierto.

El rocío que descendiendo suavemente hasta el alma durante las pesadas horas del sueño para devolverle el vigor debilitado por la actividad y el delicado aroma de su pureza.

El bálsamo reparador que curaba todas las heridas del espíritu.

¡Con cuánta delicia no repetirían el suave nombre de Mirian aquellos padres dichosos!

Si, como se complace en creer la tradicion piadosa, este nombre fué impuesto por Dios, debia ser en los labios de Joaquin y de Ana un manantial de delicias.

---

<sup>1</sup> Padre Croisset, *Vida de la Santísima Virgen*.

¡MIRIAN! ¡Soberana del mundo, soberana y señora que habia depositado su trono bajo el modesto techo de aquel lugar!

¡MIRIAN! ¡Estrella de los mares que ve el navegante durante la noche y le sirve de misterioso guia para no temer el naufragio!

¡*María!* Nombre más dulce que la miel en la boca, más grato al oido que el canto más melodioso, más suave para el corazon que la más deliciosa alegría.

Esa palabra, llena de armonía celestial, fué la primera que pronunciaron mis labios cuando murmuraban la primera oracion dictada por la tierna solicitud de mi madre.

Diríase que su amor maternal se habia estremecido con el presentimiento de una muerte prematura, y que me enseñaba á conocer la Madre que habia de protegerme en mi orfandad desvalida.

¡Oh *María!* Yo aprendí á amarte ántes de conocerte; yo repito hoy mismo tu nombre ligado á todos mis recuerdos de felicidad, y me detengo en cada sílaba, en cada letra, para prolongar en mis labios los ecos de una armonía que me enajena el alma.

¡Oh Madre espiritual! ¡Cuánto no adoraré yo tu nombre que es el mismo de aquella madre amorosa que me dió la naturaleza, para arrebatármela tan pronto!

Para él fueron las primicias de mi pobre imaginacion de poeta, mezquino presente para tí si no hubieran sido al mismo tiempo las primicias de mi alma.

¡Oh! ¡Cuántas veces, devorado el corazon por las ingraticudes y por la iniquidad de los hombres, he levantado los ojos al cielo, á ese cielo que las lágrimas no me permitian distinguir, y ha venido tu nombre á mi memoria como el eco consolador de una promesa divina!



Así como el viento desliziéndose por entre las cuerdas del arpa eólica de David le arrancaba suaves melodías, tu nombre, resonando en mi corazón, ha despertado en él todos los sentimientos que ennoblecen el alma.

Yo he sentido mi espíritu libre de la cadena material; yo me he remontado en alas de la fantasía á regiones de singular pureza: y cuanto he podido soñar no era tan bello, tan grande, tan sublime como esa epopeya magnífica que brota en el corazón del cristiano al pronunciar el nombre de María.

Yo lo trazo sobre el papel y siento que el estilo se embeleece, que mi imaginación es más fecunda, mi palabra más fácil, mis sentimientos más dulces; parece como que todo mi ser se inflama en un fuego sagrado.

El tiempo no ha marcado mi frente con su huella profunda; aun no he ceñido á mi frente la plateada corona de los ancianos; aun brilla en mis ojos la chispa refulgente de la juventud: quizás me engañe; quizás este vigor con que siento circular por mis venas los manantiales de la vida, sea como el ímpetu de esas aguas que, desprendidas del torrente, saltan frenéticas de roca en roca para precipitarse y confundirse en el abismo insondable; pero ya esté lejos, ya cerca el término de esta angustiosa peregrinación, séame permitido que tu nombre, ¡oh Madre mía! sea la última palabra que selle mis labios.

Quien había recibido la gracia desde el instante feliz de su concepción, no podía dejar de ser un solo momento el conjunto de todas las perfecciones.

En la pobre casa de Joaquin, aunque trocada en mansión de la Reina de los cielos y la tierra, no cambiaron las patriarcales costumbres de otros tiempos.

Aquel matrimonio comprendia todo el valor del precioso depósito que el cielo le habia confiado; pero como el mensajero divino no les habia autorizado para que lo publicasen, ellos solos que lo conocian podian apreciarlo en su inmenso valor.

María no fué más para todo el mundo que la Hija de los pobres descendientes de la tribu de Judá, y aquella Niña soberana no tuvo otra corte que la amante solicitud de sus padres.

Ana la criaba á sus pechos, porque aparte de su pobreza, una mujer israelita se hubiera creído deshonrada si no cumplia con todos los deberes de la maternidad.

¡Cuántas noches á la débil luz de la lámpara, que apenas lograba romper las tinieblas del aposento, despues de haber purificado el alma con una oracion ferviente, Ana colocaba á María sobre sus rodillas, en tanto que Joaquin, teniendo en la mano el libro de las Sagradas Escrituras, procuraba adaptar sus explicaciones á la infantil imaginacion de María para que comprendiese aquellos misterios profundos y aquellas divinas promesas!

Tarea en verdad no difícil, porque la gracia iluminaba aquella razon naciente.

Apénas contaba María dos años, y ya resplandecian en su carácter la piedad, la sabiduría, la dulzura inmensa con que se manifestó despues á la admiracion del mundo esta colosal figura del Cristianismo.

Así como el sol al nacer en el Oriente esparce por la tierra una luz ténue y un calor apenas perceptible, y no nos inunda con sus rayos, ni nos abrasa con su fuego sino á medida que se va elevando en la altura, María no manifestaba sino por grados el don precioso de la sabiduría que en abso-



LA ESTRELLA DE NAZARETH.



Lit. N. Gonzalez, Madrid.

INFANCIA DE MARIA.



The first part of the paper is devoted to a general  
 introduction of the subject. The author then proceeds  
 to a detailed description of the various  
 methods employed in the investigation. The results  
 of the experiments are then presented in a series  
 of tables and figures. The author concludes by  
 discussing the implications of the findings and  
 suggesting directions for further research.



luto habia recibido del cielo desde el momento de su concepcion.

Sin embargo, los parientes y los amigos de Joaquin tenían más de un motivo para admirar tanta inteligencia y tan acabadas perfecciones en una Niña de tan corta edad.

¡Cuán halagado no verian con estas alabanzas su paternal orgullo! Los triunfos de los hijos son como una corona de gloria que los padres ciñen á su frente.

Tanto la razon se habia adelantado á la edad en aquel infantil espíritu cuyas manifestaciones eran todas maravillosas, sobrenaturales, que al cumplir María los tres años creyeron Ana y Joaquin que habia llegado el caso de cumplir el ofrecimiento que habian hecho á Dios, y que aunque la edad de su Hija parecia dispensarles del penoso sacrificio, así como en Ella se habia adelantado la razon, ellos debian adelantar la época de cumplir su voto.

María deseaba más que nadie verse consagrada al servicio del templo. Su corazon ratificaba á cada momento la piadosa promesa de sus padres.

Parecióle á Joaquin que en tan grave asunto no debia proceder animado solamente por su deseo, y convocó en su casa una asamblea de parientes y ancianos para demandarles consejos.

Hubo quien prestando dócil oido á las prerogativas de la naturaleza opinó que Ana y Joaquin no debian privarse tan pronto de aquel Sér inocente que era el único consuelo, la única alegría de su ancianidad.

Pero los más prudentes, apreciando en su justo vâlor la prodigiosa precocidad de aquella Niña, y teniendo presente que nunca ha de retrasarse el pago de las deudas que tenemos contraidas con Dios, les aconsejaron que ni un ins-

tante más dilatasen la presentacion de María en el templo.

Ana y Joaquin siguieron el consejo. ¡Cuánta angustia costaba á su corazon el cumplimiento del deber que habian contraido de devolver á Dios el depósito que les tenia confiado!

¡Cuando nuestros pasos se encaminan lentamente hácia el sepulcro, parece tan hermoso y tan amante cualquier pedazo de tierra de los que hemos recorrido! Todos ellos guardan algun recuerdo de nuestra pasada lozanía, algun destello de la vida que por instantes nos abandona. ¡Se nos hace tan triste y tan pesada la soledad! ¡Gozamos tanto con esa vida de nuestros hijos que hemos contribuido á formar y que viene á ser como nuestra segunda existencia, una promesa seductora que nos persuade de que aun despues de muertos hemos de continuar en cierto modo viviendo en el mundo!

La idea de la muerte no debe presentarse á la mente de un anciano con toda su exactitud espantosa, hasta que ha perdido el hijo en cuya existencia ve reflejada la suya propia. El padre que pasa por ese inmenso dolor muere dos veces, ó mejor dicho, sólo el hombre que muere con ese dolor es quien ha muerto en realidad.

Ana y Joaquin no iban á asistir á la muerte de su hija; ¿pero acaso la separacion no es para los ancianos una especie de muerte?

¡Qué inmenso desierto no serian sus corazones el dia en que las planchas de bronce que hacian impenetrables las paredes del templo de Jerusalem, se interpusiesen entre ellos y la Hija de sus entrañas!

¡Qué silencio tan parecido al de la tumba no guardarían en adelante aquellas sencillas, pero augustas paredes del hogar paterno que habian dado abrigo á la Reina de los ángeles!



¿Cómo disipar la nube de tristeza que se extendería por donde ántes habia brillado la luz intensa, pura é inextinguible de la santa alegría del hogar?

Pero era necesario obedecer: Dios, aumentando la razon y las perfecciones de María, distinguiéndola con su gracia entre todas las doncellas de Judá, reclamaba su depósito, y las puertas del templo debian abrirse para que en el altar del Señor luciese su más precioso ornamento; el arca de la alianza habia desaparecido, y debia sustituirla la prenda de otra alianza no ménos consoladora.

Joaquin y Ana, con la angustia en el corazon y las lágrimas en los ojos, abandonaron su hogar, que ya nunca habia de sonreírles, y emprendieron el camino de Jerusalem.

### CAPÍTULO III.

#### EL VIAJE.

La naturaleza habíase vestido el inmenso sudario de tristeza con que se cubre durante los rigores de la estación helada; las nubes en fantástico tropel cruzando incesantemente por el espacio, ocultaban á los ojos del viajero la pureza sin igual del cielo de la Palestina; á las dulces armonías producidas por el canto de las aves, el murmullo de las fuentes y el suave clamor de la brisa al deslizarse vagorosa por entre las copas de los árboles, habían sucedido el seco crujir de las hojas secas arrastrándose por la llanura, el ronco bramido de los torrentes y el silbido amenazador y profundo de los vendabales quebrándose entre las rocas de la montaña.

Esa salvaje armonía que parece los últimos esfuerzos de la naturaleza contra el imperio naciente pero irresistible de esa estación cruel que detiene el curso de la vida helando la sangre en las venas del niño y precipitando al anciano en la tumba, se completaba con el lejano aullido de los lobos y el grito agudo de los chacales que resonaba en los oídos del viajero como una terrible amenaza.

Las montañas de la Galilea se despojaban de su verde ropaje y ceñían sus empinadas crestas con su corona de sin igual blancura; el Cison, rompiéndose entre las rocas y enriquecido con las vertientes de las sierras, dilataba sus rojizas aguas por la llanura sembrando donde quiera la desolacion y el estrago.

Pero en la florida falda del Carmelo y en la pintoresca llanura del Saron, una primavera eterna lucia sus galas más ostentosas. Hasta allí no llegaban los ecos de las terribles tempestades del equinoccio, ni el soplo destructor de las ventiscas otoñales.

Allí encontraba el viajero fuentes cristalinas donde apagar la sed, verdes palmeras á cuya sombra reponerse de la fatiga del camino, lirios y campanillas que embalsamasen el ambiente, y cuadros de verdura para servirles de mullido lecho.

Si allí descende la nieve, es en menudos y ligeros copos que no bastan para cubrir la tierra con un sudario, y que más bien parecen perdidas mariposas que saltan aquí y allá buscando en el cáliz de las flores la más pura esencia de los aromas.

Para crecer en aquella afortunada region árboles tan sensibles á los rigores del invierno como los plátanos, los naranjos y las palmeras, no necesitan los cuidados del hombre, ni estufas que los abriguen; les basta con que mezcan sus ramas llenas de fruto aquellas brisas siempre templadas y suaves<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Volney asegura que ha visto en las costas de Siria durante el mes de Enero flores y naranjos cargados de fruto al aire libre. «Entre nosotros, dice, la naturaleza ha separado las estaciones con el intervalo de



El viaje de la santa familia era largo y penoso. El camino que conducia á Jerusalem les ofrecia tantas molestias como peligros. Habian de cruzar al traves de estériles llanuras por una senda áspera y escabrosa interrumpida á veces por aguas que se desprendian de los torrentes, salvando otras insondables precipicios, y perdiéndose con frecuencia en las quebras profundas de las montañas de Samaria y de Judea.

Era de todo punto imposible que emprendieran este camino dos ancianos acompañados solamente de una Niña de tres años.

Ademas el país, dominado á la sazón en una parte por los idumeos y en otra por los romanos, era presa de los horrores que acompañan á una invasion extranjera, y los campos estaban llenos de hordas de malhechores que encubrian sus crímenes con el sagrado manto de la patria y de la independencia.

Ana y Joaquin bajaron, pues, por la pintoresca falda del Carmelo y atravesaron la extensa y hermosísima llanura de Saron, y despues de algunos dias de marcha trabajosa endulzada por las delicias paternales de que era manantial inagotable aquella Niña elegida por Dios, llegaron á Jerusalem y entraron por la puerta de Efrain.

La poblacion inmensa de la ciudad santa, olvidándose de la opresion en que yacia, discurria alegremente por las ca-

---

los meses: puede decirse que allí no lo son más que por horas. ¿Causan molestia en Trípoli los calores de Junio? Pues con seis horas de marcha se encuentra en las montañas vecinas la temperatura de Marzo. ¿Incomodan en las montañas las heladas de Diciembre? Pues una sola jornada basta para que nos hallemos en la ribera entre las flores de Mayo.

lles con ese júbilo atronador que es el obligado eco de las fiestas populares.

Infinidad de coros de doncellas cogidas de la mano se divertían en las plazas públicas danzando lenta pero graciosamente al compás de las flautas y de los tamboriles; los mancebos alzaban doseles de juncias y hojas de palmera para brindarles con su amante sombra, y entretejían coronas de arrayán y mirto para ceñirlas á sus frentes virginales. Los ancianos divididos en severos grupos contemplaban con arrobamiento aquella juventud dichosa, dulce esperanza de sus corazones, honra y prez de sus plateados cabellos, y una multitud de esclavos con sus brillantes cintillos de oro y sus largas túnicas, quemaban perfumes en los pebeteros para embalsamar el aire.

Los treinta mil levitas destinados al servicio del templo rodeaban este edificio de tal magnificencia que no lo vió semejante la altiva Babilonia en los tiempos de su mayor grandeza.

Bajo las verdes copas de los árboles y las frondosas bóvedas de los emparrados de los jardines, dobladas con el peso de los racimos, se aderezaban las mesas para los banquetes y se disponían los lechos en que habían de recostarse los convidados, y los músicos se ocultaban en el espeso ramaje para que fuesen acompañados de dulce misterio los ecos de sus instrumentos sonoros.

La mesa y la música fueron los dos únicos placeres que servían al viejo Bercelai para distinguir las cosas de la vida.

El esforzado Ulises confesaba francamente á los Feacos que no conocía más felicidad que la de un banquete acompañado de música.

¿Por qué la rica y populosa Jerusalem resplandecía de júbilo cuando en ella entraron los padres de Mirian?

¿No estaban ya los judíos oprimidos por el cetro del idumeo Herodes Agrippa?

¿Habían logrado abatir en toda la region del Oriente el orgullo de las vencedoras águilas de los gentiles?

Atentos á las divinas promesas, ¿aguardaban impacientes la hora en que descendiese al mundo el Mesías que habia de libertarlos del cautiverio?

No: Jerusalem se disponia con grandes solemnidades á celebrar la fiesta que conmemoraba la dedicacion del templo.

Ana y Joaquin, llevando á María de la mano, atravesaron las bulliciosas calles de la ciudad y se dirigieron á la casa de su pariente Zacarías, príncipe de los sacerdotes, que habia venido de Hebron para cumplir en la casa del Señor las augustas funciones de su ministerio <sup>1</sup>.

Cumplido este deber que les imponian á un tiempo el respeto religioso y la urbanidad acostumbrada entre parientes, Ana y Joaquin, separándose del alegre bullicio con que se solemnizaba la fiesta, atravesaron algunas calles estrechas y sombrías hasta la puerta oriental, y en una casa de modesta apariencia que aun se señala á la piadosa curiosidad del viajero, descansaron con María de las penosas molestias del viaje <sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> David habia establecido que los sacerdotes se dividiesen en veinticuatro turnos ó clases, cada una de las cuales asistia en el templo por espacio de una semana: cada clase se subdividia en siete partes, de las que cada una tenia un turno de la semana. Zacarías correspondia al turno de Abia. (Pid., *Historia de los Judíos.*)

<sup>2</sup> Sobre el solar de esta casa, llamada de Santa Ana, se edificó un convento de monjas en tiempos de los reyes cristianos de Jerusalem; pero despues se convirtió en mezquita. (Chateaubriand, *Itinerario de Paris á Jerusalem.*)



## CAPÍTULO IV.

## EL TEMPLO DE JERUSALEN.

¡Hija de Melquisedech, mansion de paz<sup>1</sup>; tú presencias-te la muerte del rey Adonisedec, vencido en la desastrosa jornada de Gabaon; los hijos de Jebus te circundaron con fuertes muros que no bastaron á detener su huida cuando fueron perseguidos por el hierro invencible de los hijos de Israel; tú abriste los cimientos para que David pudiera edificar su solio y su palacio; tú recibistes, oh perla del Oriente, la hermosura de manos de Salomon, y en tí fué depositado el riquísimo tesoro del arca de la alianza!

Tú perdiste una parte de tu grandeza bajo el poder del egipcio Sesach, que habia triunfado de Roboan, tu rey, y vistes robados los tesoros del templo y del palacio, y los broqueles de oro de Salomon, y ultrajadas las doncellas, y pasados á cuchillo los robustos varones que cansados de pelear ya no podian sostener el peso de las armas.

Tú abristes tus puertas para que Joas entrase vence dor;

---

<sup>1</sup> Opinan algunos historiadores que Jerusalem fué fundada en el año 1991 de la creacion, por Melquisedech, quien le dió el nombre de *Salém*, que significa mansion de paz.

y luégo á los asirios, y más tarde á Nabucodonosor, que con la sangre y el fuego renovó los pasados horrores, dejándote para eterna memoria un monton de ruinas y un pueblo de esclavos.

Bajo el reinado de Cyro pudistes más tarde sacar de entre aquellas ruinas un resto de tu antigua grandeza, y fué permitido á los judíos volver á los hogares de donde los habia lanzado la tiranía del opresor de Babilonia.

Tú fuistes otra vez saqueada por Antíoco, y murieron ochenta mil de tus habitantes, mil veces más dichosos en su muerte que aquellos cuarenta mil que fueron vendidos ó fueron léjos de la patria á arrastrar por una tierra enemiga la pesada cadena del esclavo.

Tú no fuistes verdaderamente *mansion de paz* hasta que te puso cerco glorioso Júdas Macabeo, y no volvistes á escuchar los ecos terribles de la guerra hasta el reinado de Hircano y Aristóbulo.

Las luchas fratricidas que éstos sustentaban llamó hasta tus muros las águilas vencedoras de Pompeyo, que profanó tu templo penetrando en el santuario cuya entrada sólo era permitida á los sacerdotes.

Y más tarde, pero poco más tarde, tú, impía Jerusalen, que distes muerte á los profetas y apedreastes á los enviados de Dios, habias de verte esclava de Herodes el idumeo, que á su vez era esclavo de Antonio y no desdeñó serlo tambien de Augusto.

Tú desconocistes al Mesías; tú llamastes sobre tu frente la maldicion de Dios; tú arrancastes de los labios de Jesus estas fatídicas palabras que setenta años despues se habian de cumplir:

« Tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán de contra-

muro, y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán con los hijos que tendrás encerrados dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, porque has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado »<sup>4</sup>.

Pero no es hora ya de cantar tus pasadas grandezas; no lo es aun de llorar tu merecida desdicha.

Antes de que, como lo dijo Jesus, no quede piedra sobre piedra en la magnífica fábrica de tu templo, pueda yo dar al mundo una idea de la grandeza y majestad de la casa donde se daba culto al verdadero Dios.

Este arrogante edificio, primero entre todos los monumentos del Oriente, ocupaba toda la cima de una áspera y colosal montaña, y aun tenia que derramarse por las pendientes; y era tal su pesadumbre y grandeza que hubo necesidad de circuir la montaña con una triple pared. Siglos enteros y dádivas de todos los pueblos del mundo fueron necesarios para acabar este portentoso monumento, único digno de la religion á que estaba dedicado.

Una doble galería sostenida por columnas de mármol labradas en una sola pieza terminaba en la torre Antonia; tenia la altura de veinte codos, y sus ricos artesones de cedro eran de belleza tan prodigiosa, que sin necesidad del auxilio de la pintura y la escultura llenaban de admiracion á cuantos iban á contemplarlos.

Seguia un ancho espacio descubierto cuyo pavimento era de precioso mosaico compuesto con piedras de todos colores.

A esta parte del edificio se daba el nombre de primer templo; al segundo, que se llamaba el Santo, se subia por una grada magnífica de catorce escalones despues de pasar por



un ancho corredor con balaustradas á izquierda y derecha, y columnas de trecho en trecho con inscripciones en caracteres griegos y romanos para advertir á los extranjeros que les estaba prohibida la entrada en el santuario.

La forma de este segundo edificio era cuadrangular, y por la parte exterior lo cerraba un muro de cuarenta codos de altura.

Subidos los catorce escalones de la grada, se hallaba un espacio de trescientos codos de extension, y aun habia que subir otras cinco gradas para llegar á las puertas del templo. Estas puertas miraban cuatro al Septentrion, otras cuatro al Mediodía, y dos al Oriente.

El oratorio destinado á las mujeres tenia una puerta al Sur y otra al Norte; allí era permitida la entrada no sólo á las habitantes de la Judea, sino tambien á las que movidas por la devocion iban de otras provincias á rendir sus homenajes al Rey de los reyes. La parte que miraba al Occidente estaba cerrada por un muro, y no tenia puerta alguna.

Al lado de la habitacion destinada á guardar los tesoros, extendíanse varias galerías apoyadas en grandes columnas, no muy engalanadas con adornos, pero no inferiores en mérito á las del piso superior.

De las diez puertas mencionadas, nueve estaban cubiertas totalmente con planchas de oro y plata, y la décima, que estaba fuera del templo, con azófar de Corinto, metal aun más estimado que la plata y el oro. Cada una de las hojas de esta puerta tenia treinta codos de alto y quince de ancho.

Al entrar se encontraban á derecha é izquierda magníficos salones de la extension de treinta codos cuadrados y cuarenta de altura, construidos en formas de torres, y apoyados cada uno en dos columnas de doce codos de espesor.

La portada del lado de Oriente que daba paso á las mujeres y que era opuesta á la principal del templo, era de órden corintio, y excedía á todas en grandiosidad, pues además de su inmensa altura, las planchas de oro y plata que cubrían las puertas tenían más espesor que las otras nueve, mandadas cubrir por Alejandro, padre de Tiberio.

Quince escalones facilitaban la subida al muro que separaba á las mujeres de los hombres hasta la grande puerta del templo, y aun era preciso subir veinte más para llegar á las otras puertas.

El centro lo ocupaba el lugar santo consagrado á Dios, y á él se llegaba subiendo doce escalones. El ancho y alto del frontispicio era de cien codos; pero á la espalda sólo tenía sesenta, pues por la parte de la entrada ensanchábase el edificio como si tuviera brazos y los abriese para recibir en su seno á los fieles llamados por la oracion.

El primer pórtico no tenía puertas, porque representaba el cielo, que es visible y patente para todo el mundo. Todo el frente de este pórtico estaba dorado, y los ojos no podían resistir la reverberacion de la luz en aquellas paredes.

El templo se dividía interiormente en dos mitades. La primera, que se levantaba hasta el techo, tenía la elevacion de noventa codos por cincuenta de longitud y veinte de latitud. Infinidad de planchas de oro cubrían la puerta interior, y las paredes estaban doradas. En el techo se veían pámpanos del tamaño de un hombre, y de ellos colgaban racimos de oro purísimo.

Al frente había un tapiz babilónico de gran dimension, cuyos colores representaban los cuatro elementos, y estaban mezclados con tal arte que á todos parecía una maravilla.

En este tapiz estaba representado el órden de los cielos á excepcion de los signos del zodiaco.

Desde aquí se entraba á la parte interior del templo, que no era tan espaciosa y que tambien se dividia en otras dos desiguales. En la primera causaban admiracion el candelabro, la mesa y el altar de los inciensos.

El candelabro tenia siete brazos en los cuales descansaban otras tantas lámparas en representacion de los siete planetas. Los doce panes que habia constantemente sobre la mesa significaban los doce signos del zodiaco, y las trece clases distintas de perfumes que se quemaban en el altar de los inciensos, algunos de los cuales los producia el mar, daban á entender que todas las cosas proceden de Dios y á Él solo pertenecen.

La segunda parte de esta division á que nos hemos referido llamábase el *Santuario* ó el *Santo de los Santos*, y estaba separada de la anterior por un velo. Su recinto estaba completamente vacío, y á nadie era permitido entrar en él ni profanarlo con sus miradas indiscretas. Rodeábanlo muchos edificios de tres pisos que se comunicaban entre sí.

La techumbre del templo estaba erizada de agujas de oro para impedir que en ella se posasen los pájaros: nada habia en el exterior que no cautivase la vista y no suspendiera el alma, porque todo estaba cubierto de planchas de oro muy unidas, y á falta de ellas, para completar la riqueza y el buen gusto, de jaspe blanco tan bruñido que en él se reproducian los rayos del sol, y el caminante que veia á lo léjos aquella inmensa mole, la confundia fácilmente con una nevada montaña.

El altar que daba frente al templo y estaba destinado á los sacrificios, ocupaba una extension de cincuenta codos en



cuadro, y tenia quince de elevacion. Una balaustrada de hermosa piedra separaba al pueblo de los sacrificadores <sup>1</sup>.

Tal era el templo de Salomon, donde habian de deslizarse en el servicio de Dios los años infantiles de María, y del cual no habia de quedar luégo piedra sobre piedra, porque Jerusalem, ciega por la iniquidad, no quiso conocer á Dios que la habia visitado.

---

<sup>1</sup> Para esta descripcion del templo de Jerusalem hemos copiado casi literalmente la que hace el historiador Josefo, testigo de la destruccion de aquel edificio, en su obra *De bello judaico*.

---

## CAPÍTULO V.

---

### LA PRESENTACION.

Repuestos de las fatigas del viaje, y ansiosos por cumplir el ofrecimiento que habian hecho á Dios y de satisfacer los ardientes deseos de María que en su infantil ansiedad suspiraba por dedicarse al servicio del templo, Ana y Joaquin se dispusieron para hacer la solemne presentacion, llevando para depositarlos en el altar de los holocaustos un corderillo y un gongor de flor de harina.

La que iba á entrar en el templo como Reina y Señora, aunque á todos pareciese esclava, no podia ir sin que la acompañase su corte. Vestidos con sus trajes de fiesta, resplandecientes de alegría, animados por una felicidad cuyo secreto origen no podian conocer, acompañábala un numeroso concurso de parientes y amigos de Joaquin.

Pero este séquito no era bastante para tanta grandeza; la Reina de los cielos no habia de gozar de ménos prerogativas que las reinas del mundo. La Providencia habia decretado en una de sus misteriosas resoluciones, que el séquito se aumentase con cuantos habia más respetables y más respetados en Jerusalem.

Los empleados del palacio del rey dieron testimonio con su presencia de la majestad de aquella Niña que llenaba de admiracion y de júbilo todos los corazones.

Infinidad de damas ilustres cubiertas de perlas y de oro, venian á doblar su altiva cabeza ante Aquella que habia nacido para quebrantar la de la serpiente.

Los fariseos y doctores se agrupaban á su paso; ellos, augustos depositarios de la ciencia, que se sentian confundidos ante la fuente de la sabiduría.

Pero aun no eran éstos bastantes honores para la Virgen feliz de la que Dios habia decretado que naciera el Mesías prometido.

Los ángeles custodios del templo cubrieron á María amorosamente con sus blancas y purísimas alas, y todos los espíritus del cielo, asociándose al gran acontecimiento de la tierra, prorumpieron en un himno de alabanza, en cánticos de sin igual dulzura, cubriendo con aromáticas flores del Paraíso el suelo que pisaba María<sup>1</sup>.

La casualidad habia reunido en el pórtico de Salomon á los opulentos magnates y las matronas ilustres de Jerusalem; la voluntad del cielo los hizo acompañar como escolta de honor á aquella Niña que, habiendo nacido en cuna tan humilde, estaba destinada á fines tan altos.

Al llegar á las gradas de mármol del chel<sup>2</sup>, desde donde se descubria el velo que ocultaba el Santo de los Santos á

---

<sup>1</sup> No hemos dejado volar la imaginacion para entretener á los lectores con una descripcion más ó ménos poética. De este sentir son muchos autores piadosos, entre los cuales podemos citar á Isidoro de Tesalónica, Jorge de Nicomedia y San Andres de Creta.

<sup>2</sup> Espacio de diez codos, comprendido entre el patio de los gentiles y el de las mujeres.



las miradas indignas del pueblo, detúvose la brillante comitiva y los hombres se separaron de las mujeres; los fariseos extendieron sus phylacteres<sup>1</sup>, y cubriéronse el rostro con la lana blanca y finísima de sus taleds, salpicados de granadas de púrpura y adornados con gruesos cordones del color de la violeta; las hijas de Sion, temerosas de los ángeles del santuario, bajaron sobre sus rostros los velos que flotaban en sus cabezas, y los esforzados capitanes de Herodes, á quien el mundo llamaba el Grande, se envolvieron en sus ricos mantos que ántes tenían recogidos en broches de oro.

Joaquin, acompañado de sus parientes y amigos varones, fué á colocarse bajo los arcos del peristilo, y Ana con las mujeres permaneció en el patio contemplando desde léjos la casa santa del Señor. Giró pesadamente sobre sus goznes la puerta de Nicanor, y dió paso al cordero destinado al sacrificio. Entónces se ofreció á los ojos del pueblo la magnífica perspectiva del templo de Zorobabel con sus magníficos artesonados de cedro, sus puertas de bronce y oro, sus coronas votivas y sus paredes formadas de enormes piedras brillantes, pero enrojecidas por la mano de los siglos.

Pero no era el trabajo destructor de las edades lo que privaba al templo de Salomon de aquella majestad divina producida en otro tiempo por la presencia del mismo Dios. Allí todo era grande y sublime, y sin embargo el corazon adivinaba la falta de un *no se qué* que empequeñecía tanta grandeza, tanta sublimidad: y es que, aunque el arte apure

---

<sup>1</sup> Llamábanse phylacteres ó taphilim á unos pequeños pedazos de pergamino en que se escribían con una tinta especial cuatro sentencias de la Escritura, y eran señal de distincion; los judíos solían llevarlos en el brazo izquierdo ó en la frente, y Jesus los reprendió por ese alarde de orgullo. (Basnage, *Historia de los Judíos.*)

todos sus recursos y todos sus tesoros en los edificios destinados á la religion, lo único que los completa es la idea religiosa cuando la imágen de Dios se adivina en todos sus ámbitos.

El pueblo judío que iba á presenciar la presentacion de María, no era el mismo pueblo del hijo de David: los israelitas, gimiendo en la esclavitud, estaban muy próximos á ser un pueblo abyecto y miserable; cuando desaparece la libertad, el envilecimiento mancha los corazones de aquellos que no han sabido conservarla.

Las costumbres se relajaban y la fe se perdia; los sacerdotes no eran ya los ungidos del Señor; el arca de la alianza habia desaparecido, y merced á una odiosa impostura, el pueblo ignoraba la pérdida de tan estimable tesoro; con el arca desapareció tambien el Schekina donde Dios se manifestaba á Moisés en forma de nube luminosa, y hasta las piedras del Racional habian perdido sus virtudes proféticas y no anunciaban ya á los aaronitas los triunfos ni las derrotas<sup>1</sup>.

Pero Dios, que no se habia olvidado de su pueblo favorito, tenia dispuesto que en la casa santa brillase una nueva aurora, y que el puro sol de la salud extendiese por el mundo sus rayos vivificadores.

Joaquin depositó la víctima de prosperidad en manos de los sacerdotes y levitas que estaban reunidos en la última grada. Aquellos ministros del Señor ceñian á su frente, no la corona de laurel ó de apio verde exigida por las religiones idólatras, sino una mitra de forma redonda y hecha de

---

<sup>1</sup> Dios se servia de estas piedras para anunciar la victoria: ántes de acamparse las tropas salia del Racional una luz vivísima. (Flavio Josefo.)

un tejido de lino muy espeso; un ancho cinturón bordado de oro, jacinto y púrpura les ceñía la túnica, que era tan blanca como el ampo de la nieve, y constituía el traje sacerdotal, que sólo era permitido llevar en el templo.

Uno de los chaneos<sup>1</sup> echó sobre sus hombros los flotantes cabos del ceñidor, tomó en sus brazos el cordero, y poniéndolo de manera que la cabeza mirase al Norte, murmuró una plegaria dirigida al Dios de Jacob, y hundió el cuchillo sagrado en el cuello de la víctima. La sangre se recogió en un vaso de bronce y quedó reservada para rociar con ella los cuernos del altar<sup>2</sup>. Después puso el chaneo en una ancha bandeja de oro todas las partes crasas de la víctima que le presentaron varios levitas<sup>3</sup> después de haberlas lavado cuidadosamente, añadió incienso y sal de espuma, y subiendo con los pies desnudos la grada que conducía á la plataforma, hizo libaciones de vino y sangre.

La brillante llama de la hoguera, no encendida por el soplo humano, fué reanimada con flor de harina diluida en una copa de oro y el más puro aceite de oliva, y puesta la ofrenda sobre la pira formada con leños del bosque de Sichen despojados de la corteza por los oficiales superiores del templo, subió una columna de humo y se perdió en el espacio.

El chaneo, reservando para los sacrificadores el pecho y la espalda derecha de la víctima, devolvió el resto á Joa-

<sup>1</sup> Este nombre da Flavio Josefo á los sacrificadores ordinarios.

<sup>2</sup> A los cuatro extremos del altar de los holocaustos habia cuatro pequeños pilares que eran huecos, y por allí se vaciaba cierta porcion de la sangre de las víctimas. A éstos se daba el nombre de cuernos del altar. (Prideaux, *Historia de los Judíos.*)

<sup>3</sup> En el simple sacrificio de un cordero se empleaban diez y ocho sacrificadores.



quin, y éste dividió los pedazos aun palpitantes entre sus parientes y amigos, según lo mandaban las costumbres inalterables de su pueblo.

Perdíanse entre las gigantes arcadas de los pórticos los ecos roncós y prolongados de las trompetas sacerdotales, y aun la llama no había consumido las entrañas de la víctima.

Un ministro del Señor bajó al atrio de las mujeres para terminar la ceremonia.

Ana, llevando en sus brazos á la tierna María y seguida de su esposo, cubriéndose el rostro con el velo, pudoroso deber que la ley había impuesto á las mujeres, se adelantó hácia el sacerdote y le presentó á la jóven esclava de Jehová pronunciando con voz conmovida estas palabras:

— Vengo á ofrecer á Dios el presente que Dios me ha hecho<sup>1</sup>.

El sacerdote bendijo á los esposos y aceptó en nombre de Aquel que fecundiza el seno de las madres; dió luégo su bendición pontifical á la asamblea, que la recibió de rodillas no atreviéndose á mirar á sus manos por respeto á la imagen de Dios que tras ellas resplandecía, y exclamó con voz solemne:

— ¡Oh Israel! El Eterno derrame su luz sobre tí, hágate prosperar en todas las cosas, y concédate la paz, que es el supremo bien.

El pueblo prorumpió en un cántico de gozo acompañado por las arpas sacerdotales, y terminó la augusta y sencilla ceremonia de la presentación de María en el templo.

<sup>1</sup> Así lo refiere una tradición recogida por Mahoma y consignada en el Korán: nos parece tan verosímil y tan acomodada á los usos judáicos, que no hemos tenido inconveniente en poner esas palabras en los labios de la madre de la Virgen.



---

## LIBRO TERCERO.

### MARIA EN EL TEMPLO.

---

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### MELANCOLÍA.

Terminada la ceremonia de la presentacion, imponente como todos los actos religiosos que se distinguen por su sencillez, el venerable príncipe de los sacerdotes, Zacarías, tomó de la mano á su sobrina y la confió á las virtuosas matronas encargadas de cuidar de las doncellas que por votos propios ó de sus padres estaban consagradas á la oracion y al servicio del templo.

Giró sobre sus goznes la pesada puerta que cerraba el departamento de las vírgenes del Señor: al poner el pié en el último peldaño de la grada que facilitaba la subida, María se detuvo un instante, y buscando entre el pueblo á sus padres, los saludó con angelical sonrisa. Ana confió su beso más amante á las alas de la brisa para que lo depositasen en la frente de su Hija muy amada, y corrió por sus mejillas un raudal de lágrimas, porque en aquel instante supremo, el amor de madre se sobreponia á todos los sentimientos y á la conciencia de todos los deberes.



No ménos conmovido Joaquin, no ménos dominado por la fuerza irresistible de la sangre, apénas era dueño de impedir que su dolor se exhalara en sollozos y que su corazon se estremeciese ante la idea de la espantosa soledad en que lo dejaba la separacion de María.

Silenciosos y resignados, no atreviéndose á hablar por miedo de que el dolor, excitado por una palabra, se desbordase en su pecho con mengua de lo que debian á Dios, que les habia impuesto tan penoso sacrificio, atravesaron Ana y Joaquin el patio exterior y el de los extranjeros.

— ¡Pobre madre! Exclamó una mujer hebrea. Más le valdria que hubiera muerto su Hija: la muerte nos deja la resignacion cuando nos arrebatá para siempre una prenda querida... Mas esa madre condenada á la soledad, sabe que su Hija vive, pero que no le pertenece, y no podrá estrecharla contra su corazon cuantas veces exija ese consuelo su amor maternal.

— ¡Pobre Niña! Decia otra mujer. Los ángeles que guardan el templo rocen su frente con los ligeros extremos de sus alas, para que en ella brille continuamente la pureza; ocúltele siempre la noche sus tinieblas profundas, y el sol refleje en su cabello sus rayos más brillantes y amorosos. ¡Pobre Niña! Apénas ha puesto sus piés en el áspero camino de la vida, y ya tiene que aventurarlos en un desierto muy parecido á la orfandad.

— Detened, impías, el labio blasfemo; y si está sano vuestro corazon, Dios os perdone lo mucho que le ofende vuestra ignorancia, gritó un sacerdote que despojado de su blanca túnica y de su mitra de lino, salia del templo envuelto en su taled. ¡Huérfana es por ventura la vírgen consagrada al servicio de la casa santa? ¡No son otras tantas madres

las matronas encargadas de su educacion? ¿No gana un Padre para la eternidad en cambio de los que deja en el mundo?

Las mujeres, confundidas con la severa reprension del sacerdote, bajaron los ojos y continuaron su camino silenciosas.

— ¡Por Júpiter! Exclamó un centurion romano. Bien hacen las vírgenes de Roma en desdeñar el oficio de vestales. Es cosa cruel ver á una Niña tan tierna separarse de este modo de sus padres ancianos; yo he visto el pecho de César desgarrado por el puñal de Bruto; yo acompañé con mis lágrimas el duelo de la república; yo me he hallado en cien combates, y he visto caer á mis plantas, bañados en su sangre, á mi hermano y á mi amigo; pero no sé por qué, la sencilla escena que he presenciado me ha hecho llorar como no he llorado nunca.

El sacerdote miró al centurion como habia mirado á las mujeres israelitas; pero aquel hombre era un gentil, y de ningun provecho podian serle sus palabras. El sacerdote siguió adelante.

— Si esa Niña en cuya frente resplandecen todas las gracias, habia de ser una esclava sobre la tierra; si habia de ser como el copo de blanca espuma que, arrebatado por las olas en un dia de tempestad, choca de roca en roca y se deshace y se desvanece sin dejar en la movediza arena nada que recuerde su virginal blancura, feliz la Madre que ha buscado para defender ese tesoro los muros impenetrables del templo de Sion.

Estas palabras, pronunciadas al paso por otra mujer hebrea, resonaron en los oidos de Ana como un celestial consuelo; levantó sus ojos hácia Joaquin, que tambien las habia

oído, y enjugando aquellas lágrimas, que ya le parecían inoportunas, le dijo:

— El pecho del honrado se ensancha cuando satisface una deuda; nosotros hemos pagado la que habíamos contraído con Dios, y lo que á Dios se da no se ha de sentir en el mundo.

— Dices bien, Ana; ¿qué mejor palacio para la Nieta de David, que el templo santo de Salomon? No sin objeto nos ha dado Dios una Hija en nuestra edad avanzada... Cúmplanse sus misteriosos designios. No tardará mucho el día en que la muerte hiele nuestra sangre, y entónces descenderemos tranquilos al sepulcro; porque la Hija que tanto amamos y que hemes consagrado á Dios, no quedará huérfana y abandonada.

Como el fatigado viajero que cubierta la frente de polvo y de sudor, rendido el cuerpo de cansancio y postrado el espíritu, se siente desfallecer por instantes teniendo ante sus ojos la inmensidad del desierto, ve la muerte como único término posible de su jornada; y sentado en el oasis á la sombra de una palmera, bebe el agua de la fuente cristalina y se siente reanimado y con aliento bastante para salvar en pocos dias los arenales inmensos; así Ana y Joaquin, fortalecidos con las palabras de la mujer hebrea, consolados con sus propias reflexiones, se sintieron libres del peso cruel con que la angustia les oprimia el corazón.

Y no volvieron las lágrimas á empañar aquellos ojos en donde nunca se habian reflejado sentimientos que no fuesen puros; y esa dulce melancolía que suele suceder á las violentas tempestades del alma como la calma y el reposo de un dulce oleaje á las amenazadoras tempestades del mar, serenó su espíritu inundándolo con el suave rocío de la esperanza.



Habian concluido las fiestas conmemorativas de la dedicacion del templo; Ana y Joaquin habian satisfecho su deuda piadosa; Jerusalem se habia despojado de sus brillantes atavíos; tambien ellos se habian despojado de su única felicidad. Ya nada tenian que hacer en la ciudad santa; el príncipe de los sacerdotes, Zacarías, disponíase á regresar á Hebron con su esposa Elisabeth; ellos tambien debian regresar á aquella Nazareth ignorada, para ocultar sus últimas tristezas en los sitios que habian presenciado sus primeras alegrías.

Pero bien considerado, ellos tan pobres, ¿qué dejaban en Nazareth que no fuesen recuerdos dolorosos de su pasajera felicidad? ¿Y quién no tiene en su alma un altar erigido á los recuerdos? ¿De qué viven los ancianos si no es de las reminiscencias de su juventud? ¿Cómo privarse un padre del placer de contemplar, aunque sea desde léjos, el techo piadoso que da abrigo á su hijo?

Aquella mujer desconsolada, aquella madre sin ventura ¿para qué habia de volver á Galilea? Aquel hermoso cielo tan trasparente y tan puro le pareceria velado por un fúnebre crespon; las verdes colinas que forman el poético anfiteatro de Nazareth, se despojarian de su natural encanto para no dejarse ver otra cosa que sus asperezas; en la florida y dilatada llanura de Saron no verian más que las hojas secas desprendidas de los árboles por la mano destructora del otoño; en el dulce murmullo de las rojizas aguas del Cison, un perpétuo cántico funeral; y el aire que bajando de la montaña templa sus alas al recorrer los prados, llegaría á su frente para secarla con un sople de fuego.

Parécele al corazon humano que no tendrá bastante fortaleza para resistir á la desgracia en los lugares que han

sido testigos de su felicidad. Cuando falta una persona querida, aquellos sitios que le eran familiares nos hablan de ella incesantemente con vigorosa elocuencia; nos parece que todos los objetos que nos rodean participan de su espíritu, y por momentos van á tomar su forma; que el eco de nuestras palabras va á despertar el eco de las suyas; pero es una ilusion horrible, porque á cada instante nace y muere para nacer de nuevo y volver á morir, y aunque nunca nos abandona, nunca nos consuela. Interroguemos esos objetos inanimados que nos han parecido llenos de vida porque tanto abundan en recuerdos, y su silencio es tan imponente, tan desesperante como el de la losa que cubre al sepulcro.

Ana no se sentia con fuerzas para sostener esa lucha gigante entre la realidad y las ilusiones. Sospechaba que cuando quedasen atras los fuertes muros de la puerta de Efrain y se ocultasen á su vista las doradas agujas en que concluía el techo del templo de Jerusalem, el alma se le resistiria á continuar una peregrinacion imposible. Ya volviesen á emprender el camino que los habia conducido á la ciudad santa, ya despreciando los rigores del invierno se internasen en el áspero y escabroso que habian llevado en el tiempo de su purificacion y atravesasen las áridas llanuras y los embravecidos torrentes de los territorios de Judea y de Samaria, por todas partes le seguiria la sombra visible, pero impalpable de su Hija adorada.

Al cruzar por aquella senda pedregosa que corta la montaña y borda un precipicio sin fondo, su amante corazon de madre se estremeció, contemplando la inmensidad que podia servirles de tumba; al subir la pendiente suave de aquella verde colina, y al descubrir desde la cima el pintoresco paisaje que se extendia inmenso, como si no pudieran



limitarlo los horizontes, María batió con júbilo las palmas de sus manecitas, y asomó á sus labios aquella sonrisa de donde brotaban tantas delicias maternales; en aquel llano corrió María por la verde alfombra cogiendo azules campanillas y morados lirios para tejer una corona de sin igual pureza y ceñir con ella la frente de su madre; á la sombra protectora de aquella palmera descansó en sus brazos mientras dormía el sueño purísimo de los ángeles, siempre sonriendo, como si el pensamiento de Dios fuera el único que cruzase por su imaginacion infantil.

¡Y cuánta no sería la amargura de Ana no teniendo ya espacio donde extender sus sentimientos, viéndolos reducidos á las paredes de su hogar, de aquel hogar humilde en que habia rodado la cuna de María, donde una á una se habian desplegado todas sus gracias y escondido todos sus amores!

Nazareth no podia ser para la madre desconsolada más que una tumba olvidada y desierta. Jerusalem venia á ser como una prision entre cuyas tinieblas conservamos la esperanza de ver algun dia el sol hermoso de la libertad, y al traves de cuyas rejas podemos, aunque de tarde en tarde, estrechar la mano de la persona querida y acercarnos al mundo que sin piedad nos arrojó de su seno.

Joaquin, siempre condescendiente con la voluntad de su esposa, consintió en no regresar á Nazareth. Tambien él necesitaba del mismo consuelo con que Ana queria distraer la angustia de la separacion.

Al ménos en Jerusalem no les separaba de María otra distancia que el espesor de un muro; respiraban todos un mismo ambiente, vivian sobre un mismo suelo; podian contemplar á cada instante aquel techo sagrado que venia á



ser como un dosel para la grandeza de aquella Niña, y apenas se dibujaban en el Oriente las primeras tintas de la mañana, ó la noche desplegaba su manto de sombras para tenderlo por el mundo, llegaban á sus oídos los cánticos de alabanza que entonaban las vírgenes del Señor al compás de los sonoros instrumentos que tañían los levitas, y entre aquellas voces unísonas y suaves distinguían perfectamente los enamorados padres la del Angel de paz y de ventura que pedía para ellos al Dios de Israel la paz del espíritu, que Dios no ha negado nunca á los hombres de buena voluntad.

---

## CAPÍTULO II.

---

### LA ELEGIDA DE DIOS.

Por las palabras que las mujeres hebreas pronunciaron terminada que fué la ceremonia de la presentacion de María en el templo, vemos que aun no habia determinado Dios que fuese conocida ó adivinada la mision que habia confiado á aquella Niña sublime, que era entre todas las mujeres su Hija predilecta.

Sin una revelacion divina, cuya hora no habia llegado aun, los hombres no pueden ver más allá del exterior de las cosas.

Por eso aquellas mujeres, apartando sus ojos del amor eterno para fijarlo en el terrenal, compadecian á los esposos nazarenos, cuando los hubieran mirado con secreta envidia á poder sospechar al ménos, ya que no apreciar debidamente, la felicidad inmensa con que el cielo los habia favorecido.

Aquel centurion romano, que era acaso el primer gentil en cuyo corazon habian encontrado simpatía los dolores de la familia santa, era el mismo que algunos años despues, movido por la fe más ardiente al mismo tiempo que más sencilla, habia de pedir á Jesus que devolviese la salud á un es-

clavo, declarándose indigno de que la Divinidad traspasase sus umbrales.

Pero hasta entónces el denso velo del misterio encubria los designios de Dios, y aquellas mujeres hebreas y aquel capitán romano no habian podido ver otra cosa que una madre agradecida á Dios que iba á ofrecerle el don que le habia hecho, movido por sus oraciones y sus lágrimas, y á una Niña de hermosura prodigiosa, de un fervor que parecia increíble en sus pocos años, aceptar gustosísima el sacrificio y subir las gradas con pié firme y corazón entero, con el júbilo retratado en el semblante y la sonrisa en los labios, como si al cerrarse tras de Ella las puertas de oro, entrase en su mundo natural y en el seno de su verdadera familia.

Por encima de la dorada techumbre del templo, los ángeles del Señor batian sus ligeras alas y se agitaban en círculos invisibles confundiendo entre los rayos del sol los resplandores de su gloria divina.

Ellos fijaron sus ojos en aquella débil y amorosa Criatura, y pronto descubrieron en Ella á la Virgen que flotaba en la profética vision de Isafas.

En Ella adivinaron á la Esposa cuyo místico himeneo fué el objeto de los cánticos de Salomon.

Aquella era la Mujer quebrantadora de la cabeza de la serpiente; la segunda Eva que habia de dar á probar á los hombres el fruto de la verdadera sabiduría.

Y los ángeles del Señor cantaron, acompañándose con las arpas eólicas:

«¡Gloria á Dios en las alturas, y paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad!

»Dios lo habia decretado, y sus decretos no podian dejar de cumplirse,



» De la mujer nacerá otra Mujer que quebrantará tu cabeza, dijo á la serpiente, y tú no podrás poner asechanzas á su planta vencedora.

» Y hé aquí que la Mujer ha nacido y quebrantará la cabeza de la serpiente.

» ¡Gloria á Dios que es fuente de eterna justicia y manantial dulcísimo de perdon! ¡Gloria á Dios que es santo y grande y misericordioso!»

Y repetía otro coro angélico:

«Esta es la Mujer con cuya pureza quedará lavada la mancha que no pudieron borrar las lágrimas de Eva, reunidas en el lago de Tiberiades<sup>1</sup>.

» La Hija adoptiva del Dios fuerte, del Dios poderoso, del Dios que da á los ejércitos la palma de la victoria, y á los hombres sencillos el ramo de oliva, simbolo de la paz.

» El Puerto de salvacion que allá en otro tiempo contempló Adán desde las excelsas alturas del Eden, cuando se sentía sin fuerzas y sin esperanzas para resistir en el naufragio á que lo habian conducido su debilidad y su desobediencia.

» Alegraos, ¡oh felices descendientes de Israel! que ya empieza Dios á cumplir lo que os tiene prometido.

» ¡Y vosotras, oh vírgenes purísimas que quemais incienso y mirra en los pebeteros del templo, y cuidais de que nunca se extinga la llama sagrada del tabernáculo, estrechad contra vuestro corazon á esa dulce Compañera que el cielo os envía como un iris de paz, para que uniendo sus

---

<sup>1</sup> Los rabinos creían que las aguas de este lago eran las lágrimas que habia derramado Eva para llorar su primera culpa. (Orsini, *Vida de la Santísima Virgen*.)

cánticos á los vuestros, resuenen en el trono del Señor con eco suavísimo!

» Regocijaos, hombres de todas las razas; regocijaos, madres amorosas que os estremeceis pensando en la suerte que está reservada á vuestros hijos; no procure vuestro afan romper el velo misterioso del porvenir: ¿qué importa lo que puede ocultar? ¿Qué importa un relámpago fugitivo de vida? Tras de las densas tinieblas que envuelven el más allá del sepulcro á vuestros ojos mortales, hay focos de eterna luz, y ya desciende al mundo uno de sus vívidos destellos; ya empieza á brillar en el Oriente la aurora de la redencion.

» ¡Gloria á Dios en las alturas, y paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad!»

A estos cánticos de alabanza sucedió otro de respeto profundo hácia la hermosa Flor que habia nacido de la raiz de Jesé, é iba á exhalar su delicado aroma al pié de los altares de Jehová, en testimonio de haberse renovado la alianza.

No veamos en María la niña que, sin conciencia de lo que hace, obedece las órdenes de aquellos que le han dado el sér material, y al verse sola entre personajes desconocidos huye medrosa haciéndose un escudo de sus manos y sus lágrimas, ó procura leer en cualquiera de los rostros ajenos una muestra de bondad y de simpatía para pedirle el cariño y la proteccion de que repentinamente se ve privada.

No: María no podia considerarse extranjera entre las vírgenes y los sacerdotes.

Era como la soberana legítima de un pueblo que, por algun tiempo desterrada, recobra en un dia su palacio, su trono y el amor de sus súbditos.

El palacio natural de aquella Niña era el templo de Sion, su trono el altar, su corte los sacerdotes y las vírgenes, sus

súbditos la humanidad entera por Ella consolada y por su mediacion redimida.

Un Sér destinado á gozar en el mundo de tan singulares prerogativas, no podia asemejarse en nada al vulgo de las mujeres. Dios, que habia hecho una excepcion para que no recibiese en el vientre de su madre la triste herencia del pecado original, habia iluminado su espíritu con celestiales resplandores; y aquella inteligencia precoz que comprendia, ó mejor dicho, adivinaba los profundos misterios de la Sagrada Escritura, y que la hacia apta para el servicio del templo en edad tan corta, se completó desde el instante en que se le abrieron las puertas de la casa de su Dios.

¿Qué emociones experimentó el alma de aquella Niña privilegiada en virtudes, inflamada desde edad tan tierna en el amor divino, ilustrada por el soplo vivificador del Espíritu Santo? ¿Qué vínculos se establecieron en aquel instante entre Dios y su Criatura predilecta?

Profundo misterio que ni aun siquiera intentaremos penetrar por miedo de profanarlo.

¡Oh! ¡Si la fantasía pudiera libremente correr por campo tan dilatado! ¡Oh! ¡Si el alma pudiera decir todo cuanto sospecha y tiene por seguro!

Pero sin miedo de tocar en la profanacion, apoyando nuestra opinion débil y desautorizada en las inspiraciones del buen sentido, podemos creer que jamas ofrenda alguna de cuantas los hombres han hecho á Dios, fué más favorablemente acogida que la de los padres de la pura y refulgente ESTRELLA DEL MAR.

Zacaría confió á las matronas encargadas del cuidado y educacion de las vírgenes, el precioso Depósito que habia recibido de manos de la piadosa Ana, y cerrándose la puer-



ta del departamento, María empezó á cumplir la alta misión á que Dios la habia destinado en la tierra <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Aparte de algunos escritores herejes, cuyo testimonio no tendria autoridad alguna en este caso, varios católicos han puesto en duda que María pasase en el templo su niñez: para nosotros este hecho está completamente demostrado por la historia. San Evadio, contemporáneo de los apóstoles y de la Madre de Dios, confirma esa circunstancia en su epístola titulada *Sumen*; á ella se refiere tambien la tradicion constante, que es la misma de la iglesia de Jerusalem, compuesta de los discípulos de Jesus y de infinidad de parientes de María y de José; un monumento religioso la conservó más tarde. San Gerónimo la respeta como verdadera; otro tanto hacen la mayor parte de los Padres, y por último la Iglesia, que nunca consagra lo que es dudoso, ha establecido en el 21 de Noviembre la solemne fiesta que conmemora la presentacion de la Virgen en el templo.

## CAPÍTULO III.

## LAS VÍRGENES DEL SEÑOR.

Un pueblo como el de Israel que tenia cifradas en su descendencia legítimas y consoladoras esperanzas de libertad, de grandeza, de regeneracion política y religiosa, no podia considerar la virginidad más que como una perfeccion destinada á desaparecer en cierta época de la vida, por exigirlo así á un mismo tiempo la salud de la república y de la religion.

Las virtudes conyugales eran entre los hebreos la más alta perfeccion á que podia aspirar una mujer; amar al esposo, acatar su voluntad como una ley ineludible, honrarle y venerarle, hacerle feliz con los bienes de la fecundidad: hé aquí segun ellos la única mision que la mujer tenia sobre la tierra.

Sin embargo, las vírgenes, miéntras la ley y la costumbre no les imponian el deber de doblar la frente al peso del yugo matrimonial, eran en extremo honradas y no carecian de grandes prerogativas y derechos.

Los judíos, que eran depositarios de la única religion ver-

dadera, y tenían, por consiguiente, una idea muy elevada de las virtudes y de las perfecciones del espíritu, no podían estimar en poco lo que estimaban en mucho los pueblos más distantes del culto del verdadero Dios, y envueltos en las tinieblas de la ignorancia.

Cuando los caudillos de Judá, los jefes de aquel pueblo escogido, siempre en lucha con sus miserias y sus privilegios, siempre castigado y siempre perdonado, sumido unas veces en la esclavitud ó dispersado en el destierro, levantado otras al señorío y á la prosperidad, desplegaban á su vista en profético panorama el cuadro misterioso de sus calamidades ó de sus triunfos, de sus pequeñeces ó de sus grandezas, personificaban las provincias y las ciudades en una vírgen con los ojos anegados en llanto ó el rostro resplandeciente de alegría.

Cuando los ecos terribles de la guerra, los gritos de las legiones que se precipitaban amenazadoras desde los montes á la llanura, llevando consigo el exterminio y la desolación, se extendían por las montañas y los valles, mezclados con el rumor terrible del choque de las armas, las exclamaciones de júbilo de los vencedores y el ¡ay! desesperado de los vencidos, y las flechas eran tantas que oscurecían los rayos del sol, y la espada vencedora del hebreo se sepultaba en el seno de la mujer hermosa, del niño inocente y del venerable anciano de Moab, las vírgenes fueron respetadas, porque una sola gota de aquella sangre pura hubiera manchado la inmarcesible corona del vencedor.

Y no era sólo la virginidad un escudo para detener el ímpetu salvaje de la guerra. En la paz gozaba de prerogativas no ménos sublimes.

El soberano sacrificador, cuyas manos y cuyo pensamien-



to no podian mancharse con el contacto ó con la idea de nada que pudiera parecer impuro ó inmundo; el gran sacerdote á quien una ley por demas severa prohibia expresamente rendir los honores fúnebres al amigo á quien amaba como su alma, y al príncipe que se sentaba en el trono, tenia el alto privilegio de no mancharse asistiendo á los funerales de su hermana, si habia fallecido vírgen.

Tan alta idea tenian los israelitas de la pureza que lleva consigo la virginidad.

Cuando el culto hebreo no tenia más templo que la inmensidad de la naturaleza y el espacio lleno con la presencia invisible de Dios; cuando el corazon humano era el santuario misterioso del recogimiento y la plegaria, un coro de vírgenes conducidas por la hermana de Moisés y acompañándose con los dulces ecos del tamboril, celebraban con danzas alegres y religiosos cánticos el paso del mar Rojo.

Y no sólo entónces, mucho tiempo despues, ya en el desierto, ya en Egipto, esos coros se reproducen, siempre para entonar cánticos de alabanza y de gratitud al Dios de los ejércitos, que da ó quita la libertad á su pueblo; siempre los encontramos con todo el carácter de una fórmula religiosa.

Cuando los benjamitas arrebataron á las vírgenes de Silo, que desde el tiempo de los jueces estaban consagradas al servicio del templo, danzaban acompañándose con sus cánticos y al son de las arpas cerca del lugar santo, y esta costumbre, tan poética como piadosa, continuó hasta la época fatal en que los israelitas perdieron el arca de la alianza.

En aquellos coros sagrados ingresaban las vírgenes que querian consagrarse al culto divino; mas para esto era preciso que no empañase su fama la menor mancilla. Entre

estas mujeres puras, las que lo eran más ocupaban cerca del altar un puesto de preferencia, y su fervor y perseverancia hacian que sus cánticos fuesen más agradables á los oidos de Jehová.

Durante aquellos tiempos primitivos en que el arca sagrada no tenia otro santuario que la tienda del caudillo, mujeres piadosas velaban y prorumpian en oraciones á la puerta del tabernáculo. El muro blando de sus pechos era una defensa más formidable que el escudo y la lanza del guerrero: porque el escudo y la lanza se quiebran; pero la iniquidad no prevalece sobre la inocencia, ni la profanacion puede resistir al perfume que exhala la pureza en torno suyo.

Aquellas mujeres tuvieron la dicha de ofrecer los espejos de bronce que sacaron de Egipto, á aquel Dios cuyo augusto semblante no podian ver los hombres sin morir abrasados por los resplandores de su gloria.

¿Quiénes eran aquellas mujeres afortunadas?

Viudas que, llenas de celo piadoso y de amor santo, guardaban fidelidad aun despues de la tumba á los que fueron sus esposos, y no habian aceptado nuevos lazos para llorarlos mejor y no dar espacio en sus corazones á otro amor que al amor divino; vírgenes á quienes sus padres habian consagrado al servicio del santuario, y cuya inocencia estaba bajo la proteccion de aquellas santas matronas.

Merced á la importancia de las funciones religiosas que llenaban las vírgenes ó *almas*, como tambien se les llamaba, llegaron á formar, en cierto modo, un cuerpo especial dentro de aquel estado, cuyas leyes humanas estaban tan íntimamente subordinadas á las divinas.

Los hebreos regresaron de la cautividad; pero no tuvieron

energía bastante para resistir á la influencia de las costumbres de los persas. Estos desterraban á las mujeres de todos los actos del culto, y la institucion de las *almas* perdió una buena parte de sus prerogativas.

Perdieron, por ejemplo, la libertad en que vivian rodeadas en su pureza de universal respeto: quizas el contacto con un pueblo extranjero y corrompido habia relajado un tanto la augusta inocencia de aquellas servidoras del santuario.

En tiempo de los Pontífices reyes ya vivian tan alejadas del mundo, tan ajenas de cuanto en él pasaba, tan privadas de su libertad y tan sometidas á los rigores de la clausura, que la historia registra en sus páginas como un suceso asombroso, el hecho de que corriesen despavoridas, buscando á Onías, el gran sacerdote, en los momentos en que el atentado sacrilego de Heliodoro ponía en alarma y escándalo á toda Jerusalem.

Habia ademas graves razones para que la institucion de las vírgenes como servidoras del templo fuese sagrada para los judíos.

Desde que Eva se dejó seducir por la serpiente, la mujer estaba considerada como un sér impuro entre los rabinos, y su impureza no debia desaparecer hasta el advenimiento del Mesías.

La obligacion de orar no era en ella tan imperiosa como en el hombre. Hoy mismo los judíos dicen en su oracion matinal:

— Seais bendito, ¡oh Señor Rey del universo! por no haberme hecho mujer.

La mujer, que se siente humillada, dice con dolorosa resignacion:



— Bendito seais, oh Señor, que me habeis hecho segun vuestra voluntad<sup>1</sup>.

Sólo durante el período de su virginidad era cuando podia considerarse á la mujer como ménos impura. Natural era que los judfos consagrasen á Dios la pureza de aquel sexo y se prometiesen para sus hijas una especie de purificacion obtenida en el templo, con los ejercicios piadosos á que las dedicaban, y con los beneficios de la oracion constante.

Entre aquellas doncellas y el resto de las mujeres, habia la misma diferencia que hay entre lo puro y lo impuro. Por eso hasta las vírgenes no consagradas al servicio del templo, tenian un lugar de honor é independiente en el peristilo.

Las oraciones de los niños castos y de las vírgenes puras, eran los mejores himnos de alabanza que resonaban en el trono del Altísimo, confundidos con los coros de los ángeles.

Jehová eligió una Virgen sencilla y no una matrona opulenta, ni una viuda que ya hubiese conocido el amor, ni una princesa poderosa, para obrar la redencion del género humano.

Aquella alma pura dotada de tan singular y tan hermoso privilegio, emprendia la senda que habia de conducirla á su himeneo místico; entraba en la casa de su Esposo, y las otras doncellas salian á recibirla con la franca alegría y el afectuoso respeto con que se recibe á la jóven desposada, que es la alegría y el cariño de su esposo y señor.

Aquellas almas se fundieron en una sola, para estrechar á María en un solo abrazo.

---

<sup>1</sup> Basnage, *Historia de los Judfos*.

La felicidad encuentra siempre en el corazon un eco profético que la anuncia con tanto más vigor, cuanto es más inefable. A eso llamamos presentimiento. Las doncellas del templo de Sion presintieron que María les llevaba una felicidad inmensa. Sus ojos habian derramado sobre ellas un fuego vivificador, una luz brillante.

Pero no tenian más que el presentimiento: la felicidad no debia serles revelada hasta más tarde.

## CAPÍTULO IV.

## EL REGRESO.

«Donde el hombre tiene su tesoro, allí está su corazón,» dice la Sagrada Escritura.

El tesoro de Ana y Joaquin estaba en el templo, y allí tenían sus amantes corazones; no podían volver á la baja Galilea, sin dejárselos en Jerusalen.

Pero Dios, que envía al hombre los dolores, le da también la fuerza necesaria para resistirlos; y así como hay un puñal que abre en el pecho herida profunda, existe también un bálsamo para curarla.

El hombre, acostumbándose lo mismo á la felicidad que á la desgracia, aprende á ser prudente en la una y á no dejarse dominar por la otra; porque el tiempo le enseña que la felicidad y la desgracia son fugaces y pasan por el espíritu como la nave por la tersa superficie de un lago abre la estela que va trazando su camino, pero las aguas vuelven á unirse, y la estela desaparece hasta el punto que nadie puede decir: — Por aquí ha pasado la obra del hombre.

Pasado algún tiempo se fué debilitando la angustia que oprimía el maternal corazón de Ana por la separación de su Hija, y la piadosa mujer se sintió con fuerzas para regresar



á los lugares que habian sido mudos testigos de su breve pero inefable ventura.

Confiada María al solícito cuidado de las virtuosas matronas encargadas de las vírgenes del Señor, y protegida por la solícita vigilancia de los sacerdotes, su madre podia dejarla en aquel asilo de santidad y volverse á Nazareth sin sombra de inquietud en el corazon.

Dios le habia concedido aquella Hija movido por su santidad, por sus lágrimas y por su penitencia, y porque así convenia á sus soberanos designios. Dios hubiera podido reclamarla para Sí como verdadero Padre, como Señor absoluto, y sin embargo, se daba por satisfecho con un voto temporal y redimible, con que Ana le prestase voluntariamente la prenda de amor, de consuelo y de esperanza, cuya custodia le habia encomendado <sup>1</sup>.

¿Y qué manera mejor de cumplir con el encargo divino, que confiar á su vez la prenda preciosa al sagrado del templo, á la prudencia de la virtud, á la autoridad de los sacerdotes y á la sabiduría de los doctores?

Nada tranquiliza tanto la conciencia y alegra y fortalece el alma como el cumplimiento de un deber. Pasados los primeros dias, de cuyo espacio necesitó el dolor para desahogarse, Ana revocó gustosa la resolucion que habia tomado de permanecer en Jerusalem, y consintió en acompañar á Joaquin al Nazareth de sus puros amores y de sus inefables placeres de madre, aunque sin renunciar á la esperanza de

<sup>1</sup> Los hijos consagrados por votos redimibles, como el que hizo Santa Ana, podian ser rescatados por una cantidad de cincuenta ciclos y aun ménos, y esos votos temporales se llamaban un préstamo hecho al Señor. (Véanse el padre Croisset y el historiador Josefo otras veces citado.)

volver á residir en la ciudad de los Pontífices antes de la época de redimir el voto <sup>1</sup>.

Joaquin no vivia del producto de su trabajo; su fortuna era tan escasa que casi se confundia con la pobreza. Siguiendo las tradiciones de su pueblo, cuya nobleza no le impedía consagrarse á los trabajos agrícolas, cultivaba la modesta herencia que habia recibido de sus padres y que estaba distribuida en Nazareth, Séforis y Jerusalem.

Estas atenciones obligaron á los esposos á regresar á la baja Galilea; pero la distancia, los cuidados, la edad ó la inclemencia de las estaciones, no eran parte para que Joaquin dejase de cumplir sus deberes de buen israelita, presentándose en el templo de Salomon cuantas veces lo exigian las grandes solemnidades religiosas.

Estos frecuentes viajes impuestos por la ley de Moisés, de que Joaquin era fidelísimo guardador, servian para dulcificar en Ana el dolor de la ausencia. La esposa fiel, la madre amorosa le acompañaba siempre á la ciudad santa. Si el precepto religioso no le hubiera impuesto la peregrinacion como un deber indeclinable, su amoroso deseo le hubiera prestado alas para volar á Jerusalem.

Triste, muy triste era el regreso á la ignorada aldea ó á los floridos viñedos de los alrededores de Séforis; pero en cambio, ¡con cuánta alegría aquella mujer, que por sus singulares virtudes y los señalados favores que habia recibido de la Providencia, se destaca tan enérgicamente entre todas las figuras de la Biblia, despedíase de sus amigas y parientas para emprender el camino de Jerusalem, ya por las pin-

---

<sup>1</sup> Esta época no excedía de un corto número de años.

torescas montañas de la Samaria, ya por la dilatada llanura de Saron!

¡Con cuánta ansiedad se fijaban sus ojos en aquella senda que, ya serpenteaba por la falda de una colina, ya se perdía en las quiebras de una montaña, ya se extendía como una cinta de plata por los anchos y floridos valles!

Y cuando allá á lo léjos entre las pencas de los nopales, ó por encima de las verdes copas de las adelfas y de los sicomoros, distinguía brillante por el reflejo de los rayos del sol aquella mole inmensa del templo, formada de oro y de mármoles, que semejava á sus ojos una montaña cubierta de nieve, el corazón le latía apresurado, y un grito de júbilo que no era dueña de contener, se escapaba de su pecho.

¡Oh! Entónces le parecía inmensa la distancia que le separaba de aquel lugar santo y querido, y hubiera deseado tener alas para salvarla en un momento y bañar con lágrimas de amor el divino semblante de su Hija.

En balde el tiempo y la distancia se interponen entre una madre y su hijo: la muerte misma, cebándose en uno de los dos, no basta para separarlos; porque el pensamiento del que sobrevive sabe buscar el objeto de su amor en ese mundo que se extiende al través del tiempo y del espacio, y que empieza más allá de la tumba.

No hay fuerza conocida que, por grande que sea, pueda destruir los vínculos que engendra el amor maternal.

María estaba consagrada á Dios en el templo del hijo de David; Ana lloraba en Nazareth la ausencia de María, y vivía nutriéndose con los recuerdos de aquella Niña celestial, respirando un ambiente que estaba lleno de su presencia, hablando con Ella como si la tuviese á su lado, pensando en sus necesidades, y consagrándose á su servicio como si



estuviese siendo todavía el único apoyo de su debilidad infantil.

Ana, que habia pasado su vida en las lágrimas y en la penitencia, que no conoció la felicidad hasta que sus cabellos habian blanqueado, y que debia esta felicidad tan largo tiempo deseada á las primeras sonrisas con que recompensó María su solicitud maternal, cifraba en aquella Niña la esperanza de su vejez, el alivio radical de sus pasados dolores, la fuente purísima de donde emanaban todas sus alegrías, todas sus complacencias.

¡Cuántas veces, á la débil luz de la lámpara que ardia en el hogar doméstico, ó á la pálida y amorosa de la luna que se derramaba en los terrados de Nazareth<sup>1</sup>, la madre amorosa hilaba y tejia las virginales túnicas con que habia de vestirse su Hija, la Sierva del Señor!

¡Cuántas tardes, á la hora del crepúsculo, en esa hora solemne en que la naturaleza entona un himno de gloria al Autor de todo lo creado, en que las flores levantan sus cálices al cielo y dan el precioso tributo de sus aromas á ese espacio siempre lleno de la presencia del Dios invisible, aquella madre enamorada descendia al modesto jardin cultivado por su esposo, y formaba una corona de jacintos y violetas para orlar con ella la frente de María, como solia hacerlo en los tiempos en que aun no las separaba la distancia!

Cuando al llegar al término de la piadosa y suspirada peregrinacion, los esposos se detenian cerca de los espesos muros de Jerusalem, para reponerse algun tanto de la fatiga

---

<sup>1</sup> Las mujeres judías solian reunirse en el verano para hilar á la luz de la luna. Esta costumbre se conserva aun en Córcega, así como otras muchas orientales. (Orsini, *Vida de la Santísima Virgen.*)

del viaje y poder entrar en la ciudad con la gravedad y compostura propia de verdaderos israelitas, Ana no podía dispensarse de dirigir una mirada de gratitud á aquella torre Antonia, antiguo palacio de los Asmoneos, que perdiendo en el espacio su gigante cúpula, se alzaba espléndida y amenazadora con sus paredes de mármol y su inaccesible base, velando como un centinela solícito por la seguridad del templo.

Llegaba al fin la hora codiciada, la hora de suprema felicidad.

El sol estaba ya próximo á hundirse en Occidente, y apenas reflejaba sus últimos rayos en las empinadas crestas de las sierras vecinas de Jerusalem, ó en la dorada cúpula del templo de Salomon; la noche, que empezaba á avanzar por el mundo, extendía solemnemente su manto salpicado de estrellas.

Las trompetas sacerdotales, haciendo retemblar el aire con sus ecos graves y profundos, llamaban al pueblo para que con su presencia y sus oraciones aumentase la solemnidad de la fiesta religiosa <sup>1</sup>.

El atrio del templo, cubierto por la inmensa bóveda del cielo, porque ninguna otra hubiera bastado á su grandeza, parecía un ascua de oro herido por la brillante luz de sus candelabros, por aquella luz que se distinguía desde prodigiosa distancia de Jerusalem, y que extendiéndose por la ciudad, deshacía las tinieblas como pudiera la misma del sol <sup>2</sup>. Con esta brillante claridad mezclaban las estrellas la suya vacilante y dudosa.

<sup>1</sup> Los judíos celebraban por la tarde sus fiestas religiosas.

<sup>2</sup> Para dar los judíos una idea de la intensidad de la luz de estos can-

En los pórticos, que estaban adornados con frescas guirnaldas de olorosas flores, deslumbraban millares de luces que, no pudiéndolas resistir la vista, hacian adivinar algo de la gloria de Jehová.

Los príncipes de los sacerdotes, seguidos de su brillante comitiva, la cabeza cubierta con la mitra de blanco lino y vestidos con los ostentosos ornamentos que para ellos habian traído de la India las caravanas de Palmira, á costa de inmensos tesoros<sup>1</sup>, atravesaban la multitud y se dirigian al templo para dar principio á las ceremonias.

La grande concurrencia de hebreos llegados á Jerusalem desde las orillas del Éufrates, del Tíber y del Nilo, para doblar la rodilla y humillar la frente ante el único altar del Dios que tambien habian adorado sus abuelos, oraba en voz alta; y los ecos de aquellas oraciones, perdidos en un solo murmullo, grave, imponente, severo, como el que produce el incesante movimiento de las aguas del mar, se mezclaban al dulce y armonioso de las arpas que parecian resonar sólo para servirles de acompañamiento.

Abriáanse las puertas del templo para dar paso á los sacerdotes, y diríase que se habia abierto el mismo sol, ó que allí residia la fuente de toda luz; la vista humana no podia resistir á tanto esplendor. Heridas por los rayos luminosos las ondas en que subia el humo del incienso, parecian animarse, hacíanse trasparentes y tambien luminosas como lo era el Schekina desde donde Dios se manifestaba á Moisés.

Allá á lo léjos, como término de aquel mar de luz y de

---

delabros, decian que las cocineras podian limpiar los granos de la comida sin auxilio de las lámparas.

<sup>1</sup> Segun Basnage, estos vestidos, que sólo se usaban en las grandes fiestas, venian de la India y costaban muy caros.



oro, distingúfase el velo sagrado del Santo de los Santos que encubría el secreto de la desaparición del arca; y si alguna mirada atrevida osaba fijarse en él un momento, al punto se bajaba á la tierra, avergonzada de su criminal osadía y temerosa de llamar la muerte con su impía curiosidad.

Muy pronto se dejaba oír un cántico tan dulce como el de los ángeles en el cielo, y pasaban las vírgenes del Señor, vestidas con túnicas blancas, cubiertas con sus velos y llevando en las manos lámparas encendidas con óleo perfumado.

Entónces Ana, cuyo espíritu estaba concentrado en la oración, levantaba los ojos un instante para ver y saludar á María.

Terminada la augusta ceremonia, después que el sumo sacerdote había bendecido á su pueblo con las manos inflamadas por el espíritu de Dios, y en el atrio reinaba la soledad, y se extinguían las luces de los candelabros, Ana llegaba al departamento de las vírgenes, daba su bendición y sus brazos á la cariñosa María, esparcíase durante algunas horas su amor maternal, hablaban ambas de su felicidad pasada, de la presente y de la venidera, y sellando aquella frente purísima con un beso en que se exhalaba toda el alma, la madre se despedía de su Hija, y en unión de su esposo volvía á emprender el ya tan conocido camino de su aldea.

Entónces la jornada era triste y penosa: mil recuerdos de una ventura momentánea oprimían el corazón; pero al cabo la esperanza, ese faro brillante de donde nunca se apartan las miradas del hombre, volvía á alegrar el espíritu con su luz divina, y la proximidad de otra fiesta era prenda segura de que se habían de renovar escenas semejantes á las que acabamos de describir.

La accion del tiempo es lenta, pero continuada y eficaz. Los años habian debilitado las fuerzas de Joaquin. Ya no le era posible seguir cultivando el campo que sus padres le dejaran en herencia; y como tampoco podia pensar en los frecuentes viajes á Jerusalem á que le obligaban por una parte su fe religiosa y por otra el amor que profesaba á su Hija, anunció á Ana la resolucion que habia tomado de establecerse en la ciudad santa.

No podia recibir Ana noticia que le fuese más agradable; jamás obedeció con tanto placer las órdenes de su esposo.

Todos sus deseos se habian realizado. Viviendo en Jerusalem podia servir al Señor cerca de su santa casa, y ver y hablar con frecuencia á María sin necesidad de apresurar el tiempo de redimir sus votos.

Ana y Joaquin abandonaron para siempre la baja Galilea, y fueron á habitar en Jerusalem una casa tan cercana al templo, que su techumbre estaba protegida de los rigores del sol por la sombra que proyectaba la torre Antonia.

«¡Cuántas veces, dice un escritor piadoso refiriéndose á Santa Ana<sup>1</sup>, durante las hermosas noches del Estío, revolviendo el huso en la azotea de su habitacion, no debió dejarlo escapar de sus dedos inmóviles, mientras que sus miradas de madre se fijaban con grande intensidad en el techo de oro y cedro del templo!»

---

<sup>1</sup> Orsini, *Vida de la Santísima Virgen*.

## CAPÍTULO V.

## LA HABITACION DE MARÍA.

Si no se hubiera perdido una vida tradicional de la Madre de Dios que en el año 390 era ya considerada como muy antigua, sin duda podríamos comunicar detalles exactos y minuciosos respecto á la época que pasó dedicada al servicio del templo; mas parece que Dios se ha complacido en rodear de nubes una existencia que por estar tan íntimamente enlazada con la suya, debe participar en cierto modo de su propia incomprendibilidad.

Cortos en número y escasos de importancia son los materiales de que podemos disponer para llenar este gran vacío. Recogeremos los pasajes aislados de las obras de los Santos Padres, las vagas indicaciones de la tradicion, y á semejanza del artista perseverante que reuniendo piedras de tamaño imperceptible y de varios colores, elige las que más convienen á su idea, las ordena, las combina, las engasta y logra formar en el mosaico un todo regular y armonioso; así nosotros, reuniendo esos dispersos elementos, procuraremos no destruir la unidad de accion que es tan necesaria y tan interesante en las obras del género de la que ahora escribimos.



Leyendas que sólo son respetables por su mucha antigüedad, rodean de multitud de prodigios la infancia de María. El amor sin límite que esta Virgen inmaculada ha despertado siempre en los corazones católicos, ha sido causa de que se hayan supuesto prerogativas que no descarsan en ningun fundamento histórico, que la Iglesia ha rechazado constantemente porque la religion no puede admitirlas, y que son ficciones de un deseo muy digno de aplauso por lo piadoso, muy digno de censura por lo mucho que se aparta de lo razonable.

Cierto es que Dios y los Profetas habian prometido á la raza de Israel que de ella naceria la Mujer quebrantadora de la cabeza de la serpiente; pero no lo es ménos que hasta entónces nadie podia adivinarla en María, porque la mision que Dios le habia encomendado sobre la tierra, era un secreto divino, y todavía el Supremo Hacedor no habia decretado la serie de prodigios que habian de anunciar y acreditar al Mesías.

Los hebreos admiraban en la Hija de Joaquin su nacimiento sobrenatural, su prodigiosa hermosura, su inteligencia precoz, su fervor inconcebible, su pureza mucho más delicada que la de las otras doncellas; podian tenerla en concepto de un sér favorecido por la gracia de Jehová, porque María era la perfeccion misma, y esa perfeccion se desarrollaba con los años á la manera del arroyo cuyas aguas se hacen más cristalinas á medida que se van alejando de la fuente que las produce; pero si María hubiese estado rodeada de prodigios ajenos á los demas mortales, ellos hubieran puesto término á la espectacion en que vivia la raza hebrea.

Las tradiciones árabes refieren que siempre que Zacarías iba á visitar á su jóven Parienta, encontraba á su alrededor

infinidad de sabrosos frutos de la tierra santa, impropios de la estación, y preguntando á María de dónde provenían, Ésta le contestó:

— Todo cuanto ves viene de parte de Dios, que provee á los que le place sin cuenta ni número.

Si crédito hubiéramos de dar á las tradiciones cuando refieren semejantes prodigios, podríamos llenar no un volumen, sino muchos; pero nosotros no podemos admitir nada que no haya admitido la Iglesia.

Llevados del mismo deseo de honrar y venerar á la Madre del Cristo, de hacer más marcada aun la línea que la separaba de las demás mujeres, autores de tanto peso como erudición y hombres distinguidos por su santidad han creído que María tuvo por única residencia la parte más santificada del templo, el Santo de los Santos.

Nosotros opinamos como el abate Orsini, que en este particular ni aun se puede admitir la opinión conciliadora del padre Croisset.

María, aun favorecida por Dios con tantas preeminencias, no pudo ser educada en el Santo de los Santos.

Los sacerdotes no le podían permitir que de tiempo en tiempo fuese á orar en aquel sitio, cuya entrada ni á ellos mismos les era lícita.

El santuario del Dios de los ejércitos era impenetrable y permanecía cerrado al sacerdote hebreo. Sólo el gran Pontífice podía penetrar en él una vez al año, y esto despues de haberse purificado con largos ayunos y rigurosas vigiliias.

Para llegar al otro lado del velo tenía que rodearse de una espesísima nube de perfumes que se interpusiese entre él y Dios.

Ningun mortal, ni el mismo gran Pontífice, hubiera podido ver á Dios sin morir.

Y aun despues de purificado y rodeándose de aquella nube perfumada como de un escudo, ¿podia el gran sacerdote permanecer mucho tiempo en el santuario?

No: siempre salia al cabo de algunos minutos, y durante ese breve espacio el pueblo se prosternaba, inclinaba el rostro hasta tocar al suelo, y prorumpia en sollozos temiendo por la vida del pontífice.

Este daba despues á sus parientes un festin, y con ellos se regocijaba de haber escapado á tan inminente peligro<sup>1</sup>.

Júzguese si es posible que María fuese educada en el Santo de los Santos.

Pero ya que no educada, ¿se le permitió ir de tiempo en tiempo á orar en él, como el padre Croisset indica?

No perdamos de vista que la mujer entre los hebreos ocupaba una categoría social muy semejante á la del esclavo, que se la reputaba como á un sér impuro, y que su oracion casi no era obligatoria<sup>2</sup>.

¿Cómo podian los sacerdotes otorgar á María un privilegio de que ellos mismos no disfrutaban, y con el cual la hubieran expuesto á una muerte segura segun el texto terminante de la ley?

Peró prescindamos de estos temores religiosos.

El arca santa habia desaparecido, y el pueblo ignoraba su desaparicion.

El descubrimiento de este secreto, que acaso sólo poseia

<sup>1</sup> Prideaux, *Historia de los Judios*.

<sup>2</sup> Ni aun se la creia obligada á la mayor parte de los mandamientos imperativos. (Basnage, *Historia de los Judios*.)



el gran Pontífice, los hubiera sumido en la desesperacion y el desaliento.

¿Cómo habian de permitir á nadie la entrada en el Santo de los Santos?

¿Cómo habian de exponerse á que el secreto se divulgara?

¿Cómo habian de arriesgarse á destruir en un dia la fe y las esperanzas de su pueblo?

Tanto hubiera valido como destruir en un solo dia la religion.

Ademas, las tradiciones locales de Jerusalem destruyen una opinion que en ningun fundamento sólido descansa.

La mezquita de Omar está edificada en el solar donde se alzaba entónces el templo de Salomon, y el Sakhra (la roca) está construido en el paraje en que vivió María desde su presentacion en el templo hasta sus desposorios con José.

Este sitio era entónces una dependencia del templo dentro de su recinto fortificado, así como hoy lo es de la mezquita, y allí es donde señala la tradicion constante la habitacion de María.

Los cristianos de Jerusalem levantaron en aquel sitio un oratorio; los compañeros de armas de Godofredo lo convirtieron en una iglesia con dorada cúpula, y los templarios rendian en aquel sagrado recinto los trofeos que conquistaban á los infieles.

Allí, y no en el Santo de los Santos, fué educada la Virgen María.

---

## CAPÍTULO VI.

---

### OCUPACIONES DE MARÍA.

Las castas doncellas consagradas al servicio del templo, acogieron á su joven Compañera con señaladas muestras de alegría; y las venerables matronas encargadas de la custodia de aquel purísimo coro de vírgenes, la recibieron en sus brazos con el santo amor que sólo despierta una hija.

La ociosidad, ese placer que llega á convertirse en nuestro verdugo porque mantiene en profundo letargo las facultades del alma y destruye juntamente toda la energía del cuerpo, ha sido el triste patrimonio de las sociedades que, aceptando el yugo de una falsa civilización, han creído deber afeminar sus costumbres y condenar el trabajo como una ley á la cual solamente los esclavos pueden vivir sujetos.

A medida que se retrocede en la historia de la humanidad, se encuentra el trabajo más ennoblecido. En los tiempos de que venimos hablando no existía en la sociedad lo que hoy llamamos clase proletaria: las riquezas, las dignidades, habían establecido gerarquías; pero el trabajo, y con

especialidad el doméstico, era igualmente respetado por los pequeños y por los grandes.

Y no era la raza judía, celosa guardadora de la ley de Moisés, la única en conservar este respeto religioso á la primera de las virtudes. César Augusto, rodeado de todos los esplendores y de todas las grandezas de Roma, no usaba otros vestidos que los hilados en el imperial palacio por su mujer y su hija.

Estas labores domésticas fueron la ocupacion de María en las horas que le dejaban libres el servicio del templo y sus ejercicios piadosos.

Siguiendo la costumbre de los hijos de Israel, María abandonaba el lecho á la hora solemne y feliz en que los pájaros saludan con sus alegres trinos la aparicion del dia; hora en que enmudecen los malos espíritus, y acoge Dios más favorablemente las oraciones que se le dirigen.

Abríanse sus labios para elevar la plegaria matutina al Dios que todo lo ve y conoce los pensamientos más recónditos. Dábele gracias por haber añadido un dia más á sus dias, y pedíale favor para ver concluir el que acababa de despuntar, con alma pura y corazon sencillo.

Vestíase con decencia extremada, pero con aquella sencillez que convenia á su natural modestia y á la escasa fortuna de sus padres.

No ceñía á sus brazos pulidos brazaletes de perlas, ni adornaba su frente con deslumbradoras diademas, ni su cuello con cadenas de oro taraceadas de plata, ni á semejanza de las hijas de los príncipes de Ismael, con quienes Ella hubiera podido rivalizar, ajustaba á su esbelto talle la túnica de púrpura, distintivo de su régia estirpe.

Cubria sus graciosas formas un vestido de color de jacin-



to con vivos suaves y aterciopelados, y despues una túnica blanca apretada por un ceñidor unido y de cabos flotantes<sup>1</sup>. Flotaba en su cabeza un largo velo, cuyos anchos pliegues formados sin artificio, pero con gracia, estaban dispuestos de manera que podian cubrir prontamente el semblante. En el calzado se observaban los mismos colores que en el vestido.

Tal era el traje oriental de María.

Para nada necesitaba del arte del tocador la que habia recibido del cielo la más encantadora hermosura; para nada habia menester los encantos que prestan las galas, la que tenia en Sí el inestimable de la gracia y de la inocencia.

Cuando el sol se derramaba por los lejanos montes de la Arabia, y reproducia sus primeros rayos en las marmóreas paredes de la torre Antonia, al tiempo que empezaba á subir hasta el trono del Altísimo el humo del incienso que se quemaba en el altar de los holocaustos, María, acompañada de sus jóvenes compañeras y seguida de las viudas piadosas que habian de dar cuenta á Dios y á los sacerdotes de aquel inestimable depósito, ocupaba el puesto de honor destinado á las vírgenes en el peristilo del patio de las mujeres.

Allí, cubierto el rostro con el velo protector, humillada la cabeza y levantado el pensamiento, recitaba María las diez y ocho oraciones de Esdras, y uniendo su voz á la del pueblo entero, pedia á Dios que se dignase abreviar el plazo de la salvacion de Israel con la venida del Mesías.

— ¡Oh Dios! Exclamaba. Que tu nombre sea glorificado y santificado en este mundo que has hecho segun tu voluntad:

---

<sup>1</sup> Orsini, *Vida de la Santísima Virgen*. Muchas mujeres de Nazareth llevan aun este traje. (Lamartine, *Viaje á Oriente*.)

haz que reine tu reino, que florezca la redencion y que venga prontamente el Mesías <sup>1</sup>.

A las palabras del sacerdote que pronunciaba esta oracion ya dicha por las vírgenes, contestaba todo el pueblo:

— Amen.

Y en seguida se cantaban los últimos versículos del magnífico salmo que se atribuye á los profetas Ageo y Zacarías.

Perdidas en el espacio las últimas notas del cántico solemne, leia el sacerdote la *Schema* <sup>2</sup>, y daba su bendicion al pueblo.

Con esta piadosa ceremonia se saludaba y se despedia al sol.

Cumplido este sagrado deber, María se consagraba á sus ocupaciones de costumbre. Ya hilaba el blanco copo de lino haciendo girar el huso de cedro; ya sembraba de púrpura, jacinto y oro los velos del templo, adornándolos con frescas y olorosas flores; ya, inclinada sobre un telar sidonio, ayudaba á trabajar los dibujos de aquellos magníficos tapices, orgullo de Israel, y cuya celebridad cantó el mismo Homero <sup>3</sup>.

El delicado trabajo de la Virgen aventajaba en mucho al de sus jóvenes compañeras.

Una tradicion venerable ha trasmitido á los pueblos del Oriente la fama de su habilidad prodigiosa para hilar el

<sup>1</sup> Esta oracion, llamada Kaddisch, es la más antigua que conservan los judios; y como se lee en caldeo, créese que es una de las que se hicieron al regreso de Babilonia.

<sup>2</sup> Especie de profesion de fe sacada del *Deuteronomio* y de los *Números*, que se recitaba por mañana y tarde, y en la cual se reconoce que no hay más que un Dios que libertó á su pueblo de la cautividad de Egipto.

<sup>3</sup> Véase *La Iliada*.

lino de Pelusa, destinado á servir para tejer los vestidos que usaban por la mañana los principales sacerdotes.

Los cristianos de Occidente han dado el nombre de *hilo de María* á esas randas de blancura prodigiosa y de tejido casi imperceptible, que se encuentran en el fondo de los valles en las húmedas mañanas del otoño, y que parecen ligeras cristalizaciones de la niebla.

San Epifanio dice que la Virgen no reconocia rival en el arte de bordar sobre lana, biso y oro.

En memoria y veneracion de estos trabajos á que se dedicaba María, siempre que una vírgen de los primitivos tiempos del cristianismo doblaba su frente al yugo de himeneo, depositaba como piadoso tributo en el altar de la Madre de Dios una rueca ceñida con cintas de púrpura, y rellena de lana blanca.

Por su parte la iglesia de Jerusalem consagró estas tradiciones, conservando entre sus reliquias más estimadas los husos de que se sirvió María <sup>1</sup>.

Los orientales dicen, que cuando la luz se quiere condensar toma un carbunclo por tabernáculo.

De la misma manera, para condensarse la luz de la sabiduría en un espíritu humano, ese espíritu santo no podia ser otro que el de la Mujer feliz destinada á representar la nueva alianza entre Dios y los hombres.

Cuando las últimas melodías del arpa de los levitas vibraban perdiéndose en el espacio, callaba la voz misteriosa y solemne de los sacerdotes, las sombras de la noche envolvian á Jerusalem con su negro sudario, y se cerraban las puertas del templo, reinando en todas partes el silencio y

---

<sup>1</sup> Orsini, *Vida de la Santísima Virgen*.



la soledad; María, única estrella que resplandecía en las tinieblas, se retiraba á su aposento, y en vez de extinguir la trémula luz de la lámpara para entregarse á las dulzuras de un sueño reparador, perfeccionaba sus estudios en la lengua de Moisés, para que le fuera más fácil la inteligencia de los libros sagrados; y como su espíritu habia recibido de lo alto preeminencias singulares, parecia familiarizada con aquel antiguo hebreo de que se valió Josué para detener al astro de luz en el valle de Agalon, y en el que trazó Dios sobre piedras preciosas los preceptos del Decálogo.

¿A qué prodigiosa altura no se elevaria el alma de esta casta Doncella en aquellas veladas solitarias, tan llenas de recogimiento y de misterio?

Las Sagradas Escrituras descubrian á sus ojos, juntamente con la grandeza de Dios, los esplendores y las miserias del pueblo de Israel, de aquel pueblo tantas veces levantado y tantas abatido; siempre predilecto, con frecuencia vacilante en su fidelidad, pero siempre depositario de la verdadera creencia y de la santa ley.

La voz inspirada de los Profetas desgarraba para Ella el velo impenetrable del porvenir, y allá en el fondo de la densa oscuridad podia distinguir hermosa y brillante, aunque rodeada de lágrimas y de sangre que habian salido de sus ojos y de sus venas, la luz salvadora que habian anunciado aquellos inspirados varones como faro salvador en las tempestades del mundo.

Quizas sus ideas se familiarizaron hasta el punto de identificarse con las poéticas y sublimes de aquellos que anunciaban tan claramente su destino al pueblo de Israel.

Quizas bajó á su frente, invisible y vivificador, como baja el rocío á las flores, un rayo de la inspiracion divina, y en-

cendió en Ella el pensamiento de ese cántico sublime que llamamos el *Magnificat*, y que bastaría para que cualquier poeta se considerase digno de que por él ciñesen á sus sienes el laurel de oro.

La Ley nueva se vió enriquecida con un bellissimo cántico; la pasion, el sentimiento, la sublimidad, la dulzura, tuvieron en María un intérprete divino.

Las pasiones con su aliento de fuego no habian empañado la cristalina pureza de aquel corazon.

Los reptiles que pululan arrastrándose por la tierra, no habian intentado lamer aquella planta con su lengua venenosa.

María no reconoció nunca la esclavitud á que el hombre vivia encadenado desde la primera desobediencia que presenció el Eden.

Como dice un historiador tan tierno como sublime, «María era la grande obra de la naturaleza, la flor de las generaciones antiguas, y la maravilla de los siglos... Nació como la granada con su corona de reina en la cabeza, y su alma, impelida hácia el bien por una propension irresistible, nadaba en una atmósfera luminosa y pura en donde jamas tuvo entrada el pecado »<sup>1</sup>.

Recorred las abrasadas regiones del Oriente, allí donde el sol derrama sobre sus adoradores una perpétua lluvia de fuego, allí donde no ha penetrado ó se ha extinguido la palabra del Evangelio, y vereis que los persas no os hablarán de María sin llamarla la *Santa* y la *Gloriosa*.

*Justa* la llaman aquellos que llevan en sus turbantes y

---

<sup>1</sup> Orsini, *Vida de la Santísima Virgen*.

en sus lanzas de guerra una media luna como distintivo de religion y de raza.

Ninguna otra criatura podia sobreponerse á esta bellísima *Estrella del Mar*. Sólo Jesucristo la ha aventajado en perfecciones; pero Jesus era Hijo de Dios, y María, aunque concebida sin mancha, Hija de un hombre.



## CAPÍTULO VII.

## MUERTE DE JOAQUIN Y ANA.

Nueve años despues de la tierna escena de la presentacion de María en el templo, y á poco de haberse establecido definitivamente en Jerusalem el matrimonio feliz á quien debia su existencia, ocurrieron escenas tristisimas que llenaron de luto su corazon.

Sola y arrodillada en la tribuna destinada á las vírgenes, en presencia del velo que cubria el Santo de los Santos, sin atreverse á levantar la vista por miedo de que la deslumbrara el resplandor glorioso, estaba María orando; el corazon le dictaba las palabras fervorosas, y las purificaba el llanto que corria copioso por sus mejillas.

No era la esclavitud del pueblo de Israel, ni la tardanza en aparecer el Mesías, ni esa profunda tristeza que á veces oprime nuestra alma y abre instintivamente nuestros labios á la oracion, lo que arrancaba á María aquellas lágrimas copiosas y aquella plegaria ferviente.

No pedia á Dios por la salud de todo un pueblo: pedia por la de un solo hombre.

La última vez que habian estado á visitarla sus parientes, fué para darle una noticia fatal.

Como la lámpara que allá en las horas solemnes en que la noche está próxima á espirar, debilita por instantes su luz, falta del óleo que la alimentaba, los espíritus vitales de Joaquin el justo, trabajados por la edad y los padecimientos, que habian consumido la sávia de la vida, empezaban á extinguirse.

María oraba á Dios pidiéndole por la salud de su padre, que era el único amor y el único apoyo que tenia sobre la tierra.

Pero Dios, que ya lo habia decretado y que no podia revocar su decreto, no se dignó escuchar las súplicas de su Hija predilecta.

Habia sonado la hora en que Joaquin debia terminar su peregrinacion sobre la tierra y entrar en la mansion de descanso que está destinada para los justos.

Una grave enfermedad, la última de su vida, le tenia postrado en el lecho.

Inútiles eran los consuelos de cuantas personas le rodeaban con amante solicitud: el venerable anciano conocia que se iba acercando su última hora, si bien procuraba ocultar este triste conocimiento para no aumentar la afliccion de la desconsolada esposa.

Casi todas las familias de Judea estaban unidas por los sagrados vínculos del afecto. Los parientes de Joaquin se apresuraron á prodigarle sus auxilios y sus consuelos.

Pero al oír las palabras de amor y de esperanza con que todos procuraban distraer la natural tristeza de sus pensamientos, Joaquin sonreía con dulzura, demostrando que no asustaba á su tranquila conciencia el próximo fin que preveía.

Largo tiempo habia sido peregrino sobre la tierra, y ya se acercaba al codiciado fin de la jornada trabajosa.

Quizas durante la breve tregua que le habian concedido sus dolores para reposar en los brazos del sueño, habia subido por la escala misteriosa de Jacob.

Quizas habia visto que Abraham le tendia sus brazos amorosos, ofreciéndole en su seno eterno y celestial descanso.

Pero aunque el espíritu conservaba todo su vigor, la carne decaia rápidamente, las fuerzas le abandonaban, y el anciano conoció la necesidad de disponer su alma para un tránsito feliz.

Hizo que los parientes y amigos rodeasen el lecho, y esforzando la voz para que todos lo oyesen, como era piadosa costumbre entre los judíos, sin avergonzarse de hacer públicas sus debilidades, confesó sus pecados y pidió misericordia á Aquel que tiene en su mano el perdon de los justos y el castigo de los réprobos, ofreciéndole su muerte en expiacion de las culpas que hubiera podido cometer.

Cumplido este deber para con Dios, faltábale cumplir con otro para consigo mismo. Joaquin hizo que María fuese conducida á su presencia.

María, impulsada por esa ansiedad terrible que sólo pueden comprender los hijos que en edad tierna se han visto á las puertas de la orfandad, penetró en el aposento donde espiraba su padre, y llegándose al lecho lo regó con sus lágrimas<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> El que los hijos recibiesen en estos momentos la bendicion de sus padres, era una costumbre hebrea no interrumpida desde el tiempo de los patriarcas. Puesto que la Virgen no estaba en el templo sujeta á los rigores de la clausura, creemos firmemente que Dios le permitió gozar de este beneficio.



Joaquin extendió sus manos temblorosas y desfallecidas por la enfermedad, para bendecir á su hija; María recibió esta bendicion con la humildad propia de su alma perfecta.

En aquel momento un júbilo inefable, un placer que no podia compararse con ninguno de los placeres conocidos se derramó por el alma sencilla y piadosa de Joaquin.

El varon justo, merced á una revelacion del Altísimo, entrevió la mision gloriosa que Dios habia señalado á María<sup>1</sup>.

La amorosa Doncella besó con profundo respeto las manos que acababan de bendecirle; Joaquin estrechó con efusion las de Ana, en señal de que era aquella la última despedida, y doblando la frente venerable, exhaló el postrimer suspiro, que fué á perderse entre los tiernos sollozos de los circunstantes.

Profundos gemidos y agudos gritos de dolor resonaron en el aposento; los hombres desgarraron sus vestiduras y pusieron ceniza sobre sus cabezas; las mujeres, dejando que corriera libre el raudal de las lágrimas, se daban golpes en el pecho, y con mano despiadada arrancaban rizos de sus flotantes cabelleras; otros se hacian cortaduras en la piel, y ofrecian al cadáver aquellos sangrientos despojos<sup>2</sup>.

Todas las demostraciones de dolor parecian pequeñas para lamentar la muerte de aquel varon á quien todos veneraban y preferian.

La casa de Joaquin tenia todo el aspecto de un sepulcro, y á los ojos de los judíos podia parecer manchada. Abriéronse puertas y ventanas para ahuyentar la impureza<sup>3</sup>.

Se encendió una lámpara de bronce, cuyos diferentes

<sup>1</sup> Así lo creen varios autores piadosos.

<sup>2</sup> San Jerónimo.

<sup>3</sup> Costumbre hebrea.

mecheros extendian por la estancia una luz melancólica; y cumplidos estos primeros deberes que reclamaban los difuntos, se entregó el cadáver á los que debian lavarle, ungirle y darle sepultura.

Al dia siguiente rodearon la casa las mujeres plañideras y los hombres tañedores de flauta. Los parientes más inmediatos de Joaquin subieron á la estancia en que habia estado expuesto el cadáver y lo cargaron sobre sus hombros.

El cortejo fúnebre atravesó las calles de Jerusalem. Sus cánticos funerales se mezclaban armoniosamente con los ecos de las flautas, los sollozos y los lamentos de las plañideras, mujeres que vivian del triste oficio de llorar á los muertos, sin necesidad de que en vida las hubiese ligado á ellos ningun lazo de afecto ó de simpatía<sup>1</sup>.

La desconsolada esposa y la Hija anegadas en llanto asistieron á los funerales, caminando de la mano mustias y silenciosas entre una muchedumbre de mujeres, parientas suyas, que tambien lloraban amargamente<sup>2</sup>.

La puerta Gregis vió salir el fúnebre acompañamiento, que, en el orden descrito, llegó hasta el lugar de la sepultura.

Cesaron por un breve instante los acordes de las flautas y los lamentos de las plañideras, y dirigiéndose al cadáver el pariente varon más inmediato, que era el que habia presidido el duelo, le dijo:

— Alabado sea Dios que te ha formado, alimentado, sostenido y quitado la vida. ¡Oh muertos! El conoce el número

---

<sup>1</sup> Fleury, *Costumbres de los Israelitas*.

<sup>2</sup> En Judea se conserva aun la costumbre de que los hijos asistan al entierro de sus padres.

á que perteneceis, y El os resucitará algun dia. ¡Bendito sea Aquel que quita la vida y la restituye!<sup>1</sup>.

Concluida esta breve oracion, esta sencilla y religiosa despedida, se puso sobre la cabeza del cadáver un pequeño saquillo de tierra, y se clavó el ataúd.

Los judíos no llamaban al sepulcro mansion de los muertos, sino *casa de los vivos*, queriendo demostrar con esta frase que el alma no perece y empieza á gozar de su inmortalidad cuando rompe las ligaduras que la sujetan á la materia.

Se abrió, pues, la casa de los vivos, y en ella fué depositado el cuerpo del patriarca, que ya dormia el último y más profundo de los sueños.

Al golpe seco y profundo de la losa sepulcral, que resonó en los corazones de Ana y de María, como si dentro de ellos se hubiese cerrado otra tumba, sucedieron gritos desgarradores.

Mortal desmayo se apoderó de la infeliz esposa; los concurrentes arrancaron por tres veces manojos de yerba arrojándolos á sus espaldas, y exclamando con lúgubre acento:

— Ellos florecerán como la yerba de los campos.

Así terminaron las exequias de aquel humilde y virtuoso descendiente del tronco regio de Judá.

Resignadas con la voluntad de Dios que habia permitido que tan cruel infortunio las agobiase, á la una en la primavera y á la otra en el invierno de la vida, María y Ana se vistieron el luto admitido entre los hebreos.

Vistiéronse un sayal estrecho y sin pliegues, á que se

<sup>1</sup> Orsini, *Vida de la Santísima Virgen*. Leon de Módena, *Costumbres de los Judíos*.



daba el nombre de *silicio*, y estaba formado de tela grosera; desnudáronse la cabeza y los piés; ocultaron su rostro en un lienzo del vestido; guardaron ayuno y silencio, y permanecieron sentadas en el suelo por espacio de siete dias.

Sus parientes las acompañaban llorando y pidiendo á Dios el eterno descanso del difunto.

Terminados los siete dias de duelo, Ana mandó encender lámparas en la sinagoga, y pidió en ella oraciones para su esposo; y María no dejó de orar ni de ayunar todas las semanas en el dia en que quedó huérfana, hasta que fueron trascurridas once lunas.

Muy pronto habian de volver á encenderse las lámparas de la sinagoga. Ana, agobiada por la edad y por el dolor, no sobrevivió mucho tiempo á su esposo.

Cierta noche, María, acompañada de una de sus parientas, salió del templo, y atravesando una calle estrecha y oscura, llegó á la casa en que habitaba su madre; á la puerta algunas plañideras aguardaban indiferentes el momento de ejercer su oficio.

María atravesó sin reparar en aquellas mujeres; las lágrimas que empañaban sus ojos nõ le hubieran permitido distinguir las.

Subió anhelante las escaleras; la lámpara del aposento alto derramaba su amarillenta luz sobre el lívido semblante de Ana moribunda.

María llegó á tiempo para recibir la bendicion de su madre, y cumplir con el triste deber de cerrarle los ojos.

Despues selló con un prolongado y amantísimo beso las mejillas de la anciana, y permaneció largo tiempo abrazada con el cadáver, como si su propio calor y sus lágrimas hubieran podido restituírle la vida.

---

## LIBRO CUARTO.

MARIA HUERFANA.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

EL VOTO.

Cuando se remonta la idea á los felices tiempos de nuestra redencion, y se repasan las historias que nos hablan de los sagrados personajes que tomaron una parte activa en el sangriento drama cuya última escena se representó en el Calvario, el alma agradecida tanto como curiosa, anhela conocer los más insignificantes detalles de la vida de aquella Mujer privilegiada que no siendo heredera de la mancha original y elegida para Madre del Redentor, sólo perteneció á la humanidad para ser el punto de enlace entre la vida terrenal y la eterna, entre las agonías del mundo y las dichas inefables del Paraíso, entre el hombre y su Creador.

En balde el corazon cristiano, cuando se siente agobiado por el pesar, quiere hallar un consuelo si no pronuncia el nombre de María.

Ella, como Madre amorosa, es la Medianera solícita en todas nuestras aficciones; Ella, que nunca aparta de sus

hijos los ojos amantes, repite nuestras plegarias ante el trono del Altísimo, y presenta en él como un delicado perfume la ofrenda del corazón feliz que juntamente con el dolor ha sentido el arrepentimiento.

Cuantos dolores pueden afligirnos en esta breve y miserable vida, otros tantos llenaron de angustia y desconsuelo su triste peregrinación por la tierra.

Dios quiso sin duda, que la que había de ser Madre y Abogada de los afligidos, pudiera apreciar por Sí misma todas las aflicciones.

Las lágrimas siempre han sido conmovedoras, pero tienen una elocuencia irresistible para los que también han llorado.

Los hombres, al quedar huérfanos de aquella Madre perfecta, quedaron privados también de uno de los consuelos más dulces de cuantos encuentra la orfandad desvalida.

Quien ha perdido á su madre vive de su recuerdo; hablando de ella á cada instante, repasando en su memoria los más insignificantes detalles de su vida íntima, parece como que ha conseguido un triunfo sobre el imperio de la muerte; que ha conseguido arrancar de la tumba los restos inanimados de su madre para infundirles nueva vida con la creadora fantasía del amor y tenerla constantemente á su lado.

Sí, de dos vidas gozamos sobre la tierra: una es la que heredamos de nuestros padres; otra la que nos prepara el corazón de nuestros hijos.

Desgraciados los que no disfrutaban más que de una sola: esos no han conocido el amor de los amores; esos no recogieron la herencia de sus padres y no encontraron tampoco quien recoja la suya.



María no abandonó al mundo en su dichoso tránsito: María fué con los hombres la más amorosa de las madres, y goza de una nueva vida en el corazón de sus hijos.

Nosotros sentimos inundada el alma de delicias con sólo repetir ese nombre dulce y suave.

Ella es para nosotros inagotable fuente de esperanza y de consuelo; sabemos que nos cubre solícita con su manto protector; que disipa las sombras de nuestra existencia con el fuego purísimo de su mirada; que invisible, pero amante y solícita, está á nuestro lado para guiarnos en los ásperos senderos de la vida; que nunca aparta sus oídos de nuestras plegarias; que no se enjugan sus ojos mientras los nuestros permanecen húmedos con el llanto.

Pero queremos penetrar en todos los misterios de su vida, y nuestra piadosa curiosidad se detiene ante lo imposible.

Cuando en una extensa llanura tendemos la vista por la dilatada region de los horizontes, vemos dibujarse á lo léjos caprichosas montañas con formas fantásticas y sobrenaturales, paisajes seductores que ningun pincel humano puede reproducir, que sólo á la fantasía le es dado crear. Allí reside la verdadera belleza; allí se ostenta en toda su majestad sublime; todo aquello es muy superior á cuanto hasta entónces habíamos tenido por bello y por magnífico.

Pero nos vamos acercando; y poco á poco, á medida que nuestros pasos avanzan, el encanto se desvanece.

Y sin embargo, allí existe la belleza que nos sedujo: el hombre no la pudo crear, porque el hombre no crea cosa alguna; pero un misterio que en vano intentaríamos penetrar, nos la ha ocultado de repente.

Otro tanto sucede con muchos de los misterios de la vida

de la Virgen; misterios que, como hijos cariñosos, quisiéramos conocer para recordarlos á cada instante.

La historia de María es tan árida en hechos, que á cada paso presenta inmensos vacíos imposibles de llenar.

El único escrito que pudo haber satisfecho la justa curiosidad de los fieles en este punto, se perdió hace más de mil y quinientos años.

Los Apóstoles, consagrados por completo á la imágen colosal de Cristo, y á la empresa de extender por el mundo su salvadora doctrina, pensaron poco en la sagrada familia de Nazareth.

Indudablemente que cuando se extendieron por todas las provincias de uno y otro continente para difundir la luz del Evangelio, debieron dar á los catecúmenos á quienes instruían detalladas noticias de aquella vida perfecta, y que la tradicion debió conservarla por mucho tiempo la naciente Iglesia de Jesucristo.

Pero la tradicion se debilita, y aun á veces olvida los más interesantes detalles, cuando no hay libros donde consignarlas.

Los primeros cristianos no podían consagrarse á otro ejercicio que el de la predicacion, y no tenían tiempo que dedicar al trabajo de recoger y conservar tradiciones, en medio de la persecucion incansable que contra ellos habían organizado los gentiles.

Merced á las indicaciones de los Santos Padres, hemos podido conocer las virtudes de Santa Ana; ellos nos han conducido de la mano bajo su humilde techo, y nos han hecho testigos de sus goces y de sus aficciones, del privilegio insigne de su tardía maternidad; pero desde el punto en que María es presentada en el templo, la tradicion empieza á

desvanecerse, y ya no tenemos de la interesante vida de Ana más datos que algunas vagas conjeturas. Su figura no vuelve á separarse de las sombras hasta el momento supremo de morir.

Nosotros intentaremos penetrar en el confuso laberinto de esas conjeturas, valiéndonos siempre de la luz que sobre él han derramado escritores piadosos, y teniendo muy en cuenta las costumbres de la raza israelita.

Ana habia recomendado á sus parientes que dispensasen proteccion y cariño á la pobre Niña que dejaba sola en el mundo, y para Ella pidió su bendicion y su amparo á Aquel que es Padre natural de los huérfanos y de los desvalidos.

El dolor de María fué tan inmenso como la soledad en que quedaba. Sin embargo, aleccionada ya en la ciencia preciosa de respetar y bendecir los decretos de Dios por terribles que parezcan á la naturaleza humana, supo sostenerlo noblemente, igualando á su grandeza la sublimidad de la resignacion y del silencio.

Ya no tenia en el mundo más amparo que el de Dios, y buscó un refugio en su seno sagrado.

En el augusto retiro del templo habia aprendido á remontar su imaginacion á una esfera muy superior á todas las tempestades que rugian fuera de aquellos imponentes muros, como gimen las olas del mar alterado al pié del fuerte dique que las contiene, resistiendo su ímpetu y burlándose de sus amenazas.

Allí en el severo recinto de la verdad, y hallándose frente á frente con la desgracia, que para las almas fuertes es la enseñanza más provechosa, aprendió á despreciar esas dichas brevísimas que tienen su origen en la vanidad del nombre, en el orgullo que acompaña á la opulencia, y en



los engañosos triunfos de la hermosura, y que á veces aun duran ménos que los momentos de ilusion que las produce.

La soledad, la meditacion, un secreto instinto de los altos fines á que el cielo la tenia reservada, el deseo de que la más exquisita pureza acompañase á todos sus actos en servicio de Dios, cuyo amor llenaba toda su alma, y cuyo augusto templo le servia de abrigo, inspiraron á María la resolucion de hacer voto de virginidad perpétua.

Debemos creer que de este voto no tuvieron conocimiento Ana y Joaquin, porque ningun historiador lo menciona en vida de aquellos patriarcas, y no hubiera tenido valor alguno sin el consentimiento de los padres, con arreglo á la ley civil y religiosa de los judíos.

Indudablemente María en su orfandad quedó sujeta á la autoridad de un tutor, que pudo ser muy bien su venerable pariente Zacarías, aunque ni la tradicion ni la historia nos autorizan para creerlo con evidencia; pero, aun así, debió considerarse entónces más dueña de sus acciones y de su voluntad, y sin limitacion de tiempo se consagró al servicio del ara santa y del Dios de justicia y de misericordia, amparo del desvalido y firme apoyo del huérfano.

María, como su regio antecesor David, pensaba que un día solo pasado en los tabernáculos del Dios de Israel, valia infinitamente más que otros mil fuera.

Habria preferido mil veces ser la última en el lugar sagrado, á ser la primera en la fiesta más esplendente del más rico palacio de Jerusalen.

## CAPÍTULO II.

MARÍA.

María, como la pobre pero bellísima labradora de Sulam, ó como Mariene, la hija oscura del sacrificador, pudo aspirar, por sus perfecciones naturales, al tálamo de los reyes, puesto que más de una vez la hermosura habia facilitado á las hijas de su pueblo el camino que conduce al trono.

Pero Dios traza á cada criatura el camino que debe seguir, y en sus misteriosos designios nada sucede que no obedezca á las leyes de su alta sabiduría.

Habia llegado el tiempo de la redencion humana.

La nueva ley que Dios se disponia á dar á los hombres por medio de su Hijo, como en otro tiempo se la habia dado á su pueblo por medio de Moisés en las afortunadas cumbres del monte Sinaí, que oyeron resonar la voz augusta, necesitaba un preliminar, una preparacion, y María fué al Evangelio lo que la ténue luz y las suaves brisas de la aurora á un hermoso dia de primavera.

Ya se han extinguido las tradiciones que habian conservado el retrato de aquel vaso riquísimo de pureza; inspi-rándose en ellas lo trazó San Epifanio en el siglo IV del

cristianismo, y lo confirmaban ciertos manuscritos preciosos que los hombres han dejado de poseer.

Era María un conjunto de modestas y tímidas perfecciones: su estatura, no muy elevada, estaba llena de gracia, esbeltez y majestad; el ardiente sol de su patria había sombreado ligeramente su cútis terso y nacarado, tan suave y tan fino, que casi parecía trasparente, y participaba algun tanto del precioso matiz que tienen las espigas cuando han llegado á la sazón; sus cabellos rubios, sedosos y abundantes, formaban sueltos un magnífico dosel para su frente de soberana, y recogidos una esplendente corona, para la que había de tener su doble trono en la presencia de Jehová y en el corazón de los hombres; eran sus ojos vivos y penetrantes, dotados de una expresión de dulzura y autoridad, que á un tiempo convidaban á la confianza y al respeto; su pupila, más que azulada, participaba algo de las misteriosas tintas que se reflejan en la superficie de un lago, cuando engalana sus orillas verde y lozana vegetación; sus cejas, negras y perfectamente dibujadas, se separaban en dos arcos bellísimos; sus labios eran sonrosados como el rubí; sus dientes, blancos como la nieve que cubre la cima de las montañas, y su nariz aguileña, notable por la perfección de sus líneas; formaba su rostro un óvalo perfecto, y sus manos largas y bien modeladas.

Tal es el retrato que de la Virgen nos ha transmitido Nicéforas, copiándolo del que en otro tiempo hizo San Epifanio.

Dionisio Areopagita, que tuvo la dicha imponderable de ver á María y escuchar la música regalada de su acento, nos dice que era hermosa hasta deslumbrar, y que la hubiera adorado como á una diosa, á no haber sabido que no hay más que un solo Dios.



Todos los Santos Padres convienen en la extremada hermosura de la Madre de Jesucristo.

¿Mas qué era la hermosura material comparada con la divina que resplandecía en su alma?

San Ambrosio dice, que aquel magnífico exterior no era sino un trasparente velo que dejaba ver todas las virtudes de aquel espíritu el más noble, el más puro que pudo existir dentro de la naturaleza humana, exceptuando solamente el de Jesucristo, porque á ésta agregaba la divina.

María era la más hermosa de las mujeres, porque hasta Ella no habian llegado las negras sombras del pecado original.

Sabido es que ni el clima, ni los alimentos, ni los ejercicios á que el cuerpo se consagra constituyen exclusivamente la belleza en la humanidad. Siendo el semblante el espejo en que el alma se reproduce, de la virtud es de quien recibe su más deslumbradora hermosura.

Todas las perfecciones físicas de María no podian ser otra cosa que el pálido reflejo de las morales.

Por grande que sea la belleza de una mujer, el tiempo se encarga de que surquen hondas arrugas su encantador semblante; apágase poco á poco la centella vivificadora que resplandecía en sus ojos, y que inflamaba el fuego de los corazones; no vuelve á vagar en sus labios la placentera sonrisa; el trasparente y nacarado cútis toma ese color extraño y funeral de que se reviste la naturaleza bajo el helado sol del invierno, y huye presurosa la ilusion de aquellos despojos, que muy en breve no serán otra cosa que pasto de gusanos viles.

Continuemos la comenzada tarea; reunamos cuidadosamente los dispersos elementos que nos han dejado algunos

historiadores místicos, y completemos el bosquejo moral de la única Mujer pura que ha hollado con su planta la tierra; de aquella á quien llama Safronio Jardin de las delicias de Dios.

Modesta y recatada era María hasta en sus más insignificantes acciones; su bondad no reconocía límites, y todos cuantos tuvieron la dicha de hablarle quedaron encantados de la afabilidad y dulzura de su trato.

Llamada á ser Madre amorosa de todos los nacidos, el sentimiento de la caridad se desbordaba en su pecho, como las aguas del estanque para fertilizar los terrenos calcinados por los rayos abrasadores del sol de estío.

Siendo aun muy niña, depositaba sigilosamente su modesta limosna en la caja que pendía de una de las columnas del templo, y que era el humilde patrimonio de los pobres; en aquella caja donde algunos años más tarde, Jesus habia de ver depositar el óbolo de la viuda.

Era María reservada en sus palabras; hablaba poco, y siempre en el momento oportuno, sin que la más leve sombra de disimulo manchara nunca la sin igual pureza de sus labios. Su voz era suave y conmovedora; sus palabras caian como un bálsamo sobre el corazon.

El pensamiento de aquella celestial Doncella se elevaba incesantemente hácia Dios, y su acento le saludaba con los primeros resplandores del dia, elevando con su oración los más puros sentimientos de su alma, como elevan las flores en alas de la brisa matinal sus más delicados perfumes.

La paz del cielo descendía sobre aquella frente tersa y diáfana, como el firmamento de donde recibía su luz, y en la cual no se habian reflejado nunca las sombrías tempestades del corazon.

Humilde como la modesta siempreviva, tímida como la gacela, sencilla como el lirio aterciopelado de los poéticos valles de Galilea, era, sin embargo, fuerte como el cedro que resiste á los vendavales en las agrestes vertientes del Líbano, ó como la muralla de granito que, formando al redor de la ciudad un círculo impenetrable, es amparo y defensa del guerrero que lucha por la victoria de la matrona que le anima á vencer, y de la casta doncella que entona himnos al Dios de los ejércitos para que no permita el triunfo de la injusticia y de la iniquidad.

Jamas criatura humana, por privilegiada que fuese en sus perfecciones, consiguió hermanar tanta hermosura con tan singular modestia. Jamas se alzaron aquellos ojos de manera que pudiesen excitar un pensamiento impuro, ni la ira concentró nunca sus siniestros resplandores en aquella pupila de ángel, ni supieron tomar la expresion odiosa de la ofensa, de la burla ó de la ironía.

Enemiga del fausto y de la ostentacion, ninguna sencillez podia igualar á la de su porte, que no por eso perdía la majestad; aunque jóven, no procuraba realzar con vistosos atavíos el irresistible encanto de la juventud; aunque noble y descendiente de reyes, no levantó nunca la cabeza orgullosa para despreciar á sus más humildes compañeras, y aunque pobre nunca procuró enriquecerse con más tesoros que los del espíritu.

Rodeábala sin cesar una atmósfera de pureza y de fervor que ennoblecía el alma de cuantos fijaban en Ella sus ojos extasiados, que no volvian á fijarse más en las miserias terrenales que tanto excitan la atencion y el deseo cuando no se ha aprendido á apreciarlas en su verdadero valor.

La deferencia que tenia con todos no era esa fórmula con-



vencional que han adoptado los hombres para disimularse sus sentimientos, y para que no sea ofensivo el engaño evidente: era una dulce expansión de la sinceridad de su alma y de su inagotable benevolencia que, engendrándose en el corazón, no podía detenerse hasta encontrar salida por los labios.

Sus miradas dulces, serenas y amorosas, anunciaban ya aquella Madre tierna y compasiva de quien se ha dicho que pediría hasta el perdón de Lucifer, si en Lucifer cupiese el arrepentimiento.

Durante las épocas en que la religión judáica obligaba al ayuno y á la penitencia, María observaba rigurosamente el precepto, esquivando cuanto pudiera lisonjear sus gustos y sus inclinaciones, imponiéndose un trabajo más duro que el de costumbre, y ejercitándose en cuantas obras de misericordia le permitían su debilidad femenil y su pobreza; su alimento durante aquellos días de purificación, consistía en pan cocido bajo la ceniza, inspidas legumbres y agua cristalina de la fuente de Siloé.

Octavio Augusto, el ambicioso político que edificó el trono de los emperadores sobre las ruinas de la república romana, y á la vista del ensangrentado cadáver del dictador Julio César, se estremecía de horror al oír el bramido de la tempestad, é iba á ocultarse en lo más oscuro y profundo de los subterráneos de su palacio, para que el rayo no pudiese herirle ni el relámpago deslumbrarle; pero aquella voz imponente, ó no llegaba hasta los oídos de María, ó resonaba con indiferencia: y era que las tempestades del cielo no encontraban correspondencia misteriosa en las de aquel corazón, nunca agitado por las faltas y los remordimientos.

Le absorbían por completo los deberes religiosos, los en-

cantos de la meditacion, y su alma vivia en las serenas regiones donde tiene su alcázar el Autor de todo lo creado, muy por encima de las tempestades de los hombres y de la naturaleza.

San Ambrosio describe en estos términos el ardiente fervor de María:

«Nadie, dice, estuvo jamas dotado de un don tan sublime de contemplacion; su alma nunca perdía de vista á Aquel á quien amaba con más fuego que todos los serafines reunidos; toda su vida fué un continuo ejercicio del más puro amor á su Dios; y hasta cuando el sueño cerraba sus párpados, su corazon vigilante oraba todavía.»

Así se destacaba María de entre sus jóvenes compañeras, como las brillantes partículas de oro entre los granos de arena en que parecen confundidas; y todo su candor, y toda su modestia, no bastaban á ocultar el tesoro riquísimo de sus perfecciones morales.

«Por eso, exclama Orsini, los ancianos que habian encañecido en los ejercicios del sacerdocio jamas pasaban á su lado sin bendecirla, y la consideraban como el más bello ornamento del templo de Salomon.»

### CAPÍTULO III.

---

#### EL CONSEJO DE FAMILIA.

Continúan las sombras de la ignorancia ocultando los más interesantes misterios de la vida de María.

No se sabe si Joaquin hallándose en su lecho de muerte, y comprendiendo que no tardaría en sonar su última hora, colocó á su Hija bajo la proteccion inmediata del sacerdocio.

Se ignora tambien si los magistrados que cuidaban de asegurar la suerte de los huérfanos le nombraron tutores, eligiéndolos de entre la ilustre descendencia de Aaron á que pertenecía por su línea materna aquella nieta de David.

Por último, no tenemos conocimiento bastante de las costumbres hebreas en aquellos tiempos, para deducir si la tutela de los niños á quienes sus padres habian dedicado al servicio del templo de Jerusalem, correspondia de derecho á los levitas.

Lo único que parece desprenderse de las más racionales deducciones, es que María tuvo tutores pertenecientes á la tribu sacerdotal.

¿No parece que seria una conjetura muy lógica la que



supusiese que, atendidos los vínculos de la sangre, este delicado cargo fué conferido, como hemos indicado en otro lugar, á Zacarías el esposo de Elisabet?

Zacarías gozaba de altísima reputacion de virtud, y su título de pariente cercano de la Huérfana le daba el derecho y le imponía la obligacion de ampararla y defenderla en su abandono.

Dos ó tres años más tarde de la época que en estos momentos nos ocupa, María atravesó toda la Judea para felicitar á la madre del Bautista, permaneció largo tiempo en las montañas de Hebron, y este dato histórico prueba que eran muy íntimas sus relaciones de parentesco con la familia del príncipe de los sacerdotes.

Los hebreos eran muy celosos del honor y la fama de sus mujeres, y debia ser tan sagrado como el paterno aquel techo que dió abrigo á María tan léjos de su humilde casa de Nazareth.

Pero estas averiguaciones nos importan muy poco, pues sólo tendrían por objeto satisfacer una curiosidad vana hásta cierto punto.

Cualesquiera que fuesen los tutores de María, cumplieron con escrupulosidad su delicado encargo; y cuando la vieron cumplir los quince años y llegar al apogeo de su deslumbradora hermosura, pensaron coronar su obra de proteccion dándole un esposo digno de su nobleza hereditaria y de sus altas virtudes.

María fué llamada al consejo para que conociese y respetase la determinacion de aquellos que harían las veces de sus padres sobre la tierra.

Compareció confusa y avergonzada, y sus mejillas se tiñeron con las pudorosas tintas de carmin al escuchar que

se habia resuelto darle un estado tan diferente del que anhelaba su corazón.

Su alma, educada en la contemplacion de los sagrados misterios, acostumbrada á remontarse á las esferas de la Divinidad, habia adivinado las máximas sublimes del Evangelio, y parecíale la virginidad el estado más perfecto y glorioso.

San Gregorio Niceno, refiriéndose á un autor antiguo, refiere que María, á pesar de su humildad y modestia, se resistió largo tiempo á aceptar el enlace que se le proponia, y que suplicó á sus parientes y tutores le permitieran continuar consagrándose al servicio del templo, sin alterar su vida oscura y sosegada, pero sencilla, inocente y libre, sin más lazos que aquellos que místicamente le unian á su Creador.

Pero la ley mosaica se oponia terminantemente á este deseo.

La esterilidad venia á ser aun peor que la deshonra, porque estaba escrito:

« Sea maldito quien no deje descendencia en Israel. »

De esta descendencia habia de nacer el Mesías, y buscar la esterilidad era para los judíos tanto como negarse á admitir el beneficio más alto de cuantos se pudieran recibir de Dios.

Así fué que la peticion de María llenó de sorpresa á los que con tierna solicitud se estaban ocupando de asegurar su suerte y su posteridad. Ellos no podian comprender las sublimes aspiraciones de aquel alma. No podian explicarse cómo un Sér tan puro, tan virtuoso, tan superior por los sentimientos y por la inteligencia, aspiraba al celibato, es decir, á extinguir totalmente el nombre de su padre, á no

tomar la parte que le pudiera corresponder en las divinas promesas de que nacería un Redentor de entre los hijos de Israel.

El voto de perpétua virginidad que había hecho la Hija de Joaquin el justo y Ana la santa, no tenía fuerza alguna legal; y no siendo consentido, quedaba anulado de hecho por sola la voluntad de sus parientes y tutores.

La mujer hebrea, en todas las épocas y en todos los actos de su vida, careció de voluntad propia, hasta que el código sublime de Jesucristo la restableció en el goce de sus derechos naturales.

Su condicion social era muy parecida á la del esclavo.

Inútiles fueron las súplicas y lágrimas de María; su ardiente deseo no encontró simpatía en aquellos corazones que tan distantes estaban de participar de sus sentimientos; los mismos sacerdotes no podían comprender su vocacion sublime, no podían remontarse á la esfera de tan elevadas virtudes.

Para aquellos hombres tan satisfechos de su ciencia, tan orgullosos de su perspicacia, el alma de María era un arcano impenetrable.

Aquel voto de perpétua virginidad chocaba abiertamente con una preocupacion religiosa, de la cual participaba todo el pueblo. Representaba una perfeccion moral, que hasta entónces ni aun siquiera se había sospechado.

La modesta Hija de Nazareth veía mucho más allá que cuantos querían oprimirlo con el peso de una voluntad superior é incontrastable; si el águila, que remonta su vuelo hasta perderse de vista, y cruza la inmensidad y sienta su nido donde la roca es más alta y el precipicio más hondo, pudiese referir al tranquilo morador de la selva, donde tiene



su cuna y encontrará su sepulcro, una parte siquiera de las maravillas que sorprende desde la majestad de su trono, ó en el curso de su osada peregrinacion, la tendrian las tímidas aves por loca ó por visionaria.

¿Y á qué alma le era posible seguir en toda su extension el raudo vuelo del alma de María?

Ademas, Dios no podia consentir en que los tutores de María se diesen por convencidos. A sus misteriosos designios convenian aquella ignorancia, aquella obstinacion en violentar las inclinaciones de la pudorosa Doncella.

Dios habia recibido la sinceridad de su voto; Dios la fortalecia para perseverar en él; Dios no le devolvía en manera alguna su religiosa promesa; pero estaba elegida como medio para verificar la redencion humana, estaba destinada á ser Madre del Mesías, y era necesario que su union con un hombre justo, depusiese constantemente en pro de su pureza.

Seducidos por su hermosura, llevados de la fama de sus virtudes, podian los jóvenes hebreos disputarse, aun dentro del templo mismo, la dicha de poseer su mano<sup>1</sup>, y era necesario apartar de María la molestia de aquellas importunidades.

Ella y su divino Hijo, en la hora de la adversidad, habian de necesitar proteccion contra las maliciosas sospechas del vulgo y contra las ingraticudes de los hombres, y era indispensable dársela.

Todo esto entraba en los altos designios de Dios.

Jehová, valiéndose del acento terrible de sus profetas,

---

<sup>1</sup> San Agustin.

echó en cara á los hebreos *que tenían el corazón tan duro como el diamante.*

No era la misericordia la virtud que más distinguía á aquella raza.

Los judíos hubieran quizás apedreado á la Madre de Jesús como á una mujer deshonrada; porque siéndoles oculto el misterio de la Encarnación, el milagro les hubiera servido de disculpa aparente para justificar las sospechas más ofensivas y abominables.

Razones eran estas que la religión ha hecho llegar hasta nosotros, pero que entónces permanecían ocultas en la mente de Dios: pero había una que descansaba en la tradición más antigua y venerable; en una tradición que no había podido perderse entre las aguas del diluvio; que flotó con el arca de Noé y llegó incólume al través de los siglos hasta el último de los sacerdotes de Judea.

En esta tradición se fundaba con justicia el más alto de los orgullos nacionales.

En cualquiera hija de Israel, la esterilidad era una desdicha y una deshonra; en una rama del tronco de Jesé, en una descendiente de David, el hecho de sustraerse á la coyunda nupcial era un crimen de lesa nación.

La mujer nacida de esa descendencia no se pertenecía á sí propia; debía dar un hijo á la patria y una esperanza á la piedad de su familia, pues de este tronco había de nacer el gran Caudillo que devolviese su libertad á los israelitas.

Así lo habían anunciado los profetas, y aquel inspirado anuncio no podía dejar de cumplirse.

Esta dulcísima esperanza los había sostenido en el desierto; ella volvió incólume á Palestina; ella les acompañaba en sus adversidades; los fortalecía para alimentar

deseos de venganza contra el opresor romano, y los acompañaba fielmente hasta los umbrales de la tumba, donde la trasmitían incólume á sus hijos, para que de la misma manera la legasen á sus nietos.

Anunciaban las circunstancias como muy cercano el cumplimiento de las profecías; todas las señales eran de que ya no podían tardar en realizarse las divinas promesas.

La ocasion no podia ser ménos propicia para obtener el favor insigne á que María aspiraba.

A cada instante esperaban ver ondear la vencedora insignia de los Macabeos ocultando para siempre la del senado romano, que habia llevado la esclavitud á la dichosa tierra de promision.

Era necesario proceder á la eleccion de esposo para María. Con este objeto convocaron los tutores una reunion de parientes de la Doncella, todos pertenecientes al linaje de David y de la poderosa tribu de Judá.



## CAPÍTULO IV.

## LA ELECCION.

Muchos eran los jóvenes de aquella gloriosa descendencia que podían aspirar á la ventura de unirse á la Doncella casta con lazos indisolubles.

Quién aventajaba en hermosura á las fantásticas descripciones que hacían los gentiles de su dios Apolo; éste podía aspirar por su saber y prudencia á ocupar los más elevados puestos de la república el día en que su pueblo rompiera la cadena de la esclavitud; la nobleza de aquel se perdía imponente y majestuosa en las tinieblas de los tiempos más remotos.

Uno igualaba en altivez y bravura al solitario rey de las selvas, y nadie le aventajaba en agilidad para la caza, ni en varonil esfuerzo en los ejercicios de la guerra; otros poseían frescos y floridos olivares, dilatadas llanuras célebres por su feracidad, verdes viñedos en las montañas, y tantas ovejas que difícilmente se podrían encontrar rediles con qué aprisionarlas.

El esforzado caudillo de Israel hubiera ofrecido á María para coronar su frente la diadema de oro y de brillantes

tomada de los despojos del vencido, y hubiera hecho arrojarse á sus plantas esclavos que, bajo el sol amoroso de su patria, habian vestido la deslumbrante púrpura y el blanco armiño, emblema de la dignidad real.

El que cifraba sus títulos en la opulencia, la hubiera rodeado de cuantos tesoros puede producir la India; hubiera ceñido su delicado talle con el oro y la púrpura de Tiro, y rodeado su frente celestial con diademas en que brillasen las turquesas de Iran, las esmeraldas egipcias y las perlas del golfo Pérsico.

Un príncipe hubiera podido rescatar su libertad con el valor de tantas preseas, y si aun parecian pocas hubieran aumentado tanto su número, que bastarian para comprar la independencia de un pueblo.

Cuanto puede hacer dulce y agradable la servidumbre en que perpétuamente vive la más hermosa y más débil mitad del género humano, cuanto puede halagar su vanidad ó lisonjear sus instintos, hubieran ofrecido á María en recompensa de la inefable felicidad de que gozaria aquel á quien tendiese con amor la suspirada mano.

Pero ninguno de esos brillantes partidos pareció digno de Ella. Los sacerdotes y los parientes deseaban para María el cariño de un padre, la proteccion de un amigo, no la versatilidad ligera ni la peligrosa locura de la inconstante aunque apasionada juventud.

Nobleza, fortuna, efímera gloria adquirida en el horror de los combates, todo fué despreciado, porque ninguna de estas cualidades seductoras lograron interesar el corazón de María; y todos fijaron sus ojos en un hombre oscuro, pobre y anciano, que habia llegado al último tercio de su vida sin tener á su lado una dulce compañera, y que ganaba

el pan que comia con el sudor que derramaba su rostro <sup>1</sup>.

Este hombre era José el galileo, carpintero de Nazareth.

¿Por qué los parientes de María consintieron en esta union? ¿Cómo pensaron en hermanar el fuego de la alegre y seductora juventud de la vida, con la nieve de la ancianidad?

Cualquiera jóven hebrea se hubiese creido condenada á convertir en tumba el tálamo nupcial; al estrechar la mano de su esposo, le habria parecido tocar la fria y descarnada de la muerte, y en las brillantes vestiduras de la desposada hubiera visto el sudario de sus más bellas y queridas ilusiones.

Pero María no estaba destinada á los mismos fines que las otras doncellas de Judá, y Dios, que habia recibido sus votos de castidad perpétua, suplia con uno de sus misteriosos decretos la ruda ignorancia y la porfiada obstinacion de los hombres.

La purísima Estrella de Nazareth no tenia ya padres que ciñeran á su frente el casto velo de la desposada, ni perlas á su garganta, ni cintillos á los brazos, únicos dones pater-

<sup>1</sup> Mucho difieren los autores sagrados respecto á los años que contaba José en la época de su desposorio. San Epifanio le atribuye ochenta años, mientras el P. Pezron solamente cincuenta. La primera suposicion es contraria á la ley de los hebreos que, en los términos más vergonzosos, prohíbe la union de la juventud con la ancianidad; es, pues, más verosímil el cómputo del P. Pezron.

El protoevangelio de Santiago y el evangelio del nacimiento de la Virgen, aseguran que San José era viudo; San Epifanio añade que habia tenido cuatro hijos y dos hijas, y San Hipólito de Tébas apellida á su primera esposa Salomé; pero, sin embargo, la opinion más recibida es que vivia en la virginidad. Esto cree San Jerónimo. San Agustin deja sin decidir la cuestion, y San Pedro Damiano afirma que toda la Iglesia cree que San José, á quien el mundo veia como al padre de Jesus, fué virgen como María.



nales en favor de la mujer hebrea, que no habia de desmembrar nunca el patrimonio de sus hermanos.

Ella no tenia hermanos con quienes compartir la herencia paterna; Ella no tenia para qué extender la mano codiciosa esperando el dote en que la hubiesen apreciado el amor y la generosidad de su marido.

Era hermosa como el hermosísimo cielo de Galilea; habia recibido en el templo la educacion más esmerada á que en su tiempo podian aspirar las mujeres israelitas; sus virtudes se reflejaban en su semblante, como se refleja la pureza sin igual de la bóveda azul en la tersa y tranquila superficie de un lago, y la sangre que circulaba en sus venas bastaba para hacerla digna de compartir el trono con el monarca más poderoso de la tierra.

Y sin embargo, se iba á verificar su union con un hombre anciano y de condicion humilde.

Pero los parientes de María no habian tomado por sí mismos aquella determinacion; ellos, consultando los únicos intereses que podian apreciar, y guiados por su buen deseo, hubieran aceptado para María el esposo más bello, más noble y más rico de toda la juventud de Israel.

En la eleccion de aquel anciano habia intervenido expresamente la voluntad divina.

Los parientes de María no tuvieron que hacer otra cosa que respetar los decretos del Altísimo.

---

## CAPÍTULO V.

### EL RAMO FLORIDO.

El viajero que pisando la tierra sagrada de la Palestina, se siente sobrecogido por la augusta grandeza de aquellos lugares, testigos de los más altos misterios de nuestra redencion, y no sabe dónde colocar la planta sin profanar las arenas que pisa, ni vuelve los ojos á una roca que no sea para adivinar en ella los vestigios de alguna tradicion piadosa; si sube al monte Carmelo y pide á aquellos cenobitas un poco de agua con que aplacar su sed, y un sitio á la sombra en donde descansar de su lenta y fatigosa peregrinacion; si cambia con ellos algunas palabras, por pocas que sean, oirá de sus labios la relacion de una leyenda tierna y apasionada, que hará latir su corazon dulcemente, y arrancará á sus ojos una lágrima de compasion y de consuelo; porque nada hay que tenga una elocuencia tan patética y tan conmovedora, como las desoladas ruinas que conservan entre sus grietas el recuerdo de la pasada historia de algunas de las tempestades que se agitan dentro del corazon humano.

Al caer de la tarde, cuando el sol se hundia en Occidente,

y se elevaban al cielo las preces de los hombres; cuando resonaban en el augusto templo de Salomon los cánticos sagrados de las vírgenes y la música grave y acompasada de los levitas; cuando torrentes de armonía iban á romperse en la concavidad de las extensas bóvedas, y nubes colosales de incienso subían hasta el trono del Altísimo, y la ciudad se inundaba con los torrentes de luz que despedían los candelabros de bronce, un jóven de gallarda y apuesta figura, ilustre por la sangre que circulaba en sus venas, más ilustre aun por los sentimientos que agitaban su corazón y las ideas que ennoblecían su mente, opulento al par de las principales familias de Judea, que le tenían en el número de sus deudos, envolvíase en su taled, y con paso grave y solemne, con el corazón á veces oprimido por la angustia, á veces fortalecido con la esperanza, cruzaba la orgullosa ciudad de Jerusalem, y se dirigía al templo de Dios para prosternarse ante *Aquel que preside á las suertes*, y encomendarle la suya.

Era Agabus, el caudillo más esforzado en la pelea; en la paz el espíritu más magnánimo; la oprimida Judea tenía su esperanza en aquel brazo poderoso, para el día en que Dios tuviese decretado el término de la esclavitud; los jóvenes como él le miraban con secreta envidia; no había doncella en Judá que no codiciase su posesion como una dicha suprema.

Firme como el cedro secular, que desafía el furor de las tempestades en las ásperas gargantas del Líbano; fuerte como montaña que resistió el impulso de las aguas en el diluvio; dotado de un alma de fuego, de una voluntad de bronce, resplandecían sus ojos un fuego vivísimo, que ningún poder humano bastaba á debilitar; en su diestra cente-



lleaba terrible la espada del guerrero, y jamas bajó la vista ante la mirada altiva y fascinadora del águila del imperio romano.

Arrastraba la cadena de la esclavitud con la misma dignidad que pudiera un rey levantar su cetro omnipotente; mejor dicho, el sello infamante de la esclavitud no se habia marcado en su frente generosa; era el único espíritu que sabia mantenerse noble en medio de la general abyeccion; era como la blanca espuma que, empujada por un viento amigo, flota sobre las inmundicias que encenagan las aguas, sin que la más leve mancha empañe su cristalina pureza.

El jóven se dirigia al templo, y no siempre iba animado por los sentimientos religiosos. Más de una vez, al cruzar por entre una turba de los soldados de Roma, opresores de su patria, no levantó la cabeza para insultarlos con su arrogancia provocadora; más de una vez tambien, pasó indiferente y frio por entre los tristes y envilecidos isrealitas, que le pedian en vano, agobiados con el peso de la esclavitud, una sola palabra de esperanza que los fortaleciera.

Agabus continuaba su camino absorto en sus tristes pensamientos, y confundiéndose entre la muchedumbre, que se agolpaba en el atrio del templo de Salomon, su corazon permanecia insensible á las plegarias que con voz penetrante entonaban á su alrededor los descendientes del pueblo predilecto de Jehová, y sus ojos no podian apartarse del patio de las mujeres.

Quando el coro de doncellas salia á alimentar el fuego sagrado que habia de arder inextinguible en el ara, y una nube de incienso rodeaba la víctima, envolviendo la puerta misteriosa del Santo de los Santos, y resonaban los cantos virginales, y los levitas arrancaban á sus instrumentos los

sonidos más suaves y armoniosos; el corazón de Agabus palpitaba con violencia, y sus ojos se llenaban de lágrimas, porque amaba un imposible, y aquel imposible tenía forma y vida entre las vírgenes consagradas al servicio del templo.

Descendiente de reyes era el objeto de los castos amores de Agabus; descendiente de reyes era también aquel joven prometido caudillo de la raza de Judá.

Herodes el Grande, augusto protector de las artes y de las letras, admirador del esfuerzo varonil, porque él había debido la tetrarquía á los golpes tremendos de su espada, quiso ganarse el afecto de Agabus brindándole en su corte con los puestos que envidiaba la primera nobleza; pero no había nacido para arrastrarse por las alfombras de los salones palaciegos quien poseía tesoros para comprar todas las perlas del golfo Pérsico, y era muy capaz de vestirse la púrpura de Tiro y arrancar para sí un trono de entre las garras del águila de Roma.

Era María á sus ojos como la cándida azucena silvestre que, arrancada de su tallo y puesta en espléndidos jarrones de oro y porcelana, esparce en el aire sus aromas llenándolo de delicias, y abandonada en su modesta cuna al rigor de los vendavales, vive un día para deshojarse yerta y marchita.

Cada nuevo día aumentaba la fuerza de la pasión que se iba engendrando en el alma del joven; un secreto instinto, esa fuerza misteriosa que impele á los enamorados á adivinar los más ocultos misterios del corazón, le hizo apreciar en todo su valor el inmenso tesoro de virtudes y grandeza que encerraba el alma de aquella modesta Hija de la olvidada Nazareth.

Agabus no concebía otra felicidad ni otra gloria que la dulce posesión de aquellos encantos sobrenaturales; el amor de aquella casta Doncella era para él más poderoso que todas las consideraciones humanas, y ahogaba en su corazón hasta el grito exigente y terrible de la patria oprimida por el yugo extranjero.

Y nunca el amor ciego y fanático de Agabus fué iluminado por el más débil destello de esperanza; jamás el porvenir se cubrió con nieblas tan espesas ante la mirada indagadora del hombre; el presentimiento, esa voz amiga que con acento suave ó terrible suele advertirnos de la proximidad de nuestras felicidades y de nuestros infortunios, permanecía callada en su corazón sin despertar siquiera un eco vagoroso y lejano.

María no se había apercibido de aquella pasión; consagrada al servicio del templo, ocupada de continuo su mente en la contemplación de las Sagradas Escrituras, su alma no vivía más que para el santuario, su mundo era el recinto de aquellos muros poderosos, sus ojos no se habían alzado nunca más que para contemplar el cielo, y su corazón no conocía otro amor que el de la Divinidad.

Peró la mujer hebrea, cuya condición era muy semejante á la del esclavo, no poseía el dominio de sus sentimientos, y la ley y la costumbre la obligaban á aceptar con respeto y cariño el esposo que le hubieran elegido sus padres.

Agabus no ignoraba que la ley mosaica prohibía el estado célibe, tanto al hombre como á la mujer, porque de la raza hebrea había de nacer el Mesías prometido; y cuando esa vaga inquietud á que nunca pueden sustraerse los enamorados le hacía temblar por el porvenir, la seguridad que tenía de que los parientes de la Doncella habían de apreciar su



noble y distinguido linaje, su valor personal, su juventud, sus riquezas y su prestigio, le devolvía instantáneamente la calma, y desvanecíanse como por encanto las densas sombras de lo venidero.

Llegó al fin el suspirado día en que los parientes de aquella prenda tan amada se reunieron en consejo, atentos á lo que prescribía la ley inquebrantable de Moisés.

Agabus, lleno de amor y de confianza, solicitó la mano de María. Otros jóvenes de Jerusalem manifestaron ardentemente el mismo deseo, pero Agabus no temía su competencia. ¿Cómo la débil luz que rasgando débilmente las tinieblas de la noche indica al marino la proximidad del puerto, ha de competir nunca con los rayos esplendentes del sol?

Sin embargo, los parientes de María, al pesar las ventajas con que aquella juventud entusiasta ofrecía hacer dichoso el porvenir de la Doncella; al ver que no solamente jóvenes, sino hombres muy respetados por su gravedad y su fama, que ya ceñían á su cabeza la venerable corona de cabellos blancos, se disputaban el honor de llamarse esposos de María, no acertaron á decidirse, é iluminados por un destello de luz divina, determinaron hacer juez á Aquel que preside el destino de los hombres.

Los pretendientes doblaron con respeto la rodilla, y murmuraron una oracion que partía de lo más íntimo del pecho. Terminada la plegaria depositaron sus varillas de almendro en el atrio del templo de Salomon.

José habia tomado parte en aquella tierna competencia; su vara seca y desnuda, único apoyo del anciano, quedó entre las demas.

A la mañana siguiente, un extraño prodigio manifestó

la voluntad divina: la vara de José habia florecido; las demas estaban tan secas y desnudas como cuando sus dueños las depositaron.

Agabus necesitó reunir toda la energía de su alma para no sucumbir á golpe tan tremendo. Ante la voluntad de Dios tenia que ceder la suya; en lo sucesivo habia de renunciar á toda esperanza, pero no á todo consuelo.

Léjos de Jerusalem, rodeado de imponente soledad, convidando á la meditacion y al suave esparcimiento de la tristeza, en un sitio rara vez profanado por la indiscreta presencia del hombre, se alzaba el monte Carmelo, y en su protectora cima las grutas donde los discípulos de Elías buscaban un refugio contra las tempestades del mundo; allí no resonaban los ecos pavorosos de las pasiones; aquella imponente soledad, llena de la presencia de Dios, era como el cristal inmenso del Occéano en uno de esos dias en que la naturaleza parece abandonada al sueño más profundo.

Algunos años despues la verdad divina era repetida de boca en boca. Jesucristo habia consumado en el Calvario la redencion humana; doce hombres humildes salidos de las últimas esferas sociales, se extendian por el mundo, y sin otras armas que la obediencia, sin otros esfuerzos que la palabra y sin más elementos que la sangre generosa con que fecundizaban la semilla evangélica, abrian anchos senderos á una nueva civilizacion y preparaban la ruina del coloso de Occidente que habia realizado el gigantesco sueño de Julio César.

Entónces bajó de la cima del Carmelo un grave y austero cenobita; iba inflamado por el sacro fuego que en otro tiempo iluminó á los profetas; en sus ojos resplandecia la pura llama del convencimiento; su altiva frente avanzaba hácia ade-

lante como anhelando la esplendente corona del martirio.

Era un apóstol de la nueva idea, un entusiasta de la verdad; era Agabus que, bendiciendo mil veces el prodigio que en el templo de Salomon habia empezado á iniciarle en los divinos misterios á costa de su más halagüeña esperanza, abandonaba la gruta del penitente para alistarse en las legiones de los primeros soldados de Cristo.

La predicacion hizo ilustre su nombre; el martirio, orlándole con su palma, le llevó á las regiones de la verdadera felicidad<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> *Historia del Carmelo*, Cap. XII.



## CAPÍTULO VI.

## EL DESPOSORIO.

Los parientes de María quedaron sorprendidos con la determinacion del Altísimo. Ellos, que tanto desvelo habian manifestado en la educacion de la Doncella para que fuese digna del mundo, del rango que habia heredado en la cuna; que siempre la habian visto entregada á trabajos delicados y pulcros; que la habian dejado crecer entre el perfume del incienso y la mirra, dulcificado su oido con los cánticos melodiosos que eran tan gratos á Dios y tan dulces para los hombres, rodeada de las esplendentes magnificencias de aquel sagrado recinto, no podian comprender que, rompiendo en un dia con las costumbres de su vida entera, se pudiese consagrar á una existencia oscura, y entregarse á ocupaciones que nada tenian de comun con su delicada naturaleza, en la ingrata compañía de un hombre artesano humilde, y encorvado ya por el peso agobiador de los años.

Sin embargo, era necesario doblar la cabeza ante los decretos de Dios, y los parientes de María encontraron valor para anunciarle que se habia decidido su suerte.

Pero cuando esperaban alguna demostracion, aunque dé-

bil, de repugnancia, María acogió la noticia con una sonrisa de verdadera felicidad.

En aquel momento, una inspiracion divina le reveló que el cielo no habia sido sordo á su más ferviente deseo; en aquel momento conoció que, si bien se le daba un esposo en apariencia, lo que iba á tener en realidad al lado de aquel varon perfecto, era esa sombra protectora que es tan necesaria á la vida de la mujer, un amigo solícito, un padre cariñoso y un guarda vigilante de su prometida castidad<sup>1</sup>.

¿Qué más podia apetecer, si nunca habia sido otro su deseo? Dios le permitia permanecer fiel á sus votos, y le concedia ademas verse adornada con el mérito de la obediencia.

Cuando en Nazareth y Jerusalem se tuvo noticia de esta resolucion, los ánimos quedaron sorprendidos; no era fácil penetrar el grande misterio que ocultaba.

El vulgo no vió más que una Doncella noble, jóven y hermosa, que iba á unirse con un hombre, si bien tan noble como Ella, porque era hijo de Jacob; hijo de Mathan, en cambio pobre y de condicion distinta.

No por esto se crea que la union pareciese desproporcionada á la raza judía sólo por la edad avanzada de José: la sencillez de costumbres de aquel pueblo no daba lugar á semejante extrañeza.

Ni era tampoco una dificultad chocante la posicion oscura del esposo.

Ciertamente que los artesanos no ocupaban un puesto distinguido en la sociedad hebrea; pero el trabajo no era vil, ni por consiguiente degradante.

<sup>1</sup> Descontunes, *Vie de la Sainte Vierge*.—Valverde, *Vida de Jesucristo*.

Ademas, José pertenecía á una de las más esclarecidas tribus, y los judíos miraban con particular respeto la nobleza de raza.

Familias de tejedores y alfareros de muy honrada memoria hubo en la tribude Judá.

De su trabajo vivieron Hiram y Beseleel.

San Pablo, educado en el estudio de la jurisprudencia, no se avergonzó de dedicarse al ejercicio de las artes mecánicas ménos distinguidas.

Y sobre todo, como las familias israelitas, por nobles y elevadas que fuesen, obedecian al precepto religioso de enseñar á sus hijos un oficio mecánico, se podia decir de los hebreos que todos ellos eran artesanos.

« Enseña á tu hijo un oficio, si no quieres hacer de él un ladrón. » Este era el precepto de la ley.

Cuando los israelitas vieron perdida la altiva independencia de su patria, no tuvieron otra alternativa que la emigracion ó aceptar la sociedad de los extranjeros, si no querian vivir pobremente con el producto del trabajo material en las rudas asperezas de sus montañas.

Habian considerado la invasion como un castigo del cielo, y esperaban resignados el gran dia de la libertad.

Ellos, los únicos depositarios de la ley verdadera, el pueblo predilecto que habia tenido la fortuna de pactar una alianza con el mismo Dios, toleraban sumisos el yugo de los extranjeros; pero esto no impedia que el último y más humilde de los hijos de Israel se creyera un príncipe, si se comparaba con el más opulento y altivo gobernador romano.

Sin embargo, el yugo que Roma habia impuesto al pueblo de Judá no era siempre insufrible por lo pesado; los is-



raelitas veían respetada su ley, si bien á su vez tenían que respetar el culto de los ídolos; y sin perder en lo más mínimo su dignidad, podían ejercer los más altos empleos; pero el amor á la patria inducía á muchos á no sacrificar en lo más mínimo su independencia personal.

Aunque los judíos no conocían la diferencia de castas como los habitantes del Egipto, puesto que todo su orgullo consistía en descender de los patriarcas y en ser depositarios únicos de la santa ley entre todos los pueblos de la tierra, algunas de sus tribus eran más nobles que las otras.

Distinguíase entre todas la de Judá, porque era la que llevaba el verde estandarte del pueblo á la cabeza de los millares de Israel en el día terrible de las batallas. Ella no debía despojarse de la púrpura de los reyes, ínterin el Mesías prometido no viniese á reclamarla; y entre esa tribu, la familia más honrada y más distinguida era la de David.

De este linaje descendía José, y su pobreza no empañaba en manera alguna el brillo refulgente de su raza. La sangre que corría por sus venas era heredada de veinte reyes, y uno de sus abuelos, Zorobabel, había guiado las plantas vacilantes de su pueblo por los abrasados arenales de Egipto, después de la cautividad.

Pero el tiempo, que convierte en ruinas los más altivos palacios y las más opulentas ciudades, que abate las montañas y borra los rasgos más distintivos del carácter de un pueblo, fué oscureciendo insensiblemente el antiguo esplendor de la casa de José, el último de los patriarcas. Los individuos que la componían quedaron confundidos con el pueblo.

Otro tanto había sucedido á las nobles casas de Moisés y de Samuel; ¿pero quién en toda la Judea ignoraba su ori-

gen y les negaba el respeto que por tantos títulos merecían?

María era rama del mismo tronco, y por lo tanto nada perdía su consideración social uniendo su destino al del humilde carpintero de Nazareth.

¿Pero á qué considerar aquella union misteriosa por el prisma de los intereses y de las preocupaciones del hombre?

¿Hay algo en María desde su nacimiento hasta su dichoso tránsito que no sea sobrenatural, perfectamente divino?

Aquel enlace, decretado por el mismo Dios, no podia ser más noble, más digno ni más conveniente.

Dios no quiso conceder á María un esposo como los que tan ardientemente habian pretendido con su mano la felicidad, porque aquella Doncella purísima, destinada á tan altos fines, no habia de encender en ningun corazon humano una llama amorosa que nunca podia arder en el suyo.

No quiso que el único mérito del hombre que habia de protegerla y ampararla con su propia autoridad y respeto, consistiese en la envidiada posesion de fértiles campos y floridos viñedos, bienes que, con extremada facilidad, ó desaparecen ó se truecan en males, y que nada valen á los ojos de Dios por grande que sea la estimacion que les conceden los hombres.

«El hombre juzga por las apariencias, pero Jehová mira al corazon.»

Desde la inmensa altura á que está colocado el trono del Supremo Creador, todos los hombres parecen iguales; las diferencias y los privilegios de las fortunas, invenciones han sido de la humanidad, vanos fantasmas que flotan constantemente sobre la superficie de la tierra, y que ni siquiera se pueden remontar para desvanecerse en el aire. Grandes y pequeños, no somos más que míseras hormigas bullendo sin

cesar entre el polvo de donde salieran, y á donde han de volver terminado que sea el trabajo triste y penoso, pero no largo.

Pero hay una cosa que flota vencedora y feliz sobre las grandezas humanas, que no está condenada á perecer en la tumba, y que comparece triunfante en las gradas del trono de Jehová despues de haber merecido el respeto de los hombres.

Es la virtud.

Por eso Dios eligió para esposo de María un varon honrado por sus virtudes, ennoblecido por su humildad; un hombre justo, que era perfecto entre sus obras perfectas.

« Si Dios escogió al humilde José para esposo de la Reina de los Angeles, y padre adoptivo del Mesías, fué porque poseia unos tesoros de gracia y de santidad capaces de excitar la envidia de las celestiales inteligencias; fué porque sus virtudes le habian hecho el primero entre los de su nacion, y porque estaba colocado en más alto lugar que César en el libro de la vida, en esos anales heráldicos de la eternidad... Así el arca á que no osaban acercarse los príncipes y los valientes de Israel por miedo de ser heridos de muerte, atraia las bendiciones del cielo sobre la casa de un simple levita, cuyo techo hospitalario le dió abrigo » <sup>1</sup>.

Al ocuparnos de los desposorios de Ana y Joaquin, hemos descrito las ceremonias con que estos actos se celebraban entre los israelitas.

José, hallándose en presencia de los tutores y de algunos

---

<sup>1</sup> Abate Orsini, *Vida de la Santísima Virgen*.



testigos, presentó á María un anillo de oro no cincelado, y le dijo con voz solemne:

— Si consientes en ser mi Esposa, acepta esta prenda, símbolo de la union que siempre debe reinar entre nosotros.

María contestó:

— Acepto.

Los escribas extendieron el contrato, sencillo en su lenguaje y despojado de vanas fórmulas, y desde aquel momento solemne sólo una sentencia de divorcio podia restituir su libertad á los contrayentes.

Uno de los tutores, en representacion del padre de la Esposa, oró para que el cielo se dignase bendecir la union que se iba á celebrar.

Habiendo trascurrido los meses de costumbre entre la ceremonia de los esponsales y la union definitiva, fué necesario dar al pueblo hebreo un espectáculo siempre esperado con impaciencia, porque aquella raza no conocia otras fiestas que las religiosas.

Por eso cuando los profetas describian la horrible desolacion de Judá, señalaban á lo léjos la triste bandera de la esclavitud ondeando sobre la más erguida torre de Sion, y decian con pavoroso acento:

— ¡Jerusalen! Tus calles serán silenciosas como el desierto y mudas como la servidumbre; las delicadas armonías de las arpas y de las flautas, no volverán á resonar en tu devastado recinto, y el Señor hará cesar los cánticos de alegría de los nuevos esposos.

Nadie mejor que María y José despreciaban la vanidad de la ostentacion en aquellas fiestas, pero tuvieron que someterse á la costumbre. La pompa iba á atrevesar un instante por su modesta existencia para desaparecer en segui-

da, como se pierde el relámpago en el oscuro seno de la nube que ha engendrado la tempestad.

Terminada la augusta y esplendente ceremonia, despues de haberse colocado María bajo el palio de riquísima tela, entre dos matronas, de las cuales la una representaba á su madre y la otra no seria aventurado suponer que fuese aquella heroica María de Cleofás que acompañó á la Virgen hasta la misma cumbre del Calvario, que la amaba como á una hermana y que por hermana la tuvieron algunos<sup>1</sup>; despues de haber llegado á la casa nupcial donde oyeron las felicitaciones de los amigos; despues de haber cubierto con su taldel el esposo á la esposa, y de haberle dicho: — «Hé aquí que Tú eres mi Mujer segun el rito de Moisés y de Israel;» despues, en fin, de que un cercano pariente derramó vino en la copa y lo gustó, y lo dió á gustar para que luégo la hiciera pedazos un niño; los recién casados despidieron el alegre concurso, y quedando solos bajo el techo de su humilde hogar, sin más testigos que la presencia invisible de Dios, José tomó de la mano á María y le dijo con el acento conmovido de un padre:

— Tú serás como mi Madre, y yo te respetaré como a. mismo altar de Jehová<sup>2</sup>.

Desde aquel momento no fueron para Dios más que hermano y hermana, si bien permanecieron íntegros los lazos indisolubles que acababan de contraer.

---

<sup>1</sup> Un sabio orientalista frances, Mr. Peignot, ha hecho sobre este punto curiosas investigaciones, y cree que María de Cleofás era esposa de Cleofás hermano de José, y por lo tanto cuñada de la Virgen. — Peignot, *Investigaciones históricas sobre las Personas de Jesucristo y María.*

<sup>2</sup> En suponer el voto á continuacion de estar concluido el casamiento, seguimos la autorizada y lógica opinion de Santo Tomas.

Este voto de continencia no era por cierto una cosa inaudita entre los hebreos. Basnage y Leon de Módena en sus historias de los judíos lo acreditan con multitud de ejemplos.

Verdad es que entre ellos solian inspirarlo el entusiasmo y la cólera; mas ¿por qué no los habian de dictar en otras ocasiones, móviles más puros y elevados? En el de los dos santos esposos, no hubo otro fundamento que el de la piedad.

Cuando un marido le decia á su mujer: — «Tú eres como mi madre,» renunciaba explícitamente á todos sus derechos de esposo, y nunca podia recobrarlos.

Cuando habia dado fuerza á su juramento invocando el altar de Jehová, su renuncia era doblemente solemne.

Algunas veces el voto partia de las mujeres; y aunque éstos no siempre eran aprobados por el sentimiento público, porque generalmente provenian de excesos y maldiciones, y la libertad de la mujer era infinitamente menor que la del hombre, eran firmes y valederos y habia que cumplirlos religiosamente.

Concluidos los siete dias de fiesta, los esposos partieron para Galilea, siguiéndolos multitud de parientes en alegre cabalgata. Se separaron cerca de la fuente de Anathot, volviendo á Jerusalem los de la ciudad, tristes y pensativos, como siempre que ha terminado una alegría. María y José los despidieron con lágrimas en los ojos, poniéndose solemnemente la mano sobre el corazon, y acompañándolos con sus bendiciones.

En seguida atravesaron los quebrados senderos de las montañas de Samaria; cruzaron las líquidas corrientes y las pintorescas arboledas de Sichem, admirando los majestuo-



sos edificios que sobresalian de entre las enramadas; apartaron los ojos de las cimas rojizas del monte Garizim, donde se alzaban las ruinas del templo cismático, que en vano quiso competir con el de Salomon, y que fué entregado á las llamas vengadoras; distinguieron á lo léjos las empinadas cumbres del monte Hebal, y despues á Sebaste, la protegida de Augusto, y embellecida por Herodes con ricos alcázares, para que fuesen más grandiosos los sacrificios del paganismo.

Escondia el monte Thabor su cabellera de esmeralda en el fondo plateado del pálido cielo de Galilea, y cerraban el horizonte las erguidas crestas del Líbano, confundiendo entre las nubes sus nieves eternas y sus cedros gigantes. Extendíanse á la vista de los viajeros, campos extensos primorosamente cultivados, donde florecian la cebada y el trigo, el trébol y la doura. Los trasparentes rayos del sol daban vigor y lozanía á aquella vegetacion potente.

De entre los bosques de palmeras surgian opulentas poblaciones, que empezaban á disfrutar de la vida que el imperio romano iba difundiendo por los países que conquistaba. Amparo y proteccion para el caminante eran los solitarios castillos que, como otros tantos centinelas cuidadosos, coronaban las cúspides de las rocas: allí se hospedaba siempre vigilante el soldado hebreo, cuyo sable damasquino no amenazaba á oprimidos ni á opresores, sino que se media solamente con los árabes del desierto que intentaban salvajes correrías, ó con las hordas de bandoleros que al llegar la noche se extendian por el país para que sus crímenes quedasen ocultos en el misterio y la sombra, sin que nadie pudiese escuchar el grito penetrante de la víctima.

Rodeado de montañas, que asemejaban en su imponente aspecto las murallas de granito de una ciudad sitiada, se extendía el valle de Esdrelon, á cuya extremidad, y al pié del sombrío anfiteatro, alzábase una ciudad modesta, que parecía dormir tranquilamente sobre la falda de una colina. Aquella ciudad era Nazareth, donde María habia visto la primera luz, donde más tarde se habia de mecer la cuna de Cristo. Hoy, aquel hermoso y pintoresco país gime bajo el peso del fanatismo musulmán: sin embargo, todavía ofrece algunos restos de lo que fué; todavía sus frondosos olivares, sus floridos viñedos y sus impenetrables bosques de palmeras desmienten á la ignorancia, que extraviada por el relato de algunos viajeros superficiales, cuyos ojos parece no ver más que ruinas, tienen á Galilea en concepto de un país pobre y miserable, y se admiran de que la Palestina fuese para los hebreos la tierra de promision.

Hace diez y ocho siglos, es decir, á raiz de los sucesos de que nos estamos ocupando, escribía el historiador Flavio Josefo:

«La Galilea se divide en alta y baja: ambas son muy fértiles; el terreno es á la vez fecundo y ligero, abundante en pastos, propio para toda clase de producciones, y lleno de árboles de todas especies; abundan los plantíos de viñedos y olivares, y están regados por los torrentes que se desprenden por las montañas, y por infinidad de fuentes y arroyos que surten continuamente de agua al país, y suplen la de los rios cuando los disipa el calor sofocante del verano. La bondad del suelo es tan extremada, que convida al trabajo á los hombres ménos laboriosos: así es que todo está cultivado, y no hay un codo de terreno que deje de producir. Sus habitantes son robustos é inclinados á la guerra; las

ciudades son muchas y muy pobladas, pues la menor no cuenta ménos de quince mil almas »<sup>1</sup>.

A su vez dice un viajero de nuestros días:

«Si se quisiese dar una idea del aspecto que Galilea presenta, no seria Francia el país con quien pudiera compararla, sino el Agro romano; alrededor de Nazareth, lo mismo que alrededor de Roma, es uniforme la luz y la configuracion del terreno. La naturaleza es sublime como el Evangelio. Galilea es un cuadro en miniatura de la tierra santa; y cuando se la ha visto bajo todos los aspectos del día y de la noche, se comprende lo que seria en tiempo de Jesucristo. Para un artista, Galilea es el Edem; nada le falta: ni los accidentes del terreno de la Judea, ni las soledades luminosas de la Palestina, ni la verde fecundidad de las Samarias. El Garizim y el monte de los Olivos no son más sublimes que el Hermon y el Thabor; y las azuladas playas de Absalon más imponentes que las perfumadas riberas del lago de Tiberiades, en que el aire desaparece bajo la luz. El suelo galileo ofrece por todas partes monumentos de historia y de milagros, las huellas de los héroes y el sello de un Dios; y al contemplar la Galilea desde las alturas del Thabor, se comprende que sea el país en que habitó el Redentor del mundo; tanto se mezclan con lo infinito los recuerdos religiosos y las maravillas de la tierra y del cielo »<sup>2</sup>.

Grande fué la emocion de María al acercarse al lugar en que se habian deslizado felices los primeros años de su infancia; el tiempo y la ausencia habian debilitado mucho sus

---

<sup>1</sup> *De Bello judaico*, Lib. III, Cap. II.

<sup>2</sup> Véase el tomo V de las *Correspondencias de Oriente*.



recuerdos; sin embargo, aquella ciudad en que habia disfrutado de las caricias paternas, que habia presenciado sus infantiles juegos, se apareció más de una vez con formas confusas y fantásticas en sus ensueños de Virgen.

La deslumbradora magnificencia del templo de Jerusalem contrastaba dolorosamente con la apariencia humilde de la ciudad; pero tambien los viajeros, al volver á la patria comun, ofrecian un enérgico contraste.

Algunos años atrás habia salido María, niña, inocente y tímida, guiada por la mano vacilante de sus padres ancianos, iluminada por un secreto instinto, á consagrar en los altares del templo las primicias de su juventud; el templo la devolvía al mundo con todo el inmenso caudal de sus virtudes, para que soportase las fatigas á que la mujer está condenada sobre la tierra, y á realizar la mision sublime de enjugar las lágrimas de Eva amontonadas por su primera culpa en el lago de Tiberiades.

José volvía con el encanto de su soledad, con el dulce consuelo que necesitaba en sus postreros años: cuando el exceso y la rudeza del trabajo encorvaran su cuerpo y fatigasen su espíritu, en los angelicales ojos de María podria encontrar el manantial dulcísimo del vigor y de la esperanza.

A semejanza de las grutas proféticas de los tiempos primitivos, la casa en que se hospedaron los esposos estaba abierta en la roca; pero aquella mansion humilde que hubiera parecido molesta á los pastores de Nazareth, habia de ser muy pronto más santa y más gloriosa que el mismo templo de Salomon.

Cariñosas bendiciones acogieron á la joven Desposada: las doncellas y las matronas de Nazareth veian en Ella á la

Virgen casta y pudorosa, como Rebeca al comparecer delante de Isaac.

Rodeada de aquellas demostraciones de afecto penetró María en la solitaria habitacion de sus padres, que segun la poética expresion de un historiador sublime, por su tierna sencillez aun estaba impregnada por el aroma de las virtudes de Ana y Joaquin.

---

## LIBRO QUINTO.

MARÍA ESPOSA.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

EL HOGAR DOMÉSTICO.

El humilde hogar de María y José estaba lleno y bendito con la presencia de Dios.

Á los primeros resplandores de la mañana, María abandonaba el lecho y, cayendo de rodillas, murmuraba una oracion en accion de gracias al Dios bueno y misericordioso que le habia permitido conocer un dia nuevo.

Antes de que el sol asomase su frente de oro por encima de las empinadas cumbres del anfiteatro que rodea á Nazareth, y extendiese por el valle sus rayos de fuego, bajaba María al pequeño huerto donde en otro tiempo cogia flores la esposa de Joaquin, para tejer una guirnalda con que engalanar la purísima frente de su Hija.

En el ambiente fresco de la mañana perfumado con el aroma que recogia al agitar con sus alas las copas de los olivares y de los naranjos, parecíale como que respiraba el alien-



to de Dios; y en esa grata y confusa armonía en que prorumpie la naturaleza al sacudir el pesado letargo de la noche, creía percibir algún eco vago y misterioso que respondía á su humilde y fervorosa plegaria.

Séres aun más desvalidos que los pobres habitantes de aquella morada abierta en la roca, venían á extender ante ellos su mano suplicante; y María, cuyas necesidades eran infinitamente menores que su pobreza, encontraba medios de socorrer á aquellos infelices.

Los escasos bienes que habia heredado de sus padres eran poco ménos que improductivos: necesitaban del cultivo del hombre, y ni José podia dedicarse á aquella tarea, ni su salario alcanzaba para aceptar los servicios de manos mercenarias.

No tenían más recursos que el mezquino producto del trabajo personal de José; pero el espíritu de la caridad, cual otra vara de Moisés, sacaría agua de la roca y convertiría en pan las arenas de la playa, para aplacar la sed y el hambre del pobre.

El trabajo santificado por la oración, ennoblecido por la virtud, era manantial inagotable de calma y hasta de felicidad para aquella reducida familia.

Los judíos eran tan amantes de las delicias del hogar doméstico, que querían apartar de ellas todo cuanto pudiera alterarlas: las dulces expansiones del corazón, las inocentes caricias de los hijos, un cuadro inalterable de paz, de unión y de reposo; de esto y de nada más debia ser testigo el techo que abrigaba á un hombre y una mujer.

Cuando cualquiera de estos bienes desaparecía, lo reemplazaba inmediatamente el repudio de la mujer, el divorcio, la disolución completa de la familia.

El hombre cuyo espíritu estuviese amargado por cualquiera de las mil contrariedades que hacen de la vida un continuado suplicio, no habia de entrar en su casa para otra cosa que para demandar consuelo, seguro de que lo encontraria, porque la esposa siempre debia recibir al esposo con la bondad en el corazon y la sonrisa en el semblante.

Todo cuanto pudiera destruir ó amenguar la paz de la familia debia quedar siempre á la puerta del hogar doméstico, sin traspasar nunca los umbrales.

A pesar de su edad avanzada, conservaba José todavía fuerzas bastantes para dedicarse á los rudos trabajos de su oficio de carpintero; pero el espectáculo de aquel trabajo continuo y agobiador podia entristecer el ánimo de María, y José, siguiendo la costumbre de su raza, tenia el taller en un local distinto del que habitaba.

Aun puede descubrirlo el caminante y doblar en él la rodilla ante la majestad imponente de la tradicion.

A unos ciento cincuenta pasos de la casa de Ana y Joaquin, hay una modesta capilla rodeada de ruinas imponentes. El sitio que la capilla ocupa era el taller del esposo de la Virgen. La piedad cristiana erigió en aquel lugar una iglesia espaciosa que en parte fué destruida por los turcos; pero aun resuenan cánticos de alabanza al único y verdadero Dios en aquellos lugares ennoblecidos por el trabajo de José, santificados con la presencia de Jesucristo.

Los habitantes del país los distinguen todavía con el nombre de *tienda de José*.

No es difícil describirla tal como estaba en aquellos tiempos, porque aun en nuestros dias se encuentran muchas semejantes en todo el Oriente.

Era una habitacion baja de diez ó doce piés de ancho y

otro tanto de largo; á la entrada, y por la parte de la calle, habia un banco de piedra, donde podia descansar el viajero á la sombra benéfica de un entoldado, tejido con hojas de palmera.

Allí, el artesano humilde, para cuya grandeza no hubiera bastado el mundo, construia yugos, arados y carros para la labranza; otras veces ayudaba á construir las cabañas del valle, y otras derribaba con el hacha los negros terebintos y los corpulentos sicomoros del monte Carmelo, obteniendo cortísimo salario en cambio de este trabajo rudo, penoso y constante<sup>1</sup>.

Entretanto no estaba ociosa María; la ociosidad era incompatible con el sinnúmero de virtudes que atesoraba aquel corazon, sublime santuario de todas las perfecciones del espíritu.

El privilegio que del mismo Dios habia recibido su inteligencia, para que tambien en esto se distinguiese de las demas mujeres; la educacion escrupulosa y acabada con que esa misma inteligencia se habia perfeccionado, ya en la meditacion de los misterios divinos, ya dejándose arrebatada á inconmensurable altura en alas de la inspiracion arrebatadora de los profetas, ya por la naturaleza de las ocupaciones á que vivió consagrada en el templo, le hacian apreciar las cosas en su verdadero valor, y no lamentarse de la fuga de lo pasado, ni abrigar irrealizables deseos para lo porvenir.

Su modestia incomparable la hacia acatar silenciosa los decretos del Altísimo, y su espíritu de justicia y de pruden-

---

<sup>1</sup> Abate Orsini, *Vida de la Santísima Virgen*. San Ambrosio, *In Luc.*, Lib. III, Cap. II.



cia, haciéndole ver el mundo bajo su verdadero aspecto, la reconcilió fácilmente con su nuevo estado, dándole conformidad para aceptar sin esfuerzo todas las privaciones consiguientes á su pobreza, y todos los deberes que uno y otra le imponian.

Tan luégo como volvió á instalarse en el humilde hogar de sus mayores, aceptó la pobreza y el trabajo como los dones más preciosos de cuantos Dios le pudiera enviar; y la que más adelante habia de manifestarse al mundo como un acabado modelo de perfecciones humanas, comprendió toda la importancia de la mision de que se encarga la mujer cuando liga su destino con los lazos indisolubles del matrimonio, y fué todo lo que debia ser para cumplir dignamente con las obligaciones de su estado.

Olvidándose de los esplendores que la habian rodeado en el templo de Salomon, todo su afan quedó cifrado en vivir con arreglo á su nueva esfera; y la Nieta de David, la Descendiente augusta de tantos reyes, no fué, á la vista de todos, más que la modesta y sencilla hija del pueblo, sin otra corona que ostentar, más que la muy esplendente y seductora con que le ceñia las sienes su virginal pureza.

Quedaron olvidados para siempre los delicados trabajos que le habian ocupado en Jerusalem, y fueron sustituidos por otros más vulgares, ménos gratos y más rudos. María, desde el primer momento, debió consagrarse á esas monótonas ocupaciones propias del hogar doméstico en las familias que carecen de bienes de fortuna, y que de su misma pobreza han de sacar recursos para socorrer á otras todavía más necesitadas.

Ninguna esclava tenia que secundara sus órdenes ó que le ayudase en sus pesadas tareas. Aquellas manos delicadí-

simas, que hasta entónces sólo se habian ejercitado en bordar suaves telas con seda y oro, hubieron de tejer, para el patio del hogar, el toldo, formado de hojas de palmera y de cañas nacidas á la orilla del Jordan sagrado.

Y no era esto sólo: tambien tuvo que moler por Sí misma, valiéndose de un aparato muy en uso entre las mujeres orientales, el trigo y el centeno, cuya áspera y amarillenta harina habia de servirle para amasar un pan de forma redonda y poco abultada.

Estos molinos de mano los habia en todas las casas, y como las costumbres de los tiempos primitivos eran mucho más sencillas que las nuestras, los manejaban indistintamente las esclavas y las señoras.

Los árabes tenian la misma costumbre.

Hay en la Meca una casa magnífica, que se supone haber sido la de Khadydje, y en ella una profundidad donde, segun la tradicion, Fatme, apellidada la Brillante, hija del mismo Mahoma, y esposa de Alí, daba vueltas al molino de mano desde que tuvo la edad necesaria para consagrarse á este ejercicio<sup>1</sup>.

Las mujeres de los sheiks árabes no han desdeñado todavía esta molesta ocupacion.

Santa Radegunda, reina de Francia, á imitacion de la Madre de Jesucristo, molia por sí misma el grano para todo el pan que habia de consumir durante la cuaresma<sup>2</sup>.

Pero volvamos á las ocupaciones de María.

Saliendo de Nazareth, por un estrecho y tortuoso camino, rodeado de nopales y frondosas arboledas, se encuentra una

---

<sup>1</sup> Burckhardt, *Viaje á la Arabia*.

<sup>2</sup> *Historia privada de los franceses*.

fuenta, que se conoce en el país con el nombre de *fuenta de Maria*; allí iba la Esposa de José, cubierta con su blanco velo, á buscar el agua para su casa, llevando sobre la cabeza una especie de vaso ó cántaro grande de forma singular, que todavía emplean para este uso las mujeres de Galilea <sup>1</sup>.

Así iban las mujeres de los patriarcas á lavar sus azules túnicas en las aguas cristalinas de los arroyos, y á buscar el néctar suave para aplacar la sed de sus esposos y de sus hijos.

Las princesas que ha cantado Homero, no se desdijeron de entregarse á esos humildes ejercicios.

En las parábolas de Jesucristo se encuentra más de una alusion á la vida laboriosa de la Virgen María.

El Evangelio nos la retrata como á la mujer cuidadosa que pone la levadura en tres medidas de harina; que se desvela por el aseo de su habitacion, y recompone con singular esmero las prendas de sus humildes vestiduras <sup>2</sup>.

Jesus se inspira en el recuerdo de la pobreza de aquella que limpia cuidadosamente el interior y el exterior del vaso, cuando emplea una metáfora para recomendar la pureza del corazon <sup>3</sup>.

Nos parece evidente que tambien se acuerda de su Madre al elogiar la conducta de la viuda que da la ofrenda, no del sobrante, sino de su propia indigencia.

Así se nos representa la justicia de la pobre mujer del pueblo, pesando con exactitud la lana que va á hilar para

<sup>1</sup> Orsini, *Vida de la Santísima Virgen*.

<sup>2</sup> San Lúcas.

<sup>3</sup> San Lúcas y San Mateo.



ganar su sustento y el de su hijo, y conservándose honrada y justa para con el rico, en medio de la más profunda miseria <sup>1</sup>.

Los israelitas, que se distinguían por su vida metódica, no se sentaban á la mesa sino despues de haber trabajado, y bastante tarde.

Siguiendo esta costumbre, á la hora en que ya los pájaros buscaban sus alegres nidos ocultos entre las ramas, María tendía los manteles sobre una mesa que el mismo José habia labrado, y la cubria con pequeños panes de trigo ó centeno, dátiles, frutas y legumbres, que constituían la modesta y frugal comida de ambos esposos.

Los hebreos eran muy sóbrios; la que hemos descrito solia ser su comida ordinaria, y en tiempos de necesidad ó de guerra sabían darse por satisfechos con pan y agua.

La Hija de Joaquin era tan parca en la comida, que algunos escritores antiguos muy amantes de lo maravilloso, han llegado á sospechar que la alimentaban los ángeles.

A la hora en que José, rendido por la fatiga del trabajo, volvía á su casa para gozar del descanso apetecido, su jóven Compañera, acomodándose á la costumbre inmemorial del pueblo de Israel, le presentaba el agua tibia con que habia de lavarse los piés, y la fria y cristalina para las abluciones que habian de preceder la comida, en un vaso exento de todo contacto inmundo.

Aquel anciano de figura verdaderamente patriarcal, de gravedad religiosa, de modales sencillos y de mirada bondadosa, en la que no habia resplandecido nunca el fuego siniestro de las pasiones; y aquella Mujer tan pura como mo-

---

<sup>1</sup> Orsini, obra citada.

desta, cuya solicitud en servirle era tan tierna como la de la hija más amante, formaban, como dice un historiador, un grupo digno de la edad de oro.

Tal era la calma, la honrada actividad y la pacífica ventura que resplandecía en el hogar doméstico de María y de José.

---

## CAPÍTULO II.

---

### LA ANUNCIACION.

El Autor de la luz y de todo lo creado habia decidido ya cumplir la consoladora promesa que habia hecho á los hombres. Estaban á punto de realizarse las esperanzas que, durante tantos siglos, habia alimentado el pueblo de Israel. Sonó la hora en que debia renovarse la alianza entre Dios y el hombre.

Iba á nacer el Cristo.

Era al caer de la tarde, la hora de solemne misterio en que la naturaleza recoge sus más profundas y graves armonías para saludar con un himno de despedida al sol que corre á ocultarse tras de las erguidas montañas.

Los últimos rayos del astro refulgente, deducidos por las sombras, difundian una luz ténue y suave, incierta y temblorosa en la humilde habitacion donde María saludaba á Dios con sus plegarias fervorosas.

El ángel Gabriel habia descendido al mundo; su breve morada era Galilea.

Absorta se hallaba María en la contemplacion con el rostro vuelto hácia el templo de Jerusalem para que sus súplicas fuesen más eficaces y más gratas á Dios. Tal vez en





LA ESTRELLA DE NAZARETH.



Lit. N. Gonzalez, Madrid

LA PURÍSIMA CONCEPCION.

aquel momento entreveria su espíritu la escala misteriosa de Jacob, y suponía á la humanidad subiendo regenerada por sus peldaños, hasta perderse en las esferas celestiales.

Repentinamente una luz vivísima, pero cuya fuerza de intensidad ántes recreaba que ofendía á la vista; un suave destello de la misma gloria de Dios se extendió por la estancia; vagas y melodiosas armonías resonaron en torno, y un perfume delicado, como nunca se respiró semejante en las anchurosas bóvedas del templo, y como nunca los produjo la feliz Arabia, embalsamó la atmósfera, convirtiendo brevemente en mansion celestial aquel modesto alcázar de la inocencia y de la virtud.

Era que en aquel momento descendía el ángel Gabriel á cumplir la mision consoladora de que habia sido encargado por el mismo Jehová.

Era Gabriel uno de los siete ángeles que asisten á la diestra del Altísimo, y sin embargo, al hallarse en la presencia de María la veneró como á Reina y Señora.

El espíritu angelical que habia tomado la forma de un gentil mancebo, dobló la rodilla prosternándose humildemente ante la Virgen sin mancha.

En aquel momento la vió en posesion de su trono magnífico, dominando á los santos y á la milicia innumerable de ángeles, arcángeles y serafines.

— Salve María, le dijo inclinando su frente luminosa; Tú sola eres llena de gracia; contigo está el Señor, y Tú eres bendita entre todas las de tu sexo.

Al ver María aquel arrogante mensajero que venia á transmitirle órdenes de Dios, segun lo indicaban su misteriosa presencia y su inesperado saludo, experimentó cierto temor vago del cual no seria posible dar una idea.



Aquel temor religioso que se apoderó de Moisés y del cual participaron cien generaciones de judíos, aquel temor de morir ante la presencia de Dios, acaso se apoderó en aquel momento del alma sencilla y religiosa de María.

Quizas tambien, como indica San Ambrosio, su exquisito pudor virginal se alarmó en presencia de aquel sobrenatural mensajero que, como los rayos del sol por entre el cristal, penetraba en la estancia reducida y desierta donde ningun hombre habia penetrado nunca.

Acaso le confundieron la reverente actitud, los tiernos elogios de que el Angel se habia valido para saludarla.

Nosotros no debemos penetrar en el santuario del alma de María para deducir lo que por ella pasaba en tan solemne momento.

El Evangelio dice que María, turbada, procuró, pero en vano, penetrar el objeto de tan asombrosa visita y el sentido que pudiera enseñar aquella misteriosa salutacion.

Conociéndolo el Angel le dijo con acento lleno de dulzura:

— Nada temas, María; has hallado gracia en la presencia de Dios; concebirás en tu seno y darás á luz un Hijo á quien llamarás Jesus. Será grande, y tendrá el nombre de Hijo del Altísimo. Dios le restituirá el trono de su abuelo David; no tendrá fin su reino, y reinará eternamente sobre la casa de Jacob.

Nuevo misterio envolvian las palabras del Angel: la sorpresa de María era cada vez mayor. Aquel título de Madre que se le daba, era irreconciliable con los votos de perpétua castidad que habia hecho hallándose en el templo de Salomon; pero no atreviéndose á negar lo que tenia todas las apariencias de un prodigio divino, y ménos á oponerse á la

voluntad ya manifestada de su Señor, se limitó á decir con sencilla timidez:

— ¿Cómo será eso si yo no conozco varon?

Estas palabras de María no encerraban en manera alguna la duda ofensiva á la Divinidad que han supuesto algunos heresiarcas: solamente deseaba instruirse del modo con que se habia de verificar el milagro; bien meditadas, revelan, segun San Crisóstomo, y la razon lo concibe fácilmente, una admiracion tan profunda como respetuosa, y no una curiosidad fútil y vana.

En estas interpretaciones seguimos la opinion de San Agustin y otros doctores de la Iglesia.

El Angel continuó diciendo:

— Sobre Tí descenderá el Espiritu Santo, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo Fruto que de Tí ha de nacer será llamado el Hijo de Dios.

Entónces, siguiendo la costumbre de todos los mensajeros de Jehová, quiso darle una prueba que confirmase explícitamente la verdad de cuanto le habia dicho; y con voz tan persuasiva como nunca la habian tenido los profetas, le dijo:

— Tu prima Elisabeth ha concebido un hijo á pesar de hallarse en la senectud, y éste es el sexto mes del embarazo de aquella á quien se ha tenido en concepto de estéril. Nada hay imposible para Dios.

María no tuvo otro deseo que el de rendirse á los decretos celestiales; y lo hizo con tanta humildad, que nunca la hubo semejante en corazon humano.

No atreviéndose ni aun á fijar la vista en el mensajero angélico, temiendo que le cegase el resplandor de la gloria divina que irradiaba en su frente, exclamó con voz conmovida:

— Hé aquí la Esclava del Señor: hágase en Mí segun tu palabra.

En seguida desapareció el ángel, y el Verbo se hizo carne en las entrañas de aquella Vírgen, para habitar despues entre nosotros.

Segun la opinion del padre Drexelius, se realizó este misterio en la tarde de un viérnes, que corresponde al veinticinco de Marzo.

De esta manera sencilla al par que sublime, trató el ángel con la segunda Eva los términos en que se debia verificar la grande obra de nuestra redencion.

Desde entónces el mar de Tiberiades pudo enfrenar para siempre sus embravecidas ondas: ya estaba seco el llanto de la Eva primitiva; las aguas del Jordan completarian la obra sublime, lavando con el bautismo la mancha que la primera culpa habia hecho caer sobre toda la humanidad.

¿Qué contraste tan imponente el que ofrecen estas dos madres de los hombres? Eva en el Paraíso, arrebatada por el orgullo, trata con el ángel caído nuestra perdicion; María, en su modesta estancia de Nazareth, trata de nuestra salvacion con el ángel que asiste á la derecha del Altísimo.

Así una simple mortal quedó elevada á la categoría suprema de Madre de Dios.

«No pasemos adelante nuestro misterio; no procuremos inquirir cómo el Espíritu Santo pudo obrar esta maravilla en la Vírgen; esa generacion divina es un abismo tan profundo, que ninguna mirada curiosa puede sondear»<sup>1</sup>.

Algunos doctores y teólogos han sustentado la opinion de que José no era legalmente esposo de María en el momento

---

<sup>1</sup> San Juan Crisóstomo.



de la Encarnacion: que María no habia hecho más que contraer esponsales; pero nosotros no podemos admitirla.

La tradicion y la historia, si ya no lo abonasen piadosos escritores de autoridad reconocida, persuaden de que María, en el instante de la Encarnacion, habitaba en compañía de José.

Dice ademas el Evangelio, que despues de la Anunciacion partió María con toda diligencia á visitar á su prima Elisabeth, y que no fué reconocido su estado hasta que volvia del valle de Hebron.

Ahora bien, si se hubiese hecho pública la maternidad de María ántes de realizarse su matrimonio, ¿qué sospechas ofensivas para su honra no hubieran alimentado los israelitas, ignorantes del alto misterio que en Ella se habia cumplido?

Dios no podia consentir que ni por un instante fuese blanco de la maledicencia Aquella que acababa de elegir para Madre de su Hijo.

Téngase muy presente que para el pueblo hebreo era sagrado el honor de las mujeres, y sólo la sospecha de que María hubiese menospreciado el suyo, hubiera fulminado contra Ella una sentencia de muerte.

David habia profetizado que el nacimiento del Mesías seria puro como un rocío de la aurora. ¿No le alcanzaria alguna mancha si se admitiese la opinion que venimos combatiendo?

La inmensa mayoría de los judíos, y sobre todo los de Nazareth, se mostraron siempre muy hostiles á Jesucristo; ellos por despreciarlo le llamaban el Hijo del carpintero. ¿Con cuánto placer no le hubieran echado en cara la ilegalidad de su nacimiento? El silencio que en este particular

guardó toda Judea, es una prueba más en defensa del alto misterio de la Encarnación.

Pero éstos son pequeños accidentes que en nada alteran al hecho principal; y no es extraño que todos los cristianos proclamen que fué María la más pura y más santa de las vírgenes, cuando así lo reconocen hasta las mismas tradiciones de los musulmanes.

---

## CAPÍTULO III.

## LA VISITACION.

María no ignoraba que nada hay imposible para Dios.

No quiso, pues, como algunos herejes han pretendido, cerciorarse de la verdad de un suceso contrario á las leyes ordinarias de la naturaleza.

No podia sospechar engaño en las palabras del mensajero de Dios.

Partió con toda diligencia á ofrecer sus tiernas felicitaciones á la anciana esposa de Zacarías, porque la caridad ardiente no permite dejar su ejercicio para mañana; porque era buena y agradecida, y no podia olvidar en aquellos momentos á aquellos que habian sido sus segundos padres en las amargas horas de su orfandad.

Quería llevarles no sólo la expresion sincera de su alegría, sino tambien una parte de aquella gracia celestial en que rebosaba su alma desde que sintió en su casto seno al Creador del mundo.

Dos leguas al Sur de Jerusalem, en una poblacion llamada Ain, donde Santa Elena hizo construir un templo, habitaba entónces el pontífice Zacarías.



Cinco dias de marcha en extremo fatigosa separaban á aquella ciudad de Nazareth.

El viajero tiene que atravesar una buena parte de Galilea, la Samaria y casi todas las tierras de Judá. Asperas montañas embarazan el camino; á cada paso está cortado por los torrentes y por insondables precipicios; desaparecen las montañas y se extienden ante la vista sombríos desiertos, donde el fatigado camello no encuentra una gota de agua con que aplacar la sed; muy luégo vuelve á recobrar el país su aspecto duro y salvaje; las montañas amenazan otra vez con sus precipicios, y la abundancia de bosques y de pavorosas grutas naturales, son otras tantas seguras guaridas para los malhechores.

En el tiempo á que nos referimos, los romanos no habian logrado plantear en Palestina todos los beneficios que solian dispensar á las comarcas que conquistaban. Los antiguos caminos, que repararon despues, apénas descubrian festones inciertos, destruidos como estaban por el continuo paso de las caravanas y de los soldados de Herodes que perseguian á los bandoleros.

Cuando la noche se extendia sobre la tierra, era necesario buscar abrigo en algun parador de caravanas, sin más víveres que aquellos que llevase el viajero, sin más comodidades que una miserable estera.

Jerusalen estaba entónces en el apogeo de su grandeza y su civilizacion; los judíos, que desdeñaban el comercio, abrian sus puertas á los traficantes de todas las naciones, y en aquellos humildes albergues de las caravanas se reunia con frecuencia una abigarrada poblacion de egipcios, árabes, armenios y persas, que llevaban á la ciudad santa los ricos productos de sus respectivos países.

Por esta ligera enumeracion de las molestias y peligros que eran consiguientes al viaje desde Nazareth á Jerusalem y Ain, se comprende que no puede ser fundada la opinion de los que han creido que María lo emprendiese sola; la Sagrada Escritura nada dice sobre este particular, y cuando la Escritura calla, el buen sentido debe resolver aquellas cuestiones que no están bajo el dominio exclusivo de la teología.

¿Cómo hubiera sido posible que un hombre tan amante de la virtud y de la inocencia, y tan conocedor de aquellos peligros, consintiese en que los arrostrara sin compañía alguna, una Joven de apenas diez y seis años, hermosa con extremo, educada léjos del mundo, y tímida como la inocencia?

Ademas, los que sostienen la opinion contraria, demuestran conocer muy poco las costumbres orientales. Es menester aguardar el tiempo necesario para que se reúnan tantos viajeros que formen caravana; y estas precauciones, que nadie deja de tomar en toda la Siria, son igualmente necesarias en toda la Palestina, país continuamente abierto á las salvajes correrías de los árabes.

Pues si esto pasaba con los hombres, júzguese si una mujer hebrea podia aventurarse á atravesar, sin respetable escolta, tan larga y tan peligrosa distancia como la que media entre Ain y Nazareth.

Lo natural es que, pues su esposo no podia acompañarla, se reuniese María á algunas de sus parientas que se encaminasen á Jerusalem en compañía de sus esposos y sus criados, lo cual era tanto como viajar con una escolta segura.

Acompañada la encontramos en todos sus viajes, ya en-

caminándose á Jerusalem, ya siguiendo las predicaciones de Jesus, ya pisando las ensangrentadas sendas del Calvario. María no fué sola á ninguna parte: cuando ménos defendida, iba en compañía de las santas mujeres.

Al llégar á la ciudad de Ain se dirigió sin descansar un momento á la casa de Zacarías.

Un sirviente anunció la visita de María, y Elisabeth salió á recibir á su Parienta con grandes demostraciones de regocijo.

Al ver llegar á la venerable esposa del sacerdote, María se inclinó respetuosamente, puso la mano derecha sobre su corazon, y dijo apresurándose á ser la primera en dirigir el saludo:

— La paz sea contigo<sup>1</sup>.

Elisabeth retrocedió un paso ante aquella Criatura predilecta de Dios, quizas para contemplarla en toda su radiante hermosura, que iluminada por la gracia divina, parecia más deslumbradora que nunca.

A la satisfaccion propia de recibir una visita tan grata, de tener á su lado una Criatura tan querida, sucedió una expresion de profundo respeto.

Las facciones de la anciana se fueron iluminando gradualmente: en su interior pasaba algo sobrenatural. Elisabeth estaba conmovida, y no acertaba á corresponder al tierno y afectuoso saludo de la Virgen; mas de pronto descendió sobre su frente el espíritu de la profecía, y exclamó como inspirada:

— ¡Tú eres bendita entre todas las mujeres, y el Fruto de

---

<sup>1</sup> Esta piadosa salutacion, que Jesus empleó con tanta frecuencia, se usa todavía en Oriente.



tu vientre es bendito! ¿A qué debo la felicidad de que venga á visitarme la Madre de mi Señor? Al llegar tu voz á mis oídos, en el momento en que me has saludado, mi hijo se ha estremecido de alegría en mis entrañas; y Tú eres dichosa por haber creído, porque se cumplirá cuanto se te ha dicho de parte del Señor.

María prorumpió en ese cántico suavísimo, primero del Nuevo Testamento, que es conocido con el nombre de *el Magnificat*, y que bastaría por sí solo para orlar la frente del poeta más inspirado:

— «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se trasporta de gozo en Dios mi Salvador;

»Porque ha atendido á la humildad de su Esclava: en adelante me llamarán bienaventurada en toda la serie de los siglos;

»Porque ha obrado en Mí grandes cosas Aquel que es omnipotente, y cuyo nombre es santo.

»Su misericordia se extiende de edad en edad sobre los que le temen.

»Ha desplegado la fuerza de su brazo, y ha disipado á los que se llenaban de orgullo en medio de su corazón.

»Ha arrojado á los grandes de su trono, y ha encumbrado á los humildes.

»Ha llenado de bienes á los que estaban hambrientos, y ha empobrecido á los que estaban ricos.

»Se ha acordado de su misericordia, y ha protegido á Israel, su servidor.

»Segun la promesa hecha á nuestros padres, á Abraham, y á su linaje para siempre.»

Hé aquí cómo la Virgen, favorecida por una luz sobrenatural que disipó todas las nieblas de la inteligencia hu-

mana, abarcó con espíritu profético las antiguas profecías y el cumplimiento exacto que ya habían tenido.

En aquella célebre entrevista, y en aquella conversacion admirable, María y Elisabeth profetizaron ambas, por la virtud del Espíritu Santo, de que estaban llenas, y por el mérito de sus hijos<sup>1</sup>.

Jamas todos los profetas juntos tuvieron vista tan penetrante para traspasar las oscuras sombras de lo porvenir.

La visita cuyos detalles tan pálidamente hemos descrito, pasó á corta distancia de la ciudad de Ain, en la casa de campo á donde Zacarías se retiraba. Alzábase en el fondo de un valle fértil y ameno, que hoy sirve de jardín al pequeño pueblo de San Juan<sup>2</sup>.

Entre el esplendor de aquella magnífica naturaleza, y bajo la augusta bóveda de aquel cielo puro y despejado, pudo la Descendiente de David, dotada de un espíritu profético muy superior al que tenia el ilustre jefe de su familia, embriagarse en la poesía sublime que emanan las obras de Dios, contemplando ya la fecundidad del valle, ya la inmensidad del espacio, ya las varias y siempre magníficas armonías del viento deslizándose por entre los bosques sombríos, ya, en fin, el ronco bramido del mar que debilitaba sus profundos lamentos no léjos de la casa de Zacarías, sobre las playas sonoras de la Siria.

¡Cuántas veces fueron las lágrimas la única forma que para expresarse encontró la admiracion de aquella Virgen tan pura como ingenua!

La contemplacion de la naturaleza era para María el con-

<sup>1</sup> San Ambrosio.

<sup>2</sup> En este sitio se construyó una iglesia, que hoy está completamente arruinada.

ducto misterioso por donde su espíritu se comunicaba incessantemente con Dios.

En la uniformidad con que seguía su marcha la naturaleza, en la voz imponente del trueno, en los rápidos giros de la centella desprendida, en la multitud y magnificencia de los astros, en la augusta y severa soledad de los bosques y de las montañas, en la fertilidad apacible del llano, y en los ecos terribles con que chocaban las olas embravecidas, reconocía la grandeza de Dios.

¿Pero sólo grandeza había que reconocer en el poderoso Dios de los ejércitos, que si algunas veces había dejado sentir los tremendos efectos de su enojo, en cambio había alimentado en el desierto á su pueblo proscrito, y se dignaba renovar con él su santa alianza?

¿Por ventura no igualaba la bondad á la grandeza en el Dios de las justicias y de las misericordias?

¿Quién dotó al hombre con la inestimable prenda del libre albedrío para que pudiera ser árbitro del mal? ¿Quién iluminó su frente de rey con un destello de la razón divina? ¿Quién lo hizo á su imagen y semejanza, y le dió un espíritu inmortal reservándole destinos gloriosos?

¿De qué pura fuente emanan los sentimientos, ese jardín de delicados perfumes que brota en el seno donde se recoge la virtud como en un santuario, y que es el incienso más grato á Dios?

¿Quién ha puesto en el seno de la madre el nutritivo y sabroso néctar, y ha fecundizado la semilla, y ha puesto en los arroyos cristalinas aguas, y ha dado luz al día, sombras á la noche, auras embalsamadas á las selvas, flores al valle y voz imponente y majestuosa al Océano y á la tempestad?

Él ha dado á los brutos ese maravilloso instinto sin el



cual su vida seria como la de la roca, que permanece impasible al embate más fiero de los vendavales.

Él ha dado al mundo la ley prodigiosa del movimiento, comunicándola desde esta masa inmensa de tierra que nos sostiene hasta el insecto más pequeño y despreciable, si pudiera haber algo que mereciera desprecio en la obra magnífica y mil veces sublime de la creacion.

Él cuida con amante solicitud de los séres más desvalidos; por Él la tierna golondrina que en alegre peregrinacion atraviesa los mares y lleva á otras regiones la paz y la alegría del hogar doméstico, encuentra el amante nido que dejó abandonado al sentir las primeras ventiscas de otoño.

Dios es quien abriga en la arena el huevo del avestruz; quien impide que el águila caiga desplomada cuando se duerme suspendida sobre la roca; quien da misteriosa luz á los ojos del buho para que pueda penetrar las densas tinieblas de la noche, y quien proveyó á las aves del magnífico y sorprendente tejido de plumas que no da paso al agua ni al viento, porque corta el uno y hace resbalar la otra.

Admiran los esfuerzos del hombre que salió desnudo de manos de la naturaleza, sin tener dominio sobre sus propios movimientos y sin lenguaje con que expresar sus ideas; y sin embargo, muy en breve, apénas empieza á cobrar el uso de sus facultades, toma parte en el imperio del mundo, dominando con la fuerza y la inteligencia la naturaleza animada y la inanimada.

Maravilla lo mucho que ha adelantado en el camino de su civilizacion, y sorprenden los secretos recónditos que ha arrancado á la ciencia y los inventos que le deben las mismas ciencias y las artes.

Y sin embargo, el hombre no ha inventado nada: el hom-

bre no ha hecho más que combinar, estudiar los efectos de causas que le son completamente desconocidas.

Por esa combinacion y por ese estudio se le erigen estatuas; ¿pero le hubiera sido dado salvar en breves momentos distancias inconmensurables, si un genio superior á la humanidad no hubiese colocado fuerza tan prodigiosa en el vapor comprimido? ¿Hubiera conseguido el alto triunfo de robarle al pensamiento su rapidez, para que por medios mecánicos la palabra que es dicha en el último rincón de Europa, resonase inmediatamente en los más apartados confines de América, si ese mismo genio superior no hubiera dado la primera materia, la electricidad?

No hay grandeza que pueda igualarse con la de Dios. Mejor dicho: fuera de Dios no hay grandeza ninguna.

Cuando María, midiendo la pequeñez de los hombres, contemplaba todos estos prodigios de la Divinidad, invitaba á toda la naturaleza para que, en union al suyo, elevase un cántico de alabanza á su Supremo Hacedor.

Los doctores de la Persia nos han conservado una tradicion tan sencilla como tierna y poética.

Un día, dicen, la Virgen gloriosa puso su mano sobre una flor que los árabes llaman arthenita, y el contacto de su mano purísima comunicó á aquellas delicadas hojas una suave fragancia que desde entónces no ha perdido un solo instante.

¡Cuánta poesía no encierra esta correspondencia misteriosa entre un alma de vírgen y la sencilla flor que adorna y suaviza las ásperas pendientes de la montaña!

No lejos de Ain, el cristiano de Oriente enseña al piadoso peregrino una fuente de riquísimo caudal que fecundiza la comarca con el sobrante de sus aguas cristalinas. Es la

fuente llamada Nephtoa en los tiempos de Josué; á ella encaminaba sus paseos la Madre de Dios, complaciéndose en escuchar los ecos plañideros de sus ondas; la Virgen le comunicó su nombre, y desde entónces se ha llamado *f fuente de María*.

Á espaldas de su quinta habia hecho construir el pontífice hebreo uno de esos jardines deliciosos á que los persas dan el nombre de paraíso, y que los israelitas habian copiado del pueblo de Ciro y de Semíramis. Allí cruzaban su frondoso ramaje los árboles más hermosos de la Palestina; las flores se perdian entre los bosques hundiendo sus raices bajo el lecho de los cristalinos arroyuelos que serpenteaban en todas direcciones, y el aire estaba impregnado de la esencia pura del azahar.

Disfrutando de los encantos de aquella compendiada delicia en esas tardes serenas y apacibles que son tan frecuentes bajo el hermoso cielo de los países orientales, donde parece la noche un trasparente y delicado velo con que se cubre el dia, sentadas á la sombra protectora de los sauces, más de una vez confió Elisabeth á su jóven Parienta los temores que asaltaban á su corazon por la proximidad de un suceso, que si bien tenia para ella todo el encanto sobrenatural de las felicidades largo tiempo suspiradas y tardíamente concedidas, no podia dejar de ser un peligro inminente para su avanzada edad.

¡Con cuánta solicitud no procuraria la casta Doncella desvanecer aquellos fundados temores, y fortalecer al mismo tiempo aquellas halagüeñas esperanzas de una maternidad tanto más dichosa cuanto más tardía!

¡Cuán llena de interes, cuán nutrida de inspiraciones celestiales debia ser la conversacion de aquellas santas mujeres!



Como Eva ántes de ceder á las funestas persuasiones de la serpiente, era la una jóven, sencilla y ajena á toda idea que se relacionase con el mal.

La otra, agobiada con el peso de los años, pero enriquecida con la difícil ciencia del mundo; ambas extremadamente piadosas y objeto de las complacencias de Dios: el seno hasta entónces estéril de la anciana, daba abrigo al que habia de ser profeta y más que profeta; la Jóven fecundizaba en el suyo la semilla bendita de Jehová.

Servíase la comida en el jardín, bajo los árboles emparados, para respirar el aire fresco de la tarde; allí, al débil resplandor de la luna, saboreaban el tierno corderillo alimentado con la aromática yerba de las montañas, el pez que escondia sus escamas de oro entre las algas del río, y el panal de riquísima miel que las officiosas abejas habian extraido del azahar y del romero; despues servian las esclavas en ligeras cestas de mimbres y hojas de palmera dátiles de Jericó, que el mismo dictador romano no se hubiese desdeñado de tener á su mesa, sandías de Egipto, albaricokes de Armenia, y alfónsigos de Alepo. Los criados escanciaban en riquísimos vasos el jugo delicioso de los viñedos de Engaddi, conservados en cubas de piedra por el mayordomo del príncipe de los sacerdotes, y nunca los presentaban á sus amos sin que contrajera sus labios la más halagüeña sonrisa.

María, que era frugal por inclinacion y por costumbre, se daba por satisfecha con algunas frutas y lacticinios, y una taza de agua de la fuente de Nephtoa.

Debemos en este lugar, siguiendo la juiciosa opinion del abate Orsini, refutar el error en que han incurrido algunos autores que, en su deseo de realzar la humildad que siem-

pre adornó á María, no han temido incurrir en la nota de indiscretos, pretendiendo que ejerció para con Elisabeth las funciones de criada, casi de esclava.

Recuérdese que la misma Elisabeth la habia saludado como á la Madre de su Señor, y que la habia puesto muy por encima de todas las hijas de Israel.

¿Cómo habia de consentir que se humillase tanto Aquella á quien tenia en tan elevado concepto?

La elevada gerarquía sacerdotal que ocupaba el esposo de aquella anciana, el rango de su familia, pues descendia de Aldías, padre de la octava familia de sacerdotes, y las comodidades de que vemos rodeada su existencia cuantas veces aparece en la historia, hacen presumir con fundamento que no habia de carecer de criados y esclavos.

Los judíos tuvieron siempre por muy superior á San Juan Bautista, que era hijo de un sacerdote, y menospreciaron á Jesucristo los que no le conocieron como Mesías, sólo porque habia nacido de una oscura Mujer del pueblo.

Pero estas preocupaciones vulgares no se podian extender en manera alguna á la que, conociendo el origen regio de María, conocia tambien su virtud y la insigne preferencia que habia merecido á Dios.

La razon natural persuade de que, cualquiera servicio que la Virgen hubiera podido prestar á Elisabeth, nada tenia de servil, ni traspasaba los límites de esas atenciones cariñosas y delicadas que hubiera tenido con su misma madre, y que son tan comunes entre parientes.

Quizá veia una imágen de sus padres en aquellos venerables ancianos que por tanto tiempo habian protegido su orfandad.

Es muy digno de tenerse en cuenta que Zacarías, que

habia dudado hasta de la palabra de un ángel, no dudó un solo instante de la pureza sin mancha de María.

Debemos creer que iluminó su mente alguna revelacion misteriosa, porque no nos parece auténtica una tradicion recogida entre los habitantes de Oriente, y conservada despues por Orígenes, San Basilio y otros graves autores.

Pretende la tradicion, que hallándose una vez María entre las vírgenes del templo, despues de haber dado á luz á Jesucristo, quisieron los sacerdotes sacarla de aquel sitio, fundándose en que ya no le correspondia; pero Zacarías se opuso enérgicamente, sosteniendo que aquella Mujer no habia dejado de ser vírgen, por cuya razon le mataron los sacerdotes.

Más verosímil parece que este Zacarías de quien habla la tradicion, no fuese el padre del Bautista, sino otro del mismo nombre, hijo de Badaquías, muerto efectivamente entre el templo y el altar, como lo refiere el Evangelio.

Sin embargo, los árabes creen firmemente en la tradicion, y añaden que Zacarías fué colocado en el tronco de un terebinto, y partido en dos, junto con el árbol.

María volvió á Nazareth despues de haber asistido al parto de su prima. Algunos autores niegan este hecho, fundándose en un pasaje del Evangelio de San Lúcas, que no habla del alumbramiento de Elisabeth sino despues del regreso de la Virgen á Galilea; pero estudiado este punto detenidamente, se observa que la razon no es concluyente, porque San Lúcas usa mucho de esas trasposiciones.

Dos ejemplos podemos ofrecer de este estilo. Despues de seguir circunstanciadamente la predicacion del Bautista, y despues tambien de haber anunciado su prision, habla en el versículo siguiente del bautismo de Jesucristo; y no hay



duda de que este hecho fué muy anterior á la prision y muerte del hijo de Zacarías.

El mismo Evangelista describe en magnífico estilo la adoracion de los Santos Reyes, y la relacion que hicieron de su visita, y volviendo luégo sin transicion alguna á la escena suspendida de la adoracion de los pastores, dice cómo se retiraron éstos del establo en que habia nacido el Niño Jesus.

Por estas razones hemos adoptado, como el abate Orsini, la opinion de San Ambrosio.

Se alegan ademas motivos de decoro para justificar la ausencia de María en aquel acto: y los que tal sostienen, se fundan en que las vírgenes se ausentaban por pudor de esta especie de fiestas; pero hay que persuadirse de que, no revelado aun el misterio de la Encarnacion, nadie podia considerar á la Vírgen como nosotros. María, á los ojos de sus parientes, era casada y ademas estaba en cinta. Su virginitad era un secreto, que sólo pertenecia á Ella y á su esposo, y seguramente no hubiera podido servirle de excusa.

Tampoco parece argumento contra nuestra opinion, la cita que se hace de los hábitos de retiro y soledad en que vivia la Vírgen, para deducir que el rumor de las fiestas que, segun costumbre, siguieron al nacimiento del precursor de Jesucristo, la puso en fuga como á una paloma espantada; María no se olvidaba nunca del sentimiento de las conveniencias, y debió permanecer bajo el techo hospitalario de Zacarias mientras Elisabeth no estuvo fuera de peligro.

Despues, huyendo de la admiracion que nunca dejaba de excitar, abandonó las montañas de Judea, y volvió á Nazareth, el lugar de sus inocentes encantos, despues de haber

abrazado y bendecido al que habia de anunciar á los hombres la mision sublime de que estaba encargado el Hijo que llevaba en sus entrañas virginales.

Con toda diligencia fué María á la casa de sus parientes; con lentitud volvió á Galilea.

Quizas como el pájaro marino llevaba el presentimiento de la tempestad.

---

## CAPÍTULO IV.

---

### LOS CELOS.

No costó esfuerzo alguno á María pasar de la abundancia de la casa de Elisabeth á la estrechez y pobreza de la suya.

Recordando aquellas palabras del rey profeta, que dicen: « Todo el honor de la hija de un príncipe consiste en el interior de su casa, » volvió á ser la Joven modesta y sencilla, que consagra al servicio del hogar doméstico toda su inteligencia, toda su actividad, sin que por eso le falte tiempo que dedicar á la oracion y á otros ejercicios piadosos.

Pero la fisonomía de José se iba trocando triste y melancólica; su frente venerable se oscurecia por una negra nube, pálido reflejo de las tempestades que empezaban á levantarse en su corazon.

Aquella alma recta, aquel pensamiento honrado que jamas se habia detenido en la sospecha, que nunca habia concebido del mal ni aun la idea más remota, se sentian lacerados por una duda horrible, espantosa, cruel.

Los celos empezaban á clavar su dardo emponzoñado en el noble corazon del patriarca.



Pero amaba y respetaba demasiado á María para abandonarse locamente á la primera sospecha. El alma tiembla á la idea del desengaño, y huye de él refugiándose de ilusion en ilusion, de esperanza en esperanza, como el general animoso que, aun batiéndose con fuerzas infinitamente superiores, no se entrega á discrecion hasta que ya ha perdido su última etapa.

José conocia á su Esposa, y la juzgaba tan distante del mal como su propia alma y su propio pensamiento.

¿Cómo una Mujer tan casta, tan pura, tan fervorosa, una Mujer en cuyo semblante no se reflejaban sino pensamientos severos, cuya frente estaba rodeada de una aureola en cierto modo divina, que exhalaba un perfume tan delicado como el de la azucena, que reflejaba en todo su Sér la augusta serenidad del cielo bajo el cual habia nacido, podia desmentir tantas pruebas físicas y morales como abogaban en su favor, y desmintiendo su origen, olvidándose de su deber y hasta de Sí misma, podia haber dado ocasion para que el pueblo judío, tan severo con el honor de sus mujeres, pudiera creerse autorizado para imprimir en su rostro un sello de infamia?

Esto no era posible; solamente el infierno podia haber inspirado aquella idea ofensiva, que desechaba José, como los labios piadosos desechan la blasfemia. No pudo, no quiso dar fe al testimonio de sus sentidos.

Pero el tiempo avanzaba, y la evidencia venia con él. Todo Nazareth se apercibió del estado de María. Los parientes y amigos, que ignoraban el casto lazo que unia á los esposos, se apresuraban á felicitar al patriarca por su próxima felicidad, ignorando que en cada palabra de felicitacion, dictada por un corazon ingenuo y sencillo, envolvian un

dardo penetrante para un alma que tan lacerada estaba por sus propias dudas.

Aquellas amistosas felicitaciones desvanecieron su incertidumbre, á la manera que el fervor del rayo desvanece las tinieblas de la noche.

Sumido en los negros abismos de su dolor, y debiendo renunciar á toda esperanza, no sabia qué partido tomar, ni encontraba fórmula conveniente para expresar sus quejas.

La ley le prohibia en términos severos mantener en su casa una mujer adúltera. Salomon habia dicho :

«El que tiene consigo á una mujer adúltera es un insensato.»

Esta sentencia del rey filósofo, que se habia impreso en el corazon del patriarca con caracteres de fuego, le imponia un terrible deber.

El silencio era el deshonor, la infamia.

Pero una palabra imprudentemente vertida jamas se puede recoger, y las consecuencias que produce caen constantemente sobre el corazon, como otras tantas gotas de plomo derretido.

La ley dejaba abierto á José un camino fácil para salvar su honra. Podia repudiar á la Mujer que algunos meses ántes habia solicitado para llamarla su Esposa.

¿Pero podia repudiarla sin dar al pueblo una solemne satisfaccion de los motivos que le impulsaban á romper el lazo matrimonial?

¿De qué hubiese servido el generoso silencio de José? Público era el estado de María, y si su esposo la abandonaba, ese mismo estado seria su más enérgica acusacion.

De todas maneras, el repudio deshonoraba á la Esposa sin poner completamente á salvo el honor del marido.

Porque el pueblo de Judá, que conocia á José como hombre grave y de severas costumbres, no hubiera creido nunca que repudiaba á la Esposa y al Hijo sin poderosas razones, tan poderosas que bastasen á triunfar de la voluntad más firme y de la condicion más noble.

Era aquel un laberinto aun más complicado que el de Creta; cualquiera direccion que tomase le conducia inevitablemente á la muerte ó á la deshonra.

José no acertaba á decidirse en tamaña perplejidad.

En aquellos fatales momentos se manifestó visible la alta prediccion de los decretos celestiales. Unida María á cualquiera otro hombre, su muerte hubiera sido trágica, y acaso su memoria aborrecible; porque los judíos veneraban el honor hasta el fanatismo, y Dine y Tamar con sus historias de dolor y de sangre, eran elocuentes testimonios del extremo á que conducen los celos desbordados.

Salomon habia dicho tambien:

«La pasion de los celos es dura como el infierno, y el marido no perdona en el dia de su venganza.»

Harto conocia Salomon, cuando hablaba así, la condicion del pueblo que le obedecia como rey.

Sin duda que los vínculos fraternales que unian á aquellos esposos bastaban á desarmar el furor de los celos; pero quedaba con sus exigencias amenazador y terrible el honor israelita.

No se podian desvanecer de la misma manera los tormentos que habian de afligir al corazon del padre; no se alejaba el engaño pérfido al hombre honrado que ve burlada su confianza por la persona á quien habia confiado el inestimable tesoro de la honra.

Y sobre todas estas consideraciones habia otra infinita.



mente superior. Era la voz de Jehová gritando con el acento de su profeta:

«Muera de muerte la mujer adúltera.»

¿Con qué hubiera pagado aquel anciano infeliz, al nuevo Daniel que le dijese: Esa Mujer es inocente y pura?

Mas todo era á su alrededor silencio sombrío, mudos testimonios que venian á confirmar sus sospechas: la misma María no habia tenido para él una sola palabra de confianza ó de consuelo.

Destrozaban aquel alma con sus combates las debilidades propias de la humanidad, el sentimiento del deber, y las sutilezas del pundonor.

En lucha tan espantosa, una idea vino á iluminar la mente del patriarca; la acarició con febril deleite y se decidió á realizarla.

Esta idea le imponia un sacrificio doloroso, un sacrificio que podia lastimar su honor, pero en muy diverso sentido, y salvando completamente el de María.

Debia renunciar en un solo momento al aprecio y consideracion conquistados durante una vida entera sin mancha alguna; debia de renunciar tambien al trabajo, que le proporcionaba el pan de cada dia, para ir á buscarlo en lejanos países. No volveria á respirar el aire dulcísimo de la patria, que ensancha el corazon y da fuerzas al anciano para acercarse con paso seguro y espíritu indiferente á la tierra de donde salió, y á donde deben volver sus despojos.

Todo esto era necesario para salvar el honor de una Esposa que, bajo el peso de una sospecha tan cruel, ni aun siquiera intentaba su justificacion.

Este sacrificio de José, era en sí mismo tan grande como el triunfo más glorioso, mejor dicho, era el triunfo comple-

to de la virtud sobre todas las debilidades humanas y todas las consideraciones del mundo.

Expatriándose José, imposibilitaba á su familia para provocar explicaciones, cuyo fin habia de ser necesariamente funesto.

Verdad que de este modo caeria sobre él el peso de la odiosidad comun por el abandono en que dejaba á María; pero su abnegacion le llevaba al martirio, aceptando de antemano las ofensivas calificaciones de esposo y padre desalmado, de hombre sin conciencia de sus deberes, ó sin la virtud necesaria para cumplirlos.

El desprecio de sus parientes, el odio inextinguible de los de María, que á todas partes habia de seguirle con incansable tenacidad, el fallo severo de la opinion pública, todo para él era ménos que la infamia de su Esposa; y no queriendo afligirla con sus miradas, que necesariamente habian de estar llenas de indignacion, resolvió emprender la marcha sin despedirse.

Afirma San Bernardo que José penetró por sí mismo el misterio de la Encarnacion de Jesucristo, y que viendo á María en cinta, y atendida la profunda veneracion que le inspiraba, no dudó un momento de que era la Vírgen milagrosa anunciada por Isaias.

Así lo creyó, dice, y sólo por un sentimiento de humildad y respeto, semejante al que obligó despues á San Pedro á decir: «Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador,» San José, que no era ménos humilde que Pedro, pensó tambien apartarse de la Vírgen, no dudando que llevase en sus entrañas al Salvador de los hombres.

Esta interpretacion se ajusta perfectamente á las ideas ascéticas que dominaban en la edad media, pero está en con-

tradiccion con las costumbres de los hebreos y con el mismo texto evangélico. No sugirió á José la idea de abandonar á María ese sentimiento instintivo de temor religioso que nos obliga á apartarnos con respeto de un objeto sagrado, sino la compasion que le inspiraba y el deber que su honor le imponia de no seguir viviendo bajo un mismo techo con su Esposa, en la suposicion de que fuese Ésta culpable.

¿A dónde iba el anciano? El mismo lo ignoraba; la desesperacion era su guia, y el mundo se le hacia estrecho para su dolor. Pero Dios, que habia sometido al justo á tan dura prueba, no podia apartar de él su mirada bondadosa, y ya habia medido toda la grandeza de su alma al elevarle al honor insigne de ser su representante en la tierra.

Los ángeles esperaban el desenlace del drama doméstico que se estaba desarrollando en la humilde morada de Nazareth; el resultado de aquella lucha interior que conducia al patriarca á los más sublimes extremos del heroismo.

En el momento en que se disponia á abandonar su pueblo, su hogar, su modesto taller, y aquella Esposa amada, que hasta el momento de la primera sospecha le habia brindado con una existencia tan sosegada y feliz, el sueño rindió sus párpados sumiéndole en el lecho de angustia.

Era su sueño agitado como la situacion en que se hallaba su alma; pero de pronto una vision celestial le devolvió la calma perdida, y una voz más suave que todas las armonías de la tierra pronunció estas misteriosas palabras:

— «José hijo de David, no temas conservar á tu lado á María, porque lo que nazca de Ella ha sido formado por virtud del Espíritu Santo; Ella dará á luz un Hijo á quien pondrás el nombre de Jesus, porque será el Salvador de su pueblo librándole de sus pecados.»



Desapareció la vision; José volvió de su pesado sueño, y aun continuaban resonando en sus oídos las consoladoras palabras del enviado de Dios. La revelacion del ángel habia disipado todas sus dudas; adoró los misteriosos designios de la Providencia, y no viendo ya en María más que á la Madre virginal del Mesías prometido, abandonó sus propósitos y volvió la calma á su pecho.

.....

Nos ocupamos de un asunto tan delicado de suyo, que nos parece prudente apoyar nuestras opiniones en otra de autoridad indisputable, que hasta ahora nos ha venido sirviendo de guia. El abate Orsini, que es á quien nos referimos, contradice el dictámen de San Bernardo, inclinándose al de San Crisóstomo, con argumentos de fuerza incontrastable.

«Las palabras del ángel, dice, no tendrían sentido, ó lo tendrían falso, lo cual no es posible, si admitiésemos la hipótesis de San Bernardo. ¿Protesta José de su indignidad en el momento en que adquiere la certidumbre de que María lleva en su seno al mismo Autor de la naturaleza? ¿Expone al ángel sus escrúpulos, que debían ser entónces más fuertes que nunca? ¿Pide que esa causa de honor que le presenta el nuncio celestial pase de él á un mortal más digno? Nada de esto hace: las tempestades de su alma se han aplacado, y goza de aquella calma dulce y profunda que sigue á las grandes borrascas.

»Se presenta la objecion de que los oráculos mesiánicos eran familiares á José como á todos los hebreos; que no ignoraba que estaban cerca los tiempos del Mesías, y que desde luégo debió conocer, teniendo en cuenta la santidad de María, que Ésta llevaba en su seno al Salvador del mun-

do. La inteligencia de las profecías que trataban del misterio de la Redención, no era tan fácil de obtener como se imagina. Sea que las descripciones alegóricas del reino glorioso del Emmanuel de Isaías hubiesen propagado el error en la sinagoga, sea que el espíritu codicioso de los judíos no pudiese remontarse sobre la tierra y lo concretase todo á los bienes temporales, ello es que el pueblo hebreo, aquel pueblo de dura cerviz, habia entrado en un falso camino del cual no queria separarse.

»El Enviado de Dios, el deseado de las naciones, debia ser un legislador, un jefe guerrero, un monarca magnífico y temible como Salomon; los mismos apóstoles se equivocaron largo tiempo acerca de la mision humilde y pacífica del *Rey pobre que pasaba sin hacer ruido*; se les ve lisonjearse con sus sueños dorados y esperar reinos, aun á la vista de la ciudad deicida en donde su Maestro entraba para morir. No sin esfuerzo los volvió nuestro Señor al camino del espiritualismo y pudo rectificar sus ideas, siempre dispuestas á entrar por segunda vez en el estrecho círculo de los bienes materiales y palpables en que les retenian las ilusiones ambiciosas de los doctores y fariseos apegados á la tradicion.

»Si, pues, los apóstoles, esos hombres divinos que fundaron el cristianismo, tuvieron tantos trabajos para despojarse de las preocupaciones de su infancia, siendo así que vivian en medio de los milagros y en la familiaridad del Mesías, ¿cómo José por sí mismo y sin socorro de lo alto lo hubiera hecho? El vestido grosero del artesano tenia poca analogía con la púrpura de los reyes de Judá, y lo que ménos esperaba era que el Mesías naciese del pueblo. Además, Galilea era el último país en que se hubiera pensado. «Leed

la Escritura, decian á los discípulos de Cristo los doctores de la ley, y vereis que nada podemos esperar de parte de Galilea.» En efecto, los profetas habian designado nominativamente á Belen de Judá, Belen la casa del pan, como el lugar del nacimiento del Mesías; y los rabinos comentadores, adelantándose á los profetas, distinguian hasta el barrio de la ciudad en que habia de nacer. José era demasiado humilde para creer que su modesto techo pudiese abrigar tanta grandeza, y el silencio de María tampoco le permitia conjeturar cosa alguna.

» En cuanto al proyecto de restituir la Virgen á sus parientes por puro respeto, como lo pretenden los sabios teólogos que se adhieren á la opinion de San Bernardo, hubiera sido impracticable en una nacion tan recelosa para todo lo relativo al honor de las mujeres.

» María era huérfana, y por lo tanto dependia de sus parientes, que no eran todos de carácter pacífico, y algunos de los cuales quizas no habian aprobado la union de su jóven Parienta con el oscuro nazareno. Es poco probable que se hubiesen contentado con las razones de José, y que hubiesen creído sin nuevos y mejores datos que la Virgen estaba en cinta del *Rey Mesías*.

» Por el contrario, todo induce á la presuncion de que hubieran hecho comparecer al esposo ante el tribunal de los ancianos para obligarle á producir las razones que motivasen su conducta; porque no se trataba solamente de un simple divorcio, sino tambien del estado social del Hijo que llevaba en su vientre María, Mujer jóven, de sangre ilustre, y mal casada en cuanto á fortuna, si contamos los once que segun San Jerónimo se habian disputado el honor de enlazarse con la Heredera de Joaquin.



»De esto hubieran resultado dos hechos graves: ó bien José habria guardado silencio, y entónces se le hubiera condenado á tomar por segunda vez á su Mujer con prohibicion de separarse jamas de Ella, ó hubiera afirmado bajo juramento que el Hijo que llevaba María no era suyo, y entónces aquel Hijo, no reconocido, quedaba inhabilitado para todos los cargos públicos: su nacimiento, manchado en su origen, le prohibia la entrada en las asambleas nacionales, en las escuelas del estado, en el templo y en las sinagogas; su posteridad, heredera de su infamia, no habria sido admitida á gozar de los privilegios de los hebreos hasta la décima generacion; finalmente, se hubiera convertido en un *paria*, sin asilo, sin derechos, sin patria, y la sentencia que hubiese deshonrado á su Madre habria tambien marcado su frente y la de sus hijos con el signo reprobador de Cain.

»Pero nada de esto hubiera sucedido: ántes de consentir esa mancha sobre su genealogía los orgullosos descendientes de David, quizas hubieran inmolado á la Vírgen con sus propias manos. Tales ejemplos no eran raros, y se reproducen todavía en nuestros tiempos, así en la Judea como en la Arabia.

»José era demasiado prudente y humano para colocarse en una ú otra alternativa, y le pareció como siempre, que el partido más generoso seria tambien el mejor. Resolvió, pues, dejar su pueblo y la Esposa amada...

»San Juan Crisóstomo se ha preguntado por qué el ángel del Señor apareció en sueños á José, y no manifestamente como á los pastores, á Zacarías y á la Vírgen. «Es, dice contestándose, porque José tenia mucha fe y ninguna necesidad de otra revelacion más clara. En cuanto á la Vírgen, como se le debian anunciar cosas más grandes y más increíbles

que todo lo que se habia dicho á Zacarías, era preciso que se lo anunciassen ántes de su ejecucion, y por medio de una revelacion manifiesta. Tambien los pastores, como más groseros, tenían necesidad de una vision muy clara. Pero José, habiendo advertido ya el estado de María, *del que concibió* amargas sospechas, y hallándose dispuesto á trocar su dolor en gozo, si alguno se anticipaba á declararle el misterio, recibió con todo su corazon la revelacion del ángel... Esta conducta de la Providencia fué infinitamente sábia, porque sirvió para demostrar la excelencia de la virtud de José, y hacer la historia evangélica más creible, representándole agitado de los mismos sentimientos de que cualquiera hombre hubiera sido susceptible en semejante ocasion. »

---

---

## CAPÍTULO V.

### LA NATIVIDAD.

El pueblo de Israel gemia bajo el yugo opresor del extranjero. Egipto y Siria no eran otra cosa que provincias romanas; Judea pagaba tributos al César, y el rey de los judíos, despojado de toda autoridad, rodeado solamente de la vana aureola de un nombre, arrastraba la cadena del esclavo como el último de sus súbditos, por más que todavía ostentase en la frente una corona que casi le servía de irrisión y de oprobio.

El *imperio impío*, como los israelitas designaban al romano, extendía sus águilas vencedoras por el mundo entero.

Con la opresión habían venido los tiempos en que habían de cumplirse los oráculos referentes al Mesías libertador. Roma había llegado á su apogeo según la profecía de Balaam, y según la de Jacob, el cetro había caído de la rama de Judá, porque quien se sentaba en el débil y vacilante trono de los judíos, era idumeo.

César Augusto, despreciando aquella sombra de dignidad real, mandó practicar en Judea un acto de completa soberanía.



En toda la comarca se publicó un edicto decretando un empadronamiento mucho más circunstanciado que el que se hizo en el sexto consulado de Augusto y Marco Agripa, pues habian de ser comprendidos no solamente las personas, sino tambien los bienes que á cada cual pertenecian, para que hubiese una base cierta de donde partir al fijar la cuota de la servidumbre.

Esta comision se confirió á los gobernadores romanos, y Sexto Saturnino, que lo era del distrito de Siria, dió principio al empadronamiento general por la Fenicia y la Cele-Siria, ricas y populosas comarcas en las cuales se invirtió tanto tiempo como trabajo.

Tres años despues de la fecha del decreto imperial, y despues de haber recorrido todos los reinos y tetrarquías dependientes de la provincia romana, llegaron los oficiales imperiales á la ciudad de Belen.

Los judíos, siguiendo una costumbre que era en ellos tradicional, se hicieron inscribir por tribus y familias.

David habia nacido en Belen, y sus descendientes consideraban aquella pequeña ciudad como si fuese su país nativo y el tronco del árbol de donde procedian.

Allí, pues, se encaminaron todos los de esta descendencia, y allí se reunieron para obedecer humildemente el decreto de César Augusto.

Era la época tristísima de los últimos dias de otoño; el sol, despojado de esa brillantez que ostenta en los países orientales convirtiéndolos en la verdadera fuente de toda luz, se reflejaba débilmente en las nevadas cimas de las montañas de la Judea; la naturaleza parecia envuelta en un sudario de muerte; los árboles levantaban al cielo sus descarnados brazos; las hojas secas rodaban por los valles arran-

cadadas por las heladas ventiscas, y se perdian en el polvo para confundirse con él; no habia una sola flor en los prados, y el aire que se respiraba no recogia otro aroma que el de la tierra húmeda; los rios y los torrentes, aumentando sus caudales con las aguas que las tempestades habian reunido en el seno de las montañas, se desbordaban y se extendian por las llanuras llevando consigo la desolacion y el estrago.

La naturaleza era en aquella estacion la fiel imágen del pueblo israelita: él tambien tuvo su hermosa y deslumbrante primavera cuando gozaba de las preferencias de Jehová; él habia recogido en el estío de la vida la hermosa cosecha de frutos, debidos á la alianza que Dios se habia dignado concederle, y él habia llegado á su otoño despojado por las ventiscas de las pasiones y de la ingratitude, y estaba triste y enervado, y las legiones extranjeras se deramaban por sus campos y sus ciudades, con el mismo estrépito y ruina que los rios y los torrentes por las antes fértiles y risueñas llanuras.

Pero aquel pueblo, que caminaba mustio y abatido bajo el peso de la desolacion y con la vergüenza de la esclavitud, ignoraba que tras de su invierno volveria su primavera... Que ya estaba muy cercana... Que el Mesías iba á nacer, y sonaria muy en breve la hora suprema de la verdadera libertad.

Era una mañana fria y desapacible del mes de Diciembre; corria el año 748 de la fundacion de Roma; el viento norte silbaba con estruendo al penetrar en las profundas cavernas y al quebrarse entre las montañas de roca; pardas y espesas nubes flotaban en el espacio, mensajeras de las nieves de invierno.

Un humilde artesano calzábbase las sandalias de viaje, y ayudaba á una Mujer á montar en la humilde cabalgadura que todavía es preferida en las regiones de Oriente.

Ambos parecian obedecer á la ley imperiosa de la necesidad, poniéndose en camino en un dia tan desapacible, y en una ocasion tan inoportuna, porque la Mujer, que era jóven, estaba muy adelantada en su embarazo.

El artesano era viejo y caminaba á pié, llevando la cabalgadura del diestro, y apoyándose en el báculo del peregrino.

De la silla del gallardo animal que montaba la Jóven, pendian una cantimplora con vino, una vasija de tierra de Ramla, para sacar agua de las fuentes y cisternas que encontrasen en el camino, y un cestillo de hojas de palmera, lleno de pan de centeno, dátiles y frutas secas, únicas provisiones que la pobreza habia permitido reunir para el viaje.

El viajero llevaba sobre sus espaldas su modesto equipaje y el de su jóven Compañera, é iba envuelto en su manto de piel de cabra.

Eran María y José, que se disponian á cumplir con las órdenes del César.

De este modo salieron de su humilde casa de Nazareth; sus parientes les despidieron con afecto, y atravesando las desiertas y tortuosas calles, se alejaron lentamente de la ciudad.

¿Quién hubiera podido reconocer en ellos á los descendientes de los poderosos príncipes de Judá? ¿Quién hubiera adivinado en su modesto porte al padre adoptivo y á la Madre natural del único y verdadero Dios, hecho hombre para redimir al mundo?

¡Cuántas molestias no debió sufrir María en aquel viaje



triste y peligroso, emprendido en una estacion rigorosa, por un país como la Palestina, y hallándose tan próxima á su dichoso alumbramiento!

Sus labios no murmuraron una sola queja; su corazon, acostumbrado á obedecer, no latió ni más apresurado ni más lento que de costumbre, y por su mente no pasó una sola idea hostil á la dominacion del extranjero que á tales peligros la exponia, y á tantos sinsabores la sujetaba.

Aquella Mujer, jóven, tierna y sencilla, aunque con toda la delicadeza propia de su sexo, tenia un espíritu firme y valiente, bastante elevado para no envanecerse con las grandezas, para moderarse en la alegría, y para no abatirse en el infortunio.

Quizas José, cuando pensativo y silencioso adelantaba en el tortuoso camino que habia de conducirlos á Belen, pensaba en la dicha que el cielo le habia dispensado, eligiéndole para padre adoptivo del Salvador del mundo, y dirigiendo sus ojos á aquella parte del horizonte que le ocultaba la modesta ciudad donde habia de buscar hospedaje para él y su candorosa Compañera, repetia en su corazon aquellas inspiradas palabras de Miqueas:

«Tú, Belen, llamada *Ephrata*, eres pequeña entre las ciudades de Judá; pero de tí saldrá Aquel que debe reinar en Israel, y cuya generacion tuvo principio desde la eternidad.»

Y completaria sus piadosas reflexiones con este recuerdo de Isaías:

«El se elevará delante del Señor, como vástago que sale de una tierra seca; está sin hermosura, sin esplendor... ¡Nos ha parecido un objeto de desprecio, el último de los hombres!»

Y armonizando el patriarca estas palabras proféticas con la extremada pobreza de su viaje, empezaban á ser perceptibles para su mente los altos designios que Dios abrigaba respecto de su Enviado.

Despues de una marcha penosa de cinco dias, los viajeros empezaron á distinguir la ciudad de los reyes, dibujándose confusamente entre las colinas.

Aquella era Belen, cuyo nombre lo habia recibido del mismo Abraham, trocándolo más tarde por el de la esposa de Caleb, para que no se confundiese con la otra Belen de la tribu de Zabulon. Belen, el tesoro inestimable de la tribu de Judá; la ciudad de David, donde el rey profeta habia guardado sus rebaños; la cuna de Abissan, Elimelec, Obed, Jessé y Booz.

En los alrededores de la ciudad destinada á ser la cuna del Mesías, la naturaleza habia mudado de aspecto, y parecia haberse vestido sus mejores galas para hacer á los viajeros ilustres un recibimiento digno y alegre.

Por las pintorescas colinas se extendian verdes y escalonados viñedos, bosques de robustas encinas, y ancianos olivares que acababan de dar su fruto.

De todos los confines de la Judea se dirigian á la ciudad alegres caravanas á quienes reunia en Belen el decreto del César. Allí empezaba á ser todo vida y animacion, como ántes habia sido soledad y silencio.

Multitud de camellos montados por mujeres que ceñian sus talles con la encendida púrpura y cubrian sus rostros con velos de virginal blancura; caballos árabes, rivales del viento en la ligereza, en los que lucian su intrepidez jóvenes ginetes vestidos con el deslumbrante traje de los distintos pueblos orientales; ancianos que cabalgaban pausadamente

en blancas y esbeltas pollinas, sosteniendo graves conversaciones con los antiguos jueces de Israel, y pobres y cansados peregrinos, solos con su desesperacion ó su tristeza, se encaminaban á la ciudad de David, ya ocupada por otros viajeros más diligentes ó más experimentados.

En lo alto de una colina, y entre el fondo oscuro de un bosque de olivas, se alzaba un edificio de blancas paredes y de forma cuadrada, muy parecido á los grandes paradores de Persia.

Agitábase en confuso torbellino por el patio de entrada una muchedumbre inmensa de esclavos y criados, los unos conduciendo los equipajes de los viajeros que acababan de llegar, los otros encaminándose á preparar las habitaciones ya alquiladas, los otros, en fin, llevando provisiones á la cocina. Allí se hablaban todos los idiomas de aquella vasta region recientemente sometida al imperio romano, se confundian los trajes diferentes de diez pueblos, y se daban al aire los cantos populares de diversas naciones que no eran hermanas, aunque todas las cubria un mismo cielo y la suerte las encadenaba á una misma servidumbre.

José iba confiado en la costumbre del país, y se dirigió á aquel edificio esperando que le seria fácil de alquilar una de las pequeñas celdas en que se dividia, y que no era lícito negar á nadie que la pidiese estando desocupada.

Pero era ya demasiado tarde: en la posada no cabian ya tantos mercaderes y tantos peregrinos. Quizas á fuerza de oro hubiera podido conseguir un aposento cualquiera; mas la pobreza no puede obrar semejantes milagros, ni los posaderos tienen por costumbre servir á quien no les paga espléndidamente y por adelantado.

Triste y pensativo volvió José al lado de María sin atre-



verse á darle la nueva de que en la posada de Belen no habia para ellos alojamiento. Se estremecia al pensar que aquella J6ven tan tierna y tan delicada por su estado y por su naturaleza, habia de quedar expuesta á las inclemencias de la intemperie en una estacion tan rigorosa como la que se atravesaba, y revolvia en su imaginacion mil pensamientos para hallar un medio de proporcionarle algun abrigo por escaso y miserable que fuese.

Pero en Belen no tenia amigos; la ciudad estaba llena de forasteros, y aunque hubiese encontrado quien le cediera una habitacion, su extremada pobreza no le hubiera permitido alquilarla.

El patriarca levantaba fervorosamente sus ojos al cielo, pidiéndole una inspiracion capaz de sacarle de situacion tan angustiosa; pero el cielo no se dignaba disipar las tinieblas de su mente con un rayo de luz.

Era preciso que se cumpliesen los misteriosos decretos del Altísimo respecto al nacimiento del Mesías.

María observó la confusion y tristeza en que se hallaba su esposo, y con esa delicadeza exquisita que sólo cabe en un alma verdaderamente elevada, procuró tranquilizarle con una sonrisa dulce y afectuosa, en la cual brillaba la resignacion como un destello de la gloria divina.

Los esposos no cambiaron una sola palabra; diéronse á entender con el elocuente lenguaje de los ojos que ambos sabrian resignarse con la voluntad de Dios, y tomando José las riendas de la cabalgadura continuaron su triste y ya cansado camino.

Cruzaron á la ventura las calles y plazas de la ciudad, animados por una esperanza débil y remota que al cabo se convirtió en amarguísimo desengaño. Ninguno de los dos

sentia sus propias molestias, pero pensaba sin cesar en las de su compañero. José, creyéndose fuerte para sufrirlas todas, hubiera aumentado las suyas muy gustoso á trueque de proporcionar algun descanso á aquel Sér cuya debilidad le entristecia; la Vírgen se hubiera sacrificado á su vez porque despues de tan largo y tan penoso viaje encontrase alguna comodidad el venerable anciano, cuyas fuerzas estaban tan debilitadas por las fatigas del trabajo y la mano destructora del tiempo, que ya le iba acercando hácia el sepulcro.

¡Cuántas puertas vieron abrirse al llamar á ellas los extranjeros de brillante comitiva, y cuántas se cerraron al paso de los pobres peregrinos!

María se esforzaba porque su rostro conservase la tranquilidad, tan necesaria para que no desmayase el poco valor que ya le restaba á José; pero las molestias que sufría eran superiores á los esfuerzos de su voluntad, y se iba poniendo cada vez más pálida, así como José más agobiado.

Aquella triste y dolorida pareja no inspiraba compasion alguna á sus compatriotas. La sórdida avaricia, la impía indiferencia, no tenían una mirada de simpatía para aquel cuadro sencillo y conmovedor.

La noche avanzaba seguida de su espantoso séquito de horrores; la noche debía ser imponente y terrible en aquella soledad, en aquel abandono á que los condenaban su propia pobreza y la glacial indiferencia de sus semejantes.

Cuanto más pasaban las horas, ménos se podia abrigar la esperanza de hallar en la ciudad un asilo cualquiera. ¿Pero á dónde encaminarian sus pasos? ¿Irian á pedir á las fieras lo que les habian negado los hombres? ¿Seria el campo más piadoso que la ciudad?

Sí; el Dios que cuida de que las aves tengan su nido, no podía negar un refugio á aquellas sus criaturas predilectas.

José y María abandonaron la ciudad ingrata donde se habia mecido la cuna de sus regios ascendientes, y se la negaba aunque pobre y humilde á Aquel que habia de ser el último y más grande de todos los reyes de Judá.

No sabian á dónde dirigirse; y dejándose conducir por la suerte, mejor diríamos por la mano de Dios, vagaron por los alrededores de la ciudad, á favor de la incierta luz del crepúsculo, estremeciéndose á cada paso con los penetrantes chillidos de los hambrientos chacales, impacientes por lanzarse á devorar su presa.

No léjos de la ciudad inhospitalaria y hácia la parte del Mediodía, distinguieron una oscura caverna abierta por la naturaleza al pié de una roca. La entrada miraba al Norte, y angostándose hácia el centro proporcionaba á los pastores de las cercanías un establo no muy abrigado ni aun para el objeto, donde podian encerrar sus ganados y defenderlos de los rigores de la estacion y de las garras de las fieras ávidas de sangre.

El Autor de todo lo creado, al descender al mundo para redimir á los hombres, buscaba su primer asilo en las entrañas de la naturaleza.

María y José cayeron de rodillas y dieron gracias al cielo que al fin les deparaba aquel abrigo.

Cumplido este piadoso deber, María, apoyándose en el brazo del patriarca, fué á sentarse en una roca desnuda, oculta en lo más profundo de la cueva.

«Allí, sobre aquella piedra fria, en el momento en que las estrellas marcaban la media noche, la Virgen pura é ino-



cente dió á luz sin socorro y sin dolores á un Sér tierno, paciente, misericordioso como Ella, sabio, fuerte, poderoso y eterno como Dios; el *Schilo* de Jacob, el Mesías de los oráculos, el Cristo de los cristianos; Aquel á quien David llamaba *su Señor*, y á quien los ángeles adoran en lo más alto de los cielos cubriéndose el rostro con sus alas. El Redentor del género humano, que ni aun tenia como Moisés una cuna de mimbres, fué acostado en un pesebre sobre un puñado de paja húmeda, providencialmente olvidada por algun conductor de camellos del Egipto ó de la Siria, que se apresuró á partir ántes del alba.

»Dios proveyó al nacimiento de su Hijo único, como provee á los nidos de las aves del cielo»<sup>1</sup>.

Así se cumplieron las brillantes predicciones de Isaías, de que por tantos siglos estuvo pendiente el pueblo de Israel; así se hizo carne el Verbo Divino, para reparar las faltas en que habia incurrido la carne. Del fondo de aquella oscura caverna brotó el foco de la verdadera luz, que extendiéndose por el mundo cada dia más intensa y más brillante, disipa las tinieblas del error, y permite al hombre distinguir el sendero que ha de conducirle á sus inmortales destinos.

El cielo quiso eternizar la memoria de aquel fausto suceso con inauditos prodigios.

En aquella noche florecieron las agostadas viñas de Engaddi, y sus verdes pámpanos se extendieron por la tierra cuajados de racimos, con el símbolo misterioso de la sangre regeneradora que se habia de derramar en el Calvario.

El templo de la Paz, que pregonaba en Roma las excelencias de la política prudente del primer Augusto, se des-

<sup>1</sup> Orsini, obra citada.

plomó sobre sus cimientos. La paz estaba rota; el mundo iba á presenciar una lucha tremenda, y al mismo tiempo sublime.

No se iban á disputar imperios; no se trataba de derrocar efímeros tronos, ni de improvisar conquistadores que encadenasen los pueblos á sus carros de triunfo.

Era que dos civilizaciones se iban á disputar el imperio del mundo. La una tenia en su favor todo el poder incontrastable de los Césares, todo el prestigio irresistible del pueblo romano: la otra nacia en un establo humilde y miserable; su ejército se habia de reducir á una docena de oscuros y humildes hombres del pueblo; su enseña seria la verdad, sus armas la palabra, su influencia la humildad, y sus glorias el martirio.

Pero no: su gloria era más grande y su triunfo más completo; no habian de detenerse en la tumba, ni limitarse á abrir en la historia una página de oro para satisfacer la vanidad de un nombre.

Inútiles fueron las más sangrientas persecuciones para la Iglesia naciente; el poder de los Césares se derrocó como antiguo edificio carcomido por la mano implacable del tiempo; desvaneciése el esplendor romano como el humo en el aire; la verdad se fué extendiendo de una en otra por todas las esferas sociales, á la manera que el sol, al aparecer en Oriente, va inundando con sus rayos primeros las erguidas montañas, y despues los valles más profundos.

Pasaron los siglos, y la verdad no pasó; siglos pasarán y la verdad continuará con ellos su su carrera triunfante, hasta tener levantado un templo en cada corazon.

Continuaron los prodigios; los oráculos enmudecieron; el nacimiento de Jesus fué una sentencia de proscripción para

aquellas divinidades paganas. El error habia de quedar confundido para siempre.

Un gran poeta, un hombre privilegiado en cuya frente las espesas nieblas de Albion no pudieron oscurecer la llama deslumbradora del genio, ha cantado aquellos prodigios con inspiracion sublime, con voz conmovida por la imponente solemnidad del sentimiento religioso.

«Los oráculos enmudecen, ha dicho; ninguna voz, ningun murmullo siniestro hace resonar palabras de falsa bajo las bóvedas de los templos; Apolo, abandonando con un grito de desesperacion la sagrada colina de Delfos, no puede ya pronosticar lo futuro. Ya el sacerdote de espantados ojos no experimenta éxtasis nocturnos; ya no recibe secreta inspiracion al salir de la caverna profunda.

»En las simas de las montañas solitarias y en toda la extension de las murmuradoras riberas, no se oyen más que llantos y lamentaciones. El genio se ve forzado á alejarse suspirando de las fuentes y de los valles que habitaba rodeado de los macilentos chopos, y las ninfas, despojadas de sus guirnaldas de flores, gimen á la sombra de los espesos matorrales.

»Los Lares y los Larvas dejan oír sus quejas nocturnas en las tierras consagradas y en el recinto de los santos hogares. Las urnas y los altares exhalan quejidos lúgubres y debilitados que hacen estremecer á los flámines encargados de su servicio, y el mármol helado parece cubrirse de sudor, miéntras que las deidades abandonan el ara.

»Peor y Baal huyen de sus templos sombríos con el dios arrojado de la Palestina. Astaroth, bajo el nombre de la luna, á un tiempo reina y madre del cielo, no volvió á brillar rodeada del santo resplandor de las antorchas. El



Hammon de la Libia oculta sus cuernos, y las hijas de Tiro lloran en vano su herido Thammuz.

» El sombrío Molok huye dejando en la sombra su ídolo reducido á negros carbones; en vano el bélico rumor de los instrumentos y los ecos terribles de la danza llaman al rey feroz cerca de un horno candente. Los dioses del Nilo, que pertenecen á la raza de los brutos, se alejan tambien con rapidez, y el perro Annubis sigue á Isis y á Osiris <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Milton, *Paraiso perdido*.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

---

# PARTE SEGUNDA.

EL IMPERIO IMPÍO.

---

## LIBRO PRIMERO.

EL PODER DE ROMA.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

JULIO CÉSAR.

Hemos hablado por incidencia del imperio á que los hebreos daban el nombre de *impío*, y hemos indicado tambien la esclavitud que padecia el pueblo de Israel, anunciada por antiguos profetas, en expiacion de los crímenes que habian provocado el rompimiento de la santa alianza.

Los extranjeros se paseaban como señores por la tierra de promision; los falsos ídolos se alzaban enfrente del templo de Jerusalem; el pueblo israelita no tenia un solo caudillo que le condujese á la victoria, y sin embargo, confiando en la voz inspirada de sus profetas, esperaban la hora suprema de la libertad.

Interpretando torcidamente el texto de las Sagradas Es-



crituras, volvía los ojos á Belen de Judá, esperando que allí habia de nacer el Caudillo libertador que hiciese morder el polvo á las triunfantes legiones de César.

Este Caudillo engalanado con la regia púrpura, ceñida á su frente la bruñida diadema y blandiendo en la diestra la espada centelleante del guerrero, habia de reunir millares de combatientes, y bajar desde la cumbre del monte Thabor derramándose por los valles como embravecido torrente, sembrando donde quiera la desolacion y el estrago, y aumentando las ondas del mar con la sangre de los opresores, que habia de correr en tanta abundancia como el sudor de los oprimidos.

Así se restablecería el trono victorioso de David, y al rodar el último ídolo del gentilismo romano, quedaria asegurada para siempre la libertad de Israel.

Tal era la idea que una falsa tradicion habia hecho concebir á los hebreos del Mesías prometido.

Roma se burlaba de aquellas preocupaciones, y cada vez hacia más ostentoso alarde de su poder y de su grandeza.

Sin embargo, el poder de la antigua república empezaba á debilitarse bajo el golpe terrible de los tiranos; el pueblo se resignaba á ver su soberanía en manos de los dictadores; y aquel senado tan poderoso, tan ilustrado, tan independiente, que supo fundar el imperio de la ley y extender la civilizacion desde el Capitolio hasta los últimos confines del Asia, no era ya más que una pálida sombra de su brillante pasado.

Un hombre singular, dotado á un mismo tiempo de todas las virtudes y todos los vicios de su época; grande lo mismo en la prosperidad que en la desgracia, en la magnanimidad y en el crimen; audaz aventurero que habia conseguido ha-

cer de la fortuna su primera esclava; conocedor profundo del corazón humano; político perspicaz; legislador severo y militar valiente, había recogido en su mano poderosa los brillantes despojos de la república romana, para constituir un nuevo cuerpo social que obedeciese á sus órdenes y no careciese de energía para dictarlas al mundo.

Este hombre era Cayo Julio César.

Llamado por su nacimiento á ocupar los primeros puestos del estado, y fortalecido por la osadía, su ambición no encontró valladar alguno donde detenerse.

Aconsejado por sus ambiciosos proyectos casó con Cornelia, hija de Cinna el dictador, y la repudió despues por sugeriones de Sila. El escándalo le obligó á salir de Roma; pero el pretor de Asia tendió una mano protectora al expatriado brindándole con el mando de una flota para poner sitio á Mitelena. Allí alcanzó César sus primeros triunfos, y desde entónces fueron innumerables los laureles que conquistó en los campos de batalla; laureles que compitieron dignamente en sus sienes con los del tribuno, los del hombre de estado y los del historiador.

Sus soldados le amaban hasta el fanatismo; el pueblo, seducido por sus prodigalidades, le tributaba un culto semejante al de los dioses.

Puso en España su planta vencedora; volvió á Roma, y fué nombrado cónsul. Empezaba á realizar sus sueños de grandeza; pero se interponia Pompeyo como un obstáculo insuperable, y para allanarlo le concedió la mano de su hija Julia.

Venció á los helvéticos y dominó á los galos; pasó el Rhin humillando las legiones bárbaras; plantó las águilas de Roma en el áspero suelo de Bretaña; formó triunvirato con

Pompeyo y Craso; pero los ambiciosos romanos no se podían contener dentro de los límites de la prudencia. Muertos Craso y Julia, únicas prendas de concordia entre los orgullosos triunviros Pompeyo y César, abandonándose á su antigua rivalidad se odiaron de muerte.

En vano procuró Pompeyo, envidioso de los triunfos de César, llevar al consulado sus enemigos; en vano arrancó al senado un decreto mandándole abandonar el ejército y resignar el mando de las Galias. César era demasiado altivo para doblar su frente ante el golpe que pretendia herirle. Llegó á Rávena al frente de una sola legion, y contestó á los mensajeros del senado que estaba pronto á obedecer si la destitucion alcanzaba á Pompeyo. Este fué nombrado jefe supremo del ejército de la república, y César declarado traidor á la patria.

Tampoco se abatió César, y resistió con las armas abandonándose á su fortuna, al prorumpir en aquella célebre frase:

— « La suerte está echada. »

Pasó con su ejército el Rubicon, el año 49 ántes de Jesucristo; llegó á Rímíni, y su osadía produjo tanta consternacion en Roma, que Pompeyo abandonó la ciudad, seguido de los cónsules y principales senadores.

El pueblo recibió á César con entusiastas aclamaciones, y él se aprovechó oportunamente de aquel frenesí para convertirlo en su esclavo. Pompeyo en tanto, repuesto de su sorpresa, y retirado en las provincias occidentales, reunió todas las legiones de cuya fidelidad estaba seguro.

César, dejando á Marco Antonio el cuidado de la defensa de Italia, derrotó en España á los partidarios de Pompeyo, y de regreso á Roma, el pretor Lépido le nombró dictador



por su propia autoridad. Al mismo tiempo el pueblo le confería el consulado.

Era necesario acabar de una vez con la guerra civil que debilitaba más cada día las fuerzas del imperio, y César salió en persecucion de Pompeyo que se hallaba en Grecia; pero una tempestad y desgraciados encuentros con las naves enemigas desbarataron su flota.

Esta desgracia obligó á César á reunirse con su lugarteniente Antonio, que debia llevarle nuevas legiones, y como no tenia bajeles de que disponer, ni tiempo para buscarlos, se embarcó en una lancha pescadora, desafiando la furia de la tempestad.

El débil esquife, arrebatado por las embravecidas olas como una pluma por el viento, amenazaba zozobrar á cada instante. El pescador que lo conducia, no pudiendo dominar el terror, apénas acertaba á manejar el remo. César estaba impasible: parecia el genio de las aguas, que con sólo extender la mano podia aplacar el furor del terrible elemento: no veia otra cosa que la grandiosidad de sus proyectos, y las promesas lisonjeras de su esperanza: temió que el miedo del pescador le fuese más funesto que la tempestad misma, y volviéndose á él, le dijo con voz imponente:

— ¡No temas nada! Llevas á César y su fortuna.

La fortuna no fué sorda á aquella invocacion atrevida. César consiguió reunirse con Antonio, y poco despues triunfaba definitivamente de Pompeyo en la sangrienta jornada de Pharsalia.

Elegido nuevamente dictador, venció en Asia y Africa los últimos restos del partido pompeyano, y su vida continuó siendo una serie no interrumpida de triunfos, á los que correspondió la patria dándole de por vida la investidura de

dictador. Los romanos levantaron gustosos la tiranía sobre los restos envilecidos de su grandeza republicana; los más altos poderes, los derechos más sagrados se arrastraron por el suelo para servir á César de alfombra.

Aquellos patricios se avergonzaban de rendir tan humilde culto á un hombre como ellos, y para disculpar tanta debilidad á sus propios ojos, quisieron persuadirse de que era un dios, ó poco ménos, el objeto de su servilismo.

En el Capitolio, y frente á la estatua de Júpiter, se levantó la de aquel hombre, con una inscripcion que decia:

— «A César, semidios.»

Allí se le prodigaron honores divinos, con el nombre de Júpiter Julio, y tuvo altares, templos y sacerdotes.

Su dictadura fué tan fuerte como ilustrada. La base de su política consistia en ganarse amigos, y en proteger el desarrollo de todos los intereses morales de la república.

Despreciaba tan profundamente la degradacion de que habian dado muestras casi todos los poderes públicos, que en las más árduas determinaciones rara vez consultaba al senado, y sólo cumplia con este deber cuando le repugnaba aceptar para sí solo la responsabilidad de sus actos, ó buscaba una especie de sancion legal para sus propias debilidades.

Para su ambicion gigante era círculo estrecho la dictadura, y algunos historiadores han pretendido que llegó á deliberar sobre si debería ceñirse la corona de rey. Aspiracion mezquina para la grandeza de aquella alma, que en tan altas empresas se habia acreditado.

No carece de fundamento la acusacion. Cierta dia que se hallaba presenciando los juegos públicos en su silla de oro, Marco Antonio le presentó una corona real. César dirigió

al pueblo una mirada indagadora, y viendo que su silencio manifestaba el disgusto de que estaba poseído, rechazó la corona, y el pueblo aplaudió con frenesí.

Nunca habia gozado César como hasta entónces del favor popular; su poder habia llegado al apogeo; la dignidad real no era para él más que un vano título, por cierto muy pequeño comparado con su grandeza; se le habian dado los nombres de emperador y padre de la patria; sus altos hechos, su política prudente, su sábia administracion, sus leyes protectoras y sus trabajos literarios, le habian asegurado la inmortalidad; pero aquella fortuna próspera que le acompañaba en la barca del pescador, empezaba á desviarse de él, y muy pronto habia de condenarle á perpétua ruina.



---

## CAPÍTULO II.

---

### UNA ESPOSA FIEL Y UN AMIGO TRAIDOR.

Las virtudes cívicas, que en otro tiempo formaron la grandeza de la señora del mundo, aun se abrigaban en algunos corazones romanos.

El severo Caton no podia ver con calma la grandeza del dictador y la decadencia de la república. Otro hombre, que daba en su corazon alimento al deseo de la venganza para satisfacer mezquinos resentimientos personales, afectando amor á la libertad y odio á la tiranía, cuando realmente á quien odiaba era al tirano Casio; que no podia perdonar á César, ni las preferencias que habia dado á Bruto, ni el haberle usurpado unos canes que tenia en Megara para sus juegos predilectos, procuraba incesantemente excitar en secreto los ánimos contra el dictador. Llegó á proponer una conjuracion á sus amigos; pero éstos no la aceptaron sin la condicion de que Marco Bruto se pusiese á la cabeza.

Era Marco Bruto un jóven en quien la república tenia fundadas las esperanzas más lisonjeras. Su carácter se distinguia por la noble y fiera austeridad de los antiguos patricios; habia educado su razon en los más severos princí-

pios de la filosofía, y blasonaba de contar en su linaje heroes que habian castigado con la muerte las usurpaciones de los tiranos.

César le distinguia con su cariño, y el pueblo con su veneracion. Las muchas preferencias con que le habia honrado el dictador se achacaban á vínculos más estrechos que los de la amistad, recordando que ántes de nacer Bruto, el amor habia reunido en relaciones adúlteras á su madre Servilia y al vencedor de Pompeyo.

Quizas esta sospecha era fundada: quizas la sangre de César corria por las venas de Bruto; pero éste, como todo fanático, no veia más que al opresor y á la libertad oprimida. Los inmensos beneficios que César habia prodigado á Roma, la gloria inmarcesible que habia conquistado para las águilas del imperio, no compensaban en el ánimo de Bruto la violacion de las antiguas instituciones de la república. Bruto veia un senado envilecido, y queria devolverle su prestigio y su autoridad; veia un pueblo arrastrándose á las plantas del tirano, y aspiraba á devolverle su independencia y su soberanía.

Casio y Caton, ayudados por sus amigos, cuidaban maliciosamente de fomentar estas ideas hasta la exaltacion; los viles aduladores de César se encargaron de lo demas.

Por donde quiera que iba Bruto oia una voz misteriosa que le gritaba: ¡Adelante! Parecia que las mismas estatuas se animaban para avergonzarle de su apatía.

Al pié de la de aquel Bruto su abuelo, que en otro tiempo habia abolido la monarquía con el puñal, aparecieron dos pasquines. En el uno estaban escritas estas palabras:

— «¡Bruto! ¡Pluguiera á Dios que aun vivieses!»

El otro decia:

— «¡Bruto! ¿Por qué has dejado de vivir?»

En el mismo tribunal en que Bruto administraba justicia como pretor urbano, encontraba centenares de billetes en que la república le reconvenía y le censuraba por su indiferencia.

— «Tú duermes, Bruto.»

— «Tú no tienes derecho á llamarte Bruto.»

Por otra parte, las estatuas de César amanecían diariamente orladas con coronas reales, esperando por este medio sus aduladores hacer simpático al pueblo el proyecto de investirle con la dignidad real.

No pudiendo resistir Bruto á tantas excitaciones, á tantos estímulos, oyendo la voz de su conciencia y convencido de que los dioses le habian destinado para restituir á Roma sus libertades perdidas, se olvidó de César y de los muchos beneficios que le debía, no vió en él más que el tirano de su patria, y se decidió á proteger con su nombre y ayudar con sus esfuerzos la conjuracion que el ofendido Casio deseaba con impaciencia.

Todos los conjurados, algunos de los cuales eran deudos á César de cuanto poseían, creyeron santificada su obra con la autoridad y el prestigio de Bruto.

Los conspiradores no hicieron ningun juramento ni empeñaron su fe en presencia de los sacrificios sagrados; pero guardaron tanto el secreto, que á pesar de las advertencias que hicieron los dioses por medio de predicciones y otros prodigios, tales como ciertas señales extrañas en las víctimas, nadie sospechó que se conspiraba contra la vida de César.

Los más ilustres, virtuosos y magnánimos personajes de Roma, habian confiado su suerte en manos de Bruto. El jó-



ven patricio se sentia halagado por aquellas pruebas de confianza, y sólo esperaba la ocasion de corresponder á ellas dignamente. La misma grandeza del peligro le seducia.

Se señaló para la ejecucion del proyecto el dia 15 de Marzo, en que César debia asistir á la sesion del senado. Para alejar sospechas, debian hallarse todos reunidos entre los principales personajes de Roma, quienes, lograda la empresa, no dejarian de declararse defensores de la libertad.

El lugar señalado parecia elegido por los dioses. Era uno de los pórticos que rodeaban el teatro, en el cual se hallaba el salon de los sillones, en cuyo centro se alzaba la estatua que Roma habia erigido á Pompeyo.

Llegado el dia fatal, Bruto, ocultando el puñal bajo la toga, salió de su casa sin confiar á nadie el secreto más que á Porcia su mujer. Los demas conjurados, despues de haber acompañado al foro al hijo de Casio para que tomase el traje viril, entraron en el pórtico de Pompeyo y esperaron la llegada de César.

Algunos accidentes ocurrieron que hacian sospechar con algun fundamento que se hubiese descubierto el complot; pero los conjurados no perdieron la serenidad ni la confianza. Sin embargo, aunque nadie poseia su secreto, aunque nadie hubiera podido determinar el crimen que se proyectaba, ni ménos señalar individualmente á los conspiradores, una vaga sospecha abrigaban las personas más adictas al emperador, y dieron la voz de alerta contra un peligro y unos enemigos que inútilmente hubieran procurado conocer.

El alma generosa de César no podia dar crédito á aquellas advertencias de la lealtad: sus amigos procuraban convencerle para que desistiera de ir al senado; pero él les echó

en cara sus femeniles temores; pidió el manto y las demas insignias de su autoridad suprema, y se dispuso á partir sin tomar precaucion alguna que le pusiera á cubierto del puñal de los asesinos.

En aquel momento entró precipitadamente en la estancia su esposa Calpurnia, con el pañuelo suelto y mal prendida la túnica; el horror se retrataba en su semblante, y la angustia oprimia su corazon.

La noble matrona se arrojó á las plantas de César, besó sus rodillas, bañó con sus lágrimas los piés del heroe, y conjurándole por los manes de sus antepasados y por los dioses tutelares que presidian su destino, le rogó por él y por la república que, ántes que ir al senado en dia de tanto horror como ella lo imaginaba, derramara hasta la última gota de la sangre de su esposa.

— ¿Qué horrible secreto me ocultais, y qué catástrofe temeis? Preguntó César cansado ya de las importunidades de que era objeto. ¿Por qué la esposa que me ama y el amigo cuya fidelidad he puesto á prueba, quieren hacerme participar de temores indignos de la plebe? ¿Pensais que César puede temblar ante el vano fantasma de un temor indeterminado? ¿Tan ajeno soy á los peligros y tan acostumbrado estoy á mirarlos desde léjos, que deba hacerme temblar como á un niño el que nadie sabe si lo teme con fundamento? Llora tú, Calpurnia, en buen hora: las lágrimas no infaman el rostro de la mujer; pero César se debe á la patria, y César irá al senado.

— No, mis lágrimas no me deshonran: porque en estos momentos, léjos de ultrajar, defienden los sagrados derechos de la patria; si los galos se dispusiesen á recobrar la independencia que tú les arrebatastes; si los bárbaros pasasen

el Rhin, ó negasen los tributos que deben á Roma aquellos de tus esclavos que se abrasan bajo los rayos del sol asiático, y yo viéndote marchar á la pelea llorase temiendo perder á un esposo querido, mi debilidad me haria indigna de llamarme esposa del César y de que Roma preparase sepultura para mis despojos; pero yo quiero que salvándote salves á la patria. Yo no puedo indicarte el peligro, pero estoy segura de que te amenaza. Julio, sé dócil al presentimiento de una mujer amante; padre de la patria, guárdate para ella y no vayas hoy al senado.

— ¡Deliras! Exclamó César. ¿Qué se diria de mí si cediese á una vana supersticion?

— No, no; te engañas... No cedo yo tampoco á una supersticion vulgar indigna de nosotros; pero los mortales no podemos penetrar los designios de los dioses, y ellos han hablado con su elocuencia poderosa.

— ¿Qué han dicho los augures?

— Nada determinado, pero lo bastante para temer un peligro inminente. Yo he tenido sueños espantosos en los que he visto derribadas las estatuas de nuestros dioses tutelares que ocultaban su cabeza entre las ondas de un lago de sangre; el humo cárdeno que se alzaba de aquella aterradora superficie llegaba hasta tí, que estabas suspendido sobre el abismo de la roca Tarpeya.

— ¿Y qué?... Prosigue...

— No quise dar crédito á sueño tan espantoso, no quise abandonarme á una indigna supersticion, y mandé consultar los oráculos...

— ¿Y ellos te han dicho?...

— Nada que sea terminante, pero sí lo necesario para hacerme esperar alguna desgracia próxima. O han perma-



necido mudos ó han empleado un lenguaje vago, misterioso y lúgubre como el bramido del mar alterado por la tempestad, que sólo anuncia al marino los horrores que le esperan.

— En ese caso...

César permaneció un momento pensativo: las palabras de Calpurnia, de la mujer que le amaba con todo su corazón, le habían hecho vacilar... Además, sería locura oponerse á la voluntad de los dioses: yendo al senado contra el consejo de los augures, desafiaba su cólera y se exponía á la venganza.

Calpurnia aprovechó la indecision de César para conmovérle con sus súplicas y su llanto. El dictador, tan acostumbrado á vencer, no pudo resistir á los ruegos de una mujer débil, pero enamorada, y desabrochándose el manto y dándosele á uno de sus secretarios, dijo:

— Me quedo. Aplácese la asamblea para otro día.

Entónces Décimo Bruto, que era uno de los conjurados, traidor que disfrutaba de toda la confianza de César y que le debía sin número de beneficios, temiendo que se malograra el golpe si se dejaba para otra ocasion, ó que se divulgara el secreto si los conjurados llegaban á temer que César sospechaba la trama infucua que contra él se habia urdido, le dijo con vigoroso acento:

— ¡Y es César, el orgulloso vencedor de las Galias, el rival afortunado de Pompeyo, el dominador del mundo, el hombre á quien veo temblar como una tímida doncella? ¿Es posible que por una vana supersticion se olviden los más graves negocios del estado, y acaso malogres tu deseo, que es el de Roma entera? ¿Qué han dicho los augures? ¿Qué fúnebre profecía les han inspirado los dioses?

Calpurnia, iluminada por ese admirable instinto, que es á veces en la mujer tan poderoso como el espíritu profético, temió la funesta elocuencia de aquel cortesano, é interponiéndose entre su esposo y aquel demonio tentador, procuró arrastrar á César hácia las habitaciones interiores; pero el dictador se desprendió dulcemente de sus brazos, é imponiéndole silencio con ademan suave, pero imperativo, continuó escuchando las palabras engañosas de Décimo Bruto.

— Sí, César, continuó éste: ese temor es indigno de tí, y ofende á la patria. ¿Qué diría el pueblo, que te adora como á un dios, si te viese temblar como un niño? ¿No deseas tú más que nadie vengar la derrota de Craso? ¿No están irritados sus manes con la apatía de Roma? ¿No te ha pedido venganza la sombra del héroe? ¿No se la has jurado mil veces?

— ¡Sí! ¡Sí!

— Pues esta es la ocasion de cumplir tu juramento. El senado te dará los subsidios necesarios para la guerra; pero no ignoras que la paz tiene muchos partidarios en la república, y que espíritus débiles consideran peligrosa para las águilas romanas la guerra en aquellas apartadas regiones donde Craso fué vencido.

— Es verdad, exclamó César, comprendiendo que la oportunidad es la mitad del triunfo.

— Pues bien: esos partidarios de la paz que se agitan y son poderosos, continuó Décimo Bruto, podrán influir en el senado en perjuicio de tus intereses, y bien sabes que el senado no tiene voluntad propia.

— ¿Y qué puede importarme su resolución? Exclamó César con arrogancia. ¿Qué respeto ha de inspirarme un se-

nado que tantas veces he visto á mis plantas? ¿Hay por ventura en Roma quien ose oponerse á la voluntad de César?

— Esa confianza ha solido perder á los más poderosos... César, no confies demasiado en tu fortuna.

— Ella me protegerá.

— O te volverá la espalda. El pueblo es inconstante en sus afectos: ya empieza á olvidar tus beneficios, y se inclinará hácia el lado de quien mejor le pague. El senado está envilecido, él lo conoce, y ayudará á quien le prometa reconquistarle un tanto de su grandeza pasada. Los republicanos...

— No los temo: todos ellos me deben algun beneficio; todos ellos me han adulado.

— Quizas para adormecerte mejor.

Décimo Bruto engañaba á César con la verdad.

— Ahora puedes decir mejor que nunca: «La suerte está echada.» Hoy vences, ó, no lo dudes, serás vencido.

Calpurnia, cuyos sentimientos no podian halagar las palabras de Décimo, sintió impulsos de señalarle como el primero entre los pérfidos y los traidores; pero no tenia pruebas para acusarle, como no fuese la prevencion con que le miraba su instinto, y permaneció callada, esperando con mortal ansiedad la resolucion de César. Éste, cada vez más atento á las palabras de Bruto, parecia estimularle con sus miradas como si esperase el último argumento para decidirse.

Bruto lo comprendió, y dirigió sus dardos á la fibra más sensible del corazon de César.

— Bien lo sabes, dijo; el temor puede costarte una corona, y no hay en el mundo hombre más digno de ceñirla á



sus sienes. Los augures han dicho, no de esa manera vaga, insuficiente para justificar los temores de Calpurnia, sino clara y terminantemente, con el acento imperioso de la verdad, y así está escrito en el libro de las Sibilas, que ningun patricio romano, por alto y poderoso que sea, puede conquistar en Oriente los triunfos que tú ambicionas. Un rey ha de ser quien venza á los parthos. ¿Se aplacarán los manes de Craso venciendo á los que ocasionaron su ruina? Pues ven á ceñirte la diadema real. El senado te espera para proclamarte rey de las provincias extranjeras. Empieza por ahí, y pronto verás alzado tu trono real en el mismo Capitolio. Ven: mañana acaso sea demasiado tarde.

Estas palabras produjeron en César un efecto mágico. En vano la desolada Calpurnia, comprendiendo toda su falacia, quiso destruirlo con sus lágrimas amantes, é intentó cerrar el paso á su marido: César la rechazó suavemente, y tomando el manto de manos de su secretario, se envolvió en él, diciendo:

— La supersticion es indigna de mí, y mañana puede ser tarde... Vamos al senado.

### CAPÍTULO III.

#### LA MUERTE DE CÉSAR.

El dictador montó en su litera, y llegó al palacio del teatro, en medio de las aclamaciones del pueblo.

Algunos amigos fieles hicieron llegar á sus manos billetes en que se le advertía que un peligro inminente le amenazaba; pero precisado á corresponder á las frenéticas aclamaciones de la multitud, no tuvo tiempo de leerlos, y sin abrirlos siquiera los entregó á sus secretarios.

El pórtico de Pompeyo, donde debía celebrarse la sesión, estaba lleno de senadores, ya impacientes por la tardanza de César; el pueblo se agrupaba en el lugar que tenía señalado para asistir á las deliberaciones, y todos se preguntaban en voz baja, como presintiendo algún mal seguro, la causa de aquel retraso, tan ajeno á las costumbres del dictador.

En vano procuraban los conjurados disimular la turbación, el sobresalto de que estaban poseídos; en cuantas personas pasaban por su lado veían otros tantos delatores, y en cada palabra que les dirigían los senadores y los tribunos

creían adivinar una alusión irónica al crimen que proyectaban.

No faltó entre ellos quien aconsejase la fuga, como único medio de salvación, persuadido de que la tardanza de César era indicio seguro de que había descubierto el complot, y estaba dictando órdenes de proscripción y de muerte contra los conjurados.

Faltó poco para que el miedo destruyese en un instante la obra en que por tanto tiempo habían venido trabajando la ingratitud y la traición por una parte, por otra el amor ardiente á la libertad.

Sin embargo, la historia les debe la justicia de confesar, que esos espíritus temerosos fueron los ménos. Varios de los conjurados que eran pretores, estuvieron impasibles administrando justicia, sin revelar en su semblante la menor señal de que se hallaban iniciados en el secreto de la gran tragedia que se iba á representar, y cuya catástrofe temían que fuese también inesperada para ellos.

Uno de los que se habían acercado á pedir justicia al tribunal de los pretores, creyéndose lastimado en su derecho por la sentencia, indicó que apelaría ante César. Marco Bruto le contestó con fría impasibilidad:

— César no me ha impedido nunca que haga justicia, y nunca me lo impedirá.

Como sucede en tales momentos, la mirada más indiferente, la palabra ménos intencionada, levantaba una acusación terrible en la conciencia de cada uno. El hombre que medita un crimen, que aguarda impaciente la ocasión de consumarlo, se figura que tiene el pecho de cristal ó que lleva en la frente un letrero denunciador.

Habiéndose acercado un senador á Casca, que era entre



los conjurados de los más comprometidos, le estrechó la mano misteriosamente diciéndole:

— Casca, me has ocultado tu secreto; pero Bruto me lo ha dicho todo.

Casca no pudo disimular su sorpresa ni encontró una sola palabra que contestar, confirmando con su silencio la sospecha que pudiera abrigar el senador que le había interpelado.

Otro senador llamado Pompilio, después de saludar afectuosamente á Bruto y Casio, les dijo al oído:

— Pido á los dioses que coronen con éxito feliz el proyecto que meditaís; pero os aconsejo que apresureis la ejecución, porque ya no es secreto el asunto.

Dichas estas palabras se alejó de ellos, dejándoles la convicción íntima de que se había descubierto la conjuración.

Por la frente siempre serena de Bruto cruzó una ligerísima nube de desconfianza; pero comprendiendo que si él se abatía, que si los conjurados llegaban á apercibirse de sus temores todo se había perdido en aquel momento, procuró recobrarle, y logró que sus amigos no se apercibieran de aquella turbación momentánea.

Nunca como entónces se había manifestado tan grande el alma de Bruto; jamás hombre alguno había demostrado tanto valor para el sacrificio ni tanta fuerza de voluntad.

Al hacerse jefe de la conjuración no había procedido como otros, ni impulsado por el deseo de mejorar su fortuna, ni movido por la envidia, ni cegado por la ingratitud.

La fama de sus grandes virtudes le había conquistado el segundo puesto en el imperio; y si ménos impaciente por asegurar el triunfo de la libertad ó más experimentado en los azares de la política, hubiera dejado al tiempo el cuida-

do de debilitar el poder y el prestigio de que gozaba César, habria sido muy en breve el primero entre los romanos, y habria visto restaurada la república tal como deseaba su patriotismo, sin que le hubiera manchado el rostro la sangre de su protector y su amigo, quizas de su padre.

Bruto no desconocia los beneficios de que era deudor á César; pero odiaba la tiranía: sus amigos le pedian la libertad de Roma; él los juzgaba intérpretes de los sentimientos del pueblo; creia que las aclamaciones de que era objeto César significaban tanto como el desahogo de una plebe envilecida que no titubea en vender sus aplausos. Ya lo hemos dicho: Bruto era el fanático que no cree en nada más que en la idea productora de su fanatismo.

Pero su corazon mantenía una lucha espantosa. Su fuerza inquebrantable de voluntad, le permitía aparecer sereno ante las miradas indiscretas de los extraños; mas cuando léjos de importunos testigos podia abandonarse á sus sombríos pensamientos, daba señales evidentes de la mortal inquietud en que se hallaba su espíritu.

Esta inquietud le hacia á veces despertarse sobresaltado, y quedar sumido durante largas horas de insomnio en profundas meditaciones, midiendo todas las dificultades, no los riesgos de la empresa á que se habia comprometido.

Porcia, su mujer, se apercibió muy luégo de que revolvía en su mente algun plan importante y al mismo tiempo terrible.

Orgullosa como lo estaba por llevar en sus venas la sangre ilustre del severo Caton; considerándose bastante fuerte para guardar el secreto más importante, tomó á agravio la reserva de su marido; pero, sin embargo, no quiso demostrar su impaciencia ni manifestar curiosidad alguna, remi-

tiendo á una prueba irrecusable la seguridad de que era digna de la confianza de Bruto.

Tomó una cuchilla de las que se servian en Roma los barberos para cortar las uñas, y habiendo despedido á todas las doncellas de su servicio, se hirió en una vena, de modo que en poco tiempo perdió gran cantidad de sangre, y muy luégo fué presa de vivísimos dolores y de una violenta fiebre acompañada de convulsiones horribles.

Bruto llegó á tiempo de presenciar aquel espectáculo horroroso, y temió por la vida de su mujer. Entónces Porcia, incorporándose trabajosamente en el lecho, y con voz desfallecida, pero tan enérgica como lo permitia su estado, le dijo:

— Bruto, soy hija de Caton: he entrado en tu casa, no sólo para ser tu compañera en la mesa y en el lecho como una concubina, sino tambien para partir contigo los bienes y los males. Desde que nos casamos no me has dado motivo alguno de queja; mas yo, ¿qué prueba puedo darte de mi reconocimiento y de mi ternura, si me crees incapaz de soportar contigo las consecuencias de un secreto, y no merezco la confianza que exige la fidelidad? Bien sé que generalmente se juzga á la mujer muy débil para guardar un secreto; pero la buena educacion y el trato con las personas virtuosas ejercen alguna influencia en los caracteres. Soy á la vez hija de Caton y mujer de Bruto; sin embargo, esta doble calidad no me garantiza el ser invencible para el dolor.

Calló Porcia, y para dar un testimonio elocuente de la sinceridad de sus palabras, enseñó á Bruto la herida, y le instruyó de la varonil firmeza con que habia soportado los dolores físicos, que con tanta facilidad arrancan quejidos al alma.



Orgullosa Bruto con la fortuna de ser marido de mujer tan heroica, alzó sus brazos al cielo pidiendo á los dioses el éxito feliz de su empresa, para hacerse aun más digno del amor de Porcia, y desde aquel momento le confió el secreto que tanto y tan cuidadosamente le habia ocultado.

Ya hemos dicho que Bruto era el único de los conjurados que no se dejaba abatir por el temor en los momentos supremos en que la tardanza de César autorizaba para creer que el peligro era próximo é inevitable.

Ademas de las misteriosas palabras que Pompilio habia murmurado á su oido, recibió un mensaje que hubiera bastado por sí solo para justificar la más grande turbacion.

Uno de sus esclavos vino á anunciarle que Porcia estaba moribunda. La inquietud en que la tenia el éxito de la empresa en que se habia arrojado su marido, la impaciencia por averiguar lo que sucedia, le habian llevado á las puertas del sepulcro: un grito lanzado en la calle á la ventura, el murmullo más leve de los que el viento recogia en sus alas, la hacian estremecer, y semejante á aquellas mujeres que se sentian poseidas del furor de las bacantes, abandonaba el lecho, salia de su estancia, ponía en la calle misma la planta temeraria, sin que bastasen á contenerla las juiciosas reflexiones de sus domésticos; y sin comprender que aquellas señales de sobrenatural impaciencia hubieran bastado para comprometer á Bruto, preguntaba á cuantos venian del foro, y enviaba repetidos mensajes para tener á cada instante noticias de su marido.

Tan grande agitacion, tan dolorosa incertidumbre, la redujeron á tal grado de postracion, que ni aun siquiera pudo volver á su estancia: al sentarse en el atrio de su casa para esperar la vuelta de un mensajero, cayó sin sentido; pero

la tierna solicitud de sus domésticos consiguió devolverle el conocimiento.

Esta noticia causó á Bruto profunda emocion. El amor que profesaba á su esposa le exigia volar á su casa para salvarla, ó al ménos para recoger su último suspiro; pero su patriotismo era superior á toda consideracion humana; el interes de la patria se sobreponia á cualquiera otro interes, y devorando los más vivos sentimientos de su alma, permaneció en el senado.

El rumor de las aclamaciones populares, que cada vez se iban acercando más al augusto edificio, anunció al fin la llegada de César.

El dictador apareció con rostro sereno, aunque en realidad muy preocupado con las tristes predicciones de los augures. Probablemente nada temia por su vida; pero estaba resuelto á no abordar en aquella ocasion asunto alguno de importancia, y proponer al senado que aplazase para otro dia sus deliberaciones.

Apénas descendió de la litera y entró en el atrio de Pompeyo, los senadores se pusieron de pié y saludaron con reverencias profundas á aquel á quien habian dado el grato nombre de padre de la patria; el pueblo aplaudió con entusiasmo, y los tribunos se preparaban á pronunciar en su honor entusiastas discursos.

Pompilio se acercó á César, le habló misteriosamente, y á todos pareció que César le prestaba mucha atencion. Los conjurados temieron que estaban siendo víctimas de una delacion infame; pero Pompilio se retiró besando la mano del dictador, y éste se adelantó hasta la estatua de Pompeyo, saludando con su acostumbrada amabilidad, lo mismo á los francos amigos que á los enemigos encubiertos.

Evidentemente Pompilio no le habia hablado de la conjuración.

Entónces, segun lo que se habia convenido de antemano, se llegó á César Tulio Cimber, y afectando humildad, le pidió que levantase el destierro que pesaba sobre su hermano.

César no se manifestó muy dispuesto á acceder á sus súplicas, y los conjurados las apoyaron besándole en el pecho y en la cabeza.

César se levantó para rechazar con la fuerza á aquellos importunos, y entónces Tulio, cogiéndole la toga con ambas manos, le descubrió el cuello.

Era la señal convenida.

Inmediatamente Casca, que estaba detras de César, desnudó su puñal y asestó el golpe, causándole una herida poco profunda.

César, volviéndose inmediatamente, desnudó la espada y exclamó en idioma latino:

— ¿Qué has hecho, malvado Casca?

Este, dirigiéndose á su hermano, cruzó con él algunas palabras en griego pidiéndole que le ayudase. Inmediatamente todos los conjurados blandieron sus armas sobre el pecho desprevenido de César. El dictador les resistia valerosamente; mas al pasear una mirada á su alrededor, buscando en vano quien le diese socorro entre aquella muchedumbre de personajes á quienes tenia sobrecogidos el horror de la trágica escena, se encontró con el semblante impasible de Bruto, y vió que aquel hombre, objeto de sus cariñosas preferencias, tambien levantaba sobre su pecho el puñal homicida.

Entónces, no pudiendo resistir al horror de aquella ini-



quidad; no queriendo ser testigo de la enorme ingratitud de Bruto, y renunciando á una vida que habia sido tan fecunda para el pueblo romano, exclamó con acento indefinible:

— ¿Tú tambien, Bruto?

Y cubriéndose el rostro con el manto, se abandonó al furor de los asesinos.

En aquellos momentos de confusion en que todos se hallaban bajo el peso del crimen de que habian sido testigos, nadie podia calcular la extension de los planes que abrigan los conjurados. Nadie pensó más que en la salvacion propia, y todos se agrupaban á las puertas del edificio temiendo que no les alcanzase el tiempo para salir.

Bruto, lanzándose en medio de aquella atolondrada muchedumbre, quiso detener y tranquilizar á los senadores; pero el espanto daba alas á los más tímidos.

El pueblo, que ya tenia noticia de la catástrofe, pedia á grandes voces venganza contra los asesinos de César.

En vano Bruto y sus cómplices, al retirarse al Capitolio con las manos tintas en sangre, mostraban los puñales desnudos para despertar en los ciudadanos el ya dormido amor á la libertad.

Pasados los primeros momentos de angustia y de confusion en que hasta el más humilde y miserable esclavo temió por su vida, los senadores se dirigieron al Capitolio para conferenciar con los conjurados. El pueblo los siguió, y Bruto les dirigió una arenga acomodada á las circunstancias. El pueblo aplaudió á Bruto y pidió que él y sus amigos saliesen del Capitolio.

Animados con estas muestras de aprobacion se dirigieron al foro seguidos de la plebe; Cimna cometió la imprudencia de desatarse en invectivas contra César, y sublevándose de

repente el amor que el pueblo profesaba al tirano, estuvo á punto de arrancarle la vida.

Bruto y sus amigos temieron ser víctimas del furor popular, y regresaron al Capitolio.

Marco Antonio, cuya existencia habia estado amenazada al mismo tiempo que la de César, envió un hijo suyo al Capitolio para que sirviese de rehenes á los conjurados, y valiéndose de su autoridad y de su prestigio consiguió calmar las pasiones populares.

Reunido el senado en el templo de la Tierra, decretó una amnistía general por iniciativa de Ciceron; y ya parecia conjurado todo peligro, cuando nuevos desmanes del pueblo en venganza de la muerte de César obligaron á Bruto y sus cómplices á abandonar á Roma.

Però no era el pueblo quien habia de vengar al dictador. El ánimo generoso de Bruto destruyó para siempre la república allí donde pretendia restaurarla. Un jóven débil y enfermizo, pero dotado de gran corazon y de alma destinada á realizar grandes empresas, extendia su brazo vengador sobre Roma, y al borde de la tumba de César echaba los primeros cimientos de un trono que ya no habia de desaparecer sino al mismo tiempo que la nacionalidad romana.

---

## CAPÍTULO IV.

---

### EL VENGADOR DE CÉSAR.

Nadie sospechaba en Roma que la venganza hubiese de seguir tan de cerca al crimen.

Cayo Julio César Octaviano, hijo de Cayo Octavio y de Aecia, hermana de César, era de pequeña estatura y de constitucion tan delicada, que se le creyó incapaz de seguir á su tío en las guerras contra Pompeyo. Reservándole sus parientes para otros destinos, le dieron esmerada educacion literaria, y hallábase en Epira cuando tuvo noticia del trágico fin de César.

En vano su madre le aconsejaba que esperase un momento favorable, procurando hacerle temer el puñal de Bruto. Octavio se dispuso á recoger la herencia de su tío, y poniéndose al frente de los veteranos de César, que fueron á su encuentro, se dirigió á Roma resuelto á tomar la venganza que se proponia.

Nadie podia adivinar en aquel jóven de diez y nueve años al futuro dominador del mundo. Aquellos cuyos intereses podia perjudicar su atrevimiento, le recibieron sin desconfianza.



Octavio, conociendo cuánto urgen los instantes en tales ocasiones, hizo que solemnemente le fuese reconocida la sucesion de César. Marco Antonio, ofendido de la arrogancia de aquel niño, que le pedia los tesoros del dictador, prohibió que se le nombrase tribuno; pero Octavio, dando muestras precoces de su gran talento político, supo ganarse con dádivas hasta aquellos republicanos á quienes habia horrorizado la tiranía de César, y empezaban á ver con disgusto la de Antonio, no creyéndose seguros con la proteccion del senado. Les hizo comprender que Antonio era el enemigo común, y los dispuso en su favor, convirtiéndoles en dóciles instrumentos de sus planes.

Merced á sus liberalidades, consiguió formar tres poderosas legiones de veteranos, y atraerse dos de las que Antonio habia hecho venir de Macedonia para arrojar á Bruto de la Galia Cisalpina.

Con estas fuerzas se ofreció Octavio al senado, y de este modo cimentó la base de su fortuna. Ganó dos batallas á Antonio, y por muerte de los cónsules Hircio y Pausa, se vió dueño absoluto de un ejército victorioso.

El senado recompensó con ingratitud las victorias obtenidas por el jóven César; pero le quedaban su política y sus legiones, y pidió el consulado, apoyándose en la influencia de Ciceron, á quien llamaba su padre. Sus primeras pretensiones fueron desatendidas; pero enviando á aquella asamblea cuatrocientos diputados de su ejército, uno de ellos, poniendo la mano sobre su espada, dijo:

— Esta le dará el consulado.

Entónces Ciceron, que conocia la debilidad de la asamblea, contestó:

— Si de esa manera lo pide, esté seguro de obtenerlo.

Y en efecto, lo obtuvo ántes de cumplir los veinte años.

Investido con esta dignidad, hizo que los tribunales condenasen á los que habian tomado parte en la muerte de César, y obedeciendo á su interes político, que ya le aconsejaba seguir nueva conducta, revocó los decretos fulminados contra Antonio y Lépido.

Deliberó con éstos en Reno sobre la suerte futura de la república, bajo la salvaguardia de las legiones cesáreas, y los tres se constituyeron en triunviros, invistiéndose con un poder absoluto, que habia de durar por espacio de cinco años.

En la distribucion que se hicieron del territorio romano, tocaron á Octavio las provincias occidentales, el Africa y las islas.

A este acuerdo siguieron numerosas proscripciones, cuyo objeto era acabar de una vez con los partidarios de Casio y Bruto.

Octavio y Antonio condujeron juntos sus ejércitos á Grecia, y allí, en solas dos jornadas, se decidió la suerte del triunvirato y la república. En la primera, Octavio, sintiéndose enfermo, y hallándose bajo la impresion de un sueño fatídico, abandonó el campo de batalla y hasta sus reales, que fueron tomados por Bruto. Despues de la victoria quiso justificar aquella supersticion, ó acaso aquella cobardia, con el peligro que habia corrido; en la segunda los enemigos rechazaron el ala que mandaba; Antonio reparó el desastre, y abusando Octavio de la doble victoria que éste habia conseguido, hizo cortar la cabeza á Bruto, que como Casio se habia dado la muerte, y la mandó arrojar á los piés de la estatua de César.

Despues de haber sofocado la guerra civil, movida por

Fulvia, primera mujer de Antonio, que estaba celosa del amor que su marido profesaba á Cleopatra, reina de Egipto, Octavio venció en España, en las Galias, en Sicilia y en Africa.

Italia le aclamaba como á su bienhechor, y abria sus puertas á los proscriptos.

Protegido con la fuerza, é impulsado por el favor popular, pudo presentarse en la batalla de Accio, y oponer su política firme y profunda á la aventurera fortuna de Antonio. Sin embargo, para no alarmar á los espíritus que aun blasonaban de amor frenético á las antiguas libertades de la república, declaró que voluntariamente resignaria el poder supremo tan luégo como Antonio regresase de la funesta guerra que sostenia con los parthos, y tomó el título de tribuno perpétuo, más favorable para sus intenciones, y más simpático para el pueblo que otro cualquiera. Antonio, con sus locuras, le allanó el camino que se proponia recorrer.

Octavio, que no desperdiciaba ningun accidente que pudiera serle favorable, acusó á Antonio de haber desmembrado el territorio de la república para aumentar el dote de su concubina Cleopatra, y de haber ofrecido la misma Roma á la reina de Egipto.

Fácil le fué con su influencia conseguir la destitucion de Antonio, á quien ya en Roma se le consideraba como á un traidor. Octavio declaró la guerra á Cleopatra, lo cual produjo en Roma un entusiasmo frenético; porque habiendo arrancado Octavio de manos de las vestales el testamento de Antonio, hizo público que éste renegaba de Roma por Alejandria, y ni aun siquiera legaba á la patria sus despojos mortales.



Octavio, poniéndose al frente de numerosas fuerzas de mar y tierra, largo tiempo preparadas para aquella guerra decisiva, llegó al golfo de Ambracia en persecucion de Antonio, y dió principio al gran drama que debia concluir la venganza de César y mudar por completo la faz política del imperio romano.

---

## CAPÍTULO V.

---

### EL AMOR Y LA POLÍTICA.

El interesante drama á que nos hemos referido tuvo su principio en Alejandría, y debemos retroceder algunos años en nuestro relato para no privar al lector del grande interes dramático que despertó en todo el mundo romano.

Antonio, que sabia ser grande en la desgracia y aceptaba los sacrificios más heróicos y las más horribles privaciones cuando la patria exigia de él servicios como repúblico y como guerrero, reunia en sí solo en los dias de prosperidad todos los vicios de su época. Era muy inclinado á la ostentacion, y fácilmente se dejaba arrebatar por el orgullo.

El pueblo romano no podia perdonarle la imprudencia de haber trasladado su habitacion á la casa del gran Pompeyo, profanándola con el espectáculo repugnante de sus vicios y su disolucion.

Aquel palacio cuyas puertas permanecieron cerradas para los generales, los embajadores y otros altos dignatarios de la república, quedaron abiertas de par en par á infames cortesanos, farsantes desvergonzados y viles aduladores que

sumian á Antonio en la crápula, haciéndose pagar con sumas inmensas los infames placeres con que le entretenian.

Vendíanse los bienes de los proscriptos; se despojaba á las viudas y á los huérfanos para pagar aquella corte envilecida, y llegó la osadía hasta el extremo de arrancar por la fuerza caudales de consideracion que los ciudadanos habian puesto bajo la custodia de los vestales.

Despues que vencidos Bruto y Casio se repartieron entre sí los triunviros las provincias romanas, Antonio se dirigió al Asia para empuñar las riendas del gobierno. En Grecia restableció la paz y dejó eterna y grata memoria por la moderacion de su conducta, por la severa rectitud con que administraba justicia, por su clemencia para con los vencidos, y por las liberalidades con que recompensó las pruebas de afecto que le prodigaron Aténas y Megaria; pero tan luégo como vió restablecida completamente la paz y regresó á su residencia favorita de las provincias que le habian tocado en suerte, volvió á ser dócil juguete de sus pasiones, rodeado siempre de placeres y de delicias.

Seguíale agregada á su séquito una compañía de farsantes asiáticos, en cuyos ejercicios grotescos dejaban muy atras á los más reputados bufones de Italia; y como los pueblos son tan inclinados á seguir el ejemplo de sus gobernantes, la depravacion de la corte de Antonio se extendió muy en breve hasta las últimas esferas sociales, de modo que, como dice Plutarco, toda Asia, semejante á la ciudad de que habla Sófocles, estaba llena de humo y de incienso, y á la vez retemblaba con el eco de las carcajadas y los sollozos.

La historia ha consignado el ostentoso alarde que de sus locas disipaciones hizo al entrar en Epheso. Precedíale una



multitud de mujeres disfrazadas de bacantes, y jóvenes que imitaban sátiros. Por toda la ciudad no se veía otra cosa que tirsas coronadas de yedra, y sólo se oían los ecos delicados de las flautas, cítaras y otros instrumentos. A Antonio se le saludaba con el epíteto de Baco bienhechor y lleno de dulzura.

Despojaba de sus riquezas á los hombres más distinguidos, y las daba á viles aduladores y á histriones miserables. Deseando un dia recompensar á su cocinero que le habia servido una cena magnífica, le hizo donacion de la casa de un ciudadano de Magnesia<sup>1</sup>.

Pero todos estos males, á los que habia que agregar la natural indolencia del carácter de Antonio y la extrema confianza que depositaba en sus aduladores, aun en los asuntos de más gravedad, no temiendo nunca el engaño ni el riesgo de exponerse á que le aconsejara la voz del interés más sórdido, eran insignificantes comparados con los males que se seguían á la república del amor que le inspiraba Cleopatra.

La joven reina de Egipto habia hecho de su amor un recurso diplomático para ser dueña absoluta de la voluntad de aquellos hombres osados que, repartiéndose los despojos de la república, se hacían señores del mundo.

Cuando Julio César pasó á Asia con objeto de dar fin á los últimos restos del partido pompeyano, la suerte de las armas decidía los destinos de Egipto, tenazmente disputados por Cleopatra y su hermano Ptolomeo, huérfanos de un rey que habia querido dividir entre los dos su corona.

César, que en su calidad de dictador de Roma estaba lla-

---

<sup>1</sup> Plutarco, *Vidas de hombres ilustres*.

mado á ejercer el cargo de tutor de aquellos príncipes segun la expresa voluntad de su padre, apaciguó el Egipto haciendo cumplir las leyes del país, que obligaban al hermano á casarse con la hermana.

Cleopatra aceptó la voluntad de César para imponerle más fácilmente la suya; y miéntras daba la mano de esposa á Ptolomeo, procuraba fascinar al dictador con los encantos de la concubina. César fué debil y se dejó apresar en la red de flores que le tendia Cleopatra. Al regresar á Roma llevó consigo ambos príncipes; pero habiendo recibido el pueblo con disgusto las distinciones de que era objeto la reina egipcia, y despreciado su estatua de oro que el dictador habia hecho colocar al lado de la de Vénus, César no quiso perder su crédito por una pasion fugaz, y desatando aquellos lazos amorosos, dispuso que Cleopatra volviese inmediatamente á Alejandria.

Algunos pueblos de Oriente, mal avenidos con el yugo romano, creyeron debilitar el poder del imperio favoreciendo la guerra civil que siguió al asesinato de César. Cleopatra, entrando en esta política, ayudó los intereses de Bruto y Casio, ó al ménos así lo creyó Marco Antonio, que al partir para continuar la guerra contra los parthos, mandó que la reina de Egipto se le presentase en Cilicia, á darle cuenta de su conducta.

El portador de esta órden fué un confidente de Antonio, llamado Delio.

Tan luégo como tuvo noticia Cleopatra de la llegada del mensajero, se apresuró á recibirle, rodeándose de todo el esplendor de su corte.

En la confusion que demostraba Delio, en la timidez y el respeto con que le dirigia la palabra, comprendió Cleopatra

que su situación no era tan desesperada como lo había temido, y que atrayéndose la confianza del emisario, le sería muy fácil poner en práctica los medios que habían de conducirle á la gracia del señor. Prodigó á Delio todo género de consideraciones, hizo que en su corte se le hiciesen mil demostraciones de respeto y amistad, y desplegó ante sus ojos el tesoro inagotable de sus gracias y de sus hechizos.

Delio, que no acertaba á explicarse tanta y tan inesperada ventura, y que no hubiera trocado la corte de Alejandría por todas las delicias imaginadas en el jardín de las Hespérides, veía con dolor que se acercaba el momento de regresar á los cuarteles de Antonio. Este pensamiento le tenía tan triste, que no acertó á disimularlo en presencia de Cleopatra.

— Te vas, romano, le dijo la reina: vosotros los que habeis nacido en Occidente teneis levantados altares al dios del orgullo, y yo estoy segura de que apénas te alejes de los muros de Alejandría, no tendrás un recuerdo para los tristes amigos que dejas á la espalda.

— Te engañas, señora, contestó Delio; tu corte es el emporio de las delicias, tu trono el pedestal de Vénus, y tu palacio el templo de Cupido. Donde quiera que vaya llevaré indeleble el recuerdo de tus bondades y de tu grandeza.

— Si alguna gratitud me debes, los dioses permitan que no la olvides: nunca he sido inclinada á cobrar los favores; pero en esta ocasión necesito un amigo leal que sea intercesor entre mi desgracia y el enojo de Marco Antonio...

— Tu padre, interrumpió Delio, te dejó recomendada á la tutela del pueblo romano, y un hijo de Roma no puede dejar de mirarte con amor. Además, las mujeres como tú no tienen que temer los enojos de un hombre como el triun-



viro. ¿Piensas tú que el corazón de Antonio es de bronce, que sus ojos no saben apreciar la belleza, que su alma sería insensible á los suaves encantos de que estás rodeada? Yo que le he visto en el campo de batalla hundir su puñal en el pecho del enemigo; yo que le he visto también en los salones de la ciudad inmortal rendir á la hermosura culto fervoroso, sé muy bien que el soldado desaparece bajo el manto del cortesano discreto, y respondo de que tan luego como te vea, hermosa Cleopatra, cuando pueda apreciar tus gracias seductoras, y el ingenio que derramas en la conversacion, su mayor pena será haber causado alguna, aunque leve, á una mujer como tú.

— Luego opinas...

— Que debes ir inmediatamente á Cilicia; preséntate á sus ojos como te has presentado á los míos; roba á Vénus su cintura dorada; acuérdate del divino cantor de la Grecia; adórnate con cuanto pueda realzar tus encantos, y tú, más feliz que Juno en el monte Ida, conseguirás adormecer á Júpiter.

— No sé si debo creerte.

— Antonio es el más benéfico y más humano de todos los generales.

— ¿Le conoces bien? ¿Te engaña el entusiasmo que te inspira, ó es que servidor astuto me dices todo eso para engañarme?

— No tienes razón para sospechar esa vileza de un corazón romano. Los dioses tutelares me escuchan; si te he mentado, déjenme morir á las manos traidoras del último y más vil de los esclavos, y esparzan al viento mis cenizas.

— Te creo. ¿Por qué me habías de engañar? Yo no soy más que una débil mujer.

— Mejor dirías nacida para hacer tus esclavos de los hijos más ilustres de Roma.

— Me adulas, Delio.

— ¡Adularte! ¿No eras una niña cuando sujetastes con una red de flores al orgulloso César, al espíritu altivo que habia logrado dominar un mundo? ¿No cayó rendido á tus plantas el hijo generoso del gran Pompeyo?

Cleopatra fingió que le ruborizaban los recuerdos que se permitia Delio, pero no encontraba exagerados sus pronósticos; comprendia muy bien que si cuando tenia ménos experiencia en el arte de seducir á los hombres, y cuando no habian llegado á su apogeo los encantos con que la naturaleza quiso dotarla, habia conseguido ser la favorita de Julio César, del primer hombre de su siglo, mucho más fácil le seria entónces encadenar la voluntad de Marco Antonio, tan inclinado á los placeres ostentosos y tan sensible á los atractivos de la hermosura.

Las legiones invencibles de Roma habian llevado la esclavitud á todos los confines orientales; la política de aquel pueblo habia asegurado las conquistas hechas por las armas. Ella, que no tenia de reina más que el nombre, se elevaria sobre todos los monarcas de la tierra si, fingiendo que aceptaba la esclavitud, hacia del amor su fuerza y su política para convertir en esclavos á los que habian venido del otro lado del mar para ser sus señores.

Cleopatra reflexionó un momento ántes de decidirse á dar una contestacion definitiva que pudiera comprometerla en cualquier sentido. Parecíale que el asunto valia bien la pena de meditarlo.

— Dentro de breves horas voy á partir, poderosa reina. ¿Qué debo decir á Antonio?

— Que estoy dispuesta á obedecer sus órdenes; que la reina de Egipto va á visitarle á Cilicia.

El mensajero partió. Cleopatra mandó atesorar ricos presentes y considerables sumas de dinero. En todo tiempo ha sido éste el medio mejor de aplacar las iras de los poderosos. Sin embargo, la vanidad de la mujer no podia darse por satisfecha con estos vulgares recursos, y Cleopatra fiaba en ella misma más que en sus ricos tesoros. No se proponia aplacar una tempestad pasajera, sino colocarse muy por encima de la region de las nubes, donde nada pudiera impedirle mirar al sol frente á frente, y compartir con él el imperio del mundo.

Comprendió que si se apresuraba á obedecer las órdenes de Antonio seria recibida como una mujer vulgar, que nada hay que encienda el deseo como una contradiccion, y que lo que más se desea más se ama; dejó que produjese su natural efecto el entusiasmo que habia producido en Delio, y esperó para partir á Cilicia á que llegase el momento oportuno.

No le engañaron sus cálculos. Antonio se sentia devorado por la impaciencia; anhelaba tener á su lado aquella mujer singular que Delio le habia pintado con tan brillantes colores, y todo su enojo se habia convertido en curiosidad, mejor diríamos en gérmen de amor, que favorecido por la aparente indiferencia de Cleopatra, indiferencia que casi parecia desprecio, se preparaba á dar en su alma copiosos frutos.

Antonio no dejaba de escribir cartas á Cleopatra para que apresurase su viaje; los más experimentados cortesanos aconsejaban á la reina que no se expusiese á aumentar las iras del triunviro con una tardanza injustificada; pero



Cleopatra, más concedora del corazón humano, sabía muy bien que aquella era la política que le convenía, y que en el momento en que se mostrase fácil sería despreciada.

Al fin se determinó á salir de Alejandría para calmar la impaciencia de Antonio, que demasiado exasperada podría serle fatal.

Sin darse demasiada prisa se abandonó á la mansa corriente del Cydno, navegando en un esquife que tenía la popa de oro, la proa de plata y las velas de púrpura. Los remos se movían perezosamente al compás de los más dulces instrumentos. La reina ostentaba magníficos adornos, y procuraba realizar la idea deslumbradora que el arte nos ha hecho concebir de Vénus; muellemente reclinada bajo un dosel de brocado de oro, diríase que se había encarnado en ella la más fantástica y más bella creación de los deseos. Un coro de niños que representaban los amores agitaban abanicos de nevada pluma de cisnes para protegerla contra los encendidos rayos del sol de Egipto.

Reina no sólo por el nacimiento, sino también por los encantos personales, no temía verse afrentada por la singular belleza de sus damas, elegidas entre las más hermosas, y vestidas con trajes á propósito para figurar las Nereidas y Gracias de aquel compendiado Olimpo.

Las unas dirigían el timón, las otras trepaban por las cuerdas; otras, acompañándose con las flautas, las liras y las cítaras, daban al aire las más dulces y amorosas canciones de su patria, llenas de lánguida y voluptuosa poesía.

Las afortunadas orillas del río unían al perfume natural de sus flores el riquísimo aroma de los que se quemaban en el esquife en ricos pebeteros de bronce y oro, y una muchedumbre inmensa seguía la fantástica embarcación, atro-

nando los aires con sus aclamaciones, y ávida de contemplar un espectáculo que sólo hubiera podido concebirlo la exaltada imaginación de un poeta.

Cuando la brillante comitiva se detuvo delante de los muros de Cilicia, todo el pueblo, noticioso de la llegada de Cleopatra, salió á recibirla ansioso de admirar tanta magnificencia.

El rumor público previno á Antonio de la llegada de la reina de Egipto. En aquel momento el triunviro daba audiencia en su tribunal de justicia; y no ménos impaciente que la curiosa muchedumbre, despidió á cuantos le rodeaban para gozar del placer de que sus ojos contemplaran á Cleopatra sin importunos testigos.

El pueblo, lleno de admiración, no quería persuadirse de que aquella mujer era una simple mortal, y esparció el rumor de que la misma Vénus, interesándose por la felicidad de Asia, había venido para llenar con sus placeres la mansión de Baco.

Pero Cleopatra no accedió á los deseos de Antonio, ni aceptó el banquete con que pretendió obsequiarla aquel juez, días ántes tan inflexible, que quería sujetarla á un estrecho juicio de residencia, y ya se había convertido en humilde cortesano de la hermosura.

Le manifestó que tendría mucha complacencia en recibirle en su palacio, y el orgulloso romano, que aun no había visto á Cleopatra y ya estaba rendido, se apresuró cortesmente á realizar este deseo.

En el palacio real encontró preparativos cuya magnificencia sería imposible describir; todo el lujo oriental, ya famoso en aquellos tiempos, se había reunido en las habitaciones de Cleopatra. Nada había visto Antonio semejante,

ni aun en los dias de la mayor grandeza de Roma; nunca pudo pensar que la fantasía pudiese remontar tan alto su vuelo divino, ni que encontrase un mundo real donde dar forma á sus más atrevidos sueños.

Pero el encanto mayor de cuantos le rodeaban era Cleopatra.

La historia no dice que fuese de peregrina hermosura; no era uno de esos seres que excitan la admiracion de quien los contempla, y que parecen la animacion del bello ideal del arte. No: los encantos físicos de Cleopatra no eran tan perfectos.

Pero poseia lo que vale infinitamente más que la belleza física más acabada: poseia la ciencia difícil de la seducción. Sus palabras, pronunciadas con inimitable gracejo, rendian á sus plantas los corazones; las varias inflexiones de su voz, ya dulce, ya argentina, siempre armoniosa y sonora, imitaban los cadenciosos sonidos de un instrumento de diferentes cuerdas; su trato era tan atractivo, que nadie lo podia resistir; y la gracia que resplandecia en todo su sér, estaba realzada poderosamente por los encantos inagotables de su conversacion; cada una de sus palabras era un dardo con que penetraba las almas ménos sensibles.

Se expresaba con elegancia y elocuencia, y pronunciaba con igual perfeccion varios idiomas diferentes, de modo que casi nunca necesitaba de intérpretes para comunicarse con las naciones extranjeras, y hablaba en sus respectivos idiomas á los etiofes, trogloditas, hebreos, árabes, medos y parthos<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Nada hemos puesto de nuestra fantasía al hablar de las cualidades que enaltecian á Cleopatra, y de la pasion que inspiró á Antonio. Véase á Plutarco, *Vidas de hombres ilustres*.



Cleopatra vió realizados instantáneamente los ambiciosos proyectos de su política. Antonio le ofreció toda su grandeza, todo su poder, á cambio de un destello de amor. Cleopatra aceptó el partido; y mientras todo Oriente aceptaba el yugo del invasor extranjero, ella le tenia encadenado al carro triunfante de sus atractivos y á la fuerza irresistible de su astucia, cubierta siempre con la máscara deslumbradora de un amor que estaba muy léjos de sentir.

## CAPÍTULO VI.

## RIVALIDADES.

Cleopatra se encargó de demostrar al mundo que Platon se habia equivocado al decir que el bello sexo ejerce la coquetería de cuatro maneras diferentes. En mujeres como Cleopatra, ese arte admite infinidad de formas.

Su fecunda imaginacion le proporcionaba siempre la idea de algun placer nuevo con que tener entretenido á Antonio, á pesar de los graves asuntos que de continuo le embargaban la atencion.

Comprendiendo que el esclavo, si se le dejà mucho tiempo en libertad, acaba por romper la cadena, no se separaba de él ni de dia ni de noche; le acompañaba á sus juegos, á la mesa, á la caza y aun algunas veces á sus expediciones militares.

Antonio, á imitacion de algunos ilustres príncipes que desconfiados de sus consejeros quieren conocer por sí mismos las necesidades de sus súbditos, tenia la costumbre de recorrer de noche y disfrazado las calles de Alejandría, deteniéndose en las puertas y ventanas para sorprender al vi-

cio que suele esconderse entre las tinieblas, y recompensar la virtud, que por razones diferentes es tambien muy inclinada á la oscuridad y el misterio.

Cleopatra, disfrazada de esclavo, solia acompañarle en aquellas aventureras expediciones, y más de una vez compartió con Antonio los peligros y sobresaltos consiguientes á las escenas que provocaba; algunas veces perdian su imponente gravedad para revestirse de un carácter grotesco; con frecuencia solia quedar mal parada la austera dignidad del cónsul romano, y por esto decian los alejandrinos que Antonio tomaba para Roma la máscara trágica y para ellos la cómica.

Funestas noticias recibidas de Roma sacaron á Antonio del sueño profundo en que le tenian sumido el amor y los placeres.

Su esposa Fulvia, animada por los celos contra Cleopatra, y no hallando medio alguno para rescatar el corazon de su marido del dominio de aquella mujer fascinadora, se decidió á herir el patriotismo de Antonio.

Unida con su hermano Lucio, promovieron alteraciones en Roma intentando quebrantar el poder de César; mas perseguidos activamente por éste, tuvieron que abandonar á Italia. Fulvia escribió á su esposo invocando el amor conyugal, y exponiéndole las quejas que abrigaba contra Augusto. Antonio, dócil á la voz del deber, se determinó á regresar á Italia montando en una flota de doscientas naves.

Fulvia le habia engañado; sus amigos le dijeron que ella habia sido la única causa de la guerra, y que su solo intento era arrancarle de los brazos de Cleopatra.

La muerte se habia encargado de vengar á los dos triunviros. Al llegar Antonio, Fulvia habia fallecido.



Los triunviros se reconciliaron fácilmente, descargando sobre la desgraciada Fulvia toda la responsabilidad.

Para que la alianza fuese más duradera, Augusto ofreció á Antonio la mano de su hermana Octavia, mujer de mérito singular y de peregrina hermosura, acaso la única que en toda Italia podría apartar á Antonio del funesto amor que le inspiraba la reina de Egipto.

Los atractivos de Octavia, su exquisito tacto y su nunca desmentida prudencia, parecian confirmar las esperanzas que habian concebido los buenos patricios. Antonio aceptaba la felicidad del amor de su esposa, y tanto vivia para ella, que nadie le juzgaba dispuesto á renovar sus desvaríos.

Por otra parte, las atenciones de la guerra que habia suscitado Sesto Pompeyo apoderándose de Sicilia, y las complicaciones de la política romana, parecian haberle curado radicalmente.

Pero no era así: Cleopatra continuaba siendo su enemigo íntimo; la malévola influencia de aquella mujer se extendia hasta la misma Roma; inmensa distancia la separaba de Antonio, pero ella no habia dejado un solo instante de mover á su capricho los mal ocultos resortes de aquel corazon tan acostumbrado á obedecer la ley imperiosa de sus femeniles encantos.

Al salir Antonio de Alejandría, Cleopatra le habia dado para que le acompañase, el mejor astrólogo de su corte, audaz adivino cuya reputacion era general en toda el Asia.

Decian de él que, rasgando á su capricho el velo misterioso del porvenir, sabia descifrar el destino de los mortales y leer en la mente de los dioses.

Pero su ciencia más poderosa consistia en la adulacion y

en la impostura. Nacido de clase humilde, sin ancho campo donde ejercitar su audacia, halló medios de acercarse á la reina. Cleopatra, que no era una mujer vulgar, comprendió desde luégo todo el partido que podia sacar de aquel hombre, y encargándose de hacer su fortuna, tuvo en él un docil instrumento para todos sus planes.

Al poner Antonio la planta, en la tierra de Italia, quizas se iban á resolver los más árduos problemas de su vida. Los parthos le habian declarado la guerra; otras naciones de Oriente aprovecharon la oportunidad para sacudir el yugo de la opresion; en Italia se habia promovido otra guerra mucho más grave, porque podia costarle todo su poderío.

Arrojar un rayo de luz sobre las densas tinieblas del porvenir, era tanto como alcanzar por adelantado la mitad de la victoria. ¿Y quién podia pedir á los dioses inspiracion para desvanecer aquellas tinieblas?

Nadie más que Mideo, el astrólogo egipcio.

Cleopatra convenció fácilmente á Antonio de esta superchería, y desde aquel momento, aunque muy alejado de la reina el orgulloso triunviro, seguia siendo juguete, sin sospecharlo, de los caprichos de Cleopatra.

El primer cuidado del adivino fué cimentar su crédito y ganar la confianza de Antonio. Sus predicciones tenian siempre por objeto persuadirle indirectamente de la necesidad en que estaba de volver á Egipto.

La casualidad favorecia las intenciones del astrólogo.

En todos los juegos á que Antonio y César dedicaban sus ratos de ocio, Antonio llevaba la peor parte.

El triunviro se lamentaba de su desgracia, notable por la tenacidad, pues le perseguia hasta cuando jugaba á los dados.

El astrólogo, revistiéndose de toda la gravedad indispensable para el crédito de su oficio, y afectando que en aquel momento iluminaba su mente un rayo de inspiracion divina, le dijo con solemne acento :

— Tu genio adverso tiembla ante el de Augusto; orgulloso y altivo cuando está solo, pierde junto al de César toda su grandeza, y se hace tímido y débil.

Preocupado Antonio con estas predicciones, y herido en su amor propio por las ventajas que en todo conseguia sobre él Augusto, abandonó la Italia, pero sin decidirse á volver á Egipto. Al contrario, pareciendo más enamorado que nunca de Octavia, la llevó consigo á Grecia, donde permaneció todo el invierno; pero el astrólogo egipcio continuaba á su lado, sin olvidar un solo instante los intereses de Cleopatra.

Entretanto, Ventidio, lugar-teniente de Antonio, habia conseguido sobre los parthos una victoria tan completa, como las mejores de los antiguos tiempos de Roma; así quedó vengada la memoria de Craso. Los parthos, fugitivos en tres batallas, tuvieron que refugiarse en Media y Mesopotamia: hasta allí los fué persiguiendo el general romano; mas al fin se detuvo por miedo de excitar la rivalidad de Antonio. Se limitó, pues, á hacer entrar en la obediencia á los pueblos que se habian sublevado, y puso cerco á la ciudad de Somorata, cuyo rey, Antíoco, le ofreció por la paz mil talentos.

No se habia engañado Ventidio en sus prudentes temores. Sus triunfos despertaron los celos de Antonio, ayudado por el astrólogo egipcio, y dió orden á su lugar-teniente para que no firmase la paz con Antíoco, porque él queria reservarse este honor para sí.



Desprendiéndose de los amantes brazos de Octavia, se encaminó á Asia; pero los sucesos políticos y nuevas ocasiones de disgusto con César, le obligaron á volver á Grecia.

Era la guerra inminente: una mujer logró evitarla con su prudencia exquisita, ó acaso más bien, con el temor que le inspiraba el peligro de exponer á Antonio á caer nuevamente bajo la influencia de una odiada rival.

Octavia le suplicó que le consintiese tener una conferencia con Augusto.

Los dos hermanos se vieron en presencia de sus amigos Mecenas y Agrippa.

Augusto se esforzó por disimular la complacencia con que volvía á ver á su hermana. Al clavar en ella su penetrante vista, adivinó el objeto que la llevaba á sus reales; pero hombre acostumbrado á disimular sus sentimientos en aras del interes político, hizo el sacrificio de su alegría.

Le tendió los brazos, más que con cariño con solemnidad, y despues de saludarla con extremada cortesanía, le dijo:

— Octavio ha recibido ya á su hermana con el amor que le debe; pero César debe volver la espalda á la mujer de Antonio.

Estas frias palabras no desconcertaron á Octavia: conocia muy bien á su hermano, y para ella era inútil el disimulo; sin embargo, no quiso despojar á la escena de la solemnidad con que la habia revestido Augusto, y contestó en el mismo tono:

— Tambien la hermana ha dejado sus afectos á la puerta de la tienda del triunviro; pero aquí vengo revestida con dos caractéres, y ambos deben ser sagrados para tí. La mision que traigo es de paz: César no puede negarse á recibir

á los embajadores de sus enemigos. Tú me entregaste á Antonio; pues bien, ¿por qué te extraña que intente conservar el bien que me has dado? Recíbeme como á tu hermana, ó como á la embajadora de Antonio, es igual, si al cabo me escuchas.

César comprendió que en presencia de Octavia debia despojarse de su autoridad severa, y colocándola á su lado para honrarla mejor, le dijo dulcificando el acento:

— Habla. ¿Qué es lo que te ha traído aquí? ¿Qué nueva ambicion aspira á realizar tu marido?

— Yo vengo á correr un velo sobre lo pasado, y no á levantar tempestades, contestó Octavia; vengo por mí misma á brindarte con la oliva de la paz, pero no á imponerte condiciones, ni á que tú las impongas á Antonio.

— Eres singular embajadora.

— No sé más sino que cumplo con mi deber.

— ¿Pero ignoras acaso las leyes de la guerra? ¿Qué me dará Antonio en recompensa si cedo de mi derecho?

— ¿Y qué le darás tú á él si cede del suyo?

— ¿Tan seguro se encuentra de la victoria?

— Lo ignoro: su suerte no se ha declarado todavía. ¿Quién sabe á cuál de los dos adjudicará los laureles? Yo vengo á impedir su fallo, á proponerte una transaccion en la que ganas...

— ¿Qué?

— Cumplir con lo que debes á tu hermana. ¿Te parece poco?

— Octavia, las disensiones políticas no llegan nunca hasta las matronas romanas: se detienen siempre á las puertas del hogar doméstico. Que venza á Antonio, ó que Antonio me venza á mí, son dos eventualidades que deben tener-

te tranquila: no por eso dejarás de ser su esposa y mi hermana.

— Te engañas: si yo consintiese en esa lucha fratricida; si amparándome con las máximas de tu política fría y calculadora, viese correr impasible la sangre del esposo ó del hermano, el mundo me miraría con horror. ¿Conoces algun medio para cortar los vínculos sagrados del amor y de la naturaleza? ¿Puede mi corazón partirse en dos mitades? No lo creas: entre los dos desgarrareis mi alma, y tú no serás ménos sensible que Antonio. El mundo no penetra los misterios de la política, y en este momento el mundo tiene sus miradas fijas en mí, porque sabe que soy mujer de uno de los triunviros, y hermana del otro. Si prevalecen los malos consejos y estalla la guerra, nadie podrá decir á quién concederá la fortuna los honores de la victoria; pero en cuanto á mí, es evidente que á cualquier lado que se incline siempre seré desgraciada.

— ¿Solamente obedeces á tus encontrados sentimientos de hermana y de esposa? Preguntó Augusto, que acaso deseaba un pretexto para desatender las súplicas de Octavia.

— ¿Por qué te lo he de negar? Ya han hablado mis deberes, y ahora debe hablar mi corazón. Sí, Augusto: hay un sentimiento que me domina sobre todos, y ese sentimiento es el amor á mi marido.

— Ya lo veo: tú le disculparías las mayores enormidades.

— Es mi esposo.

— El ha sido quien me ha provocado á la guerra.

— Yo no debo juzgarle.

— ¿Pero es tu interés el de la república?

— Sí: las guerras civiles debilitan los estados más pode-



rosos; las fuerzas de Roma no deben malgastarse en luchas fratricidas. ¿No tiene ya Roma enemigos que combatir? ¿No levantan aun los parthos su altiva cabeza, á pesar de haberlos derrotado tres veces? ¿No está Sesto Pompeyo en Sicilia? ¿No hay ya en España un solo palmo de terreno que someter? ¿Estás seguro de que los bárbaros no han de pasar mañana las orillas del Rhin? Pues ya ves cómo el interes de Roma es el mio. Hermano, ten piedad de mí; ten piedad de la patria; no me expongas á perder un corazon que acaso no he conquistado bien todavía. Si Antonio no perece en la lucha y tiene que abandonar la Italia, se refugiara en el territorio que le corresponde como triunviro; allí se le brinda sin cesar con el imperio de Oriente; allí hay una mujer que le ha tenido largo tiempo bajo el poder de sus encantos; volverá á sujetarle con una red de flores, y ya Antonio no se acordará de mí. Él, despechado y léjos de su esposa, que tanto le ama, aceptará el trono y el tálamo de la reina de Egipto, y tu infeliz hermana morirá en el abandono y la desesperacion.

Augusto quedó un momento pensativo sin saber qué partido deberia tomar. Octavia se arrojó en sus brazos humediéndole el rostro con sus lágrimas.

— ¡Basta! Exclamó al fin el orgulloso César. Aquí no hay testigos que puedan acusarme por débil... Aquí puedo ser dócil á las súplicas de una hermana; no te dí yo por esposo á Antonio para que fueses víctima de nuestras disensiones. Yo olvido mis agravios; que él olvide los suyos. Ve y ajusta las condiciones de la paz.

— ¡Ah, hermano, me das más que la vida!

— Pero no ignoras que Antonio debe volver á Asia: así lo pide el interes de la república. Si continuase en Italia,

más tarde ó más temprano volverian á despertar nuestras rivalidades.

— ¿Qué me importa? Para mí no habrá más patria que aquella donde esté mi amor.

— Irá á Alejandría y allí encontrará á Cleopatra.

— Yo no temo á mis rivales sino en mi ausencia.

— Antonio ha amado á Cleopatra: dicen que esa mujer posee encantos irresistibles, filtros que le ha dado el averno...

— El verdadero amor es invencible.

— Sin embargo, si Antonio trocase el tuyo por el de esa mujer...

— Entónces la mataria.

— Muy enamorada estás; comprendo bien el paso que has dado. Vuelve á Tarento. Impon tú misma las condiciones, y yo firmaré la paz. Cúmplase nuestro destino.

Octavia salió de la tienda de su hermano loca de alegría. Pidió en el puerto la nave más velera; estimuló con dinero la codicia de los hombres que manejaban los remos, y entró en Tarento tan orgullosa como el caudillo romano al pasar por los arcos de triunfo que le levantaba la patria para solemnizar sus victorias.

Fácil le fué convencer á Antonio para que depusiera las armas.

El astrólogo egipcio, estrechado por secretas misivas que le enviaba Cleopatra, y considerando que la guerra podia prolongarse lo bastante para que en el corazon del tribuno no quedaran ni aun cenizas del fuego que habia encendido en él la reina, no dejaba de hablarle de la superioridad que el genio malo de César tenia sobre el suyo, y de la persuasion en que estaba de que más tarde ó más temprano se

había de decidir aquella lucha entre los dos espíritus, siendo sacrificado Antonio.

El triunviro daba fácil asenso á estas necias preocupaciones, y estaba impaciente por adoptar el único medio de salvacion que Mideo le proponía. Sólo el pundonor le obligaba á insistir en la guerra. Su afán más vehemente era tornarse al Asia.

Júzguese del júbilo con que recibiría las proposiciones de su esposa.

— ¿Y aceptada la paz, preguntó Octavia con timidez, volverás á Oriente?

— ¿Quién lo duda? Contestó Antonio. Mi deber lo reclama.

— ¿Y me llevarás contigo?...

Octavia esperó la respuesta de su esposo con tanta ansiedad como el reo de muerte su sentencia.

— ¿Temes algo?

— Sí, temo que si te ausentas sin mí he de perder tu corazón, que es mi única felicidad; temo que no llegue á conocer á su padre el hijo que llevo en mis entrañas.

— ¿Acaso el Oriente es la tierra del olvido?

— Es la tierra de los placeres y de la voluptuosidad.

— Tranquilízate, Octavia; á donde quiera que vaya vendrás conmigo.

— ¿Me lo juras?

— Por nuestro amor.

Antonio selló con un beso los labios de Octavia que se entreabrían con una sonrisa de felicidad.

— Calla este secreto, le dijo: yo seré siempre en tus brazos el siervo más humilde; pero que no sepa el mundo que el vencedor de Pompeyo el Grande se inclina dócil ante la voluntad de una mujer.



— Para el mundo serás tú siempre mi señor; en mis brazos nunca te será pesada la esclavitud, porque el amor es la más suave de las cadenas.

Octavia despachó inmediatamente un mensajero á su hermano, anunciándole que Antonio le esperaba en Tarento para firmar la paz.

Augusto, que tambien la recibia con júbilo, partió inmediatamente para el sitio indicado.

Era un magnífico espectáculo el que ofrecian los dos ejércitos inmóviles el uno enfrente del otro, acampados en la hermosa playa de Tarento, y tan dispuestos á combatir como á tenderse los brazos. La poderosa flota vagaba por el puerto como una imponente guardia de honor, en tanto que Augusto y Antonio, con la solícita medianera, discutian las condiciones de la paz.

Firmado que fué el convenio, se separaron. César se dirigió á Sicilia para arrancarla del poder del jóven Pompeyo. Antonio se dispuso á regresar á Oriente.

— Volvemos á Egipto, le dijo al astrólogo, pero no pienso pasar por Alejandría.

— ¿Por qué, señor?

— No debo dar á Octavia el disgusto de encontrarse frente á frente con Cleopatra.

— ¿Piensas que tu esposa te acompañe al Asia? Preguntó insidiosamente Mideo.

— ¿Pues no?

— Tu voluntad es ántes que todo; pero yo no te lo aconsejaria.

— ¿Por qué?

— Corre por sus venas la sangre de Augusto.

— ¿Y qué?

— El mismo genio preside su destino, y ya lo sabes, el genio tutelar de esa familia es adversario del tuyo.

— ¿Tambien á mi mujer se extiende esa ley terrible?

— ¿Quién lo duda?

— ¿Temes?...

— Que ha de serte fatal esa compañía. La experiencia te ha acreditado mis vaticinios: no, no miente la voz de los oráculos. ¿Qué te ha sucedido al lado de César? ¿No te has visto constantemente bajo el peso de una influencia fatal? ¿Qué has logrado en esta jornada? ¿Quién sino Octavia, con la mejor intencion sin duda, ha intervenido en esta transaccion que ni honra ni provecho te ha dado? En Asia, libre de esa influencia perniciosa, colmas tu gloria y tu fortuna. Vuélvete al Asia, pero vuélvete solo.

— Eso no es posible. ¿Cómo podria disculpar mi conducta á los ojos de Octavia? ¿Qué pretexto puedo alegar para dejarla en Roma? ¿Por qué he de condenarme á una separacion que mi alma está tan léjos de desear?

— ¿Y quién dice que tenga que ser eterna? Insistió Mideo. El destino se cansa de perseguir á los mortales lo mismo que de favorecerlos. Da tiempo al destino para que pueda cambiar.

— ¿De qué te sirve tu ciencia si no hallas un medio de conciliarlo todo? Preguntó Antonio impaciente.

— Es que mi ciencia se detiene ante la divinidad; lo que han dispuesto los dioses no lo pueden alterar los mortales.

— Entónces, ¿qué debo hacer?

— Seguir mi consejo, ó despreciar la ley de tu destino; obedecer á los dioses, ó arrostrar las consecuencias de la rebeldía.

— Es decir, afrontar acaso la muerte.

— Eso sería poco para un hombre como tú. ¿Qué importa la muerte, si más tarde ó más temprano ha de venir, y no se muere más que una vez? Pero queda la honra, la fama; quedan el respeto, la consideracion y el cariño que ahora te concede tu patria como merecido tributo, y te los negaría viéndote.

— ¿Qué? ¿A tanto puede extenderse esa misteriosa influencia?

— La fuerza de la fatalidad es incalculable. Te vuelvo á aconsejar lo que tengo por más prudente. Vuélvete solo al Asia; no llesves á Octavia contigo hasta que los hados lo consientan.

Antonio reflexionó un instante, y dijo:

— Lo haré; pero que Octavia no se entere de mi partida. La flota espera una órden mia para levantar el ancla... Sé tú mismo el portador... Ya te sigo.

— Los cielos lo quieren, exclamó Antonio para sí. ¡Cúmplase mi destino, y no provoquemos el mal con la imprudencia!

— ¡Cleopatra ha triunfado! Decia el astrólogo pensando tal vez en la recompensa con que la egipcia pagaria sus servicios.

Algunas horas despues, Octavia, acompañada de algunas de sus domésticas, contemplaba desde un terrado la poderosa flota que reconocia á Antonio por señor, y que sin su intervencion oportuna tal vez se hubiera destrozado con la de César, hundiéndose en el mar tantos ilustres patricios, y tantas y tan inestimables riquezas.

No acertaba á explicarse la extremada animacion que reinaba á bordo de los bajeles. Creyó que el almirante habia temido alguna próxima tempestad, y que iba á dirigirse



á otro puerto más abrigado: unos marineros levantaban el ancla, otros desplegaban las velas ó empuñaban los remos, y llegaron á sus oídos confusas voces de mando.

A pesar suyo le atormentaba cierta extraña inquietud. Fijándose en la galera almirante, que descollando entre las demas por su magnitud y riqueza, se cernía sobre las olas con la serenidad de las aves marinas, vió á un hombre que, de pié sobre el puente, no apartaba su vista del terrado, y la saludaba con ademanes de despedida.

Fijó la atención y creyó reconocer á Antonio: mas era imposible; sus ojos le engañaban seguramente; Antonio le había prometido no separarse de ella. ¿Qué oculta razón podía moverle á quebrantar su juramento?

Entretanto, levadas las anclas, la flota se alejaba pausadamente del puerto, y el hombre que tanto había fijado la atención de Octavia continuaba saludándola cada vez con expresión más tierna y cariñosa. La nave almirante retrocedió, virando para tomar mejor la desembocadura del puerto. Entónces se desvanecieron las dudas de Octavia: el hombre que se despedía era Antonio, Antonio que se olvidaba de su fe, que se había burlado de su confianza mintiéndole amor, y huía de su esposa para buscar el de una mujer adúltera.

Octavia lanzó un grito penetrante, y cayó desmayada en brazos de una de sus esclavas.

La velera nave, empujada por una brisa próspera, se perdía en la inmensidad de los mares, y aun podía distinguirse á Antonio, inmóvil sobre el puente, sin apartar la vista del terrado, como si un triste presentimiento le anunciara que, al alejarse de Tarento, de quien se alejaba para siempre era de su esposa.

---

## CAPÍTULO VII.

### EL PLAN DE UNA INTRIGA.

Antonio no sabia ser grande sino en los momentos en que luchaba frente á frente con el infortunio. Cuando la prosperidad le sonreia, inclinaba toda su altivez y grandeza al blando yugo del amor, abandonábase á placeres que eran con frecuencia infames, y abria su corazon incautamente á las más pueriles preocupaciones.

No era afectado el sentimiento que demostró al separarse de Octavia, y ya hemos visto que no tuvo valor bastante para despedirse de ella. El elevado carácter y la belleza física verdaderamente superior de la hermana de Augusto, habian influido en su corazon más directamente que el interes de conservarse por este medio en la amistad y la confianza del poderoso tribuno, para quien el nombre de rey de las provincias occidentales del imperio no era más que una dignidad despreciable, puesto que ejercia más poder que todos los monarcas de la tierra, y muchos de ellos le obedecian como á señor.

Antonio compartia ese poder ilimitado en las provincias de Oriente; reyes que en otro tiempo habian paseado por el

mundo sus victoriosas huestes, obedecian sus órdenes y le pagaban tributos. Poniéndose con todo su poderío frente á César, acaso podia disputarle con ventaja la direccion de los destinos de Roma; pero no queria exponerse al capricho de las armas, ni sumir á su patria en los horrores propios de una guerra civil.

Su orgullo se satisfacía con los honores casi divinos que se le tributaban en Oriente, con que Roma le contase entre el número de sus heroes y de sus señores, y con que se le dejase gozar tranquilamente de la crápula y de la orgía, á cambio de los sacrificios que siempre estaba dispuesto á hacer cuando sonase para su patria la hora del peligro.

Sin embargo, ya lo hemos dicho, su estrecha union con Octavia no habia sido el resultado de una política fria y calculadora, sino de un amor sincero, respetuoso y profundo.

Pero aun más que á su mujer amaba Antonio la autoridad de que estaba investido y la grandeza que le rodeaba. El astrólogo egipcio supo dominarle halagando sus pasiones y haciéndole creer, como en otras tantas virtudes, en sus propias debilidades; ordinario camino que siguen todos los aduladores.

Valiéndose de la supersticion á que Antonio era tan inclinado, le hizo creer que el hado de César era muy superior al suyo; que se hallaban en lucha constante; y que si no se aprovechaba de los consejos de la experiencia, puesto que César le vencía en todo, llegaria un momento en que pagase con la vida ó con la honra su sacrilega temeridad, pues los oráculos habian hablado misteriosamente, advirtiendo la inferioridad del hado de Antonio y el peligro que corria, si no se procuraba apartarle del de Augusto.



Antonio sintió todo el peso de su desgracia, y reconvino á los dioses por tanta crueldad. ¿Por qué permitieron su enlace con Octavia si eran tan contrarios sus destinos? Y ya que los intereses de la república, ó mejor dicho de los triunviros, habian aconsejado aquel casamiento, ¿por qué consintieron en que la amase como la amaba?

Pero era inútil perder el tiempo en vanas lamentaciones, y abandonarse á debilidades indignas de un corazón romano. Antonio no tenia valor para presenciar la amargura de Octavia, amargura que no le seria dado endulzar, porque un sentimiento de delicadeza le impedia comunicarle el verdadero motivo de su separacion, y prefirió ser víctima de una ofensiva sospecha á que Octavia fuese presa del horror que habia de causarle la noticia de que los dioses, enemigos de su tranquilidad, habian consentido su union con un hombre destinado á ser adversario irreconciliable de su raza.

Al partir para Oriente tomó la resolucion de olvidar sus pasados extravíos y encontrar el consuelo de que tanto necesitaba en la actividad de la vida pública, en el movimiento incesante de los negocios, y en las emociones terribles de la guerra.

Resuelto á cumplirlo, y temiendo que su debilidad le dominase, no quiso llegar á Alejandría y se detuvo en Siria para arreglar algunas diferencias pendientes entre aquellos príncipes, seguro de que allí no habia de perseguirle el importuno recuerdo de Cleopatra.

El astrólogo Mideo le pidió licencia para volver á Egipto, y Antonio, deseoso de que Cleopatra supiese que ya estaba curado radicalmente de su pasión insensata, se apresuró á concedérsela, encargándole que no ocultara en Alejandría,

ni el amor que profesaba á su esposa, ni el cambio que acababa de realizarse en sus costumbres.

El astrólogo prometió obedecer, y se encaminó á Egipto resuelto á cobrar á buen precio los importantes servicios que habia prestado á Cleopatra.

Habia anunciado su llegada, y la reina le esperaba con impaciencia.

Las puertas del palacio de Ptolomeo se le abrieron de par en par.

Al recibir Cleopatra el anuncio de que el astrólogo pedia licencia para besarle los piés, despidió á las damas y personajes de su corte que le acompañaban, y salió á su encuentro.

— ¡Cuánto has tardado! Le dijo. ¿Cómo has podido dejarme tanto tiempo en esta mortal ansiedad?

— Señora, no siempre se puede hacer lo que impacienta al deseo: los planes mejor combinados fracasan cuando no los desarrollan la prudencia y el disimulo. Mi primer deber era conquistarme la confianza de Antonio. Si desde el momento en que pusimos la planta en la tierra de Siria, hubiera manifestado deseos de venir á Egipto, probablemente habria sospechado de mí; quizas le habria ocurrido la idea de que ambos estábamos de acuerdo, y que yo habia venido á indicarte la manera de que recuperaras el dominio de su corazón.

— Dices bien: parece que lo he perdido y es preciso disimular para recobrarlo. Mi impaciencia porque termine esta situacion embarazosa me hará cometer mil necedades.

— Lo cual seria imperdonable en una mujer como tú.

— A la mujer se le dispensa todo.

— Las necedades á nadie. Mucho perderias si perudieses

tu superioridad; y si he de hablarte sinceramente, temo mucho que la hayas perdido.

— ¿Por qué?

— Porque una mujer superior no teme hacer necesidades sino cuando está enamorada. Si tú lo estás, como parece, esa será la necedad primera, y de la cual nacerán todas como de una madre comun.

— ¿Yo enamorada?

— Así lo parece.

— ¿Porque temo ser necia? Tranquilízate: yo amo á Antonio como amé á Julio César, como quise amar al hijo de Pompeyo, como acaso mañana amaria al mismo Octavio, hoy seguramente mi más implacable enemigo. Yo no soy más que una esclava que aspira á recobrar la libertad haciéndose dueña de la de su señor. Roma tiene dominado á Egipto. ¿Por qué Egipto, fingiendo que acepta el yugo, ya que no tiene fuerzas para romperlo, no ha de abatir con la planta la frente orgullosa de Roma? Ese altivo triunviro se da por satisfecho con la vanidad del título de dominador: yo le abandono el nombre y me quedo con el dominio real; yo no amo más que el poder; yo no obedezco otra ley que la de mi orgullo, y no aspiro á otra cosa que á dictar leyes al mundo entero.

— Si las pasiones no te han engañado con su lenguaje pérfido, si á toda fuerza sabes oponer la fuerza irresistible de la voluntad, fácilmente triunfarás de Antonio.

— ¿Eso crees?

— Eso te aseguro.

— Sin embargo, tus promesas no están muy conformes con mis noticias.

— ¿Qué te han dicho?



— Nada que pueda tranquilizarme. Que en solos dos años de ausencia han cambiado radicalmente las costumbres de Antonio; que ama con alma y vida á su mujer Octavia.

— Te han dicho la verdad.

— ¿Entónces?...

— Nunca podrás imaginarte cuánto trabajo me costó arrancarle de Tarento, donde le retenian los brazos amantes de esa mujer.

— Pero al fin conseguistes...

— Todo lo que me propuse: un corazon romano late siempre impulsado por la supersticion. Por no haber dado crédito el gran César á las supersticiones de Calpurnia, cayó acribillado de heridas al pié de la estatua de Pompeyo. Esta leccion terrible estará mucho tiempo grabada en la memoria de Roma. El amor obligata á Antonio á hacerse sordo á la voz imperiosa de los oráculos; pero no pudo triunfar de sí mismo, y al cabo cedió, y hoy está más cerca de tí que de Octavia.

— ¿Ignoras que para el amor no hay distancia ni tiempos, y que si por el mio dejó morir á Fulvia, por el de Octavia puede olvidarse de mí?

— Los hombres no se atreven á allanar obstáculos que han levantado los dioses. Antonio cree que los hados de Octavia son enemigos de los suyos é infinitamente más poderosos, y huirá de ella como quien huye de la fatalidad.

— ¡Ay astrólogo mio! Conoces muy bien los movimientos de los astros en su marcha constante; no hay secreto alguno que te lo haya ocultado la naturaleza; pero desengáñate, no has penetrado nunca los profundos misterios del amor; no sabes que busca dificultades para vencerlas, y

que si sucumbe, acepta con orgullo una muerte que considera gloriosa.

— ¿Ignoras tú que el caballo cuanto más fogoso más fácilmente se desboca, y que nada hay que pueda detenerle en su carrera? Los hombres no modifican su carácter, ni ejercen imperio alguno sobre su naturaleza. Antonio es inclinado al placer, y el placer le arrastrará siempre á donde no quiera ni deba ir.

— Lo que me importa es que el caballo no siga corriendo por el camino que acaba de emprender.

— No correrá, yo te lo aseguro.

— Los dioses te oigan.

— Está muy al principio de su carrera, y es fácil hacerle cambiar de rumbo. La vasija de barro no pierde nunca el aroma del primer líquido que contiene. Antonio romperá pronto la tregua que ha dado á sus instintos; no puede todavía amar sinceramente los placeres tranquilos del hogar doméstico; no puede haberse olvidado de los que tú le brindabas; está bajo el peso de una alucinación fugaz; su espíritu ha empezado á inflamarse con la luz de la verdadera vida; pero ha venido á rodearse de las tinieblas de la muerte, y no te faltará un narcótico con que sumirle en el sueño mortal.

— Bien sabes que no ha querido verme.

— Prueba irrecusable de que te tiene miedo.

— ¿Y debo yo ir á buscarle?

— No. Eso te perdería.

— Entónces...

— Deja que vuelva el halcón á perseguir á la paloma.

— ¿Cómo podrá ser eso?

— ¿Tú me lo preguntas? ¿No te acuerdas de la vez pri-

mera que Antonio vino al Asia? ¿Has olvidado ya el arte de las seducciones, que es compañero inseparable de la hermosura? ¿No era entónces tu enemigo? ¿No quiso pedirte cuenta del apoyo que habias dado á Casio y Bruto? ¿Qué medios empleastes para convertirle en tu esclavo?

— Hacerme desear.

— Pues haz lo mismo en esta ocasion. Si ya no estimas que la curiosidad puede ser poderoso aliciente; si crees que tu indiferencia no será bastante para engendrar el deseo en su corazon, procura herirle en el amor propio despertando los celos: esa es una cuerda sensible que nunca deja de responder cuando se toca.

— ¿Y hay acaso en toda el Asia un hombre que pueda causar celos á Marco Antonio?

— Lo hay, sí: ha salido de las cavernas profundas de Idumea; su condicion es dura y altiva como las montañas en que se ha deslizado su juventud; su ambicion grande como el espacio; sus medios de realizarla magníficos, si hay quien le tienda una mano protectora; su altiva frente, que no se ha doblegado al peso de la desgracia, reclama una corona, y más tarde ó más temprano cubrirá sus hombros con la púrpura régia.

— ¿Quién es ese hombre?

— Herodes, el gobernador de Idumea.

— ¿Herodes aspira á una corona?

— Y la tendrá, no lo dudes; su espíritu es osado y le protege el genio de la guerra. Judíos y galileos empiezan á llamarle el grande, porque protege y desarrolla las obras públicas; en todo se manifiesta magnánimo, y ha limpiado de bandoleros el país.

— ¿A qué corona aspira?



— A la de Judea.

— ¿Podrá arrebatársela á Hircanio?

— Lo hará si tú te encargas de tenderle la mano protectora que necesita.

— Yo no puedo hacer nada sin la aprobacion de Roma. ¿Qué pretendes, Mideo? ¿Acaso que yo comparta con Herodes el lecho de que hice desalojar á mi hermano?

— No tanto, señora. No intento más sino que Antonio vuelva á tu esclavitud.

— Explicate.

El astuto Mideo, que habia dado á la conversacion el giro que convenia á sus propósitos, creyó que no era prudente continuar llevando á Cleopatra como de la mano á la realizacion de su objeto, sin saber á ciencia cierta lo que ganaria en aquel arriesgado negocio, y permaneció callado á pesar de la orden que acababa de darle la reina.

Cleopatra, que estaba impaciente por conocer todo el plan del astrólogo, le dijo con acento alterado, é hiriendo con su pié diminuto la rica alfombra de la estancia:

— Vamos. ¿No ves que tu reina espera? Te he mandado que te expliques.

— Considera, señora, que juego la cabeza en esta partida, y quisiera saber... interrumpió Mideo con timidez aparente, pero en realidad con tono insinuante.

— ¿Cuál será el premio de tus servicios? ¿No es esto?

— Me has comprendido.

— Los tesoros de la reina de Egipto son inagotables; tráeme á Antonio rendido á mis plantas, y yo te daré tantas riquezas que puedas eclipsar el boato de un rey.

— No quiero tanto: me daré por satisfecho si influyes con Antonio en mi favor.

— ¿Qué deseas?

— Heredar á Herodes en el gobierno que dejará vacante, y luégo...

— ¿Luégo qué? ¿Aspiras tambien á una corona?

— ¿Quién sabe?

— Mucho vuela tu ambicion.

— Es ilimitado el campo de la fantasía. Pero, en fin... ¿me prometes?...

— Cuanto quieras.

— ¿No olvidarás tu promesa?

— Nunca.

— Pues bien, escucha mi plan. Herodes cree haber prestado servicios demasiado eminentes á su patria para considerarse recompensado con el gobierno de Galilea. Sabe muy bien que los judíos odian de muerte á Antígono, y que su tio Hircanio, actual gobernador de la Judea, no le perdonará nunca su vida licenciosa y desarreglada. Hircanio tiene una hija de singular belleza — perdona que la alabe delante de tí, — y Herodes aspira á su mano. Yo no sé si el amor ó la ambicion le guian: me inclino más á lo primero que á lo segundo... Herodes quiere desheredar á Antígono, y por el pronto suceder á Hircanio en el gobierno como marido de su hija.

— ¿Y despues?

— Despues hará valer en Roma el mérito que ha contraído, no sólo en el gobierno de Idumea y Galilea, sino tambien en los que interinamente ha ejercido en Samaria y una vasta region de la Siria, y en el mando supremo de los ejércitos de mar y tierra de aquellas provincias. Roma ha recompensado siempre con largueza á sus buenos servidores, y Herodes se promete pasar de goberna-

dor á tetrarca. Este será el primer escalon de su grandeza.

— No veo hasta ahora que pueda serme útil la ambicion de Herodes.

— No hay servidor tan leal como un ambicioso ántes de satisfacerse; no lo hay tampoco tan traidor como despues de satisfecho. Herodes sirve á Roma porque la necesita; pero si halla algun modo de realizar sus planes haciéndose popular entre los judíos, no pienses que lo despreciará. El poder de Roma vacila en Asia sobre sus débiles cimientos. Los parthos y los medos le tienen declarada guerra á muerte; otras naciones sólo esperan el momento favorable para sacudir el yugo; Egipto, tú lo has dicho, aspira á dominar por la intriga: ¿qué no haria con la esperanza de recobrar la libertad? Los judíos esperan al que ellos llaman el Mesías libertador para restituirles sus reyes descendientes de David, y abatir el poder de la nacion dominadora á que dan el nombre de *imperio impio*. Esta es la situacion de los pueblos que te rodean. Halaga las pasiones de aquellos que te pueden ser útiles. Haz entrever á Herodes la esperanza de que compartirás con él el tálamo nupcial y el trono de tus mayores; descubre ante sus ojos el inmenso panorama de grandeza que acabo de presentarte, y no lo dudes, entre Marianna la hija del gobernador de Judea, y Cleopatra la reina de Egipto; entre una tetrarquía dependiente de Roma, y el imperio del Asia con la gloria de haber vencido á los conquistadores del mundo, su eleccion es fácil de adivinar.

Cleopatra quedó un momento pensativa. Mideo la habia deslumbrado con sus palabras; pero no era mujer que se dejase arrebatar por la primera ilusion: comprendió todo lo que habia de fantástico en el plan de su astrólogo, y le dijo con firmeza:



— Mideo, eso es un delirio: tú sabes mucho, pero ignoras la ciencia de dominar á los pueblos y de dominar á los tiranos.

— ¿Te he aconsejado yo acaso que adoptes para tí el plan con que debes fascinar á Herodes? No, mi reina. Bien sé yo que si á Roma declarasen la guerra todos los pueblos asiáticos que la tienen en horror, el coloso de Occidente sucumbiría; pero sé también que eso es imposible: los odios internos y las prevenciones de raza son irreconciliables. ¿Pero de qué se trata aquí? ¿De fundar un imperio sin límites sobre las ruinas del romano, ó de que triunfes del olvido de Antonio?

— De eso último.

— Pues haz que conciba Herodes la esperanza de que se llamará tu esposo. Las conjuraciones que los príncipes forman entre sí para triunfar de un enemigo comun, siempre han permanecido secretas; ésta, por el contrario, debe ser pública. Que Antonio vea alzarse á su lado una figura capaz de arrebatarle su gloria; que te vea dispuesta á favorecer con tu amor á otro hombre, y el orgullo y los celos le traerán á tu lado amante y sumiso.

Cleopatra volvió á reflexionar. Ya no le parecieron delirios las proposiciones del astrólogo.

— Torpe he andado, le dijo; te negué la posesion de una ciencia en que eres consumado maestro, y debo pagarte tanto mejor cuanto más te he desconocido. Debí tener presente que me pedias por premio de tus servicios, mi influencia en tu favor para con Antonio, y considerar desde luego que á otro fin se encaminaban tus planes, porque en caso contrario hubieras querido la influencia para con Herodes.

— Para con ese hombre, jamas.

Mideo pronunció estas palabras con un acento tal, que demostraba bien claramente que entre él y el ambicioso gobernador de Galilea mediaban abismos insondables, que ningun poder humano hubiera sido bastante para hacerlos desaparecer.

— ¿Le odias? Preguntó Cleopatra.

— Con todo mi corazón, con toda la fuerza de un odio concentrado y que no tiene motivo para estallar.

— ¿Qué mal te ha hecho?

— ¿Odias á Octavia?

— ¿Puedes preguntármelo?

— ¡Y no amas á Antonio! ¡No te llevan á él más que la ambicion y el orgullo! ¿Qué no me sucederá á mí que adoro á Marianna, que cifro en ella mi vida, mi gloria, mi ambicion entera, y veo desvanecerse todas mis ilusiones como se desvanece la niebla ante los rayos del sol?

— ¡Tú enamorado, Mideo!

— ¿Te figuras que los que vivimos consagrados á la ciencia no tenemos corazón? ¿Se han puesto blancos mis cabellos? ¿Está helada la sangre que circula por mis venas?

— ¿Y la hija de Hircanio te corresponde?

— Mi orgullo es tanto, que yo no la amaria de otra manera.

— ¿Y cómo pudistes llegar hasta su altura?

— Ella descendió hasta mí; para elevarme hasta ella ambiciono el gobierno de una de estas provincias.

— Lo tendrás, si Antonio vuelve á ser mio.

— Antonio obedecerá á la ley de la naturaleza, como he obedecido yo, como obedeció Marianna, como obedecen todos los mortales.

— Mucho excitas la curiosidad de una mujer, ¡insensato!

¿No sabes que soy tu reina, y que puedo obligarte á descubrir tu secreto?

— ¿Para qué? El hombre que ama goza hablando de su monomanía. Una indicacion tuya seria bastante para hacerme mi confidente. Yo necesito los consejos de una mujer.

— Habla.

— Escucha: tal vez mi historia será para tí un cuento entretenido y sabroso.



# BRITISH MUSEUM

## BRITISH MUSEUM

The British Museum is a public institution that houses a vast collection of natural history, art, and cultural artifacts. It is one of the largest and most important museums in the world. The museum's collections are spread across several buildings in London, including the main building in Bloomsbury. The British Museum is open to the public and is a popular destination for tourists and locals alike. It is a place where you can learn about the history of the world and see some of the most famous objects in existence. The museum's collections include everything from ancient Egyptian mummies to modern art. It is a place where you can see the world's most famous objects in person. The British Museum is a place where you can learn about the world and see some of the most famous objects in existence. It is a place where you can see the world's most famous objects in person. The British Museum is a place where you can learn about the world and see some of the most famous objects in existence. It is a place where you can see the world's most famous objects in person.

---

## LIBRO SEGUNDO.

### ABNEGACION.

---

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### UN VIAJERO MISTERIOSO.

Cleopatra se dispuso á escuchar á Mideo con ese profundo interes que siempre despierta en las mujeres cualquiera historia de amor. El astrólogo comenzó su relato de esta manera:

— Hace dos años cruzaba yo en alegre caravana el agreste y pobre territorio de la tribu de Nephtalí<sup>1</sup>. Mi amor á la ciencia me habia llevado al monte Líbano en busca de plantas medicinales, y me dirigia á Jerusalem con objeto de asistir á las fiestas con que celebran los judíos la conmemoracion de su templo. Multitud de comerciantes de la Siria, de la Arabia y de la Armenia llevaban á vender á Jerusalem sus perfumes, sus púrpuras, sus brocados y sus pieles de tigres y de armiños.

Por mi parte nada tenia que temer de las cuadrillas de bandoleros que, ocultos en las grutas de las rocas, en la es-

---

<sup>1</sup> Galilea.

pesura de los bosques y en las profundas quiebras de las montañas, esperaban al caminante para despojarle de sus tesoros y quizás de la vida; pero no todos los viajeros se encontraban en el mismo caso que yo. Algunos que emprendían aquel largo y penoso viaje con un objeto de lucro, llevaban toda su hacienda á espaldas de sus camellos, y se habían hecho seguir de un número considerable de esclavos, armados con todas armas para resistir ventajosamente á cualquiera ataque de los forajidos.

De tiempo en tiempo distinguíamos en la cresta de una empinada montaña, á la manera del nido del águila suspendido sobre el abismo, las murallas almenadas de algun castillo solitario, desde donde los soldados de Herodes velaban por la seguridad de la comarca. Al distinguirnos el jefe de aquellos vigilantes protectores de los viajeros, mandaba á algunos de los suyos para que nos sirviesen de escolta en los tránsitos más peligrosos, y nosotros los recibíamos cariñosamente, aceptando con júbilo sus servicios, y les demostrábamos nuestra gratitud haciéndoles participar de cuanto delicado y sabroso llevábamos en la caravana.

Pero estos auxilios, debidos al celo de un gobernador ansioso de popularidad, fueron desapareciendo á medida que nos acercábamos á las fronteras de Galilea; al penetrar en el territorio de Judá, el peligro se hacia inminente, porque Hircamio, ménos previsor que Herodes, no tenia dispuestos soldados que protegiesen la seguridad del camino; sin embargo, no era á los bandoleros á quienes debíamos temer: nuestros enemigos venian con nosotros en la caravana.

Haciéndose pasar por un rico comerciante armenio, se habia unido á nosotros en las cercanías de Jaffa, un hombre que viajaba con el boato de un príncipe. Formaban su



escolta sesenta esclavos, que llevaban de la brida los ligeros caballos que habian corrido libres en las dilatadas llanuras de la Arabia.

Parecia hombre poco comunicativo; unas veces se quedaba muy atras del grueso de la caravana, y otras se adelantaba en descubierta, como si le molestase el trato frecuente de sus compañeros de viaje. Durante la noche, ó cuando buscábamos un abrigo contra los ardores del sol, á la regalada sombra de las palmeras y terebintos, el comerciante armenio hacia desplegar sus tiendas lejos de nosotros, y si algun indiscreto se acercaba á interpelarle sobre los motivos de su extraña conducta, ó contestaba con un seco monosílabo, ó envolviéndose en la capucha de su rojo alquicel, le volvia la espalda sin contestarle.

Era inútil preguntar á sus esclavos para descifrar el misterio en que se envolvía aquel hombre: siempre tenian á mano una ingeniosa evasiva para dejar burlada nuestra curiosidad.

Habia observado que en nuestros descansos nocturnos, solamente dormia la mitad de la comitiva del armenio; los otros esclavos velaban alrededor de nuestras tiendas, ó por fuera del edificio que nos daba abrigo, como haciéndonos objeto de un particular y detenido espionaje.

Tan significativa llegó á hacerse aquella misteriosa conducta, que recelando algun mal de los propósitos del armenio, comuniqué mis sospechas á uno de nuestros compañeros de viaje llamado Josefo, judío de nacion, alegre de carácter, inclinado á las aventuras, y ménos intransigente que los de su raza para con aquellos que llaman idólatras.

Josefo participaba ya de mis temores, y resueltos ambos á despejar la incógnita en que se envolvía aquel extraño

personaje, convinimos en que habíamos de espíarle, con tanto cuidado por lo ménos como él vigilaba las más inocentes acciones de la caravana.

Habíamos entrado ya en las pintorescas montañas de la Judea; la vacilante luz del crepúsculo apénas nos permitía distinguir la estrecha senda que, retorciéndose como una serpiente por entre aquellos ásperos desfiladeros, borda insondables precipicios, se asoma á las vertientes de las cataratas, se pierde entre la verde alfombra de los valles, y vuelve á aparecer en las montañas, como indicando al viajero los mil peligros á que se expondría atreviéndose á cruzarla en las tinieblas de la noche.

Oíase á lo léjos el penetrante aullido de los chacales, y el sordo rugido del vendabal, mezclándose al agudo silbar de las aves nocturnas, cuyos ojos brillaban entre las rocas como otras tantas luces siniestras que hubiesen brotado del averno, poniendo espanto en el corazón del más fuerte y animoso. Seis horas de marcha nos faltaban todavía para llegar al primer lugar habitado por hombres. Era imposible proseguir, y decidimos pasar la noche bajo el frágil techo de nuestras tiendas.

A la hora en que consideramos que todos nuestros compañeros estarían descansando de las fatigas del día, Josefo y yo, envolviéndonos en nuestro manto para no ser reconocidos, salimos á espíar al comerciante armenio.

La oscuridad de la noche nos protegía. Hubiera sido imposible distinguírnos á dos pasos de distancia; sin embargo, recatándonos prudentemente y deslizándonos sin hacer ruido por entre los jarales que servían de muralla al campamento, llegamos á la tienda del hombre que tanto excitaba nuestra curiosidad.

En el centro de ella ardía una lámpara romana. El armenio, sentado sobre cogines de Persia, saboreaba el delicioso *asthisym*, y conversaba amistosamente con un hombre que se mantenía de pié á dos ó tres pasos de distancia, y en actitud respetuosa. Durante el día estaba confundido entre los esclavos; pero la familiaridad con que le hablaba el armenio nos convenció muy pronto de que era su confidente.

Echándonos al suelo para que nadie pudiera distinguirnos, nos acercamos á la tienda y sorprendimos la conversacion de aquellos dos hombres.

— Temo, señor, le decía el fingido esclavo, que somos demasiado precavidos, y el exceso de nuestro cuidado hará al fin sospechar á los que nos acompañan.

— ¡Vano temor! Exclamó el armenio. Esos viajeros nada pueden recelar de nosotros.

Este país está infestado de ladrones; es cosa natural que unas caravanas se agreguen á otras para protegerse mutuamente en el momento del peligro. Entre personas desconocidas y de países diferentes, es natural tambien la reserva; la carga de nuestros camellos viene cubierta de sedas y brocados; me tendrán, es seguro, por un comerciante avaro que de todo el mundo recela la traicion. Deja esos vanos temores, y vamos á lo que importa. ¿Qué tal has cumplido con mi encargo? ¿En tres días eternos de jornada no has encontrado el momento favorable de dar el golpe?

— Imposible, señor; nadie mejor que tú sabe que para la mujer hebrea no hay descuido ni abandono. Marianna viene con nosotros; á pesar del cuidado que tiene en recatar el rostro con el velo para que en él no se fijen las indiscretas miradas de los hombres, la he conocido, y puedo asegu-



rarte que ella te ha conocido tambien, y aun adivina tus intenciones.

— Deliras : aunque nos ligan vínculos de parentesco, Marianna sólo me ha visto una vez, y de pasada, en el coliseo de Roma ; no me parece verosímil que recuerde mi semblante ; me vió entónces con la túnica y el taled israelita : hoy me encuentra con el traje de los comerciantes de Armenia ; ademas, me supone peleando con los invencibles parthos ; no es posible que se le haya ocurrido la idea de que la sigue su primo Antígono.

— Por extraño que te parezca puedo asegurarte, señor, que no son infundados mis temores. Desde el segundo dia en que caminamos juntos, he observado que Marianna se guarda cuanto puede de nosotros ; en las poblaciones del tránsito ha aumentado su escolta, y por las noches vigilantes centinelas defienden su tienda.

— Escrúpulos de la honestidad.

— O temor que de nosotros abriga. Mi consejo vale poco, pero debo hablarte con sinceridad : lo que hayas de hacer al fin, nunca lo dejes para mañana. Hircanio es tu enemigo irreconciliable ; á tu amor ó á tu ambicion, que no intento averiguarlo, conviene ser esposo de Marianna ; no te queda otro arbitrio que el de la fuerza ; pues bien, apelemos á ella y decidase de una vez el destino.

— No quiero exponerme á perderlo todo obrando con ligereza ; ten calma : tal vez mañana encontraremos á nuestros amigos y podremos dar el golpe sobre seguro ; nada perdemos con esperar.

— Advierte que sólo tres dias nos faltan para llegar á Jerusalem, y ante los muros de la ciudad sagrada te será poco ménos que imposible realizar tu propósito.

— Pues bien, dijo el armenio despues de reflexionar un instante, y con el acento del hombre que ha tomado su resolucion; yo sé que igualas al leon en la fortaleza, al tigre en la astucia y en la intrepidez. Muéstrate ahora como siempre has sido: monta á caballo, haz que te sigan media docena de esclavos de tu confianza, y aventúrate por entre esos breñales para dar aviso á nuestros amigos de que mañana nos esperen ya entrada la noche ocultos entre las sinuosidades de la roca Negra. La caravana no se detendrá hasta llegar al valle que se extiende al pié de la montaña, y allí será seguro el éxito de nuestra empresa.

— ¡Y por qué no hemos de provocar la suerte esta misma noche? Las gentes que forman la caravana son pacíficos comerciantes, inofensivos peregrinos, que no intentarán resistir al ímpetu de nuestras armas. Acometamos sus tiendas, y yo te prometo la victoria.

— Estamos aun muy léjos de mi castillo: emprender la jornada de noche por estos ásperos terrenos, con mujeres y sin poder detenernos un instante, seria loca temeridad. Haz lo que te he dicho.

El confidente inclinó con respeto la cabeza, y esperó en silencio un breve rato las órdenes de su señor; Antígono le despidió con un ademan, y él, cruzando los brazos y haciendo una reverencia profunda, se dispuso á salir de la tienda.

La curiosidad nos habia llevado hasta la misma puerta; la conversacion habia concluido cuando ménos lo esperábamos: no habia medio de evitar el encuentro con el hombre que salia. Quisimos huir, pero huyendo nos perdíamos irremisiblemente. Con esa lucidez que á veces comunica á la imaginacion la inminencia de un peligro, comprendimos que nuestra única salvacion consistia en arrostrarlo con frente

serena. Confiábamos en que á favor de la oscuridad nos seria fácil pasar por esclavos del armenio, y paseamos tranquilamente como si se nos hubiese encargado vigilar la tienda.

Fué vana nuestra esperanza. Distinguiendo el confidente dos bultos entre la sombra, se adelantó hácia nosotros para reconocernos. Le dejamos llegar, resueltos en todo caso á venderle caras nuestras vidas.

Se encaró con Josefo y le dirigió algunas palabras en un idioma que nos era desconocido: creo que hablaba en etiope. Josefo, no pudiendo contestar, y comprendiendo que aquel silencio nos denunciaba, cambió conmigo una señal de inteligencia. Rápidos como el pensamiento, desnudamos nuestros puñales damasquinos poniéndolos al pecho de aquel hombre que léjos de inmutarse dió un salto atras, y desnudando su espada se defendió valerosamente.

Mas como éramos dos contra uno, el triunfo debia ser rápido y completo. En el mismo idioma que no habiamos podido comprender dió un grito, y como si los hubiese vomitado la tierra, nos vimos rodeados de esclavos amenazándonos con sus puñales.

Viendo de tal manera trocada la suerte y tan imposible para nosotros la resistencia, apelamos al mismo recurso que el confidente del fingido comerciante armenio: dimos la voz de alarma á los nuestros, y confiamos nuestra salvacion á la fuga.

Favorecidos por la profunda oscuridad de la noche, la escabrosidad del terreno y la espesura de los matorrales, fácil nos fué salvar la distancia que nos separaba de nuestro campamento.

Habian oido nuestros gritos de alarma. Creyendo los co-



merciantes que nos acompañaban que serian producidos por la proximidad de alguna partida de ladrones, se habian puesto en estado de defensa. No tardaron en llegar los esclavos que nos seguian; su actitud amenazadora confirmó las sospechas de nuestros compañeros, y no tardó en trabarse un combate cuerpo á cuerpo, que fué verdaderamente horrible, tanto por la saña de los que peleaban, como por la confusion que producian las tinieblas.

Yo encontré medio de acercarme á la tienda de la mujer de quien presumia que fuese la perseguida Marianna. El fragor del combate habia despertado á su comitiva: á la puerta estaba un venerable anciano de luenga barba, como los hijos del profeta que habitan en las grutas del monte Carmelo. Sin noticias ciertas de lo que sucedia, no acertaba con el partido que deberia tomar.

Confundiéndome con alguno de los enemigos intentó cerrarme el paso, dando órden á los esclavos para que me resistieran; pero el verme solo, y algunas palabras amistosas que le dirigí, le tranquilizaron.

— Respóndeme, le dije: ¿se llama Marianna la jóven hebrea que venís custodiando?

— Habla de ella con respeto, me contestó: es hija de Hircanio, el poderoso tetrarca de la Judea.

— Lo sé. Vengo á avisaros de un peligro que la amenaza: el comerciante armenio que ha venido con nosotros es Antígono, y se propone robarla: sus gentes me han sorprendido descubriendo su secreto; me han seguido para matarme, y los nuestros los resisten tomándolos por ladrones. Aprovéchate, anciano, de estos momentos de confusion: si quieres salvar á Marianna, monta á caballo y corre con ella en direccion opuesta. Nada te importen los peligros que

pueden amenazarte en las montañas; ninguno hay tan grave como el que aquí te está reservado. Huye tranquilo, y nuestros pechos serán murallas en defensa de esa jóven.

Movida por el espanto, quizas porque habia oido las breves palabras que cambié con el anciano, Marianna salió á la puerta de la tienda rodeada de algunas esclavas, que con voz que la angustia hacia poco ménos que ininteligible, me preguntaban por la causa de aquel tumulto. Satisface brevemente su legítima ansiedad.

La luz de la lámpara que pendia del centro de la tienda, iluminaba aquella escena con vagos y débiles resplandores.

A favor de aquella temerosa claridad, que pugnaba en vano por romper las tinieblas, pude distinguir la peregrina belleza de Marianna. Hermosas eran sus esclavas, como lo son en general las mujeres judías; pero la hija de Hircanio se destacaba entre todas como la blanca y erguida azucena entre el menudo césped de los prados.

El anciano le pidió consejos, y ella optó por el mio. El rumor de la pelea se iba acercando cada vez más, y no habia un solo instante que perder.

En estos viajes peligrosos parece poca toda precaucion; y los viajeros, recelosos de verse acometidos durante la noche por las hordas de bandoleros que infestan el país, no descansan sin tener los caballos ensillados, prontos para la fuga, y el puñal y la espada dispuestos para la defensa.

Pero toda la presteza con que quiso Marianna ponerse en salvo fué inútil.

Comprendiendo Antígono que habiéndose descubierto su secreto habia de peligrar el éxito de su empresa, mandó á una mitad de sus esclavos que sostuviese tenazmente el

combate, mientras él, al frente de los otros, se adelantó para robar á Marianna.

Esta y el anciano, en el momento de emprender la fuga, se vieron rodeados por Antígono y los suyos. Allí, como en la parte opuesta del campamento, se organizó instantáneamente la resistencia.

Por una y otra parte fué desesperada: nosotros, ménos en número, cedíamos al salvaje ímpetu de nuestros contrarios; sin embargo, la desesperacion nos daba fuerzas para resistir.

Un golpe certero hirió al anciano, que cayó bañado en su sangre. La muerte de aquel jefe valeroso acabó con el esfuerzo de los que le obedecian. Huyeron cobardes ante los esclavos de Antígono, y quedamos abandonados á la venganza del vencedor.

Cuatro hombres se arrojaron sobre mí, y acometiéndome de frente y por la espalda lograron desarmarme; ataron mis brazos con fuertes ligaduras, y haciéndome montar á la grupa de un caballo que conducia el confidente á quien ví en la tienda de Antígono, nos alejamos casi al escape de aquellos sitios de horror.

Yo no habia tenido tiempo más que para ver que Marianna habia caido al suelo: ignoraba si desfallecida ó víctima de algunos de los golpes que los ciegos combatientes descargaban á la ventura.



---

## CAPÍTULO II.

---

### EL CALABOZO.

Mideo continuó en estos términos el relato de su extraña aventura. Cleopatra le prestaba cada vez más atención.

— Diríase que el caballo en que me arrebatában era el mismo que incendió á Troya. A medida que nos alejábamos se aumentaba la velocidad de la carrera. Para aquel prodigioso animal no había obstáculos ni tinieblas: veloz como la flecha despedida del arco, saltaba zanjas y barrancos, huía de los precipicios, rodeaba las rocas, y sin detenerse, sin desmayar un momento, cada vez más intrépido y brioso, dejaba atrás montes y llanuras, ríos y torrentes que pasaban ante mis ojos como una legion interminable de fantasmas que nos amenazaban con sus salvajes gritos de guerra.

El pavoroso ruido que hacían las aguas al precipitarse desde las alturas de una roca, el bramido del huracán que soplaba violento como para empujarnos en nuestra frenética carrera, prestaban á aquella naturaleza imponente un lenguaje terrible y amenazador.

Yo no podía explicarme el misterio de la conducta que seguían conmigo. ¿Por qué aquellos hombres no me habían

matado como parecia natural? Si no querian derramar sangre inútilmente, ¿por qué no me habian dejado en el campamento? ¿A dónde me conducian? ¿Con qué objeto? Preguntas eran éstas á las cuales no podia dar ninguna contestacion.

Verdad es que desde el momento en que empezó á parecerme sobrenatural cuanto me sucedia, á no explicarme la fácil carrera de nuestro caballo por un sitio en que ni aun con la luz del medio dia se puede andar más que al paso y con cuidado prolijo, porque la muerte amenaza al viajero á cada instante, perdí juntamente la razon y la serenidad; tuve miedo, y un temblor convulsivo se apoderó de todo mi sér. Para colmo de horror, la tempestad que durante todo el dia habian estado presintiendo los camellos con su agitado resollar, estalló violenta, ahogando con sus truenos pavorosos los mil ruidos amenazadores de aquella soledad imponente, los mil gritos de aquellos fantasmas que tanto horror infundian á mi espantado espíritu. La luz siniestra de los relámpagos los iluminaba á intervalos, revistiéndolos de formas que cambiaban á cada instante, y eran cada vez más fantásticas y terribles.

Cerré los ojos para librarme de aquellas visiones infernales; pero vano recurso: la imaginacion las reproducia aumentando su horror. Procuré entablar alguna conversacion con el hombre que guiaba el caballo, pero inútilmente; permanecia tan mudo como si fuese de piedra.

Ignoro cuánto tiempo corrimos, y qué distancia habríamos salvado; sólo tenia la seguridad de que nos hallábamos muy lejos del sitio de nuestra catástrofe. La oscuridad de la noche y mi propia confusion no me permitian apreciar ni remotamente el rumbo en que habíamos caminado.

Al fin detuvo su carrera aquel prodigioso animal, que por mi cálculo en pocas horas hubiera podido conducirnos al otro extremo del mundo. El armenio tocó por tres veces y de una manera particular una trompa de caza. Inmediatamente contestó otra trompa, y ví brillar una luz á corta distancia de nosotros.

Avanzamos al paso y nos detuvimos por segunda vez; entónces oí ruido de cadenas, como si estuviesen tendiendo un puente levadizo, y me pareció distinguir entre la oscuridad las murallas y torreones de una fortaleza.

Así era en efecto: segun pude inferir, habíamos llegado á uno de los castillos cuya guarnicion se mantenía por Antígono contra la autoridad legítima de Hircanio. Comprendí que lejos de retroceder nos habíamos internado en la Judea, y ya no me quedó duda de que mis agresores, al respetarme la vida, no habian tenido otro objeto que el de hacerme expiar mi indiscrecion con tormentos mucho más espantosos que la muerte misma.

Tan luégo como pasamos el puente se acercaron dos soldados judíos y me ayudaron á bajar del caballo. La natural molestia de aquella jornada me habia entumecido tanto, que no pude tenerme de pié.

— Recoged ese hombre, dijo el armenio con voz imperiosa, y llevadle al último aposento de la torre del Homenage. ¡Infeliz de quien cambie una sola palabra con él! Su cabeza será el precio de su temeridad.

Los soldados obedecieron sin contestar una sola palabra. Cargáronme sobre sus hombros, y animado por ese destello consolador de esperanza que no nos abandona ni en las situaciones más sombrías de la vida, me felicité de la resolucion del armenio, olvidándome de que lo más probable seria



que, á fuerza de malos tratamientos, me hicieran desear la muerte como una suprema felicidad.

Despues de atravesar el patio de armas y extensos salones, subimos una escalera estrecha y retorcida que con grande dificultad hubiera permitido el paso á dos hombres de frente. Poco ménos que á empellones tuvieron que subirme. No me habian libertado de mis ligaduras, y por mi parte aun no habia podido recobrar sino muy torpemente el uso de los miembros.

Aquella escalera que parecia interminable, iba á morir en un estrecho pasillo, donde á favor de la antorcha de resina que llevaban mis carceleros, pude distinguir una pequeña pero maciza puerta forrada en bronce. No dudé que seria la de mi prision.

Dos veces habia intentado informarme del lugar en que me hallaba y de la suerte que probablemente me esperaria: la primera se contentaron con no contestarme; á la segunda desnudaron sus puñales, dándome á entender con un ademan demasiado expresivo, que si volvia á importunarles con preguntas lo sepultarian en mi pecho.

Uno de los soldados abrió la pesada puerta, que al girar sobre sus goznes produjo un quejido seco y lúgubre, como el de la losa que cae sobre el sepulcro; del fondo de mi prision salió un ambiente fétido que me recordó tambien el aliento que exhalan las tumbas; otro de los soldados me empujó hácia la estancia: yo rodé por el frio pavimento; la puerta se cerró tras de mí, y oí el pesado rumor de los pasos de mis carceleros que se alejaban en el mismo desesperante silencio con que me habian conducido á aquella mazmorra. Imposible seria dar una idea de mi desesperacion al verme reducido á aquel miserable estado; sin embargo, el

cansancio y la fatiga fueron más poderosos, y al cabo de una hora languidecieron mis miembros y se cerraron mis párpados, sin que bastara tampoco á impedirme el sueño cierto ruido monótono y constante, muy parecido al que hiciera en su rotacion un torno de madera movido por alguna mano cansada ya de tan pesado ejercicio.

Ignoro las horas que pasaria en aquella especie de letargo, que debió ser muy profundo, porque no sentí entrar á mis guardianes que vinieron á traerme el alimento que debia servir para prolongar mi martirio.

Por una ventana practicada cerca del techo, penetraban en el calabozo algunos rayos de debilitada luz, que por brillar con todo su esplendor á la parte opuesta de la ventana, y penetrar en la estancia ya muy desvanecidos, me hicieron comprender que eran muy espesos los muros de aquella cárcel sombría. ¿A dónde daba aquella ventana? No lo podia calcular: el silencio que me rodeaba era aun más profundo que las tinieblas; solamente no dejaba de percibir un solo instante el ruido acompasado del torno.

A favor de aquellos rayos benéficos de luz, que venian á traerme como un recuerdo del mundo alegre de donde me habian arrancado, pude reconocer mi prision: la puerta estaba tambien por dentro forrada con planchas de bronce, á las cuales toqué por curiosidad, y pude convencerme de que eran de un espesor extraordinario; la construccion de las paredes me dió tambien una idea casi exacta de cuán macizos eran los muros, formados con enormes piedras, así como el techo y el pavimento; un banco tambien de piedra era lo único que me podia servir de cama, y al pié de este horrible lecho me habian dejado mis verdugos un pan de centeno y cebada, y un cántaro de agua.

Las paredes estaban lisas y bruñidas, como si fuesen de alabastro, y se estrechaban hácia el techo, bien porque lo exigiera así la construccion exterior de la fortaleza, bien porque se hubiera querido imposibilitar á los más ágiles de subir hasta la ventana para procurarse la fuga. Inútil precaucion: las paredes eran muy elevadas é imposible el ascender medio codo por aquella tersa superficie, aunque estuviere inclinada en sentido contrario.

Pero no se reducía á esto solo el horror de aquella mansion espantosa: hacinados en unos de los rincones, ví restos de osamentas que me parecieron humanas. Lo eran en efecto: algunos desgraciados que me habian precedido, murieron allí probablemente de desesperacion, y sin encontrar una tierra piadosa que recogiese sus cenizas, ó un soplo amigo del aquilon que las esparciera para que nadie pudiese profanarlas.

Hubiera sido locura pensar que me estaria reservada otra suerte.

La escasa claridad que penetraba por la ventana se fué debilitando por momentos hasta dejarme en la oscuridad más profunda; solamente mirando al hueco podia distinguir una claridad dudosa, como los últimos resplandores del crepúsculo.

Pero aquella claridad desapareció tambien, y entónces mi imaginacion, prestando forma y vida á aquellos despojos mortales, los convertia en fantasmas terribles y amenazadores, tanto más espantosos, quanto era ménos posible en aquel reducido recinto librarme de su porfiada persecucion.

Algunas veces, reuniendo toda mi fuerza de voluntad, lograba desvanecer aquellas visiones; pero el triunfo era momentáneo: tenian su mundo en mi imaginacion, y la imagi-



nacion, apénas desvanecidas, volvía á recogerlas para darles nueva forma, cada vez más lúgubre y más imponente.

Todavía no puedo explicarme cómo no sucumbí á tanto horror.

Porque el espanto no me daba un solo instante de tregua: cuando aquellos fantásmas desaparecian, la seguridad de que muy en breve mis despojos mortales habian de servir tambien para hacer horrible la agonía de otro prisionero, me helaba la sangre en las venas.

Y en tanto, el acompasado crujir del torno no dejaba un instante de resonar en mis oídos, como si para aquel débil rumor los macizos muros fuesen un obstáculo menor que el que pudiera oponerles un tapiz tejido con débiles hojas de palmera.

En aquella situacion de angustia suprema y de continuo sobresalto, sólo el recuerdo de Marianna, la duda en que estaba respecto á su suerte, la impaciencia por penetrar aquel profundo misterio, y el temor de descubrir una verdad aun más desconsoladora que la misma duda, me daban fuerzas para sobreponerme á mi desgracia, y para olvidar-me por un momento de los peligros reales que me amenazaban, y de los imaginarios que incesantemente creaba mi fantasía.

Como en la noche anterior, sentí que empezaba á rendirme el sueño; hice esfuerzos increíbles para no sucumbir, porque temia que con el sueño viniese la muerte, ó que exaltada la imaginacion por el mundo de fantasmas en que habitaba, y rotos los poderosos frenos de la voluntad, habia de despertarme loco.

Dí grandes paseos por la prision; me causé dolores agudos dándome golpes y clavándome las uñas hasta hacerme

saltar la sangre, y me humedecí repetidamente los ojos y la cabeza. Todo inútil: una fuerza irresistible me empujaba al sueño, y caí desplomado como habia caído en la noche precedente.

Al despertarme, lo primero que ví fué que habian renovado mi frugal alimento.

El ruido del torno continuaba sonando con su desesperante monotonía, y bendije su tenacidad, porque arrastrando mi imaginacion á un órden muy diferente de ideas, curioso de averiguar la causa que lo producía, la apartó casi por completo de los fantasmas aterradores de la víspera.

Sin otras alternativas se deslizó mi existencia por espacio de tres ó cuatro dias.

No hay infortunio, por grande que sea, á que el hombre no consiga acostumbrarse. Llegué á familiarizarme tanto con los horrores de mi prision, que me divertian los entretenimientos más pueriles. Conté mil veces los pasos que habia de distancia de un extremo á otro del calabozo, el número de sillares que formaban los muros; calculé con exactitud matemática los grados que podría tener la concavidad de la bóveda, y pasaba horas enteras imaginando los medios más insensatos de evasion, allí donde la libertad era punto ménos que imposible.

A estos ensueños de la fantasia se mezclaba siempre la imágen seductora de Marianna. Yo me figuraba que, merced al resultado de una de mis ingeniosas y atrevidas combinaciones, lograba romper la puerta de la prision, donde indudablemente la tenia encerrada Antígono; que juntos saltamos de aquella inexpugnable fortaleza, y con el auxilio de alados corceles, llegábamos á regiones de eterna felicidad, donde libres de temores y cuidados, gozábamos todas



las delicias que el amor tiene reservadas á la juventud.

La constancia de este pensamiento, única ventura en medio de tanta agonía, depositó en mi alma el gérmen de una pasión que desde entónces ha dominado todos mis sentidos.

Llamó poderosamente mi atención la circunstancia de que todas las noches á una hora determinada, el sueño me acometía con fuerza irresistible, y de una manera que nada tenía de natural: experimentaba todos los efectos de un narcótico; á nadie veía entrar en mi prisión que pudiera dármele, y sin embargo, la ciencia me convencía de que no era infundada mi sospecha.

Al día siguiente, cuando los benéficos rayos del sol penetraron tímidamente por mi ventana, me pareció observar un extraño fenómeno que me llenó de espanto.

El muro que daba frente á la ventana parecía haber avanzado hasta estrechar dos codos la habitación. Dominando el primer ímpetu de la sorpresa, me convencí de que aquella idea no podía ser más que un delirio. Fijé mis ojos en el muro, y percibí en él perezosas ondulaciones; creí que la habitación se desplomaba; haciéndome superior al terror, la reconocí detenidamente: no presentaba señal alguna de ruina, y sin embargo, yo continuaba viendo vacilar el muro; me parecía que avanzaba hácia el otro colateral, y no pudiendo explicarme aquel prodigio, quise apartar de mi frente las nieblas que de seguro ofuscaban mi inteligencia.

Y el maldito ruido del torno continuaba resonando; cada vez lo oía más cercano, más amenazador y más terrible.

Para curarme de mi propia locura, decidí someter mis visiones á una prueba material. Ya he dicho que había contado mil veces los piés que comprendía el espacio de un extremo á otro del calabazo. Antes de observar el raro fe-



nómeno que acabo de describir, habia contado diez y siete; al hacer la prueba sólo conté catorce.

Ante aquella demostracion ya no era posible la duda.

¿Qué genio desconocido, qué fuerza superior á todos los esfuerzos humanos y á todas las leyes de la naturaleza, podian empujar aquel muro compuesto de macizos sillares?

Evidentemente lo que estaba viendo no tenia de sobrenatural más forma que la que le daba mi fantasía; allí habia oculta alguna causa natural, y me la hizo sospechar el ruido del torno.

Me acerqué al muro para reconocerlo: al poner en él las manos no percibí el grano de la piedra, y sentí un frio muy parecido al que produce un cuerpo metálico; di en él un golpe, y produjo un sonido argentino que tardó mucho tiempo en debilitarse.

Lo que me habia parecido muro era una inmensa plancha de hierro que, avanzando lentamente, impulsada por un motor desconocido, iba estrechando las distancias.

Lo que yo habia imaginado torno era la máquina que movia aquella mole de hierro.

Todo lo comprendí: mis verdugos iban á arrebatarme la vida lentamente por medio de una de sus infernales máquinas de tormento.

Aquella plancha continuaria avanzando, haciéndome perder terreno, hasta reducir la prision á las más exiguas proporciones; mi agonía seria lenta y penosa; poco á poco me iria faltando aire que respirar; no tendria al fin espacio donde moverme, ni aun me quedaria el recurso de volver la cabeza para no presenciar el suplicio, porque el horror atrae la vista como el iman al acero.

Una década habia ya transcurrido, y la plancha de hierro

en todo ese tiempo apenas adelantó tres codos. ¿Cuánto tardaría en acercarse á mí, en helar con su frio contacto hasta la última fibra de mi corazón? Cuanto más lenta era su marcha, más desesperadora debía ser mi agonía.

El cálculo del artífice que habia imaginado aquella máquina infernal, dispuso que su movimiento fuese cada vez más pausado en vez de progresivo, para hacer más duradero y horrible el suplicio de la víctima.

¿Pero qué importan al corazón algunos dias de tregua, si sabe que no dista mucho el término de la vida? Yo maldije al artífice que no quiso arrebatármela instantáneamente.

Este nuevo peligro volvió á dar pábulo á mis temerarios proyectos de fuga.

Convencido de que mi sueño era efecto de un narcótico, y que caso de evadirme, solamente lo conseguiria sobornando á alguno de mis carceleros, me decidí á pasar todo el dia sin probar ni el pan ni el agua. En efecto, aquella noche no me dormí. Era ya muy tarde, por mi cálculo cerca del amanecer, cuando un resplandor vivísimo iluminó el calabozo, y ví que se acercaban dos hombres que hablaban de quedo y venian por lado distinto del que ocupaba la puerta. Obedeciendo á un resorte secreto, el muro acababa de franquear paso á dos soldados de Antígono que se alumbraban con antorchas.

El corazón me saltó de alegría, y saben los dioses cuánta fuerza de voluntad necesité en aquel momento, para que no me denunciara un grito arrancado por la satisfacción más grande de cuantas he tenido en mi vida.

La casualidad acababa de hacerme dueño del secreto que más podia importarme. Ignoraba si el resorte exterior se correspondia por la parte interior; pero de todos modos no es lo mismo forzar una puerta, que taladrar un muro.

Probablemente si lo lograba, la muerte seria la recompensa de mis afanes; pero yo no buscaba más que un cambio de suplicio; y despues de todo, ¿quién me aseguraba que la suerte no habia de serme propicia?

Los soldados se acercaron á mí y estuvieron contemplándome un largo rato. Fingí que habia cedido al letargo de costumbre.

Los dias que llevaba de no respirar aire libre y de no ver sino á pequeños intervalos la luz del dia, el estado de perpétua agitacion y de angustia dolorosa en que me hallaba, la escasez y mala calidad del alimento, y más que todo el espanto que me producía la proximidad del suplicio á que estaba condenado, me habian puesto demacrado y lívido.

Tanto debia estarlo, que aquellos dóciles instrumentos de un hombre sin corazon se apiadaron de mí.

— ¡Infeliz! Exclamó uno de ellos. Si ha de morir ahogado, ¿para qué prolongarle la vida?

— ¿Y qué podemos hacer nosotros en su favor? Preguntó el compañero.

— Es muy sencillo: demos impulso á la máquina, que avance la plancha con la velocidad del rayo; ahora está dormido y puede despertarse en la eternidad.

Retiráronse los soldados dejándome presa de un horror indefinible; la compasion que les habia inspirado era para mí aun más feroz que el suplicio mismo.

Aumentándose el ruido del torno, comprendí que aquellos hombres habian precipitado su movimiento. La plancha, avanzando con rapidez, arrojaba sobre mi rostro un viento sofocante que por instantes se hacia denso é imposible de respirar; parecíame tocar con el pecho la tersa y helada superficie de la plancha; sentí el dolor vivísimo de la opresion



y todos los tormentos de la asfixia; me pareció que mis huesos empezaban á triturarse; exhalé un grito desgarrador; me apoyé contra el muro, y ¡oh sorpresa! el muro, ó más bien la puerta por donde habian entrado los soldados, cedió á mi peso. Habia tenido la fortuna de tocar en el resorte, y faltándome repentinamente el apoyo, caí de espaldas, pero en sitio donde ya no podia alcanzarme la plancha terrible, que arrastrada por el impulso que recibia, y no encontrando obstáculos en que detenerse, chocó contra el muro con formidable estrépito, al que se mezcló un sonido seco, por el cual comprendí que habian quedado reducidas á polvo las osamentas que tanto me horrorizaban.

## CAPÍTULO III.

## CONATO DE EVASION.

Mi primer impulso fué echar á correr, y lo hice volviendo el rostro hácia atras, como si la plancha amenazadora hubiese de venir en mi seguimiento; pero á los pocos pasos, y observando con indecible satisfaccion que ya no percibia el ruido que me habia estado atormentando durante todo el tiempo de mi prision, me tranquilicé un tanto, se me ensanchó el alma y respiré con delicia el aire bienhechor de la libertad.

Muy pronto aquella inmensa alegría dió paso á tristísimas reflexiones. ¿Dónde me hallaba? Fuera del calabozo, es verdad, pero acaso expuesto á mayores peligros: quizas las inclemencias de la fortuna habian dispuesto las cosas de manera que una vez y otra hubiera de sufrir todos los tormentos de la muerte; porque ya una vez en el calabozo los habia sufrido, y si, como era probable, me descubrian mis verdugos, con doble razon que ántes me habian de condenar á un suplicio feroz.

Perplejo estaba sin saber en qué direccion encaminarme, no atreviéndome á andar porque me parecia que iban á de-

latarme hasta los latidos del corazón; pero era urgente tomar una resolución cualquiera: en la inactividad estaba el mayor peligro.

El terror acababa de salvarme, y continuando bajo su influjo acabaría irremisiblemente por perderme.

Yo había salido á una extensa galería, á cuyo extremo lejano ví brillar una luz, cuyos rayos débiles contribuían á que fuesen más densas las tinieblas que me rodeaban.

Comprendí que, si yo mismo no me descubría con alguna imprudencia, era poco ménos que imposible que nadie me descubriese en aquella oscuridad, y arrimándome al muro y arrastrándome con la sutileza de una serpiente, me puse á reconocer la galería para ver si encontraba una puerta que me abriese camino.

Al principio temblaba de acercarme demasiado al sitio en donde veía brillar la luz; pero reflexionando que aquel arrojó no era tan ocasionado á peligros como mi perturbada imaginación se había figurado, porque, merced á la disposición en que la luz se hallaba, podía observar cuanto ocurriese en la otra parte sin la menor exposición de ser visto, me decidí á jugar el todo por el todo, y continué avanzando, resuelto á morir ó á encontrar la salida.

A los pocos pasos encontré una ventana y formé la resolución de fugarme, aunque para ello tuviese que exponer la vida; mas apenas me asomé al antepecho, comprendí que la empresa era imposible. No pude apreciar con exactitud la distancia que me separaba de la tierra, pero me la hacían sospechar algunos objetos que se dibujaban confusamente entre las sombras á favor del resplandor dudoso de las estrellas, y cierto desvanecimiento que no tardé en experimentar, efecto indudable de la atracción poderosa del abis-



mo. Con esta esperanza perdida continué mi arriesgado reconocimiento, hasta colocarme á una distancia muy corta de la habitacion que alumbraba la lámpara que yo habia visto desde el otro extremo de la galería. Era un cuerpo de guardia. Los soldados conversaban alegremente y reian con estrépito. Por algunas palabras que pude entender comprendí que jugaban á los dados, y que no era dinero lo que cada cual demandaba á la suerte.

Aquellos miserables estaban jugando una mujer.

— ¡Alto! Exclamó una voz que me pareció conocida: tenemos un señor demasiado generoso para que no le sirvamos todos con la más exquisita puntualidad, y la prenda que nos disputamos es de tanto valor, que en todo el botin no hay otra con que reemplazarla. Tenemos que vigilar el preso, y á todos nos interesa demasiado la partida para que podamos concluir la tan á la ligera. Propongo...

— ¿Qué? Preguntaron á una voz varios soldados, interrumpiendo el ruido que hacian los dados dentro del cubilete.

— No le hagais caso, interrumpió otro; teme que la fortuna le vuelva la espalda, por no sé qué mala pasada que le ha hecho, y quiere dar tiempo al tiempo para volver á congraciarse con ella.

— Dice bien, exclamaron. La suerte está echada; sigamos adelante, y triunfe el que esté destinado para tanta dicha.

Estas palabras fueron acogidas con general aplauso.

— El vino de Engaddi os ha turbado los sentidos, continuó la voz que yo habia creído reconocer. Lo primero es lo primero, y la consigna nos manda visitar al preso tres veces en cada noche.

— No te inquiete ese cuidado, contestó uno, en cuyo bron-

co acento reconocí al soldado que una hora ántes se habia compadecido de mi desgracia. No digo jugar, dormir pudiéramos á pierna suelta: ya no está en situacion de escaparse.

— ¿Por qué?

— Porque aunque os parezca que me chanceo, tambien yo tengo sentimientos generosos, y me ha dado compasion de ese infeliz que estaba condenado á tan cruel suplicio.

— ¿Y qué has hecho? Preguntaron.

— Exequiel lo sabe, que, no ménos generoso que yo, consintió en ayudarme. ¿No es verdad, Exequiel, que ese desgraciado nos estará bendiciendo desde la eternidad?

— Sí.

— ¿Pero qué habeis hecho?

— Librarle de su agonía: dimos impulso á la máquina, y la muerte le ha sorprendido durmiendo.

— ¡Qué horror! Y ese infeliz habrá espirado ya...

— Es claro, instantáneamente. ¿Te parecia mejor que hubiese estado viendo llegar la muerte por espacio de horas enteras, y contando los instantes de su vida entre las convulsiones de la más horrible desesperacion?

— Sin duda que somos una partida de bandoleros, no soldados: á pocos pasos de este sitio tenemos un hermano revolcándose en su sangre ó acaso luchando con el último estertor de la muerte, y nos divertimos jugando, y turbamos sus últimos momentos con nuestras cínicas carcajadas, exclamó el hombre cuya voz, cuanto más oia, más despertaba en mí vagos recuerdos.

— Contrastes del mundo, le contestaron: á donde quiera que vayas encontrarás la risa al lado del dolor; no somos por esto ni mejores ni peores que los demas.

— Es necesario ir inmediatamente al calabozo; tenemos que dar cuenta á nuestro jefe del fin de ese hombre. Ahora no os negareis á suspender la partida. ¡Vamos!

— ¡Vamos! Le contestaron.

Y uno de los soldados, saliendo á la galería, descolgó la lámpara: la sangre se me heló en las venas; estaba irremisiblemente perdido.

Por fortuna la oscuridad se hizo todavía más densa; pero no atreviéndome á pasar por delante de la cantina, único camino que podia emprender, retrocedí y fuí á ocultarme, aunque con grande riesgo de ser descubierto, en el marco de la ventana.

Solamente dos soldados se dirigian al calabozo; uno de ellos llevaba en la mano la lámpara, cuya luz alumbraba de lleno al otro.

Entónces ví que no me habia engañado al sospechar que entre los soldados que jugaban habia algun conocido mio. Aquel hombre era Josefo, convertido en mi carcelero no sé por qué extraño capricho de la casualidad.

Al pasar junto á mí, Josefo dirigió casualmente la vista á la ventana, y al ver que en ella se dibujaba una sombra se volvió como para reconocerme; yo, obedeciendo á un instinto más bien que á la reflexion, le hice una seña que debió comprender, porque en seguida me volvió la espalda. El hombre que llevaba la lámpara habia hecho tambien un movimiento, y los rayos de la luz me hirieron completamente. Merced á aquella casualidad hubo de reconocerme Josefo; su compañero no habia tenido tiempo para fijarse en mí.

Aunque no me explicaba cómo aquel judío estaba en compañía de los soldados de Antígono, alguno de los cuales probablemente se habria batido con nosotros en el camino de



Jerusalén, no me quedó duda de que había de ayudarme á salir del conflicto en que me veía; y como por otra parte, nada de cuanto yo pudiera hacer había de agravar mi situación aflictiva, me decidí á provocar el desenlace por medio de un golpe osado.

Con la misma cautela con que había conseguido llegar sin que nadie se apercibiese hasta muy cerca de la cantina, los seguí paso á paso hasta llegar á la puerta del calabozo.

El soldado que acompañaba á Josefo tocó en el resorte, y la puerta secreta cedió fácilmente.

Ambos me volvian la espalda. Entónces, con la misma velocidad que el tigre sobre su presa, me lancé sobre el soldado, le arrebaté la capa y el casco, y sin dejarle tiempo para volver de su sorpresa, le empujé dentro del calabozo y cerré la puerta.

— ¿Qué has hecho? Exclamó Josefo. Tu loca imprudencia nos ha perdido; yo hubiera podido proporcionarte la fuga, y ahora será punto ménos que imposible.

— No se ha perdido todo, le contesté; aunque tu compañero grite, esas paredes ahogarán su voz.

— Pero conoce el resorte y podrá salir.

— Se inutiliza. ¿No lo conseguiremos con tu espada?

— ¿Quién lo duda?

— Pues haz la prueba.

Josefo hizo saltar el boton del resorte.

— Desde ahora nuestra suerte es igual, me dijo; á la verdad, nunca me hice la ilusion de que pudiera salvarte sin grande riesgo de mi persona. Nada tenemos que hacer en este castillo ni tú ni yo; no hay camino con escollos cuando dos hombres decididos los quieren allanar. ¡Pronto! Ponte la capa de ese miserable, embózate en ella, y probemos fortuna.

Seguí su consejo, y con paso resuelto nos dirigimos á la cntina.

Al pasar por la puerta exclamó Josefo dirigiéndose á los soldados que le esperaban para continuar la partida:

— El prisionero ha muerto: vamos á dar parte al gobernador del castillo. No os impacienteis, que volvemos pronto.

— Si tardais mucho, le contestaron, tendreis que renunciar á vuestras esperanzas, y solamente nosotros entraremos en suerte.

— Ni pensarlo, continuó Josefo; yo soy más interesado que todos, porque á decir verdad, la guerra no me ha hecho insensible, y estoy un si es ó no es enamorado de esa judía.

Los de adentro le contestaron con una carcajada. Nosotros empezamos á bajar una escalera de caraçol tan estrecha y tan sombría como la que me habia conducido al calabozo.

— ¿De qué mujer se trata? Le pregunté á Josefo al llegar al primer descanso. ¿Qué infeliz ha caido en manos de esos bandidos?

— No podemos perder el tiempo en inútiles explicaciones, ni es cosa que ámbos renunciemos á la libertad por una sola palabra, cuando tantas podremos cambiar si logramos salir de esta fortaleza. A estas horas está levantado el puente levadizo; aunque la fortaleza tiene varias salidas, todas dan al recinto de la muralla y sólo nos queda libre la principal; pero el puente nos corta inevitablemente la huida. Yo puedo salir, porque de mí no han de sospechar nada los centinelas; fingiré que tengo pendiente alguna aventura amorosa, y ó me dejarán pasar el foso á nado, ó mediante algunos sestercios conseguiré que se baje el puente. Ni lo uno ni lo otro seria posible si vinieses conmigo. Yo te conduciré á

lugar seguro y próximo á la muralla en la parte que da vista al mar. Conozco en la costa una cabaña de pescadores, cuyos habitantes son amigos con quienes puedo contar. Haré que tengan dispuesto un esquife; yo vendré en él á buscarte al pié de la muralla, y cuando oigas un silbido que se repita tres veces, te arrojas al mar. Ahora, que el destino nos guie, y despues, que Jehová te proteja.

— Gracias, mi generoso amigo: por mucho que nos separe la suerte, aunque pasara una eternidad por nosotros, no olvidaria nunca el inmenso favor que de tí recibo. Cuanto soy, cuanto valgo, mi vida entera te pertenece.

— Nada me debes: mi religion me prescribe la caridad. ¿Qué me importa que seas extranjero? ¿Qué me importa que seas idólatra? Jehová mirará tus extravíos: yo no puedo mirar en tí más que un hermano.

— Esa caridad sublime de que das pruebas para con un extranjero, un enemigo de tu raza, que considerais la predilecta de un Dios único, me obliga á imitarla. Palabras siniestras he oido pronunciar á tus compañeros respecto de una mujer. Te he preguntado su nombre, y no has querido decirme lo; pero yo lo he adivinado. Esa mujer es Marianna.

— Y aunque lo sea...

— ¿Piensas que fuera noble en mí fugarme sabiendo que gime en una prision, acaso más horrorosa que la mia? No: yo no puedo aceptar la libertad sin ella. Un mismo destino nos reunió bajo de este techo odioso; para ambos debe ser la libertad, ó para ninguno.

— Déjame á mí ese cuidado, yo procuraré salvarla, exclamó Josefo procurando tranquilizarme, pero sin tener confianza alguna en su promesa.

— Es imposible, le contesté; te engaña tu generosidad:



no conseguirás poco si logras ponerte en salvo; á mí me corresponde triunfar ó sucumbir en la empresa.

— ¿Pero qué interés puede inspirarte esa mujer, que hasta hace poco te era desconocida, que hoy mismo no conoces en realidad?

— ¿No lo comprendes?

— Temo adivinarlo.

— Pues bien, Josefo, yo amo á Marianna; no me digas que es un delirio, porque harto lo conozco; si pudiera reflexionar el amor, sucumbiria. Yo mismo no acierto á explicarme el fundamento de esta loca pasion; pero obedezco, á pesar mio, sus leyes imperiosas. Sé que me separa de ella una distancia inconmensurable; que yo soy un pobre y desconocido extranjero, ella hija de un príncipe que ciñe á sus sienes una corona real. ¿Pero cuándo no se ha gozado el amor en confundir en una misma ley á grandes y pequeños, para hacer más violenta las tempestades del alma? Yo conocí á Marianna bajo el frágil techo de su tienda, desplegando todos los encantos de la hermosura; la agitacion en que se hallaba su espíritu; el peligro de que estaba rodeada; el afan de merecer su gratitud, prestándole un importante servicio, y más que todo esto quizas, la inmensa distancia á que la suerte nos habia colocado, encendieron en mi pecho un fuego leve, que aumentado por el viento de la contrariedad y del infortunio comun, ha llegado á hacerse inextinguible. Durante los eternos días de mi prision, su imágen pura y seductora no se ha apartado un instante de mi mente: ella era el genio bienhechor que me fortalecia; sufriéndolas por ella, pequeñas me parecian mis desgracias; y si en los breves momentos en que me daba algun descanso la desesperacion, anhelaba que mis ojos volviesen á mirar la

luz del día y á respirar mi pecho el aire vivificador de la libertad, era porque me parecia que la luz del sol habia de estar llena de los destellos de su mirada, y el aire embalsamado con el perfume de su aliento divino.

— Razon de más para que sigas mi consejo: espera libre el momento de la felicidad, si por ventura está reservado para tí; no consientas, esclavo, en tu propia desgracia y la suya, me dijo Josefo con la glacial indiferencia del hombre que, libre de todo influjo por parte de las pasiones, sólo se inspira en la fria severidad de un cálculo prudente.

Mi espíritu no estaba para atender á sus reflexiones; olvidado de mí mismo, sólo pensaba en Marianna; las palabras que habia oido al pasar por la cantina, me convencian de que aquella mujer estaba bajo el peso de una desgracia aun más terrible que la muerte. Nada me parecia tan indigno como obedecer á un sentimiento egoísta, y procurar mi libertad dejándola sumida en su desesperada situacion.

Le manifesté á Josefo la firme resolucion que habia tomado de no abandonar el castillo sin Marianna, y le insté para que me explicase el verdadero sentido de las palabras que me preocupaban tanto.

— Todo ello, me contestó, no significa más que una cruel venganza de Antígono, que no habiendo podido triunfar de su virtud, ni obligar á Hircanio en que consienta en darle la mano de su hija, ha acudido á las armas para disputarle el gobierno de Jerusalem. La guerra civil va á estallar en Judea, ó mejor dicho ha estallado ya.

— ¿Y tú eres del bando de Antígono?...

— Yo he pedido armas en su campo sólo para ayudarte.

— ¿Pero qué suerte le está reservada á Marianna? Calma, por tu Dios, esta horrible ansiedad.

— No, no debo decírtelo.

— ¿Pero no comprendes que ese silencio aumenta mis inquietudes; que yo no he de imaginar que me ocultas nada que no sea terrible? Haz lo que quieras: habla ú ocúltame la verdad; pero te declaro mi firme resolución de no dar un solo paso, como no sea para delatarme, si no me dices cuál es la desgracia que pesa sobre Marianna.

— Pero considera...

— No tengo que considerar nada.

— La desesperacion te ciega y te extravía. Perdemos un tiempo precioso; quizas en este momento estemos descubiertos y perdidos.

— ¿Qué me importa? Habla ó doy voces.

— ¿Y me seguirás en seguida?

— Sí.

— Pues bien. No pienses ya en Marianna: esa es una ilusion que ha cruzado un instante por tu vida, para desvanecerse como tantas otras se habrán desvanecido. Ya te he dicho que no pudiendo Antígono triunfar de la virtud de Marianna, ni por los halagos ni por la fuerza, ha tomado la venganza más horrible: la ha abandonado á sus soldados como parte de botin, y se la estaban disputando al juego,

— Yo no puedo consentir tanto horror.

— ¿Y qué conseguirás por la fuerza? Aquí no hay más recurso que emplear la astucia hasta donde alcance, y retroceder cuando las dificultades son invencibles: el valor tiene sus límites; la temeridad es una insensatez.

— ¿Para qué quiero la vida sin Marianna?

— Para olvidarla y triunfar de una vez para siempre de esa loca pasion que, si sigues alimentándola, te conducirá al abismo. ¿Piensas que ha de ser tuya, aunque á costa de



inminentes peligros le devuelvas su libertad y la restituyas al palacio de su padre? ¿Cómo una mujer judía ha de consentir nunca en ser la esposa ó la manceba de un extranjero, de un idólatra, que es lo más aborrecible á los ojos de una hija de Israel? ¿Cómo ha de descender hasta tí la hija del rey de Judea, por cuyas venas circula sangre de cien reyes?

— ¿Y piensas tú que no hay gloria y felicidad en sacrificarse por el objeto amado?

— Lo que pienso es que estás loco, y que serás el hombre más infame de cuantos han nacido si das un solo paso que pueda perderme. Tú no te pertenesces, Mideo; aquí no debe haber más voluntad que la mia.

No tuve que replicar á estas palabras: era justísima su reconvenccion: urgian los instantes; estábamos rodeados de peligros, y una imprudencia mia podia muy bien perderle para siempre y ponerme en estado de renunciar á toda esperanza de salvacion.

Por fortuna la razon se hizo paso entre las tinieblas que embargaban mi espíritu, y comprendiendo toda la enormidad de mi ingratitud, si hacia algo que pudiera redundar en perjuicio de mi generoso libertador, le dije:

— Guíame á donde quieras: estoy dispuesto á obedecerte en todo.

Continuamos bajando. Al concluirse la escalera llegamos á la boca de un subterráneo. Temí que nos asfixiara el aire húmedo y fétido que despedia.

— Por aquí salimos sin dificultad, me dijo Josefo, al sitio en que debes esperarme hasta que yo haga la señal convenida. No creo que encuentres á nadie que te embarace el camino; pero si algun soldado te detiene, contesta: *Anti-*

gono y victoria. Es la contraseña que tenemos, y te dejará pasar libremente.

— ¿Y tú qué vas á hacer?

— Vuelvo á la cantina.

— ¿Estás loco? El prisionero habrá dado voces; quizás en estos momentos se habrá descubierto todo y estarás perdido. ¿Debo abandonarte en circunstancias tan críticas?

— Nada temas: ese calabazo está construido de tal manera, que en sus bóvedas quedan ahogados los gritos más penetrantes de la víctima. Probablemente hasta el amanecer no se descubrirá lo que hemos hecho, y á esa hora, tanto tú como yo, estaremos muy léjos de este castillo.

— ¿Y no seria mejor que juntos nos fugásemos? ¿No podríamos ganar la ribera á nado?

— Imposible: nos faltarian las fuerzas ántes de costear la muralla. Sigue en todo mis instrucciones; tengo bien meditado el plan, y no creo que fracase. Jehová nos guie.

Josefo volvió á subir, y yo penetré en el oscuro subterráneo.

## CAPÍTULO IV.

### NUEVAS COMPLICACIONES. — LA FUGA.

Apénas habia dado algunos pasos en la oscura galería que debia conducirme, ó poco ménos, al puerto de mi salvacion, tuve que detenerme. A mis espaldas sentí un confuso rumor de voces y carcajadas; en el fondo de la subterránea galería me deslumbró el resplandor vivísimo de algunas antorchas. En opuesta direcccion avanzaban unos y otros, y yo no tenia por donde escapar.

Me pareció haber comprendido la causa de aquel estrépito en lugares tan solitarios y silenciosos.

No podia ser otra sino el haberse descubierto mi fuga, y en este caso, tanto Josefo como yo, estábamos irremisiblemente perdidos.

¿Qué hacer en aquella situacion desesperada? Inútilmente pedia consejos al valor. Debo confesarlo: el terror se habia apoderado de mí, privándome hasta de la facultad de pensar; pero muy luégo me repuse, y tomé el partido que me pareció más prudente y más ajustado á las sagradas obligaciones que acababa de contraer.



Me determiné á morir peleando al lado de Josefo, para compartir su suerte, ya que no me fuera posible salvarle, ya que tampoco hubiera para mí esperanza alguna de salvacion.

Y volví á subir la escalera para enterarme de la causa que habia producido aquel rumor de voces y carcajadas, tan siniestro para mí como el resplandor de las antorchas que habia visto al otro extremo del subterráneo.

Apénas habia subido media docena de escalones, me tranquilicé respecto á Josefo; pero se aumentó mi terror respecto á mi suerte y á la de Marianna.

Eran los soldados de Antígono que venian á buscar á mi generoso amigo, no para delatarle como á un traidor, no para hacerle pagar con la vida la conducta que habia seguido con uno de sus compañeros, sino para decirle que cansados ya de esperarle, habian terminado la partida con la misma legalidad que si todos hubieran estado presentes, como lo probaba el hecho de haber tocado en suerte Marianna á Clavio, que, segun supe despues, era el mismo á quien habíamos encerrado en el calabozo.

— Siempre ha de ser tan injusta la fortuna, exclamó uno de los soldados: aquí nos disputábamos sus favores hombres muy dignos de merecerlos por el valor, el bello busto y la cortés galantería, proverbiales en toda Judea, y viene á alcanzarlos quien ménos los merece: un perdido, un borracho que hará morir á esa desdichada jóven de miedo y de repugnancia.

— No lo creais, contestó Josefo: Clavio sabrá hacerse superior á sí mismo. Las circunstancias, cuando son críticas, modifican mucho á los hombres.

— ¡Ilusion! Clavio es inmodificable.

— Va á deshonrar nuestra bandera, exclamó otro de aquellos bandidos.

— Y nosotros tendremos la culpa, dijo un tercero. ¿Quién nos manda usar de legalidad con quien apenas si puede ser considerado como hombre? Todos nos hemos engañado, y el engaño anula los contratos más firmes: despojemos á Clavio de su derecho, es decir, del que le ha dado la suerte loca, poniéndose en oposicion con la justicia, y vuelva á sortearse Marianna entre nosotros y nadie más.

— Sí, sí, contestó en coro aquella turba frenética.

— Volvamos á la cantina, exclamó Josefo, pues en verdad os digo que seria yo un necio si dos veces me fiase de vuestra legalidad.

Entretanto habian cruzado el subterráneo los hombres que venian alumbrándose con antorchas, y llegaron al pié de la escalera donde yo permanecia inmóvil como una estatua. La luz me hirió de lleno, y el que hacia de jefe de aquella ronda me preguntó:

— ¿Quién va allá?

— ¡Antígono y victoria! Le contesté dando á mi voz toda la firmeza que me fué posible.

— El cielo nos la conceda, y abata la altivez de nuestros enemigos, exclamó el jefe, engañado por la capa y el casco, y tomándome por uno de los soldados que custodiaban el calabozo.

— Aquí no falta vigilancia, continuó volviéndose á los suyos, y aquí termina nuestra jurisdiccion; ha concluido nuestra ronda, y podemos descansar algunos momentos. ¿Cuándo se decretará la muerte de esos malditos extranjeros que de tanto embarazo nos sirven! Parece mentira que solos diez hombres den tanto que hacer á un centenar de valientes.

La ronda me volvió la espalda; quedé nuevamente sumido en la oscuridad más profunda, y respiré libremente al sentir que se iba perdiendo el rumor de sus pasos bajo las bóvedas de la galería subterránea.

Ya tenía libre la salida: mi interés me aconsejaba no someter la suerte á una prueba demasiado dura exponiéndome á una nueva sorpresa que podía costarme muy cara, que probablemente me perdería.

La proposición que había hecho Josefo de sortear nuevamente la posesión de Marianna, como parte del botín que les había abandonado Antígono, me tranquilizaba un tanto, porque no podía dudar de que mi amigo quería ganar tiempo para realizar algún plan que ya tuviese meditado.

De todos modos, por grande que fuera el peligro que amenazaba á Marianna y mucho mi deseo de darle ayuda en tan crítica situación, el honor, la amistad y la gratitud me imponían el deber de cumplir el juramento que Josefo me había exigido.

El tiempo avanzaba, y en situaciones tan graves los instantes tienen un valor imposible de calcular.

Volví á emprender el camino del subterráneo, bien decidido á no exponerme á nuevas aventuras si la suerte me concedía la dicha de llegar al sitio donde según Josefo debía esperar á que me hiciese la señal convenida.

Mi propósito fué de todo punto inútil: aun tenía que ser protagonista en nuevas escenas tan interesantes como peligrosas.

Ya tenía andada como la mitad del subterráneo, rodeado del mayor silencio, pues ni siquiera el rumor de mis pasos era bastante á interrumpirlo, cuando observé que la galería se separaba en dos caminos opuestos.



Josefo no me habia indicado si debia tomar el de la izquierda ó el de la derecha: probablemente ignoraba aquella circunstancia, porque no era posible que hubiese olvidado advertencia tan esencial.

¿Mas qué podia yo hacer en tan apurada situacion? Resolverla cuanto ántes; provocar de una vez todos los peligros para vencerlos ó ser vencido por ellos: me abandoné al instinto, y sin reflexionar un momento emprendí el camino de la derecha.

Al cabo de un buen rato observé que el aire se iba haciendo ménos difícil de respirar; una brisa pura y suave refrescó mi frente; á algunos pasos de distancia observé cierta claridad dudosa, indicio seguro de que al fin terminaba el subterráneo, y el alma se me ensanchó de alegría, porque aquella brisa y aquella claridad no podian proceder sino del patio que me habia indicado Josefo.

Aceleré el paso, y al cabo respiré el aire libre, humedecido por las olas del vecino mar. Salí en efecto á un patio; paseé una mirada alrededor; las murallas no existian; no ví más que paredes de inmensa altura macizas y tersas como las de una cárcel; en uno de los ángulos brillaba una lámpara de bronce, dejando ver un estrecho corredor, oscuro como el fondo del abismo.

Mi primer impulso fué aventurarme en aquel nuevo camino que me deparaba la suerte; pero esto hubiera sido temeridad, y tanta que nunca hubiera podido disculparla la desesperacion. Decidí, pues, retroceder al primitivo punto de partida, al sitio en que se dividia el subterráneo, y seguir la galería de la izquierda, que era la que habia de conducir-me al anhelado puerto de salvacion.

Mas apenas habia vuelto la espalda al nuevo peligro y

dado los primeros pasos, sentí que me detenían por la capa; di un salto, y aquel brusco movimiento me devolvió la libertad.

Comprendí que si corría era hombre perdido, y resuelto á que me mataran ántes que volvieran á hacerme prisionero, volví á presentar el rostro á los que evidentemente me habian descubierto y me perseguían.

Júzguese de mi sorpresa al encontrarme en presencia de una mujer que, recatándose el rostro con su velo de lino, reía á carcajadas del susto que acababa de darme.

— Bien dicen, exclamó despues de muchos esfuerzos para dominar la risa, bien dicen que no hay valor cuando se tiene la conciencia alterada. ¿Quién habia de pensar que un hombre como tú temblase como la hoja en el árbol, ante una mujer débil y anciana como yo? Vamos, repórtate y no temas nada, que nada tienes que temer de mí. Yo te he reconocido desde luégo por tu capa colorada y tu guerrero continente. No digo yo á la escasa luz de una lámpara, pero en el mismo seno de las tinieblas te hubiera reconocido. Tranquilízate, que soy quien sólo desea servirte por lo mucho que te debo y por lo bien que pagas.

A pesar de esta arenga yo permanecía inmóvil, y más estaba decidido á ahogar á aquella vieja entre mis manos, que á seguirla á donde me quisiera llevar. Viendo que no la seguía, y que continuaba mirándola con recelo, continuó:

— ¿A qué esperas? ¿Por ventura no soy la que siempre ha merecido tu confianza? Ven á la lámpara, reconoce mi rostro, ya que has olvidado mi voz, y te convencerás de que no te engaño.

Le indiqué por señas que era inútil lo que me proponía, porque ya la habia reconocido.

— Pues vamos, me dijo, el tiempo que se pierde no vuelve jamas, y yo te juro por lo que más quiero en el mundo, que momento más favorable para tus intenciones no has de encontrarlo en la vida. La leona terrible se ha convertido en mansa corderilla. Tanto ha variado con mis consejos, tan dócil se presta á reconocer la razon, y tanto influjo ejerce en su ánimo la situacion en que se está viendo, que no te engaño si te digo, que más impaciencia tiene ella por verte que tú por estrecharla amante entre tus brazos. Si la constancia de la gota acaba por oradar la piedra, ¿con cuánto más motivo la tenacidad del hombre no ablandará el corazon de la mujer, que es blanda cera por lo comun? Sígueme al paraíso de tu felicidad, en la confianza de que Marianna te espera.

Fácilmente se adivina el efecto que produciria en mí el nombre de Marianna pronunciado en aquella ocasion. Dos veces que el destino se me habia mostrado propicio presentándome los medios por que tanto suspiraba para fugarme de la fortaleza, el nombre de Marianna se habia interpuesto para detenerme, como si lo hubiese dictado la fatalidad.

¿Con quién me confundia aquella mujer? ¿Debia yo mantener el engaño todo el tiempo que me fuera posible, hasta encontrarme en la presencia de Marianna?

¿Debia sacrificarlo todo á la dicha, acaso pueril, de volver á cruzar mis palabras con las suyas, de darle á conocer lo que por ella habia sufrido, los peligros que por ella me habian amenazado y me amenazaban?

Ambos estábamos bajo la influencia del mismo infortunio, y nada hay que acerque tanto dos corazones como la comunidad en la desgracia. ¿Valia una sola palabra de amor, pronunciada por aquellos labios, mi libertad y mi vida?



Lo valia, sí: la felicidad no se alcanza más que una vez en la tierra. ¿Qué importa morir despues de haberla gozado con la posesion ó con la esperanza?

¡Tener en la mano la dicha de ver á Marianna, de salvarse ó de morir con ella, y dejarla escapar por un repugnante egoismo, por una vergonzosa cobardía, cuyo recuerdo habia de servirme de eterno remordimiento!...

Hubiera necesitado no amar para imponerme tan penoso sacrificio.

En aquel momento me olvidé de mi situacion, de Josefo, del compromiso á que lo habia arrastrado, de los sagrados deberes que con él tenia contraidos.

Yo no tenia voluntad y pensamiento más que para Marianna.

El carácter de la mision de que se habia encargado aquella vieja, me daba la seguridad, de que á todas partes nos habia de acompañar el misterio.

Si, como no podia ménos de ser, me estaba confundiendo con Antígono, claro era que el señor, aun aceptando los auxilios de aquella confidente, no habia de querer rebajarse á los ojos de sus servidores, y que el camino que hubiéramos de recorrer estaria desembarazado de la presencia de importunos testigos.

El lugar misterioso en que yo habia encontrado á la anciana, era para mi confianza sobrada garantía.

Dos solas contrariedades podian oponerse á mi deseo.

La una era que Antígono, á quien se estaba esperando, llegase de un momento á otro.

La segunda, que aquella mujer conociese su error y diera voces; pero en este caso me seria fácil hacerla callar solamente con amenazarla.

Le hice una señal, dándole á entender que estaba dispuesto á seguirla, y me condujo por el corredor de que ántes he hablado.

No le causó sorpresa el completo silencio que yo guardaba; hubo de comprender que no queria exponerme á que pudiera descubrirme cualquier indiscreto.

Ella, que no tenia los mismos motivos para callar, era tan charlatana como todas las de su oficio, y yo la dejé hablar muy gustoso, y hasta la escuchaba con atencion, porque sus palabras indiscretas me ponian al cabo de secretos, que de otro modo nunca hubiera podido penetrar.

— No sabes, señor, me dijo, cuánto he tenido que luchar para convencerla; no parecia sino que con la desgracia se hacia cada vez mayor la fortaleza de su ánimo. A cualquiera mujer del pueblo se le deslumbra fácilmente halagándole la vanidad; pero quien ha nacido en regios salones, como todo lo posee, es natural que todo lo desprecie. En vano le dije que su interes es el tuyo; que su padre ha sido mal aconsejado al rechazarte de su palacio, cuando debiera haber solicitado tu amistad y tu alianza; que vuestra union interesa al porvenir de toda la Judea, porque no dando incremento á la guerra civil, y encaminándose todos los hijos de Israel á un mismo objeto, les será más fácil romper el yugo con que los afrenta el *imperio impío*. Díjele tambien, que si habias apelado á la fuerza, era sólo porque la razon te habia cerrado todos los caminos. Pero nada, cuantas más reflexiones le he hecho, más dura y más pertinaz se me ha mostrado. Entónces apelé al terror, que es tambien, en ciertas ocasiones, recurso eficaz, irresistible. La convencí de que no habia de ganarte á pertinacia; de que su juventud se deslizaria entre las cuatro paredes de su prision; de que

su resistencia á tus legítimos deseos no haria más que agravar los males que ya empezaba á deplorar toda Judea. Por último, le pinté con negros colores la violencia de tu carácter, el riesgo que corria en resistirte, y la posibilidad de que, agotada tu paciencia, juntamente con los recursos amistosos, atropellaras por todo, para deber á la fuerza lo que te negaba la persuasion. Esta amenaza causó el efecto apetecido, y como tú, siguiendo mis indicaciones, ofrecistes á tus soldados que si hoy á la media noche no habia consentido Marianna en ser tu esposa, se la abandonarias como parte del botin conquistado en el camino de Jerusalem, quedó pensativa y ménos rebelde á mis amonestaciones. Al caer de la tarde, me hizo llamar para decirme que estaba dispuesta á tener una entrevista contigo. Yo quise informarme del objeto, y como es tan sencilla y tan candorosa, me dijo ingénuamente que habia meditado sobre su situacion, que estaba muy alarmada por la suerte de su padre, muy afligida por los males que iban á sobrevenir á su patria, y muy temerosa de que en esta desigual lucha quedase lastimado su honor; que aceptaba resignada el sacrificio que le imponia la suerte, y estaba dispuesta á darte la mano de esposa, si consentias en ello despues de revelarte un secreto que guardaba su corazon.

Supondrás que al oir esto de secreto quise penetrarlo, continuó la vieja, y como Marianna habia entrado de lleno en la via de las confidencias, me dijo con aquella ingenuidad candorosa que la hace parecer un ángel, que desde luégo seria tuya su mano, pero nunca su corazon, porque ya lo habia entregado á otro hombre. Siento en verdad darte esta mala noticia; pero cumplo con mi deber, y ten por seguro que esas no son más que locas ilusiones de la juventud, y



que andando el tiempo y con mediana habilidad, el hombre que posee la mano de una mujer, no tarda en hacerse dueño de su corazón.

Calló la vieja, quizás esperando una palabra mía que diese pábulo á su facundia impertinente; pero la última parte de su revelación me había impresionado de tal manera, que sólo vivía para mis pensamientos.

Después de tantos azares, de tantos peligros, de tantas inquietudes y sobresaltos, y sobre todo de tan prolongada agonía, resonaba en mis oídos una palabra de celestial consuelo, y mi corazón se abría á todos los placeres con que brindan las esperanzas y las ilusiones.

Marianna resistía las ofertas de Antígono porque amaba á otro hombre. ¿No podía ser yo ese hombre afortunado, yo que le había conocido en circunstancias tan críticas para ella, en momentos los más á propósito para excitar el interés y despertar el afecto de una mujer, yo, en fin, que por ella había expuesto mi libertad y mi vida?

Embebido en estas halagüeñas ideas, y mal resignada la vieja con mi silencio, llegamos á la puerta de la prisión de Marianna.

La vieja destorcíó la llave y, empujándome dulcemente, me dijo:

— Estás en el umbral del alcázar de tu ventura; los profanos no debemos entrar en él; yo vigilo fuera para que ningún indiscreto pueda sorprenderte, y aguardaré tu salida para que me pagues las albricias que me debes.

Le estreché la mano para indicarle que no vería defraudados sus deseos, y penetré en la estancia cerrando la puerta tras de mí.

Marianna, asomada á un minarete, divertía sus tristezas

procurando descubrir entre la oscuridad cómo las olas iban á estrellarse contra las murallas del castillo: al rumor de mis pasos se volvió precipitadamente, y no pudo contener una exclamacion de terror; pero muy pronto á aquel espanto que revelaban sus ojos, sucedió una expresion indefinible de sorpresa al encontrarse con un desconocido en lugar del hombre á quien esperaba.

— ¿No me reconoces, señora? Le pregunté dejando caer el embozo de mi manto.

Marianna fijó en mí sus hermosos ojos, procurando leer en mi fisonomía el recuerdo que yo invocaba.

— Sí, sí, exclamó; tu semblante no me es desconocido; yo te he visto otra vez, pero ¿dónde, dónde?...

— ¿Has podido olvidarlo?

— Déjame recordar... Me rodean circunstancias tan tristes, mi pobre imaginacion es presa de tan encontrados pensamientos, y tantos temores me tienen acobardada el alma, que mis recuerdos son vagos, confusos, incoherentes... hay momentos en que creo volverme loca. ¡Y debe ser tan horrible perder la razon á mi edad, cuando todo en el mundo nos sonríe, cuando las esperanzas se derraman sobre el corazon como una lluvia benéfica!... Pero sí... yo recordaré... en vano mis ojos se obstinan en desconocer tu semblante; el eco de tu voz resuena en mi alma como un eco amigo; sí, tu imágen debe estar grabada en mi corazon con caracteres indelebles, pero yo la he anegado con mis lágrimas, y esa imágen no puede salir clara á la superficie.

— Marianna, le dije temiendo que ya se hubiese vuelto loca, y convencido con aquellas palabras de que yo era el hombre á quien habia aludido la vieja; Marianna, vuelve en tí; yo te ayudaré á reunir tus recuerdos; íbamos en ale-

gre caravana camino de Jerusalem. Un comerciante armenio, seguido de larga comitiva, se reunió con nosotros; su conducta le hizo sospechoso para todos los viajeros; yo le espíe y sorprendí su secreto; aquel hombre iba buscando tu deshonor; llegué á tu tienda, te advertí del peligro que corrias y procuré defenderte, y hubiera dado por tí mi sangre toda; pero me ví acometido por las fuerzas superiores de aquellos malvados, y...

— No prosigas; lo demas lo recuerdo bien. Es un suceso horroroso que nunca se borrará de mi memoria. Te debo más que la vida, puesto que has intentado defender mi honor. ¡Cuán inútiles han sido todos tus esfuerzos! Mi honor está amenazado á cada instante; esos hombres no tienen piedad de mí. Mi primo Antígono me inmola en aras de su ambicion. Aspira al cetro de mi padre, y quiere que yo sea la prenda de seguridad que se lo abone. Para acabar de una vez con tantos tormentos, he decidido entregar mi mano á ese hombre á quien detesto. Ya ves que realmente no hago otra cosa que cubrir el deshonor con la máscara de la decencia.

— No lo harás, señora, le contesté; porque los dioses que no consintieron que yo te salvara en aquella espantosa noche, han prolongado mi vida al traves de constantes peligros, para que al cabo pueda librarte de las cadenas que te oprimen. Ten valor y confianza. No en balde, merced á un cúmulo de circunstancias prodigiosas, he podido escapar de mi prision y llegar hasta aquí.

— ¿Tambien tú caistes en manos de esos traidores?

— Tambien, señora.

Brevemente referí á Marianna todo cuanto me habia ocurrido desde que me hicieron prisionero los secuaces de Antígono hasta mi encuentro con la vieja confidente.



La jóven escuchó mi relato con visible interes; más de una vez la ví estremecerse ante la idea de los inminentes peligros que me habian amenazado, y más de una vez tambien humedeció el llanto, mudo lenguaje de la gratitud, aquellas mejillas encantadoras.

— Pero no tienes tiempo que perder, me dijo; natural es que á estas horas lo hayan descubierto todo y te persigan; si te encuentran estás perdido. Además, ya es cerca de media noche; tengo citado á Antígono, y no puede tardar en llegar. ¿Qué haces que no te salvas?

— ¿Y piensas, señora, que puedo yo consentir en que se celebre esa entrevista en que se va á negociar tu desgracia eterna? ¡Nunca! ¿Qué me importa añadir un sacrificio más á los que ya tengo hechos? Yo no puedo, no debo salvarme sin tí. ¿Tú, que estabas dispuesta á aceptar la muerte, temblarás ahora ante los peligros de la fuga? Yo sé un oculto camino que puede conducirnos á la libertad; es largo y escabroso, pero la constancia y el valor todo lo vencen.

— ¡Imposible! Exclamó la desconsolada jóven. Tú ignoras que me vigilan muy de cerca, que mis enemigos no tardarian en seguirnos y alcanzarnos; esa mujer que equivocadamente te ha conducido á esta estancia nos delataria.

— No tengas miedo, insistí; pequeño es ese obstáculo; á esa mujer se le hace callar muy fácilmente.

— Pero, aunque así sea, ¿no te he dicho que Antígono no puede tardar en llegar? ¿No nos exponemos á encontrarle en nuestro camino? Desiste de tu proyecto; déjame sucumbir á mi desgracia. ¿A qué hemos de alimentar lo que á todas luces es insensato?

— ¿Y piensas que he de consentir verte en los brazos de Antígono? A ello se oponen tu dicha y mi tranquilidad.

Amigos tengo decididos que protejan nuestra fuga. En estas circunstancias críticas, hay que apelar á recursos heróicos.

— ¿Qué intentas?

— Es muy sencillo: al pié de estos muros vienen á estrellarse las olas del mar; con sus ecos solemnes parece que nos convidan á surcarlas. Al pié de esas rocas me esperan mis amigos con una barca, para conducirnos á la playa donde seremos libres. La noche nos protege con su oscuridad; el bramido de las olas ahoga cuantos salen de la naturaleza; nuestra empresa es arriesgada, pero de éxito seguro.

Marianna, sin contestarme una palabra, corrió al minarete y estuvo contemplando un breve rato la distancia que nos separaba de la superficie de las olas.

Yo corrí tambien á examinar si seria posible el descenso. El abismo no era tan hondo como lo habia imaginado; sin embargo, temiendo que la vista me engañase, arrojé el casco, que al caer en las aguas produjo un sonido particular, advirtiéndome de que mi cálculo habia sido certero: apenas nos separaban del mar seis ú ocho brazas.

— Ya ves, dije á Marianna, que no tenemos que afrontar ningun peligro grave, al paso que permaneciendo aquí nos amenazan los más horribles. ¿Te decides á bajar conmigo?

— ¿Pero cómo?

— Es muy fácil: con los lienzos de tu lecho y los girones de mi manto, podemos hacer una escala bastante fuerte para resistir el peso de los dos; ten confianza en mis fuerzas; ¿no te atreverás á bajar suspendiéndote de mi cuello?

— Me espanta el abismo; el mar ruje con acento amenazador.

— El mar nos brinda con la salvacion apetecida.

— ¡Oh, no lo dudes... me atraerá el abismo!

— ¿Tienes confianza en mí?

— ¿Pues no he de tenerla, si siempre te he visto dispuesto á sacrificarte por mi servicio?

— ¿Y crees que yo te expondría á que hallases tu sepultura en el seno del mar, si no estuviese seguro de mis propias fuerzas?

— Dices bien.

— Si el abismo te espanta te vendaré los ojos; el menor movimiento de vacilacion nos perderia.

En aquel momento sonaron á lo léjos los tres silbidos prolongados que habia de dar Josefo, para anunciarme que la barca estaba prevenida.

— ¿Oyes? Exclamé. Mis amigos nos esperan: tenemos en nuestra mano la libertad. ¿Te decides? Piensa que Antígono puede llegar de un momento á otro, y con él serás esclava toda la vida.

— No, no: mil veces prefiero la muerte; en el mar moriría una vez: con él estaré muriendo á cada instante.

Contesté á la seña de Josefo, é inmediatamente desgarré mi manto y los lienzos del lecho de Marianna, y con sus girones hice una cuerda bastante fuerte para que pudiera resistirnos á los dos.

Para que no pudiese dudar Josefo del sitio á donde debia ir con la barca, repetí por dos veces la seña, y esperé su contestacion. Al poco rato la percibí tan cerca, que le supuse debajo del minarete; le dirigí la palabra y me contestó: ya entónces no tenia nada que temer, y me decidí á descolgarme, llevando á Marianna suspendida de mi cuello.

Imposible me seria describir el sobresalto con que verifi-



qué aquella fuga tan llena de peligros; á cada instante temía que la fuerza me abandonara; la cuerda me abrasaba las manos como un hierro candente; sólo la idea de que iba á recobrar la libertad, y, sobre todo, á dársela á Marianna, reanimaba mi abatido espíritu, conservándome la agilidad y la fuerza.

Afortunadamente no me habia engañado en el cálculo que formé respecto á la distancia que habria entre el minarete y el mar: al llegar al extremo de la cuerda, mis piés tocaron el borde de la barca salvadora, y Josefo recibia en sus brazos á Marianna.

La suerte, que hasta entónces se habia complacido tanto en amontonar dificultades y peligros en mi camino, parecia haberse declarado abiertamente en nuestro favor.

Nadie puede comprender cuántas delicias nos trae en sus alas el aire benéfico de la libertad; mezquino me parecia el espacio para que se ensanchase mi corazon, santuario en aquel momento de cuantas felicidades se pueden imaginar.

La mayor de todas era para mí el importante servicio que habia prestado á Marianna, librándola de su prision y de la horrible suerte á que la tenia condenada Antígono.

Estaba seguro de que aquella jóven no habia de ser ingrata á los sacrificios que me habia impuesto por ella; no dudaba un momento de que en todos ellos veria otras tantas pruebas del amor que me habia inspirado, y acordándome del secreto que me confió la vieja, alimentaba la dulce esperanza de que ya lo correspondia.

Josefo me instruyó de cuanto habia pasado dentro del castillo: imposible me parecia que hubiésemos podido escapar á peligros tan grandes y tan inmediatos.

Al repetir los soldados la visita al calabozo en que me creían muerto, advirtieron mi fuga, y el prisionero que me habia sustituido acusó enérgicamente á Josefo, señalándolo como mi cómplice. Instantáneamente cundió la alarma por todo el castillo, y cien agentes de Antígono salieron en mi persecucion.

Por su parte la vieja, viendo llegar á su señor, declaró que un hombre desconocido se habia hecho introducir en la estancia de Marianna, añadiendo, para disculparse, que lo habia conseguido empleando la fuerza.

A favor de la confusion Josefo, que desde que sus compañeros se habian dirigido al calabozo tomó las disposiciones convenientes para fugarse, logró que ántes que el tumulto tomara incremento, el centinela de la puerta principal le facilitara la salida.

No intentó siquiera detenerse á procurar que le bajaran el puente: pasó el foso á nado, y llegando á la cabaña de los pescadores sus amigos, montó en la barca y se dirigió á nuestro encuentro.

El plan mejor combinado no hubiera ofrecido más precision en todos sus detalles: con que Josefo se hubiera retrasado un momento ó no hubiera percibido con exactitud el sitio en que le esperaba, lo hubiéramos perdido todo; Antígono habria llegado á tiempo para impedirnos la fuga, ó bien, faltándome las fuerzas, hubiéramos caido en el abismo que tanto espantaba á Marianna.

La jóven hebrea, al verse en salvo, cayó de rodillas murmurando una plegaria al Dios de Israel; Josefo imitó su ejemplo, y yo no podia apartar mi atencion de aquella escena tan sencilla como conmovedora. No sé qué vago temor religioso me sobrecogia: el alto misterio de la noche, la im-

ponente soledad que nos rodeaba, nuestro débil esquiife juguete de las embravecidas olas y única áncora de nuestra salvacion, la majestad augusta de nuestro pensamiento, todo predisponia al espíritu á concebir alta idea de un Sér superior á todo lo creado, y elevaba el corazon á contemplaciones propias de una esfera desconocida, pero muy superior al mundo.



## CAPÍTULO V.

## EN SALVO.

Josefo no permitió que pasásemos la noche fuera de la cabaña de sus amigos.

— Hemos escapado de una parte del peligro, decia; pero aun lo tenemos cerca, y es necesario estar muy prevenidos para cualquiera evento. Lo probable es que Antígono haya destacado gentes en todas direcciones para darnos alcance; si nos aventurásemos por un camino cualquiera, no tardarian en sorprendernos. Ellos no podrán suponer que dormimos al alcance de sus manos; y á veces se escapa mejor del peligro cuanto ménos se huye de él. La barca está dispuesta, y estos pescadores vigilarán toda la noche. En el caso que la persecucion se encaminase por este lado, el mar volveria á facilitarnos la huida.

Este razonamiento nos convenció, y decidimos no abandonar la cabaña.

Como medida de precaucion, los tres fugitivos abandonamos nuestros trajes cambiándolos por los de aquellos pescadores.

La noche la pasamos en vela; la situación de nuestro espíritu no consentía el reposo.

Bajo las humildes espadañas de aquella pobre barraca, sentados en pedazos de troncos de terebintos, y al amor de una lumbre que ardía en el suelo iluminando la estancia con sus cárdenos resplandores, dándole un carácter muy parecido al de una caverna de bandoleros, se desarrolló un drama que tenía de sentimental, lo que de trágico el que acabamos de desenlazar con tan buena fortuna.

Cuando lo recuerdo, cuando mi corazón palpita bajo la influencia de las tristes revelaciones que oí de los labios de Marianna, lamento profundamente que no hubiera acabado con mi vida la espantosa máquina de mi tormento.

Allí se desvanecieron como por encanto mis ilusiones apenas nacidas; desde entónces acá la desesperación es mi compañera inseparable, y siento en mi corazón un vacío que ningún poder humano basta á llenar.

Pero no, también tengo momentos de consuelo; siempre he creído que nada hay imposible para una voluntad decidida. La patria, la religión, la cuna, una pasión nacida mucho ántes de que yo la pudiera combatir en su origen, me separan de Marianna; pero los esfuerzos de mi voluntad me acercarán á ella más tarde ó más temprano, si tú, señora, me ayudas, en recompensa de los servicios que he tenido ocasión de prestarte, y de los muchos que mi lealtad puede prestarte todavía.

Calló Mideo como si la tempestad de pensamientos que se había levantado en su mente le impidiese continuar. Cleopatra, que había escuchado con avidez el relato de aquellas singulares aventuras, porque nada hay que interese tanto á la mujer como una historia de amores, comprendió todo

el partido que podia sacar de aquel hombre, cuyo interes por causas extrañas y fatales estaba tan íntimamente ligado con el suyo, y le dijo :

— Devuélveme á Antonio por los medios que te sugiera esa pasion anhelante por satisfacerse, y yo te prometo que tarde ó temprano Marianna será tuya.

— Manda imposibles, que imposibles tendrás si los deseas; nada habrá que resista á la pasion que esa mujer me inspira.

— Convenidos. Prosigue tu historia. ¿Qué revelaciones fueron esas de Marianna? No te amaba quizas.

— No, á quien amaba era á Herodes: todos mis sacrificios, todo mi amor no habian despertado en ella otros sentimientos que la amistad y la gratitud. Afrontando mil peligros, exponiendo la vida á cada instante, conseguí entrar con Marianna en Jerusalem y devolverla á su afligido padre. Hircanio quiso pagar mi lealtad con un elevado puesto en su corte; pero yo necesitaba el olvido para vivir: lo busqué en la ciencia, en los viajes, en el estudio de otros pueblos y otras costumbres; á veces en la disipacion y en la crápula: inútilmente. Cuanto más me he apartado de Marianna, más tenaz me ha perseguido su recuerdo. El fuego que devora mi corazon es como la hoguera que se desarrolla y se extiende cuanto más fuerte es el vendaval que la combate. ¿Comprendes ahora por qué en premio de mis servicios te he pedido una tetrarquía?

— No es poco pedir: aspiras á una dignidad que está muy cerca del trono.

— ¿Y te parece que es mucho precio el que te exijo por el cetro del imperio romano?

Cleopatra quedó un momento pensativa; aun no estaba



resuelta á acceder á la desmedida ambicion de su consejero.

— Me parece, le dijo, que tu pretension es imposible. ¿Qué batalla has ganado á los enemigos de Roma? ¿Qué legiones has puesto al servicio de los triunviros? ¿Qué flota ha cruzado los mares ostentando tu pabellon?

— He hecho más que todo eso; no toda la fuerza se cifra en las armas: la astucia vale en ocasiones infinitamente más. He desunido los tres poderes que compartian el imperio de Roma, y voy á dar el de Oriente á la reina de Egipto.

— A mucho te obligas.

— Y todo lo cumpliré si sigues puntualmente mis instrucciones. Tiende la red de tus encantos al invencible Herodes; hazle entrever la posibilidad de que ese imperio sea suyo, haciendo comunes vuestros intereses en perjuicio de la causa de Antonio; halaga su ambicion, que es mucha, y ambos lograremos nuestro deseo: tú volverás á encadenar á Antonio, y yo me desharé de un rival á quien nunca podré vencer luchando con él frente á frente.

— ¿Y qué es lo que necesitas para realizar tus planes?

— Un favor muy sencillo: que me nombres tu embajador cerca de Herodes, y que me permitas volver inmediatamente al lado de Antonio.

— Concedido.

— Pues yo te juro sobre mi cabeza, que no tendrás por qué arrepentirte de la confianza que me dispensas.

---

## LIBRO TERCERO.

### LA VUELTA DEL ESCLAVO.

---

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### EL EMBAJADOR DE CLEOPATRA.

Indudablemente Mideo habia exagerado á Cleopatra al hablarle de la situacion en que se encontraba Herodes: no habia mentido al decir que este príncipe era en extremo ambicioso, y deseaba trocar el gobierno de la pobre tierra de Nephtali por el trono de Jerusalem; pero no se le ocultaba que en el estado de postracion á que habian llegado casi todos los pueblos de Oriente, reunirlos para resistir el formidable empuje de las águilas de Roma, hubiera sido acometer una empresa verdaderamente insensata.

Sabia, por el contrario, cuánto le interesaba conservar la amistad de Antonio, para ir desarrollando su ambicion á la sombra del poder romano; pero dotado de verdadera sagacidad política, calculando que habia de llegar un dia en que ya no pudiera contenerse la rivalidad manifiesta entre Antonio y Augusto, procuraba tambien tener de su parte al hombre que dominaba en Occidente, y que prometia ahogar

de una vez todas las libertades de Roma, para fundar sobre sus despojos los cimientos del imperio.

Al mismo tiempo mantenía buenas relaciones con aquellos pueblos de Oriente que, por su carácter indomable y su irresistible inclinación á la guerra, eran una amenaza continua y un escollo fatal para la grandeza de Antonio; mientras que desvelándose por honrar á los hombres de verdadero mérito, favoreciendo en la medida que estaba á su alcance el desarrollo de las artes y de las ciencias, distinguiéndose por la noble severidad con que administraba justicia á los grandes y á los pequeños, venciendo en la guerra, prosperando en la paz y proyectando convenientes alianzas de familia, se hacía muy superior á los príncipes de su tiempo, aunque no siempre estaba exenta su conducta de los vicios y crueldades propios de la sociedad en que vivía; y conquistando simpatías entre el pueblo, captándose la admiración y el respeto de propios y extraños, aumentaba cada día su popularidad, y preparaba hábilmente su futuro engrandecimiento.

A este fin se dirigía la alianza que tenía proyectada con Hircanio. Más que apasionado de la singular hermosura de Marianna, estaba codicioso de reunir bajo un mismo cetro los gobiernos de Galilea y Jerusalem con nombre de tetrarquía, para obtener más tarde, con el apoyo de Roma, el título de rey de los judíos, extendiendo su autoridad á la Idumea y la Samaria.

Mideo sabía muy bien que la ambición era el único móvil de la conducta de Herodes; y aunque le suponía enamorado de la bella Marianna, sospechaba que ella le amaba infinitamente más, y que Herodes la sacrificaría si por otro camino podía llegar á su más rápido engrandecimiento.



Su plan era halagar los instintos de Herodes; no descubrirle más que á medias el proyecto que habia discutido con Cleopatra; hacerle entrar en los intereses de la reina de Egipto, deslumbrándole con un porvenir infinitamente más seductor que cuantos él hubiera podido soñar; dar publicidad á la supuesta union amorosa entre Cleopatra y Herodes, para presentarle á los ojos de Marianna como un hombre indigno de su amor, como un ambicioso vulgar que la sacrificaba á su sed insaciable de engrandecimiento y de fortuna; aprovechar la indignacion á que habia de abandonarse la jóven judía al sentirse humillada por el hombre á quien habia abandonado su corazon, y dejar expuesto á Herodes á la venganza y al furor de Antonio, tan luégo como Cleopatra hubiera conseguido despertar los celos del triunviro, y recobrar el ascendiente que ántes tenia sobre su alma. Apénas tuvo Herodes noticia de que habia llegado á su corte un embajador de la reina de Egipto, comprendió que vendria á tratar con él de asuntos de la mayor importancia; y despues de haberle recibido con todas las fórmulas de la etiqueta, harto ceremoniosa entre los príncipes orientales, se apresuró á conceder á Mideo la entrevista reservada que solicitó.

— Cuando la reina de Egipto me envia un embajador, exclamó Herodes tomando la iniciativa y para advertir indirectamente á Mideo de que no le cogia desprevenido, hoy que los pueblos de Oriente y los más poderosos monarcas de esta region no conservan más que un resto despreciable de su independenciam, y no deciden ni aun los asuntos más leves sino sometiéndolos al albedrío de los agentes de Roma, y cuando tú para hablarme has exigido este misterio, debo pensar que has venido á proponerme alguna empresa ar-

riesgada que no será del agrado de Roma, y que por lo tanto, si la acepto la hemos de realizar sin su ingerencia.

— Así es, señor: has adivinado el pensamiento de la reina de Egipto, contestó resueltamente Mideo.

— Yo estoy en buena amistad con Antonio; yo procuro ante todo el bien de mi pueblo, y hoy le interesa mucho conservar la alianza con Roma. ¿No teme Cleopatra que, siendo éstos mis intereses, tenga por qué arrepentirse de haberme hecho confidente de sus propósitos hostiles á mi aliado?

— Cleopatra conoce ante todo tu nobleza, y sabe que si no aceptas sus proposiciones porque se opongan á tu sistema de conducta, guardarás el secreto mientras sea necesario, y nunca tendrá que arrepentirse de haberte hecho depositario de su confianza.

— Veo que es merecida la fama que goza de ser mujer que conoce el corazón humano.

— Yo respondo de que no es erróneo el juicio que tiene formado de tí. Cleopatra sabe muy bien todo eso: sabe además que tu espíritu, incapaz de contenerse en esferas limitadas, aspira á sublimarse en otras más altas. Te ha medido con todos los demás príncipes de Oriente, y te encuentra muy superior á ellos por la generosidad de la ambición, por la nobleza de los propósitos, por los medios que tu ánimo nada vulgar te proporciona para realizarlos. Sabe, por último, que esa amistad que te liga á Roma es impuesta por la necesidad y no inspirada por el corazón; que amas á tu patria, á quien á la vez sirves, y gobiernas como príncipe magnánimo é ilustrado, y que si tuvieras ocasión de sacudir el yugo afrentoso del extranjero, te apresurarias á aprovecharla.

— ¿Quién lo puede dudar? Yo sé que mi patria no se halla en estado de resistir ventajosamente, y procuro hacerle llevara la esclavitud, convirtiendo en amigos á los opresores.

— Pues bien, yo vengo á brindarte con una empresa digna de tí; yo vengo á poner en tus manos ese yugo para que lo rompas.

— De una mujer tan prudente y tan astuta como la reina de Egipto, no es de temer que se haya dejado arrebatarse por locas ilusiones.

— Pienso que no.

— Nadie como ella tiene motivos para apreciar en su justo valor el inmenso poder de Roma.

— Como que en gran parte, en la parte que á todos nos interesa, lo ha tenido sujeto á su capricho en la persona de Antonio.

— A eso aludia.

— Sin embargo, ese poder se ha declarado independiente. Antonio permanece en Siria, Cleopatra en Alejandría, y ciertamente que el triunviro no piensa en estrechar la distancia.

— Perdona que me extrañe que un hombre como tú desconozca la humana flaqueza. Antonio, á quien fuera injusto negarle altas cualidades para la guerra, ha nacido para ser en la paz el más mísero de los esclavos; porque somete toda su grandeza, toda su autoridad y todo su prestigio á las exigencias de una mujer, y á los goces de esos placeres disolutos que prostituyen el espíritu, debilitan la inteligencia y enervan el cuerpo.

— Hace poco tiempo, el capricho de Cleopatra era para él una ley ineludible; hoy este dominio ha pasado á Octavia. Cleopatra no se inquieta por esta nueva pasión; no te enga-



ñaré diciéndote que nunca le ha amado; quiso tenerle sujeto y aparecer vencida, para ser más fácilmente vencedora. Así su voluntad reinaba omnipotente desde un extremo al otro del Asia; la fuerza de la astucia triunfaba de la fuerza de Roma, y nuestro opresor descubría á los oprimidos todas sus debilidades y flaquezas, señalándoles el punto vulnerable en que, atacándole, podían vencerle.

— Sagaz política, pero cuyo precio era que apareciese Cleopatra á los ojos del mundo como la manceba de Antonio.

— ¿Y qué importaba? En tanto, la política producía su efecto, y los acontecimientos han venido á demostrar que no se engañó en sus cálculos la reina de Egipto. ¿No se sembró entre Antonio y el jóven César la fatal semilla de la discordia? ¿No se creyó en Italia que Antonio renunciaria á todos los derechos del patriciado por subir en Oriente las gradas de un trono? No lo dudes, señor: la desunion es causa de debilidad; no hay poder que baste á sofocar las rivalidades que han estallado entre César y Antonio; á Antonio se le mira ya como á enemigo de Roma, y sus descabros se celebrarán con regocijos públicos. ¿A quién se debe todo esto sino á la sagaz política de Cleopatra?

No dejaba de tener fundamento cuanto Mideo acababa de decir; así lo reconoció Herodes, pero se guardó muy bien de manifestarlo, convencido de que, cuanta más frialdad demostrase en la conferencia, tanto ménos se exponía á contraer compromisos que directa ó indirectamente le ligasen á los intereses de Cleopatra.

— Sin duda, exclamó, el amor de Cleopatra ha sido más funesto para Antonio que cien derrotas en el campo de batalla; pero la experiencia no se adquiere en vano, y ya ves

que el humilde siervo ha recobrado de repente todos sus derechos de señor.

— ¡Vana apariencia de una autoridad que ya se ha desvanecido! Antonio es un obstáculo para Augusto, y ese obstáculo desaparecerá.

— Así lo creo; más no por eso pierdo de vista cuál es la tendencia de la política de Roma: allí verán con alegría la desgracia de Antonio; se aprovecharán de ella para arruinarle; pero ni Augusto ni el senado, y mucho menos el pueblo, fomentarán tanto los odios y las rivalidades que peligre una sola de las provincias que Roma ha conquistado.

— ¿Y qué importa? Las disensiones intestinas acaban siempre por debilitar á los pueblos; el interes individual se sobrepone al de la masa comun; y si hay un espíritu osado, un talento sagaz y un brazo fuerte que sepa aprovechar en su favor esas circunstancias, su triunfo es poco menos que seguro. ¿No te interesa la libertad de Oriente?

— ¡Y tanto!

— ¿No amas sobre todo la gloria?

— Es mi sueño constante.

— ¿Y no te crees capaz de conquistarla?

— Si no lo creyera fijamente no la amaria; la imaginacion no abarca nunca aquello que en el corazon no cabe.

— Dices bien: Cleopatra quiere abrirte el camino que te puede conducir á la fortuna y á la inmortalidad.

— Vienes á brindarme nada menos que con el imperio de Oriente.

— Tú lo has dicho.

— No es lo mismo decir que hacer.

— Ni es prudente retroceder ante dificultades que pueden ser imaginarias.



— Explicáte : ya ves con cuánto agrado te escucho.

— Oye los planes de mi reina y señora. El conocimiento que tiene del mal que ha causado, no le permite dudar de que la fortuna de Antonio se acerca precipitadamente á su fin. Augusto le ha abandonado en sus empresas; la parte más lucida de sus legiones está empeñadá en la guerra contra los parthos; esa guerra necesariamente ha de serle fatal; los pueblos de Oriente se manifiestan cada dia ménos resignados á sufrir el yugo del extranjero; sus vejaciones, sus arbitrariedades, sus onerosos tributos, exasperan ya á los más pusilánimes; crece la agitacion; el volcan va concentrando su fuego, y pronto romperá el cráter arrojando torrentes de lava asoladora. Falta un hombre bastante osado para provocar la fortuna, reuniendo estos dispersos pero seguros elementos de triunfo. Tú puedes ser ese hombre. Tu voluntad será la gran palanca que ponga en movimiento esta parte del mundo. Tu valor te ha hecho ilustre, tus virtudes querido, tu talento respetado; el Asia entera te aclamará por su caudillo; el vasto imperio de Oriente que ambicionaba Antonio, puede ser para tí. Falta una base para realizar tan magnífica empresa : esa base te la da Cleopatra en el reino de Egipto.

Herodes quedó pensativo : la brillante enumeracion de triunfos, honores y grandezas que acababa de hacerle Mideo, le deslumbraba.

Comprendió que nada habia en ello de inverosímil, si bien mucho de arriesgado : su corazon, léjos de desdeñar, buscaba por instinto las empresas peligrosas. Pero su razon calculadora y fria le obligaba á contener el ímpetu de su belicoso carácter.

Mideo no dejaba de observar atentamente la fisonomía de



Herodes, esperando que algun destello importuno viniese á revelarle cuanto pasaba en su alma.

En la chispa de fuego que brilló en los ojos del gobernador de Galilea, rápida como el pensamiento que lo habia producido, en la nube de que se cubrió su frente al abarcar las inmensas dificultades de la empresa que se le proponia, comprendió el astuto astrólogo la indecision en que se hallaba el espíritu de Herodes; y aprovechando la oportunidad de inclinarlo en favor de sus propósitos, continuó diciendo:

— Sí, tu nombre pasará lleno de gloria á las edades futuras; es noble y magnánima la empresa de fundir tantas y tan diferentes razas, de sofocar tantos odios, de hacer una sola nacion de tantas y tan dispersas nacionalidades. Merced á tí, el poder de Oriente competirá en el mundo con el poder de Roma, y lo eclipsará, y hasta acaso llegará á anularlo, porque tales son las hermosas prerogativas del triunfo.

— Calculemos con frialdad las ventajas y los inconvenientes del negocio que me propones. Si venciendo las inmensas dificultades que han de embarazar nuestro camino, logramos el fin que tú sueñas, ¿qué parte reclamará Cleopatra en el botin?

A su vez Mideo quedó sorprendido con la brusca pregunta de Herodes; no sabia qué contestar, temiendo comprometer demasiado los intereses de Cleopatra, ó darle á entender el verdadero objeto de la alianza que le proponia; pero temiendo tambien que si prolongaba su silencio daria á Herodes que sospechar, y creyendo que podria halagarle más la ambicion con un rasgo de inocencia que le hiciera aparecer incauto, y diese á sus palabras cierto acento de sencillez candorosa, le dijo:

— Cleopatra me ha dado instrucciones para proponerte una alianza ofensiva y defensiva, cuyas bases serán la union estrecha é indisoluble entre Egipto y las provincias que te obedecen, sin exceptuar aquellas que logres conquistar. En el caso probable de una victoria decisiva, el imperio de Oriente se dividirá en dos mitades: una para tí, que comprenderá la Palestina y la Siria, y el resto para mi reina. Si aceptas nuestras proposiciones en estos términos, se celebrará el tratado. Ahora, si quieres que te hable como particular y no como embajador; si á tu vez prometes escucharme de la misma manera, puesto que eres un hombre tan leal, te diré sin reserva alguna...

Mideo se detuvo esperando la respuesta de Herodes.

— ¡Habla! Le dijo el idumeo. Tu secreto estará tan guardado como en la tumba.

— Pues bien: yo creo que en todo este asunto se agita un interes muy superior al de las conveniencias políticas.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿No lo comprendes? Cleopatra es una reina ambiciosa: su ambicion es tal, que no retrocede ante los medios, y tengo para mí que ha soñado con el imperio absoluto de Oriente.

— No te entiendo muy bien.

— Me explicaré más claro. Ella ha concebido la manera de consumir la ruina de Antonio; pero careciendo de medios para realizar sus planes, ha pensado en tí, que eres el único que los posees. No creo que su ambicion se extienda solamente á reinar sobre mayor número de pueblos, sino tambien sobre el corazon del heroe que acierte á librarlos de la esclavitud. De manera que el término de esta alianza no seria dividir el imperio, sino el tálamo.



— Tentadora es la proposicion.

— No pasa de ser una sospecha mia, se apresuró á decir Mideo.

— Cuando tú la abrigas, su fundamento tendrá.

— De otro modo no me atreveria á suponer en mi reina...

— Las aguas siguen de continuo su obligada corriente.

El amor ha entrado por mucho en los planes políticos de Cleopatra; pero dudo que de la misma manera se interese su corazon.

— No conoces la debilidad propia de la mujer. ¿Ignoras que ese sexo, amando por inclinacion todo cuanto se aparta del órden natural de las cosas, buscando incesantemente lo fantástico, lo maravilloso, como busca espacio donde remontarse el leve vapor que se desprende de la tierra, está siempre dispuesto á admirar el astro que más brilla? Cleopatra amó á Antonio, si por ventura llegó á amarle, mientras ninguna gloria humana podia eclipsar la del triunviro; mas ahora que ese sol se oculta en el ocaso, sus ojos, ávidos de luz, se vuelven al lado donde otro sol se eleva.

— Y mañana que la suerte dejara de mostrarse propicia, Cleopatra buscaria otro sol donde fijar sus miradas.

— No lo creas: su espíritu privilegiado no acierta á vivir sino en esferas sublimes. Si Antonio hubiera sabido mantenerse digno en el seno de la prosperidad, si hubiera abdicado su grandeza en la esclavitud de los amores, Cleopatra no habria dejado de amarle. Tú sabrás ser grande en la prosperidad y en la desgracia; Cleopatra tendrá siempre algo que admirar en tí.

— Yo no podria seguir tus consejos sin renunciar á lo que ahora forma el encanto de mi vida. Yo amo á otra mujer...



— Lo sé, se apresuró á interrumpir Mideo, gravemente disgustado con el giro que tomaba la conversacion. Aquella alusion al amor de la hija de Hircanio le destrozaba el alma.

— Bien sé yo que los reyes no se pertenecen, continuó Herodes, sin apercibirse del efecto que sus palabras habian causado en el egipcio; bien sé que deben sacrificar sus afectos más caros por el bien de los pueblos que gobiernan. La ambicion de mi pueblo es tan grande, que cuando remonta el vuelo arrastra consigo los sentimientos más arraigados. Sí: por consolidar el imperio de Oriente, por abatir el orgullo de Roma, olvidaria las perfidias de Cleopatra, la muerte inhumana que dió á Ptolomeo, el cariño que mintió á César, las liviandades con que escandalizó á Roma, y la conducta artera que ha seguido con Antonio. Antes has dicho la verdad: yo sabré ser grande, lo mismo en la suerte próspera que en la adversa, y conseguiré que mi corazon permanezca insensible á los filtros encantadores con que esa mujer adormece aquellos que quiere dominar. Seré dócil á la razon de estado, y compartiré mi tálamo con ella, sin que por eso ni avasalle ni me deje avasallar; mas para tanto sacrificio necesito una garantía, y tú no puedes dármela.

— Cierto: me he excedido de mis instrucciones; he hablado como simple particular en el terreno amistoso de la confianza, y puede ser muy bien que no tenga fundamento mi sospecha. El encargo de Cleopatra se reducía á proponerte la alianza, y á exigirte la mitad de cuanto se conquistare. Si consientes en ello, volveré á Alejandría con tu respuesta; ajustaremos así los preliminares del tratado; sus términos precisos y las garantías que exija cada parte, podrían establecerse en una conferencia de soberano á soberano.

— Admitido; que Cleopatra señale el punto, y yo asistiré á la cita; no pongo más que una condicion.

— ¿Cuál?

— Que el asunto se decida brevemente: nada hay que me disguste tanto como esperar.

— Esos son tambien los deseos de mi reina.

— Pues lleva mi contestacion, y ten entendido que no me obligo á nada mientras mi sello y el de Cleopatra no autoricen lo estipulado.

— Claro es, señor, que por mi propia autoridad ni una ni otra parte se obliga.

Mideo besó la mano de Herodes, y se retiró saludándole respetuosamente.

El resultado de la conferencia le habia complacido. No dudaba que la ambicion de Herodes le conduciria al extremo en que él deseaba verle; y aunque no dejaba de inspirarle recelos la astucia de aquel hombre, confiaba en que los esfuerzos de Cleopatra acabarian de convencerle, apartándole de una manera decisiva del partido de Antonio.

Herodes, que todo lo subordinaba á su interes, pesaba con perfecta serenidad de espíritu las ventajas y los inconvenientes, lo que podia haber de ilusorio y de real en la empresa que se le proponia, y trazaba en su imaginacion la manera de acceder á las pretensiones de Cleopatra hasta el límite conveniente á sus intereses, sin comprometerse tanto que Antonio desde el primer momento le retirara su gracia, y acaso lo considerara como enemigo.

Comprendió que aquella aparente ingenuidad del embajador no habia sido más que un lazo diestramente tendido, y fingió que se dejaba aprisionar en él, para inspirar de este modo á Cleopatra una confianza que él mismo estaba muy

légos de abrigar; pero como hemos visto, estaba muy léjos de dar á entender que se someteria á los caprichos de la reina, porque le era conveniente para todo evento mantener incólume la superioridad que le daban su situacion y la naturaleza.

Libre de todo compromiso, dispuesto á rechazarlo ó á admitirlo todo quedaba con esta conducta, hasta que en una conferencia con Cleopatra pudiese apreciar con exactitud lo que habia de ganar y lo que estaba expuesto á perder.



## CAPÍTULO II.

### ALIANZA OFENSIVA Y DEFENSIVA.

Con avisos que Herodes recibió de Cleopatra, se encaminó á Alejandría para tener con la reina la conferencia que le habia propuesto Mideo.

El idumeo habia reflexionado detenidamente acerca de las ventajas positivas que para él podia tener la propuesta alianza, y creyó que Cleopatra entraba sinceramente en ella, no por calculado interes político, sino para dar satisfaccion á su orgullo ultrajado, y vengar de una manera terrible los desdenes con que la humillaba Antoniò.

Herodes comprendió que era un delirio aspirar á la fundacion de un vasto imperio con todas las nacionalidades de Oriente, porque la obra de extinguir tantos odios de raza entre pueblos de carácter, idiomas y costumbres diferentes, no podia ménos de ser lenta y laboriosa, más propia de la pausada elaboracion de los siglos, que de los esfuerzos de un solo hombre, por enérgica que fuese su voluntad, grande su prestigio, próspera su fortuna, y poderosos los medios de que dispusiera para realizarla; mas le pareció que, si no le era dado aspirar á un fin tan magnífico, al ménos podria

intentar, sin incurrir en la nota de insensato, agregar á su dominio algunos de los pueblos que habian llegado á una desorganizacion completa, y otros que, mal avenidos con el yugo romano, aceptarían un príncipe cualquiera, con tal de mantener una sombra de independencia y que se les dejara regirse por sus propias leyes, aunque fuera prestando á César el homenaje de los tributos.

Para realizar esta ambicion habia de serle de grande utilidad la alianza de una reina tan poderosa como la de Egipto, y no le inspiraba recelos el enojo de Roma, porque siempre que Antonio le llamase para reconvenirle, le podría contestar que, lejos de hacer armas contra el imperio y de aliarse con sus enemigos, le prestaba un verdadero servicio guerreando contra aquellas naciones que no habian aceptado la esclavitud, y que si le honraban con la alta dignidad real, en cambio le facilitaban medios de aumentar los ingresos del erario, lo cual para Roma venia á ser tanto como conquistarle el libre ejercicio de un derecho de verdadera soberanía.

Para no exponerse á perderlo todo si Antonio llevaba á mal que sin su conocimiento se lanzase á empresas tan atrevidas, resolvió comunicarle de sus proyectos aquella parte que, sin comprometerle ni obligarle á nada, podía servirle de disculpa y de abono de su buena fe en el caso probable de una reconvenion. Mas no juzgó prudente dar este paso ántes de ponerse de acuerdo con Cleopatra, y de saber por consiguiente toda la extension de sus compromisos y de su responsabilidad.

Desde que Mideo, aparentando que se olvidaba de su deber para iniciarle en secretos que divulgados por su medio le hubieran valido probablemente el enojo implacable de su

reina, le habia confiado la buena disposicion en que Cleopatra se hallaba para compartir con él algun dia su trono y su tálamo, comprendió Herodes que, siendo aquellas palabras convenidas de antemano con la misma Cleopatra, no era prudente de su parte demostrar desde luego una repugnancia invencible á aquella union, que realmente le parecia odiosa, ni manifestarse tan impaciente por aceptarla que el embajador llevase á la reina el convencimiento de que Herodes, deslumbrado con las brillantes promesas que se le hacian, consentiria en ser dócil instrumento de una venganza femenil.

Así fué que, léjos de verter al acaso las palabras injuriosas que pronunció aludiendo á los antecedentes de Cleopatra, las meditó mucho, y no hizo más que emplear el recurso á que acababa de apelar Mideo para seducirle de una vez, aparentando una ingenuidad de corazon que era en el fondo el refinamiento de la doblez y de la falsía.

Por su parte Cleopatra no habia soñado nunca con el imperio de Oriente: conocia demasiado á Herodes, y no podia hacerse la ilusion de que llegaria á convertirlo en juguete de su voluntad, como habia convertido á Antonio, que mientras encontraba la felicidad en los brazos de una mujer amada, se olvidaba por completo de su dignidad y grandeza. Tambien le parecia ilusorio el vasto proyecto de Mideo; y entre la eventualidad de ser señora de algunos pueblos más, dado caso de que Roma le abandonara la conquista, lo cual le parecia ménos que probable, y la seguridad de volver á ser dueña del corazon de Antonio, ejerciendo así de hecho la soberanía en todo el Oriente, sin exponer sus tesoros ni su corona á la suerte caprichosa de una batalla, se decidió por esto último.



Así fué que, á trueque de conseguir la amistad de Herodes, y de explotarla en la medida conveniente á sus deseos, no vaciló en aparecer ante el mundo como su manceba, ni en dejarle entrever la esperanza de que lo haria su esposo, confiada en que Antonio no podria resistir á esta prueba, y en que siempre encontraria una disculpa para romper el convenio tan luégo como empezara á convertirse en obstáculo.

Ambos se conocian y recelaban el uno del otro, pero mutuamente se necesitaban hasta un momento dado y se fingian amistad y se prestaban gustosamente ayuda, porque ambos obedecian á un interés egoista. Ninguno de los dos contraia la alianza engañado; ninguno buscaba otra cosa que un medio de realizar sus ambiciones, y ambos sabian muy bien que de la noche á la mañana uno de los dos habia de convertirse en víctima y el otro en verdugo.

El golpe era inevitable: toda la cuestion se reducía á quién habia de darlo primero y en momento más oportuno.

Tal era la disposicion de ánimo en que respectivamente se hallaban Cleopatra y Herodes.

Mideo tuvo buen cuidado de no ocultar á la reina ni el más insignificante detalle de la conversacion que habia tenido con el gobernador de Galilea, y no omitió tampoco los ultrajes que el idumeo habia inferido á Cleopatra al referirse á sus pasados amores. Si Herodes no hubiera hablado tan terminantemente acerca de este particular, Mideo habria supuesto que estos sentimientos se reflejaban en su semblante, porque le interesaba mucho que Cleopatra tuviese algun motivo de rencor contra Herodes, para asegurar él la venganza contra el predilecto de la hija de Hircanio.

Cleopatra no era mujer que se parase en tan pequeños inconvenientes; se inquietaba muy poco de la idea que hubie-

se formado de ella Herodes, segura como estaba de hacerle pagar muy caro su atrevimiento, abandonándole al furor de Antonio.

Para recibir dignamente al gobernador de Galilea, apuró Cleopatra su habilidad en el arte de los encantos, como ya habia hecho cuando Antonio fué por primera vez á Oriente, y aun se puede decir que eclipsó aquel alarde de fausto y de riqueza.

Herodes quedó deslumbrado con la magnificencia y el buen gusto que se respiraban en el palacio real de Alejandría, muy superiores á los que refiere la historia de los mejores tiempos de Babilonia.

Los guardias de Cleopatra ostentando ricas vestiduras que más de un príncipe hubiera envidiado; la legion inmensa de cortesanos y de damas, que vencian en esplendor y riqueza á los antiguos sátrapas de la corte disoluta de Baltasar; infinidad de esclavos y servidores quemando incienso en ricos pebeteros; la multitud de candelabros de bronce, que vertiendo torrentes de luz por los extensos atrios donde la arquitectura egipcia habia derramado todos sus esplendores, y por las anchas escaleras formadas con los mármoles más preciosos de Italia y el oro más puro de la Arabia Feliz, no permitian que se echasen de ménos los rayos del sol, y con razon pudo decirse de Cleopatra que para ella no existian las tinieblas de la noche.

A pesar suyo, Herodes se sintió dominado, casi empequeñecido por tanta magnificencia, y necesitó de toda su presencia de espíritu para no dejarse fascinar por completo.

El espectáculo era tentador; cualquiera otro hombre de ménos grandeza de alma se hubiera dado por muy feliz con la esperanza de que algun dia habia de alcanzar una exis-



tencia digna de que la envidiaran los mismos dioses; pero Herodes, haciéndose superior á cuanto le rodeaba, comprendió que Cleopatra no pretendia más que cubrir con flores la boca del espantoso abismo en que queria sepultarle, y puso todo su empeño en aparecer muy superior al fausto en que le embriagaba la reina de Egipto.

Tan luégo como los embajadores que habian salido al encuentro del gobernador de Galilea anunciaron á la reina que habia llegado, Cleopatra salió á recibirle al descanso de la escalera, tributándole honores poco ménos que divinos.

Para que el recibimiento fuese más agradable á Herodes, hermosas doncellas coronadas de flores y vestidas con ligeras gasas, cantaban en armonioso coro los himnos más sentidos del pueblo de Israel, recordando la victoria de esta raza en el mar Muerto, el regreso del cautiverio de Babilonia, y la dulce esperanza que alimentaba del Mesías prometido, que recobrando el trono de David habia de libertarle del pesado yugo extranjero.

Entretanto otras doncellas le presentaban en copas de oro el agua trasparente para la purificacion, y el sabroso vino de Engaddi para las libaciones, miéntras que sembraban á su paso guirnaldas de fragantes flores y los más delicados aromas de la tierra que produce el bálsamo.

Cleopatra resplandecia entre tantas mujeres hermosas, como el oro entre la tierra que lo produce; y no necesitó Herodes poco esfuerzo para no tener que bajar los ojos confundido ante aquella belleza que, rodeada de tantos y tan fantásticos atractivos, parecia sobrenatural.

— Has entrado en mi casa, más como señor que como amigo, le dijo Cleopatra dando á su voz aquel acento dulcí-



simo y melodioso cuyo encanto era para todos irresistible, y hablándole en el hebreo más puro para colmo de cortesanía. En tu presencia debo despojarme de toda dignidad; la corte que siempre ha sido esplendor de mi trono, vivirá de hoy en más consagrada á ensalzar tu grandeza; mis guardias velarán tu sueño, y mis esclavos y servidores estarán pendientes de tu voluntad. Desde que tú has puesto la planta en este palacio, me considero indigna de pisarlo. No volveré á él mientras deba ser tuyo; Egipto se dará por muy satisfecho con este cambio de señor.

Herodes detuvo de la mano á Cleopatra, y procurando corresponder á su finura cortesana, le dijo:

— Observa, señora, que si te vas se irá contigo toda mi alegría; yo he venido á recibir tus órdenes como esclavo, y no á imponerte las mias como señor. A las puertas de la ciudad he mandado levantar mis tiendas: déjame que busque en ellas mi natural abrigo; el leon habita gustoso en las concavidades de las rocas y entre la frondosidad de los bosques, y moriría de angustia entre doradas rejas y bajo techos artesonados. Recuerda que he nacido en Idumea; que ha corrido mi juventud en sus ásperas y estériles montañas; que mis oídos no están acostumbrados á escuchar más música que el salvaje rugir de los torrentes y el áspero-bramido de la tempestad; que no conozco otro aroma que el de las selvas vírgenes llevado en las alas del viento, ó el sangriento que se respira en el fragor de los combates. Soy el rudo soldado y no el discreto palaciego. Dispénsame si mi lenguaje no está en armonía con este delicado recibimiento; yo no sé hablar otro que el del corazón, y con él te suplico que no prives á tu palacio de su más preciado tesoro, y me permitas volver al campamento cuando haya recibido tus órdenes.

Herodes estaba resuelto á no admitir la hospitalidad que le ofrecia Cleopatra, ó al ménos á hacerle comprender con esta indicacion casi adusta, en el caso de que no pudiera rehusar, que aquellas brillantes exterioridades no habian de ejercer influencia alguna en su espíritu, sino que al contrario, sabria conservar toda su serenidad para no concederle el menor influjo en sus sentimientos y mantenerse firme en el terreno que más conviniera á sus intereses.

Sin embargo, Cleopatra insistió de tal manera, que Herodes se vió precisado á aceptar el descanso que le ofrecia en los magníficos salones de su palacio.

No tardó Cleopatra en abordar la cuestion que era objeto de aquella visita. Herodes se revistió de su natural reserva para escuchar las proposiciones de la egipcia, y se guardó muy bien de calificar de delirio la empresa audaz que le habia propuesto Mideo.

Llegaron al fin al punto verdaderamente árduo de la conferencia, que era el determinar las ventajas que habia de reportar cada parte y los sacrificios que se habia de imponer.

Ni uno ni otro querian tomar la iniciativa, y daban tiempo al tiempo con importunas digresiones, plenamente convencidos de que quien primero se aventurara se habia de colocar en una situacion desventajosa; pero Herodes, cansado de tanta dilacion, y creyendo que un hábil rodeo en nada le comprometeria, quiso explorar préviamente el corazon de Cleopatra, y le dijo:

— En mi concepto, lo primero que debemos hacer es auxiliar indirectamente á los parthos en la guerra que sostienen. Importa mucho que ántes de lanzarnos con el rostro descubierto á combatir con un enemigo tan formidable como



Roma, le debilitemos sin que pueda sospechar que el daño le viene de nosotros.

— Acepto esa idea, exclamó Cleopatra; así habremos andado la mitad de nuestro camino.

— Si logramos seguir inspirando confianza á Antonio, le persuadiremos fácilmente de que él en persona debe dirigir esa guerra. Roma combate siempre á campo descubierto; los parthos no renunciarán á su sistema de engaños y emboscadas; lo probable es que Antonio sucumba, y entónces no habrá obstáculo alguno que se oponga á nuestra victoria. De todos modos, teniéndole léjos nos será más fácil incitar estos pueblos á la rebelion. Y ciertamente que para que Antonio caiga en esta celada á nadie juzgo más á propósito que á tí. Tú has egercido absoluto dominio en su corazon; él te ha amado como mujer ninguna puede envanecerse de haber sido amada, y aunque hoy por circunstancias especiales esté alejado de tí, tarde ó nunca se olvida la costumbre de una dulce obediencia.

Herodes estuvo esperando algunos momentos la respuesta de Cleopatra. Esta quedó pensativa como si rehusara acceder á lo que su aliado le proponia. Hérodes se apresuró á decir:

— Perdóname si con imprudentes palabras he traído á tu memoria recuerdos dolorosos, y si he reanimado el fuego aun no extinguido en tu corazon.

— ¿Qué dices?

— Tú has amado á Antonio, y aunque hoy os separen los intereses, quizas te duela arrastrarle á su ruina.

— Te engañas, exclamó Cleopatra. Yo no he querido nunca más que dominar para dividir más fácilmente: he dominado y he dividido; lo que hago ahora no es más que continuar la política comenzada, recoger el fruto de la se-



milla que sembré. ¿Piensas que yo hubiera podido nunca amar al opresor de mi patria?

— Esas palabras te honran, exclamó Herodes muy satisfecho de haber entrado en el giro que quería dar á la conversacion; pero permite que te haga una advertencia amistosa. Al cruzar por tus dominios he oido hablar á esos pueblos que te adoran: todos ellos ven con dolor que está desierto tu lecho, y á trueque de que les hubieras dado un sucesor legítimo, gustosos habrian aceptado por señor al triunviro romano. Los lamentos de los pueblos deben ser saludables advertencias para los reyes. Si estos rumores llegan á oidos de Antonio, él que ha soñado ántes que nosotros con el total imperio de Oriente, y cuya ambicion se cifra en ceñir á sus sienes una corona real, no vacilará en satisfacerlos; buscará un pretexto para repudiar á Octavia, y vendrá á pedirte la mano de esposa.

— No sucederá.

— ¿Lo dudas?

— Sí, porque si la ambicion de Antonio le condujese hasta ese extremo...

Cleopatra no pudo continuar: la suposicion de Herodes era tan halagüeña, que habia llenado de alegría su corazón, é iban á asomar á sus labios los sentimientos que más le interesaba ocultar.

— ¿Qué harías? Le preguntó Herodes con marcado acento de indiferencia.

Cleopatra se habia ya repuesto, y pudo contestar:

— Lo despreciaría, porque hoy que conozco todas sus debilidades, no le necesito para nada.

— Verdaderamente que es terrible tu amor, exclamó Herodes con irónica sonrisa.

Cleopatra comprendió que habia cometido una imprudencia, que habia empezado á revelar á Herodes uno de los misterios de su alma; y queriendo desvanecer el efecto de sus anteriores palabras, se apresuró á decir:

— ¿Se puede pedir á la esclava que ame sinceramente á su señor? ¿Qué he sido yo, qué ha sido todo Oriente más que objetos de esclavitud para Antonio? Yo que he nacido para amar, me he visto siempre privada de ese dulce sentimiento; el interes de mi pueblo, la fatalidad me han ido siempre alejando del objeto á que la naturaleza me conducia. Las leyes inflexibles de mi reino me obligaban á dar la mano de esposa á mi hermano; las resistí cuanto pude, y al fin tuve que obedecer á la imperiosa voluntad de César, que fué el primero en oprimirme con la cadena de la esclavitud; despues la traspasó á Antonio; yo no hice otra cosa que cambiar de señor; mi corazon quedó libre, porque en los corazones no ejerce ningun influjo la tiranía. Cuando me sea posible atenderé á los deseos de mi pueblo: yo haré dueño de mi alma al hombre que la merezca. Dicen, no sé si con razon, que soy privilegiada entré las mujeres de Oriente; el hombre á quien yo elija ha de ser tambien privilegiado: no aceptaré señorío que no sea digno de mí.

— ¿Y quién podrá, señora, igualar su mérito con tu hermosura? ¿Qué mortal podrá elevarse hasta tu esfera?

— ¿No ha de haber en Oriente quien pueda competir en grandeza con la reina de Egipto?

— Dificilmente.

— ¿Por qué?

— Porque no conozco á nadie á quien no causes admiracion, y para atreverse á amar es necesario que las condiciones parezcan iguales.



— Evidente sofisma: ántes bien el amor á todo se atreve: le pintan ciego, porque no hay consideracion á que obedezca; le representan con alas, porque salva distancias enormes; lo mismo habita en la cabaña que en el palacio, y lo mismo influye en el corazon de los reyes que en el de los pastores. ¿Cuándo no se ha complacido el amor en recompensar los intentos ambiciosos, en allanar las dificultades, y en acercar á los séres separados por el nacimiento ó por la fortuna? Ese dios altanero y caprichoso siempre ha desdenado á los humildes.

— ¿No temes, señora, despertar mi ambicion con esas palabras? ¿No temes que seducido por tu grandeza, ansioso de poseer tus encantos, me aparte de los humildes é invoque á ese dios para que me sea propicio, ya que tan inclinado se muestra á los ambiciosos?

— ¡Temerlo! ¿Y por qué? Los humildes no te han contado nunca en su número; heroe te aclaman entre los heroes; tu pueblo te apellida el Grande, y cabe en tu corazon el propósito de realizar atrevidas empresas. ¿Por qué habia de temblar una mujer ante el soñado peligro de ser amada por tí?

Estas palabras de Cleopatra persuadieron á Herodes de que para aquella mujer, la base de la proyectada alianza era, como le habia indicado Mideo, el orgullo de compartir algun dia el tálamo nupcial con el fundador del grande imperio de Oriente.

Sabia muy bien que la ambicion y no el amor la inducia á expresarse en aquellos términos; no se le ocultaba la posibilidad de que, conseguido el triunfo, Cleopatra le preparase el mismo fin que á su hermano Ptolomeo; pero temiendo que una resistencia demasiado tenaz hiciera fracasar



sus proyectos, decidió seguir adelante con el engaño y conservar siempre una superioridad que habia de ser para él poderoso elemento de triunfo.

Desde aquel dia las relaciones entre Herodes y Cleopatra se estrecharon de tal manera, y tanto corrieron comentadas por la lengua maliciosa de los cortesanos, que primero en toda la ciudad, y á poco en el reino entero, se dió por seguro que Herodes habia reemplazado á Antonio en el corazon de la reina de Egipto.

---

### CAPÍTULO III.

#### LA PEQUEÑEZ DE UN GRANDE HOMBRE.

Mientras se desarrollaban los sucesos que acabamos de referir, Antonio, al parecer olvidado de sus antiguos desvaríos, viviendo, por decirlo así, del recuerdo de Octavia, se habia entregado por completo á las ocupaciones propias de su elevado cargo en servicio de Roma y beneficio de los pueblos que le reconocian como señor.

Con aquella fuerza de voluntad que nunca le abandonaba en los momentos de prueba, pero cediendo á la supersticion que le habia inspirado Mideo respecto á la siniestra influencia que el destino de César ejercia sobre el suyo, supo sofocar sus sentimientos y se mantuvo alejado de Octavia, á pesar de sus ardientes deseos de tenerla á su lado.

Algunas veces cruzaba por su mente como una tentacion el recuerdo de Cleopatra. Antonio no podia olvidarse nunca de aquella mujer singular que habia reunido en sí sola todos los encantos de su sexo.

La propension natural que tenia el triunviro á aquellos disipados placeres de que Cleopatra se habia revestido como de una aureola mágica, le impulsaba á desear los tiempos

pasados, y para no desmayar en sus propósitos tenia que alimentar su pensamiento con los recientes recuerdos de Italia.

No podia desconocer que el loco amor que le inspirara la reina de Egipto le habia colocado á dos pasos de la ruina, exponiéndole á perder su crédito entre los romanos, aumentando necesariamente el de Augusto.

La razon de estado y el egoismo se sobreponian poderosamente á los instintos del corazon.

Pero estos triunfos eran momentáneos. Antonio tenia arraigado el hábito de los placeres fastuosos, y no podia renunciar á ellos en tan corto tiempo, por mucha que fuese su fuerza de voluntad.

Hallábase combatido por dos encontradas pasiones, por dos intereses opuestos: la una le llamaba á la virtud, le prometia ilustrar su nombre con la gloria que nunca perece; la otra tenia disculpa en las costumbres de su época, halagaba sus instintos y su ambicion, le empujaba hácia un abismo, pero conduciéndole por una senda de flores; el alma de Antonio no estaba dotada de la austeridad y grandeza de las de Caton y Bruto; el destino le habia señalado para ser uno de los agentes más eficaces de la rápida y completa destruccion de las libertades romanas. Tenia que cumplir con esta mision terrible y obedecer ciegamente el destino.

Como si no fuera bastante el impulso de sus propias pasiones, la situacion en que encontró al Asia al regresar de Tarento hubiera bastado para precipitarle; y los pueblos asiáticos, olvidándose de su antigua virilidad, habian caido en la abyeccion más completa. Antonio se podia considerar señor absoluto de un pueblo inmenso de esclavos: por donde quiera que iba no encontraba más que serviles adulado-



res; tetrarcas, reyes y pontífices doblaban ante él la rodilla, y los parthos y los medos eran los únicos que se resistían á admitir el yugo de Roma; pero aunque pueblos indómitos y temibles en la guerra, tanto por su astucia como por su valor, léjos de aceptar á coaligarse contra el enemigo comun, se destruían mútuamente.

Una sola palabra de Antonio hubiera bastado para coronarse rey de toda el Asia. ¿Y qué le importaban entónces el poder y las censuras de Roma?

Una de las debilidades de Antonio era la vanidad: desvanecido con su grandeza, y más aun con la que podía alcanzar con sólo extender la mano, manifestó más de una vez el orgullo de raza pretendiendo que descendía de reyes.

— Hércules, decia, no quiso limitar su posteridad á la fecundidad de una sola mujer. No tenia por qué temer á las leyes de Solon, ni á las sentencias de los tribunales contra los infractores de las prescripciones relativas al matrimonio. De esta manera legó á la naturaleza los troncos de varias razas, dejando hijos en diversos lugares para que fuesen reyes y señores, y yo represento por descendencia legítima una de esas razas privilegiadas<sup>1</sup>.

Tal era la situacion en que se hallaba el ánimo de Antonio cuando Mideo y Cleopatra acordaron los medios de volver á aprisionarle en las redes encantadas que Octavia habia tenido el delicado tacto de romper.

Ya estaba impaciente Antonio por la tardanza de Mideo: al verle entrar en su palacio no pudo disimular su alegría; su primer impulso fué preguntarle por Cleopatra, pero un resto de prudencia le detuvo; no quiso parecer débil á los

<sup>1</sup> Plutarco, *Vidas de hombres ilustres*.

ojos de su confidente. Sin embargo, le exigió que le diese nuevas de lo que pasaba en Alejandría.

— Grandes sucesos han ocurrido durante tu ausencia, le dijo Mideo. Las pasiones de estos pequeños monarcas se han excitado, y todos conspiran para acabar de una vez con el imperio de Roma.

Mideo estaba bien seguro del efecto que habian de causar estas palabras. Antonio, en vez de condenarlas al desprecio, les dió la importancia que en realidad no tenían; sintió lastimado su orgullo con aquel vago anuncio de rebelion, y no pudiendo contener el ímpetu de su ira, exclamó dando un golpe con la mano derecha en la empuñadura de su espada:

— ¿Ignoran esos insensatos que este acero se puede extender de un extremo á otro de Asia; que con sus cabezas puedo edificar los cimientos de un trono; que mi voluntad es omnipotente, y terribles mis venganzas?

— En la vasta region de Oriente no hay legiones que se puedan oponer al vuelo de las águilas romanas: en campo descubierto no habrá guerrero que te resista, ni flota que en los mares se atreva á ponerse delante de la tuya; pero si en la tormenta que te anuncio no podia elaborarse el rayo que hiende, si falta un brazo fuerte para herir en la cabeza, no faltará quien destruya minando los cimientos.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿No me has entendido? Quiero decir que cuando falta la fuerza se apela á la astucia; que á donde no llega la espada del guerrero, alcanza fácilmente el influjo de una mujer. ¿Quién venció al terrible Holofernes? ¿Qué servicio no prestó á su patria la vírgen de Betulia?

— ¿Luego una mujer conspira contra mí?



— No debo ocultártelo.

— ¿Y esa mujer es?...

— Cleopatra.

— ¿Cleopatra has dicho?

— ¿De qué te admiras? Una mujer agraviada es capaz de todo; tú has despreciado el amor sincero de la reina de Egipto. Una mujer no olvida nunca semejantes agravios, y más tarde ó más temprano siempre los vengará.

— Desvarías. Esa venganza que me anuncias es impotente; estoy demasiado alto para que pueda llegar hasta mí.

— La confianza ha perdido á muchos: no te dejes adormecer por ella. La voluntad de los dioses está declarada respecto á tí, y los esfuerzos del hombre no pueden contrarrestarla. Te hablo en nombre de la ciencia, y mi voz es el eco de los oráculos. Estás colocado en una alternativa fatal: ó te diriges á conquistar el imperio de Oriente compartiendo tu tálamo con una reina, ó toda tu presente grandeza se desvanecerá como humo vano, ante el débil soplo de una mujer.

— Te comprendo, exclamó Antonio con irónica sonrisa. Haces un excelente embajador, y abogas muy bien por los intereses de tu ama; pero te advierto que pierdes el tiempo conmigo; y puesto que quien sabe todos los secretos de una conspiración, demuestra que no ha estado muy lejos de conspirar, arrancándote la lengua para escarmiento de traidores, te haré callar, y callarán contigo los fatídicos anuncios de los oráculos.

Mideo no se desconcertó con esta amenaza de Antonio; por el contrario, sonriendo á su vez con aire de perfecta tranquilidad, contestó:

— ¿Y qué adelantarias con eso? Cuando las olas embra-



vecidas del mar amenazan invadir la playa, ¿las puede contener un grano de arena? ¿Qué importa la vida de un hombre á quien está amenazado de tan graves conflictos? Yo, que no soy otra cosa que el conducto por donde los dioses te han hablado, puedo desaparecer fácilmente; ¿mas con eso vencerás el destino? Si yo en realidad estuviese conspirando contra tí, ¿vendría á poner en tus manos todos los hilos de la intriga? ¿Qué razon te asiste para dudar de mí? ¿No te he dado pruebas evidentes de mi lealtad? ¿No han salido ciertos todos mis anuncios? Los enemigos más formidables de los grandes hombres han sido siempre la soberbia y la confianza en sí mismos. No sigas tú esa trillada senda; ya que te envanece de haber triunfado de tantos pueblos, triunfa de tus propias debilidades, y no habrá grandeza que pueda igualar á la tuya.

El astuto astrólogo habia combinado hábilmente la amenaza con la adulacion, para herir de una sola vez todas las fibras sensibles de Antonio. Este comprendió que el asunto era demasiado grave para partir de ligero, y quedó pensativo sin decidirse á tomar ninguna resolucion.

Mideo comprendió que dejándole reflexionar se exponia á perderlo todo, y aprovechando hábilmente la situacion en que se hallaba el espíritu del triunviro, continuó diciendo:

— Recuerda los sucesos que han pasado por tí. ¿No te demostró la experiencia que la amistad de César y la alianza con su familia te es en extremo fatal? ¿No sabes que genios protectores te brindan en el Asia con el porvenir más lisonjero? ¿Pues á qué es ese empeño de contradecir al destino? Quien voluntariamente busca el precipicio, merece rodar hasta el fondo. Hoy los hados y los hombres se han conjurado contra tí; pero puedes desbaratar sus planes con

una sola palabra, y esa palabra, lo leo en tus ojos, está brotando de tu corazón, no puedes ya contenerla en los labios; pronúnciala si quieres salvarte; sí, al mismo tiempo que la salvación, te interesa la felicidad. Pronúnciala luego, porque mañana sería demasiado tarde.

Antonio continuaba reflexionando; el astrólogo había dicho la verdad: aquella palabra que había brotado de su corazón, pugnaba por salir de sus labios; pero la lucha tremenda entablada entre sus pasiones y su voluntad, aun no se había decidido. Mideo lo comprendió así; y para dar el triunfo á las pasiones, continuó hablando de esta manera:

— Sábelo todo, y despues, si quieres, arrebatame la vida. ¿Qué me importa? Yo moriré contento con haberte servido. No ignoras cuán terrible es la venganza de una mujer que se cree despreciada; yo la considero dispuesta á todo. Tus últimos actos, tu completa sumision á los caprichos de Octavia, han hecho que Cleopatra cambie la idea que tenía formada de tí; te consideraba un hombre verdaderamente superior, el único digno de ser amado por ella, por ella que es á su vez tan superior á todas las mujeres. Bien sabes que la mujer no ama sino por el placer de verse dominada, y por la gloria de poder manifestarse orgullosa de la esclavitud que ha aceptado; el hombre que se desprestigia á los ojos de una mujer amante, alcanza por recompensa el odio y el desprecio; la debilidad no tiene disculpa para la parte más débil del género humano. Te has desprestigiado para con Cleopatra, y ella que te amaba tanto te despreciará.

Mideo había herido profundamente el orgullo de Antonio; los ojos del triunviro se inflamaron de ira, y dió un salto hácia atras como la fiera herida por el venablo.



— ¿Quién hay en toda la tierra, exclamó, que pueda despreciar á Antonio?

— Una mujer que te soñó grande, y al despertar te encuentra pequeño.

— Yo no he dejado nunca de ser quien soy.

— Tú renunciás á las mayores grandezas obedeciendo dócil á los caprichos de una mujer, que por ley imperiosa de la fatalidad es tanto más tu enemiga cuanto más te ama. Tú que te consideras superior entre los superiores, consientes que á tu lado se levante un pedestal para la grandeza de otro hombre, grandeza que al cabo eclipsará la tuya; y ese hombre no sólo te usurpa tu fama, tu gloria y tu poder, sino tambien el amor de una mujer que no hace mucho tiempo te pertenecía.

— ¡Por Júpiter Tonante! Exclamó Antonio dejándose arrebatar por el furor. ¿Quién es el insensato que se atreve á hacerme sombra?

— Herodes Arquelao.

— El gobernador de Galilea.

— El mismo.

— ¡Y Cleopatra se ha atrevido á poner los ojos en él!

— El girasol sigue siempre el curso del astro del día; de la misma manera la mujer es satélite del astro más brillante. No hay nada que deba parecer extraño si está dentro de las leyes de la naturaleza. Herodes reúne á su valor personal profundo talento político, y una ambicion que nada basta á satisfacer. Dotado de las principales virtudes que pueden enaltecer á un príncipe, le adora el pueblo que obedece sus leyes; prodigando beneficios, se ha formado un partido numeroso que le mira como á libertador; su fama se extiende á los países comarcanos de Galilea, y no pocos ju-



díos, cansados de la debilidad de Hircanio y de las turbulencias que nunca deja de promover Antígono, han depositado en él su esperanza. Si se decide á ponerse al frente de la rebelion, cien pueblos sumisos seguirán su bandera, y Cleopatra, que ya empieza á amarle, compartirá con él orgullosa su tálamo y su trono. Los parthos y los medos, aunque divididos entre sí, te tienen declarada guerra á muerte; Herodes les ayudará á triunfar de sus diferencias, y tus legiones romanas no encontrarán un palmo de terreno donde poner la planta, que no hayan tenido que conquistarlo con torrentes de sangre. No me complazco en imaginar tempestades para lo porvenir: te he dicho la verdad desnuda.

— ¿Y piensas que no he de poder triunfar de todos mis enemigos juntos; que he de ser tan imbécil que no sepa contener el mal en su origen?

— Para que lo hagas te doy aviso de todo. He jurado defender tus intereses, y nunca he sido perjuro. Condúcete con energía en estos momentos, y ten por segura la victoria. Cleopatra es el alma de la intriga; Herodes, el brazo poderoso que se dispone á ejecutar; pero tu autoridad es respetada todavía en todos los extremos del Asia; ninguno de los dos es hoy bastante poderoso para resistirte; haz que ambos comparezcan inmediatamente á tu presencia para darte cuenta de su conducta.

Antonio no se hizo repetir el consejo. Inmediatamente dió orden á Fonteyo Cábito para que, pasando á Alejandría, hiciese que Cleopatra se presentase sin demora en Siria, sin admitirse excusa alguna, ni aun siquiera la de enfermedad, y despachó otro embajador á Herodes para que le anunciase una orden semejante, amenazándole con la guerra y el enojo de Roma en caso de desobediencia.



---

## CAPÍTULO IV.

---

### LA SEÑORA Y EL ESCLAVO.

Cleopatra recibió la codiciada orden de Antonio con tanta satisfacción, que no le costó poco trabajo disimularla en presencia de Fonteyo Cábito. Mandó obsequiar espléndidamente al mensajero, y le dijo que podía volverse á Siria, llevando al triunviro la seguridad de que no tardaría en obedecerle más que el tiempo indispensable para los más urgentes preparativos del viaje.

Fonteyo Cábito manifestó entonces que sus instrucciones le prevenían no separarse de la capital de Egipto hasta que lo efectuara Cleopatra, á quien debía vigilar como á una prisionera, si bien dispensándole todos los honores debidos á su sexo y á su rango.

En esta manifestación de Fonteyo vió Cleopatra una prueba de que Antonio le tenía consagrado todo su pensamiento, y creyó que sería empresa muy fácil recobrar el dominio que había ejercido sobre el corazón de aquel hombre. De todo se puede triunfar menos de la indiferencia.

Mideo había despachado secretamente otro mensajero para instruir á Cleopatra del estado en que se encontraba



la intriga, y de la importante conversacion que habia tenido con Antonio.

Cleopatra comprendió que en esta ocasion le convenia seguir una conducta muy diferente de aquella á que debió su triunfo cuando Antonio quiso exigirle la responsabilidad por haber ayudado á los partidarios de Bruto.

Para mantener á Antonio en el convencimiento de que existia la conspiracion que le habia denunciado Mideo, decidió conducirse como verdadera conspiradora, y cumplió su promesa de no detenerse en Alejandría más que el tiempo absolutamente necesario. De este modo, y dejando alguna vez que le acusasen las apariencias, aparentaria que era su intento desvanecer las sospechas de Antonio y tenerle adormecido en la confianza para seguir conspirando con entera libertad.

No descuidó por esto las artes poderosas de la coquetería, y procuró presentarse á Antonio mucho más bella que en los tiempos en que logró fascinarle.

El triunviro la recibió como pudiera un rey á su vasallo.

Se habia rodeado de todos los esplendores, de todo el aparato indispensable para que Cleopatra comprendiese que allí no era más que un reo en presencia de un tribunal inflexible, dispuesto á todo ménos á ejercitar la clemencia.

Pero Cleopatra, que conocia muy bien los más ocultos pensamientos de Antonio, y que sabia penetrar el velo con que á veces procuraba el triunviro encubrir sus debilidades, no se dejó intimidar por aquellas apariencias imponentes; comprendió desde luego que toda aquella severidad era afectada, que Antonio se engañaba á sí mismo, que tenia miedo de su corazon, que se rodeaba de aquel aparato solemne como de un baluarte, y que pocos esfuerzos bastarian

para reducir á esclavo al que tan ostentosamente queria manifestarse señor.

Antonio salió á recibirla con fria solemnidad hasta la puerta de la estancia: allí le presentó la mano para conducirla al asiento que se le tenia dispuesto; pero Cleopatra, fingiendo que no habia reparado en aquel acto de cortesía, siguió adelante, limitándose á saludar á Antonio con un ligero movimiento de cabeza.

Esta serenidad desconcertó al triunviro, que estaba muy léjos de esperarla; y comprendiendo que en aquella conferencia habia de sufrir más de una humillacion su altivo carácter, y que seria muy posible que el juez se convirtiese en reo, mandó salir á cuantos le rodeaban para que ningun indiscreto pudiera dar testimonio de su debilidad.

Cleopatra se apercibió del objeto de Antonio, y se dispuso á sacar todo el partido de que era susceptible su situacion.

Hubo un largo espacio de silencio: Antonio no sabia por dónde empezar. Cleopatra fijó en él sus ojos fascinadores, y dejó vagar por sus labios una sonrisa irónica.

Antonio habia perdido todas sus ventajas; la insolente y provocadora serenidad de la reina de Egipto le tenia desconcertado. Adoptar un tono propio de un acusador severo, hubiera sido una verdadera inconveniencia; Cleopatra se hubiera reído á carcajadas.

Entretanto ni uno ni otro rompía el silencio, y la situacion se iba haciendo á cada instante más difícil de resolver.

No queriendo Cleopatra perder las ventajas de la suya, rompió el silencio diciendo:

— Cuando cambian los tiempos, natural es que cambien las costumbres. Antes hubiera sido muy natural esta muda contemplacion que nos arroba; mas ahora no me la explico.



Harto nos conocemos ya, y es justo que hablemos de lo que importa. ¿Cuál es el objeto de mi venida?

— ¿No lo adivinas?

— Ciertamente que no. En los tiempos á que me he referido, Antonio no tenia secretos para mí, y yo adivinaba en sus ojos todos sus pensamientos; hoy han cambiado tanto las circunstancias, que apenas puedo explicarme si el hombre que tengo á mi lado es el que no hace mucho se creia tan feliz viéndose á mis plantas. Mas no creas por esto que vengo á despertar recuerdos inoportunos, ni á encender una llama que se ha desvanecido ya. Lamentemos ambos el error que hemos padecido: tú creyéndote capaz de un sentimiento que no cabia en la mezquindad de tu pecho; yo formando de tí un juicio que nunca has sabido merecer.

Estas palabras hirieron profundamente el orgullo de Antonio, que miró á Cleopatra con ojos centelleantes de ira, y exclamó:

— ¿Sabes á cuánto te atreves insultándome de esa manera? ¿Sabes que puedo hacerte pagar muy cara tu osadía, y que al impulso de mi voluntad, y por causas mucho más leves, han rodado tronos más firmes que el tuyo?

Léjos de desconcertarse Cleopatra con estas amenazas de Antonio, se revistió de toda su dignidad, y le dijo con tono de insolente desprecio:

— Todo ha cambiado ménos tu condicion: eres el soldado que, acostumbrado á la vida salvaje de los campamentos, donde quiera presumes encontrar quien doble el cuello á tu despotismo. Eres incomparable bajo tu tienda de campaña, y el último de los cortesanos en los salones de un palacio. Desengáñate: tú honras la espada, pero deslucirias la corona. Podrás, si quieres, derribar mi trono, pero no aba-



tir mi dignidad; y siendo reina destronada por tí, estaré siempre muy por encima de mi enemigo.

— Te engañas, exclamó Antonio, cada vez más ofendido con las desdeñosas palabras de Cleopatra. Tú lo has dicho: los tiempos son muy diferentes; ante el deber ceden todas las consideraciones, y yo no soy aquí más que el representante de Roma que viene á pedir cuentas de su conducta á un enemigo del imperio. ¿Piensas que tus fueros de mujer pueden disculpar la traición y la alevosía? ¿Piensas que he de consentir, por no sé qué consideraciones á un error funesto, que á ciencia y paciencia mia se estén lastimando los intereses de Roma?

— Hoy, Antonio, nos conocemos demasiado para poder- nos engañar. Los intereses de Roma no son en este momento más que una disculpa de esa indignacion, cuya causa ignoro. No se diga de tí que te falta valor para publicar lo que piensas; no tenga yo que animarte siendo una débil mujer; te prometo hablarte con la sinceridad de siempre; no busques máscaras para tu corazon, porque te tengo tan estudiado, sé tanto lo que pasa por tí, que todo disimulo es inútil, y adivinaré tu pensamiento tanto mejor cuanto más procures ocultarlo. Te lo repito, Antonio, y éste es el lenguaje de la verdad: en los campamentos no se aprende la perspicacia que se usa en la corte.

— Seré lo que quieras, exclamó Antonio para poner término á aquella pesada burla que tanto le mortificaba. Todos serán mis sentimientos, rudas mis costumbres: nunca he presumido de cortesano; pero con mi lenguaje grosero, con la rusticidad propia del hijo de la guerra que ha sabido hacerse señor de tantos séres privilegiados y de tantos reyes como se ufanan con su femenil cortesanía, puedo lan-

zarte una acusacion tremenda fundada en crímenes inauditos. El derecho de la conquista, que es sagrado porque es irresistible, ha dado á Roma autoridad sobre muchas provincias de Oriente y sobre el reino de Egipto. Si aun llevas en la frente una corona, que mil veces te hemos podido arrebatar, la debes á mi clemencia y á la magnanimidad del senado. ¿Cómo has correspondido á tantos favores?

— Tú lo sabes, interrumpió Cleopatra con inalterable serenidad, y dando á sus palabras el acento propio de una acusacion.

— Sí, lo sé, exclamó Antonio recobrando un tanto la serenidad perdida; has correspondido con inaudita traicion.

— No, no es esa la palabra, contestó Cleopatra; medítalo bien y hallarás la propia. ¿No podríamos sustituirla más dignamente con otra cualquiera?

— ¿Cuál?

— Abnegacion.

— ¡Abnegacion de tu parte!

— Sin duda.

— ¡Y quizas arrastrada por ese noble sentimiento, que tanto resplandece en tí, dijo Antonio con amarga ironía, habrás dado lugar á que te acusen los rumores que me advierten de que te mire como á enemiga de Roma! ¿No es esto?

— Llegamos al fin, despues de tantos rodeos, al objeto de esta entrevista. Ya me cansaba de inútiles discusiones. Concreta tus cargos, y yo los contestaré.

— Sea: en este momento no habla Antonio, sino Roma agraviada.

— ¡Qué accesibles somos al error! Yo, por el contrario,



creía que quien me iba á hablar era Antonio ofendido; pero no importa: acúsame, que yo me defenderé.

— Aprovechándote de mi ausencia, eligiendo la oportunidad de que una parte de mis legiones están distraídas en la guerra contra los parthos, has solicitado en mi daño la amistad de Herodes, has celebrado con él secretos tratados de alianza defensiva y ofensiva para destruir ó desmembrar en Oriente el imperio de Roma, y este es un crimen de alta traición. Atento á aquellos tiempos que ya han pasado, y no pudiendo olvidarme de que soy bastante sensato para dar fe á tus mentidos juramentos, te he llamado para advertirte que conozco la conspiración, que tengo los medios de desbaratarla y perderte, y que he preferido llamarte á la razón con un consejo amistoso, á dar cuenta de tu conducta al senado romano é imponerte el severo castigo que mereces por tu deslealtad.

— ¿Nada más que á eso se reduce la acusación?

— ¿Pudiera referirse á otro crimen más grave?

— Ciertamente lo sería si existieran los hechos en que lo supones; pero ántes de ahora te he dicho que no se me oculta lo que pasa por tu corazón. Has tomado el nombre de Roma para encubrir á mis ojos tus debilidades. Si en mi conducta encuentra alguien motivo de queja, que nunca lo concederé, no es ciertamente Roma, sino tú.

— ¿Yo?

— Tú.

— ¿Y en qué podría fundarla?

— En nada seguramente; mas para estallar un orgullo ofendido nunca ha necesitado razones: le basta con los odiosos privilegios que se atribuye. Cierto es que he celebrado alianza con Herodes; pero hoy que he salido de la tutela del



pueblo romano en que me dejó mi padre, no puede ofender á Roma que, sin tomar su consejo, una mujer que es libre disponga de su mano y de su corazón. Me han seducido las altas prendas que distinguen á Herodes; la fama de sus proezas y de sus virtudes, que le han conquistado entre los suyos el sobrenombre de Grande, halaga mi vanidad; su noble ambición le lleva á codiciar una corona; mi pueblo me pide un sucesor legítimo; el tálamo de la reina de Egipto no puede estar más tiempo vacante. ¿Cometo un crimen, como dices, atendiendo á la vez á las exigencias de mi corazón y á los deseos de mi pueblo?

— Esa es la máscara con que tu traición se cubre.

— Bien sabes que no dices verdad. En el tiempo que me has tratado has podido conocerme: yo amo por instinto lo grande; todo lo que es pequeño, vulgar, me hastía. Herodes aparece á mis ojos como la gran figura de los tiempos modernos. El mismo cetro de Roma sería mezquino para su grandeza. No es mía la culpa si, mientras él se remontaba á las nubes, otros que parecían gigantes se arrastraban por la tierra como miserables reptiles.

— Reptiles, sí, dijo Antonio sin poder disimular su enojo, reptiles que se arrastran como tú para morder y envenenar el alma.

Cleopatra prorumpió en una carcajada.

Antonio se adelantó hácia ella con aire amenazador, pero le detuvo la mirada impassible de Cleopatra.

— Triunfa de tí mismo, le dijo aquella mujer infernal; no te exaltes de esa manera, que el excesivo furor en ciertas cuestiones, es una prueba evidente de que no ha llegado al alma la indiferencia; y si de tal manera me das á entender que aun está grabada mi imágen en tu corazón, que aun

quedan restos del fuego que ya juzgaba extinguido, abusaré de mi superioridad; la mujer no renuncia nunca á estos pequeños triunfos. Ya ves si soy leal, cuando te doy un consejo que me perjudica.

— Pues bien, exclamó Antonio, si á pesar mio te concedo esa superioridad que crees tan peligrosa, juzga por esta imprudencia de lo que estará pasando en mi alma. Sin duda me has dado á beber un filtro encantado que te hace dueña de mi voluntad. Siento que en vano intentaré siempre defenderme de tí. Cuanto más procuro borrar tu imágen de mi corazon, más la graba con caracteres indelebles una mano poderosa que subyuga todos mis sentidos, que esclaviza mi voluntad. Tú no sabes, Cleopatra, que en vano se oponen diques al torrente que se desborda, que no hay fuerza que pueda contener al huracan que se desata... porque quien lo intenta parece víctima de su loco atrevimiento.

— ¿Es eso una amenaza? Preguntó Cleopatra con acento desdeñoso.

— Es...

— ¿Y qué me importa? ¿Piensas tú que para quien lo intenta no será una gloria morir en la empresa? ¿No hay santuario alguno que no pueda profanar la voluntad de un poderoso? Puedes, ¿quién lo duda? convertir mi trono en cenizas, y esparcirlas por el aire para que de él no quede ni aun la memoria; puedes encadenarme á tu carro de triunfo y extender á todo mi pueblo la esclavitud más afrentosa; puedes arrebatarme la vida; puedes, en fin, privarme de la felicidad, tal como ahora la concibo: pero no alcanza todo tu poderío á torcer las inclinaciones de mi corazon; no conseguirás nunca que vuelva á amar lo que ya aborrezco.



— ¡Cleopatra!

— ¿Qué habías pensado? ¿Que por grande que sea el poder y la grandeza de Roma y de sus hijos predilectos, habiais de lograr ni tú ni el mismo César, ni el más poderoso de vuestros dioses, abatir el orgullo de una mujer por cuyas venas corre la sangre de cien reyes, que alienta con toda la altivez de su raza, de esa raza feliz que en otro tiempo dominó á muchos pueblos por la conquista? No, te has engañado; si no hay diques que se opongan al torrente, ni fuerza que contenga al huracan que se desata, tampoco se provoca impunemente á la fiera herida que se ha amparado de su gruta y que está resuelta á morir matando.

Hubo un momento de solemne pausa. Antonio, no pudiendo resistir á aquel inesperado arranque de violento orgullo, á la fascinacion irresistible que sobre él ejercian los ojos de aquella mujer, hermosa personificacion de su genio del mal, guardó silencio. Cleopatra, comprendiendo cuánto le interesaba no renunciar á la superioridad que ya ejercia sobre el triunviro, continuó:

— Sí, los papeles se han trocado: el reo se convierte en juez. Oye, que mi acusacion va á ser terrible, como ha sido grande mi ofensa. Yo hubiera podido pasarme muy bien sin la funesta proteccion de Roma. En hora infausta mi padre al morir me dió por tutor al pueblo romano. ¡Qué de males no han caido desde entónces sobre mi patria! ¡Cuántas veces no ha vacilado mi trono al impulso de vuestro brazo hipócritamente protector! ¡Cuántas horas de amargura me habria evitado si nunca te hubiera conocido! ¿Qué has hecho de mi tranquilidad? ¿Qué de mis esperanzas y de mis ilusiones?

— ¿Y piensas, interrumpió Antonio, que para mí han sido felicidades?



— ¿Qué me importan tus amarguras, si no puedo endulzar con ellas las que emponzoñan mi alma? ¿Qué importan á la víctima los remordimientos de su verdugo? ¿Deja por eso de morir? ¿Quién abrevió la enorme distancia que nos separaba? ¿Quién puso asechanzas á la felicidad del otro? Si era tan mudable tu corazón, si en tan poco tienes la fe de un juramento y tan fáciles están para brotar de tus labios las palabras engañosas, ¿por qué no huistes cien veces de quien nunca ha sabido engañar?

— No, Cleopatra, yo no he tenido nunca para tí el lenguaje traidor de la mentira. Yo te he amado con toda la vehemencia de que es capaz mi corazón. He dicho mal... te amo todavía, te amaré siempre.

— Mientes ahora, como siempre has mentado.

— Yo te juro por mi honor...

— No puedo creerte. ¡Amor singular que tiene todos los caracteres del odio! ¡Me amas y me abandonas, y me sacrificas á otra mujer! ¡Me amas y vuelves á Oriente, y no tienes un solo recuerdo para mí! ¡Y me obligas á comparecer en tu presencia como un criminal! No, no me ames, porque tu amor asesina.

— Ni tú me recuerdes los fundamentos de mi agravio, porque entónces no sabré más que odiar.

— Eso deseo.

— ¡Cleopatra!...

— ¿Qué puede importarme tu odio? ¿Acaso puede ser más funesto que tu amor?

— Cleopatra, no provoques mi venganza.

— Estoy muy lejos de temerla.

— ¿No comprendes que puede ser terrible?

— Estalle cuando quiera. Perderé la única felicidad que

ambicionado; ¿pero qué es una más para quien ya ha perdido tantas?

— Esa felicidad es mi agravio.

— ¿Por qué?

— ¿Y tú me lo preguntas? ¿No la tienes cifrada en otro hombre?

— Sí.

— Esa respuesta es tu condenacion.

— ¿Y por qué? ¿Tan bárbaro habia de ser tu egoismo? ¿Te pido yo cuenta de lo que has hecho en Italia? ¿No te encadena allí el amor de otra mujer? ¿Pues con qué derecho te opones á que yo imite tu conducta y disponga de mi corazon?

— Los hombres como yo no se pertenecen; deben sacrificarse al bien del estado.

— No ha sido esa consideracion solamente la que te unió á Octavia, y si al principio fué la exclusiva, despues ha encontrado tu alma más dulces motivos; pero esto me importa poco, y yo no vengo á darte quejas por una inconstancia que estoy muy léjos de sentir. Olvida como yo he olvidado un momento de delirio. Dichosos los que como nosotros comprenden á tiempo sus errores y tienen fuerza de voluntad para dominarlos. Que el pasado no sea un obstáculo para nada; tan sincera aliada puedo ser de Roma sentando á Herodes en el trono de Egipto, como disfrutando del amor de Antonio. Creo haber satisfecho ya todos tus deseos: te he dado cuenta de mi conducta; te he revelado sinceramente mis propósitos, y juzgo que ya para nada me necesitas. Permíteme volver á mi alojamiento, y dame licencia para que mañana pueda volverme á Alejandría.

Cleopatra se puso de pié con ánimo resuelto de marchar-



se; pero Antonio le detuvo, y con un ademán mitad brusco, mitad suplicante, la obligó á tomar asiento.

Cleopatra, que no deseaba otra cosa sino prolongar la entrevista, porque sabia muy bien que Antonio habia de sucumbir á cuanto ella quisiese, aparentó que aquella exigencia le contrariaba; pero en realidad observó con indecible alegría que iba recobrando su antiguo ascendiente sobre el corazón del triunviro.

— Cleopatra, hablemos en razón, le dijo Antonio tomando asiento á su lado. No está bien que entre nosotros se cruce cierto lenguaje, ni podemos dar al olvido escenas muy recientes, y que por tanto tiempo nos han interesado el alma. Cien veces preferiria morir á decirte en público una sola de las palabras que van á salir de mis labios: el vulgo se reiría de mí, y yo estimo en mucho mi fama; pero he adquirido la dulce costumbre de hacerte confidente de todos mis secretos, y no puedo renunciar á ella en un solo día. Bien conozco que nada es más fácil para mí que vengarme de tí y de tu amante; esa felicidad con que sueñas, y de la cual te muestras tan orgullosa, se desvanecería completamente con sólo una palabra que yo pronunciase. No la pronunciaré; no haré que el verdugo corte á Herodes la cabeza en la plaza pública como responsable del delito de traición al pueblo romano; no te condenaré á morir en tierra extranjera, ni reduciré á tu pueblo á la condición de mísero esclavo: te amo demasiado para hacerte tanto daño; pero si tu corazón no era un monstruo de perfidia, si esos labios de donde tantas veces ha brotado la felicidad para mí no eran una fuente perenne de mentira, debo traducir cuanto me has dicho por el eco de un resentimiento infundado que perturba tu razón ó te obliga á disimular tus naturales sentimientos. Ol-



videmos las ofensas que mutuamente nos hemos hecho; corramos un velo sobre lo pasado, y no pensemos más que en nuestra dicha.

Cleopatra se volvió á levantar, clavó en Antonio una mirada profundamente desdeñosa, y dijo:

— Léjos de disimular mis sentimientos, los he manifestado con noble franqueza; ya he dicho que no puedo amar á un hombre que se manifiesta tan pequeño. Te has arrastrado á mis piés, y no podrás levantarte nunca á la altura de mi corazón. Repito que el morir no es la mayor de las desgracias para una mujer de mi temple; amo á Herodes, y estoy resuelta á ser su esposa, por mucho que mi resolución disguste á Roma, y por mucho que te ofenda á tí. Puedes tomar la venganza que te parezca más cruel; á todo estoy resignada, y ningún suplicio me sorprenderá.

— Insisto en que estás loca; no siempre pensarás lo mismo.

— El tiempo te lo acreditará.

— Imposible: tempestades del corazón, que duran lo que una nube de verano.

— Si yo no hubiera perdido la ciega confianza que me inspirabas, acaso tendrías razón, se apresuró á decir Cleopatra para que Antonio no renunciase completamente á la suya.

— Es singular, exclamó Antonio, que una mujer tan superior como tú se deje arrebatar por los celos hasta el extremo de expresarse como la esclava más vulgar.

— ¡Celos yo! Interrumpió Cleopatra con una sonrisa que aparentaba costarle grande violencia.

— Sí: me lo revelan tus ojos, lo dicen tus palabras, lo leo en tu pensamiento.

— Tú ignoras que á veces los celos no satisfechos llegan á convertirse en desden.

— Antes al contrario, son el incentivo más irresistible para el amor. Tal vez hay quien no ha amado de veras hasta sentir esa ponzoña en el alma.

— Sin duda lo dices por tí.

— ¿Por qué he de negártelo? Tengo celos, celos que me destrozan el corazon, que me obligan á olvidarme de todas las consideraciones, que me llevarian á mi ruina, sin que el verla segura sea motivo bastante para evitarla; pero estos celos no han despertado mi amor, que nunca ha dormido.

Sí, Cleopatra, yo te amo con el mismo frenesí que siempre; testigo el pueblo romano que tantas veces me ha re-convenido por la preferencia que sobre él te daba. Yo he visto cómo la torpe envidia, la bastarda emulacion, iban minando sordamente el pedestal de mi grandeza. Yo he visto que un rival poderoso, aprovechándose de mis debilidades, iba destruyendo el crédito de que yo gozaba entre mis conciudadanos; el aura popular, viento inconstante que hoy nos acaricia dulcemente y mañana nos azota terrible, ha estado á punto de convertirse para mí en huracan devastador. ¿Y por qué ha sido todo? Por el amor que me inspirabas, por el amor que todos han conocido ménos tú.

— Tienes la costumbre de defender causas muy peligrosas en el foro romano, y no es extraño que ahora abogues por tu amor con tanto fuego, porque en causa propia el más torpe abogado es elocuente; pero tus actos desmienten tus palabras, ó al ménos les quitan todo prestigio para mí. Será verdad cuanto me has dicho; pero no lo es ménos que distes tu mano á Octavia, que no tuvistes para mí un solo recuerdo, y que durante algunos meses te ha contemplado



Roma como al más perfecto modelo de maridos. Comprendo que la razón de estado, el interés de la patria ó el tuyo propio te hubiesen obligado á aceptar la mano de una mujer no amada. Yo no te hubiera exigido nunca el sacrificio de renunciar á tu poder, por más que en Oriente pudiera ofrecerte otro ménos limitado. Cuando el amor nos unia, nunca te exigí que me hicieras tu esposa, y en más tenía yo el título de manceba de Antonio que el de reina del universo; los rayos de tu grandeza desvanecían las sombras de mi liviandad, y por cuanto hay en el mundo no hubiera yo consentido en que sobre tus hijos recayese la mancha con que los marcaría Roma, sólo por haber nacido de madre extranjera. No es, pues, tu matrimonio lo que me lanza en el olvido, sino el amor que profesas á Octavia, y que en vano me quieres negar.

— No quiero que ignores ninguno de los secretos de mi corazón; cuando vengo á pedirte que reanudemos nuestra alianza, poco merecería tu perdón si te ocultase la más leve culpa. Quise olvidarte; quise buscar en los brazos de Octavia la felicidad que había dejado en Alejandría, para hacerla compatible con las exigencias de Roma; quizás empezaba á lograrlo cuando el deber volvió á conducirme á estas regiones. En vano he querido vivir del recuerdo de mi esposa, que reúne á su belleza singular todas las virtudes de las nobles matronas romanas; cada día era más grande el vacío de mi corazón, y era que me faltabas tú, tú, la única mujer que puede llenar de encantos mi existencia.

— Admisible sería tu disculpa si la hubiese dictado la sinceridad; pero yo sé que ni el deber ni el recuerdo mío te separaron de Octavia, porque cedistes á una fuerza muy superior á tu voluntad: los oráculos te dijeron que tu genio



protector sucumbe ante el de César y su familia, y temes la funesta influencia de los hados, que más tarde ó más temprano acabarían por arrojarte al fondo del abismo; yo no puedo admitir como virtud lo que no ha sido más que necesidad imperiosa.

— ¿Quién te ha dicho?...

— ¿Qué te importa, si todo cuanto digo es verdad?

— Sólo hay un hombre que posea ese secreto, y ha abusado indignamente de mi confianza.

— ¿Por qué? Si como presumo te refieres á Mideo, debes advertir que yo le envié á tu lado para que velase por tu bien, y que no hay nada más natural sino que á su regreso me haya dado cuenta de su conducta; él ignoraba la situación en que nos hallábamos, y ha creído servir igualmente los intereses de los dos. Los dioses te guarden: está visto que no podemos entendernos.

— ¿Cuándo te vuelves á Alejandría?

— Mañana, si no tienes nada que mandarme.

— Sí tengo, dijo Antonio dejando ver con una sonrisa la esperanza que abrigaba su corazón. Puesto que hemos de considerarnos como enemigos, será bien que pongamos término á nuestra amistad de una manera digna.

— Dí.

— ¿Consientes en que mañana vaya á cenar contigo?

— No hay en ello inconveniente: aunque desde ahora soy tu enemiga, no encontrarás veneno en mis manjares.

— ¿Qué me importaría encontrarlo? ¿Por ventura no has derramado ya bastante en mi corazón?

— Hasta mañana, exclamó Cleopatra, no queriendo dar importancia á la última galantería de Antonio.

— Hasta mañana, contestó éste, tomando de la mano á

Cleopatra y conduciéndola hasta la puerta, de manera bien distinta de como la habia recibido.

Mideo, que esperaba á Cleopatra para conducirla á su alojamiento, le preguntó disimuladamente:

— ¿Y bien, señora?...

— He triunfado, contestó la reina dando rienda suelta á la inmensa satisfaccion de su alma. Antonio suspira por volver á la esclavitud, y yo te prometo que no he de oprimirle con cadena de flores. ¿Y Herodes?

— Abajo espera que Antonio se digne recibirle.

— ¿Está bien resuelto á secundar nuestros planes?

— Descuida, señora: su interes le guia, y Herodes no es hombre que desprecie los consejos de su interes.

— Bien: dejemos de hablar, que pueden observarnos, y en estos asuntos importa mucho la reserva.

Cleopatra salió de la morada de Antonio con todos los honores debidos á su alto rango, aunque algunas horas ántes habia entrado como prisionera. La guardia del triunviro le sirvió de escolta, y para darle más honor, esclavos romanos conducian su carro, miéntras una muchedumbre inmensa de soldados y palaciegos la saludaban con respetuosas aclamaciones.

Herodes, acercándose tambien para saludarla, encontró ocasion de decirle sin que se apercibieran los circunstantes:

— Excuso preguntar cuál ha sido el resultado de tu entrevista, que harto me lo demuestra el aparato con que te veo salir. Supongo que habrás tenido en cuenta lo pactado, y no seré á estas horas víctima de una odiosa traicion.

— Herodes, le contestó Cleopatra, yo he cuidado de mi interes; cuida tú del tuyo, que no lo tienes en mal terreno, y aun puede tocarte una parte muy principal en el imperio

de Oriente que codiciabas; pero no olvides representar tu papel de enamorado, porque en eso estriba todo el éxito de la empresa.

— No te comprendo.

— Pues es muy sencillo: ni yo podia engañarte, ni tú dejarte engañar; el imperio de Oriente era un delirio que nunca cupo ni en tu cabeza ni en la mia; á otro fin nos dirigíamos, y ese está realizado. Yo queria reconquistar el corazon de Antonio; y puedo decir que es mio; tú, esplotando los celos que emponzoñan su alma, puedes trocar la investidura de gobernador de Galilea por la corona de los judíos. Yo he sido fiel aliada; condúcete hábilmente como sabes, y no tendrás que arrepentirte de haber tratado conmigo.

Herodes ayudó á Cleopatra á subir á su carro, y se volvió meditando sobre las palabras que acababa de oir, y un tanto receloso de que Cleopatra lo hubiese comprometido por atender demasiado á lo que le convenia.



---

## CAPÍTULO V.

---

### LA ALIANZA DESHECHA.

Antonio, que ántes de hablar con la reina de Egipto no alimentaba otros sentimientos que los de venganza contra aquellos dos aliados que se conjuraban en daño de su interés y de la autoridad de Roma, ya no pensaba más que en deshacerse del rival temible que se habia atrevido á disputarle el corazon de Cleopatra.

Nada le hubiera sido más fácil que cumplir la terrible amenaza con que en un momento de furor habia querido intimidar á la reina de Egipto; pero reflexionando sobre su situacion y sobre los medios más eficaces de sofocar aquel amor naciente, comprendió que si dejándose arrebatado por la indignacion que rebotaba en su pecho conducia á Herodes al suplicio, ademas de cometer un acto de violencia que acaso no encontraria disculpa en Roma, no habia de lograr en definitiva otro resultado que hacer más simpática la gloria de la víctima, y granjearse uno de esos odios que son inextinguibles en el corazon de la mujer enamorada, que fácilmente olvida al principio de la pasion, pero que no perdona nunca á quien ha puesto obstáculos á su desarrollo.

Le pareció prudente apelar á otras armas que no fuesen las del terror, procurar la muerte de Herodes moral y no físicamente, persuadido de que si conseguia humillarle y hacerle aparecer más ambicioso que enamorado, su triunfo seria seguro, porque Cleopatra no le habia de perdonar nunca la herida profunda que con semejante conducta abriese en su orgullo de mujer y de reina.

Trazado este plan y resuelto á seguirlo punto por punto, mandó retirar la guardia que con pretexto de honrarle habia enviado á Herodes para que en realidad le tuviese como prisionero, y dispuso que se le preparara alojamiento dentro de su propio palacio con todo el decoro y las comodidades que pudiera apetecer un rey.

No quedó Herodes poco sorprendido con este cambio de conducta, que bien reflexionado le pareció una prueba evidente de que Cleopatra no le habia hecho traicion. Sin embargo, no veia tan despejados los horizontes que no debiese abrigar recelo alguno por el resultado de su entrevista con Antonio. Ignoraba el giro que habrian tomado los sucesos en la conferencia que Cleopatra acababa de tener con el triunviro; no disponia del tiempo necesario para ponerse de acuerdo con ella, y nada le parecia más fácil que cometer alguna inconveniencia que á ambos pudiera ser en extremo fatal.

Presa de esta duda, y no pudiendo dilatar un instante su entrevista con el triunviro, porque ya le habia enviado á decir que le esperaba, le pareció que lo más prudente seria seguir las rápidas instrucciones que le habia dado la reina, y manifestarse tan frio y reservado en todos los asuntos de que le hablase Antonio, como apasionado y explícito siempre que se hiciera alusion al supuesto amor que le inspiraba

Cleopatra. Antonio le recibió con la sonrisa más cortesana y placentera, haciéndole tomar asiento á su lado.

— Roma te ha declarado su amigo, le dijo, y yo no puedo considerarte de otra manera.

— Siempre he procurado hacerme digno de ese título honroso, respondió Herodes correspondiendo á la exagerada cortesanía de Antonio.

— Sin embargo, continuó el triunviro, alguna queja pudiera yo abrigar contra tí en el nombre de Roma y en el mio.

— Posible es que las apariencias me hayan acusado, pero creo que en todo caso bastarian pocas palabras á mi justificacion.

— No, no pienses que faltaria fundamento á la queja.

— Si quieres expresarla, yo tendré mucho gusto en satisfacerte.

— ¿Por qué no? Nada hay que sustente la buena amistad tanto como la confianza.

— Habla, que ya me tienes intranquilo.

— Pues escucha. Roma ha demostrado siempre el alto aprecio en que tiene tus cualidades de político y de guerero, y ha procurado recompensarlas en su provecho y en el tuyo.

— Sé cuánto debo á Roma, y puede estar segura de mi gratitud.

— Sin embargo, has querido romper la alianza que á ella te une.

— Te han engañado, señor.

— Has intentado aliarte con la reina de Egipto.

— Ciertamente; pero eso no era todavía un acto de hostilidad contra Roma.



— ¡Todavía!... Repitió Antonio acentuando de una manera particular la palabra. ¿Luego podría serlo mañana?

— ¿Quién es tan insensato que se atreva á responder de las eventualidades de lo porvenir?

— ¿Te atreverías á colocarte frente á frente de Roma?

— Siempre procuraría evitarlo, porque no soy inclinado á romper las amistades; pero si, por ejemplo, mañana se levantase en Roma un poder superior al tuyo que procurara tu ruina, ¿dudas que yo, como hombre agradecido, me pondría de tu parte, aunque mil veces me costara la vida?

Esta lisonja de Herodes no podia llegar más á tiempo para desarmar el furor de Antonio, si por ventura lo disimulaba.

— No lo dudo, contestó el triunviro: siempre he tenido alta idea de tu carácter, y por mi parte soy tan contrario á la traicion, que ni en mis mayores enemigos la sospecho; pero dime, ¿con qué intento formabas alianza con la reina de Egipto sin darme conocimiento de ello?

— Cuando se pensó en la conveniencia de ese tratado, con que hemos tenido la desgracia de disgustarte, tú no estabas en Oriente, y sin embargo, defendíamos tu causa como buenos servidores. Los parthos y los medos son hordas indómitas que Roma, acostumbrada á vencer en campo descubierto, nunca conseguirá humillarlas. Nosotros poseemos el secreto del arte con que se debe hacer la guerra á esos pueblos salvajes. Ambicion de extender nuestros dominios nos guiaba; pero siempre en servicio de Roma, porque dominando nosotros sobre esos pueblos, los enemigos implacables quedaban convertidos en fieles aliados.

— ¿Y esa era sola la razon que os movia?

— No, pero es la única que puede interesarte.

— Te engañas: la que intento saber es la que me ocultas.

— Si la presumes, ¿para qué quieres que yo te la diga?

— ¿Amas á Cleopatra?

— No debiera confesarlo en tu presencia; mas pues tienes empeño tan decidido...

Un relámpago de ira brilló en los ojos de Antonio, que necesitó recurrir á toda su fuerza de voluntad para disimularlo.

— No me lo explico, dijo, porque ó yo lo he soñado, ó me han dicho que amabas con delirio á una judía.

— Te refieres á Marianna, la hija del tetrarca de Jerusalem.

— Ciertamente.

— En efecto, la he amado, y si he de decirte la verdad, la amo todavía; pero yo no soy hombre que se empeñe en marchar contra las leyes del destino, ni tan insensato que, por halagar los deseos de mi corazón, me olvide de los deberes de príncipe. Mientras pude conciliar mi amor con el interés de mi pueblo, aspiré á la mano de Marianna, y con ella á heredar la tetrarquía de Jerusalem; pero estas pretensiones fueron en Judea el anuncio de una guerra civil. Antígono, que aspiraba á la misma ventura con más derecho que yo, puesto que es pariente de Hircanio, deseando tomar venganza invadió en son de guerra mi territorio: yo le obligué á desistir de la empresa; pero al vencerle en Idumea, quedé vencido en Jerusalem.

— No lo comprendo.

— La razón de estado era para mí un valladar inaccesible. El pueblo judío pedía á voces el casamiento de Marianna y Antígono...

— La traición le despojó de todo derecho, é Hircanio estaba dispuesto á concederte la mano de su hija.



— Era ya tarde. Habia ya buscado otras esferas donde realizar mi ambicion; Cleopatra me habia propuesto un tratado de paz; partí á Alejandría para ajustar por mí mismo las condiciones, y tú sabrás disculparme si te digo que me prendaron los encantos singulares de esa mujer. Jamas ví hermanados tan perfectamente el ingenio, la gracia y la hermosura. De repente se desvaneció en mi alma el recuerdo de Marianna, y desde entónces no aspiré á otra dicha ni á otra gloria que á la de llamarme esposo de aquella mujer sobrenatural. La suerte me habia conducido á su lado, sin duda para que hallase mi ambicion anchos horizontes. Entre ser tetrarca de Judea y rey de Egipto, la eleccion no podia ser dudosa. Cleopatra comprendió sus intereses de la misma manera, y desde entónces ya no hubo entre nosotros más que una sola voluntad, un solo deseo.

— ¿Y esa conducta te parece noble de tu parte?

— ¿Por qué no?

— ¿Ignorabas que yo tambien habia amado á Cleopatra?

— Tú lo has dicho: la habias amado, luego ya no la amabas. En Egipto se sabia que Octavia, ántes de cumplir el luto que vestia por la muerte de su primer marido, te habia dado la mano de esposa. Mucho se ponderaba el amor que tenias á aquella mujer, juntamente con el deseo de sustraerte á una influencia por demas peligrosa. Yo pude pensar que pronto no conservarias de Cleopatra más que un recuerdo, como otros tantos de tus amantes devaneos; ni he intentado ofenderte, ni en realidad te ofendia.

Antonio no oia con gusto las revelaciones de Herodes, aunque las habia provocado, y deseoso de poner término á aquella conversacion, que nada tenia de grata, le dijo:

— Estamos hablando como dos buenos amigos, y no debe



haber secretos entre nosotros. Dime con la mano puesta en el corazón: ¿es el amor lo que te lleva á compartir el tálamo de Cleopatra, ó la ambicion solamente? Si alguien te ofreciese una grandeza igual á la que has soñado con la condicion de que te casases con Marianna, ¿la aceptarías?

Herodes quedó pensativo, considerando que de su respuesta pendia el éxito de todos sus planes, y temiendo que Antonio le hubiese preparado una emboscada. Decidiéndose al fin para no mostrar vacilacion en tan supremos momentos, le dijo:

— Mi respuesta no debe inspirarte interes: lo mismo siendo rey de Egipto que tetrarca de Judea, Roma, y tú que eres su representante, tendreis en mí un aliado sincero.

— Te repito, exclamó Antonio algo impaciente, que estamos hablando en confianza, y que si tú no la tienes te perderás. Roma no puede consentir que sin su consentimiento se levanten ó se derroquen tronos en toda la vasta extension de sus dominios. Tributario serias lo mismo en Egipto que en Jerusalem. Pero no puedes cambiar de fortuna sin luchar frente á frente con el imperio romano. Yo te he visto en momentos de prueba mostrarte prudente y valeroso; pero todas tus hazañas hubieran sido inútiles á no tener un brazo poderoso dispuesto á protegerte. Hacer armas contra él es un crimen de que no te creo capaz. No hay en cuanto alumbra el sol hombre alguno que pueda aspirar á los favores de Cleopatra despues de haberlos yo merecido. En tu mano está tu fortuna ó tu muerte: elige entre una y otra. No me has querido entender, y ya debo hablarte de esta manera. No en vano mi voluntad es omnipotente y la obedecen sin vacilar los más poderosos de la tierra. Escucha,

pues, mi voluntad. Si rompes la alianza que has firmado con Cleopatra, yo protegeré tu subida al trono de Jerusalen, y tu cetro se extenderá poderoso en toda esa ilimitada comarca que los judíos llaman la tierra de promision; mas si persistes en tus locos proyectos, te denunciaré como enemigo del pueblo romano, y sobre tí caerá todo el peso de nuestra venganza. Medita, pues, lo que te conviene.

Antonio volvió la espalda y se retiró, sin llenar ninguna de las fórmulas de la cortesía.

Herodes, que comprendió muy bien que aquel despecho era resultado de la intriga que tan hábilmente habia manejado Cleopatra, le tuvo lástima, porque le vió prisionero en las redes de aquella mujer para mucho tiempo.

Antonio creia imponer su voluntad á Cleopatra y Herodes, y en último resultado lo único que conseguia era convertirse en dócil instrumento de los planes de aquellos ambiciosos.

Al salir de la estancia se encontró Herodes con el confidente de Antonio, Fonteyo Cábito.

— Anuncia á tu señor, le dijo, que mañana parto para Galilea á reunir un ejército, con el cual combatiré al rebelde Antígono, y que por el nombre que tengo le juro que no han de trascurrir dos lunas sin que me vea casado con Marianna y sentado en el trono de Jerusalen. Añade, continuó con una sonrisa cuya expresion irónica no podia sorprender Fonteyo, que renuncio á todo porque no se me declare nunca enemigo del pueblo romano.

Antonio recibió esta nueva con indecible alegría, porque ya contaba con los medios de desprestigiar á Herodes á los ojos de Cleopatra. No se le ocurrió sospechar que él era la verdadera víctima de aquellos ambiciosos, que nunca pudieron prometerse mejor resultado para sus planes.



## LIBRO CUARTO.

MARIANNA.

### CAPÍTULO PRIMERO.

MELANCOLÍA.

Tenemos que retroceder un tanto en la marcha natural de la narracion, para que no queden relegados al olvido sucesos que nos importa mucho conocer.

Desde que merced al arrojó de Mideo y á la generosa ayuda de Josefo fué libertada Marianna de la prision en que la habia encerrado su primo Antígono, no hemos vuelto á saber nada de esta interesante jóven, que ha aparecido en nuestra historia derramando lágrimas, y tendrá que desaparecer de la misma manera, siguiendo la ley implacable de su suerte enemiga.

Habia nacido demasiado hermosa para ser feliz, y su belleza era no solamente causa de su desgracia, sino tambien de lá del reino, que la consideraba como á un ángel de paz y de ventura en aquellos infaustos tiempos de opresion, de tiranía y de crueldades.

El pueblo judío, deseoso de que su cetro no pasase á ma-



nos extranjeras ínterin llegaba el tiempo feliz en que lo reclamase el Sucesor de la estirpe de David y Salomon, como lo habian anunciado las profetas, deseaba que Hircanio, ya próximo á la senectud, aceptase por yerno á un príncipe cualquiera de las doce tribus de Israel, y ninguno parecia más indicado para gozar de este honor que el valeroso Antígono, cuya sangre le daba derecho para aspirar á la sucesion de la tetarquía de Jerusalem.

Marianna, acostumbrada á esta idea, educada en la estrechez de las leyes de su raza, que no dejaba á las mujeres mucha más libertad que á los esclavos, no habiéndose permitido nunca la licencia de dar entrada en su pecho á las pasiones, y convencida de que si cualquiera mujer hebrea habia de aceptar necesariamente el esposo que le señalasen sus padres, á ella le obligaba esta ley infinitamente más, porque ántes que sus propias inclinaciones se habian de consultar las conveniencias del pueblo que regia Hircanio; nunca pensó en tener otro esposo que su primo, y esperaba resignada que la necesidad de cumplir con un deber imperioso, y su propension natural á la virtud, acabarian de despertar en su corazon un amor que por entónces se hallaba tan distante.

Mas era aun muy jóven, y el viejo Hircanio no queria desposeerse tan pronto del tesoro que más amaba en el mundo.

Diríase que uno de esos presentimientos que son tan frecuentes en el corazon de los padres, le obligaba á apartar á su hija instintivamente de un peligro desconocido, pero cierto y terrible, y que por eso retrasaba, casi con tenacidad, el deber que tenia de darle un esposo que le sirviera en el mundo de consuelo y de proteccion.

Diríase también, que el mismo presentimiento fatal encontraba un eco simpático en el corazón de la inocente y sencilla Marianna.

Cuantas veces le hablaba su padre de la necesidad imperiosa que tenía de tomar estado para que no se viese abandonada en el mundo y quedasen aseguradas las esperanzas de su pueblo, una nube de importuna tristeza se extendía por la frente serena y espaciosa de la jóven, espejo donde se reproducía la virginal pureza de aquella alma, y Marianna, bajando los ojos confusa, teñidas las mejillas con los vivísimos colores de la vergüenza, murmuraba con dolorido acento:

— ¿Por qué esa impaciencia por separarte de mí, padre de mi alma? ¿Por qué anhelas tanto compartir con otro hombre el imperio de mi corazón? ¿Tan mal te va en tu ancianidad con los cuidados de una hija que te adora, pues tan inhumanamente quieres privarte de ellos?

Cuando movida por la curiosidad ó por los deberes que con frecuencia le imponían su posición y el tierno afecto que le inspiraba su pueblo, asistía á una de aquellas brillantes fiestas con que las mujeres hebreas solían solemnizar sus bodas, ya fuese para tomar bajo su protección al esposo, ya para cubrir con el casto velo el rostro de la desposada, radiante de amor y de felicidad; el mismo sentimiento de vaga tristeza se apoderaba de su espíritu, y una voz secreta y misteriosa le advertía de que, por ley incomprensible del destino, le estaba vedada aquella ventura que veía resplandecer alrededor de algunas de las que fueron compañeras de su infancia y eran ya nobles matronas, que con los hijos de su amor habían pagado á la patria el dulce tributo de que nunca se creían dispensadas las hijas de Israel.



En una de las solemnidades religiosas, que tan magnificas eran, celebradas en el templo de Salomon, Marianna, rodeada de las principales damas de su palacio, se habia separado de la brillante cohorte de escribas, fariseos y publicanos que rodeaban á su padre, para penetrar en el patio de las mujeres.

Al ver pasar á aquella jóven tan hermosa, tan modesta y tan querida, exhalaban todos los pechos exclamaciones de alabanza y de bendicion; pero Marianna, ó no las oia, ó les daba poca importancia por efecto de su mucho recogimiento, y no osaba levantar la vista más que para contemplar con temor religioso, y al traves de las inflamadas nubes de incienso, el riquísimo tapiz que ocultaba el Santo de los Santos á las miradas del profano vulgo.

Su espíritu se elevaba hasta el cielo, y sus ojos se llenaban de lágrimas. Diríase que regaba con una lluvia benéfica la tierra que muy en breve la habia de cubrir para que no pesase demasiado sobre su cuerpo, y que al mismo tiempo se remontaba su alma como por instinto á las esferas de eterna ventura, que eran su centro natural, y que no debió abandonar nunca para emprender su triste peregrinacion por el mundo.

Los acordes severos y majestuosos de los instrumentos que tañian los levitas; los cánticos religiosos, unísonos, graves é imponentes; el eco confuso de tantas oraciones, expresion sincera de tantas y tan opuestas necesidades, clamor de tantas miserias, grito de tantas angustias, ó agradecida manifestacion de alegrías ó felicidades, predisponian su alma á la contemplacion religiosa.

Pero lo que le afectaba más profundamente, llenando su corazon de dulce melancolía y su mente de indeterminados



deseos, era el canto melodioso de las vírgenes consagradas al servicio del templo, místico lenguaje con que aquellas almas puras, apartándose de las tempestades del mundo, se comunicaban libremente con el Dios que derrama la paz y la ventura sobre los corazones sinceros que le imploran.

Marianna se sintió arrastrada por la mágica influencia de aquellos cánticos sublimes en su misma sencillez, y sintió ardiente deseo de mezclar su voz con las de aquellas doncellas felices que vivían en el seno regalado de la tranquilidad y el reposo.

La jóven salió del templo pensativa y sintiendo en el corazón un peso insoportable.

El instinto que le hacía temer las inciertas amenazas del porvenir, le estaba advirtiéndole con voz imperiosa de que sólo en el augusto retiro del templo, defendida por la autoridad de los sacerdotes, el celo y la virtud de las matronas, y la presencia invisible de Dios, le sería posible encontrar el escudo que había de protegerle contra los azares desconocidos que temía y los peligros inminentes que le amenazaban.

Bajo la triste influencia de estas impresiones, abandonó Marianna el patio de las mujeres y se incorporó á la comitiva de su padre.

Al pasar por el patio de los gentiles, levantó involuntariamente la vista como para despedirse de aquel esplendor que le rodeaba, y sus ojos se fijaron por acaso en un hombre de arrogante figura, cuyo manto de púrpura, recogido en el hombro izquierdo con un boton de oro á la usanza romana, revelaba bien que procedía de real estirpe, si ya no estaba investido con la majestad.

Tambien el desconocido había fijado sus ojos en Marian-

na, y como si estuviese esperando la mirada de la jóven, se apresuró á recompensarla con una placentera sonrisa.

Marianna experimentó una sensacion que hasta entónces le habia sido desconocida; en vano queria bajar los ojos: una fuerza superior á su voluntad y contraria á todas las conveniencias, le obligaba á tenerlos fijos en el extranjero con ménos curiosidad que admiracion y deleite.

Parece que un genio sobrenatural nos advierte en tales momentos que la persona desconocida en quien por acaso hemos fijado la atencion, está destinada por el cielo á ejercer en nuestra vida una influencia incontrastable; interrogamos sus pupilas, como si en ellas hubiéramos de leer nuestro horóscopo, y estamos pendientes del menor de sus movimientos, como si tuviese en la mano el hilo frágil de nuestra existencia. Diríase que el alma, dotada de una perspicuidad prodigiosa, adivina misterios que no quiere profundizar, y que, sin embargo, los desea tanto como los teme.

Tal fué la impresion que el encuentro del extranjero produjo en Marianna.

Comprendiendo la jóven que sus miradas eran ya impertinentes, y que podria atribuirse á liviandad lo que no era sino efecto de esa adivinacion sobrenatural que suele ser á veces fuente de ardorosa pasion, echó sobre su rostro el blanco y tupido velo de lino.

El extranjero, acercándose á la jóven, le dijo:

— En vano importunas nubes intentan privar á la tierra de los rayos esplendorosos del sol: la luz penetra al traves de la flotante gasa, y lleva la alegría al corazon de los mortales. Del mismo modo, señora, ese velo cuya blancura es sin disputa emblema de tu alma, procura en vano ocultarme la clara luz que tus ojos despiden. No me sea dado oír



las dulces armonías del viento al quebrarse entre las desnudas rocas de mi Idumea, que me reconocen por señor, si alguna vez se apaga el fuego que tus ojos han encendido en mi alma. ¿En qué trono te sientas, en qué altar recibe culto la suprema divinidad de tu hermosura? Dímelo, que estoy impaciente por sacrificar en tus aras mi corazón.

— Déjame libre el paso, extranjero, contestó la jóven; ese lenguaje no debe resonar en los oídos de las mujeres de mi raza; yo soy judía y no puedo disponer de mi corazón ni de mi mano. Déjame el paso libre, y respeta mi recato; mira que mi padre me espera, y puede incomodarle mi tardanza.

— Tu aliento es dulce y suave como el de los lirios que crecen en las llanuras de Jezrael; tus palabras consoladoras como el bálsamo, y apetecibles como el agua cristalina de la fuente á quien cruza los desiertos de Egipto en errante caravana. Eres esbelta como la gacela, y majestuosa como los cedros del Líbano, que ni se doblan ni se abaten al empuje del vendaval. Dichoso mil veces el hombre que pueda llamarse dueño de tal tesoro y de tan exquisita gracia. Yo también doy culto al Dios que tú veneras; tú vienes á adorarle al templo, y yo le tengo erigido otros tantos altares en las cimas de mil salvajes montañas. Sangre real corre por mis venas, y sangre real presumo que ha de correr por las tuyas. Si Dios nos pone en un mismo camino, ¿no es evidente su intención de acercarnos? ¿Qué habrá que pueda impedirnos disfrutar de una misma suerte?

— Ya te he dicho, extranjero, que no me pertenezco, contestó Marianna, dando en la vacilación del acento pruebas evidentes de su turbación; mi padre es Hircanio, tetrarca de Jerusalem, y debes callar hasta que yo sepa de su boca si me está bien que te escuche.



Estas palabras de la jóven indicaron claramente al extranjero el camino que debía seguir, y abrieron su corazón á la más grata esperanza; porque las palabras que habia murmurado al oído de Marianna no eran la expresion de una vana y ociosa galantería, sino el eco fiel de un sentimiento que las miradas de la jóven habian hecho nacer en su corazón.

Herodes, que así se llamaba el extranjero, y ejercia á la sazón el cargo en sí real de gobernador de la provincia de Idumea, se retiró á su posada desistiendo por el pronto del objeto que le habia llevado á Jerusalem, que no era otro que el de convenir por sí mismo con Hircanio las bases de un tratado que protegiera á ambas provincias contra los inauditos atropellos de los bandidos que las infestaban, so color de mantener la guerra civil en pugna con los invasores romanos.

La imagen seductora de Marianna no se apartaba un solo instante de su imaginacion, y al amor que empezaba á inspirarle se mezcló muy luégo otro sentimiento distinto, que no contribuia poco á subyugar su ánimo.

Herodes era un príncipe de carácter ambicioso; elevado por su propio esfuerzo al rango de gobernador de Idumea, extendió muy pronto su autoridad á una buena parte de la Siria, merced al valor y prudencia con que supo conducirse y al tacto con que conservó la amistad y se granjeó la confianza de los pretores romanos y del mismo Antonio, que era el verdadero soberano de todo el Oriente.

Su buena fortuna le habia deparado aquel encuentro con Marianna, abriendo más ancho horizonte á su ambicion. Contando con el apoyo de Roma y logrando unirse á Marianna con indisoluble lazo, suya seria por herencia la te-

trarquía de Jerusalem, y con ella la soberanía probable de todas las vastas provincias de la Palestina, realizando de esta manera el sueño que muchas veces habia abrigado de ser el monarca más poderoso de todo el Oriente.

Herodes envió embajadores á Hircanio para pedirle la merced de que le concediera una entrevista reservada, en la cual, sin enojosas ceremonias, pudieran tratar asuntos que interesaban á ambas familias.

Hircanio se apresuró á satisfacer este deseo.

Con gusto hubiera accedido á la pretension de Herodes; pero los compromisos que ya tenia contraídos con Antígono le dictaron una negativa, si bien no tan absoluta que bastase á privar de toda esperanza al jóven y ya ilustre gobernador de Idumea.

No sin gran repugnancia accedia Hircanio á satisfacer el deseo tan ardientemente manifestado por su pueblo, porque en realidad Antígono no se habia manifestado nunca digno de su estimacion. Al contrario, entre el pueblo se susurraba, y amigos officiosos se habian encargado de participarlo á Hircanio, que el impaciente mancebo, ántes de contar con la promesa de que Marianna seria su esposa, habia conspirado traidoramente para arrancar el poder de manos del anciano tetrarca.

La solicitud de Herodes habia despertado grandes dudas en el corazon paternal de Hircanio. No sabia hasta qué punto sus deberes de rey podian obligarle á sacrificar sus afeciones de padre. Constábale que Marianna sentia hácia su primo una repugnancia invencible, y que sólo por atender á la voluntad paterna y á los manifiestos deseos de los israelitas consentia en darle la mano de esposa.

Casándola con Herodes no pasaba verdaderamente el ce-



tro de Jerusalem á manos de un extranjero; pero si bien el pueblo podia avenirse á prescindir de las profundas rivalidades que por asuntos civiles y religiosos tenian separadas las provincias de la antigua tierra de promision, temia, y no sin fundamento, que despedido Antígono encendiese la guerra civil, que con sus naturales horrores debilitaria la nacion, entregándola atada de piés y manos á la esclavitud y al oprobio. Quiso consultar estas dudas con Marianna, resuelto á seguir el dictámen de la jóven.

— Señor, le contestó Marianna con la resignacion de una víctima, negarte que nunca podré amar á Antígono, que la mayor desgracia de mi vida seria estar casada con ese hombre desleal que no ha respetado nunca tu doble corona de anciano y de rey, seria corresponder á tu cariño con un engaño que ni Dios ni los hombres me perdonarian. Accediendo á la pretension de Herodes, á quien yo gustosa haria dueño de mi corazon, porque en él tendrías un hijo digno de tí, me parece inevitable el peligro de la guerra civil, que tanto y tan justamente te alarma; pero quisiera confiarte un secreto...

— ¿Cuál?

— Yo te lo diré si prometes escucharme sin enfado.

— ¿Cuándo has encontrado aspereza en mis palabras?

— Dices bien, y voy á confiártelo todo.

Marianna rodeó con sus brazos cariñosos el cuello de su padre, é imprimió un beso en sus heladas mejillas. Hircanio devolvió estas caricias con trasporte, y la jóven, sentándose en un cojin á los piés de su padre, descansando ambas manos sobre las rodillas del tetrarca, y mirándole con una expresion llena de infantil ternura y de candor angelical, le dijo:



— No sabes tú lo que ayer me ha pasado en el templo. ¿Querrás creer que yo, hija del poderoso tetrarca de Judea, he tenido envidia de unas pobres muchachas sin más patrimonio que su resignacion y su pureza? ¡Ay padre mio! Esta pompa que me rodea, este respeto que me manifiestan todos teniendo la sonrisa en los labios y acaso la ponzoña en el corazon, estos honores que se pagan con tantas lágrimas, que arrancan tantos suspiros, que brotan á cada instante peligros, amenazas é inquietudes, no valen seguramente lo que la dulce paz y el tranquilo reposo que se disfruta dentro del templo. Los suaves cánticos de las vírgenes del Señor me embelesaron el alma, é hicieron nacer en ella vagos deseos de una felicidad segura, nada brillante, nada ruidosa, pero que se alcanza sin más esfuerzos que extender la mano, sin otros méritos que la pureza del corazon. Mas estas ideas que iluminaban mi mente con suaves resplandores como la luz incierta del crepúsculo, se desvanecieron instantáneamente, y por un motivo á la verdad muy pequeño. Al cruzar por el patio de los gentiles, estaba, no sé si confundido entre ellos, ó porque como yo se encaminaba al atrio de salida, un gallardo extranjero que involuntariamente atrajo mis miradas. ¿Te ofenderás si digo que le miré con íntima complacencia, y que observé con la misma que sus ojos no se apartaban un solo instante de los míos? No, no te ofenderás; porque tú, que tambien has amado, y que deseas que ame para verme feliz, sabrás comprenderme. Bajé el velo sobre mi rostro, y no presté oidos á sus palabras; pero ¡ay padre mio! volaron aquellas ideas de calma y de reposo como débiles girones de niebla al soplo del viento que los deshace. Aquel extranjero era Herodes. Juzga tú ahora con cuánto placer le llamaria mi esposo; pero

mi voluntad debe ser como la gota que se pierde en la inmensidad de los mares. Fácil es de apagar el fuego cuando apenas ha nacido. Si esta inclinacion amorosa que empieza á manifestarse en mí ha de costarte un solo momento de amargura; si mi union con Antígono es necesaria para que la guerra civil no estalle, celébrese en buen hora; pero si lo que desea Antígono no es mi mano, sino tu trono, herédelo en buen hora, que no he de disputárselo jamas; en ese caso no sacrifiques á tu hija: déjala que en el retiro y en la oracion olvide un instante de desvarío y sea feliz realizando las primeras ideas que acaso concebí por inspiracion divina.

— ¿Y puedes pensarlo? ¿Habia yo de condenarte á que sepultaras tu juventud, tus afectos, tus ilusiones entre las paredes del templo? ¿Podemos ni tú ni yo resistir los preceptos de la ley, que condena entre los judíos el estado célibe como atentatorio de los derechos de Dios? ¿Quién dice que en tus entrañas no habia de encarnarse el Mesías libertador de su pueblo? La confesion que acabas de hacerme aumenta mi perplejidad, y no quiero decidirme en asunto tan arduo sin meditarlo con el detenimiento debido. De mi resolucion pende tu desgracia ó tu felicidad, la paz y la dicha de mi pueblo. Deja que consulte el parecer de los grandes de mi corte y de los doctores de la ley.

Todos opinaron que Marianna se debía sacrificar por la salud de la patria, y que no era conveniente ni honrado romper el compromiso contraido con Antígono, sin que precediese una causa bastante poderosa para que un rey pudiera quebrantar su palabra solemnemente empeñada.

En cuanto á respetar en Antígono los derechos que tenia á la sucesion, y permitir que Marianna se consagrara al



servicio del templo, dijeron terminantemente los doctores:

— Bueno es que á Dios se consagren las primicias de la juventud; pero si quiere la ley que el último de los israelitas aspire á tener posteridad para que no se extinga el pueblo de Dios, y porque de su semilla puede nacer el Mesías que nos está prometido por los profetas, considera cuánto más obligada no estará á ese precepto la hija de un rey, puesto que de sangre real ha de venir nuestro libertador. Marianna debe casar con Antígono, mientras que él no se haga indigno de su mano y de la corona.

Hircanio comunicó á su hija con honda pena el resultado de esta consulta.

— ¡Ay padre mio! Exclamó Marianna. Cúmplase en mí lo que fuere tu voluntad y conveniencia de tu pueblo, á quien debes regir como buen pastor; pero esa descendencia tan deseada no saldrá de mí, porque extender mi mano para aceptar la de Antígono será tanto como tender mi cuello para que la espada de un homicida lo separe del tronco.

Herodes, á quien Marianna habia suplicado que desistiese de su empeño irrealizable, ni quiso ni pudo satisfacer esta exigencia, que era para la jóven una sentencia de muerte, y para él un obstáculo á su amor y sus proyectos ambiciosos. El carácter de aquel orgulloso príncipe, que sin cesar soñaba con su propio engrandecimiento, léjos de temer los obstáculos se complacia en encontrarlos en su camino, porque su mayor gloria consistia en que cediesen á su voluntad, no ya las pequeñas contrariedades de la vida, propias solamente para intimidar á los espíritus pusilánimes, sino todo cuanto á la vista de los más audaces pudiera parecer imposible.



Léjos, pues, de darse por convencido con los inconvenientes que se oponian á su union con la hija de Hircanio, continuó procurando inflamar en el pecho de la jóven la centella de fuego que su primer encuentro habia producido.

Deseoso de que cuanto ántes desapareciera el obstáculo causado por la competencia de Antígono, hizo pública ostentacion del amor que profesaba á Marianna, y deslizó algunas amenazas atrevidas con la esperanza de que, llegando á oídos del jóven judío, se decidiera aquella situacion crítica é improrogable por medio de las armas entre los dos hombres que la mantenian.

Antígono tuvo noticia exacta de cuanto habia ocurrido en Jerusalem, é irritado contra Hircanio porque le suponía dispuesto á romper abiertamente con todos sus compromisos, reunió algunos parciales en la provincia de Samaria, y aprovechándose de la ausencia de Herodes, entró á sangre y sacco en Idumea, causando estragos horribles en los campos y en las poblaciones.

Herodes tuvo que acudir al peligro: juntó precipitadamente su gente y presentó la batalla campal á Antígono; pero éste no se atrevió á aceptarla y huyó á las montañas, donde no tardó en verse perseguido como una fiera por su implacable adversario, que no le dejaba un solo instante de reposo.

El valor y la pericia militar que demostró Herodes en aquella breve campaña, hicieron fijar la atencion de Antonio, que le confirió el gobierno de Galilea, á cuya confianza correspondió limpiando el país de las numerosas partidas de bandoleros que lo infestaban. Supo ilustrar su administracion con actos propios de un gran príncipe, y además de obtener el gobierno de Samaria, que se agregó al de Gali-

lea, fué investido con el mando supremo de las fuerzas de mar y tierra de aquellas provincias.

Entretanto, Antígono, comprendiendo que cuanto más crecía el crédito de su rival más se debilitaba el suyo, y viendo que no le quedaba otro recurso que el de la fuerza para apoderarse del cetro de los judíos, intentó promover la guerra civil en los dominios de Hircanio; pero los isrealitas, indignados con su traicion, no se manifestaron dispuestos á rebelarse contra el anciano monarca, y no tuvo otro resultado que el de romper abiertamente con su tío, y colocarse en situacion tal, que sólo un golpe atrevido podia hacerle dueño de la mano de Marianna, único camino que le quedaba expedito para subir al trono.

La triste situacion en que se encontraba fué causa de que se apoderase de la jóven una pasion de ánimo que puso en grave peligro su vida.

Hircanio dispuso que pasase una temporada en la deliciosa quinta dondè se habia deslizado su juventud, cerca de la frontera de Galilea.

Más que los aires benéficos de las montañas, influyeron en el ánimo de Marianna las frecuentes misivas que recibia de Herodes, y la seguridad que le dió su padre de que con nadie la casaria sino con el gobernador de Galilea.

Noticioso Antígono de esta resolucion, decidió jugar el todo por el todo; y espiando la salida de la jóven para Jerusalem, acontecieron los sucesos que ya conoce el lector. Sin la eficaz y casi providencial ayuda de Mideo y Josefo, Marianna hubiera sido víctima, ya que no esposa, de Antígono, y la suerte de Judea hubiera cambiado radicalmente.

Así las causas más pequeñas suelen influir de una manera

decisiva en el destino particular de los hombres, y en el general de los pueblos.

Tal era la situación de los principales personajes de esta historia, cuando el apogeo del imperio impío aseguraba al pueblo de Israel que habían llegado los tiempos en que debía venir al mundo su Libertador.



## CAPÍTULO II.

## RECONCILIACION.

Enorgullecido Antonio con el triunfo que acababa de conseguir sobre Herodes, fué más satisfecho que nunca al banquete que le había ofrecido Cleopatra.

A todos llamó la atención por su extremada alegría, y no faltó quien al verle casi tocando en los extremos de la locura, imaginase que había conseguido un triunfo decisivo sobre los parthos, ó contrarrestar en Roma la influencia, siempre adversa y siempre temible, de Augusto.

La misma certidumbre de estas suposiciones no le hubiera halagado tanto como la idea de que, viendo Cleopatra que el hombre de quien tenía formado tan favorable concepto no era más que un ambicioso vulgar, dispuesto á renunciar su amor por otro que le ofreciera mejor partido, le despreciaría en lo más íntimo de su alma, y aceptaría gustosa los amantes obsequios del triunviro.

Cleopatra por su parte no deseaba otra cosa.

Cuando quedaron solos, y Antonio le contó detalladamente la escena que acababa de ocurrirle con Herodes, ponderando la astucia con que le había arrancado su secreto, se

pudo ver el más ingenioso episodio de la comedia que habia imaginado Mideo.

Cleopatra, fingiendo que la falsedad de Herodes la sumia en la desesperacion y en la vergüenza, se retorció los brazos, maceró su rostro y hubiera llevado el fingimiento hasta poner la mano airada en su hermosa cabellera, si Antonio no se hubiese apresurado á evitar aquella inhumana profanacion.

— ¡Qué idea habrás formado de mí! Exclamó Cleopatra con voz interrumpida frecuentemente por los sollozos. ¡Cuán pequeña debo haberte parecido prendándome de un hombre que me tomaba por ciego instrumento de su ambicion, y que me ha vendido como á una miserable esclava! ¡Oh! Recházame, recházame; no soy digna de que ni un momento me tengas á tu lado.

Y diciendo esto, Cleopatra se arrastraba á los piés de Antonio, y abrazaba sus rodillas en una actitud suplicante que era la más enérgica contradiccion de sus palabras, y como si un instinto poderoso la arrastrase á pesar suyo á aquellas demostraciones contrarias á su voluntad.

Antonio no pudo resistir; la alzó cariñosamente del suelo, la estrechó entre sus brazos, y le dijo:

— Demos al olvido lo pasado; seamos lo que hemos sido siempre.

Y en hora cien veces infausta para él, Antonio vió realizado con creces este deseo. Nunca se habia manifestado Cleopatra tan tierna y tan amorosa; nunca Antonio fué tan feliz en el seno del deleite; nunca fué tan esclavo, y nunca, en fin, dió un paso tan decisivo en la fatal pendiente que habia de arrastrarle á su completa ruina.

La voluntad de Cleopatra era la única ley á que se suje-

taban los negocios de las provincias del Oriente. El amor se habia despertado en el corazon de Antonio con verdadero furor.

No viviendo más que para el placer, no teniendo otra satisfaccion ni otro orgullo que ver á Cleopatra hacer escandaloso alarde de su poder y de su influencia, le hacia riquísimos presentes, no ya de joyas y dinero, sino de provincias que pertenecian al imperio romano.

Cada caricia de aquella mujer le costaba un reino.

Roma, que ya habia perdido sus antiguas libertades, iba perdiendo tambien con la disolucion de Antonio una buena parte de su dignidad y de su grandeza, consintiendo el escándalo de que con semejantes prodigalidades se deshonorase el triunviro, y que provincias cuya conquista habia costado tanta sangre y tantos tesoros, fuesen el precio del amor criminal de una concubina.

Harto se murmuraba en Roma de la conducta que seguia Antonio; pero nadie se atrevia á acusarle públicamente, y ménos ante el senado: faltaba ya en la generalidad de los pechos aquel valor cívico que impulsaba á los romanos á las más altas empresas, y que les hacia despreciar la ira y la venganza de los poderosos.

Por otra parte, el respeto que infundia Augusto, el amor y la consideracion que generalmente inspiraba Octavia, ponian un sello en todos los labios, temerosos del enojo del uno y de la pena de la otra si denunciaban á Antonio á las iras del pueblo romano.

Viendo el triunviro que no se alzaba una sola voz para reconvenirle, llegó á considerarse dueño absoluto de todo el Oriente, y continuó disponiendo de aquellas provincias como pudiera de los bienes particulares que constituian su



patrimonio. Aumentó los dominios de Cleopatra cediéndole la Fenicia, la Celesiria, la isla de Chipre y una gran parte de la Cilicia.

Mas esto no bastaba á llenar la ambicion de la reina de Egipto, que cada dia daba á Antonio pruebas de amor más ardiente para que Antonio las diese más asombrosas de su liberalidad, y obtuvo de este modo aquella provincia de la Judea que produce el bálsamo, y la Arabia de los Nabateos que llega hasta la mar Exterior<sup>4</sup>.

Despojó á varios reyes de sus coronas para distribuirlas entre oscuros particulares, cuyo único mérito consistia en saber adular la funesta pasion que le inspiraba Cleopatra, y completó la vergüenza y la humillacion de Roma con los excesivos honores que hacia que se tributasen á Cleopatra, honores más bien divinos que humanos, pues habiendo tenido de ella dos hijos gemelos, el uno llamado Alejandro y la otra Cleopatra, les dió por sobrenombre Sol y Luna<sup>2</sup>.

Tal era su ciega vanidad y tanto su irritante orgullo, que si por acaso algun amigo leal le advertia de que aquella conducta seria fuertemente censurada en Roma, contestaba:

— La grandeza del pueblo romano no se manifiesta tanto en sus conquistas como en los presentes que yo hago á sus amigos y servidores<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> El Occéano.

<sup>2</sup> Plutarco, *Vidas de hombres ilustres*.

<sup>3</sup> Plutarco, obra citada.

---

### CAPÍTULO III.

---

#### LOS CELOS.

Mideo no se había descuidado en pedir la recompensa de su servicio. Recordó á Cleopatra la oferta que le había hecho de influir con Antonio para que se le diese el gobierno de una provincia, y la reina de Egipto, agradecida, consiguió que se le destinase al de Idumea, vacante por el ascenso de Herodes.

Aun era esto poco para llenar la ambicion de Mideo; pero, sin embargo, le ponía en situacion de poder aspirar al objeto que la motivaba.

La intriga había llegado al término de su desco: no tenía por qué temer de la rivalidad de Antígono; y en cuanto á la de Herodes, le parecía motivo bastante para desacreditarle la buena disposicion en que le había encontrado de sacrificar á Marianna en aras de su propio engrandecimiento, postergando su amor sincero al de Cleopatra, que en último resultado no era otra cosa que la máscara con que se cubrían la ambicion y la conveniencia.

Tan luégo como tomó posesion del gobierno de Idumea, se dirigió á Jerusalem con el objeto aparente de estrechar

con Hircanio relaciones de amistad, pero con la idea exclusiva de herir el femenino orgullo de Marianna exagerándole cuanto habia ocurrido entre Herodes y Cleopatra. Mideo sabia muy bien que este género de desprecios es para la mujer una ofensa que nunca la perdona.

Encontró medios de acercarse á la hija del tetrarca. Sobornando á una esclava pudo conseguir una conferencia secreta.

Marianna no estaba prevenida, y lanzó un grito de espanto al ver entrar á un hombre en su aposento á hora bastante avanzada de la noche.

— Tranquilízate, señora, le dijo Mideo apresurándose á calmar su agitacion. ¿No me conoces ya? Si en otro tiempo más desgraciado para tí nos vimos juntos en el peligro, y te salvé de él, y huyendo solos por extraviados caminos supe contener mi amor y respetar tu honra, aunque no me dabas ni una remota esperanza de felicidad, ¿seré ménos prudente ahora que entónces? No temas daño alguno de quien te adora como yo. Sin duda he nacido para ser tu genio protector, para pagar con favores tus desdenes. Tambien hoy vengo á advertirte de un nuevo peligro que te amenaza.

— ¿Qué tienes que anunciarme? Tus palabras me hielan el corazon.

— Nada que no sea una nueva prueba de mi amor inmenso.

— Advierte que no debo oir ese lenguaje á esta hora y en este sitio.

— Sobrada salvaguardia tienes con el respeto que me inspiras.

— Es que escuchando tus protestas de amor cometo in-



voluntariamente una infidelidad. Y bien sabes que amo á otro hombre, y que sólo de sus labios debo oír ciertas palabras. Dices que has venido á hablarme de un peligro que me amenaza. ¿Qué haces que no me lo revelas?

— Señora, si he de decirte verdad, estoy casi arrepentido de mi diligencia.

— ¿Por qué? ¿No me crees ya digna del interes que te inspiro?

— No es eso; tú siempre lo serás de que yo haga por tí los mayores sacrificios: es que temo que no has de creer lo que vengo á anunciarte.

— Siempre serán para mí tus palabras fuente de verdad.

— Pero el amor te ciega; no me creerás seguramente si te digo que tu peligro está en tu mismo amor.

— No te comprendo.

— Figúrate los tormentos por que yo paso; acuérdate de que desde el momento en que te conocí eres la única felicidad que concibo en el mundo, y sin embargo, te veo prendada de otro hombre, tan indiferente á mi pasion como si nunca hubieras tenido de ella noticia. Los más crueles tormentos que puedas imaginar, son dulces comparados con éste que me destroza el alma. ¿No lo crees así?

— Sí: debe ser horrible, y ¡ojalá estuviera en mi mano remediarlo!

— Pues bien, no me compadezcas, porque la compasion debe quedar para los dichosos, no para los que son igualmente desgraciados.

— ¡Qué quieres decir!

— Que te encuentras en la misma situacion que yo. ¿Qué digo en la misma? En otra infinitamente más desgraciada. Yo no he subido al cielo para hundirme en el abismo; yo

no he mirado al sol para verme sumido de pronto en el seno de las tinieblas; yo he luchado con un imposible, pero no me he visto vendido por la ingratitud.

— Eso quiere decir que Herodes...

— Te vende, y si te parece dura la palabra, te inmola á su ambicion insaciable. Herodes nunca te ha amado.

El semblante de Marianna se habia cubierto como con una negra nube; mas recobrando de repente su serenidad, iluminado con los resplandores suaves de la fe, la jóven miró á Mideo con cierta expresion de lástima, y le dijo sonriendo cariñosamente:

— Los celos te extravían: quizás sea tan grande tu passion que los demas corazones te parezcan secos como los desiertos de la Arabia; pero te engañas: Herodes es bueno y leal; en sus labios no se ha posado nunca la mentira.

— Te veo tan feliz con la ilusion que padeces, exclamó Mideo, que si no obedeciera á tan alto interes y á deberes tan sagrados para mí, no la desvanecería; pero es preciso: sólo quien nos oculta la verdad, por amarga que sea, deja de ser nuestro amigo. ¿Piensas que si yo no tuviera una prueba convincente, me habia de exponer á que creyeras que sólo me impulsaba el deseo de desacreditar á un rival afortunado? Herodes te hace traicion, y es tanto menos disculpable, cuanto que no puede igualarse á tí la mujer á quien te sacrifica.

Marianna quedó aterrada con aquella revelacion. Durante algunos momentos no supo qué contestar; la duda le despedazaba el alma: por un lado le parecia imposible que Herodes fuese capaz de tanta falsía; por otro no dejaba de hacerle fuerza el profundo acento de verdad con que iban selladas todas las palabras de Mideo.



Recordó que éste le había hablado de una prueba irrecusable, y alumbrada de repente por un rayo de inspiración, le dijo:

— ¿No has dicho que tienes una prueba? Pues dámela y te creeré.

Mideo, con fría impassibilidad, abrió su túnica y sacó del pecho un pergamino enrollado que entregó á Marianna.

Era el original del convenio celebrado entre Herodes y Cleopatra, y que él mismo había redactado como secretario de la reina de Egipto.

Al pié de este documento estaban los sellos de ambas partes contratantes.

Marianna desarrolló el pergamino, y empezó á leerlo con avidez.

— No te canses inútilmente: aquí encontrarás lo que te importa, le dijo Mideo señalándole uno de los párrafos.

Marianna leyó lo siguiente:

«Los altos intereses de que se trata en este convenio, quedan garantidos con la union de la reina de Egipto y el gobernador de Galilea, que deberá celebrarse tan luégo como hayan dado principio los efectos de esta alianza ofensiva y defensiva, que establecemos por el bien general del Oriente, en daño exclusivo de Roma.»

Marianna quedó aterrada; apenas se atrevia á dar fe al testimonio de sus sentidos.

— Ya ves que no te he engañado, exclamó Mideo; ya ves que no ha sido el despecho mi consejero, puesto que sólo me guía tu interes. Juzga tú ahora de la conducta de Herodes; dime si puedes sin humillarte amar al hombre que tanto te humilla, que de tal manera te vende, y que te posterga á una mujer como Cleopatra.



— Sí, es un agravio que nunca le perdonaré. Si la razon de estado le obligaba á buscar un enlace que fuera simpático á su pueblo, ¿por qué pretendió mi mano?

— Porque entónces su ambicion se contenia en límites más estrechos: la tetrarquía de Jerusalem era para Herodes una posicion brillante; pero en hora infausta se le ocurrió á Cleopatra sacudir el yugo del invasor romano, y hoy no se da por satisfecho si no ocupa el trono de los antiguos reyes de Egipto. Herodes nunca te ha amado; no ha visto en tí más que el medio de realizar su ambicion, y te abandona desde el momento en que le sirves de obstáculo.

— Pero eso es infame...

— ¿Y cuándo ha habido virtud en pechos ambiciosos? ¿Hay nada más digno de desprecio sobre la tierra?

— ¡Y á qué mujer me sacrifica!

— Todos conocemos á Cleopatra, exclamó Mideo procurando hacer más profunda la herida que destrozaba el corazon de Marianna, y en verdad que Herodes no la conocia ménos; pero ante la ambicion y esa ley terrible que se llama razon de estado, han cedido siempre las más honradas consideraciones. Herodes no desconocia la infamia de que se cubrió Cleopatra, primero con el amor de César; despues inmolando á su hermano Ptolomeo, á quien arrebató la corona con la vida; últimamente con la pasion que logró inspirar á Antonio, y que tan funesta ha sido para los intereses de Roma. Podia tambien presumir, y de seguro lo habrá presumido, que si la alianza establecida no daba los resultados que ellos esperaban, y el poder de Antonio se fortalecia en vez de quebrantarse, Cleopatra rompería los tratados, y sin respeto ni consideracion á la fe jurada, procuraria por todos los medios posibles volver á la gracia de

Antonio, sin que fuese obstáculo para detenerla el crimen de adulterio ya una vez cometido. ¿Pero qué le importaba nada de esto? No por eso dejaría de ser rey de Egipto, y como siempre conservaría el derecho de repudiarla, realizaba el objeto de su ambición sin pérdida alguna de su parte.

— ¿Pero es posible que quepan en Herodes tan villanos pensamientos?

— Los sucesos te lo acreditan. Cuanto te digo es rigurosamente exacto. Las presunciones mías, mucho más graves que los sucesos, debo callártelas, porque te parecerían horribles.

No ignoraba Mideo el efecto que estas palabras habían de causar en Marianna; excitaron profundamente la curiosidad de la jóven, que le dijo con acento suplicante:

— Por piedad, no me ocultes nada que contribuya á darme á conocer á ese monstruo de perfidia. Ya ves que en mi estado me sería imposible hacer por mí misma esas presunciones hijas de la mayor serenidad de tu espíritu. ¿Qué temas de Herodes?

— Temo que todavía te conserve algún amor.

— ¡Amor despues de lo que me has revelado!

— Dices bien, no es esa la palabra: he querido decir algún deseo...

— Eso sería un nuevo agravio para mí.

— Pero muy natural en hombres como Herodes. Realizada su ambición se convertiría en déspota; los monarcas de Oriente serían demasiado débiles para resistirlo; todos ellos vacilan sobre sus tronos, pero ninguno tanto como tu padre. Antígono promueve sin cesar en Judea la guerra civil; eso debilita el reino, poniéndolo en estado de ser presa de



cualquier ambicioso. Nada le sería más fácil que destronar á tu padre; lo haría seguramente, y entónces...

— ¿Qué?

— No me atrevo á decirlo.

— No me ocultes nada: deseo saberlo todo.

— Entónces serías su concubina.

— Antes moriría mil veces.

— ¿Y qué podría tu llanto contra la fuerza?

— Pero hay un medio de impedirlo.

— ¿Cuál?

— Ponerme bajo el amparo de otro hombre.

— ¿Y quién podría ampararte que no fuera tu esposo?

— Quien otras veces me ha amparado contra enemigos cautelosos y amigos que me engañaban; tú, de quien tengo recibidas tantas y tan verdaderas pruebas de cariño; tú, que me amas á pesar de mi injustificado desden...

— Pero siendo tu esposo...

— De otra manera nunca.

— ¡Marianna mia... si supieras cuán feliz me has hecho con esa sola promesa! Ella sola basta para indemnizar todos los dolores que he sufrido por tí.

— Y no pienses nunca, continuó Marianna, que el despecho es quien me arrastra á darte la mano que había ofrecido á otro hombre. Las mujeres como yo no pueden amar á quien de tal manera se olvida de sus más sagrados deberes. De la pasión que hace un instante inflamaba mi pecho con fuego que parecía inextinguible, no quedan ya más que heladas cenizas: soy yo muy altiva para descender hasta la pequeñez de Herodes.

— ¿Pero no es un sueño cuanto me acontece? Exclamó Mideo pasándose la mano por la frente, como temiendo en



realidad que estuviese oyendo en sueños las palabras consoladoras de Marianna.

— No, no; te habla mi corazón en este instante, contestó la jóven; mi corazón que nunca ha conocido el engaño; mi corazón que despierta de un letargo horrible.

— Y yo te ofrezco solemnemente hacerte tan feliz cuanto merecen tu virtud y tu hermosura. ¡Bella Marianna! Amar-te sería poco: te veneraré como á una divinidad; te estaré siempre agradecido como á mi suprema bienhechora.

— ¡Qué dices!

— Sí. Cuanto soy, cuanto valgo, todo te lo debo. Tú eres el ángel de luz que disipa las tinieblas en mi camino; tú el norte fijo que siguen mis ojos; tú dilatas los horizontes á mi vista, y pones en mi pecho el fuego de la más noble pasión. Por tí he salido de la oscuridad que envolvía mi existencia: por hacerme más digno de tí, por acortar algun tanto la inmensa distancia que nos separaba, he ambicionado y conseguido el gobierno de la provincia de Idumea. No hay empresa alguna por atrevida que parezca de la que yo no me crea capaz por hacerme digno de tu amor. Si llego á verte la tetrarquía de Jerusalem, bien que estimaria en muy poco si no lo hiciera inestimable la posesion de tus encantos, yo te pagaré con creces: te sentaré en el trono más poderoso de estas comarcas, y el imperio del mundo me parecerá pequeño para tí.

— No, Mideo, no hacen las grandezas la felicidad: ántes son causa perpétua de temores y sobresaltos. Ya lo ves en mí. ¿Cuántas penas desconoceria ahora si hubiese nacido hija de un pastor?

La conversacion de ambos amantes se prolongó hasta muy cerca de la mañana. Mideo se retiró á pesar suyo, por-

que todo el tiempo le parecia poco para permanecer al lado de la jóven. Marianna, al quedarse sola, libre de la influencia del soplo fatal que habia encendido la llama de su indignacion, volvió la vista al pasado, no ya con enojo, sino con sentimiento; renacieron, como era natural, sus antiguas y arraigadas afecciones, y sólo tuvo lágrimas para llorar la ingratitud del hombre á quien tanto habia amado, y un vago remordimiento que empezaba á acusarle de haber ofrecido la felicidad á Mideo, cuando su pecho era tan desgraciado que sólo podia brindar con el infortunio.

Desvanecida la indignacion de los primeros instantes, la jóven observó á despecho suyo que, cumpliendo con la ley terrible de las pasiones, que no en balde son llamadas nuestras enemigas, amaria tanto más á Herodes cuanto mayor fuese su ingratitud y ménos debiera amarle por razones de orgullo y de decoro.

---

## CAPÍTULO IV.

### UN GOLPE DE MANO.

Al cabo los esfuerzos de Antígono lograron encender la guerra civil en el territorio de Judea.

Las circunstancias le favorecían, y no se descuidó en aprovecharlas.

Habiendo tenido conocimiento de la alianza que Herodes celebró con la reina de Egipto, se apresuró á comunicarla á los judíos, persuadiéndoles de que seria en extremo fatal para los intereses de toda la Palestina.

Segun la interpretacion que Antígono daba á aquel tratado, el pueblo hebreo no conseguiria otra cosa que cambiar de señor, pasando del dominio de los gentiles al de los idólatras, y viviendo en una esclavitud tan pesada como el cautiverio de Egipto.

Los romanos permitian al pueblo hebreo el culto del verdadero Dios, se contentaban con cobrar un pequeño tributo en testimonio de vasallaje, y no habian osado profanar el sagrado recinto del templo.

Las vírgenes del Señor eran respetadas por los orgullo-



esos invasores, y los levitas podían dedicarse libremente al ejercicio de sus funciones sacerdotales.

En Jerusalem moraban los cuestores romanos, y un cónsul de la república sostenía la autoridad del extranjero; pero la dominación no era tan pesada que hubiesen desaparecido las antiguas leyes hebreas, y el cetro de Jerusalem no había salido de la raza judía.

Si Herodes subía al trono de Egipto, y aumentando su poder lo extendía á los demás pueblos de Oriente, toda Palestina quedaría reducida á la condición de provincia secundaria del imperio de Alejandría.

Para evitar este porvenir seguro, era indispensable que ocupase el trono de Jerusalem un príncipe joven y decidido, que pudiera hacer con ventaja la guerra, y resistir con éxito á los que pretendían imponer al pueblo israelita el yugo insostenible de la esclavitud.

Las manos temblorosas de Hircanio, que ya estaban en el último tercio de su vida, eran impotentes para tan grande empresa.

Además, Antígono no se descuidó en sacar partido de la singular aventura que le había ocurrido con Marianna.

Aquel rapto, que excitó contra él las iras populares, y que con sobrada justicia fué calificado de acto vandálico, se convirtió, por efecto de las circunstancias, en aparente medida previsora que disculpaba la violencia de Antígono.

El inquieto y ambicioso príncipe logró convencer al pueblo de que había robado á la hija de Hircanio y conducíndola prisionera á su castillo, para evitar su enlace con el idumeo, y alejar del pueblo israelita la tempestad de desgracias que le amenazaba para el caso en que un extranjero subiese al trono de Jerusalem.

En la tenacidad con que Hircanio se oponía al enlace de Antígono con Marianna, encontró éste una prueba más de que el tetrarca de Jerusalem conspiraba contra la libertad de su pueblo, ya fuese por malicia, ya por impotencia para luchar contra el imperio impío, ó contra el coloso que, desdénando á Marianna por Cleopatra, aspiraba á engrandecerse con el señorío de todas las naciones orientales.

Las artificiosas razones de Antígono, unidas á los sentimientos patrióticos que aparentaba abrigar, le crearon un formidable partido que proclamó el destronamiento de Hircanio como la única salvacion del pueblo israelita.

Temiendo abandonar sus pretensiones á los peligrosos azares de una guerra civil, para la cual sólo contaba con sus propios esfuerzos, miéntras que Hircanio tendria en su favor la ayuda de aliados poderosos, se decidió á encomendar á la astucia el triunfo que tan vagamente podia prometerle la espada.

Reuniendo á sus parciales secretamente en Jerusalem, con el pretexto de celebrarse la fiesta conmemorativa de la dedicacion del templo, les dió instrucciones para que, ocultando las armas debajo de las túnicas, rodeasen cautelosamente la comitiva de Hircanio, y cuando le vieran salir del templo, que ya seria muy entrada la noche, se apoderasen de su persona á una señal convenida.

Las instrucciones de Antígono fueron seguidas con la deseada puntualidad.

Acaso por primera vez no hubo un solo delator entre los conspiradores.

Hircanio, seguido de los escribas y fariseos que constituian el más rico esplendor de su corte, y escoltado por una guardia reducida para demostrar más bien la confianza que



abrigaba en su pueblo, se dirigió al templo de Salomon; bien ajeno de sospechar la emboscada que le habia preparado su sobrino.

Marianna tambien, acompañada de sus damas principales, iba á cumplir con el mismo piadoso deber; y aunque cubria su rostro el blanco velo de lino, hombres y mujeres se agrupaban á su paso para contemplar á aquella que por su hermosura, su nobleza y sus virtudes era llamada la *Perla de Jerusalem*.

La solemne festividad religiosa habia llamado á la capital de Judea una muchedumbre inmensa de habitantes de todas las provincias en que se dividia la Palestina, y por las calles de la afortunada ciudad discurrían alegremente, ostentando su magnificencia, pero confundiendo con las últimas clases del pueblo, reyes, tetrarcas y gobernadores que contenian sus mútuas rivalidades para dar espacio al júbilo que en todos los corazones producía aquella fiesta nacional.

Muchos de ellos nada tenían de comun con la raza hebrea ni con su culto; pero venían desde las más apartadas tierras, y sin pasar del patio de los gentiles, á admirar el esplendor verdaderamente divino de las fiestas con que los judíos solemnizaban la dedicación de su templo, y que eran famosas entre todos los pueblos del Oriente.

Mideo, fortalecido con la esperanza de ver al fin recompensados sus esfuerzos y sacrificios para hacerse digno del amor y la mano de Marianna, no habia abandonado á Jerusalem, en cuya corte gozaba de gran crédito, así por el favor con que le distinguían Marco Antonio y la reina de Egipto, como por el importante servicio que habia prestado á Hircanio, librando á Marianna de la prisión en que la tenía



Antígono, de la manera novelesca que hemos narrado.

Hircanio no se cansaba de dar pruebas de consideracion y de aprecio al salvador de su hija, y él pueblo, que le miraba tambien con cariño y admiracion y habia llegado á traslucir algo del amor que profesaba á Marianna, veia en él un hombre muy digno de reemplazar á Hircanio en la tetarquía, y se lamentaba profundamente de que aquel príncipe fuese extranjero, y como tal sectario de la idolatría.

Autorizado Mideo por los sentimientos que en su última entrevista le habia manifestado Marianna, ofendida por la traicion de Herodes, pidió su mano á Hircanio, enviándole al efecto una solemne embajada para persuadirle de la conveniencia que resultaria á ambos pueblos de aquella union, aconsejada á la vez por los intereses políticos y por los sentimientos naturales.

Hircanio no podia olvidar la palabra que habia empeñado á Herodes, ni tampoco queria ofender la susceptibilidad de Mideo diciéndole claramente que daba á otro hombre la preferencia.

No era necesario recurrir á este extremo: la raza y la religion á que Mideo pertenecia, eran un valladar poco ménos que inexpugnable.

El pueblo judío, que vivia de la esperanza de ver algun dia sentado en el trono de Jerusalem á un descendiente de David, verdadero Mesías libertador que hiciese pedazos el yugo con que á todos oprimia la ambicion de Roma, no podia ver con agrado, acaso no lo consentiria, que un extranjero se apoderase del solio, burlando ó retrasando al ménos sus esperanzas de independencía, y haciéndole perder toda garantía de que no habia de desaparecer el culto que se daba al único y verdadero Dios.

Hircanio hizo presentes estas consideraciones á los embajadores de Mideo, que fueron desconsolados á llevar tan malas nuevas á su señor.

Pero Mideo, que ambicionaba la mano de Marianna y no la tetrarquía de Jerusalem, se preocupó muy poco con aquellas dificultades; ántes bien se alegró de que hubieran surgido: porque habiendo el amor engendrado la ambicion que alimentaba su pecho, y odiando por instinto y por carácter la vida azarosa á que arrastra la direccion de los negocios de una república, veia con singular complacencia la perspectiva de poder renunciar á todas las grandezas y dignidades humanas, y vivir dichoso en ignorado retiro, sin otro objeto que el de satisfacer su profundo amor á la ciencia y á Marianna.

Volvió, pues, á enviar sus embajadores á Hircanio para asegurarle que, si anhelaba ver á su hija gozando de la verdadera felicidad que no se encuentra en ninguno de los dos extremos opuestos de las gerarquías humanas, sino allí donde el corazon la ha soñado y puede poseerla, él renunciaba gustoso á todos los derechos que debería adquirir como marido de Marianna, y desde luégo se comprometia á dejarle en libertad para que abdicase la corona en su sobrino Antígono, ó le instituyese su heredero si aun no estaba cansado de ocupar el trono.

En vista de esta inesperada renuncia, y más pesaroso aun por lo mucho que le obligaba semejante conducta, Hircanio tuvo necesidad de revelar á los embajadores la verdadera causa que le impedia disponer de la mano de su hija en favor de Mideo.

El nuevo gobernador de Idumea esperaba desde el principio que surgiese esta dificultad de las negociaciones, y le



habia extrañado que Hircanio no hubiese invocado sus compromisos desde el primer momento.

Tampoco le parecia la competencia de Herodes obstáculo insuperable, puesto que contaba con la voluntad de Marianna y con que el tierno amor que Hircanio profesaba á su hija le impediria arrastrarla á un sacrificio odioso.

Mideo no conocia á Herodes lo bastante para penetrar el verdadero motivo que le habia llevado á aceptar la alianza con Cleopatra: presumia que la ambicion era su sentimiento dominante; y si bien habia ocultado á Marianna una parte de la verdad, puesto que ya sabia que la alianza estaba rota, creia firmemente que hubiera sacrificado á la jóven en aras de su engrandecimiento.

Desgraciadamente para Mideo, la intriga que imaginara para reconciliar á Cleopatra con Antonio se habia desenvuelto con extraordinaria rapidez, ofreciendo una gran parte de los resultados que se habia prometido.

No contaba con que Antonio fuese tan fácil para sustraerse de la influencia de Octavia, que tanto aparentaba querer conservar, y ménos que intentara alejar á Herodes por medio de un golpe de habilidad política, él que era tan inclinado á la violencia.

En definitiva, lo que habia conseguido Mideo, era favorecer indirectamente los intereses de su enemigo.

El único medio que tenia de enmendar este error era precipitar su enlace con Marianna, porque si Herodes volvia á Jerusalem todo podia considerarlo como perdido.

La más ligera explicacion que hubiese entre Marianna y el gobernador de Idumea, echaria por tierra el magnífico castillo de esperanzas que tanto tiempo habia tardado en edificar.



Por eso instaba continuamente á Hircanio para que sin demora decidiese tan importante asunto.

Al fin empezaron á realizarse los temores que abrigaba Mideo. Herodes, tan luégo como arregló sus asuntos con Antonio, del modo lisonjero que hemos visto, se presentó en Jerusalem para activar su casamiento con Marianna, y dar á Hircanio la seguridad de que si Antígono volvía á suscitar turbulencias en el reino, podría castigarlo con todo el poder de Roma su aliada, así como vengarle de la ofensa que le había inferido con el rapto de su hija.

Marianna tuvo noticia de la llegada de Herodes; pero hallándose bajo la impresion de los terribles secretos que le había confiado Mideo, esquivó cuanto pudo el peligro de hablarle.

Pasados los primeros momentos de indignacion por la infidelidad de aquel hombre á quien tanto amaba, volvió á abrirse paso el amor, usando su acostumbrado lenguaje persuasivo é irresistible.

El amor que se deja dominar por el orgullo, no pasa de ser una de tantas ilusiones como se forja el alma. El de Marianna era tan sincero y profundo, que hubiera crecido con aquella contrariedad, si hubiera podido ser mayor un sentimiento que ya absorbía su vida entera.

Al enojo sucedió una pena profunda, á la pena los celos, y á los celos el deseo ardiente de triunfar á toda costa de su poderosa rival la reina de Egipto.

Mideo, obedeciendo á la terrible fatalidad de su destino, creyó que bastaría un soplo para extinguir una llama naciente, y no comprendió que excitando los celos en el corazón de una mujer, no hacía otra cosa que convertir la llama en hoguera inextinguible.

Aunque por un resto de amor propio, y por el deseo de que sufriese Herodes una parte de lo mucho que ella habia sufrido, se negó á concederle una de esas entrevistas secretas que son tan gratas para los amantes, porque en ellas únicamente se puede manifestar el amor con toda la grandeza y sublimidad con que lo sueñan los enamorados, la verdad era que su llegada á Jerusalem le habia llenado el corazon de inmensa alegría, y que se encontraba muy dispuesta á perdonarle, porque ya empezaba á disfrutar de un triunfo, tanto más lisonjero, cuanto que nada habia puesto de su parte para conseguirlo.

Pero reflexionando detenidamente sobre su situacion, comprendia que muy bien la insistencia de Herodes podia significar un nuevo agravio, porque acaso volvia á ella desairado por la reina de Egipto, y esta idea bastaba para fortalecerle en su resolucion de sofocar la lucha que sostenian sus sentimientos, ó al ménos de no declararse vencida hasta que Herodes volviera á hacerse digno del perdon que por tantas razones se resistia á concederle.

El recuerdo de Mideo cruzaba por su imaginacion como un remordimiento tenaz que siempre le laceraba el alma.

Aquel hombre le habia probado su amor con todo género de sacrificios: por ella habia perdido su libertad; por ella estuvo á punto de perder la vida; por ella acometió una empresa ante la cual hubieran retrocedido los más esforzados corazones; por ella, en fin, se habia levantado de la nada hasta una dignidad casi régia, sin que aquella gigantesca ambicion tuviera otro objeto que la dicha de poseer su mano.

A Mideo era deudora de su libertad y de su honor.

Y como si los cielos hubieran querido recompensar tanto amor y tanta constancia, Marianna habia tenido por su con-



ducto noticia de la infidelidad de Herodes, y en el primer arrebató de indignación le había dado palabra de recompensar sus sacrificios con el venturoso premio que tanto deseaba.

Herodes, que no podía explicarse la singular conducta de Marianna, adquirió la seguridad de que alguien la había instruido de su alianza con Cleopatra; pero como aquella negociación había permanecido tan secreta, sus sospechas no podían fijarse, y ya acusaban á Cleopatra de indiscreción, ya recelaba de la sinceridad de Antonio, del cual pensaba que no le perdonaría en mucho tiempo el mal rato que con los celos le había hecho pasar.

Parecíale también inexplicable, cómo las escenas que habían pasado en Alejandría eran sabidas de Marianna y no de su padre, pues éste, lejos de manifestarle el más leve resentimiento, le había recibido con extremada cordialidad, y cada día le daba más pruebas del sincero afecto que le profesaba.

Pronto se aclaró este misterio. El rumor público se ocupaba demasiado en Jerusalem de la prolongada residencia de Mideo; y aunque éste, que veía peligros en todas partes para el éxito de su empresa, á nadie más que á Hircanio había comunicado sus pretensiones, los secretos de palacio más tarde ó más temprano acaban por divulgarse, y la ciudad supo que el nuevo gobernador de Idumea aspiraba á la mano de la hija de su tetrarca.

Este rumor no aclaraba más que una parte del misterio. Quedaba todavía indescifrable la conducta de Marianna para con Herodes.

¿Cuál era la causa de su inesperado desden?

¿Había olvidado sus promesas y su juramento?



¿Influa en ella, como en otras tantas mujeres sin corazón, el viento de la inconstancia?

¿Era quizás que Mideo, como confidente que habia sido de la reina de Egipto, poseia el secreto de aquella alianza en que ambas partes habian entrado con propósito firme de no cumplirla, y exagerando intencionadamente el objeto, habia conseguido levantar una tempestad de celos en el sensible corazón de Marianna, haciéndole perder todas las ilusiones que habia abrigado?

Esto parecia lo más verosímil; pero la verosimilitud no bastaba á constituir certeza, y Herodes queria á todo trance desvanecer sus dudas.

Más de una vez pensó provocar á Mideo en duelo personal; pero como no tenia fundamentos sólidos en que descansar sus agravios, desistió de tal pensamiento por temor al ridículo.

Entretanto ambos rivales, recelosos el uno del otro, se toleraban con las más exquisitas fórmulas cortesanias, y al par se iba engendrando en sus corazones un odio inextinguible, que al estallar habia de producir horrendos efectos.

Tal era la situacion de los principales personajes de esta historia, cuando Antígono preparó el atrevido golpe de mano con que esperaba apoderarse del trono de Jerusalen.

Ya hemos dicho que milagrosamente no le habia hecho traicion ninguno de los conjurados.

Confundidos entre la inmensa muchedumbre que se agolpaba á las puertas del templo, nadie podia presumir que estuviesen tan cerca los enemigos: mejor dicho, nadie los hubiera considerado como tales; porque el pueblo, dispuesto por naturaleza á suponer traiciones y tiranías en aquellos

que están investidos de autoridad, muy gustoso hace causa comun con todos los espíritus turbulentos.

Mideo y Herodes, seguidos de los soldados encargados de guardar su persona, formaban parte de la comitiva de Hircanio, y rivalizaban en demostraciones de afecto hácia el anciano tetrarca, impacientes por inclinarle á su favor para que en el más breve plazo posible decidiera la contienda que tenian entablada.

La multitud de lámparas y candelabros que brillaban en el templo extendian sus vivos resplandores por la ciudad, y el bullicioso aliento de aquella inmensa muchedumbre donde se confundian tantos pueblos diferentes, tan diversas gerarquías y tantas razas divididas por las prevenciones más terribles, que son las que nacen de las diferencias políticas y religiosas, era ensordecido por el eco suavísimo de los instrumentos que tañian los levitas, y por el canto unísono y majestuoso de las vírgenes que estaban dedicadas al servicio del templo.

Al escuchar los ecos de aquellas almas puras que tan lejos vivian de las pasiones mundanales, Marianna volvió á experimentar aquel antiguo deseo de renunciar á las grandezas mundanas para buscar la calma y el reposo en el servicio de Dios, protegida por el sagrado de aquellos techos que cubrian tanta inocencia y tan apacible felicidad.

La comitiva habia llegado á la bronceada puerta del patio exterior, y Marianna iba á dirigirse al de las mujeres.

El pueblo se agrupaba con ánsia de saludar á Hircanio y á los príncipes que iban en su compañía.

Pero no todos aquellos corazones eran sinceros: la mayor parte fingian para favorecer el proyecto de los conjurados.

Quando ménos podía sospechar Hircanio traicion alguna



por parte de sus súbditos, se oyó á lo léjos un grito siniestro, y á esta señal se precipitó hácia el templo una muchedumbre inquieta gritando: — ¡Viva Antígono! ¡Muera el tirano que nos vende al extranjero!

Rápidos como si los hubiera agitado una misma conmoción eléctrica, aquellos hombres que momentos ántes se agrupaban para saludar respetuosamente á su señor, se arrojaron sobre él con ademan hostil, miéntras otro grupo no ménos formidable, aprovechándose de aquellos momentos de sorpresa, se arrojaba sobre los guardias y conseguia desarmarlos.

Desde los primeros momentos de confusion, y cuando nadie podia explicarse la causa de aquel tumulto, Herodes y Mideo desnudaron sus espadas, y dando el grito de ataque á sus soldados, volaron en defensa de Hircanio.

Era ya tarde: los conjurados habian conseguido hacerle prisionero, y respetando su vida, lo conducian á la presencia de Antígono.

La rapidez del ataque hubiera podido impedir este rapto; pero un grupo de sublevados cruzó sus espadas con las gentes de ambos gobernadores, y lograron detener el empuje de su vigorosa acometida.

Todo esto habia pasado con tanta rapidez, que ya el mal estaba hecho, y todavía se ignoraba en el patio de las mujeres.

Comprendiendo Mideo que era inútil la resistencia, y más inútil aun el empeño de salvar á Hircanio, corrió presuroso hácia el patio de las mujeres para impedir que tambien Marianna cayese en manos de sus enemigos.

Herodes, adivinando su intento, y no queriendo que se le adelantase en este servicio que podia ser decisivo, tanto en



el ánimo de Hircanio como en el corazón de la joven, avanzó también y tuvo la fortuna de llegar ántes á donde estaba Marianna.

Mideo hubiera podido disputarle esta gloria, pero tuvo que luchar contra un grupo que se obstinaba en cerrarle el paso y se resistía con valor heróico.

Cuando desembarazado de aquel obstáculo pudo llegar al patio de las mujeres, vió á Herodes que, dominando la confusión, llevaba en los brazos á Marianna, mientras que sus gentes combatían con singular denuedo.

Mideo comprendió que su deber era proteger la fuga de Herodes, y aunque celoso de su fortuna, acudió á donde le llamaba el peligro más inminente.

Marianna había caído desfallecida en los brazos de Herodes, al enterarse de que aquella conjuración amenazaba no solamente el trono, sino también la vida de su padre.

Cuando Mideo se acercó á Herodes para asegurarle de que su espada estaba pronta á defenderle, le dijo:

— En el peligro común nuestra causa es la misma; pero si la paz se restablece y ambos quedamos con vida, te juro que he de disputarte con la espada la prenda que llevas en tus brazos.

— De otra manera no he de cedértela nunca, contestó Herodes; sabía que eres mi rival, y es justo que te declares mi enemigo; pero ahora ambos debemos morir por ella.

— Sí, exclamó Mideo; quizás la muerte logre extinguir el odio que nos separa.

Y acometiendo con esfuerzo á los sublevados que aun intentaban cerrarles el camino, lograron abrir un flanco que les permitió avanzar hasta la puerta de la torre Antonia que servía de palacio al tetrarca.

Allí nada habia que temer: los guardias estaban por Hircanio, y protegieron su entrada con grande riesgo de la vida.

Viendo ya á Marianna en lugar seguro, Herodes y Mideo, reuniendo cuantos soldados pudieron, y ayudados por la parte de la plebe que habia permanecido fiel, se encaminaron á defender á Hircanio.

---

## CAPÍTULO V.

---

### OJO POR OJO Y DIENTE POR DIENTE.

Mientras esto pasaba en Jerusalem, de las poblaciones inmediatas se habia reunido en el campo un sin número de descontentos dispuestos á proteger la retirada de Antígono en el caso en que fracasase su plan, ó á prestarle cualquiera otro género de sacrificios.

Antígono despachó un heraldo para noticia á sus parciales que ya estaba asegurado el golpe; pero temiendo que repuestos de su sorpresa los que estuvieran prontos á defender la causa de Hircanio, organizarasen una vigorosa resistencia con ayuda de la guarnicion romana, á la cual no tendria más remedio que ceder su gente indisciplinada y en su mayor parte poco aguerrida, tomó la resolucion de suspender el combate, lo cual no tenia ya objeto puesto que habia logrado asegurar su presa.

Hizo conducir á Hircanio á una casa de las más apartadas de la ciudad, y seguro de que nada tenia que temer mientras conservase aquellos rehenes, desafió á sus enemigos con la serenidad que impunemente afectaba, y que era



un verdadero insulto que ofendia á la vez á tres cabezas coronadas.

Noticiosos Herodes y Mideo del lugar donde se habia refugiado Antígono, se encaminaron en su persecucion, seguidos no sólo de sus guardias, sino tambien de un número considerable de soldados romanos y de una gran parte del pueblo, que intimidada por las amenazas ó afecta á la persona de Hircanio, tomaban parte en la contienda en contra del usurpador.

Al llegar á las cercanías del sitio en que se ocultaba Antígono, quedaron sorprendidos al ver las escasas precauciones que habia tomado para su defensa; alguno que otro centinela vigilaba por los contornos, los cuales al ver llegar al enemigo se replegaron hácia la casa, cuya puerta se abrió pausadamente como si no estuviese verdaderamente sitiada.

Herodes y Mideo adelantaron en la seguridad de que los de adentro, ó no opondrian resistencia ó la harian muy escasa, y tenian por indudable que habian de restituir muy fácilmente la libertad á Hircanio.

Á las primeras intimaciones, y sin que desde las ventanas de la casa se hubiera disparado una sola flecha, abrieron la puerta de la calle y apareció el portal profusamente iluminado.

El primer impulso de los sitiadores fué presentarse en la casa; pero quedaron detenidos ante un espectáculo que les llenó de horror.

En el centro del portal se alzaba un catafalco con paños violados, que era el color de luto entre los judíos; Hircanio, de rodillas y adornado aun con las insignias reales, doblaba la cabeza sobre un desnudo tajo, y á su lado, de pie, habia un hombre de aspecto terrible, que levantando una espada

de dos filos, amenazaba hundirla en la garganta del desventurado rey.

Antígono formaba tambien parte de aquel cuadro horroroso, y tenia fijos los ojos en los sitiadores, como para dar la órden de consumir el asesinato en el momento en que percibiera la menor demostracion hostil.

Un grito de horror que nadie fué dueño de contener, se escapó del pecho de todos los circunstantes.

Antígono, adelantando hasta el dintel de la puerta, exclamó con voz de trueno:

—Mia es la victoria, y en vano venís á disputármela: en el momento en que deis un solo paso ó dispareis una sola flecha, el verdugo cumplirá con su terrible mision. Vosotros y no yo matareis á Hircanio; juzgad si os atreveis con su vida. Yo tomaré ojo por ojo y diente por diente.

Temiendo todos que cumpliese Antígono su promesa, no se atrevieron á hacer ningun ademan hostil, y quedaron en la más angustiosa expectativa.

Herodes y Mideo se retiraron para deliberar acerca del partido que tomarian en tan críticas circunstancias.

De comun acuerdo pensaron que lo primero que debian hacer era tener guardados los alrededores de la casa, para impedir que Antígono escapase á favor de las tinieblas de la noche, y atender á la seguridad de Marianna, que hallándose sublevado el pueblo, estaba á la verdad muy comprometida.

Sesto César, como lugar-teniente de Antonio, representaba en Jerusalem los intereses de Roma. En tal concepto ejercia sobre la ciudad y sobre todo el reino cierta especie de protectorado; pero como todavía la Judea no era una provincia romana, sino simple tributaria del imperio, la ac-



cion de este magistrado se reducía á mantener el respeto á la dominacion extranjera, con órden de no intervenir de una manera ostensible en los asuntos particulares de los judíos, que conservaban sus jueces, su rey y sus pontífices, de la misma manera que sus costumbres y sus leyes.

Sin embargo, como aliados de Roma, y atendida la gravedad de las circunstancias, Herodes y Mideo se decidieron á implorar el auxilio del magistrado romano, no sólo para combatir la sedicion, sino tambien para impedir que Antígono consumase una catástrofe, que de otra manera debia considerar segura.

Al efecto manifestaron al representante de Antonio, que como soberanos independientes en sus respectivos dominios, y unidos por vínculos de amistad al tetrarca de Jerusalem, estaban dispuestos á declarar la guerra á Antígono para impedirle que se sentara en el trono; pero que como urgian los instantes, y ellos no disponian de medios eficaces para hacerse obedecer, le suplicaban en nombre de su amistad y del honor de Roma, que interviniendo por aquella vez en los asuntos públicos, hiciera entender á Antígono que de no devolver inmediatamente la libertad á Hircanio, caeria sobre él el enojo de Roma, y seria decapitado como un criminal en el Calvario, juntamente con todos sus parciales.

Sesto consintió en lo que se le pedia, y seguido de su cohorte pretoriana se encaminó á la casa donde se habia refugiado Antígono.

Al llegar habia desaparecido el fúnebre aparato con que el rebelde recibió á los amigos del tetrarca.

Sesto penetró libremente; pero apenas habia dado algunos pasos, salió Antígono á recibirle.



— ¿Qué busca Roma en mi casa? Le preguntó como si no pudiese presumir el objeto de su visita.

Sesto le intimó con las amenazas convenidas, y reclamó enérgicamente la libertad de Hircanio.

— Me pides un imposible, exclamó Antígono, ó mejor dicho, me pides lo que ya tienes, puesto que Hircanio no se encuentra en esta casa.

Sesto César quedó sorprendido con esta inesperada manifestacion, y temiendo que le engañase Antígono, demostró su desconfianza.

— Si lo dudas puedes convencerte por tí mismo, exclamó el usurpador. Hircanio, cansado de un gobierno que pesa demasiado sobre sus débiles fuerzas de viejo, acaba de abdicar en mí, su sobrino, la tetarquía y el gran pontificado de Jerusalem. Quiere buscar descanso en las apartadas regiones de Occidente, y ha salido con una escolta de mis leales en direccion á Jaffa, donde se embarcará sin demora con rumbo hácia tu venturosa patria.

En corroboracion de sus palabras, Antígono manifestó á Sesto el documento en que constaba la abdicacion de Hircanio en su favor, con una protesta de que la habia hecho espontáneamente.

Aquella protesta, despues de los actos de violencia que todo Jerusalem habia presenciado, era un sangriento sarcasmo.

— Al partir me ha dejado Hircanio una carta para tí; y pues has llegado en el momento en que me disponia á enviarla, bendigo mi suerte que me permite la dicha de entregarla en tu mano.

Sesto tomó el pergamino que le presentaba Antígono, y leyó estas palabras:

«Persuadido de que mi pueblo, por el mucho amor que me tiene, no consentiría en el acto de abdicacion de mi corona que hace tiempo tengo proyectado en favor de mi sobrino Antígono, y resuelto como estoy á hacer vida más pacífica y acomodada á los años que tengo, acordé secretamente con el que ha de ser mi sucesor legítimo, que fingiésemos de su parte un acto de violencia capaz de obligarme á renunciar la corona.

»Te ruego, pues, Sesto César, mi amigo y aliado, que lejos de oponerte á esta resolucion que tanto interesa y conviene á toda la Judea, favorezcas sus resultados con tu influencia y tu poder, respetando la neutralidad que guarda Roma en los asuntos interiores de estos reinos sus tributarios, y dispensando á mi legítimo sucesor, que entra á ocupar el trono por voluntad mia, la amistad y la confianza que á mí mismo me dispensabas.»

Sesto César no se atrevia á dar fe á esta inesperada carta, que le parecia arrancada por la violencia, puesto que teniendo noticia de las profundas divisiones que separaban á Hircanio y Antígono, le parecia en extremo inverosímil que se hubiesen puesto de acuerdo secretamente para arreglar la sucesion al trono en favor del hombre que tanto habia amargado la ancianidad de Hircanio con sus repetidas rebeldías, sus amenazas constantes y sus agravios sangrientos.

Antígono, que conocia demasiado la condicion del pueblo sobre que aspiraba á reinar, se habia apresurado á darle á conocer la abdicacion de Hircanio.

Aquella raza degenerada, que más tarde habia de desconocer á su Dios, no podia conservar fidelidad á un rey; y siguiendo las huellas de todos los pueblos que caen en la abyeccion, vivia resignado en la esclavitud, convencido de



que su señor, cualquiera que fuese, habia de reinar bajo la dependencia de Roma, y no veia en el cambio de soberano otra cosa que la ocasion plausible de fiestas y regocijos públicos.

Inmediatamente quedó aceptado el nuevo rey, y el pueblo le aclamó con frenético entusiasmo, de la misma manera que hubiera hecho estallar su cólera contra Antígono, si como quedó la conspiracion triunfante hubiera quedado vencida. Aun no habia acabado Sesto César de manifestar sus dudas respecto á la autenticidad de los documentos que le habia presentado Antígono, cuando se dejaron oír en la calle frenéticos vítores al nuevo rey.

El romano no consideró prudente insistir en un negocio en el cual ningun interes directo tenia el imperio, y reservándose dar cuenta á Antonio para aprobar ó desaprobado, segun las instrucciones que recibiese de Alejandría, manifestó que su mediacion no podia seguir adelante, y dejó en libertad á Herodes y Mideo para que tomaran el partido que juzgasen más conveniente, con tal de que no hicieran la guerra dentro de la ciudad y obligasen á los soldados de Roma á defender el orden que les estaba encomendado.

De este modo quedó Antígono reinando en Jerusalem.

La gravedad de las circunstancias obligó á Herodes y Mideo á prescindir de la rivalidad que los desunia para prestar auxilios de comun acuerdo al monarca destronado y á su desventurada hija, que presa de mortal ansiedad y con noticias de lo que habia ocurrido, les estaba esperando en la torre Antonia.

En medio de tantas tribulaciones juzgaron como una felicidad poder decirle que su padre vivia, aunque prisionero de sus enemigos.



— ¡Oh! Dejadme, dejadme abandonada, exclamó la joven. ¿Qué importa mi vida si mi padre perece? Dejadme abandonada al furor y la venganza de esos malvados, y salvad al pobre anciano que hoy se encuentra tan débil para resistirlos.

— ¿Y cómo, señora, vas á quedar en tierra que ya es enemiga, privada de todo amparo y expuesta á los ultrajes de un hombre sin fe y sin honor, y de un populacho desenfrenado y ciego? Exclamaron. Nosotros no podemos consentirlo.

— ¡Salvad á mi padre! ¡Salvad á mi padre!

— Nosotros te juramos que quedará vengado; pero ahora es necesario que pensemos en tí.

— No, yo quiero morir mil veces; lo que me importa es salvarle.

— ¡Basta! Yo lo haré, exclamó Mideo; con mis guardias y los leales de Hircanio que quieran seguirme, podré formar un escuadron de gente aguerrida para volar en su defensa; tú, Herodes, atiende á la de Marianna; la noche puede proteger vuestra fuga. Llenemos este deber, que es sagrado en nosotros, y juremos dar nuestra vida por el uno y la otra.

— Yo lo juro.

— ¡Ah generosos amigos! Exclamó Marianna. ¿Con qué podré pagaros tanta abnegacion?

En los ojos de Herodes y Mideo se leia muy bien á qué clase de recompensa aspiraban.

Antes de separarse ambos rivales para acometer la empresa á que se habian comprometido, Mideo le dijo á Herodes:

— Ya supondrás que sólo se trata de una tregua, y que

tan luego como termine la guerra continuará entre nosotros.

— Lo he supuesto.

— Debemos jurar que entretanto no haremos nada que no conduzca directamente al interes de Hircanio y de su hija: el nuestro quedará olvidado hasta entónçes.

— Parte sin cuidado á defender al tetrarca, que yo te juro no abusar de las ventajas que me concede tu ausencia. Nuestra querella se decidirá cuando quedemos libres, para que cada cual obre como le parezca. La decision de Marianna será inapelable.

— Confio en tu juramento.

— Por mi fe que no tendrás que arrepentirte.

— ¿Punto de reunion?

— En mi castillo de Cafarnaum, cerca del lago de Tiberiades.

Y sin cambiar más palabras Mideo montó á caballo, y reuniendo la gente que pudo, salió de Jerusalem siguiendo el camino que, segun indicacion de sus confidentes, era el que habian emprendido los parciales de Antígono que llevaban á Hircanio prisionero.

Herodes consiguió tambien salir de la ciudad custodiando á la bella Marianna. El servicio que prestaba Mideo era el más importante á los ojos de la jóven, y sin embargo, su corazon sentia cierta satisfaccion íntima de que Herodes fuese el encargado de acompañarla: para Mideo tenia inmensa gratitud; para Herodes un sentimiento más tierno.

## CAPÍTULO VI.

## LAS AGUAS BUSCAN SU NIVEL.

Antígono, que no amaba á Marianna y sólo habia pretendido su mano para robustecer más y más su derecho á ocupar el trono de Jerusalem, no tenia interes alguno en impedir su fuga, ni aunque la hubiera deseado poseia medios bastantes para evitarla.

El único que realmente le interesaba era Hircanio, y por eso procuró apoderarse de su persona.

Dueño de la persona del rey, autorizada su usurpacion por el consentimiento tácito de Sesto César, asegurado en el trono porque la vida de Hircanio le respondia de que nadie habia de intentar derribarle, supo con satisfaccion, más bien que con enojo, que Herodes y Mideo habian abandonado á Jerusalem, sin importársele un ardite que el uno hubiera salvado á Marianna y el otro intentase devolver su libertad á Hircanio, porque suponía que los parciales que conducian al tetrarca estarian ya demasiado léjos para que pudiera alcanzarlos el gobernador de Idumea.

Libre de la presencia de aquellos importunos testigos,



Antígono se dedicó á echar sobre sólidas bases los cimientos de su poder.

Su primera diligencia fué trasladarse con su pequeña corte al palacio de Hircanio, y convocar á los doctores de la ley y príncipes de los sacerdotes para que le reconociesen como gran pontífice y soberano, y le prestasen juramento de fidelidad.

Aunque todos en lo íntimo de su conciencia permanecian adictos al tetrarca destronado, algunos solamente, muy pocos en verdad, se negaron á dar el juramento que se les exigia, y Antígono, que como buen usurpador no podia seguir una política conciliadora, sino que al contrario necesitaba hacer terribles escarmientos, sin consideracion alguna á la alta dignidad de que se hallaban investidos, mandó cortarles la cabeza en la plaza pública, juntamente con otros judíos de gerarquía más humilde, de quienes tuvo noticia que habian murmurado severamente de aquella usurpacion que tan grave y tan general escándalo causara en Jerusalem.

Inmediatamente que se derramó la sangre de las primeras víctimas de aquella contienda civil, despachó mensajeros á todas las ciudades del reino para notificarles su advenimiento al trono y el ejemplar castigo que habia hecho de los descontentos, anunciándoles que si se sometian dócilmente al nuevo rey, serian tratados con amor y clemencia; pero que si intentaban resistir á su autoridad y negarle el tributo que le debian, mandaria arrasarlás hasta que no quedase piedra sobre piedra en los más fuertes y espesos muros, y pasar á cuchillo todos los habitantes rebeldes sin distincion de sexo ni edad.

La fortuna, compañera inseparable de la osadía, protegió

generosamente la criminal ambicion de Antígono. El terror produjo sus naturales efectos en aquellos momentos de confusion, y nadie se atrevió á protestar contra la violencia y la injusticia del usurpador.

Aquel pueblo que bajo la administracion paternal de Hircanio habia vivido tan feliz cuanto podia, teniendo oprimido su cuello por el yugo de la dominacion extranjera, aceptó resignado la tiranía con todos sus horrores, porque no se le habia dado tiempo para prepararse á rechazarla.

Los soldados de Hircanio aceptaron tambien al nuevo señor, temerosos de tener que cruzar sus armas con los combatientes de Roma, tan luégo como tuvieron noticia del consentimiento del procónsul romano.

No considerándose Antígono bastante seguro con la adhesion impuesta de sus vasallos, con los escarmientos que mandaba ejecutar, ni con las recompensas que liberalmente distribuia entre sus parciales y aduladores, gentes á las cuales suponía, con sobrado fundamento, que estaban dispuestas á venderse á quien mejor les pagara, pidió á Sesto César dos legiones mercenarias de soldados tracios y germanos, y con ellas impuso respeto á Jerusalem.

Dominando como ya dominaba en la ciudad, no tenia que temer que prendiese el fuego de la insurreccion en las provincias de su reino.

Quedábale el peligro de la guerra con que le habian amenazado Herodes y Mideo; pero no los consideraba prevenidos para tanto, y era lo más probable que, mientras disponian lo necesario al efecto, le darian tiempo de sobra para preparar la resistencia, que podia ser terrible si lograba que Roma aprobase solemnemente su advenimiento al trono y le distinguiera con su amistad, lo cual se proponia



conseguir excitando la codicia del dominador por un medio que nunca rechazan los conquistadores, el aumento de los tributos.

Entretanto Mideo, al frente de la pequeña fuerza que pudo reunir, se encaminaba en persecucion de los parciales de Antígono que llevaban prisionero á Hircanio, y seguia las vagas indicaciones de los campesinos, sin haber logrado que nadie le determinara con certeza la direccion en que debia encaminarse.

Herodes logró fácilmente poner en seguridad á Mariana, conduciéndola á su castillo de Cafarnaum.

Los heraldos de Antígono le precedian con la noticia del destronamiento de Hircanio, que en casi todas partes era oida con indiferencia por aquel pueblo que, habiendo caido en la esclavitud, apenas conservaba ya un resto de su antigua energía y de su santo amor á la independendencia.

— ¿Qué nos importa, exclamaban, que otras manos empuñen el cetro real de Judea? Ni Hircanio ni Antígono son descendientes de David. Ambos, aunque judíos, son usurpadores y humildes tributarios del imperio impío, y el nuevo Moisés, que ha de dar la libertad á su pueblo, no es ninguno de los dos. Doble Judá su cabeza, y sufra con resignacion su suerte, que dias vendran más felices en que el pueblo predilecto de Dios vuelva á ser dueño de toda la tierra prometida.

En aquella indiferencia de la nacion judaica, vió Herodes claramente que su ambicion no encontraria obstáculo alguno con que luchar para hacerle subir al trono de Jerusalem. Los judíos, á quienes importaba tan poco que cambiase el nombre de su rey, que aceptaban resignados la esclavitud en la confianza de que algun dia brillase el sol esplendente



de la libertad, que no se manifestaban dispuestos á encender la guerra civil, aceptarían con la misma resignación un rey extranjero; porque mientras se manifestase prepotente en aquellas regiones el poder de Roma, el mismo rey no sería más que un esclavo uncido al carro del dominador.

La rivalidad de Mideo no era tampoco para Herodes grande motivo de sobresalto. Razones muy poderosas le obligaban á permanecer tranquilo respecto de este particular.

La historia de los judíos ofrecía más de un ejemplo de jóvenes hebreas que habían casado con príncipes idólatras; pero siempre para obedecer á un alto fin político, y eran como víctimas sacrificadas en aras de la libertad de su pueblo.

Entre otros casos de alianzas semejantes traía á su memoria el recuerdo de Esther, sobrina de Mardoqueo, que para dar libertad á los cautivos israelitas reducidos á la esclavitud por Nabucodonosor, casó con Assuero, el príncipe que reinó desde la India hasta la Etiopía sobre ciento veinte y siete provincias.

Pero Israel no sacrificaría á un hombre idólatra la hija de su soberano, porque Mideo, que debía su elevación al rango de príncipe á la sombra protectora del poder de Marco Antonio, no era ni el esforzado caudillo ni el rey magnífico é invencible que pudiera dar á los judíos libertad ó opresión.

Herodes, al ménos, aunque dominado por el demonio de la soberbia, corrompido con el trato frecuente de los gentiles y nacido en las ásperas montañas de Idumea, rendía al verdadero Dios un culto, algo equívoco en verdad, pero muy parecido al de los israelitas, y extraviado más que por diferencias radicales en las tradiciones piadosas por la necesi-

dad de amoldarse á las supersticiones de los gentiles, cuya amistad y ayuda eran para él indispensables.

Herodes no podia llamarse israelita, pero no era tampoco completamente extranjero en la hermosa tierra de promision.

Así, pues, en este sentido no tenia por qué temer la rivalidad de Mideo.

Faltaba que le negase el corazon lo que al fin le concederia la conveniencia política. Faltaba que Marianna amase á Mideo, siquiera fuese en recompensa de lo mucho que por ella se habia sacrificado.

Herodes no ignoraba cuáles eran estos sacrificios; ni menos que la mujer, amante de todo lo sobrenatural y maravilloso, dotada de una imaginacion ardiente y visionaria, se siente muy inclinada por naturaleza á amar al objeto que más admiracion le inspira, y no puede resistir al prestigio novelesco de un hombre que por ella se ha sacrificado hasta rayar en el heroismo.

En concepto de Herodes, Mideo tenia mucho adelantado en el camino que conducia al corazon de Marianna, si era que ya no lo dominaba por completo.

Bastaba á compensar este recelo, la idea que tenia de que á Mideo le seria imposible competir con él; porque para Hircanio no podia ser dudosa la eleccion entre los dos, y Marianna, cuya voluntad estaba completamente subordinada á la de su padre, se sustraeria con facilidad á la influencia de un instante de fascinacion, para consagrarse al amor del hombre que por vez primera habia despertado en su alma el más dulce de todos los sentimientos.

Esperaba tambien que, favorecido por las circunstancias, le seria fácil desvanecer las sombras que proyectaban sobre



lo que Marianna habia juzgado su felicidad primera; porque si bien podia hallarse bajo el influjo de una alucinacion, la realidad se abre siempre paso al traves de las ilusiones.

No se engañó Herodes en este cálculo. Pocas palabras le bastaron para reconquistar el amor de Marianna.

La jóven habia contraido nuevos compromisos engañada por la ficcion de Mideo, y desde el momento en que quedó convencida de que Herodes no le habia hecho traicion firmando una alianza con la reina de Egipto, porque no habia tenido otro móvil que la razon de estado, como lo demostraban las consecuencias, su corazon, que no deseaba otra cosa que perdonar, volvió á abrirse al amor del hombre que por primera vez se lo habia inspirado.

En los primeros momentos de su amante delirio se olvidó del compromiso solemne que habia contraido con Mideo, y empeñó gustosa á Herodes cuantas promesas de felicidad quiso exigirle para que se desvanecieran sus celos.

Però al cabo se hizo camino la reflexion, y pudo comprender cuán difícil era la situacion en que las circunstancias la habian colocado.

¿Qué contestaria á Mideo cuando viniera á exigirle el cumplimiento de su promesa?

¿Cómo podria ser ingrata con aquel hombre que la amaba tan sinceramente, que tanto se habia sacrificado por ella, que en aquellos momentos exponia su propia vida por salvar la de su padre?

Burlar sus esperanzas, recompensar tanta abnegacion con un desengaño, seria el colmo de la ingratitud.

No, Marianna no se pertenecia; no podia disponer libremente de su corazon; las circunstancias eran muy superiores á su voluntad, y debia aceptar resignada, por doloroso



que fuera, el sacrificio que las circunstancias quisieran imponerle.

Inútilmente le hacia observar Herodes que Mideo con intencion ó sin ella la habia engañado, y que no obliga á nada la promesa que se arranca por medio de un engaño.

Inútilmente traia á su memoria la expresa voluntad de Hircanio tan declarada á su favor.

Inútilmente, por último, le advertia los inconvenientes y obstáculos de su enlace con un hombre que habiendo nacido extranjero y profesando una religion distinta, no seria nunca aceptable para el pueblo judío.

Marianna no necesitaba estas reflexiones, porque todas ellas y otras aun más eficaces, porque partian del sentimiento, se las hacia su propio corazon; pero su voluntad era débil, y no encontraba medio de decidirse en la dura alternativa en que se veia colocada.

Herodes, que no podia comprender aquella vacilacion tan propia de un espíritu pusilánime, tan lógica en la débil naturaleza de una mujer, la interpretó como efecto de un amor profundo que Mideo estaba muy léjos de inspirar.

El carácter violento de Herodes, su ruda naturaleza, la ambicion y el orgullo que dominaban á todos los demas sentimientos de su corazon, le impedian apreciar la extremada delicadeza del alma de Marianna.

Herodes no vió otra cosa que su agrávio, y hubiera tomado de él venganza horrible si su ambicion se lo hubiera permitido.

No podia consentir en ver defraudadas en un instante las esperanzas de toda su vida.

Herodes necesitaba á toda costa reinar en Jerusalem.

Para lograrlo habia solicitado la mano de Marianna, á

quien creyó que podria amar cuando ningun otro hombre le disputaba la dicha de ser su esposo; para lograrlo habia contraido con Cleopatra una alianza tan ridícula como expuesta, aceptando un papel que no cuadraba mucho á su dignidad, y por último, habia sujetado su orgullo para adular á Antonio con el más repugnante servilismo, y tener de su parte las simpatías y el apoyo material de Roma.

Si dejándose arrebatado por los celos renunciaba á sus pretensiones ó cometia la imprudencia de someter la cuestion al éxito dudoso de una batalla, se exponia á perder en un momento los trabajos de su vida entera.

Esto no hubiera detenido á otro hombre de corazon más fecundo en sentimientos; pero Herodes lo tenia de roca: para él era empresa imposible.

Decidió, pues, disimular y aplazar su venganza para ocasion más oportuna, para aquella ocasion en que no pudiera ser obstáculo á sus ambiciosos proyectos.

La suerte vino en su ayuda decidiendo en su favor el pleito pendiente.

El desterrado Hircanio, al poner el pié en tierra extranjera, y dando por perdido su trono con noticias que tuvo de la indiferencia con que Sesto César habia sabido su destronamiento, abdicó la tetrarquía en Herodes con la condicion de que si aceptaba aquella triste herencia habia de unirse en matrimonio con Marianna, sin lo cual no serian válidos sus derechos, ni por consiguiente las pretensiones que pudiera ejercitar como heredero del último tetrarca.

Dos cartas acompañaban al acta de abdicacion: una para Herodes, rogándole que eceptase la herencia tal como se la dejaba, para que su hija tuviese algun amparo en el mundo y la usurpacion no triunfase de la legitimidad; y otra para



Marianna, llena de frases de ternura y de los más amorosos conceptos, diciéndole que sabiendo lo mucho que amaba á Herodes consentia gustoso en su felicidad, y que él tambien se tendria por feliz en el destierro, si ella alguna vez desde el seno de su ventura tenia un solo pensamiento de cariño y de gratitud para su desventurado padre.

Esta determinacion de Hircanio concluyó con todas las dudas que destrozaban el corazon de Marianna: faltando á la promesa que habia empeñado á Mideo por atender á las conveniencias de su pueblo y por obedecer la voluntad expresa de su padre, Marianna quedaba libre de la nota de ingrata é inconsecuente, y las reconvencciones de Mideo no podian llegar hasta ella.

Herodes aceptó el testamento de Hircanio, y recibió con júbilo aparente la noticia de que Marianna se consideraba muy feliz dándole la mano de esposa.

No creyó que la jóven le amaba con sinceridad; tenia muy vivo el recuerdo de las pasadas dudas, y solamente abrigaba dos pensamientos: el de subir al trono de Jerusalem, y el de lograr en momento oportuno la satisfaccion de lo que él suponía su agravio.

Marianna, agitada por muy diversos sentimientos, se hubiera considerado la mujer más feliz de toda la Judea á tener á Hircanio á su lado para que bendijese su ventura en el acto más solemne de cuantos hay en la vida de una mujer.

La felicidad rebosaba de tal manera en el corazon de Marianna, y absorbía hasta tal punto todos sus sentimientos aquel amor galardonado despues de tantas luchas, que no hubo un recuerdo para Mideo el dia en que se celebraron las bodas.



Cuando el gobernador de Idumea se presentó en el castillo de Cafarnaum para dar cuenta de su inútil diligencia y convenir con Herodes el plan que se debería seguir para restaurar el trono de Hircanio, alcanzó los últimos ecos del festin en que se solazaban los nuevos esposos, y vió que su odiado rival se disponia á combatir contra Antígono en defensa de su propio derecho.

Imposible seria describir con exactos colores la desesperacion de Mideo. Si en aquel momento terrible hubiera podido penetrar en el porvenir, quizás habria sentido una bárbara complacencia en ver el desenlace que se preparaba en el drama de su desdicha.

## CAPÍTULO VII.

### EL TRIUNFO.

Tan luégo como Herodes se vió dueño de la mano de Marianna, tomó el título de tetrarca de Judea y mandó leer con toda solemnidad y al son de trompetas y timbales el acta de abdicacion que le habia enviado Hircanio.

Para asegurar aquel poder que aunque apoyado en un derecho legítimo era completamente ilusorio, creyó que seria prudente cimentarlo en el apoyo de Roma, y al efecto despachó embajadores á Antonio encargados de solicitarlo y de darle todas las seguridades posibles de que el imperio tendria en él constantemente el más fiel y decidido aliado.

Antonio, que por una parte habia llevado muy á mal que Antígono se hubiera atrevido á destronar á Hircanio sin contar con la aquiescencia de Roma, sólo esperaba una oportunidad favorable para intervenir en los negocios de Judea y castigar aquella especie de ultraje que el usurpador habia hecho á su autoridad omnímota.

Por otra parte, aun no estaba tranquilo respecto á la fidelidad de Cleopatra y á los ulteriores proyectos que Herodes pudiera abrigar en su alianza con la reina de Egipto. No

se atrevia á dudar de una manera absoluta, y ménos á manifestar su desconfianza, porque ofendia á su amor propio la idea de aparecer á los ojos del mundo, él, el invencible romano, el señor absoluto del Oriente, el personaje más poderoso del imperio, contrariado en una intriga amorosa y como llevando la peor parte por el influjo del oscuro gobernador de Galilea, cuya fuerza, cuyo poder y cuya gloria no eran más que reflejos de los que en él resplandecian.

Todo lo que pudiera contribuir á alejar á Herodes de Cleopatra y á desacreditarle en su concepto, podia contar anticipadamente con las simpatías de Antonio.

Los embajadores del nuevo tetrarca de Jerusalem fueron muy bien recibidos por el triunviro. Antonio les dió audiencia estando presente Cleopatra, no sólo porque ya acostumbraba á honrar á aquella mujer en todos los actos públicos como si fuera su esposa legítima, sino tambien para que fuese testigo de aquella prueba de sumision y de olvido de lo pasado que tan espontáneamente le daba Herodes.

Quería ademas que Cleopatra se convenciese por sí misma de que la ambicion era el único móvil que impulsaba á Herodes, y de que se habia olvidado completamente de ella tan luégo como encontró un camino más corto y seguro para la realizacion de sus proyectos.

Cleopatra comprendió las intenciones de Antonio; admiró toda la pequeñez que á veces encierra el corazon de un grande hombre, y como le convenia acabar de tranquilizar á Antonio, y en ello no disimulaba, asistió con indiferencia á la entrevista de los embajadores, y les ofreció por su parte que si Herodes estaba falto de recursos para emprender la guerra civil y asegurarse del trono de Jerusalem, ella,



contando con la licencia del triunviro, abriría sus tesoros y pondría á su disposición lo mejor de su ejército.

Aquellos ofrecimientos, hechos en favor de una empresa tan contraria al pacto que anteriormente habían celebrado Herodes y Cleopatra, acabaron de tranquilizar á Antonio.

— Volveos á vuestro señor, dijo á los embajadores, y llevadle la seguridad de que en todo tiempo contará con mi amistad y protección mientras sea digno de obtenerlas. Yo le reconozco desde ahora como tetrarca de Jerusalem; y si me lo permitiesen las atenciones que me rodean iría á darle por mi mano la investidura en la misma ciudad de Jerusalem. Bríndadle con la ayuda y los tesoros de Roma; y porque veais que son sinceros mis ofrecimientos, decidle que tras vosotros le envío dos legiones romanas para que combatan á sus órdenes, y mando al pretor de Jerusalem que retirando todo su apoyo á Antígono, ó permanezca neutral en la lucha, ó se incline en contra del usurpador.

Con tan buenas nuevas partieron los embajadores. Herodes no quedó sorprendido porque ya las esperaba, y seguro de que su empresa no había de desagradar á Antonio, había hecho los preparativos necesarios para invadir en son de guerra la Judea.

Antígono no estaba preparado para sostener la lucha. Necesitaba emplear lo mejor de sus fuerzas en someter á los partidarios de Hircanio, que combatían con la desesperación propia de hombres que tenían que conservar sus vidas y sus intereses.

Judea había vuelto del profundo estupor que le causara el inconcebible atrevimiento de Antígono. Los intereses creados á la sombra de la dinastía que tan violentamente acababa de derribar el usurpador, buscaron su defensa; mu-

chos de los que habian apoyado la conspiracion de Antígono, se manifestaban recelosos de un cambio de fortuna, y procuraban conciliarse el afecto de los vencidos haciéndoles creer que habian sido engañados, y que estaban dispuestos á enmendar su error, espantados con las consecuencias que preveían.

Por su parte Antígono, que tenia noticia de este doble juego y no podia hacerse ilusiones respecto á la fidelidad de la inmensa mayoría de sus vasallos, se lanzó desesperadamente en la senda que todos los tiranos siguen, y creyó asegurar su trono derribando á centenares las cabezas de los descontentos y sospechosos.

Un grito de indignacion resonó en toda Judea. Las más violentas y procaces amenazas resonaban diariamente alrededor de Antígono, y los habitantes de Jerusalem, despreciando la vigilancia que en todas partes ejercian los sicarios del usurpador, tuvieron la audacia de leer en la plaza pública el testamento de Hircanio, y fijar pasquines en los cuales se amenazaba á Antígono con la muerte si no se apresuraba á restituir el trono que habia ocupado por medio de la traicion.

Comprendiendo Antígono toda la importancia de aquellas manifestaciones populares, el peligro que corria, y la necesidad en que estaba de acudir prontamente á su remedio, pidió auxilio al pretor romano; pero Sesto César, que ya habia recibido instrucciones de Antonio, le contestó que el interes de Roma no le consentia mezclarse en las contiendas de los judíos, y que por mucha que fuera la osadía del populacho tendria que presenciarse como testigo impasible, y sin que la demostracion más leve pudiera argüir simpatía en favor de ninguna de las partes.

Esta respuesta de todo punto inesperada, acabó de desconcertar á Antígono, persuadiéndole de que Roma veria con gusto su perdicion.

No ignoraba que Herodes, á ciencia y paciencia de los romanos, procuraba hacer valer sus derechos, y que hasta era favorecido por las autoridades extranjeras en los actos de guerra que habia consumado en la tierra de Judá.

Resuelto á salir de una vez de aquella situacion angustiosa, y con noticias que tuvo de que Herodes al frente de su ejército avanzaba hácia Jerusalem con el propósito de sitiarse la ciudad, Antígono determinó salirle al encuentro, para que de una sola batalla decidiesen las armas la contienda. Era el partido más prudente que podia tomar. En caso de perder, le quedaba en campo descubierto la esperanza de buscar la salvacion en la fuga; si se encerraba en Jerusalem, los fuertes muros de la ciudad acaso no bastarian para su defensa, porque sus mismos vasallos, que tan disgustados se manifestaban del nuevo señor, abririan las puertas á su enemigo y le entregarian la ciudad juntamente con su cabeza.

Antígono reunió, pues, los combatientes de cuya fidelidad estaba seguro, y se aprestó á lidiar con todo el esfuerzo de la desesperacion; más apenas habia perdido de vista los imponentes muros de Jerusalem, le dieron noticia sus espías de que avanzaban á las órdenes de Herodes dos legiones romanas.

Antígono oyó esta nueva como si fuera su sentencia de muerte. Quizas hubiera podido triunfar del horror en que le tenia su pueblo, y de la imponente rivalidad de Herodes; pero intentar la lucha con el poder de Roma que ayudaba á su contrario, era acometer una empresa insensata.



Convencido de que ya le era imposible sostener por más tiempo aquella irrisible comedia, en que se habia apropiado el papel de rey, intentó la fuga á favor de la oscuridad de la noche.

Este pensamiento encontró viva oposicion de parte de sus generales, que intentaron hacerle comprender la necesidad que le imponia el honor de arriesgar á lo ménos una batalla, y en ella alcanzar el triunfo ó morir como bueno.

Antígono no se atrevió á contradecirles, pero continuó alimentando secretamente sus proyectos de fuga.

Parece que el genio del mal se complace en descubrir estos secretos, con tanta mayor rapidez cuanto más interesa guardarlos.

Antígono no habia comunicado sus proyectos más que á tres ó cuatro de sus amigos íntimos, y sin embargo, en todo el campamento cundió la voz de que el rey los abandonaba á merced del enemigo, y huiria cobardemente aquella misma noche.

Indignados los combatientes con proceder tan infame, se declararon en rebelion pidiendo á voces la cabeza del traidor que les engañaba, y asaltaron la tienda de Antígono arrollando los guardias, que inútilmente procuraron oponer resistencia.

Era ya tarde: Antígono habia ya desaparecido, dejando en su lugar, para engañar más bien á los soldados, á uno de sus esclavos vestido con su traje y cubierto con su férreo casco. Aquel infeliz pagó con la vida la última prueba de lealtad que habia dado á su señor.

Viéndose los soldados sin caudillo, proclamaron á Herodes por tetrarca de Jerusalem, y le enviaron una diputacion para que en su nombre le ofreciera vasallaje.

Entretanto, Antígono caminaba á la ventura sin un amigo en quien confiar, y temiendo á cada instante ser presa de sus propios soldados, que indudablemente le seguirían.

No le engañaba el temor. Tan luégo como fué pública su fuga, salieron á perseguirle en todas direcciones diferentes partidas de los soldados que momentos ántes le habían reconocido como caudillo, y que temerosos del castigo si el rey llegaba á alguna ciudad que se le mantuviese fiel, querían imposibilitarle de obtener el más insignificante recurso, ínterin llegaba Herodes con su ejército, ó ellos se le incorporaban.

Pero Antígono no se atrevía á penetrar en poblado, porque donde quiera creía encontrar la traición; y manteniéndose errante por extraviados caminos, se encontró al fin rodeado por una de las partidas que le perseguían.

Los soldados le intimaron la rendición, y fué tal la sorpresa, que no le dejó espacio para defenderse. Vióse pues precisado á rendir la espada.

En el mismo momento en que uno de aquellos hombres levantaba el puñal para herirle, se oyó cercano un estrépito de caballos que avanzaban en aquella dirección, y gritó una voz de trueno:

— Detente, miserable, y respeta la vida de tu rey si quieres conservar la tuya. Ese hombre es mi prisionero y yo lo reclamo.

Era Herodes, que seguido de su escolta y noticioso del lugar por donde vagaba Antígono, se dirigía á su encuentro con ánimo de aprisionarle.

Viendo Antígono que su contrario le libraba de una muerte segura, creyó que podía confiarse á su clemencia, y acercándose á él y besándole la orla del manto, le dijo:

— La suerte ha sido próspera para tí, y yo me someto á su fallo. Tu prisionero soy, y puedes hacer de mí lo que más cuadre á tu voluntad; sólo te suplico que la consideracion de mi desgracia te sirva para moderar tu triunfo.

— No tienes derecho, contestó Herodes, para implorar el respeto debido á una dignidad que ni en la desgracia ni en la fortuna ha sido honrada por tí. No soy yo solo quien ha de decidir tu suerte. Tus propios soldados te acusan, y la cobardía es delito imperdonable en un guerrero.

Antígono quiso replicar, pero un ademan imperioso de Herodes le impuso silencio.

El vencedor exclamó volviéndose á sus soldados:

— Asegurad á ese hombre, cuya presencia ha de servir para solemnizar mi entrada en Jerusalem.

Pocos dias despues, Herodes entraba en la ciudad con todo el aparato ostentoso propio de un vencedor romano, y Antígono, atado al carro de la victoria, se arrastraba como un esclavo al pié de las gradas de aquel trono á que habia subido por medio de la traicion y de la sorpresa.

El pueblo, ansioso siempre de nuevas emociones, recibió con gritos de júbilo al vencedor, y con los más groseros insultos al vencido.

No sospechaba entónces que sólo lograba cambiar el nombre del tirano; que de Antígono, conspirador vulgar y soldado sin esfuerzo, se habia deshecho fácilmente; pero que Herodes, político profundo, esforzado caudillo y hombre dotado de una voluntad de hierro, llegaria á oprimirlo tanto con el yugo de la tiranía, que la misma muerte habia de parecerle preferible á su servidumbre.

Tan luégo como Herodes se vió sentado en el trono de Jerusalem, despachó un correo á Antonio anunciándole su



triufo y poniendo á su disposicion al regio prisionero, para que fuese árbitro de su suerte.

Antonio, siguiendo la política que se habia trazado de no concitar odios contra Roma, contestó á Herodes que si bien le habia ayudado en la empresa por el deseo de manifestarle su particular aprecio, no consideraba prudente seguir interviniendo en los negocios particulares de Judea, y renunciaba el arbitraje que le proponia, dejándole en libertad para que hiciera de Antígono lo que creyera más conveniente á los intereses del pueblo que acababa de recibirlo como soberano.

Herodes ya tenia adivinada esta contestacion, pero queria obtenerla para poder disculpar con ella hasta cierto punto la conducta que se proponia seguir con Antígono.

Harto comprendia que no era político ni prudente manchar su triufo y su fortuna con la sangre del vencido; pero procuró hábilmente concitar contra él los odios populares, y tanto lo consiguó, que la canalla se agrupaba en derredor de la prision donde gemia Antígono prorumpiendo sin cesar en gritos amenazadores, y desde allí pasaba al palacio del nuevo tetrarca pidiendo enfurecido la cabeza del traidor.

Miéntas tanto Herodes, valiéndose de sus más íntimos amigos, hacia que contra Antígono se levantasen las más terribles acusaciones, ajenas de todo punto á la política, para persuadir á toda Judea, y muy particularmente á Roma, de que aunque hubiera querido perdonarle el delito de haber destronado á Hircanio, bien á su pesar tenia que castigarle por otros altamente ofensivos á la moral y á la vindicta pública, y que habian llenado de indignacion al pueblo judío.

Conducida hábilmente esta odiosa intriga, no tardó en producir sus naturales resultados.

El pueblo, que tiene toda la inconsecuencia y toda la credulidad de un niño, secundó admirablemente los propósitos de Herodes, y el nuevo tetrarca vió colmados sus deseos al recibir una diputacion que, amontonando acusaciones capitales sobre la frente de Antígono, le pedia que la justicia no quedase burlada y que fuese sometido el acusado á un tribunal de ancianos para que ante él respondiera de sus enormes crímenes.

Herodes fingió que necesitaba hacerse mucha violencia para acceder á lo que se le pedia, y se dejó rogar porfiadamente ántes de dar su consentimiento.

Antígono fué acusado de diferentes crímenes, los cuales estaban todos castigados en la ley hebrea con la pena de muerte.

El tribunal de ancianos le reconoció culpable de todos ellos, y pidió al tetrarca que sin consideracion á la gerarquía del acusado hiciera cumplir la ley, en justo castigo del escándalo y los males que á la república habia causado aquel hombre con sus enormidades.

No eran imaginarios los crímenes que se imputaban á Antígono; ¿pero necesitaremos decir que el tribunal que le juzgó estaba compuesto de parciales de Herodes, de esos seres abyectos que abundan en toda sociedad y que son serviles aduladores del poder, siempre dispuestos á la traicion y al dolo en el momento en que ven vacilar al hombre que lo representa y ejerce?

Herodes, afectando gran repugnancia, se conformó con el parecer del tribunal, y firmó la sentencia de muerte contra Antígono.

Entónces presenció Judea un espectáculo nunca visto en ninguna nacion, incluso los pueblos más bárbaros.

Antígono fué decapitado en la plaza pública como un delincuente vulgar.

El pueblo, que habia preparado aquella catástrofe, no pudo dispensarse de ver con horror que la sangre de un rey corria por las gradas del cadalso.

Los hombres prudentes recibieron una leccion terrible. ¿Qué no podia esperarse de la crueldad de Herodes, que habia dejado al verdugo desempeñar su odiosa mision en la persona de un rey?

¿Qué cabeza podria considerarse segura en toda Judea, por noble y elevada que fuese, si habia rodado en la plaza pública la de un monarca?

Verdad que Antígono era un usurpador, y que sus crímenes le habian hecho odioso al pueblo; pero al fin corria por sus venas sangre real, y la dignidad régia habia sido hollada en el hecho de haberle condenado á un suplicio reservado á los criminales vulgares.

Los temores de los varones prudentes de Israel no fueron infundados; el tiempo los justificó: la ejecucion de Antígono no fué más que el principio de aquella serie de horrores con que la tiranía del idumeo habia de hacer mayores y más sombrías las desdichas que ya pesaban sobre el triste pueblo de Judá.

Herodes, aunque muy satisfecho por verse libre de un enemigo que andando el tiempo podria suscitarle embarazos en la gobernacion del pueblo judío, quiso echar sobre Antonio la responsabilidad de la muerte de Antígono.

Los hebreos siempre le acusaron de este crimen, que nunca se atrévieron á imputar á Roma; en Roma, por el con-



trario, se dió fácil asenso á las malévolas indicaciones de Herodes, y la decapitacion de aquel rey fué uno de los argumentos de que se valieron los enemigos de Marco Antonio para ir preparando su ruina, miéntras el triunviro descuidaba su defensa adormecido con los filtros encantadores de Cleopatra.

---

## CAPÍTULO VIII.

---

### ILUSIONES DESVANECIDAS.

Cuando Mideo tuvo noticia de la abdicacion de Hircanio, se apresuró á trasladarse al castillo de Cafarnaum, proponiéndose llegar ántes de que se hubiera cumplido la voluntad del destronado tetrarca.

Estaba muy léjos de sospechar que Marianna hubiese dado al olvido la palabra solemne que le habia empeñado; pero sabia tambien que la mujer hebrea, ni por la ley ni por la costumbre, podia ser dueña de su voluntad, y no se le ocultaba que, aun en el caso inverosímil de que la hija de Hircanio tuviese bastante energía para sobreponerse á la costumbre y á la ley, habia de ceder necesariamente á la presion natural de las difíciles circunstancias en que se veia colocada.

Siguiendo el derrotero de Hircanio, se habia alejado tanto de Cafarnaum, que tuvo que invertir algunos dias en llegar á aquel sitio para donde le habia dado cita Herodes.

Cuando se presentó con su ejército delante de las murallas del castillo era ya demasiado tarde. Marianna, cediendo á la voluntad de su padre, á los intereses de su pueblo,

y más que nada á las inclinaciones de su corazón, habia entregado su mano á Herodes. Este, proclamado tetrarca de Jerusalem, habia salido en persecucion de Antígono para destrozarle.

Imposible seria dar una idea exacta de la desesperacion de Mideo.

En un momento veia derrumbarse aquel alcázar magnífico levantado por su fantasía á costa de tanto amor, de tantos sacrificios, de tantos cálculos y de tanta perseverancia.

Habia consagrado todas sus facultades al logro de una idea, y cuando la fortuna le habia sido propicia, cuando habia logrado reunir fuerzas superiores á las de un hombre, cuando habia salido de su condicion oscura, abandonado su pasion dominante por la paz de la ciencia, y ceñídose á su frente la diadema real para hacerse digno de poseer el único objeto de su ambicion, al ir á tocarlo, todo se desvaneci6 como un sueño, perdiendo totalmente la esperanza de realizar la felicidad que ambicionaba.





## LIBRO QUINTO.

### LA CAIDA DE ANTONIO.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### LA DEMENCIA DEL ORGULLO Y LA DEMENCIA DEL AMOR.

La funesta pasión que Cleopatra inspiraba á Antonio iba cada dia en aumento, y ya rayaba en los más extravagantes límites de la locura.

A los ricos presentes que le había hecho añadió otros nó ménos fastuosos que acabaron de énajenarle las simpatías de los romanos.

No satisfecho aun con aquellos tan frecuentes y tan costosos alardes de disolucion y de magnificencia, se dejó embriagar por el orgullo, y buscó sus delicias en escenas que, segun la enérgica frase de Plutarco, «solamente eran propias de un rey de teatro».

Para colmo de imprudencia, parecía que todas aquellas acciones estaban inspiradas por un odio secreto contra los romanos. Habian llegado á sus oidos las murmuraciones que su insensata conducta levantaba en Roma, y queria desafiar el furor del pueblo, demostrándole de una manera

evidente el profundo desprecio con que escuchaba todas sus quejas.

Para aumentar la solemnidad de este nuevo alarde de incontestable poder, ó si se quiere de este nuevo insulto, reunió en el gimnasio de Alejandría la flor de los guerreros y de la nobleza de todos los pueblos de Oriente que eran tributarios de Roma.

En el centro de aquel lugar, y sobre gradas de plata, mandó levantar dos tronos de oro, uno para él y otro para la reina de Egipto.

En seguida, con las más ostentosas solemnidades, proclamó á Cleopatra soberana de aquel reino, de Chipre, Africa y Celesiria, y le dió por colega á Cesarion, que en concepto del vulgo era hijo de aquella mujer disoluta y de Cayo Julio César.

Cumplida esta ceremonia, dió tambien título de reyes á los hijos que habia tenido de Cleopatra, extendiendo la autoridad de Alejandro sobre Armenia, Media y el reino de los parthos, y la de Ptoloméo sobre Fenicia, Siria y Silicia.

Una vez coronados, los presentó al pueblo para que los aclamara, y les hizo vestir á cada uno el traje correspondiente á su dignidad, segun el uso de los pueblos que iban á regirlos.

Para colmo de ostentacion y de orgullo, Cleopatra no volvió á presentarse en público sino con traje de diosa, y daba audiencia á su pueblo bajo el nombre de *la nueva Isis*.

No tardó en llegar á Roma la noticia de aquellos pueriles devaneos, considerados como otros tantos insultos á un pueblo que tenia en horror el título de *rey*, por más que dóblase el cuello bajo el peso de la más odiosa tiranía.

César, á quien ya molestaba la compañía de Antonio en



el gobierno de los vastos dominios de la república, decidió aprovechar la oportunidad que se le ofrecía para consumir la ruina de aquel rival insolente.

Con este objeto, lejos de calmar las pasiones populares, atizaba incesantemente en su contra el odio de las asambleas, y dió cuenta al senado de las disipaciones á que vivía entregado el triunviro.

Antonio por su parte no se descuidaba, y envió á Roma amigos decididos que formularsen en su nombre enérgicas acusaciones contra Octavio.

Reconveníale en primer lugar por haber despojado al jóven Pompeyo de la provincia de Sicilia, sin darle á él la parte que de aquel despojo le correspondía, ni devolverle las naves que le habia prestado para aquella empresa.

Tambien le echaba en cara que habiendo despojado á Lépido de cuantos gobiernos tenia, reduciéndole al estado de simple particular, retuvo para sí el ejército, las provincias y las rentas que se habian señalado á aquel triunviro.

Por último, acusaba á Augusto de haber repartido entre sus soldados casi toda la Italia, sin reservar ni un palmo de terreno para los de Antonio.

César se defendió enérgicamente de estas acusaciones, diciendo que Lépido habia abusado criminalmente de su poder; que estaba pronto á compartir con Antonio las provincias que habia conquistado tan luégo como éste partiese con él la Armenia; y que los soldados del ejército de Oriente no tenían derecho alguno sobre Italia, puesto que poseían la Media y el país de los parthos, conquistados para el imperio, combatiendo denodadamente á las órdenes de su general.

Estas mútuas reconvenções no dieron otro resultado

que dividir más y más á aquellos monopolizadores de la república.

Octavio lo confiaba todo al tiempo, confiando en que ganaria para sí el prestigio que su rival perdía. Antonio, por el contrario, más violento de carácter, y más irritable por naturaleza, no vaciló en confiarlo todo al éxito de las armas.

Indignado con la conducta de César, dió orden á Canidio, uno de los generales en quien tenía más confianza, para que al frente de sus diez y seis legiones se dirigiese al mar, en cuyas playas debía esperarle. En seguida se encaminó á Efeso en union de Cleopatra. Allí habian reunido sus agentes una flota de cerca de ochocientas naves.

La reina de Egipto habia suministrado para atender á los gastos de la guerra civil doscientos de estos buques y una suma de veinte mil talentos, que forman unos cuatrocientos millones de nuestra moneda.

A fin de encontrarse más desembarazado para emprender la persecucion de los generales de César, quiso que Cleopatra regresase á Egipto, donde esperaria el resultado de la guerra; pero temiendo la reina que si dejaba de influir un momento en el corazon de Antonio, Octavia le reconciliaria otra vez con su hermano, intrigó con los amigos de su amante para persuadirle de que no era justo alejar del teatro de la guerra á una mujer que habia suministrado tan importantes recursos. Añadian los dóciles instrumentos de Cleopatra y serviles aduladores de Antonio, que aquella determinacion podia ser fatal para sus intereses, porque la partida de la reina desanimaria á los egipcios, que constituian la principal fuerza de la armada.

Estas pérfidas insinuaciones vencieron la oposicion de Antonio, y precipitaron su ruina.



Para colmo de la indignacion de Augusto, sucedió que dos varones consulares llamados Titio y Planeo, amigos de Antonio, viéndose maltratados por Cleopatra, por la única razon de haberse opuesto á que siguiese al ejército como ella deseaba, huyeron á Roma y revelaron á César las disposiciones que contenia el testamento de Antonio, depositado en poder de las vestales.

César lo mandó sacar de este sagrado; pero las vestales, cumpliendo con su deber, le dijeron que si lo queria habia de ir á recogerlo él mismo.

César lo hizo así, y reuniendo el senado lo leyó en público, haciendo fijar la atencion del pueblo sobre la cláusula en que Antonio disponia que su cuerpo, caso de que muriese en Roma, fuese paseado con gran pompa por el foro, y despues trasportado á Alejandria como último presente que destinaba á Cleopatra<sup>1</sup>.

Entretanto Octavia, más que como enamorada como mujer prudente y celosa de sus sagradas obligaciones, viendo que el resultado de la guerra necesariamente habia de serle fatal, porque entre su marido y su hermano siempre la pérdida era segura para ella, manifestó deseos de ir al encuentro de Antonio para procurar una avenencia amistosa.

César, que no estaba prevenido para resistir, consintió en ello, más bien con objeto de entorpecer la accion de Antonio, que por afan de satisfacer los deseos de su hermana.

Abrigaba la doble esperanza de que, miéntras durasen las negociaciones, tendria tiempo bastante para que Anto-

<sup>1</sup> Plutarco, *Vidas de hombres ilustres*.



nio le cogiese prevenido, y de que, siendo desairada Octavia, tendria un motivo más para justificar la guerra.

Al llegar Octavia á Aténas, encontró una misiva de Antonio, en la cual le prevenia que inmediatamente se volviese á Italia.

Esta desdeñosa repulsa hirió profundamente el amor propio de Octavia, que ya no pudo sufrir por más tiempo la supremacía de una mujer tan indigna de respeto como lo era Cleopatra.

Decidida á poner término de una vez á su angustiosa situacion, contestó al mensajero que estaba pronta á obedecer las órdenes de su marido; pero sin comunicar sus planes á más personas que á un anciano confidente en quien tenia depositada su confianza, partió en secreto y disfrazada á la ciudad en que residia Antonio.

Cleopatra, que temia por momentos que Antonio no pudiese resistir, si echaba en la balanza las virtudes y la nobleza de carácter de Octavia, se decidió á asegurar el corazon de aquel hombre por medio de un golpe decisivo.

Manifestó á Antonio los temores que abrigaba, y léjos de parecer tranquila con las seguridades que éste le ofrecia, fingió que el peligro de perderle habia exacerbado su passion, y extenuó su cuerpo reduciendo el alimento diario.

Cuantas veces Antonio iba á visitarla, la veia con los ojos extraviados, lánguidos y casi moribundos. Tenia su prurito en que todos la viesén llorando; pero tan luégo como sentia los pasos de Antonio, fingia que se apresuraba á enjugar sus lágrimas para ocultarle el dolor que á tal extremo de postracion le habia reducido.

Los aduladores de Antonio le agobiaban con reconvencciones para hacerse recomendables á los ojos de Cleopatra.

Decíanle que su corazón era de piedra, y le acusaban de estar matando á fuerza de dolores á una mujer que sólo vivía de su amor.

— Octavia, le decían, que no está unida contigo sino porque así convenia á los intereses de su hermano, goza de todos los derechos y consideraciones propios del título de esposa, miéntras que Cleopatra, reina de tantos pueblos, la llaman todos la manceba de Antonio: sin embargo, no rechaza este nombre, y no se cree deshonrada pudiendo gozar de tu presencia y vivir contigo; pero si la abandonas, no sobrevivirá á su desgracia <sup>1</sup>.

Estas razones acabaron con la poca energía de Antonio, que, temiendo por la vida de la reina, volvió inmediatamente á Alejandría.

Hasta allí le siguió Octavia, resuelta á intentar el último esfuerzo para apartarle del abismo en que le veía caer.

Al llegar á la capital de Egipto, dudó la noble matrona de si debía visitar primero á Antonio ó á Cleopatra. Convencida de que por los medios legítimos no adelantaria nada, se decidió á emplear la astucia, aunque chocaba abiertamente con la nobleza y lealtad de su carácter.

Siguiendo los consejos del confidente que la acompañaba, se dirigió al palacio de la reina, ocultando su nombre y haciéndose pasar por una ilustre matrona siciliana, viuda de un jefe de legion muerto en el campo de batalla en defensa del jóven Pompeyo, y agraviada de César, cuya ambicion era el origen de su viudez y de su desgracia.

Para que Cleopatra no se negase á recibirla, le anunció que podia serle muy útil á Antonio en la guerra que tenia

<sup>1</sup> Plutarco, obra citada.



proyectada, pues ella poseía el medio de apoderarse de Sicilia con muy poco derramamiento de sangre.

Cleopatra recibió con júbilo el anuncio de esta visita que le proporcionaba la ocasión de prestar á Antonio un importante servicio, y de añadir otra prueba de amor á las muchas que fingía darle á cada momento.

Necesitó Octavia de toda su presencia de ánimo, y recordar la necesidad imperiosa en que se hallaba de destruir radicalmente la influencia de aquella mujer, para no prescindir de todas las conveniencias, y manifestarle de una manera harto elocuente todo el desprecio que le inspiraba.

En efecto, no podía ser más violenta la situación de aquella honrada esposa que, disfrazándose como un criminal, arrostrando un sinnúmero de peligros en países extranjeros y poco ménos que salvajes, iba á reclamar sus derechos á una concubina que se los usurpaba con detrimento de su reposo, en mengua del buen nombre de su marido, y con daño evidente de su patria.

Con el triple carácter de esposa, de madre y de matrona romana, comparecía Octavia en presencia de la reina de Egipto.

¿Qué era Cleopatra á su lado? La mujer envilecida que roba el bien ajeno y desprecia la infamia de que se cubre. Una sola palabra de la esposa legítima podía hundir en el polvo la frente de la orgullosa manceba.

Y sin embargo, Octavia temblaba, no seguramente de miedo, sino por el efecto de esa repugnancia que el vicio inspira siempre á la virtud.

Creyendo Cleopatra que el silencio de aquella mujer sería efecto del respeto y de la turbación que le causaba su presencia, le dijo:



— Tranquilízate: la reina de Egipto consiente en escucharte con benignidad. Eres extranjera y viuda, me parece desgraciada, y esa recomendación basta para que sea benévola contigo.

Octavia dominó el despecho que le causaron las palabras de Cleopatra, y procurando aparecer serena y no abandonar su actitud respetuosa, única que le convenia en aquel momento para no despertar las sospechas de Cleopatra, le contestó:

— Perdona, nueva Isis, si me has visto turbada en tu presencia. No debe causarte admiración, pues tú eres quien eres, y yo una mujer desvalida en el mundo; tú estás en el pináculo de la felicidad, y yo en el abismo de la desgracia; pero iré recobrando el espíritu, te lo juro por los dioses, que la desgracia no merecida no debe abatir la frente, de la misma manera que la dicha criminal debiera tener inquietos á los corazones que la gozan.

— ¿Qué quieres decir? Preguntó Cleopatra sorprendida por el acento particular que aquella mujer había impreso á sus palabras.

— Nada, señora, más que lo que digo, respondió Octavia sin dejar el tono irónico que había adoptado desde el primer momento. No hay desgracia que no sea fundamento de felicidad para otros, y yo que considero injusta la mía, tengo que acusar á aquellos que me la han dado á conocer.

— Hay en cuanto dices un fondo de ironía...

— Te engañas, señora; dirás más bien de amargura. Antes me daban sus fórmulas para expresarme el dolor y la desesperación; el llanto corrió estéril por mis mejillas; los ecos de mis súplicas chocaron contra corazones empedernidos. Rogué, y nadie tuvo sensibilidad para mí; apelé á la

razon, y la razon fué desoida; recurrí á las amenazas, y mi voz se perdió como en un desierto. Si hay en mi acento ironía, es contra mi propio infortunio, no contra tí, la más poderosa de las reinas, la más amante y más amada de las mujeres.

— ¿Tan poderosos son tus enemigos?

— Tanto como tú misma.

— ¿No eres viuda de un jefe de legion?

— Seguramente.

— ¿No tienes en Roma parientes que puedan vengarte?

— Sí los tengo; pero no están en Roma mis enemigos.

— ¿No ha sido César la causa de tu infortunio?

— Lo fué, pero sin conciencia de lo que hacia; quien me ha robado mi felicidad es una mujer.

— Te entiendo: alguna rivalidad amorosa...

— Precisamente.

— ¿Y qué tenemos que ver nosotros con esas pequeñas miserias?

— ¡Nosotros has dicho! Habrás querido decir Antonio y tú.

— Lo has adivinado: nada se hace en Oriente sin que ambas voluntades caminen unidas.

— Es Antonio muy galante, y por cierto que le honra sobremanera haber aceptado de tu hermosura la esclavitud. El hombre que ha vencido en tantas batallas, el pecho generoso y audaz para cuya ambicion es pequeño un mundo, no podia estar mejor empleado que depositando todas sus glorias y rindiendo todo su orgullo á las plantas de una mujer como tú. ¡Oh! No sabe Roma lo que se dice cuando censura la conducta de Antonio, con aquel espíritu intransigente que tan bien parecia en los tiempos pasados, que tan ri-



dículo es hoy, que los más altivos heroes ponen en manos de una mujer como tú los destinos del imperio, su propia honra y su propia vida. La mujer que dió filtros encantadores al gran Pompeyo, que subyugó la voluntad de César, no podia tener empleo más digno que Marco Antonio.

La amarga ironía que envenenaba las palabras de Octavia se manifestó tan evidente en esta contestacion, que Cleopatra hizo bien en tomarla por un insulto. La ira le abrasó el pecho y le encendió el semblante; pero admirada de tanta osadía no supó qué réplicar y sólo balbuceó algunas palabras ininteligibles. Octavia aparentó que no se habia apercebido de la turbacion de la reina, y continuó diciendo con un tono de serenidad y aparente sencillez que contrastaba enérgicamente con el que ántes habia empleado, y que sólo servia para agravar el insulto:

— Pero realmente, el apoyo que necesito es el tuyo, y ese es el que vengo á implorar. Antonio, cuando no está fascinado por el encanto irresistible de tu palabra, no entiende otro idioma que el de los campamentos; su corazon es duro como el acero de que se reviste su pecho al entrar en la batalla, y á quien está acostumbrado á oír con indiferencia el clamor de los vencidos y el ¡ay! penetrante de los moribundos, no puede llegar la voz de una mujer enamorada á quien sólo inspiran los celos. Tú, que eres tierna y sensible como la imágen misma del amor, virtud que has demostrado en tantas y tan opuestas ocasiones; tú, que conoces todos los grados por que pasa ese sentimiento dulcísimo, fuente eterna y exclusiva de la vida, desde que nace al soplo del deseo hasta que muere helado por la indiferencia, tú me sabrás comprender, y á tí puedo contarte mi lamentable historia.



El tono de ingenuidad con que acababa de expresarse Octavia, lo inverosímil que era que prodigase insultos á quien venia á demandar clemencia, y sobre todo, la seguridad en que estaba de que nada tenia de comun con aquella mujer, hicieron sospechar á Cleopatra que estaria loca, y dominando el enojo que le habia causado, le dijo con amabilidad:

— Sin duda que esas historias de amores, por extrañas que sean, encuentran siempre simpatías en el corazon de una mujer. Refiéreme la tuya, pero sé breve; el tiempo urge y no puedo desperdiciarlo.

— Te estará esperando Antonio y no querrás que te roben los momentos de tu felicidad. Es muy justo: escucha, pues, y no distraigas tu atencion, que es la historia más interesante de lo que esperas.

Ya he dicho que mis enemigos son poderosos, que no están en Roma, y que se creen á cubierto de mi venganza; pero como no hay imposibles para una mujer celosa, yo sabré subir hasta su altura y seguirles á donde quiera que se encuentren. Aunque la misma dignidad régia los amparara, subiria con planta segura las gradas de su trono para afrentarlos y escarnecerlos á la faz de su pueblo, del mundo, que como yo los desprecia y acaso los maldice. La razon es tal, que deja oirse en todas partes, y por ella son grandes los más pequeños. Supongamos que entre todos mis enemigos el más implacable es una mujer, y que esta mujer se sienta en un trono. ¿Qué puede importarme? Si ella es quien me roba una felicidad que legítimamente me pertenece, yo, la mujer honrada, yo, la dueña legítima de su tesoro, aunque esté condenada al olvido, á la indiferencia de un esposo criminal y disoluto, ¿no puedo acusarla de

adulterio y hacer que su altiva frente se confunda en el polvo que pisan mis plantas? Pero ahora no se trata de eso, que yo sabré confundir y humillar á la mujer adúltera: empieza mi historia.

Cada vez eran mayores las confusiones que la conducta de aquella desconocida causaba á Cleopatra, y su convencimiento de que estaba loca chocaba abiertamente con el instinto que le advertia de que aquellos terribles cargos iban dirigidos á ella. Para triunfar en lo posible de esta vacilacion, la interrumpió diciéndole:

— Espera. ¿No me habias anunciado que tu marido murió por orden de César á causa de haber sido partidario en Sicilia del jóven Pompeyo?

— Sí.

— ¿No me habias anunciado tambien que, deseosa de aplacar los manes de tu marido y de vengar su muerte, venias á indicar á Antonio la manera de apoderarse de Sicilia sin derramamiento de sangre?

— Sí.

— Entónces, ¿cómo se explica que me hables ahora de una mujer que te ha robado el corazon de tu marido, y apartándote del objeto principal de esta conferencia, todo quede reducido á una sencilla cuestion de celos, en la que ni Antonio ni yo tenemos para qué mezclarnos?

— Me explicaré, contestó Octavia sin desconcertarse con aquella pregunta, que ya debia tener prevista; si hubiera dicho toda la verdad al anunciarme, probablemente no me hubieras recibido, y yo queria á todo trance tener contigo esta conferencia que nos importa á las dos más de lo que pudieras presumir. En cuanto á que Antonio puede apoderarse de Sicilia, sin derramamiento de sangre, nada hay



más cierto: yo sé el oculto camino por donde debe dirigirse; y si le emprende, le aseguro desde ahora no sólo el cumplimiento de mi promesa, sino también su reconciliación con Augusto.

— Eso le importa muy poco, interrumpió Cleopatra; Antonio es tan poderoso en Oriente como Augusto puede serlo en Roma.

— El amor que le tienes te extravía: los que como tú viven en el seno de la felicidad, son muy dados á hacerse ilusiones. Augusto tiene en Roma amigos enérgicos y decididos, prontos á dar su vida y sus tesoros por él. ¿Puede decir otro tanto Antonio de sus partidarios en Oriente? Considera, ¡oh reina! que aunque estos pueblos doblen la rodilla ante su poder, nunca dejan de mirarle con el odio que inspiran los extranjeros que han impuesto á viva fuerza el yugo afrentoso de la esclavitud. No le aconsejaria yo que se fiase en tales aliados; los considero dispuestos á abandonarle en el momento del peligro. La mejor alianza para Antonio será siempre la de Roma. Pero no disputemos sobre este particular: natural es que piense así habiendo nacido romano. Volvamos si te parece á mi historia; me has encargado la brevedad, y perdemos un tiempo precioso con las digresiones á que me obligas.

— Volvamos.

— Estaba yo en Sicilia confiada, cuando asuntos que interesaban á la república obligaron á mi esposo á separarse de mí. No son los presentimientos hijos de una superstición insensata: ántes me parecen advertencias que los dioses nos envían para que podamos precaver el peligro. Al verle partir se me figuró que partía con él toda mi felicidad. No me engañaba: la nave en que se alejó del puerto no ha vuelto



todavía, y las olas, al estrellarse en la playa, no me han traído nunca el más leve recuerdo de aquel ingrato.

— Nada veo en eso que deba maravillarme. Los hombres no tienen otra ley que la de su capricho; para ellos son todos los derechos, para nosotras todas las obligaciones.

— De modo que tú crees que á pesar de su ingratitude debo yo honrarle y quererle, dar su conducta al olvido y estrecharle en mis brazos, si alguna vez volviera á ellos.

— ¿Quién lo duda?

— ¿Y Antonio no me hará justicia contra ese hombre?

— No te la hará.

— Ni yo la quiero; pero tú que con tanto rigor me recuerdas los deberes de una mujer casada, no dejarás de darme el castigo de la infame adúltera.

— No sé hasta qué punto deberé mezclarme en negocios domésticos.

— La justicia es como el sol: lo mismo alumbra la montaña que el grano imperceptible de arena; lo mismo se extiende á los palacios que á las cabañas, y lo mismo la deben obtener los grandes que los pequeños. Con esa severidad que es tan propia de tu carácter y tus virtudes, apreciadas por todos en lo que valen, me has recordado los deberes de una matrona; tienes de ello una idea justa y elevada. No dudo de que en mi lugar sabrias cumplirlos dando ejemplo de constancia y de firmeza. La mujer que piensa tan honradamente no puede ménos de aborrecer el crimen y el criminal. ¿Qué nos quedaria á las mujeres honradas si se nos negase el derecho de despreciar á las que no lo son? En hora funesta salió mi esposo de Sicilia cumpliendo con los deberes de buen patricio. Llegó á tierra extranjera ansioso de castigar desmanes cometidos contra la república: una

mujer, responsable en primer término de esos desmanes, pero fascinadora, según me han dicho, más por su ingenio que por su belleza; una miserable disoluta que no había temido deshonorar el lecho nupcial con la doble mancha del asesinato y del adulterio; una envilecida cortesana que, escudada con su título de reina, no había vacilado en hacer de su amor la más torpe mercancía, me ha robado el cariño y la consideración de mi esposo. Por ella vivo olvidada y en estos lugares escarnecida; por ella mis hijos han conocido la orfandad antes de que haya muerto su padre; por ella mi esposo pierde su fama; por ella se debilita su valor y su grandeza se extingue; por ella se hace indigno del pueblo romano que ya empieza á mirarle como enemigo, y por ella, en fin, ni hay honra para él, ni hay para mí reposo. Es necesario que termine esta situación espantosa; es necesario que cada cual obtenga su merecido; que Roma recobre uno de sus hijos más ilustres; que yo tenga esposo, mis hijos padre, y que pues ciertas mujeres no son capaces de pena ni de remordimiento, porque sus corazones no saben qué cosa es virtud, hundan para siempre la frente altiva con que nos insultan á las honradas en el lodo infame de donde han salido. Esto vengo á reclamar, y esto conseguiré con tu ayuda ó sin ella. Venga Antonio á tomar la parte que le corresponde en el gobierno de Sicilia; abierto tiene el camino, y no derramará una sola gota de la sangre de sus soldados. Ese camino consiste en reconciliarse con César olvidándose de Cleopatra, que es su concubina, y volviendo á los brazos de Octavia, que es su mujer.

El semblante de Octavia se había ido animando por grados; el acento con que pronunció sus últimas palabras era verdaderamente terrible. Nada conservaba ya de aquella



punzante ironía que al principio de la conferencia habia mortificado á la reina de Egipto; aquella respetable matrona, aun más ennoblecida por sus virtudes que por la elevacion de su nacimiento; aquella mujer que era respectivamente esposa y hermana de los dos señores más poderosos de la tierra; que por tanto tiempo se habia visto humillada por quien no merecia besar el polvo de sus sandalias, subió de pronto al altivo pedestal de su grandeza, escudada con su razon y su virtud; y si descendia de él poniéndose frente á frente de la infame concubina, era para aplastar la cabeza del reptil que, interponiéndose en su camino, habia emponzoñado su existencia ántes tan tranquila y tan dichosa.

Cleopatra no pudo resistir á la poderosa fascinacion de aquella mirada iracunda; toda la insolente serenidad de su alma no fué bastante para inspirarle una sola palabra de réplica contra aquella reconvencion terrible que tanto la humillaba, á ella tan altiva, á ella que nunca habia bajado la frente ante los poderosos, ni callado ante los más severos censores de su conducta.

En otro tiempo el pueblo romano, acusándola por la muerte de Ptolomeo, y por la parte que robaba á Calpurnia en el corazon de Julio César, intentó agobiarla con su desprecio; y ella, despreciando á su vez al pueblo romano, se vengó de sus insultos, primero con el más cínico alarde de desvergüenza, despues dominando como señora absoluta á uno de sus más orgullosos dominadores.

Pero temblaba ante aquella mujer tan célebre por sus austeras virtudes, como tiembla el asesino ante el cadáver de su víctima, y no encontraba una sola palabra que replicar á las severas acusaciones de Octavia.

Sin embargo, pasada la primera impresion de aquella es-



cena tan inesperada, Cleopatra logró reponerse un tanto; reflexionó sobre su situación, y apercibiéndose de que estaba perdida si le abandonaba la serenidad, procuró conservarla; hizo un violento esfuerzo sobre sí misma, y comprendiendo que nada le sería más fácil que conseguir la humillación de Octavia, porque el paso que acababa de dar había de parecerle á Antonio por lo ménos imprudente, intentó apartar la conversacion del giro que había tomado y en el cual le sería imposible sostenerla con ventaja, y dijo:

— En verdad que me ha interesado mucho tu historia, y que á serme posible te consolara, porque nada hay que me conmueva tanto como los infortunios de amor. Los celos se parecen mucho á la locura, y puesto que estás celosa, no debo extrañar ese discurso incoherente con que acabas de describir las tempestades de tu alma. Yo presumo que tu marido no será un niño á quien se le conduce de la mano á donde se quiere; que si te ha olvidado por otra, cosa que me parece muy sensible, no ha de volver á amarte porque yo se lo ordene, pues la autoridad de los reyes no llega hasta el corazón. Pero sea lo que quiera, debo advertirte que vienes á pedir gracia, que tu lenguaje no es digno de obtenerla, y que no sé yo qué tienen que ver tus desdichas ni con Antonio ni conmigo.

— ¡Eso me contestas! No en balde te han dado la fama de que gozas. ¡Me estás viendo frente á frente, y no bajas tus miradas ante las mías!... ¿No me has conocido?

— Es verdad: desde tus primeras palabras he debido conocer que estás loca.

— Soy Octavia.

— ¡Tú!

— ¡Octavia, la mujer legítima de Marco Antonio!

— ¡Mientes! Octavia es demasiado orgullosa para venir á disputarme el corazón de un hombre; Octavia no se hubiera presentado nunca ante la reina de Egipto.

— Quizas nunca debí hacerlo; quizas si me hubieran anunciado que pasaria por esta humillacion, me habria reido como del más extravagante delirio; y sin embargo, aquí me tienes en tu presencia. Ya ves á cuánto obliga un amor verdadero.

— ¿Y qué pretendes de mí?

— ¿No te lo he dicho? Que renuncies á Marco Antonio; que le salves y te salves á tí misma.

— ¿Dejándole yo de amar nos salvamos?

— Sí, porque ese amor es vuestra perdicion.

— Pues nadie lo diria.

— Nadie que tenga cifrado su empeño en adular vuestras pasiones.

— ¡Y tú vienes á darme una prueba de generosidad; tú te interesas sinceramente por mí!

— ¿Qué puede importarme tu salvacion ó tu ruina? ¿Qué me importa que seas feliz ó desgraciada? ¿Me acordaria yo siquiera de que existes en el mundo? Lo que me interesa es la suerte de Marco Antonio.

— ¿Le supones muy desgraciado en la corte de Egipto?

— Ya sé que posees el secreto de dar la felicidad á los hombres, y que lo has ensayado varias veces con sin igual fortuna; pero...

El semblante de Cleopatra se puso lívido de coraje; Octavia continuó como si no se hubiera apercibido del efecto que estaban causando sus palabras:

— Pero no toda la felicidad consiste en poseer el amor de una mujer como tú, por mucho que la naturaleza te haya



favorecido con sus encantos. Nuestra felicidad se limita á bien poca cosa: con un halago, con una caricia, con vivir engañadas por el hombre á quien amamos, tenemos bastante; pero ellos no han nacido para agitarse en el estrecho recinto del hogar doméstico: ellos tienen altos deberes que llenar, una patria por quien sacrificarse, una fama que conservar incólume. Esa es la felicidad de los buenos patricios como Antonio.

— ¿Y por ventura la ha perdido aquí? ¿No tiene deberes que llenar para con estos pueblos, en quienes ha encontrado su segunda patria? ¿No goza aquí fama de guerrero y de político? Si como dices esa es la felicidad de los hombres como él, Antonio no es en Oriente desgraciado.

— No lo será hoy, ¿pero respondes tú del mañana? Hoy duerme en letargo profundo; el despertar será horrible. Al otro lado de los mares, en la Italia que le vió nacer y elevarse sobre tantos varones ilustres, su nombre anda desacreditado de boca en boca, cunde el descontento, se fomentan las intrigas en su daño, se le acusa en público y piensan en declararle enemigo de Roma. Su rival, contenido por mi respeto, pierde ya la poca paciencia que le quedaba y se apresta para una guerra fratricida que Antonio habrá provocado con su insensata conducta, y que sólo promete horror y exterminio.

— ¿Y qué le importa esa guerra? ¿Quién puede llamarse vencedor ántes de que la suerte haya decidido? ¿Por ventura está Antonio abandonado? ¿No tiene en Oriente más amigos que sus cohortes pretorianas? En cada rey, en cada tetrarca, en cada gobernador, tiene un aliado sincero y decidido; él presentará á su adversario millones de combatientes; sus lanzas y sus ballestas serán tantas que basten



á oscurecer el sol del medio día. Centenares de bajeles cruzan el Océano tremolando al aire sus banderas, y yo te aseguro que toda la fuerza de tu hermano se estrellaría impotente contra la fortaleza de este coloso.

— ¿Y piensas que sólo está la ignominia en ser vencido? Victorias hay tan funestas como la más vergonzosa derrota. Antonio esgrimiendo las armas contra su mismo país, se cubriría de oprobio.

— Antes se cubriría de gloria; sus enemigos procurarían mancillar su nombre, pero millones de lenguas proclamarían su fama en Oriente. Imperio por imperio, no vale éste ménos que el de Roma. Aquí todos se manifestarían orgullosos de ser sus esclavos; en Roma tendría que luchar incesantemente con la ambición nunca satisfecha, y la rivalidad enojosa de tu hermano.

— Mucho confías en la amistad de estos pueblos; yo tengo la seguridad de que muchos le abandonarían en el momento del peligro. Pero no hay para qué discutir esta eventualidad: si Antonio es declarado al fin enemigo de Roma; si la combate al frente de legiones extranjeras, por más que luego suba al imperio de Oriente, su nombre será deshonorado y su memoria maldita; y yo, matrona romana, no puedo consentirlo.

— ¿Qué nos importa tu consentimiento? En Roma gozarás de todas las preeminencias que vuestras leyes conceden á las mujeres casadas; en Egipto no eres más que una extranjera desconocida.

— Antonio me conoce y basta.

— Antonio no tiene más intereses que los míos. Tú me provocas á decir toda la verdad; la culpa será siempre tuya.

— ¡Oh! ¡No le amas! Si le amases no te explicarías de

esa manera. Yo contaba con la sensibilidad de tu corazón, y no encuentro otra cosa que tu egoísmo. Donde no cabe la abnegación, no cabe el amor tampoco.

— Abnegación. ¿Qué quieres decir con esa palabra? ¿Lo sería, acaso, despojarme yo misma de mi felicidad para abandonártela á tí que eres mi rival odiada? Eso sería insensatez. Porque le amo quiero que se quede en Oriente. Si estuvieses en mi lugar, ¿te conducirías de otra manera?

— Sí, porque en tu lugar me he visto y he estado muy lejos de imitar tu conducta. Yo sabía que, entregado á livianos amores, Antonio se olvidaba de mí; sabía también que, seducido por tus encantos, se olvidaba de sí mismo y de Roma hasta el punto de desmembrar el territorio del imperio, disponiendo de sus conquistas para enriquecerte y aumentar tus estados; yo he visto prepararse contra él una guerra mortal, y aunque herida en mi corazón y en mi orgullo, por amor suyo he conseguido impedirla con mis súplicas y mis lágrimas. Millares de combatientes, viéndome en el desprecio y en el olvido, estaban dispuestos á sacrificar sus vidas por mi causa; el senado romano amparaba mi derecho, y sin embargo, yo he preferido la soledad y la desesperación á la ruina de Antonio. Dime si tú le amas de esta manera.

— Yo no conozco más amor que el exclusivo; yo no concibo cómo se puede renunciar á la posesión del objeto amado. El tuyo me parece amor que calcula mucho para ser verdadero. ¿No ha tenido en tu resolución el orgullo tanta parte ó más que el amor? Todos nacemos con alguna vanidad que nos domina: yo ambiciono que mi voluntad sea respetada por muchos pueblos; tú quieres que tus virtudes se



citen como modelo en Roma; no demos á nuestras acciones más impórtancia de la que merecen.

— ¡Oh! Nunca nos podremos entender.

— Y si de sacrificios se trata, ¿piensas que yo no he hecho ninguno? ¿Qué le has dado á Antonio que no te lo haya pagado con creces? ¿Quizas ese sentimiento fiero y altivo á que llamas amor? El te ha dado en cambio lo que nadie te puede quitar: los derechos que van unidos al título de esposa. Yo le amo más desinteresadamente: no puedo prometerme de él más que oprobio; el mundo me llama la manceba de Antonio, y yo, la reina más poderosa de Oriente, me siento orgullosa con este título. Hay más todavía: en esa época á que te has referido, el cálculo y tu interes fueron tus consejeros. Verdad es que tus lágrimas y tus súplicas lograron impedir la guerra. ¿Pero cuál fué el resultado? El mundo entero lo sabe. Antonio, reconciliado con César, vivió en Roma á tu lado gozando de tus caricias: yo quedé abandonada al olvido y al desprecio. ¿Exhalaron mis labios una queja? ¿Fuí yo buscando quien defendiese mi causa? No: me resigné con mi suerte; lloré primero la indiferencia y despues el olvido de Antonio; pero supe ser digna en mi dolor, y ni á tí ni á nadie me he quejado.

— Usa en buen hora de ese lenguaje con Antonio, acostumbrado á creer en tu perfidia; pero no conmigo, porque difícilmente una mujer engaña á otra: aunque de léjos, he aprendido á conocerte, y te conozco demasiado para que puedas engañarme. La ambicion es el único sentimiento que te domina: por la codicia de ocupar sola el trono de Egipto mandaste matar á tu inocente hermano; la ambicion te llevó á ser adúltera con César; por la misma causa lo eres con Antonio; pero tú ves próxima su ruina, y ya me-



ditas sobre el medio de conquistar la privanza de Augusto.

— ¡Oh! ¡Basta! Exclamó Cleopatra ciega de ira. No sé cómo he tenido paciencia para escucharte; no sé cómo no he mandado ya que mis soldados te saquen de mi palacio como á una loca.

— No lo harías.

— Sí, puesto que provocas mi furor.

— En mi presencia tienes que enmudecer, exclamó Octavia con acento indescriptible de dignidad, porque la razon está de mi parte, porque vengo á recobrar una prenda que me has robado.

— Intenta rescatarla; pero te advierto que yo le guardo muy bien.

— No tanto como te figuras. Hay para encontrar los más ocultos tesoros, secretos caminos que conducen á ellos con seguridad.

— ¿Y tú los conoces?

— Mira: los dioses empiezan á descubrírmelos.

En aquel momento habia entrado Antonio en la estancia, bien ajeno de la escena que iba á presenciarse. Octavia, sin inmutarse con aquella inesperada aparicion, habia aludido á él en sus últimas palabras, y le señalaba á Cleopatra con ademan vencedor.

Antonio, que al principio no habia conocido á su esposa, tan léjos se hallaba de suponerla en Alejandría, al ver que no estaba sola Cleopatra, dió un paso atrás, y próximo á desaparecer, se volvió para observar aquella importuna, y entónces reconoció á Octavia.

Imposible seria describir su sorpresa. Creyó al pronto que seria una ilusion de sus ojos, y quedó inmóvil sin saber qué partido tomar ni qué decir en situacion tan crítica.

Octavia rompió aquel penoso silencio exclamando:

— Acércate. ¿No me conoces? ¿Cuándo ha habido tanta distancia entre nosotros?

— ¡Octavia! ¿Tú aquí?... Exclamaba Antonio, sin atreverse todavía á dar crédito á la realidad.

— Sí, yo soy, que vengo á salvarte de esa mujer, que es tu peor enemigo.

— Antonio, interrumpió Cleopatra, verdaderamente deseosa de poner término á tan difícil situacion; ya lo ves: es tu esposa, que viene á reclamar su derecho; que en vez de buscarte á tí para hacerte las reconvenciones que su enojo le dictara, ha preferido insultarme de una manera que no quiero calificar. Seria indigno de mí prolongar por más tiempo esta lucha que tú solo puedes decidir. Yo os abandono á los dos, y desde luego me someto á tu fallo.

Diciendo esto Cleopatra, y sin que pudiesen detenerla los esfuerzos que instintivamente hizo Antonio, salió de la estancia.

Cleopatra sabia muy bien que aquella resolucion habia de herir la susceptibilidad de Antonio, y que seria tanto más implacable el enojo de éste, cuanto ménos contenido estuviese por su presencia.



## CAPÍTULO II.

### UN MOMENTO DE RAZON.

Cuando quedaron solos ambos esposos, estalló por parte de Antonio una tempestad de severas reconvenciones.

Octavia, como mujer prudente, no replicó una sola palabra; y cuando vió desarmado á su marido, léjos de reconvénirle á su vez, exclamó:

— No esperes que te importune con mis quejas; mi interés importa muy poco en esta ocasion, porque me ha traído á Alejandría más elevado objeto. Permaneceré aquí muy poco tiempo, y espero fundadamente que no he de volver tan solitaria como he venido, á ménos que hayas olvidado tus sentimientos de padre, de esposo y de patricio, y tu nunca desmentida dignidad de hombre. Sólo te exijo, y esto no me lo negarás, que me honres como debes, y que el tiempo que haya de permanecer aquí, no ocupe un lugar inferior al de tu concubina.

— ¿Pero me dirás al cabo el objeto que te ha traído? Preguntó Antonio con impaciencia.

— ¡Pues no! Si al fin te pierdes, que no sea porque yo haya dejado de hacer cuanto podia para salvarte.

— ¿En qué consiste mi perdicion?



— En tu ceguedad.

— ¿Traes alguna embajada de César? ¿He vuelto á ser obstáculo para los planes de ese ambicioso?

— No te burles, Antonio, de las desgracias que aflijen á la patria comun. César no es tu enemigo, ni desea tu mal. Los amigos que has enviado á Roma para que te defendiesen y le acusaran, no han podido destruir los justos cargos que te dirige. Tú vives en una especie de independencia que sienta muy mal al senado y al pueblo; en beneficio de tus aduladores y de una mujer sin honra, has dispuesto de provincias enteras, cuyas conquistas costaron al imperio torrentes de sangre, y tesoros que nunca se hubieran podido agotar. Tus intereses no están ya identificados con los de Roma. El pueblo murmura que piensas hacerte rey, y ya sabes cuánto odia el título y la dignidad real. Con indignacion ha sabido que no legas á la patria tus cenizas. César no puede ya desatender el clamor que contra tí se levanta do quiera, y hace formidables preparativos para la guerra civil. El olvido en que me tienes le ofende tambien, y presiento que la lucha será sangrienta. Yo no quiero que por mi causa se derrame una sola gota de sangre, ni que las matronas honradas me puedan acusar de haber sido causa, aunque inocente, de esa lucha fratricida. Tú eres mi esposo, y César mi hermano; el luto y la vergüenza resultarian para mí de la ruina de cualquiera de los dos. Si piensas que todo esto se reduce á un plan estudiado por Augusto para perderte, y proseguido con tanto disimulo como constancia, no le facilites la ocasion con tu conducta; inutiliza sus planes; deja que toda la odiosidad caiga sobre él. Por mi parte, preferiré siempre el descrédito del hermano á la deshonra del marido.

— Niégume en buen hora el pueblo romano el derecho que me asiste para acusar á César; él está en Roma y ha podido libremente intrigar en mi daño; medios tengo sobrados con que hacerme justicia, y siempre constará que yo no he provocado la guerra.

— Quien la provoca no es quien la declara, sino quien da ocasion al general disgusto, olvidándose de la conveniencia y de la justicia.

— ¿No temes irritarme con tu lenguaje? ¿Cumples con tu deber defendiendo la causa de César, cuando yo te escucho? ¿Vienes á reconciliarte conmigo, ó á obligarme á un justo rompimiento para que tu hermano pueda disculpar su conducta incalificable?

— Si conoces mi carácter, ¿por qué me haces esas preguntas? Yo no me prestaría nunca á secundar esa doblez que supones en César, como tampoco á apoyar la sinrazon porque esté de tu parte. No tengo yo la culpa de que tus faltas te condenen; si el delincuente fuera mi hermano, de la misma manera procedería: los agravios personales que de tí he recibido nada pesan en la balanza; tengo sobrada grandeza de espíritu para sobreponerme á ellos. Me estás viendo en el palacio de tu concubina: ¿te he dicho una sola palabra que haya podido avergonzarte ó humillarme á mí? Nunca descenderé á ese terreno; yo entiendo el deber de manera contraria á las demas mujeres: en nuestra vida íntima tendré presente tus ofensas mientras no te hagas digno de que las olvide; en público soy la mujer de Antonio, y no habrá fuerza humana que me aparte una línea de mi deber, ó que me obligue á mancillar tu honra, que es la mia y la de mis hijos.

Las dignas palabras de Octavia hicieron enmudecer á



Antonio. Sintió haber dudado de la sinceridad de aquella mujer tan noble y de sentimientos tan elevados; se veia empequeñecido en su presencia, y no sabia cómo salir airoso de aquella situacion que nada tenia de lisonjera. Cayó en un sitial, y procurando ocultar su confusion por un resto de pueril orgullo, se cubrió el rostro con ambas manos.

Si en aquel momento Antonio hubiera tenido fuerza bastante para triunfar de sí mismo y arrojarse en brazos de Octavia, todo habria quedado concluido, desenlazándose el drama romano de muy diferente manera; pero su debilidad fué su perdicion. ¡Cuántas veces pende nuestra fortuna de la decision de un momento, y lo dejamos pasar calculando todas sus consecuencias; pero demasiado tímidos para imponer al orgullo una mortificacion imaginaria, que es acaso el más ardiente deseo de nuestro corazon!

Octavia comprendió la situacion en que se hallaba el alma de Antonio; le dejó algunos instantes para reflexionar, y viendo que no se decidia, le dijo suavizando el acento y tomando asiento á su lado:

— No te resistas á ese pensamiento salvador que cruza por tu frente; nadie nos escucha: si esos tapices encubren algun indiscreto, déjalo que oiga su mal; quien quiera que te espíe no es digno de tu cariño. Cubramos con un denso velo ese pasado que te horroriza; nunca volveré á hablarte de él si consientes en volver á Roma; César desarmará su brazo vengador, y el pueblo te devolverá el afecto que te ha retirado. En servir á la patria no hay deshonor, sino gloria. Una dificultad puede haber, y yo te la allano desde luego. Si piensas que nunca has de poder amarme, no hagas violencia á tu corazon; vive conmigo como pudiera un hermano; no aspiro á más que á obtener en público las consi-



deraciones que debes á tu esposa, y que la posteridad no pueda decir de mí que siendo hermana de Augusto y mujer de Antonio, fuí causa, aunque involuntaria, de una guerra entre ellos, y no puse de mi parte cuanto podía para evitarla.

Hubo un momento de pausa que ninguno de los dos se atrevia á romper. Octavia esperaba con impaciencia la respuesta de Antonio; éste, presa de encontrados sentimientos, no sabia qué partido tomar. No se habia extinguido en su pecho la especie de veneracion que sentia hácia las virtudes de Octavia, veneracion que más de una vez, y aquella sobre todas, le parecia amor; pero á quien amaba realmente era á la reina de Egipto, y el siniestro influjo de aquella mujer ponía una mordaza en su boca.

— ¿No me contestas? Preguntó al fin Octavia, deseando y temiendo que lo hiciera Antonio.

— ¿Por qué he de negarte que has levantado en mi alma una tempestad de dudas y de temores? Nadie en mi situacion se resolveria tan pronto como deseas. Por una parte tus reconvenciones influyen poderosamente en mi corazon; por otra tengo en Oriente sagrados deberes que cumplir, y que no puedo dejar desatendidos. Deseo que termine tu abandono, y nunca me perdonaré los agravios que te he hecho. Sí: yo quisiera ser digno de volver á tus brazos; quisiera merecer ese amor que me profesas, ¡oh, tú, la más noble y más pura de las mujeres! quisiera sobre todo no haber dejado nunca de merecerlo; pero...

— ¿Qué? ¿No basta con que yo olvide?

— No, Octavia, porque en mi conciencia se levantarían terribles remordimientos que siempre me estarían acusando.

— No lo creas: la imaginacion exagera la desgracia, lo

mismo que la esperanza de la felicidad; yo sería la primera en ayudarte á conseguir el olvido de lo pasado. ¿Por qué te habia de atormentar el recuerdo de un agravio que empiezo por borrar de mi alma para perdonártelo mejor? Pronto hallarás en la direccion de los negocios públicos, en la satisfaccion que ha de proporcionarte la gloria de haber salvado á la patria, esa tranquilidad que ahora te parece tan imposible.

— ¿La patria está en peligro por mí?

— ¿Y puedes dudarlo? ¿Qué llevan en pos las guerras civiles más que desolacion y espanto? Despues que vuestros enojos particulares hayan cubierto el suelo italiano de luto y de desolacion; cuando no haya una matrona que no llore muerto al esposo ó al hijo; cuando las fuerzas de la patria queden enervadas y la espada del guerrero sustituya á la augusta severidad de la ley, ¿qué habrá sido de las sacrosantas libertades de Roma? ¿Dónde latirá un pecho bastante generoso para deplorarlas? ¿Dónde se levantará un brazo bastante fuerte para defenderlas? No lo dudes, Antonio: el resultado preciso de esta guerra fatal que se prepara, será la deshonra del vencido, el desvanecimiento del vencedor, que ha de llevarle como de la mano á la tiranía. Ahora tienes en la tuya la suerte de Roma; pronuncia tu sentencia de una vez, y considera que va á ser irrevocable.

— Yo marcharia contigo, arrancaria de mi pecho el germen de esta pasion criminal que en mal hora concebí; pero he avanzado mucho para que ya me sea dado retroceder: los pueblos han hecho sacrificios para esta guerra; reyes y tetrarcas, guiados por la esperanza del botin, ligaron sus intereses con los míos; si hoy desisto, puedo comprometer la existencia de más de un trono. Cediendo á tus instancias, no



habria en Oriente nadie que comprendiera el móvil verdadero de mi conducta; se creeria que habia temblado cobarde ante el poder de César; en odio veria trocado el respeto con que me miran desde el mar Exterior hasta las riberas del Eufrates, y aunque recobrase en Roma mi prestigio, en Oriente quedaria deshonrado.

— ¿Qué importa al señor lo que el esclavo murmure? Muchos de esos reyes te deben su corona: serán dóciles instrumentos de tu voluntad, ó miserables ingratos que tendrían su pérdida bien merecida. Los tronos que vacilen encontrarán su fuerza en la tuya, aumentada poderosamente con la amistad de César. Los pueblos te agradecerán que les economices el sacrificio de su sangre, que es el más costoso para ellos, y el ejército verá con placer que no tiene que emplear su valor en una lucha estéril y fratricida.

Antonio volvió á quedar pensativo; cada vez estaba más bajo la influencia de las prudentes observaciones de Octavia.

— Ven, dijo ésta, para acabar de decidirle; huyamos de estos lugares que por igual nos deshonran.

Antonio vacilaba todavía.

— ¿Qué esperas? Exclamó Octavia. ¿No te he dicho que te deshonra este lugar? ¿Quieres las pruebas de mis palabras?

— No te comprendo... ¿Qué misterio me has ocultado hasta ahora?

— Es la última prueba de delicadeza; yo te la quise ocultar para evitarte una amargura intensa: mas puesto que tu loca tenacidad lo quiere, sea. Antonio, aquí eres víctima de la perfidia más horrible; aquí te venden como á un miserable esclavo.



— ¡Vendido yo! ¿Por quién?

— Por Cleopatra.

— ¡Deliras! Mi desgracia es que Cleopatra me ama con pasión demasiado sincera.

— Esa confianza te pierde y te precipita en la deshonra; Cleopatra no ama en tí más que el poder que con ella compartes; tú halagas su orgullo, pero no interesas su corazón.

— Ojalá que no tuviera tantas pruebas para contradecirte.

— No me lo digas, porque renunciaré á toda esperanza de salvarte. ¿Tan ciego estás que en años enteros no has podido sospechar lo que yo he adivinado en un solo día?

— Pero habla sin rodeos; apiádate de esta ansiedad que me devora.

— Bien merecias que la prolongase. ¿Pues qué, yo, la mujer honrada y sincera, yo que desde el fondo del olvido en que me tienes, ofensa que mi sexo no perdona nunca, me he levantado para pedirte, no la fe jurada, no aquel amor que en otro tiempo me tenias, sino tu honra y tu fama, no merezco que des crédito á mis palabras, y juzgás impecable á la serpiente que te fascina y que te amenaza con la muerte? ¡Terrible amor el de esa mujer siempre dispuesta á sacrificarte á su egoismo! ¡Y tambien pensé que te amaba! Juzgando su corazón por el mio la creí capaz de un sacrificio al cual no se resiste ninguna mujer enamorada; porque nosotras, débiles por naturaleza, amamos en el hombre la superioridad, y nos inspira desprecio el que se ha envilecido, aunque sea nuestro amor la causa de su envilecimiento. Engañada por esta esperanza quise verla ántes que á tí; le hablé del peligro en que estabas; le dije que tu nombre empezaba á deshonorarse, que tu patria te juzga-

ba indigno de darte el nombre de hijo, y me oyó con la misma impasibilidad que la montaña el bramido del viento asolador. Alzándose desde el fondo de su pequeñez quiso mantener conmigo una lucha de igual á igual, como si la matrona honrada pudiera descender nunca á igualarse con la concubina de su marido. Compara esta conducta con la mia: yo he venido desde Italia sola y sin comunicar á nadie mi propósito, arrojando un sinnúmero de peligros, tal vez comprometiendo mi fama y desde luégo traspasando la línea de mi deber, bien segura de que la recompensa no habia de ser la reconquista de tu amor. Si algo de esto hiciera Cleopatra, si hubiera puesto de su parte algo de lo mucho que podia para apartarte de la deshonra, quizás de tu total ruina, yo reconoceria que te amaba; pero el amor es tan desconocido para esa mujer como la virtud: el móvil de sus acciones es la más sórdida avaricia; ambiciona poder, y no le importan nada los medios de conseguirlo. También decia que amaba al primer César, y ese funesto amor le hubiera perdido mucho ántes que el puñal parricida de Bruto. Yo sé que presiente el término de tu fortuna, y como todos los corazones miserables, busca un ídolo nuevo á quien sacrificar.

— Esas acusaciones son terribles; pruébalas, y yo te prometo que estallará al punto mi justa indignacion.

— Tú lo quieres; apura hasta las heces el cáliz de la amargura. Toma, y aprende á conocer el amor de Cleopatra.

Octavia dió á su marido un pergamino. Antonio, con indescriptible ansiedad, leyó estas palabras:

«Suponia, ¡oh César! que tu ejército se habia dirigido ya contra Oriente. No comprendo la causa de esa demora.



»Antonio apresta el suyo, y busca aliados que le secunden  
 »en la guerra. Todos le prometen ayuda; pero yo no confío  
 »en la lealtad de estos reyes á quienes tanto ha ofendido  
 »la arrogancia de Antonio. En el momento del peligro le  
 »abandonarán. Yo quedaria entregada á mi desgracia si tu  
 »clemencia no me amparase. Juzga cuán lisonjera debe  
 »haberme sido tu carta. No contesto á todos sus particu-  
 »lares, porque deben tratarse frente á frente; pero abrigo la  
 »seguridad de que no tienes en estas regiones amiga más  
 »sincera y más dispuesta á obedecerte que la reina de  
 »Egipto.»

— Sí, este pergamino es de Cleopatra; reconozco su sello.

— ¿Dudarás todavía?

— Lo estoy viendo, y no puedo explicarme tan infame traicion.

— Esa es la mujer en cuyo amor tanto confías. Cleopatra conoce el carácter desleal de estos pueblos; en su carta á César dice la verdad: tus aliados te abandonarán en el momento del peligro; se cansan ya de ser tus esclavos, y buscan, no la libertad, sino un señor diferente. Tambien Cleopatra, ansiosa de conservar el imperio, te abandona y busca alianzas con tu enemigo.

— ¡Oh! Yo te juro que no ha de quedar impune tanta falsía.

— Sea en buen hora; pero condúctete con la misma doblez que han usado contigo. Vuelve á la amistad de César, y cuando hayas consolidado tu poder, castiga severamente á los que han intentado destruirlo.

— Así lo haré. Desde hoy en adelante mi único objeto será hacerme digno de tu cariño. ¡Oh mujer sublime, que eres á un mismo tiempo mi felicidad y mi salvacion! Ami-



gos tengo de confianza á quienes encomendar la direccion del ejército. En pocos dias una nave nos llevará á Italia. Has dicho muy bien: huyamos de este lugar que nos deshonra.

Antonio cogió de la mano á Octavia y salieron del palacio. Al llegar al patio exterior, levantó el triunviro los ojos y vió que desde un minarete observaba la reina. Apartando á los guardias que se agrupaban respetuosamente para saludarle, exclamó con voz fuerte para que pudiera oírle Cleopatra:

— ¡Paso á la emperatriz de Oriente! ¡Paso á la mujer de Antonio!

## CAPÍTULO III.

## MIRADA RETROSPECTIVA. — TRIUNFO DE CLEOPATRA.

Augusto, que en todas partes conservaba algun amigo que le instruyese secretamente del estado de los negocios en las más apartadas regiones, y del carácter de las personas con quienes más tarde ó más temprano se habia de entender en los asuntos de la paz ó de la guerra, sabia perfectamente que Antonio, harto confiado en su buena fortuna, no habia tenido dificultad en rodearse de falsos amigos que anhelaban destruir su poder insolente, miéntras él por el contrario, aparentando vigilar por los intereses de Roma y sin alianzas hipócritas, podia presentar á su adversario un ejército formidable, aun más que por el número, por la estrecha union de todos los individuos que lo compusiesen.

Antes de que la guerra quedase declarada entre los dos poderosos rivales, ya César habia logrado convencer á casi todos los soberanos y tetrarcas de Oriente de que Antonio no podria resistirle, y les habia hecho entrever la esperanza de que si no se manifestaban hostiles á sus armas, les seria fácil conservar la amistad y la proteccion de Roma.

Entretanto Antonio dormia confiadamente en el seno de

aquella disipacion y aquellos desórdenes, que tanto oscurecieron su fama y tanto lisonjeaban su carácter. Miéntras, olvidándose de su grandeza, hacia imprudente alarde de reunir en sí solo todos los vicios de su época, Augusto, sin obstáculo alguno, ántes favorecido por la loca conducta de su rival, echaba libremente los cimientos de aquel imperio absoluto con que habia soñado desde el momento en que acometió la empresa, tan atrevida como difícil, de vengar la memoria de Julio César.

Se le habia presentado la ocasion de dar el golpe definitivo, y hubiera muerto mil veces ántes que desperdiciarla.

Por eso, léjos de valerse de su influencia para separar á Antonio de la senda de perdicion que habia emprendido, le veia con satisfaccion imponderable aumentar cada dia el número de sus errores; daba pábulo secretamente al disgusto del pueblo romano; hacia que sus amigos lanzasen sobre Antonio las más terribles acusaciones, y veia con mal disimulado placer los agravios de que era víctima su propia hermana, no por falta de cariño á ésta; sino porque esperaba poder fundar en ellos un motivo más para romper definitivamente con Antonio.

Las sublimes virtudes de aquella mujer, modelo de esposas y de madres, fueron un instrumento poderoso de que se apresuró á valerse la insaciable y siempre disimulada ambicion de Augusto.

Cuando el pueblo, conmovido por el espectáculo de aquel injustificado abandono, censuraba abiertamente la conducta de Antonio en las calles y las plazas, en el foro y en el senado, muchos ofrecieron á Octavia sus servicios para obligar al triunviro á restituirla al goce de todos sus derechos, y arrebatados por noble indignacion intentaron persuadir á



César de que debía reunir el ejército y declarar la guerra á Antonio, aunque sólo fuese para vengar los agravios hechos á su hermana.

Pero Augusto, que ya tenia meditados sus planes, y no queria que nunca se le pudiera acusar de haber lanzado á Roma en el horror de las contiendas civiles sólo por atender á sus intereses personales, se guardó muy bien de seguir este consejo, seguro como lo estaba de que la conducta de Antonio habia de hacerle aparecer celoso defensor de los altos intereses de la república.

Sin embargo, no se descuidó en aprovechar aquella simpatía que en todos los corazones despertaba su infeliz hermana, y conociendo á fondo la entereza de su carácter, imaginó un medio de hacerla aun más simpática, y de encender más y más contra Antonio las iras del pueblo.

Manifestó á Octavia que, atendiendo por una parte á sus deberes de patricio, y por otra á que nunca se pudiese decir que una mujer habia hecho caer sobre Roma las mismas calamidades que en otro tiempo Elena ocasionó á Troya, no habia querido declarar la guerra á Antonio fundándose en los disgustos domésticos de que era causa su funesta y criminal pasion por la reina de Egipto; pero que era necesario tomar una resolucion enérgica y decisiva.

Esta resolucion, en concepto de César, debía consistir en que inmediatamente Octavia abandonase la morada de su marido, trasladándose á una casa particular, y realizándose de esta manera el divorcio que su dignidad exigia.

Octavia, como lo habia previsto su cauteloso hermano, contestó que las faltas de Antonio por muy graves que fueran nunca podian bastar para disculpar las suyas, y que nada en el mundo conseguiria obligarla á separarse una lí-

nea del cumplimiento de sus sagrados deberes; que éstos le mandaban habitar la casa de su marido, cuidar de los intereses que habia encomendado á su custodia, y no dar á sus hijos un ejemplo que podria ser en extremo fatal para su educacion, y sobre todo para la consideracion y el respeto que debian á su padre.

César cuidó hábilmente de que el pueblo conociera esta noble contestacion de Octavia: todos admiraron á aquella mujer sublime, presentándola como modelo de las matronas romanas, y hasta tal punto ofendió la injusticia de Antonio para con una esposa que estaba tan léjos de merecerla, que llegando á su colmo la medida del sufrimiento, el pueblo romano hizo suya la causa de Octavia, y pedia á grandes voces que César se decidiese á vengar á su hermana.

Octavia se vió arrastrada al desenlace de que habia huido con tanto valor y constancia; su nombre iba á disculpar una guerra civil, cuyo resultado, para ella, seria inevitablemente el vestir luto por su esposo ó por su hermano.

En tan angustiosa situacion, se decidió á sacar partido de la influencia decisiva que estaba ejerciendo su nombre; creyó que su deber le mandaba intentar el último esfuerzo para conseguir la paz, ó al ménos separar su causa de los verdaderos aunque ocultos motivos de la guerra, á fin de que el pueblo no pudiera maldecir nunca su memoria, y pidió licencia á Augusto para ir á Oriente y tener una conferencia con Antonio.

Augusto apreciaba como quien más el talento, la prevision y la prudencia de su hermana, pero conocia tambien la ceguedad de Antonio, el dominio en que le tenian los encantos personales de Cleopatra, y léjos de temer que aquella conferencia fuera bastante para convencer á Antonio,



comprendió desde luego que Octavia seria desgraciada, y que encontraria en este agravio un nuevo y poderoso justificante de su conducta.

Octavia, que nunca habia empleado para con su esposo otro lenguaje que el de la sinceridad, ni conocia más sentimientos que los de un cariño leal y sincero, estaba muy lejos de poder adivinar los sentimientos de la reina de Egipto. Sabia que era ambiciosa, que habia hecho del amor en otras ocasiones una especie de especulacion infame; pero creia tambien que en el fondo de aquel proceder indigno habria una centella, aunque fuese débil, del amor frenético que habia inspirado en el corazon de Antonio.

Ella, que mil veces hubiera preferido la muerte á la deshonra de su marido, porque no concebía desgracia alguna más terrible, creyó que á Cleopatra le sucederia otro tanto, y que con más ó ménos esfuerzo renunciaria al amor de Antonio cuando ella le instruyese de lo que contra él se murmuraba en Roma.

Hé aquí la razon que tuvo para visitar á Cleopatra ántes que á su marido.

César, más conocedor que su hermana del corazon humano, y sobre todo del carácter de la reina de Egipto, estuvo muy lejos de participar de las esperanzas de Octavia; y descubriéndole un secreto que nadie debia conocer hasta entónces, la instruyó del estado en que se hallaban sus negociaciones con la reina, para el caso en que Antonio no consintiera en reducirse á la amistad de Roma, y le autorizó para que hiciera uso de la carta de Cleopatra, que Octavia por un exceso de delicadeza no quiso entregar á su marido hasta que vió palpablemente que no tenia otro medio de convencerlo de la deslealtad de su manceba.



Octavia entró en el palacio de la reina de Egipto, más bien para suplicar que para imponer con su derecho, y necesitó encontrarse frente á frente con la provocadora arrogancia de Cleopatra, para olvidarse del papel que tenia estudiado, y dejarse arrebatado por el profundo desprecio que le inspiraba aquella mujer sin honra.

Todo se lo prometia del poco ó mucho cariño que á la reina inspirase Antonio, y ni á éste ni á su rival queria hacer pasar respectivamente por el dolor y la vergüenza de que se descubriesen los secretos tratos que mantenía con Augusto.

Parecíale también que se rebajaba compitiendo en lid amorosa con una mujer como Cleopatra: ella, objeto del respeto y la admiración de Roma, ella que tenia el orgullo de la virtud, la religión de su deber, y que podía competir dignamente con las matronas más severas é ilustres de la antigüedad.

Peró á pesar suyo, por una parte el inconcebible descaro de Cleopatra, y por otra sus sentimientos de mujer, la indignación que le produjo el cínico alarde de su rival, la apartaron de su propósito, conduciéndola á la escena que hemos presenciado.

Tan luégo como desapareció Cleopatra, Octavia recobró su perdida serenidad, y ya la hemos visto expresarse con Antonio en lenguaje muy diferente.

La reina de Egipto oyó esta conversacion oculta detras de uno de los tapices de la estancia.

Hubo un momento en que se consideró perdida, reconociéndose impotente para luchar de potencia á potencia con el ascendiente que las virtudes de Octavia ejercian sobre la voluntad de Antonio.

Cuando la hermana de Augusto descubrió la carta que ya conoce el lector, y que era la condenacion más terrible de su conducta, Cleopatra temió fundadamente la venganza de Antonio, y dudó entre buscar su salvacion en la fuga, ó apelar á su inagotable ingenio para desarmarle.

Si Antonio hubiese recibido de Roma aquella carta fatal, la cuestion estaba resuelta por sí misma. Fácil le hubiera sido á Cleopatra imaginar una historia cualquiera para desmentirla ó para desvirtuar su efecto, contando como contaba con la fe ciega que en sus palabras tenia el triunviro; pero la presencia de Octavia era un obstáculo poco ménos que insuperable, y todos sus esfuerzos serian inútiles si los contrarestaban el delicado tacto y la irresistible influencia de aquella mujer.

Despues de reflexionar detenidamente acerca de su situacion, se decidió á esperar los acontecimientos, convencida de que se condenaba de antemano, despues de confesarse culpable, abandonando á Alejandría furtivamente, sin causa bastante poderosa para justificar esta conducta.

Conocia demasiado á Antonio para dudar un solo momento de que si conseguia hablarle le convenceria de su inocencia, porque Antonio, que nunca habia podido resistir á su fascinacion, veia por sus ojos, y para amarla más ampliamente, abdicaba en ella hasta la facultad de pensar.

¿Pero volveria Antonio á su lado?

Esto le parecia completamente inverosímil.

No le era dado presumir que una mujer tan prudente como Octavia, y que tan celosa se habia manifestado por rescatar sus derechos, renunciase con impremeditacion inconcebible á las ventajas que acababa de conseguir.

Antonio habia abandonado su palacio en el colmo del



despecho, y cuando la vió en el minarete á donde se habia asomado para contrarestar con su presencia, en cuanto fuera posible, el efecto producido por las revelaciones de Octavia, las palabras de despedida del ofendido amante, lo mismo se podian interpretar como un insulto que como una amenaza.

Ya que Antonio no la rechazase una vez y otra, lo probable seria que Octavia en todo consintiese ménos en una entrevista entre su marido y la reina.

Cleopatra lo perdía todo, porque todo lo habia intentado ganar. Si Octavia convencía á Antonio para que volviese á Roma, y conseguia reconciliarle con César, los asuntos políticos en Oriente y Occidente cambiaban de aspecto, y de intereses los dos hombres poderosos que los dirigian.

Cleopatra no podia prometerse nada de un poder tan debilitado como lo estaba ya el de Antonio; á su exquisita perspicacia no podia ocultarse que de Roma le vendria la ruina como le habia venido la prosperidad, porque todas las provincias y reinos aliados eran dependientes de la suprema autoridad de Roma.

Si continuaba por más tiempo identificando su causa con la de Antonio, claro era que habia de verse envuelta en su ruina.

Si le dejaba marchar á Roma, y llegaba á verificarse la reconciliacion, su suerte no seria más lisonjera, porque César la miraria con desprecio y Antonio con rencor profundo.

Antonio la combatiría por espíritu de venganza; César, por apartar de su cuñado la influencia de Cleopatra que tan fatal habia sido para su hermana y para el imperio.

La única esperanza de la reina estaba cifrada en la guerra civil, cuyo desenlace creia que habia de ser necesaria-



mente funesto para Antonio, y en la probabilidad de que llegado este caso conservaria su poder y su influjo con sólo cambiar de amante.

Cleopatra sabia muy bien que en todo Egipto no habia mujer digna de competir con ella; gozaba legítimamente de la fama de poseer encantos irresistibles, y no dudaba de que le seria fácil subyugar á César Augusto, ó al ménos interesarle en su favor para que fuese su suerte ménos desgraciada, ya utilizando sus encantos personales, ya prestando algun servicio de esos que no se pueden olvidar sin incurrir en la nota de ingratitude.

César, por su parte, conocia muy bien la condicion ambiciosa, mudable y desleal de la reina de Egipto, y no dudó de que halagándola conseguiria atraerla á su partido y convertirla en el instrumento más eficaz de la perdicion de Antonio.

Para probar fortuna le escribió una carta, exagerándole la situacion en que se hallaban los negocios de Oriente, así como los medios de que disponia para hacer la guerra á Antonio.

Juntamente con el temor de verse destronada y proscrita, quizas reducida á ser esclava de la última matrona romana si persistia en no abandonar la causa de Antonio, le hizo entrever la esperanza de conservar su rango y su poder, y aun de aumentar el uno y el otro, si consentia en continuar fingiendo amistad al desvanecido triunviro, miéntras que secretamente favorecia los intereses de César.

Adelantándose á las esperanzas de aquella mujer ambiciosa, en cuyo corazon leia como en un libro abierto, á pesar de no haberla tratado nunca, le dió á entender, aunque muy vagamente, y con toda la habilidad que exigian las cir-

cunstancias, que estaba envidioso de la dicha que poseía Antonio con el amor de una mujer como ella.

Cleopatra, aguijoneada por la urgencia del momento, y desvanecida por la presuncion, que es el eterno enemigo de las mujeres, por muy superiores que hayan nacido, cayó en la red que le tendia el astuto romano: ya hemos visto en qué términos contestó á su carta.

Por rescatar aquella contestacion que tanto la comprometia, ó por tener con Antonio una entrevista á solas, hubiera dado la mitad de su reino.

Pero su imaginacion tan fecunda en recursos no le sugeria medio alguno de conseguir lo uno ó lo otro.

La herida estaba demasiado reciente para intentar cicatrizarla.

Y el tiempo urgia, porque no era de presumir que Octavia dejase espacio al ánimo de Antonio para que en él se verificase una reaccion que podia serle en extremo fatal.

Quizas el nuevo sol alumbraria la marcha de Antonio y su esposa.

Absorta se hallaba la reina de Egipto en estas contemplaciones, y tan separada tenia su imaginacion de todo cuanto le rodeaba, que no sintió la llegada de un hombre que, adelantando pausadamente, fué á colocarse en actitud severa y silenciosa detras del asiento que ella ocupaba.

— A todo trance, y aunque debiera costarme la vida, exclamó Cleopatra, debo hablar esta misma noche con Antonio. Me valdré si es preciso del engaño y de la violencia. Los guardias que hoy hacen el servicio en su morada son súbditos míos, y á fuerza de oro me facilitarán el paso. Estoy resuelta. La fortuna no ha ayudado nunca á los cobardes.



Cleopatra se levantó súbitamente para poner por obra la resolución que había tomado.

Al volverse reparó en el hombre que con tanto sigilo había penetrado en su estancia, retrocedió algunos pasos presa del terror más profundo, y apenas pudo balbucear estas palabras:

— ¡Antonio!... ¿Eres tú?...

En efecto, era Antonio, que mal aconsejado por su pasión, creyéndose bastante enérgico para resistirla, venía á reconvenir á Cleopatra, sin comprender que este paso le debilitaba; porque claro es que quien se apresura á dar quejas, tiene impaciencia de que el ofensor le satisfaga.

Aun no se había alejado de su frente la tempestad levantada por el reciente desengaño; su rostro era sombrío y amenazador. Cleopatra creyó que aquel hombre venía á realizar su venganza, y tuvo miedo.

Pero Antonio nunca se hubiera atrevido á descargar su brazo sobre la mujer á quien tanto amaba. Si lástima debía inspirar en aquel momento alguno de los dos, no era seguramente la reina de Egipto, aunque parecía la más atribulada.

Antonio, sin desplegar los labios, le señaló severamente el asiento que acababa de dejar, y la detuvo con un ademán imperioso; Cleopatra obedeció temblando, y el triunviro, manteniéndose de pié despues de haber reconocido la estancia para asegurarse de que no le escuchaba ningun importuno, exclamó al fin:

— Mañana parto para Roma; las exigencias de mi honor, y lo que debo á mi patria, no me permiten permanecer más tiempo en Alejandría. Dejo lugar-tenientes que durante mi ausencia representen mi autoridad. Pero hay un asunto



grave que ántes de partir quiero dejarlo decidido. Tú eres una reina prudente y justa, y quiero guiarme por tu consejo.

— ¿Cómo podré yo aconsejar á quien siempre he tenido por mi señor? Contestó Cleopatra, temiendo que sus palabras, léjos de desarmar, aumentasen el enojo de Antonio.

— Es negocio que sólo una mujer puede decidir en justicia. Escucha y fállalo despues á tu manera.

Antonio tomó asiento al lado de Cleopatra, y continuó diciendo:

— Se trata de un extranjero que hace ya años habita en Oriente, goza de poder y de fortuna, y es universalmente respetado y querido. Tiene en su patria hijos y esposa, y al abandonarla, dejó en ella un sinnúmero de amigos. Aquí en Oriente conoció á una mujer tan bella, tan seductora como tú; la amó con delirio y llegó á imaginarse que tambien era amado. Compartió con ella su poder y su fortuna; por ella abandonó su patria y su familia, y perdió la fama y los amigos. Adormecido con los encantos sobrenaturales de esta mujer, no vió que se acercaba por momentos el dia de su completa ruina. Te diré más para que conozcas toda la imbecilidad de este hombre: llegó á creerse poco ménos que inmortal, y no concibió otra dicha ni otro bien que el de vivir al lado de la mujer amada. Un dia despierta del letargo en que yacia sumido, y cae de sus ojos la funesta venda que le cegaba. La mujer objeto de su amor, y que él habia revestido con formas encantadoras, apareció en toda su repugnante desnudez; la traidora le vendia haciendo causa comun con sus enemigos, y conspiraba para arruinarle, prometiéndose en recompensa el amor del hombre que más le odiaba. ¿Qué te parece de la conducta de esta mujer?

Cleopatra, que habia escuchado atentamente las palabras de Antonio, y comprendido por el giro que habia dado á la conversacion cuán infundados fueron sus temores, contestó sin vacilar:

— Esa conducta es infame.

— ¿Y qué castigo merece la mujer que tan indignamente ha burlado la confianza de un hombre leal?

— El más severo de cuantos puedan imaginarse, contestó Cleopatra con la misma resolucion.

— Pues dicta tú misma la sentencia, porque esa mujer eres tú, y no ha de pasar esta noche sin que seas castigada.

Y diciendo esto, Antonio enseñó á Cleopatra el pergamino que le habia dado su esposa, y exclamó:

— Esta es la prueba que te acusa; juzga tú misma de su enormidad.

Cleopatra miró desdeñosamente el pergamino, y devolviéndoselo á Antonio dijo:

— No necesito verlo: desde luego lo reconozco.

— ¿Con ese descaro confiesas tu falsía?

— No me condenes sin oír otra consulta que á mi vez tengo que hacerte de un negocio que me importa decidir ántes de tu partida.

— Si intentas justificarte, será en vano; este pergamino contiene tu condenacion.

— Escucha, que yo te he escuchado ántes y bien merezco esta deferencia; á nadie se condena sin oírle, ni es propio del juez prudente fallar por el informe de una sola de las partes.

Cleopatra pronunció estas palabras con tal acento de dignidad, que logró imponer á Antonio, quien á pesar suyo tuvo que contestarle:



— Habla, que ya te escucho; pero sé breve.

— Lo seré. Se trata de una mujer que no es extranjera, que vivía muy tranquila en su país sin ambicionar más fortuna de la que disfrutaba. Un día, día aciago en extremo, llegó á su patria un extranjero dueño de inmenso poder y de colosal fortuna. Le mintió amor, y la mujer de quien te hablo cometió la indiscrecion de darle crédito. Omito el relato enojoso de un breve período de felicidad, que habia de desvanecerse al primer soplo de la desgracia. La envidia tendió lazos á la fortuna del extranjero, que adormecido en su aparente dicha, ó más bien arrebatado por el orgullo á imaginarias regiones, estaba muy léjos de sospechar la intriga de que era objeto. Aprovechándose sus enemigos de la especie de sopor en que le veían, intentaron seducir con lisonjeras promesas á la mujer de quien te he hablado, para inducirla á que tomara parte en la traicion. Cuando el dueño duerme, el esclavo fiel está más obligado que nunca á velar. Veló, pues, la heroína de mi historia, cuya dicha consistía en ser esclava del extranjero; comprendió que revelándole la intriga no hacia más que alejar un peligro, que más tarde ó más temprano habia de reproducirse; creyó en el exceso de su celo que el disimulo convendría más al mejor servicio de su amante, y guardando el secreto necesario en asuntos de tanta gravedad, contestó á los enemigos del extranjero, manifestándose dispuesta á secundar sus intenciones, y aparentando que estimaba su confianza como un servicio, porque de este modo podia estar al cabo de todos sus planes para desbaratarlos en el momento oportuno. Pintó como muy desesperada la situacion en que se hallaba su amante, á fin de que sus adversarios desprevenidos no utilizaran todos los medios de que podían disponer para perderle. Tampoco reveló á su



amante este doble juego con que aspiraba á probarle su amor; porque conociendo su carácter, sabia muy bien que habia de descuidar los elementos necesarios para su defensa. El extranjero, que como ese de que tú me hablabas ántes, tenia hijos y esposa, se vió un dia estrechado por los celos de su mujer, que no sé por qué medios logró hacerse de la carta artificiosa que su rival habia escrito á los enemigos de su amante. El extranjero no vió en aquel documento más que una prueba de infidelidad; y dejándose llevar, como es costumbre en los hombres, de la influencia de una mujer que acaso habia manejado toda la intriga, acusó de falsa y de desleal á su amante, y me ha pedido para ella el más severo castigo. Decide tú ahora como varon prudente. ¿Qué pena merece ese hombre tan crédulo para con sus enemigos, tan ingrato con los que le aman y favorecen?

Antonio quedó pensativo; estaba muy léjos de esperar la reconvenccion de Cleopatra, y no acertaba á explicarse cómo teniendo dañado el corazon podia conservarse tan serena, y dar á sus palabras un sello tan manifiesto de sinceridad.

— ¿No me contestas? Preguntó Cleopatra, despues de haber esperado en vano durante una larga pausa la resolucion de Antonio.

Este continuaba meditando, ó más bien dando tiempo inconscientemente á que produjese su efecto natural la fascinacion que sobre él ejercia Cleopatra.

Aquella mujer astuta comprendió que si dejaba pasar aquel momento de crisis se exponia á perderlo todo, y exclamó segura de la influencia que sus palabras habian de ejercer en el ánimo de Antonio:

— ¡Cuánta diferencia hay entre tu corazon y el mio, y cuán poco seguro estarás de la nobleza de tu proceder, cuan-

do ni aun siquiera te atreves á disculparlo! ¿Por qué callas? ¿Es que un hombre como tú no debe hablar en presencia de una mujer como yo, siquiera se vea ofendida y calumniada, ó es que se han trocado los papeles y el reo se ha convertido en acusador del juez?

— ¡Cleopatra!...

— Sí, ni aun te atreves á mirarme frente á frente: algun remordimiento se ha levantado en tu corazón.

— ¿Quién me asegura que es verdad cuanto me has dicho? En contra tuya tengo una prueba irrecusable: en tu favor no tengo más que tu testimonio. ¿Quién puede abonarte, desdichada?

— Mi conducta por espacio de tantos años; la razón natural, á cuya voz no hay para qué cerrar los oídos. ¿Piensas que en un solo día pueden morir sentimientos que han vivido por tanto tiempo? ¿Que ciertas pruebas de amor pueden darse cuando el corazón no las inspira? ¡Cuánto te engañas si tal crees! Medita con calma sobre lo que ha pasado entre nosotros; reflexiona cuerdamente sobre los móviles que han podido impulsarme á escribir esa carta á César, y ya que me supongas capaz de tanta perfidia, no me creas tan imbecil que pueda conspirar en contra de mis intereses más queridos.

— Tú has intentado buscar un apoyo para el día en que la desgracia me precipitase al abismo.

— ¿Y quién puede asegurar que lucirá ese día? ¿Lo han anunciado ya señales evidentes, ó al ménos razonables presunciones?

— Tú has podido temerlo.

— ¿Y en qué me fundaría? Verdad es que César, tu rival implacable, te tiende asechanzas en Roma; pero no que ca-



rezcas de amigos en la capital del imperio. No es tu poder inferior al suyo, ni él tiene tanta experiencia como tú en el arte de la guerra. La fortuna ha sido siempre incierta en las batallas; pero están de tu parte todas las probabilidades del triunfo. Prescindiendo ahora del poco ó mucho amor que te profesara, ¿habia de ser tan imprudente que me decidiera á dejar lo cierto por lo dudoso?

— Tú has vivido siempre como mujer precavida.

— Desmentiria con esa conducta mis antecedentes y mi carácter. Pero no hablemos más de este asunto, en el cual, por lo visto, no hemos de lograr entendernos. Ya he aprendido á conocerte, y esto me basta: huye con tu esposa inmediatamente de Alejandría; ve á caer en el lazo que se te ha tendido; abandónate desarmado al odio y á la venganza de tu rival codicioso; deja aquí tus amigos leales y los medios en que consiste tu defensa; abandóname tambien á mí, que he puesto á tu disposicion mi alma, mi trono, mis tesoros y mis ejércitos: y si el abandono te parece pequeño castigo para la fidelidad, si temes que viviendo yo ha de alzarse en tu conciencia más tarde ó más temprano un remordimiento terrible, entrega mi cuello al verdugo; mata tambien mis hijos, que son los tuyos; escandaliza al mundo con el espectáculo de tu monstruosa ingratitud. ¿Qué puede importarme ahora que por desgracia te he conocido? Cuanto más indigna y más cruel sea tu conducta para conmigo, más glorificada será mi memoria, y tambien las mujeres amamos la inmortalidad.

— ¡Ojalá que me fuera posible dar crédito á tus palabras! Pero te acusa una mujer cuyos labios no han mentido nunca, exclamó Antonio que aun pugnaba por resistirse, pero que ya estaba completamente perdido.



— Esa mujer está celosa.

— Pero no ha dejado de ser leal.

— Sus celos la extravían.

— Está inspirada por mi interes.

— Más por el suyo. Esa mujer, escondiéndose como una criminal, ocultando su nombre como temiendo deshonrarlo con un paso demasiado imprudente, ha venido aquí á disputarme mi único tesoro, y lo ha hecho á hurtadillas de su marido, olvidándose de su dignidad como toda mujer celosa, y no acudió á tí sino despues de haberse estrellado contra mi actitud digna y severa. Ella me llenó de insultos, á los cuales no contesté porque mi propio respeto me lo impedía y porque alguna compasion me daba de su desgracia. Era ademas la mujer de Antonio, y yo no podia arrojarla de mi palacio. ¡Ojalá lo hubiera hecho! No me veria ahora tan odiosamente calumniada.

— ¡Calla! Interrumpió Antonio, para quien era un remordimiento escuchar el lenguaje que su mujer inspiraba á la reina de Egipto; Octavia es incapaz de esos sentimientos que le supones.

— ¿Acaso soy yo quien la condena, quien siquiera la acusa? Muchas veces los necios confunden el orgullo con la virtud, y Octavia puede parecerme á mí más orgullosa que enamorada; pero no lo disputo, aunque quien como ella habla tanto de su derecho se acuerda muy poco de su amor. Sea. No la supongo yo iniciada en la intriga, cuanto ménos autora, sino dócil instrumento de los planes de tus enemigos. Ella, como toda mujer celosa, ve en su rival un monstruo de maldad y de perfidia, y está por lo tanto muy dispuesta á creer en todas las fábulas con que tus enemigos la han fascinado.

— ¡Imposible! Exclamó Antonio. Octavia ha dado infinitas pruebas de prudencia.

— Ojalá que tú tambien las dices en este instante. Dime: ¿cuál puede haber sido la intencion de César al poner esa carta en manos de su hermana? ¿Acaso llevarte á Roma para reconciliarse contigo? ¿Y qué iba ganando él con semejante reconciliacion? ¿Aumentar tu influencia, que tanto le estorba, y de la cual se muestra tan celoso? Pensar esto seria una locura. ¿Creyó quizas que yo le hablaba sinceramente, que estaba dispuesta á favorecer tu perdicion? ¿Cómo, entónces, se explica que divulgase un secreto de tal importancia?

— Es verdad.

— Ya ves cómo la razon natural nos está ayudando á desvanecer las dudas y calmar tus recelos. ¿No ves en todo esto una prueba de la grosera intriga en que tu cuñado ha querido envolvernos? ¿No comprendes que obrando sin reflexion caes en el lazo? ¿Qué le importa á César ni tu amistad, ni que vivas ó dejes de vivir con su hermana? El ha conspirado contra tí; él ha atizado los odios con que el espíritu de la envidia queria agobiarte en tu ausencia; él ha buscado pretextos fútiles para envolverte en la guerra civil descargando sobre tu nombre toda la responsabilidad. ¡Y habia de pensar ahora en una reconciliacion! ¡Habia de convertirse en tercero de los amores de su hermana!...

— ¡Oh! Dices bien...

— Quieran los dioses que no lo hayas reconocido demasiado tarde.

— Pero esta carta... esta carta...

— Está produciendo los efectos que sin duda deseaba Augusto. ¡Oh! ¡Cuánto se reirá de nosotros! De mí porque la



he escrito, de tí porque le has dado crédito. Hénos ya divididos como él se proponia; hénos ya olvidados de nuestros intereses y favoreciendo los suyos. Hará muy bien en reirse: nada hay en el mundo tan ridículo como nuestra conducta.

— No, no: los dioses no han abandonado nuestra causa. ¡Imbécil de mí que me dejaba apresar en una red tan grosera! ¡Oh Cleopatra! Tú eres el genio de mi salvacion como lo has sido de mi felicidad.

— Te engañas: la fatalidad preside á nuestros destinos; la muerte es el único bien á que podemos aspirar. Déjame abandonada al furor de esos hombres que me harán pagar con todo género de tormentos la pasion que te he tenido. Yo, mas feliz que tú, sabré morir libre; tú gozarás esclavo del bien que quiera concederte Augusto. Octavia te espera... ¿Por qué te detienes? Vuela con ella á Roma; quizas no consiste la dicha únicamente en la libertad y en el respeto de muchos pueblos; quizas la encuentres en sus brazos tan completa como nunca te has atrevido á imaginarla.

— Cleopatra, exclamó Antonio completamente rendido á la maligna elocuencia de aquella mujer, perdóname que haya dudado de tu sinceridad; perdóname una alucinacion momentánea que á ambos nos puede ser muy funesta. Yo tenia este documento que te condenaba; yo no podia adivinar el secreto de tu conducta.

— ¡Y podias sospechar en mí la más infame traicion; en mí que tantas pruebas te he dado de cariño; en mí que soy la madre de tus hijos, que no tengo otro porvenir que el tuyo, que por tantas y tantas consideraciones habia de compartir necesariamente tu prosperidad ó tu ruina!

— ¿A quién no ha cegado la indignacion?

— ¿Y por qué le has dado cabida en tu pecho?



— Yo no podia dudar de la sinceridad de Octavia.

— Ni yo la acuso. Ya te he dicho que la considero instrumento inconsciente de los planes de tus enemigos; pero esa mujer se cansa ya de sufrir un desden que yo no he motivado, y por virtud ó por orgullo, que por amor no lo concederé nunca, viene á reclamarme los derechos que tiene sobre tí. Yo se los devuelvo gustosa.

— ¡Cleopatra!

— Me ha insultado en mi mismo palacio, y yo no puedo consentir tanto oprobio. Ojalá nunca te hubiera conocido. ¿Por qué viniste á robarme mi tranquilidad?

— Tú has gozado pacíficamente de todas las felicidades con que nos brinda el amor; no has tenido en tu conciencia un remordimiento incesante, ni un recuerdo que continuamente te presentara á los ojos tu delito; tú no has tenido que abandonar para seguir á tu amor tu patria, tu familia, tus amigos; sobre tu nombre no han caido acusaciones terribles, ni te ves en peligro de perder la mitad del imperio del mundo.

— He hecho más, infinitamente más, exclamó Cleopatra, aparentando un enojo que estaba muy léjos de sentir, y esforzándose por disimular la inmensa alegría que le causaba el repentino cambio de sentimientos que se habia verificado en aquel hombre tan fácil para dejarse dominar por una mujer; he hecho infinitamente más que tú, puesto que he identificado mi causa con la de un extranjero, dominador de los pueblos que son mis naturales amigos y aliados. Me he cerrado todos los caminos que pudieran salvarme al llegar el caso de tu abandono, que debí prever, porque es loco quien fia en la constancia del corazón humano.

— La mia es inalterable.

— Tu conducta te desmiente; eres tan inconstante como los demas hombres. Pero escucha, que aun no han concluido mis justas acusaciones, y pues hemos llegado á este caso, quiero decirte todo. Rota desde este momento nuestra alianza, mi suerte queda al arbitrio de Augusto, que no dejará de vengarse en mí del abandono en que ha vivido Octavia, aunque sólo sea para justificar ante el mundo la conducta que siga contigo. Si su enojo me perdona, lo cual no me parece probable, faltándome tu apoyo, ¿cómo me mirarán los pueblos de Oriente? No me perdonarán nunca la estrecha union en que he vivido con su opresor, y todos se conjurarán para derribarme del trono; mis hijos, proscritos, errantes en país extranjero, privados de la proteccion de su padre, que será su primer enemigo, no tendrán un palmo de terreno en qué descansar, ni podrán volver los ojos á una comarca amiga. Y todo por tí, por ese funesto amor en que me hicistes creer cuando tan dispuesto estabas á borrarlo de tu pecho. Los que me han conocido esclava dócil de tu voluntad, me llaman la manceba de Antonio; y este título infamante que ántes era mi orgullo, será de hoy en más la sentencia que me condene á muerte. Yo acepto gustosa la suerte que me está reservada, puesto que nadie tiene la culpa de que haya dado crédito á tus palabras engañadoras; pero bueno es que sepas todo el mal que me has causado para que me venguen tus propios remordimientos. Nada hay ya de comun entre nosotros; vuelve á esa patria que te llama con tanto empeño, y á los brazos de esa esposa inconsolable por tu ausencia; déjame abandonada á mi destino, y ¡ojalá que nunca turben tu dicha y tu reposo las nuevas del infortunio que se dispone á herirme con mano implacable!



Los ojos de Cleopatra se habian cuajado de lágrimas hipócritas, que ejercieron sobre Antonio una influencia aun más decisiva que las palabras.

Todos aquellos propósitos de abandonar la vida de desórdenes á que se habia lanzado, de romper la funesta cadena con que Cleopatra le oprimia, y volver á Roma para compartir con Augusto la direccion de los negocios del imperio y recobrar su ya perdida fama de buen padre, buen esposo y buen repúblico, se desvanecieron en un momento, y ya no vió más Antonio que el fingido dolor de Cleopatra, ni consultó otros intereses que los de su funesta pasion, tanto más encendida cuanto más contrariada.

Como si Cleopatra lo necesitase para dejarse vencer, Antonio le dirigió las súplicas más ardorosas y le hizo los más sagrados juramentos de que nunca la abandonaria al destino que tanto la horrorizaba.

Cleopatra comprendia perfectamente que cuanto más insistiese en la resistencia, tanto más duradero seria su triunfo, y se mostró muy poco dispuesta á revocar su resolucion.

Por otra parte, Antonio no habia pronunciado aun la palabra que ella necesitaba; no se habia comprometido á quedarse en Oriente y hacer que Octavia regresase sola y desprovista de toda esperanza al lado de su hermano.

Pero Antonio no estaba ya en situacion de negar lo que pretendia la reina, y accedió al fin á aquella terrible exigencia, que habia de ser el origen fatal y necesario de su ruina.

Verificada la reconciliacion, no volvió á salir del palacio de Cleopatra, y envió á uno de sus tenientes á la residencia de Octavia para que le notificase el disgusto con que habia



visto el triunviro su innecesaria visita á Alejandría, y la orden expresa de abandonar el puerto al amanecer en un buque que al efecto se le habia preparado, debiendo hacer el viaje bajo la custodia de gentes que poseian toda la confianza de Antonio.

Octavia devoró en secreto este nuevo agravio, infinitamente mayor que cuantos hasta entónces habia recibido; pero sintiéndolo más por Antonio que por ella misma, y comprendiendo que tan imprudente conducta colmaba la medida del sufrimiento de Augusto y encendia la guerra civil, tranquila por haber hecho de su parte cuanto podia para impedirlo, se dispuso á obedecer las órdenes de su esposo.

---

---

## LIBRO SEXTO.

### EL OPRESOR DE ROMA.

---

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### LA MUERTE DE ANTONIO.

El sangriento agravio inferido á Octavia por Antonio y su concubina, agotó la paciencia de Augusto, y le proporcionó al mismo tiempo la justificación que deseaba para entablar con su cuñado una lucha decisiva.

Los dioses parecieron proteger las intenciones de César.

Multitud de señales funestas y terriblemente amenazadoras para Antonio, se manifestaron ántes de que estallase la guerra.

Pisaura, colonia fundada por Antonio en el mar Adriático, se hundió en el seno de la tierra á consecuencia de un terremoto; una estatua que los ciudadanos de Alba habían erigido en honor del triunviro, estuvo algunos días cubierta de sudor, sin que fuese posible enjuagarla; hallándose Antonio en Patras, cayó un rayo en el templo de Hércules, á quien llamaba su ascendiente glorioso, y lo redujo á cenizas en pocas horas; en la Gigantomaquia de Aténas, un violento huracan arrancó la estatua de Baco, arrastrándola



hasta el Teatro y derribando tambien la de Humenes y Atalo, en cuyos pedestales estaba escrito el nombre de Antonio; finalmente, en la galera almirante de Cleopatra, que la reina distinguia con el nombre de Antonio, una pareja de golondrinas hizo su nido en la popa, y habiendo llegado otras, las arrojaron de allí matándoles los polluelos.

Tantas coincidencias reunidas excitaron la supersticion de Antonio, y estuvo algun tiempo indeciso sobre el partido que deberia tomar; pero la suerte estaba echada y no era posible retroceder; si él no se adelantaba en busca de su enemigo, César le saldria al encuentro, porque ya habia llegado á tal extremo la rivalidad, que ambos no cabian en el mundo. Antonio, pues, siguiendo el dictámen de sus amigos y los deseos de su corazon, se decidió á emprender la guerra.

A sus órdenes estaban más de quinientas naves, muchas de ellas con ocho y diez bandas de remos, pero armadas de manera más propia para una pompa triunfal, que para un combate marítimo.

Su ejército se componia de doscientos mil infantes y doce mil caballos, y habian acudido en su socorro varios reyes que eran sus aliados. Los que no pudieron asistir en persona, como le sucedió á Herodes, enviaron sus ejércitos. Hasta el mismo rey de los medos le suministró refuerzos considerables.

Las fuerzas de César se componian de doscientas cincuenta naves de guerra, ochenta mil infantes, y casi tanta caballería como su enemigo.

El imperio de Antonio se extendia desde el Eufrates y la Armenia hasta la mar Jónica y la Iliria; el de César abarcaba los países situados entre Iliria y el Océano occidental, y desde este Océano hasta los mares de Etruria y Sicilia,



con aquella porcion del Africa que da frente á Italia, casi toda Galia, y España hasta las columnas de Hércules.

La inmensa superioridad numérica del ejército que mandaba Antonio parecia bastante para asegurarle pronta y completa victoria; pero su pérdida estaba decretada, y quiso el destino cerrarle los ojos para hacerle caer en el fondo del más espantoso abismo.

La conveniencia le aconsejaba presentar la batalla en tierra y á campo abierto; pero Cleopatra, que queria presenciaria, le persuadió de que debia renunciar á esta idea y trabar el combate en el mar.

En vano se opusieron á este delirio los generales y consejeros de Antonio; Cleopatra insistió en su capricho, y aquel esforzado guerrero no supo resistir al fatal dominio que aquella mujer ejercia sobre él para deshonorarle.

La tripulacion era bisoña, las naves pesadas y poco provistas de los elementos necesarios para la empresa; las de César eran ligeras, podian maniobrar con facilidad extremada, y abundaban en ellas las provisiones.

Este capitán tenia anclada su flota en los puertos de Tarento y Brindis. Impaciente por terminar la contienda, envió á decir á Antonio que no perdiera un tiempo precioso y eligiera cuanto ántes el sitio del combate.

Ambas escuadras se dieron vista cerca del promontorio de Accio, donde con una feliz estratagema Antonio logró engañar á César.

Canidio mandaba el ejército de tierra, y aconsejó á Antonio que, enviando á Cleopatra á Egipto, desistiese del combate naval.

— No hay deshonor para tí, le decia, en ceder el mar á Augusto que es más experimentado que tú en los combates

marítimos; pero seria extraño que con experiencia consumada en los de tierra, hicieras inútil el valor de tus legiones, dispersándolas en las naves para consumir sin fruto su fuerza y su energía.

Los antiguos guerreros que tantas veces habian vencido bajo el mando de Antonio, y que tenian sus cuerpos llenos de honrosas heridas, exclamaban:

— General, ¿por qué desconfias de estas cicatrices y de estas espadas, y pones tus esperanzas en un casco de madera podrida? Deja á los egipcios y fenicios los combates navales, y danos la tierra á nosotros que estamos acostumbrados á combatir á pié firme y á vencer ó morir.

Todas estas reflexiones eran inútiles; Cleopatra no desistia de su capricho, y Antonio no tenia voluntad para resistir á los funestos antojos de aquella mujer.

Pero hemos dicho mal; no era un capricho lo que obligaba á Cleopatra á desear el combate en el mar: era que viendo decaer la estrella de Antonio, se disponia á abandonarle, y tenia ya preparada la huida, para el caso en que todo se perdiera. Antonio montó en la nave almirante, pero en los tres dias siguientes no se pudo entablar la batalla, porque el mar estaba tempestuoso.

Al cuarto dia bajó el viento y se restableció la calma: ambas flotas marcharon á encontrarse. Antonio y Públicola conducian el ala derecha, y Cecilio la izquierda; Marco Octavio y Marco Insteyo ocupaban el centro.

César habia dado el mando del ala izquierda de su armada á Agrippa, reservándose para sí el de la derecha.

Los restos de los ejércitos que no se habian embarcado, quedaron á las órdenes de Canidio el de Antonio, y de Tauro el de Augusto.



Antonio recorría la línea del combate en una chalupa, exhortando á los soldados para que combatieran á pié firme, puesto que lo permitía la solidez de las naves.

César tomó tambien sus disposiciones, y á las seis de la mañana, á favor de una ligera brisa, se trabó el combate, calmándose así la impaciencia que ya devoraba á los guerreros de uno y otro bando.

Las naves no chocaron con violencia; las de Antonio maniobraban con pesadez, y los combates fueron cuerpo á cuerpo, teniéndose que reunir tres ó cuatro de los buques de César para atacar á uno solo de los de Antonio.

El éxito de la batalla permanecía indeciso, cuando de repente se vió que sesenta naves de las de Cleopatra desplegaron sus velas y se retiraron del combate. Atravesaron por entre los combatientes poniendo en desórden los macizos buques de Antonio.

Con grande sorpresa de los enemigos tomaron el rumbo del Peloponeso.

Esta decepcion produjo en Antonio los más tristes efectos. Léjos de mostrar la prudencia necesaria en un general, ó al ménos el valor y el buen sentido del último de sus soldados, tan luégo como vió desplegar sus velas la nave que montaba Cleopatra, abandonó traidoramente á los que combatian y morian por él, y subiendo á una galera de cinco bandas de remos, sin permitir que le acompañasen más que dos amigos, siguió á la causa constante de todas sus desventuras. Al acercarse á la almirante egipcia, fué reconocido y se le admitió á bordo; pero sin ver á la reina y sin ser visto de ella, fué á sentarse solitario en la proa, guardando profundo silencio y manteniéndose en actitud sombría, sosteniendo la cabeza con ambas manos.



Tres días permaneció en este estado, bien porque le tuviese irritado la conducta de Cleopatra, bien porque sintiera vergüenza de verla; pero cuando llegaron al cabo de Ténaro, las damas de Cleopatra dispusieron que tuviesen una entrevista particular, y en ella se reconciliaron.

La flota entera se habia perdido, pero el ejército permanecia intacto. Antonio dió orden á Canidio para que se retirase al Asia, distribuyó sus riquezas entre sus amigos, y se encaminó al Africa, dejando á Cleopatra en Egipto.

Errante y vagabundo estuvo en una vasta soledad sin más compañía que un amigo griego y otro romano. Allí supo que Canidio se habia pasado al bando de César, y le afectó tan dolorosamente la noticia de esta traicion, que quiso darse la muerte; pero á instancias de sus amigos regresó á Alejandría, donde encontró á Cleopatra ocupada en defender con fortalezas y presidios aquellos puntos que daban fácil ascenso á sus estados.

Las traiciones continuaban sin interrupcion; varios reyes de los que le habian ayudado con socorros, ó permanecian indiferentes ó apoyaban la causa de César. De este número fué Herodes que, previendo la total ruina de Antonio, no quiso ver arrastrado en ella su trono vacilante.

Antonio parecia no cuidarse ya ni de sus amistades ni de su fortuna; quizas convencido de que era inevitable su pérdida, quiso pasar en el placer las horas que le quedasen de vida. Alejandría fué teatro de las más locas disipaciones, de las más escandalosas prodigalidades.

Cleopatra, más incierta respecto al porvenir, procuraba por una parte halagar á César para tenerle dispuesto en su favor si la fortuna le coronaba con la victoria decisiva, y por otra reunia todos los venenos que producen la muerte,

ensayándolos en prisioneros condenados al último suplicio.

Estas experiencias se repetían diariamente, y observó que la mordedura del áspid era la única que no producía convulsiones ni terribles padecimientos, pues causando únicamente una especie de sopor, debilitaba los sentidos y preparaba á una muerte tan dulce, que los que se hallaban en aquel estado soñoliento, se incomodaban si alguno quería despertarlos.

Sin embargo, Cleopatra y Antonio enviaron embajadores á César: aquella, para pedirle que asegurase á sus hijos la sucesion en el trono de Egipto; Antonio, para rogarle que le dejase vivir en Aténas como simple particular, si no queria permitirle que acabara su existencia en Egipto.

César rechazó las pretensiones de Antonio, y no satisfecho con esto envió á decir á Cleopatra que le otorgaria su clemencia con la condicion de que matase á su amante ó le desterrara de sus estados.

Viéndose precisado César á regresar á Roma, donde le llamaba el interes de la república, quedó diferida la guerra; pero á la entrada del invierno se reanudó, invadiendo Augusto la Siria y sus lugar-tenientes el Africa.

Antonio provocó á César á un combate personal; pero César le contestó que otros caminos tenia abiertos para buscar la muerte si la deseaba.

Acosado por tantos infortunios, Antonio volvió á recobrar la energía y grandeza de otros tiempos, y convencido de que la muerte más gloriosa seria para él la que encontrase en el combate, se decidió á buscarla, atacando á César por tierra y por mar.

Fué tradicion por mucho tiempo recibida, que durante la noche que precedió á la batalla, en tanto que la ciudad es-



taba sumida en el silencio y la consternacion, por efecto del horror que en todos producía la incertidumbre de los sucesos que iban á ocurrir, se oyó de repente á lo léjos una armonía de todo género de instrumentos, á los cuales se mezclaban gritos de alegría, cantos de regocijo, y el bullicioso rumor de las danzas de los sátiros, formando un concierto semejante al que solía acompañar las fiestas de Baco.

Decían los supersticiosos que era aquel el rumor de una procesion báquica que, atravesando la ciudad, se dirigía al campo de César, y que esto era una señal evidente de que abandonaba á Antonio el Dios que siempre había procurado imitar.

Al despuntar el alba formó Antonio su ejército en las alturas que dominan á Alejandría; allí vió sus naves, que salían al encuentro de las de César.

Esperó sin hacer ningun movimiento hasta ver el éxito del ataque; pero cuando su flota se acercó á la de Augusto, los tripulantes la saludaron con los remos y se incorporaron á ella: ambas flotas, no formando desde entónces más que una, pusieron la proa contra la ciudad.

Inmediatamente desertó la caballería, y los infantes fueron desbaratados en un solo encuentro.

Tan completo y rápido abandono le persuadió de que Cleopatra le había vendido, y entró en la ciudad acusándola á voces de haberle entregado á aquellos con quienes combatía por su funesto amor.

Entónces Cleopatra, temiendo el enojo y la desesperacion de su desgraciado amante, se retiró á un panteon que había mandado construir, é hizo que anunciasen su muerte á Antonio. Esta nueva colmó la desesperacion del infortunado general.



— ¿Qué esperas aun, Antonio, exclamaba, si te ha robado la fortuna el único bien que te hacia amable la vida?

Diciendo estas palabras, y otras que daban claro testimonio de su completa desesperacion, entró en su aposento, se desnudó la coraza y exclamó con acento sombrío:

— ¡Ah, Cleopatra! No me quejo de verme privado de tu presencia, puesto que dentro de un instante me uniré contigo. Lo que me aflige es que, habiendo sido un capitán tan poderoso, un ánimo tan esforzado, me vea vencido en valor y magnanimidad por una débil mujer.

Estaba esperando sus órdenes en el más respetuoso silencio un esclavo fiel llamado Ero, á quien mucho tiempo ántes habia hecho jurar que le mataria tan luégo como se lo mandase, dándole de este modo la última prueba de cariño y fidelidad. Antonio se volvió á él, y con voz suplicante le exigió el cumplimiento de su promesa. Ero desnudó su espada y la levantó como si fuera á herirle; pero volviendo la cabeza, atravesó con ella su propio cuerpo, yendo á exhalar el último suspiro á los piés de su señor.

— ¡Generoso Ero! Exclamó entónces Antonio. Tú me enseñas con el ejemplo á hacer por mí mismo lo que no has tenido valor para hacer conmigo.

Y pronunciando estas palabras se hundió la espada en el pecho, dejándose caer en el lecho de muerte.

La herida no era bastante para causársela instantánea; al acostarse Antonio se le detuvo la sangre, y habiendo recobrado sus sentidos, presa de horribles dolores, pidió á los que le rodeaban que acabasen con su existencia.

Todos huian de la estancia y le dejaban gritar y morir en el abandono; los unos por ingratitud, los otros porque no podian resistir al horror de aquel espectáculo.

Sin embargo, los dioses no quisieron negarle el último consuelo. Movida Cleopatra á compasion por las noticias que recibia de Antonio, ó convencida de que ya nada tenia que temer ni de su enojo ni de su influencia, envió á su secretario para que lo hiciera conducir al panteon en que ella se ocultaba.

Desde que Antonio supo que Cleopatra vivia, rogó con insistencia á sus esclavos que le llevaran á donde pudiese verla y hablarla. Lleváronle, en efecto, en sus brazos hasta la entrada del panteon.

Cleopatra no abrió desde luégo las puertas; pero asomándose á una de las ventanas del magnífico monumento, arrojó desde ella varias cadenas y cuerdas para suspender á Antonio, y ayudada de las dos únicas mujeres á quienes habia permitido seguirla á aquel fúnebre lugar, logró tener á su lado al general moribundo.

Los testigos presenciales de aquella triste escena, declararon unánimes que nunca habian visto espectáculo más digno de compasion.

Antonio, cubierto de sangre y no conservando ya más que un soplo de vida, extendia hácia Cleopatra sus manos temblorosas, ayudándose en la ascension tanto como sus escasas fuerzas se lo permitian.

El trabajo era demasiado rudo para débiles mujeres: Cleopatra, con los brazos rígidos y el semblante descompuesto, tiraba de las cuerdas con esfuerzo varonil, miéntras que los que permanecian abajo la animaban con sus voces y le ayudaban cuanto podian.

Tan luégo como Cleopatra logró introducir á Antonio en el panteon, desgarró sus velos cubriéndole con sus lágrimas; despues, golpeándose el pecho y maltratándose el cuer-



po con sus propias manos, enjugó la sangre que cubria el rostro de Antonio y le saludó con los nombres de señor, esposo y jefe supremo. La lástima que le inspiraban los padecimientos de Antonio la ponía en estado de olvidarse de los suyos.

Antonio, despues de haber procurado consolar las lamentaciones de Cleopatra, pidió un poco de vino, ó porque realmente tenia sed, ó porque esperaba que esta bebida apresuraria su fin.

Despues de beber exhortó á Cleopatra á que tomase medidas para ponerse en salvo, miéntras pudiera hacerlo sin deshonorarse, y le recomendó que se fiara de Proculeyo con preferencia á los demas amigos de César.

Le suplicó que no se afliera demasiado por aquel último infortunio, sino que al contrario le felicitase por los muchos bienes de que habia gozado durante su vida, pues habia tenido la dicha de ser el más ilustre y poderoso de los hombres, y sobre todo, podia gloriarse al concluir su carrera de no haber sido vencido, él romano, sino por otro romano.

Concluidas estas palabras espiró.

En aquel momento llegó Proculeyo, enviado por César.



---

## CAPÍTULO II.

---

### EL ÁSPID.

Tan luego como Antonio se hirió y fué trasladado al lugar en que se ocultaba Cleopatra, Derceteo, uno de sus guardias, ocultó bajo su manto la espada del general, y saliendo furtivamente del palacio la presentó á César, tinta aun en sangre, como testimonio irrecusable de la muerte de Antonio.

Al recibir César esta fúnebre noticia, se retiró al fondo de su tienda y lloró con lágrimas sinceras la muerte de aquel que habia sido su aliado, su colega en el imperio; que habia compartido con él los peligros de tantos combates y la direccion de tan graves asuntos políticos.

En seguida llamó á sus amigos y les leyó las cartas que habia escrito á Antonio y las contestaciones que habia recibido, haciéndoles observar que á sus proposiciones, siempre justas y razonables, habia respondido Antonio con arrogancia y fiereza.

Despues de esto envió á Proculeyo al palacio con órden de apoderarse de Cleopatra viva si aun era tiempo, porque ademas de temer la pérdida de los tesoros de la reina, pen-

saba que nada seria tan glorioso para él como hacerla servir al ornamento de su triunfo.

Pero Cleopatra, que habia perdido ya todas sus esperanzas respecto á César, no consintió en ser prisionera de Proculeyo.

Sin embargo, celebraron una larga conferencia á la puerta del panteon, fuera de la cual se mantenía el enviado de César; y aunque la puerta estaba bien asegurada por dentro, la voz pasaba fácilmente.

Allí impuso Cleopatra sus condiciones, que consistian en la conservacion del reino de Egipto para sus hijos, y Proculeyo le aconsejó que se confiase á la clemencia de César, entregándose á él, y encomendándole todos sus intereses por grandes y sagrados que fueran.

Despues de haber observado Proculeyo con todo el detenimiento posible las disposiciones del lugar, fué á referir á César cuanto le habia ocurrido, y éste envió en seguida á Galo para que tuviese otra conferencia con Cleopatra.

Galo tuvo tambien que hablar por la parte exterior de la puerta del fúnebre monumento, pero prolongó intencionalmente la conversacion; y miéntras tanto Proculeyo, habiendo acercado una escala á la muralla, penetró en el interior de la tumba por la misma ventana que habia servido para la ascension de Antonio.

Inmediatamente, seguido de dos servidores que habian subido con él, bajó á la puerta donde estaba Cleopatra, atenta á lo que le decia Galo.

Una de las damas que habian acompañado á la reina á aquel tristísimo retiro, observando, aunque tarde, la llegada de aquellos hombres, exclamó:

— ¡Infortunada Cleopatra, eres prisionera de César!



Al oír estas palabras se volvió la reina y vió á Proculeyo.

Desnudó un puñal que llevaba siempre á la cintura, é intentó sepultarlo en su pecho, prefiriendo la muerte á quedar abandonada á su enemigo; pero adelantándose Proculeyo, y sujetándola con ambos brazos, la impidió la acción diciéndole:

— Cleopatra, eres injusta con César y contigo misma, queriendo privarle de la mejor ocasion para que brillen sus sentimientos generosos, y dándola para calumniar al más clemente de los jefes que hay en el imperio, como si fuese un hombre impío é implacable en sus enojos.

Y diciendo esto le quitó el puñal de la mano, y sacudió el vestido de la reina para asegurarse de que no ocultaba ningun veneno.

César envió en seguida, para que acompañase á la reina, á uno de sus libertos llamado Epafrodito, con orden de velar para que no atentase contra su vida, pero de concederle cuantos deseos manifestase.

Varios reyes y capitanes pidieron el cuerpo de Antonio para tributarle los honores de la sepultura; pero César no quiso privar de él á Cleopatra, á quien permitió hacerle los funerales en la forma y con la ostentacion que quisiera, y ella le amortajó con sus propias manos y con magnificencia verdaderamente régia.

El exceso de su aficcion unido á los dolores que sentia, porque tenia el pecho herido por los golpes que se habia dado, le produjeron una fiebre violenta.

Se valió con júbilo de este pretexto para negarse á tomar alimento, en la confianza de que de este modo se daria la muerte sin obstáculo alguno. Comunicó este proyecto á



Olimpio su médico de cámara, y éste se prestó á favorecerlo; pero César, que tenia algunas sospechas de las intenciones de Cleopatra, la hizo desistir amenazándola severamente, y haciéndole temer para sus hijos la suerte más desgraciada.

Pocos dias despues Augusto fué á visitar á la reina, no sólo por cortesía, sino tambien para consolarla.

La encontró acostada en un lecho casi mezquino, y al parecer muy enferma.

Desde que entró César, Cleopatra saltó al suelo aunque no tenia más vestido que una túnica sencilla, y se arrodilló ante el vencedor con los cabellos en desórden, las facciones descompuestas, la voz temblorosa, los ojos fatigados á fuerza de derramar infinitas lágrimas, y el seno herido por los golpes con que habia demostrado su desesperacion: en una palabra, su cuerpo se hallaba en un estado tan lastimoso como su espíritu.

Sin embargo, su gracia natural y el orgullo que le inspiraba su belleza, no se habian extinguido completamente, y desde el fondo del abatimiento á que estaba reducida, salian como resplandores divinos que irradiaban en su semblante.

César la obligó á que volviera al lecho, y se sentó á la cabecera.

Cleopatra empezó á justificarse. Obedeciendo á su carácter desleal y malévoló, intentó descargar la responsabilidad de todo lo sucedido sobre Antonio, procurando convencer á César de que habia obrado guiada por el temor que le inspiraba el triunviro.

Pero los cargos de Augusto eran incontestables, y los hechos acusaban á la reina.

Entónces procuró excitar la compasion de su enemigo, y recurrió á las súplicas para hacerle creer que deseaba la vida, acabando por entregarle un estado de todas sus riquezas.

Seleuco, uno de sus tesoreros, la reconvino porque ocultaba y sustraia una parte, y levantándose Cleopatra con la velocidad propia de una ardilla, le cogió por los cabellos y le abofeteó.

César no pudo contener la risa ante aquel cómico arrebató, y quiso tranquilizarla.

— ¿No es horrible, oh César, le dijo, que cuando no te has desdeñado de venir á visitarme y de tener conmigo una conferencia en el estado lastimoso en que me veo, mis propios criados se atrevan á calificar de crimen el hecho de haber guardado algunas alhajas de mujer, no para adornarme con ellas, desgraciada de mí, sino para hacer algunos presentes insignificantes á tu hermana Octavia y á Livia tu esposa, á fin de que la proteccion de ambas te hiciera más clemente y dulce para conmigo?

César quedó encantado de oirla hablar de esta manera, no dudando ya de que habia recobrado el amor á la vida; le dejó cuantas alhajas habia ocultado, y despues de darle seguridades de que la trataria excediendo á sus esperanzas, se retiró persuadido de que la habia engañado, y muy léjos de suponer que él era la víctima del engaño.

Entre los amigos de César habia un jóven perteneciente á una de las familias más nobles de Roma, llamado Cornelio Dolabella, el cual, compadecido de las desgracias de Cleopatra, se habia comprometido á ruegos suyos á darle aviso de cuanto ocurriera.

Le notició secretamente de que César se disponia á vol-



ver á Italia por la Siria, y que habia resuelto hacerla partir en el término de tres dias con sus hijos.

Cleopatra pidió licencia á Augusto para hacer efusiones fúnebres sobre la tumba de Antonio, y Augusto se la concedió.

La reina hizo que la trasladasen al lugar de la sepultura, y allí, arrojándose sobre la tumba en presencia de sus damas, exclamó con acento desgarrador:

— ¡Querido Antonio! Há poco que deposité tus restos en este último asilo; entónces aun era libre. Ahora derramo estas libaciones sobre tus tristes despojos, cautiva y vigilada, porque temen que desfigure con mis golpes y mis gemidos este cuerpo reducido á la esclavitud y reservado para esa pompa con que van á celebrar el triunfo que han conseguido sobre tí. No esperes de Cleopatra más honores que estas libaciones fúnebres: son los últimos que te ofrecerá, puesto que quieren arrancarla de tu lado. Miéntas hemos vivido nada fué bastante á separarnos, y ahora la muerte nos va á alejar á ambos del lugar de nuestro nacimiento. Romano, tu quedarás en esta tierra de Egipto, y yo ¡desgraciada de mí! seré enterrada en Italia. Dicha será para mí hallar la sepultura en los lugares donde tú nacistes. Si los dioses de tu país tienen alguna fuerza y algun poder, puesto que los nuestros nos han hecho traicion, no abandonen á tu desgraciada amante, no consientan que triunfen de tí llevándola á ella en triunfo, ocúltame aquí contigo, déjame compartir tu tumba, porque entre los infinitos males que me agobian, ninguno es tan grande ni tan horroroso como el tiempo que me han obligado á vivir sin tu compañía.

Después de haber exhalado sus quejas en estos términos,



coronó la tumba de flores, la besó, y mandó en seguida que la preparasen un baño.

Después de haberlo tomado, se sentó á la mesa é hizo que le sirvieran una comida magnífica.

Mientras estaba comiendo, llegó un campesino que traía un cesto; los guardias le preguntaron lo que contenía, y aquel hombre descubrió el cesto, separó las hojas, y les hizo ver que estaba lleno de fruta.

Los guardias admiraron el tamaño y buena apariencia de aquellos frutos, y el campesino sonriéndose les invitó á probarlos. Esta franqueza desvaneció toda sospecha y le dejaron pasar.

Cuando Cleopatra acabó de comer, envió una carta á César, y en seguida mandó salir á cuantos estaban en el aposento, excepto dos damas que por orden suya cerraron la puerta.

La carta sólo contenía súplicas ardientes y conmovedoras para que permitiese Augusto que se enterrara á Cleopatra al lado de Antonio.

Esto reveló á César lo que había hecho la reina de Egipto.

Al principio quiso volar él mismo á su socorro; pero dudando de parecer, envió á uno de sus amigos para que le informase de lo que hubiera pasado.

La muerte de Cleopatra fué rápida en extremo, pues los amigos de César, á pesar de su diligencia, encontraron los centinelas en sus puestos, ignorantes de la catástrofe que acababa de ocurrir.

Abrieron las puertas y vieron á la reina cadáver, recostada en un lecho de oro y vestida con las ropas reales.

Iras, una de sus damas, estaba muerta á sus piés, y la otra, llamada Charmium, ya moribunda, apenas podía sos-

tenerse, y le arreglaba la diadema con que se habia ceñido la frente.

Uno de los amigos de César exclamó arrebatado por la cólera:

— ¡Bello espectáculo, Charmium!

— En efecto, muy bello, contestó la dama, y digno de una mujer como mi reina.

No dijo una palabra más, y cayó muerta á los piés del lecho.

Oculto entre los frutos y tapado con las hojas, habian llevado á Cleopatra un áspid. Ella lo habia ordenado así, con el objeto de que al tocar las frutas el áspid le mordiese sin observarlo; pero al ver las frutas vió tambien al reptil.

— Ahí está, exclamó, y le presentó su brazo desnudo para que lo mordiera.

Otros pretendian que Cleopatra guardaba el áspid en un vaso, y que habiéndolo provocado con un alfiler de oro, el animal irritado se avanzó á ella y le mordió en el brazo.

Aunque esta opinion está muy admitida entre los historiadores, la verdad es que nada se sabe con exactitud respecto á la causa de su muerte.

Se dijo tambien que llevaba veneno en una aguja hueca con que adornaba su cabellera. Sin embargo, no apareció en su cuerpo señal alguna que denunciase el tósigo, ni se encontró el áspid en su habitacion. Algunos sostuvieron, no obstante, que se observaba en el brazo de Cleopatra la señal casi imperceptible de la mordedura, y á esta opinion fué á la que se inclinó César, porque despues de su triunfo erigió una estatua á Cleopatra, con un áspid rodeándole el brazo.

Augusto admiró la magnanimidad de aquella mujer, y



ordenó que la enterrasen al lado de Antonio, con la magnificencia debida á su rango, y se les tributarán exequias honrosas.

Cleopatra murió á la edad de treinta y nueve años, despues de haber reinado veintidos y gobernado con Antonio más de catorce.

Antonio tenía al morir, segun unos cincuenta y tres años, y segun otros cincuenta y seis.

Todas sus estatuas fueron derribadas, pero las de Cleopatra permanecieron sobre sus pedestales; su amigo Arquidamo dió á César mil talentos para que no tuviesen la misma suerte que las de Antonio.

Este dejó siete hijos de sus tres mujeres. Antilo, que era el mayor de los que había tenido de Fulvia, fué el único á quien mandó matar César; Octavia recogió los otros y los hizo educar con los suyos. Casó á la jóven Cleopatra, hija de la reina de Egipto y de Antonio, con el rey Juba. Elevó á Antonio, hijo segundo de Fulvia, á tal grado de fortuna, que era en Roma el tercer personaje en crédito y poder.

Octavia tuvo de Marcelo, su primer marido, dos hijas, y un hijo llamado tambien Marcelo, el cual fué adoptado por César, que le eligió para yerno, y es el mismo que figura con este nombre en el libro XVI de *La Eneida*.

En cuanto á las dos hijas de Antonio y de Octavia, una casó con Domicio Enobarbo, y la otra, llamada Antonia, tan célebre por su hermosura como por su virtud, dió la mano de esposa á Druso, hijo de Livia é hijastro de César.

De este matrimonio nacieron Germánico y Claudio, que fué despues emperador.

De los hijos de Germánico, el uno, nombrado Calígula, despues de un reinado muy corto que será siempre célebre



por su demencia, fué muerto con su mujer y su hija; y la otra, llamada Agrippina, casó en segundas nupcias con el emperador Claudio, el cual adoptó al hijo que tenia su mujer del primer matrimonio, y le llamó Neron Germánico.

Este fué el mismo Neron que mató á su madre, y que estuvo á punto de destruir el imperio romano con sus locuras y sus crímenes.

Era quinto descendiente de Antonio<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Casi todo este capítulo está traducido poco ménos que literalmente de la *Vida de Marco Antonio* por Plutarco.

---

### CAPÍTULO III.

---

#### OCTAVIO AUGUSTO.

Si alguna explicacion pudieran tener los extremos de dolor á que se entregó Cleopatra con motivo de la muerte de Antonio, y que habrán parecido al lector una contradiccion gravísima del carácter de aquella mujer, que en el discurso de esta historia se ha manifestado tantas veces, ya desnuda de afecciones, ya dispuesta á sacrificar las más caras á su corazon en aras de su interes, la encontraríamos satisfactoria con sólo tener en cuenta la artera conducta que con ella habia observado Augusto.

Fuera que ya se hubiese cansado de las caricias de Antonio, ó que con su natural sagacidad comprendiera que habia brillado demasiado tiempo la estrella del romano para dejar de eclipsarse muy en breve, es lo cierto que, siempre codiciosa de poder, fijó sus ojos en el nuevo astro que se levantaba en Italia, y tanto como habia temido la influencia de Octavia temió la preponderancia de César, y empezó á manifestarse desligada en cuanto le era posible de los vínculos que la unian á Antonio.

César por su parte, infinitamente más político que guer-



rero, comprendió que dividiendo triunfaria con más facilidad, y temeroso de los auxilios que Cleopatra podría aprontar para la guerra, concibió el pensamiento de hacerle entrever la posibilidad de proseguir disponiendo de aquella vasta parte del imperio romano, sin otro sacrificio que el muy fácil para ella de cambiar de amante.

Con este propósito le escribió varias cartas amorosas que Cleopatra recibió con extremada alegría; y tanto logró infundirle esperanzas de que dominaría en su corazón como estaba dominando en el de Antonio, que ya la hemos visto en la batalla de Accio desertar con sus galeras y entregar el ejército de Antonio poco ménos que á merced del adversario.

Algunos historiadores pretenden que la misma Cleopatra abrió á César las puertas de Alejandría, y no se explica de otra manera la súbita traición de que fué víctima Antonio, que, como recordará el lector, se vió abandonado por su ejército y flota en el momento de ir á empezar la batalla.

Cleopatra estaba muy léjos de compartir aquella loca y ciega pasión que tantas veces apartó á Antonio de lo que exigía su dignidad; que le obligó á ser mal padre, mal esposo y mal patricio; que arrojó una mancha de infamia sobre su nombre, ántes tan ilustre; que le precipitó á su ruina, y que en ocasiones supremas apartaba de sus ojos el desengaño, dejándole ménos firmeza de voluntad que á una mujer y á un niño.

Cleopatra ignoraba que para Augusto el amor no era más que un medio político, y que si alguna vez había hecho la corte á las damas de Roma, era sólo con el objeto de sorprender los secretos de sus maridos.



En aquella hermosa reina tan célebre por sus encantos, tan renombrada por sus gracias y su ilustracion, nada comun en aquellos tiempos, no vió Augusto otra cosa que el ornamento de sus triunfos, ni codició más que la posesion de sus tesoros.

Tal vez el despecho producido por el cruel desengaño que acababa de recibir, y el deseo de alcanzar una celebridad especialísima, fueron los móviles que impulsaron á Cleopatra á demostrar por la muerte de Antonio un sentimiento que su corazon estaba muy léjos de abrigar.

La idea de servir para hacer más ostentoso el triunfo de César, mortificaba grandemente su orgullo, y no le atormentaba ménos la de verse reducida á una especie de esclavitud despues de haber compartido el imperio romano.

A esta doble causa se debe atribuir la resolucion de su muerte, que si el amor la hubiera inspirado seria verdaderamente heróica.

César permaneció dos años en Oriente, arreglando los asuntos de aquellos países. Al regresar á Roma, siendo de hecho señor del mundo, pensó en la fórmula más conveniente para conservar este poder, sin chocar de una manera demasiado brusca con el carácter y las tradiciones del pueblo romano.

Con objeto de alejar de sí toda responsabilidad, pidió consejo á sus dos amigos Agrippa y Mecenas, guerrero el uno y cortesano el otro.

El ingenuo soldado, incapaz de toda adulacion y enemigo de la tiranía, le aconsejó que respetase la república si queria cubrirse de gloria; y el astuto cortesano, dócil para halagar los instintos de los poderosos, que para su seguridad fundase el imperio.

Augusto se inclinó á la opinion de Mecenas; pero conociendo que el pueblo romano no pasaria sin gran repugnancia de las formas republicanas á las monárquicas, adoptó un término medio: conservó el nombre de república, y usurpó todos los títulos de la magistratura que no eran odiosos al pueblo, rechazando los que Sila y César habian usado, y granjeándose hábilmente el afecto y la confianza de los romanos, fué investido con los cargos y ennoblecido con los títulos de cónsul, procónsul, tribuno perpétuo, gran pontífice y vigilante de las costumbres públicas.

Al terminar su sétimo consulado, veintisiete años ántes de Jesucristo, declaró al senado que dimitia el poder supremo. Esta resolucion no pasaba de ser un ardid político. César sabia muy bien que el pueblo odiaba las dictaduras cuando se hacian demasiado largas, y juzgó prudente que se le creyera hastiado del poder, y por consiguiente poco codicioso de conservarlo.

Sus amigos le rogaron que retirase su dimision; otros se manifestaron temerosos de los conflictos que podrian sobrevenir á Roma si fuese presa de encontradas ambiciones. César, fingiendo que cedia muy á pesar suyo á aquellas instancias, consintió en conservar el poder sólo por diez años, moderacion que fué muy celebrada y le valió las simpatías de los que acaso estaban dispuestos á conspirar para derribarle. Hasta entónces no habia usado más nombres que los de Octavio y César; pero á consecuencia de esta primera tentativa de abdicacion, tan hábilmente preparada para engañar á Roma, el senado le dió el sobrenombre de Augusto, agradeciéndole tambien de este modo el haber abolido las leyes del triunvirato y el ocuparse en reformar los abusos que habian ocasionado las guerras civiles.



Desde entónces reasumió en sí solo toda la fuerza y autoridad del pueblo romano.

Como emperador, que era entónces la suprema dignidad militar, mandaba los ejércitos de mar y tierra, y era árbitro de la guerra y de la paz; como procónsul, ejercia un poder legal sobre todas las provincias; como tribuno perpétuo, y en calidad de tal inviolable, se oponia á todos los actos públicos, y como censor proveia todas las vacantes del senado ó destituia á los senadores cuya conducta no le era simpática.

Para colmo de honra y de fortuna, se le dieron tambien los títulos de padre de la patria y príncipe del senado.

La necesidad que tenia de gobernar á nombre de aquella asamblea le obligó á compartir la administracion de las provincias; pero reservó para sí las fronteras donde acampaban las legiones.

Tuvo la gloria de someter por sí mismo, ó valiéndose primero de Agrippa y despues de Tiberio y Druso, á los cántabros y astures, pueblos indómitos de España, á las poblaciones de los Alpes y á otras provincias que incorporó al imperio, sin contar la expedicion de Balbo á Africa, ni la funesta tentativa de Aelio Galo sobre la Arabia Feliz.

Los parthos, divididos por las rivalidades de sus príncipes, no podian oponer ya á las legiones romanas aquella indomable energia, aquella activa perseverancia con que en otro tiempo las habian vencido y debilitado, y se vieron en la necesidad de devolver las banderas conquistadas á Craso y Antonio.

Por tercera vez habia cerrado Augusto el templo de Jano, cuando volvió á turbarse la paz con el triunfo de Arminio, jefe de los germanos sublevados. Tanto impresionó á Octa-



vio este triste acontecimiento, que dejándose arrastrar por su dolor, se dejó crecer la barba y los cabellos, é hizo volver sus legiones á Varo con gritos de desesperacion, como si en aquel momento hubiese presentado que habia de llegar dia en que los bárbaros derrocasen el poderoso imperio que acababa de fundar.

Los largos intervalos de paz de que disfrutó, le fueron muy útiles para la honrosa empresa de regularizar su gobierno, cortar los abusos y mejorar las costumbres. Castigó el celibato con severas penas, porque habia llegado á ser un mal gravísimo en la república; restableció en el ejército la disciplina, tan relajada por los ambiciosos, y poniendo á sueldo á los soldados, suprimió el reparto de terrenos, sistema fatalísimo para los intereses del estado y de los particulares.

Dividió á Roma en catorce cuarteles, y nombró para cada uno un magistrado cuya autoridad terminaba al año; pero durante ese tiempo era pretor y tribuno.

Reedificó á Cartago y Corinto, é hizo de ellas una segunda Roma.

En el orden político dejó subsistentes los comicios y las elecciones; pero restringiendo más cada dia los derechos del pueblo para irse acercando al bello ideal de su ambicion, que era el poder absoluto, acabó nombrando por sí mismo los cargos que hasta entónces habian sido de eleccion popular.

Sus tendencias eran conocidas, y por ambicion ó por cariño á las antiguas instituciones, más de una vez la conspiracion intentó derrocar su poder; pero Octavio supo contenerla con mano firme, castigando severamente á los conspiradores, hasta que comprendiendo los peligros á que le

exponía una política demasiado rigurosa, cambió de carácter como ya había cambiado de nombre, y mostrándose magnánimo y generoso, disminuyeron los descontentos hasta tal punto, que logró verse libre de enemigos dentro y fuera del imperio, y no tuvo otros disgustos que los que recibía en su propia casa.

Su hija Julia, habida de su segunda mujer Escribonia, casada primero con su sobrino Marcelo y después con Agrippa, y madre de Cayo y de Lucio, se unió en terceras nupcias con Tiberio, deshonoró con sus deshonestidades la ancianidad de Augusto y fué desterrada de Roma.

Después de la muerte de sus dos nietos Cayo y Lucio, á quienes el senado había distinguido con el título honroso de príncipes de la Juventud, y cuyos honores llenaban de felicidad á Augusto porque en ellos tenía cifradas sus esperanzas, el anciano emperador, abandonado á las intrigas de Livia, su tercera mujer, quizás la única persona á quien amaba verdaderamente sin que le guiase cálculo alguno, declaró por su sucesor á su yerno Tiberio.

Después de haber visitado al hijo tercero de Julia llamado Agrippa Póstumo, tuvo que detenerse en Nole, donde murió á los setenta y dos años en brazos de Livia.

Se cuenta de él que, viéndose cercano á su última hora, pidió un espejo, hizo que le peinaran, y mandando que entrasen sus amigos, les preguntó:

— ¿Qué os parece? ¿He representado bien mi papel?

— Sí, contestaron todos.

— Pues aplaudidme, exclamó, despidiéndose de ellos con afectuosa y paternal sonrisa.

Augusto estaba muy lejos de sospechar que, aun viviendo él, se había desenlazado ya el drama del imperio romano.



Jesucristo habia nacido durante su imperio, y la verdadera civilizacion, el reinado eterno de la verdad sustitua á aquella civilizacion y á aquel poder que hasta entónces se habian paseado triunfantes por el mundo, extendiéndose hasta los más apartados países, y modificando la manera de ser de los pueblos más indómitos é independientes.

Se ha dicho de Augusto, *que nunca debió vivir y nunca debió morir*, y esta frase condensa de una manera admirable las dos épocas en que se dividió su vida.

El implacable autor de las proscripciones, el terrible vengador de Julio César, consentia que elogiaran en su presencia á Pompeyo, Caton y Bruto, y se admiraba de que su nieto se ocultase de él para leer las obras de Ciceron, á quien saludaba con el epíteto de excelente ciudadano.

Era que entónces podia manifestarse clemente y magnánimo, porque nada tenia que temer. Miéntas el recelo y el temor animaron al triunviro, fué implacable, verdaderamente terrible.

Se sentía demasiado superior á sus súbditos para tenerles envidia; estimulaba á todos los hombres de talento para atraerlos á su partido, y supo hacer que todas las glorias sirvieran para dar realce á la suya.

Cuando ocurrió su muerte, Druso entregó al senado, en union de su testamento, tres pequeños libros escritos de su mano. Uno contenia las instrucciones para las solemnidades con que se habia de verificar su entierro; otro, un compendio de su vida, y el último un estado de las fuerzas de mar y tierra con que podia contar el imperio, y el consejo prudentísimo de que no se emprendieran nuevas conquistas.

Las casas en que nació y murió fueron trocadas en santuarios: Livia fué la gran sacerdotisa de esta nueva divini-



dad, y mandó entregar cien mil sestercios á un senador porque le juró que habia visto subir al cielo el alma de Augusto.

Tiberio y Germánico instituyeron en su honor una nueva gerarquía de sacerdotes elegidos entre los senadores, y presidieron por sí mismos los sacrificios que se le ofrecian en el palacio imperial.

Habia compuesto una tragedia titulada *Ajax y Ulises*, un libro de epigramas y un poema intitulado *Sicilia*; pero su mayor mérito literario fué haber salvado de las llamas *La Eneida*, á pesar de la última voluntad de Virgilio, increpando en una elocuente inspiracion al poeta que era tan cruel consigo mismo y con la posteridad.

«Su voz moribunda, exclamaba, ¿habrá podido mandar semejante crimen? ¿Será preciso arrojar á las llamas los sublimes versos de Virgilio? Sí: la ley lo ordena; la última voluntad de un hombre es sagrada; es preciso obedecer... Pero no: perezca la santa majestad de las leyes ántes que un solo instante se entreguen á la destruccion esos largos trabajos de tantos dias y de tantas noches.»

---

---

# PARTE TERCERA.

LA VIRGEN MADRE.

---

## LIBRO PRIMERO.

LA CUEVA DE BELEN.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

LA ADORACION DE LOS PASTORES.

No léjos de la cueva de Belen, donde acababa de realizarse el mayor prodigio que han presenciado los siglos, unos infelices pastores, guareciéndose de las inclemencias de la noche alrededor de una hoguera y bajo las copudas ramas de un cedro, vigilaban sus ganados para protegerlos contra las acometidas de los animales feroces.

Profunda oscuridad los envolvía, y la soledad más imponente los rodeaba.

Expuestos á todas las inclemencias de aquella noche fria y tenebrosa, sus corazones se levantaban al cielo en alas de consoladora esperanza, porque nunca se encuentra desvalido en el mundo el hombre que abandonado por sus seme-



jantes, condenado á los rigores de una existencia dura y miserable, espera de Dios su protección y su amparo.

Lo que por tanto tiempo fué negado á los más poderosos de la tierra, á aquellos que teniendo ojos no veían y teniendo oídos no escuchaban, fué concedido á aquellos hombres de corazón sencillo y alma inocente, á quienes su humildad y su pobreza colocaban en el lugar predilecto, cerca del trono de aquel poderoso Rey de reyes que acababa de nacer.

El Cordero sin mancilla que había de derramar su sangre inocente en holocausto de la humanidad, quiso manifestarse primeramente á unos desvalidos pastores.

Misteriosa alegoría: el Cordero venía á buscar su puesto en el rebaño, y llamaba á los pastores para que ellos fuesen los primeros en gozar de su compañía.

Los pastores se preparaban á disfrutar de las pocas horas que concedían al descanso, cuando de repente rasgó las tinieblas una luz vivísima, resonaron en el espacio misteriosos cánticos de gloria, y apareció á sus ojos un gallardo mancebo vestido con brillante ropaje.

Los sencillos pastores, sobrecogidos con aquella aparición sobrenatural, y no acertando á explicársela en manera alguna, quisieron huir impulsados por el terror.

El ángel del Señor les detuvo diciéndoles:

— Nada temáis; no soy mensajero de malas nuevas; ántes os la traigo que será en todo tiempo y para todo el mundo motivo de grande alegría. Las promesas que en otro tiempo hicieron los profetas al pueblo predilecto de Dios, están ya cumplidas. En la humilde Belén, en la ciudad de David, ha nacido el Cristo, el Salvador de los hombres.

Tranquilizados los pastores con estas palabras, y seduci-



dos por el acento suavísimo del mensajero de Dios, dominaron el espanto que su presencia les habia producido, y acercándose á él le preguntaron de qué medios se valdrian para encontrar el recién nacido.

— Le hallareis en una cueva no lejana, continuó el ángel; en ella vereis envuelto en pobres pañales y reclinado en un pesebre un Niño cuya gloria os deslumbrará. Id, y gozad de la felicidad que el cielo os tenia reservada.

Dichas estas palabras se incorporó al ángel del Señor un ejército de espíritus celestiales, que repitiendo los cánticos con que se habian anunciado, prorumpian en este himno sublime y consolador:

«Gloria á Dios en las alturas, y paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Desapareció la vision magnífica, dejando en el espacio una estela brillante que disipó casi por completo las tinieblas de la noche, y alejó la tempestad que amenazaba con sus horrores.

Ya no se oian los cánticos celestiales, y aun continuaban resonando sus ecos melodiosos en los oidos de aquellos hombres sensibles, que estáticos y sin acertar á explicarse lo que les pasaba, se sostenian inmóviles sobre sus cayados por miedo de profanar con un movimiento, con una palabra, el profundo misterio de que estaban siendo testigos.

Al viento helado que con ímpetu desolador azotaba á las copas de los árboles, se quebraba silbando en la montaña, y se extendia por los valles frio como el aliento de la muerte, sucedió una brisa suave y perfumada como la más grata y apacible de la primavera; la noche tendió en el espacio su negro manto salpicado de estrellas, y una luz igual y tenue se extendió por toda la comarca, llamando tan profun-

damente la atencion de cuantos la contemplaron, que todavía, á pesar de haber trascurrido diez y nueve siglos, los persas distinguen aquella noche feliz con el sobrenombre de *Noche estrellada*.

Cuando ya no quedaba en el espacio un solo punto luminoso que pudiera indicar la presencia de un ángel, los pastores, repuestos de su sorpresa, deliberaron acerca del partido que deberian tomar.

Secreta impaciencia los consumia, y la fe los impulsaba á descubrir el objeto de su piadosa curiosidad.

Ni una sola voz se alzó para contradecir el precepto del ángel.

— Vamos á Belen, exclamaron unos.

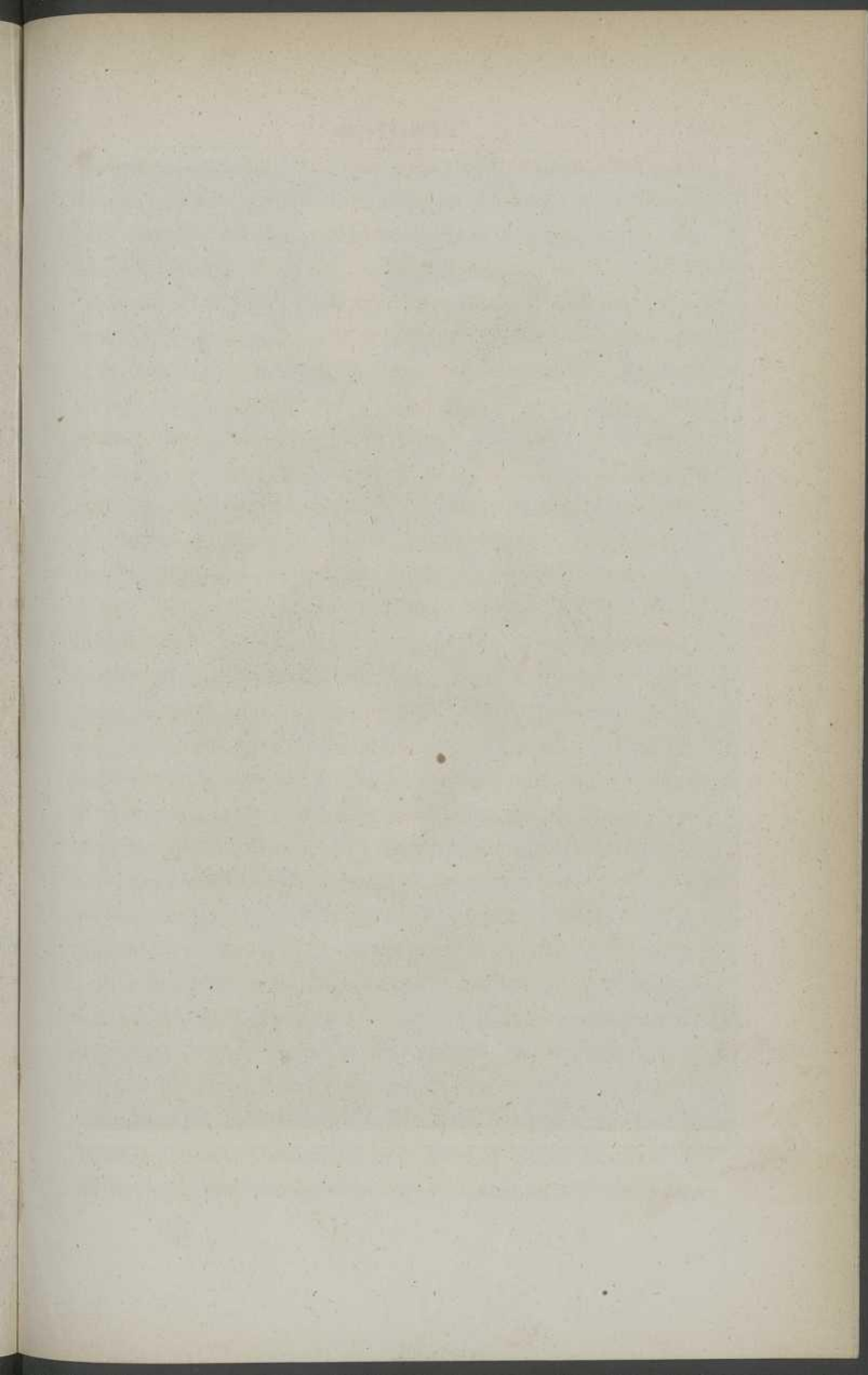
— Veamos lo que ha sucedido, exclamaron otros.

Pero el amor en que ya se inflamaban sus pechos hácia aquel Niño que acababa de nacer, les impedia presentarse con el único objeto de satisfacer su curiosidad.

Creyeron que siendo el Cristo el que iba á recibir su visita, el Mesías prometido que habia de devolver la libertad á su pueblo, restableciendo el trono de David, debian adorarle como Rey y Señor, y ofrecerle en señal de vasallaje los cortos dones de que su pobreza les permitia disponer.

Encomendaron sus ganados á la custodia de los invisibles genios de la soledad, y previniendo los sencillos presentes que encontraron en sus cabañas, tales como corderos recién nacidos, miel, leche y frutas secas, guiados por la brillante claridad de las estrellas, se dirigieron á la misteriosa Belen.

Ninguna noticia cierta podian prometerse de la ciudad; el ángel los habia dicho que el Cristo acababa de nacer en una miserable cueva, y al pasar por la que le albergaba sin-





LA ESTRELLA DE NAZARETH.



Lit de N. Gonzalez, Madrid.

EL PORTAL DE BETHLEEM.

fieron un estremecimiento sobrenatural bastante para darles á conocer que aquel era el lugar deseado.

Penetraron en el establo y vieron confirmadas las palabras del ángel.

Jesús estaba reclinado en un pesebre y envuelto en pobres pañales.

María, inclinada sobre su Hijo, le adoraba con amor ardiente y humildad profunda, procurando con el calor de su aliento defender del frío de la noche aquellos miembros tiernos y casi desnudos.

Algo más léjos, el anciano patriarca inclinaba su frente venerable en actitud no ménos reverente, ante el Hijo adoptivo que el cielo le concedía.

En el establo no habia más luz que la que proyectaba sobre el grupo de la Sagrada Familia un débil rayo de luna que formaba el más extraño contraste con los sombríos ángulos de la cueva.

Los pastores sintieron inundada su alma de júbilo celestial, y murmurando cánticos de alabanza sublimes, sino por el concepto, por la sencillez con que estaban expresados, cayeron de rodillas ante el pesebre y besaron con humildad las plantas del Rey de los reyes.

En seguida ofrecieron al Dios pobre la humilde dádiva que les permitía hacer su pobreza.

Aquel acto de adoracion, aquella prueba de respeto profundo y de amor sencillo que parecia efecto de una revelacion misteriosa, causaba tanta admiracion á María, que no pudo dispensarse de preguntar á los pastores el motivo de su inesperada visita.

Ellos refirieron entónces la aparicion de los ángeles sin omitir los armoniosos cánticos que habian escuchado, ni las



palabras de consuelo que les habian dirigido los enviados de Dios.

La narracion ingenua de los pastores quedó grabada con caractéres indelebles en el corazon de José y de María, que no se cansaron de admirar los secretos designios de la Providencia.

Era aquella una escena tierna y conmovedora.

El Dios que movido á piedad por el triste estado en que sus crímenes habian reducido á los hombres, tomaba forma humana para explicarles su doctrina y sacrificarse despues por ellos, no encontraba al descender al mundo otro alojamiento que el de un establo abandonado y miserable, ni tenia otra corte que la de unos rústicos pastores que sólo podian ofrecerle frases sinceras de amor y de alabanza.

Pero aquel Dios, cuyo reino no era de este mundo, no venia á buscar el brillo de las grandezas humanas; queria labrarse su imperio en los corazones, y ningun otro merecia las primicias de su amor tanto como el de aquellos sencillos hijos de la naturaleza, en que todo sentimiento era espontáneo, y que permanecia ajeno al engaño y al disimulo con que la hipocresía logra extinguir las afecciones más puras del alma.

Por el angelical semblante de María rodaban lágrimas de ternura y de felicidad.

Las angustias que habia sufrido durante su largo y penoso viaje para cumplir humildemente las órdenes del César, el desamparo en que se vieron al llegar á Belen, la helada indiferencia con que fueron acogidos por aquellos corazones insensibles al espectáculo siempre conmovedor de una jóven y un anciano que buscaban inútilmente un abrigo donde defenderse de las inclemencias de la noche, y finalmen-



te, el desconsuelo de dar á luz en tan pobre y tan desnudo lugar al Anunciado por el ángel Gabriel, todos estos dolores, de los cuales uno solo hubiera sido bastante para destrozarse el corazón más entero, fueron indemnizados ampliamente con el relato de aquella revelación misteriosa que ya empezaba á anunciar al mundo el nacimiento del verdadero Mesías.

Cada vez se ilustraba más el conocimiento que tenía aquella Virgen sin mancha, de los altos fines á que la Providencia la había destinado.

María aceptó con reconocimiento los presentes que llevaban los pastores al Hombre Dios, y aquellas sencillas demostraciones de afecto valían infinitamente más para Ella que todas las riquezas del soberano más poderoso del mundo.

Habiendo cumplido los pastores con su piadoso deber, se retiraron glorificando al Dios que descendía al mundo para inaugurar entre los hombres una era de paz y de ventura.

Mensajeros de tanta felicidad fueron en las montañas y en los valles.

Su júbilo era demasiado grande para que pudiera contenerse en los estrechos límites del corazón, y propalaron la noticia del nacimiento del Mesías.

Ellos fueron el conducto de que se valió Dios para anunciar á los hombres que había sonado la hora del cumplimiento de su promesa, de aquella promesa consoladora que resonó por primera vez en el paraíso á raíz de la primera culpa, y que al través de los siglos se había venido repitiendo incesantemente por la voz inspirada de los profetas.

Los que atónitos escuchaban la misteriosa relación de los pastores, no podían menos de exclamar:

— ¿Qué es esto que nos sucede, y en qué tiempos de feli-

cidad hemos nacido? ; Es cierto lo que estamos escuchando? Resucitan las épocas de Abrahan en que los ángeles descendian á las cabañas de los pastores.

Aquellas relaciones hechas en una humilde choza, entre la fragosidad de los bosques ó en las vertientes de las montañas, repetidas por las caravanas que cruzaban los desiertos como una tradicion magnífica y consoladora, comentadas en las aldeas al amor de la lumbre en el hogar doméstico, y perdidas entre los mil ruidos que llenan el aire de las ciudades populosas, dieron á una tribu árabe cierta idea vaga de la mision sublime que Jesus habia traído sobre la tierra, y los hijos del desierto, respetando esa idea, divinizaron á María y á su Hijo esculpiendo sus imágenes en una de las columnas de la Caaba, para que formasen parte de las trescientas sesenta divinidades que reconocian las tres Arabias<sup>1</sup>.

Esa misma tribu, como veremos más adelante, movida por la veneracion que profesaba, con mezcla de idolatría, á Jesus y su Madre, movió guerra á Arquelao, hijo de Herodes el Grande, para vengar la horrible *matanza de los Inocentes*.

---

<sup>1</sup> Orsini, *Vida de la Santísima Virgen*.



---

## CAPÍTULO II.

---

### LOS MAGOS.

Natural era que un Dios todo bondad y clemencia, que tomaba forma carnal para ser la víctima expiatoria de la raza humana, lavando con su sangre pura la mancha indeleble del pecado original, fuese adorado en primer término por la pobreza, la inocencia y la humildad, altas virtudes que queria santificar en la tierra.

Pero tambien era necesario que los más grandes orgullos del hombre, que son la ciencia y el poder, se prosternasen humildes ante la única sabiduría y ante el poder verdaderamente supremo.

Léjos de Belen, en la tierra de los caldeos, unos magos famosos por su ciencia y por el conocimiento que tenian del curso de los astros, divisaron en el firmamento una estrella de prodigiosa magnitud, y de tal fuerza luminosa, que no podia confundirse con las demas.

La marcha que seguia era extraordinaria, y ajena por completo á la de los demas astros.

Vino á la memoria de aquellos sabios piadosos el reinado de la estrella de Jacob, profetizada por Balaan, que habia



de aparecer esplendente en la época del nacimiento del Mesías.

Un hombre eminente por su saber, restaurador de la ciencia mágica, astrónomo profundo para su época, y muy conocedor de la teología de los hebreos, el sabio Abulfarage Zerdarscht, recogiendo las tradiciones de Heran había anunciado bajo el imperio de los primeros sucesores de Ciro, poco tiempo después del restablecimiento del templo, que nacería en la región más occidental del Asia, de las entrañas de una Virgen pura, un Niño divino destinado á cambiar la faz del mundo y á darle una civilización nueva.

Este sabio había sido discípulo de Daniel.

Para acreditar su profecía con detalles precisos, había anunciado también, que el nacimiento de aquel Niño se revelaría por medio de la aparición de una estrella desconocida hasta entonces entre las del firmamento, y que al aparecer, deberían los magos salvar la inmensa distancia que los separaba de las regiones occidentales del Asia, y ofrecer presentes al recién nacido, que sería Rey de reyes.

Obedientes al precepto que les imponía esta tradición respetuosamente conservada al través de los tiempos, tres de los sabios más ilustres de Babilonia observaron la estrella, y abandonando la ciudad opulenta en que toda Persia se recreaba, dieron á sus gentes la señal de partida, y emprendieron el árido y largo camino de la Palestina.

Como en otro tiempo una ráfaga luminosa había guiado hácia las playas del mar Rojo las huestes fugitivas de Israel, así la estrella les trazaba su camino.

Para ella no regían las leyes naturales: su movimiento no estaba subordinado al plan inalterable de la creación: su disco era tan brillante que no bastaba á oscurecerlo la luz

del sol, y marchando constantemente delante de la caravana en direccion á los países occidentales, se detenía encima de las tiendas levantadas para pasar la noche, y volvía á ponerse en movimiento al despuntar el alba para dar á los viajeros la señal de proseguir la piadosa peregrinacion.

Aquella estrella misteriosa era conocida desde el tiempo de su primitivo anuncio con el nombre de estrella del Mesías.

Despues de veinte dias de infatigable marcha, descubrieron á lo léjos, alzándose entre áridas y agrestes montañas, la gigantesca mole de mármol de la torre Antonia, semejante á una montaña inmensa de nieve, y las esbeltas agujas y cúpulas doradas del grandioso templo de Jerusalem.

No léjos de la ciudad se encuentra una cisterna, que todavía se llama de los Tres Reyes; aquí descansaron algunos momentos los ilustres viajeros y su numerosa comitiva, y dieron de beber á los cansados y sedientos camellos.

Sus ojos no se apartaban del firmamento para seguir atentamente el curso de la estrella.

De pronto se escapó de todos los pechos un grito de terror.

Como si la estrella hubiese temido algun peligro inmediato, se desvaneció en glóbulos de luz y fué á confundirse entre el torrente de fuego que derramaba el astro del dia.

La desaparicion de la estrella les llenó de sorpresa y de confusion. No acertaban á explicarse aquel extraño fenómeno. ¿Era que la señal prodigiosa les abandonaba, ó que habian llegado ya al término de su viaje?

Discurriendo acerca del caso, convinieron en que no debian interpretar en sentido desfavorable aquel nuevo prodigio. Ellos venian buscando al Rey de los judíos, y nada



más natural sino que tuviese su trono en Jerusalem, antigua corte de la monarquía hebrea.

Pensaron prudentemente que el Supremo Creador de la naturaleza no prolonga sus milagros cuando desaparece la necesidad que los motiva, y que pues la estrella habia desaparecido al encontrarse delante de los muros de Jerusalem, aquella debia ser necesariamente la morada del Mesías.

— ¿Qué importa, exclamaron, que nos haya abandonado la señal del cielo? No en balde nos habrá conducido hasta aquí, y su desaparicion es demasiado elocuente. Levantemos las tiendas ya que hemos descansado algun tanto de las fatigas de la peregrinacion. El pueblo judío que ve al fin realizada la esperanza que ha estado acariciando por espacio de tantos siglos, gozará en estos momentos de la mayor alegría, y las bulliciosas manifestaciones de su júbilo nos indicarán con precision el punto á donde nos debemos dirigir.

Animados con esta esperanza, y creyendo que tan luego como traspasasen los muros de Jerusalem encontrarian las calles alfombradas con hojas de palmera y ramos de oliva, engalanadas con colgaduras y gallardetes; que donde quiera resonarian las frenéticas aclamaciones del pueblo, los suaves acordes de las arpas hebreas y el alegre bullicio de las danzas, se dirigieron á la ciudad, acelerando el paso de sus cabalgaduras.

Muy diferente del que esperaban fué el espectáculo que se ofreció á su vista: Jerusalem estaba triste y silenciosa; sus calles respiraban melancolía; el pueblo, agobiado bajo el peso de la esclavitud, dirigia miradas recelosas á sus dominadores, sin dar la menor señal que revelase el grande acontecimiento que habia motivado la visita de aquellos extranjeros.



Algun grupo de soldados romanos venia á romper la uniformidad monótona de aquel pueblo, que arrastraba una existencia muy parecida á la muerte.

Algunos curiosos se reunian en las encrucijadas para ver pasar á aquellos extranjeros seguidos de su brillante comitiva, los cuales con sus blancos ropajes ceñidos á la cintura por anchas franjas de seda y oro, cubiertos con agudas caperuzas, ostentando en los brazos los costosos y magníficos *bazubends*<sup>1</sup>, y sobre todo admirando con el aspecto de su varonil belleza y su régia arrogancia, manifestaban bien á las claras que eran sátrapas del rey de Persia.

Cuanto más adelantaban en la ciudad mayor se iba haciendo su confusion. No acertaban á explicarse aquella glacial indiferencia en la ciudad más opulenta del pueblo judío, y si no hubieran estado tan instruidos en los repetidos anuncios de los profetas, hubieran creído sin vacilar que su ciencia les habia engañado, y que la estrella que por espacio de veinte dias les habia guiado en su camino, no era más que uno de tantos meteoros como nacen y mueren, sin que el hombre se pueda explicar la causa de su nacimiento ó de su desaparicion.

Pero la fe les fortalecia y continuaron adelante.

— ¿Dónde está el Rey de los judíos, que acaba de nacer? Preguntaban á los curiosos que se iban agrupando á su paso. Nosotros hemos visto su estrella en nuestra patria, y ella nos ha conducido hasta aquí. Decidnos dónde está; queremos bendecirle y alabarle.

A todos parecia extraña esta pregunta de los príncipes

---

<sup>1</sup> Especie de braceletes llenos de piedras preciosas que usan todavía los príncipes de Persia.

magos; nadie tenia noticia de tan importante acontecimiento. Si hubiera nacido un rey, ¿quién habia de ignorarlo en Jerusalem?

Todos se miraban más que con sorpresa con estupor, y no sabian qué respuesta dar á tan singular pregunta.

¿Habia nacido ya el Rey que ellos esperaban y que habia de devolverles su libertad perdida? ¿Dónde estaban sus heraldos? ¿Dónde los ejércitos poderosos que habian de derrotar á las legiones romanas para restaurar sobre sólidos cimientos el trono derrocado de David y Salomon?

¿Cómo podian ellos ignorar tanta ventura, sabiéndola aquellos extranjeros á quienes no interesaba tanto?

O aquellos hombres estaban locos, ó eran víctimas de un engaño.

— ¿Qué Rey es ese por quien nos preguntais? Nosotros no tenemos otro rey que Herodes, que no descende de la tribu de David ni tiene hijo alguno en la cuna.

Esta respuesta de los habitantes de Jerusalem confundia más y más á los magos, y les hubiera hecho desistir de su empresa, que ya parecia temeraria, á no inspirarles tanta fe su propia ciencia y el conocimiento que tenían de la teología hebrea.

En vano repetian la pregunta; siempre alcanzaban la misma contestacion.

Ya habian cruzado casi toda la ciudad sin ver señal alguna de público regocijo, y atravesando la calle principal que conducia al antiguo palacio de David, tendieron sus tiendas en los patios desiertos y sombríos.

Los que habian visto la brillante comitiva, difundieron por toda la ciudad la noticia de su llegada y del singular objeto que los habia llevado á Jerusalem.



Pocas horas despues nadie ignoraba que la ciudad contenia dentro de sus muros tres poderosos príncipes extranjeros.

El rumor de aquella noticia llegó muy en breve á la misma residencia de Herodes.

Nadie acertaba á explicarse cómo no les habia precedido alguna ostentosa embajada, ni cómo se atrevian á penetrar en una corte extranjera sin previo anuncio de su visita y sin obtener la vénia del soberano.

Los aduladores que rodeaban al rey, ó mejor dicho, que se arrastraban á sus plantas, quisieron darle una prueba de su afecto y de su lealtad haciéndole concebir sospechas respecto á la singular visita de aquellos extranjeros, é intentaron persuadirle de que debia darse por ofendido, así de su falta de cortesía, como de la extraña mision que al parecer llevaban.

— ¿Qué significa, decian, venir á buscar al Rey de los judíos, aquí donde tú eres nuestro legítimo soberano? ¿Acaso tienen los judíos otro rey que tú? ¿De cuándo acá príncipes extranjeros penetran en tu corte sin anunciarse, y desplegan sus tiendas en la ciudad sin obtener tu permiso? No parece tu amigo quien de ese modo te visita. Quizas ellos tienen noticia de alguna conspiracion tramada para derribar tu trono, y han venido creyendo que ya estaria en tu lugar ese nuevo Rey por quien preguntan. Dales á conocer que no en balde empuñas el cetro de Judea, y que no hay en el mundo otra soberanía que pueda competir con la tuya, cuanto ménos derrocarla.

Herodes no prestaba grande atencion á este lisonjero discurso. Su talento nada comun, su ánimo altivo, y la ruda franqueza que habia aprendido en los campos de batalla,



donde familiarizándose con el horror habia cerrado su pecho á esos sentimientos femeniles que tanto abundan en la corte y que son la pérdida del rey que los da abrigo, no le permitian convertirse en esclavo de la interesada lisonja.

Aquellas palabras que habian parecido á sus cortesanos tan depresivas de la dignidad real, fueron para él motivo de reflexiones profundas.

No desconocia la fundada esperanza que alimentaban los judíos de ver lucir más tarde ó más temprano la aurora de su redencion política y social.

Aunque poco conocedor de los libros sagrados, sabia que el Rey que les estaba prometido habia de derrocar cualquiera poder extraño, y temió con fundamento que aquellos sabios del Oriente hubieran tenido noticia de un acontecimiento que, de ser cierto, habia de poner en grave conflicto su autoridad, sostenida merced al influjo de Roma, sobre un pueblo que lo odiaba con todo su corazon.

Como dice el Evangelio, Herodes se turbó en sí mismo, y con él Jerusalem entera.

El deseo de satisfacer la ardiente curiosidad que sentia, y su práctica consumada en apelar á la astucia siempre que podia economizar la fuerza, le apartaron de los imprudentes consejos de sus cortesanos, y envió mensajeros para ofrecer en su nombre cariñosa hospitalidad á los príncipes que habian llegado á Jerusalem.

Imposible seria describir la ansiedad con que los esperaba.

La situacion de Herodes era en verdad muy crítica.

No podia llamarse con fundamento el unguido del Señor. Habia buscado su corona en el capitolio despues de haber hecho matar en la plaza pública á un rey indigno de ocu-

par el trono, pero al fin judío, y como tal con más derecho que él para vestir la púrpura.

Para comprar aquella corona que formaba parte del botín conquistado por el imperio en sus empresas militares, tuvo que pagarla con el oro del rico y la afanosa economía del pobre.

Y aun despues de consumir estas violencias, la diadema real no era en su frente más que un sangriento sarcasmo; el rey de Judea era el primer esclavo del imperio de Occidente.

El gobernador romano le vigilaba, y aunque en apariencia no se entrometia en los asuntos interiores del reino, su voluntad era la única ley á que se sujetaba el pueblo de Israel. Herodes, que en otras circunstancias hubiera sido un príncipe de quien la historia hablaria con respeto, dejándose arrebatarse por su ambicion insaciable, tuvo que cometer inauditas violencias para llegar en aquella época bárbara desde las agrestes rocas de Idumea hasta el dorado solio de Jerusalem.

Los horrores de su vida política, los crímenes que habia perpetrado, la falsía con que se condujo con Marco Antonio volviéndole la espalda en la desgracia para servir en la prosperidad los intereses de Augusto, eran causas más que suficientes para que el pueblo le tuviese en horror, y es cosa sabida que los tronos más fuertes vacilan cuando no están cimentados sobre la confianza y el cariño de los súbditos.

Su amor á la ciencia y á las artes le habian granjeado el sobrenombre de Grande; pero esta aureola de gloria, que es uno de los más bellos adornos con que se puede enorgullecer un monarca, quedaba oscurecida completamente con la odiosidad de su conducta.



Sanguinario hasta con sus mismos parientes, habia hecho rodar las cabezas de los principales judíos para asegurar un poder que se reducía á la vanidad de un nombre.

Escéptico por naturaleza, seguía en religion una conducta problemática, y si bien asistía á las ceremonias religiosas del templo, en cambio conculcaba y disminuía cuanto le era posible los altos privilegios del sacerdocio.

Su origen extranjero hubiera bastado para hacerle aborrecible á aquel pueblo tan intransigente con las demas naciones, y que creyéndose el predilecto de Dios no veía en los demas hombres una raza de hermanos.

El dia en que los judíos se cansasen de su dominacion, y tuvieran un caudillo para conducirlos á la victoria, el dia en que Roma se cansase de protegerlo é hiciera alianza con sus enemigos, por débiles que fuesen, Herodes no tendria que oponerles otro ejército que su hueste de artistas y aduladores.

En vano habia querido deslumbrar con su magnificencia; en vano habia intentado seducir con la amistad que le unía al emperador de Roma; en vano, por último, se habia querido atribuir un origen divino, dando ocasion á que se formase la secta de los herodianos que aparentaba reverenciar en él al verdadero Mesías. La adulacion transigia con él hasta este punto, con la idea exclusiva de explotarle más fácilmente.

Entre él y el pueblo se alzaba un valladar inaccesible; el odio tenaz, activo, implacable de aquella raza, le perseguía sin descanso.

Si salía en público, las clases más humildes del pueblo se complacian en insultarle.

La secta disimulada y poderosa de los fariseos hacia de



él befa y escarnio, negándole el juramento de fidelidad que repetidamente le habia exigido.

Su orgullo le habia impulsado á colocar sobre la puerta principal del templo un águila de oro, símbolo de sus poco envidiables triunfos, y arrogante atributo de la majestad: una turba de jóvenes entusiastas y decididos, que aprendian bajo la direccion de los doctores de la ley la ciencia y el odio á la dominacion extranjera, derribaron con estrépito y á la luz del dia aquella enseña de su soberano; la raza de los esenios, cuya intrepidez se habia acreditado tanto en los combates y que en todos infundia terror profundo, no se habia mostrado ménos rebelde que los fariseos.

Escenas más terribles preparaba aun el odio nacional; parecia que la tierra arrojaba conspiradores; en todas partes se tendian asechanzas á la vida del rey, y si la noticia de su muerte, inventada por el deseo, se extendia con la rapidez del rayo á las más apartadas provincias, un grito inmenso de júbilo resonaba en toda la nacion.

Herodes hacia que se desbordase entónces un torrente de sangre; pero la crueldad de sus venganzas sólo servia para encender más y más el odio que alimentaban todos los pechos.

Júzguese, pues, de la confusion de aquel príncipe, al oir que unos extranjeros que viajaban con todo el boato propio de los reyes de Persia, habian entrado en Jerusalem, y sin darle importancia alguna, preguntaban públicamente dónde podrian encontrar al Rey de los judíos, como si se tratase ya de un hecho consumado.

Sus espías le habian dado noticia de que la sedicion cundia entre las filas de su ejército, y el pueblo se jactaba sin rebozo de que muy en breve le veria destronado.

Pensó, pues, que la conspiracion habia triunfado por completo, y que ya no habia para él salvacion posible.

Aquellos extranjeros que preguntaban por el Rey de los judíos que acababa de nacer, ó no tenian más que una noticia vaga del suceso, ó usaban el lenguaje metafórico á que es tan inclinada la índole de los pueblos de Oriente, y al decir que acababa de nacer el Rey de los judíos, querian expresar que acababa de subir al trono.

Esto no era más que una sospecha, que se desvanecia por el solo esfuerzo de la razon.

Parecíale lo más probable que la conspiracion, caso de que existiese, habria fracasado, y que aquellos príncipes de Oriente sólo habian tenido noticia de los grandes elementos con que pudieran contar los conspiradores para llevar á cabo su propósito, que ellos daban sin duda por acabado.

En tal perplejidad, y deseoso de conocer todo el misterio, porque este era el único medio que tenia de conjurar los peligros que pudieran amenazarle, procuró inspirar confianza á los extranjeros, haciéndoles un recibimiento en extremo halagüeño y afectuoso.

Sus ideas eran sumamente vagas respecto á la tantas veces profetizada venida del Mesías. Teniendo en cuenta las fatídicas predicciones que respecto al trágico fin de su raza habian hecho tantas veces los fariseos en público y en privado, ajustándose á la equivocada tradicion que respecto á aquel acontecimiento conservaban los judíos, temió, no al Dios que habia de venir á consumir la redencion del hombre, sino al rey guerrero que habia de levantar ejércitos para derrocarlo, paseando desde uno á otro extremo del mundo sus banderas victoriosas, y deteniendo el arrogante vuelo de las águilas romanas.



Los magos podian descubrirle aquel porvenir que él ignoraba y que le hacia estremecerse en su trono; los magos le dirian si el Rey á quien buscaban era el conquistador y el guerrero, y sus revelaciones le servirian para trazarse una linea de conducta capaz de ponerle á cubierto de las asechanzas de sus enemigos y del ascendiente de aquel poderoso rival.

Segun las noticias que le dieran comprenderia si habia derramado en vano la sangre ilustre de los Macabeos, reducido á polvo todos los obstáculos con que tropezara su tiranía, y envilecido las clases más elevadas, ó si debia continuar en esta política cruel hasta no dejar en toda Judea ni la más leve sombra de oposicion á su reinado ni de odio hácia su dinastía.

— Seria yo un insensato, exclamaba, si me dejase arrebatar el trono por ese Niño. No he de perder en un dia los sacrificios de tantos años, ni he de llevar en vano la fama de cruel que me da este pueblo indómito. Sea ese Príncipe como los demas de la tierra, ó Enviado de Dios, es indispensable que muera. ¿Qué me importa ese brillante porvenir con que sueñan los judíos? ¿Por qué he de tolerar una grandeza que intenta competir con la mia y aun eclipsarla? ¿No cuento con el apoyo irresistible del poder romano? ¿Habrá quien intente oponerse á los decretos de mi voluntad? ¿Qué me importan el odio y la execracion de ese pueblo de esclavos envilecidos que me maldicen, y sin embargo se arrastran á mis piés como miserables reptiles? Ellos me llaman el extranjero, el prosélito, el verdugo. ¿Debo consentir que venga otro Príncipe á darles grandeza y felicidad, y á sepultarme en un olvido que valdria tanto como la infamia eterna? ¡Mil veces no! Al enemigo no se le cede



el campo sino despues de habérselo disputado en la batalla. El pueblo ignora aun el nacimiento de ese Príncipe, y sabré hacerle desaparecer aunque derrame la sangre de millares de víctimas, ántes de que el descontento general le haya creado prosélitos. Tendré muy presente la leccion que me ofrece la historia de Atalia; no olvidó más que un niño al decretarse el exterminio de la casa de Judá, y Moisés le arrebató el trono y la vida. ¿Pero dónde está ese Príncipe recién nacido por quien cambian los astros su curso, y á quien otros príncipes vienen á rendir homenaje desde tan lejanas tierras? ¡Ah! Yo le sorprenderé en su cuna.

Inmediatamente llamó á sus servidores y les dió orden para que convocasen á su presencia á los príncipes de los sacerdotes y á los doctores de la ley.

Su orden, apénas pronunciada, fué obedecida.

Congregados en su mismo palacio aquellos magnates opulentos, de los cuales ninguno se podia explicar las intenciones del rey, pero que conocian muy á fondo la violencia de su carácter, temblaban ante la idea de que quisiera hacerlos víctimas ó instrumentos de su implacable tiranía.

La frente de Herodes estaba oscurecida por una negra nube; en su entrecejo se concentraba la tempestad.

Dignándose apénas saludar á aquella congregacion de varones ilustres por su nacimiento, su carácter religioso ó su ciencia, subió al trono de oro y marfil, ante el cual ningun israelita tenia el privilegio de sentarse.

Sin anunciar previamente el objeto para que los habia convocado, les dirigió con acento rudo y casi amenazador esta pregunta:

— ¿En qué lugar de Judea debe nacer el Mesías?

Los príncipes y doctores se miraron con sorpresa, no acer-

tando á comprender que desconociese el rey lo que se hubiera avergonzado ignorar el último de los judíos.

No se hizo esperar la respuesta.

— En Belen de Judá, cuna de David, le contestaron.

— ¿Está lejana ó próxima la época de su nacimiento?

Los congregados comprendieron que aquella pregunta del rey era consecuencia de alguna horrible inquietud que le devoraba el alma, y deseosos de aumentarla cuanto les fuera posible, contestaron sin vacilar:

— Está tan cercana, que ninguno de nosotros se atreveria á jurar que no haya llegado.

— ¿Y en qué os fundais para creerlo así?

— En que ya tocan á su término las siete semanas de Daniel; en que el pueblo judío tiene un rey extranjero que es á su vez tributario del poder que verdaderamente nos oprime, como lo habian anunciado los profetas, y por consiguiente no deben estar lejanos los tiempos del nacimiento del Mesías.

Mal satisfecho Herodes de la explicacion que acababan de darle los más autorizados intérpretes de la religion hebrea, decidió esperar la vuelta de los magos para que le diesen noticias circunstanciadas del suceso que le producía tan honda inquietud.

Absorto en estas reflexiones se hallaba el rey de Judea, cuando los magos, movidos por las instancias de los mensajeros, y no queriendo desairar á un príncipe que les brindaba con hospitalidad tan generosa, llegaron al palacio abandonando las tiendas que habian hecho tender sobre las ruinas del de David.

El recibimiento que les hizo Herodes fué por demas liсонjero; y despues de saludarlos con toda la consideracion



que reclamaba su alta gerarquía, y de obligarles á tomar asiento en los sitios de preferencia, se manifestó quejoso, primero de que no hubieran anunciado su llegada para haberlos recibido dignamente, y despues de que hubieran acampado en el solar del palacio de David, pudiendo haberse alojado con gran contentamiento suyo en las magníficas habitaciones de la torre Antonia.

— Dispénsanos, señor, le contestó Gaspar tomando la palabra á nombre de sus compañeros; pero nosotros no te buscábamos á tí, y no podíamos por lo tanto aspirar á esta acogida amistosa que tan generosamente nos has dispensado. Ciertamente que no entrábamos en tus dominios en son de guerra, como lo demuestra bien el no traer en nuestra comitiva un solo guerrero, ni más armas que las indispensables para nuestra defensa en la larga y fatigosa peregrinación que hemos hecho; pero al fin buscábamos á un Rey que no eres tú, y del cual por lo tanto no puedes ser amigo, á ménos que iniciado en los misterios de la teología hebrea, juzgues, como nosotros, que ha llegado el momento de que se realicen, y procures, como los hijos de Israel y como nosotros, que el Príncipe que debe haber nacido te libre de la esclavitud.

— ¿Pero qué Rey es ese á quien buscáis? Preguntó Herodes, para quien eran poco ménos que un insulto las palabras de Gaspar.

— El de los judíos, contestaron los magos.

— No hay en Judea más soberano que yo, exclamó Herodes profundamente herido en su orgullo; vuestra cualidad de extranjeros es lo único que puede disculpar vuestra ignorancia en ese particular.

— Tú eres extranjero en Jerusalem; tu trono está edifica-



do sobre el poder de Roma, y el Rey á quien buscamos es Aquel de quien han hablado los profetas, el Ungido de Dios y Descendiente directo de David.

— ¿El Príncipe guerrero que ha de devolver su libertad al pueblo de Israel?

— El mismo.

— ¿Y el trono de David ha de dar esa rama?

— Así está escrito y profetizado.

— ¡Delirais! La mano implacable del tiempo hunde en el polvo las más orgullosas dinastías; no hay entre todos los descendientes de David uno solo que no esté obligado á pagar su óbolo al César, cuanto ménos que pueda aspirar á ceñirse la corona de Israel.

— Nosotros buscamos al Rey que te hemos dicho, no al esplendor de su corte.

— ¿Y dónde le encontrareis?

— El pueblo nos lo indicará.

— El pueblo no reconoce á más rey que á mí.

— Entónces, que el cielo nos ilumine.

— ¿Ignorais que no falta entre los hijos de Israel quien me reverencie como al Mesías?

— Tu grandeza los ha deslumbrado; pero no te pagues tú mismo de esas adoraciones, que ó son equivocadas ó poco sinceras: no eres tú Aquel de quien los profetas han hablado.

La indomable energía y la manifiesta fuerza de convicción con que fueron pronunciadas estas palabras desconcertaron á Herodes.

Habia oido á los escribas y á los príncipes de los sacerdotes asegurar la venida del Mesías; tenia sobrada confianza en la ciencia de los magos, famosa en todas las regiones del

Oriente, y le pareció verosímil que el engañado fuese él y no los que de tal manera le hablaban.

Un pensamiento horrible cruzó por su mente; pero demasiado hábil en el arte de disimular para revelarlo con la menor imprudencia, apeló á toda su fuerza de voluntad para que los sátrapas no le adivinasen en el rostro lo que estaba pasando en su alma, y resuelto á descubrir con cautela todo cuanto en aquel asunto podia interesarle, renunció al tono y ademan altivos que habia empleado hasta entónces, y dulcificando cuanto pudo su acento exclamó:

— Los doctores de la ley no se han cuidado de instruirme en esos misterios; pero vosotros que penetráis los secretos más profundos y que sabeis descifrar el destino siguiendo el curso de los astros, podreis desvanecer todas mis dudas.

— Pregunta, y en lo que nos sea posible te satisfaremos.

— ¿Ha dado ya ese Príncipe la señal de libertad á su pueblo?

— No, puesto que acaba de nacer.

— ¿Dónde le encontrareis?

— Lo ignoramos.

— ¿Y venis á buscarle á la ventura?

— Venimos conducidos por su estrella.

— Pues bien, ella os guiará.

— Se ha desvanecido al llegar á Jerusalem.

— ¿Luego en esta ciudad es donde debeis encontrarle?

— Eso creíamos; pero nadie nos ha dado noticia del lugar donde se mece su cuna.

— Es que en Jerusalem no hay más rey que yo.

— Estará acaso en otra ciudad de Judea; pero no dudes que ya ha nacido el Libertador de su pueblo.



— ¿Y de qué clase de esclavitud vendrá á librarme, á mí que soy señor de tantos vasallos?

— Los decretos del cielo son incomprensibles para nosotros; pero está escrito que el Mesías dará la libertad á todos los hombres. Hombre eres tú.

— ¿Y por qué medios? ¿Destruyendo por las armas á sus enemigos? ¿Dónde están los ejércitos dispuestos á seguir su bandera?

— No está escrito que la guerra sea su elemento poderoso de paz. Esclavos somos todos de nuestras propias pasiones; esa opresion pesa infinitamente más que el hierro de los tiranos. ¡Dichosos mil veces nosotros si su mision es la de libertarnos de tan pesada esclavitud!

— ¿Y pensais encontrarle?

— Esa al ménos es nuestra esperanza.

— Grande es vuestra fe.

— Inextinguible.

— Pues partid, príncipes, para Belen, tan luégo como hayais descansado; y si en efecto Dios es quien os guia, y encontráis allí á ese Rey libertador que ha de derramar sobre su pueblo tantas venturas, venid, os ruego, á decirme dónde está, que yo tambien quiero visitarle, y le daré irrecusables testimonios de mi sumision y respeto. Si es el Ungido de Dios, si Dios le envia al mundo con la mision que decis, lo cual quedaria demostrado con lo maravilloso de su nacimiento, yo le devolveré desde luégo la corona que le pertenece.

Los sátrapas, engañados por aquellas protestas de humildad, y pareciéndoles muy razonable que quien hasta entónces habia ocupado el trono de los judíos estuviese instruido en la naturaleza particular del Mesías, no vieron inconve-



niente en asegurarle que quedarian satisfechos sus deseos; y despues de una breve estancia en la torre Antonia, salieron de Jerusalem convencidos de que Dios no dejaria de pres-  
tarles alguna otra señal que les sirviese de guia.

La conferencia que habia tenido con los magos sólo sirvió para aumentar el temor y el sobresalto que se habian apoderado del alma de Herodes.

¿Habia llegado ya al término de su carrera?

¿Habia sonado la hora en que debiera purgar los crímenes que le habian facilitado el camino del trono?

¿Habia llegado su ambicion al límite de sus esfuerzos y no tenia ya que esperar en el mundo otra cosa que amarguras y desengaños? Aquel cetro tan terrible ante el cual se postraban temblando los más poderosos y más opulentos de Israel, ¿no seria ya en sus manos más que una débil arista que arrebatara el viento?

¿Sonaba ya para los judíos la hora tremenda de la venganza?

¿Iban á convertirse ya los oprimidos en opresores y las víctimas en verdugos?

¿Renacerian aquellas frondosas ramas que habia agostado el aliento abrasador de la tiranía?

¿Convertiríanse en amenos jardines los yerros eriales?

Si en efecto habia nacido un nuevo Vástago del trono de David y reclamaba sus derechos al trono de Israel, y los reivindicaba con gloria precipitando en la ruina el trono del usurpador, ¿con cuánto júbilo se le reuniria aquel pueblo que odiaba á Herodes con odio inextinguible profundamente arraigado en lo más íntimo de su alma!

Esta idea era sin duda alguna la que más le atormentaba.

Por perverso que sea el corazon de un hombre, por mu-

cho que se haya endurecido en los crímenes, nunca deja de sentir la necesidad imperiosa de verse amado.

El orgullo no se satisface nunca si no logra inspirar ese sentimiento.

Herodes habia tenido que seguir la fatal política de todos los usurpadores; habia tenido que pasar por el cadalso para subir al solio, y habia ahogado los últimos movimientos convulsivos del pueblo en un torrente de sangre.

Pero habia en su carácter una mezcla extraña de grandeza y de crueldad, y cuando no se dejaba arrastrar por el influjo de la ambicion, ni por las exigencias de su posicion siempre falsa y siempre obligándole á resistir, manifestaba cualidades dignas de un gran príncipe que, á no estar oscurecidas por la negra sombra de tantos horrores, hubieran bastado para que su nombre pasase á la posteridad revestido, si puede decirse así, con una brillante aureola de gloria.

Aquellas nuevas complicaciones exigian de parte de Herodes nuevas crueldades, y ya veremos en otro capítulo las que imaginó, ó las que le hicieron decretar sus pérfidos consejeros para anular en su origen el poder de aquel nuevo Rey á quien él consideraba como á su rival en la tierra.

Sigamos ahora á los magos del Oriente en su piadosa peregrinacion.



---

### CAPÍTULO III.

---

#### REAPARICION DE LA ESTRELLA.

En aquellas remotas edades en que los pueblos se regian por el capricho de sus tiranos, y la religion, base de las buenas costumbres, era en todas partes ménos en Israel la ciega idolatría, que si estaba pronta á erigir altares á la virtud, no lo estaba ménos á deificar el vicio, no debe asombrarnos el cuadro de horrores y de disolucion que á cada paso nos presenta la historia de los pueblos antiguos.

Sin embargo, algunos de ellos conservaban virtudes que han sido la admiracion de la posteridad.

El severo patriotismo de los hijos de Esparta, entre cuyas mujeres era costumbre el heroismo; el amor que los romanos profesaban á sus libertades, y la fidelidad con que los israelitas habian conservado al traves de los siglos y de sus mil vicisitudes sociales la religion que les fué revelada en el monte Sinaí, causan nuestra admiracion; porque apenas se conciben rasgos tan característicos de un pueblo en una época en que el espíritu de conquista y el horror que solia acompañarlas, mudaban con tan prodigiosa facilidad la manera de ser de las naciones, cuando no convertia á las



más poderosas é independientes en una familia de esclavos y un monton de ruinas.

Los persas tributaban un culto fervoroso á la verdad. Lo primero que aprendian de los maestros los hijos de sus reyes era decirle en toda ocasion, por mucho que pudiera perjudicarles, y aunque de ocultarla dependiera su vida.

Educados los magos en esta escuela de sinceridad, no podian presumir que un rey se deshonrase hasta el punto de hablar el lenguaje de la mentira.

Ellos comprendian que Herodes sacrificase millares de víctimas inocentes, y oprimiese al pueblo judío con todo el peso de la tiranía para asegurar su vacilante trono: si el idumeo no hubiese sido un tirano, si Israel no gimiese bajo el yugo de la esclavitud, acaso no hubiera nacido todavía su Libertador; pero no podian presumir que les correspondiese con engaño, á ellos que le habian hablado con tanta sinceridad.

Resueltos á cumplir su promesa de volver á noticiarle en qué lugar habia nacido el Mesías, hicieron levantar sus tiendas, y volviendo á cargar sus camellos pasaron otra vez por delante de los magníficos pórticos del palacio real, resplandeciente con todos los esplendores del arte y de la riqueza.

En el mismo orden en que habian atravesado toda Jerusalem para ir á descansar entre las ruinas del palacio real de David, volvieron á cruzarla, confiados en que no tardarian en encontrar alguna señal divina que les condujese á su destino.

Ya se habia extendido por la ciudad la noticia del piadoso objeto de su viaje, y el pueblo, que habia concebido con ella una risueña esperanza de reposo y de felicidad, se agru-

paba en las calles para saludarles con mil demostraciones de amor y de respeto, é incorporándose á su comitiva fué á despedirles hasta más allá de la puerta de Damasco.

Aquel pueblo tan mal avenido con la tiranía de que era objeto, tan dispuesto siempre á manifestar á Herodes el odio implacable que le profesaba, no podia ni queria desperdiciar aquella ocasion de desahogarlo, exagerando el júbilo con que habian recibido la noticia vaga, incompleta, probablemente inexacta, de haber nacido ya el verdadero Rey de los judíos.

Estas públicas y ruidosas manifestaciones de regocijo, eran otros tantos insultos para el orgullo de Herodes, y motivo bastante para afirmarle más y más en la cruel resolucion que habia tomado, y que todavía era un secreto hasta para sus consejeros más íntimos.

Los persas se encaminaron por la izquierda de la puerta de Damasco, perdiéndose muy en breve entre las sinuosidades de un terreno erizado de jarales y montañas, roto en barrancos profundos, en los cuales se perdia á cada momento la senda estrecha y pedregosa, para aparecer de nuevo en la falda pendiente de una colina, anunciando al viajero nuevos peligros é incesante fatiga.

Aun no se habian alejado tres millas de la capital de Judea, cuando fijando su vista en el firmamento para implorar de Dios la señal de que tanto necesitaban, vieron con asombro que se habia reproducido el prodigio, y un grito de júbilo se escapó de todos los corazones.

La misteriosa estrella que al llegar á Jerusalem se desvaneció en glóbulos de luz, habia vuelto á aparecer en la bóveda azulada del cielo.

— ¡Hé ahí la estrella! Exclamaron los magos:



— ¡Nuestra estrella salvadora! Repitieron los esclavos que formaban la comitiva.

Y unos y otros se postraron en tierra y adoraron á Dios que de tal manera se dignaba servirles de guia.

Desde aquel instante no cabia ya vacilacion alguna en su marcha, y perdiendo el recelo que les infundian las escabrosidades del camino y la incertidumbre de haber encontrado el que verdaderamente debian seguir, se abandonaron á la direccion de la estrella como el extranjero á la buena fe del guia nacido en el país que recorre.

Despues de algunos dias de marcha entusiasta y ardorosa, llegaron al fin á los débiles muros de la pequeña Belen, cuna afortunada del rey salmista.

Se disponian á entrar en la ciudad despues de haber observado los movimientos de la estrella y seguros de que ya llegaban al término de su viaje, cuando la señal misteriosa, inclinándose hácia el Mediodía, se paró de repente encima del establo donde habian ocurrido tan magníficas escenas, y descendió casi hasta tocar con su techumbre, para que á los piadosos peregrinos no les quedase duda de que aquel era el lugar que buscaban.

Un torrente de luz envolvió aquella cueva, misterioso alcázar de la Divinidad, que á poco habia de quedar convertido en magnífico templo por los esfuerzos de la piedad cristiana.

Los magos quedaron sorprendidos.

Nada esperaban ménos que aquella pobreza para la magnificencia del Rey á quien venian buscando.

Y sin embargo, no podian dudar de que en aquel establo miserable se estaba meciendo su cuna. La detencion de la estrella era un testimonio irrecusable.



Maravillosamente habian sido conducidos hasta aquel lugar. ¿Por qué aquella residencia tan humilde no habia de ser un misterioso designio de Dios?

Lo que al pronto les pareció incomprendible, se lo explicaron perfectamente á poco de haber reflexionado.

El Príncipe recién nacido venia á restablecer el trono de Judá contra la tiranía de los dominadores de su pueblo y contra la más importante aun del extranjero, que habia usurpado el solio en Jerusalem.

Natural era que el misterio envolviese entre sus sombras protectoras el nacimiento de aquel Príncipe libertador, y le amparase contra los que necesariamente habian de convertirse en sus verdugos.

Pero si admiracion les habia causado el medio milagroso á que debian tan dichoso encuentro, su asombro fué indescriptible al encontrarse dentro de aquella humildísima morada.

Ellos participaban de la creencia del pueblo hebreo y suponian que el Mesías libertador habia de presentarse en el mundo con todo el boato y la magnificencia propia de reyes. ¿Cómo reconocerle en aquel establo miserable que ya parecia refugio demasiado humilde para los más pobres pastores? ¿Cómo suponer que el Hijo de Dios hubiera nacido en mayor pobreza que el hijo del último de los obreros, y que en noche tan cruda como la de su nacimiento no habia de tener otro abrigo que el de las pajas de un pesebre?

Para reconocer al Salvador en aquel Niño, se necesitaba una fe ciega, una fe que sólo se concibe en aquellos sátrapas piadosos, y aun esto despues de haberles conducido á la gruta la estrella milagrosa, lo cual era un testimonio irrecusable de que por muy extraño que les pareciese, aquel Niño era el verdadero Mesías.

Todo era misterio á los ojos de los admirados príncipes y pruebas durísimas para su fe, porque no ménos que la pobreza del recién nacido, les llenaba de admiracion la condicion humilde á que pertenecia la Madre juzgándola por las apariencias.

Entónces no podian comprender los magos que el Hijo de Dios descendia al mundo, no para dar á su pueblo los bienes materiales que con tanta impaciencia codiciaba; no para restituirle su libertad política, sino la libertad del alma que estaba ya exigiendo su sacrificio; para completar la religion revelada, santificando la pobreza y la humildad, condenando la ostentacion y el orgullo.

Ellos, que no podian adivinar esta moral sublime hasta que la revelase el Hombre-Dios, estaban muy léjos de comprender que debiendo ser Jesucristo el modelo de la humanidad, habia determinado dar el ejemplo de las perfecciones desde el instante en que salió del seno de su Madre.

Tampoco podian adivinar que la base de la religion cristiana habia de ser la fe dócil y sencilla, y aunque ellos poseian esta virtud en grado heróico, ignoraban, por último, que Dios queria avergonzar á los judíos por la dureza de sus corazones.

Ellos, que hasta entónces habian adorado al sol por ser lo más esplendente de cuanto ofrece la creacion á la vista admirada del hombre, pero que remontados á esferas más sublimes por la grandeza de su espíritu, por la ciencia que habian adquirido y por la rectitud de sus sentimientos, anhelaban conocer un culto más racional y más puro; ellos, que venian á ser partícipes de las promesas hechas á los hijos de Israel, y que más tarde habian de alcanzar en la India la brillante corona del martirio predicando la verdad



evangélica, penetraron en la cueva abandonada con tanta veneracion, al decir de un escritor religioso, « como en sus templos construidos sobre fuegos subterráneos, donde giraban esferas estrelladas ».

Y aun no creéramos exagerar sus sentimientos suponiendo que esa veneracion no fué semejante, sino mayor que la reclamada por aquellos santuarios de la idolatría, que no debian inspirar mucho respeto á aquellos hombres instruidos en lá ciencia teológica de los judíos, y que venian desde tan apartadas regiones y conducidos tan milagrosamente en busca del Mesías divino que tantas veces habian anunciado los profetas de esta raza.

Para reverenciar al Rey á quien iban á visitar, y siguiendo las costumbres establecidas en su país, se descalzaron sus ricas sandalias, llevaron á su frente el polvo de la gruta, y adoraron de rodillas al Cristo que acababa de nacer, en la misma forma que los hijos del Oriente adoraban á sus dioses y á sus señores, y le ofrecieron oro purísimo de Nínive y perfumes que les habian vendido por frutos y perlas los árabes del Yemen.

En estos presentes ofrecidos por los magos á Jesucristo, de quien no dudaban que fuese verdadero Dios, se observa el hecho singular de que nada tuviesen de comun con las ofrendas que todos los pueblos hacian á sus divinidades.

Los mismos judíos, á pesar de ser los únicos que tenian conocimiento del verdadero Dios, conservaban el sacrificio cruento, y en el templo de Salomon el altar estaba salpicado de sangre, y el fuego sagrado consumia las entrañas de las víctimas propiciatorias.

No era justo que se regase con sangre la cuna de Jesus, que venia á abolir los sacrificios de las sinagogas.



Los pastores le habian presentado cándidos corderillos, leche y miel de sus rebaños.

Los magos le ofrecian oro, mirra é incienso; oro y mirra como á Hombre, incienso como á Dios.

Así fué saludada la venida al mundo del Redentor de los hombres por pastores y reyes, por los dos extremos más opuestos de la escala social. Los más altos poderes de la tierra venian á humillarse al pié de aquel pesebre que contenia en sí la mayor grandeza; la jerarquía más humilde era admitida al mismo honor, porque habia determinado hacerse una corte de humildes el Espíritu divino que buscaba sus doctores entre las últimas capas de la esfera social, para que su verdad triunfase por sí misma y se abriese camino al traves de los tiempos y de las edades, hasta brillar en todo su esplendor y tener su asiento en todos los corazones, como los rayos del astro del dia por entre las tinieblas con que la noche cubre al mundo.

Hasta aquel momento feliz que apénas podrá comprender el tierno cariño de una madre, la vida de la vírgen María no fué otra cosa que una prolongada escena de dichas, magnificencias y esplendores.

El primer período se habia deslizado como un dulcísimo sueño en que el alma, rompiendo los lazos terrenales, se remonta á regiones de esplendente luz y de sin igual pureza; consagrada al servicio del templo, léjos de las aficciones y de las miserias del mundo, habia vivido, por decirlo así, en el seno de Dios, respirando la atmósfera embalsamada de aquel asilo artesonado con cedro, bronce y oro, elevando su alma en la augusta solemnidad de las ceremonias religiosas, recreando sus oidos con la regalada música de los cánticos de alabanza y de las arpas de los levitas que

podian competir con las cólicas en armonía dulce y suave.

Pasa la época de su primera juventud; cede á las instancias de sus parientes, á la voluntad expresa del cielo, y se une á un varon justo que no intenta romper la alianza mística que habia contraído con Dios; un ángel le anuncia que es la Elegida de Jehová para dar al mundo el Mesías; empieza á penetrar los misterios que la habian inflamado en ardor divino cuantas veces habia meditado sobre ellos al leer las Sagradas Escrituras, y ve con dicha inefable que Ella ha de representar un papel importantísimo en las grandes escenas de la redencion humana.

Empieza á tocar la amargura por no tener un lecho en que recibir al Hijo que Dios le enviaba, y pronto se calma su dolor viendo que el Enviado de Jehová es anunciado á los hombres por mensajeros celestiales, y que le reconocen y adoran con igual efusión los más grandes y los más pequeños.

Pero aquí termina lo que pudiéramos llamar la página de oro de aquella existencia inmaculada. Horas de luto y de llanto esperan con inhumano rigor á aquel Sér tan inocente y tan puro, cuya vida entera es un poema de amor, de abnegacion, de dulzura y de virtudes.

Estaba escrito: las persecuciones más sangrientas, las inquietudes más horribles, las angustias más opresoras, los dolores más agudos, debian afligir el corazon de aquella Madre, de aquella intercesora de la humanidad, que destinada á derramar en el mundo el bálsamo consolador de la esperanza, debia ser familiar á todos los dolores para poder consolarlos todos.

Ella ve á sus hijos que lloran, y Ella presenta á Dios en holocausto las lágrimas derramadas; y al hacerse intérpre-



te de un dolor sincero, dice á Aquel que está sentado á la diestra del Padre :

— Consuélalo por mi amor, que Yo tambien lo he sufrido por el tuyo.

¿Qué importan los tormentos más crueles, las más amargas aflicciones á quien tiene tan excelente Madre?

¿Qué le importa la sed al cansado peregrino, si sabe que al término de su jornada ha de encontrar la fuente donde brota el agua cristalina y pura de la felicidad?



---

## CAPÍTULO IV.

---

### REGRESO DE LOS MAGOS.

Henchida el alma de felicidad y el corazón de dulcísima esperanza; satisfecho ya el ardiente deseo que los había llevado hasta las cercanías de Belén, desde las entrañas de la Persia, los príncipes Magos ardían en impaciencia por publicar en su patria y en los extensos países que para volver á ella debían recorrer, el éxito feliz de su larga y atrevida peregrinación.

Volvieron á besar las plantas del Niño Rey de Judea, recibieron las demostraciones de gratitud de la Madre y del Patriarca, y volviendo á montar sobre sus dromedarios, seguidos de aquel séquito de servidores que habían entrado esclavos en la cueva de Belén y salieron con la dignidad propia de hombres libres, se encaminaron al encuentro de Herodes para cumplir la promesa que le habían hecho.

Antes de que los sátrapas abandonaran á Jerusalén y mientras estaban levantando sus ricas tiendas, les había enviado Herodes un mensajero para anunciarles que mientras que ellos iban á Belén él se dirigía á Jericó, y que les rogaba que fuesen á visitarlo á su regreso en aquella residen-

cia, no sólo para cumplir la palabra que tenían empeñada, sino también para darles nuevos testimonios de la amistad que les profesaba y del deseo que sentía de estrechar alianza con el gran Rey de la patria de Zoroastro.

Herodes, que ya sentía los primeros síntomas de una enfermedad mortal, iba á buscar á Jericó la salud que había perdido en Jerusalem, y abandonaba la ciudad enriquecida por los romanos con un anfiteatro, objeto de continúa burla para los judíos, seguido de una numerosa escolta de soldados tracios y germanos.

Los príncipes persas, dispuestos como hemos dicho á cumplir la palabra que habían dado á Herodes, tomaron el camino de Jericó.

La noche avanzaba, y tuvieron que tender las tiendas.

Apénas sus párpados se habían cerrado bajo el influjo del sueño, tuvieron una vision magnífica.

Un ángel del Señor, apareciéndose á su espíritu, les instruyó de los secretos designios que abrigaba el idumeo, y les intimó la orden de que torcieran el rumbo y tomaran el que directamente les había de conducir á su patria.

— Ante el servicio de Dios toda consideracion humana debe ceder, les dijo el ángel; pero id sin cuidado, que Herodes no os podrá reconvenir porque hayais olvidado vuestra promesa, ni enviará mensajeros para que os detengan en el camino. Postrado está en el lecho del dolor, y no ha de abandonarlo hasta que lo conduzcan al sepulcro.

Al despertarse los magos recordaron la vision como si la tuvieran delante de los ojos, y obedeciendo el mandamiento del ángel, se hincaron de rodillas para bendecir y dar gracias á Aquel *que tiene su tienda en el sol*, y abandonaron el camino de la residencia real de Herodes.

En vez de costear las estériles é inhospitalarias playas del lago maldito, en cuyas aguas se reflejan las sombras pavorosas de las ciudades réprobas, siguieron la ribera del grande mar, atravesaron los fértiles y risueños campos de la Siria, y vieron al fin la corriente del Tígris de donde habian venido.



---

## LIBRO SEGUNDO.

DIMAS.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

LOS BANDOLEROS.

En uno de los abandonados castillos de las montañas de Judea, desmantelado por el rey Herodes en la época en que concibió el pensamiento de libertar al país de la insufrible opresion en que le tenian infinitas bandas de malhechores, y que no era ya sino un monton de ennegrecidas ruinas, se habia refugiado una partida de bandoleros, que al mando de su jóven capitan, burlaba hacia ya algunos meses la activa persecucion de los soldados tracios y germanos que estaban á sueldo del rey de Jerusalem. El capitan, hombre de valor indomable y dotado de toda la actividad y astucia que son indispensables en los que se dedican á tan peligroso oficio, tenia su fortaleza en las breñas de aquel áspero terreno, donde resistia á las pequeñas partidas de soldados, luchando con ellos frente á frente, ó mandaba á su banda que se dispersase desde el momento en que por la superioridad de las fuerzas le era imposible resistir.

Se daba toda la importancia de un guerrillero, y no sólo

descendía á los valles para dar un golpe seguro sobre las inofensivas caravanas, sino que tambien cobraba tributos de las ciudades que no estaban defendidas por guarnicion extranjera.

Dimas, que así se llamaba el jefe de esta banda de forajidos, era el terror de la comarca. En balde se habia puesto varias veces á precio su cabeza: los que obedecian sus órdenes le tenian un respeto profundo, y los habitantes del campo, temerosos de sus vejaciones y muy interesados en conservar su amistad, no sólo le amparaban en sus quintas y en sus cabañas, sino que tambien le servian de espías para que más fácilmete pudiese burlar la activa diligencia de sus perseguidores.

Cuanto más severos eran los edictos que se fulminaban contra él, más crecia su insolencia; y llegó hasta el punto de levantar la bandera de la independenciam contra el poder de Herodes, á fin de disculpar sus latrocinios con tan noble pretexto.

Era una noche sombría y tempestuosa. El viento de Levante, quebrándose entre las derruidas murallas de la fortaleza, bramaba con eco aterrador; la siniestra luz de los relámpagos iluminaba el castillo que alzaba sus descarnadas formas como un gigante que habitaba en aquella soledad; el trueno retumbaba sobre las montañas, y las gruesas gotas de agua, impelidas por la tormenta, no bastaban á impedir que del seno de la tierra se desprendiese un vapor denso y sofocante.

A lo léjos se oia el sordo rumor de las cataratas precipitándose de roca en roca, y el desesperado bramido de las fieras que huian de la tempestad, sin poder hallar un abrigo ni en las cuevas de la montaña, ni en el seno profundo de los



bosques; todo esto aumentaba el horror del imponente cuadro que ofrecia aquella espantosa noche.

Amparados bajo un resto de techo y mal defendidos por un lienzo de la agrietada muralla, al cálido resplandor de una hoguera, se veian una veintena de hombres, los unos dormidos sobre su taled, los otros reclinados cerca de la lumbre, pocos con ademan inquieto, prestando atento oido á los rumores más leves de la noche; y más allá, severo é indiferente como si nada tuviese que temer de la tempestad ni de los mil peligros que le rodeaban, un jóven que apenas podria tener veinte años, de rostro varonil y mirada inteligente, alto y fornido, revelando en sus formas un desarrollo muscular, que era indicio seguro de su fuerza y de su energía.

A alguna distancia se veia otro hombre que parecia haber nacido para ser el vivo contraste del anterior.

Era de pequeña estatura, de color cetrina, de torva mirada; sus cejas negras y pobladas, ásperas en demasía, no estaban interrumpidas sino por una línea casi imperceptible en el nacimiento de la nariz chata y arremangada por su parte inferior. Su cabeza era de extraña forma: ancha y prominente hácia el hueso occipital, avanzaba en ángulo casi agudo hasta llegar á la frente, que estrecha y deprimida, parecia una angosta senda practicada entre aquel bosque de espesos y erizados cabellos, para que aquel sér tan repugnante tuviera alguna apariencia de forma humana.

En tan deforme conjunto de facciones irregulares, se adivinaba desde luégo que el alma de aquel infeliz no era menos imperfecta.

Al primero de los bandidos de quien hemos hablado y que debia ser el jefe de la banda, pudo haberle arrastrado á la



carrera del crimen una de esas ciegas fatalidades que tanto influyen en el destino del hombre, y que pueden servirle de disculpa, aunque jamas de justificacion.

En el segundo, se adivinaba desde luégo que sólo obedecia á sus depravados instintos; que habia buscado el crimen, para gozar del placer que reporta á las naturalezas pervertidas. En aquel monton de cieno con apariencias humanas, cabian todas las malas pasiones que envenenan el corazon; por aquella frente miserable no habia cruzado nunca la más ligera sombra de un pensamiento generoso.

Cuando llegaba la ocasion de repartir el botin entre sus compañeros, Gestas, que tal era su nombre, siempre ciego por la codicia, promovia contiendas que rara vez dejaban de terminar con derramamiento de sangre; jamas respetó el óbolo del huérfano ó de la viuda; gozábese en el daño, aunque no le reportase ningun beneficio, y lo mismo profanaba las sinagogas para robar los objetos destinados al culto, que escarnecia á los ancianos ó burlaba infamemente á las doncellas.

Toda la autoridad y la supremacia de Dimas no eran bastantes para contener el bárbaro desbordamiento de aquel bandido; sus compañeros, que le miraban con horror, habian acordado y resuelto su muerte; pero la misma enormidad de sus crímenes les detenia, temiendo que si daban el golpe en vago, habian de ser víctimas de su implacable enojo.

En cuanto á Dimas, le temia tambien, y la misma consideracion le obligaba á no deshacerse de tan incómodo amigo. Sabia que estaba pregonada su cabeza, y no podia dudar de que indisponiéndose con Gestas, éste aprovecharia la primera ocasion que se le presentase para venderle.

Gestas hubiera consumado mil veces esta traicion si el premio que le ofrecian los agentes de Herodes bastase á compensar las ganancias que reportaba de su amistad con Dimas. Por otra parte, no le infundian mucha confianza las deslumbradoras promesas de los edictos, y temia, no sin fundamento, que con una mano le entregasen la cantidad ofrecida y con otra le abandonaran al verdugo para que diese estrecha cuenta de su vida pasada.

Parecíale ademas que era preferible su posicion de segundo de Dimas que la que podria encontrar en alguna oscura aldea, viviendo pobre y despreciado con el precio infame de su traicion.

— Reniego de la noche y de la tempestad, exclamó Gestas; no parece sino que las sombras de todos cuantos hemos sacrificado en esta comarca para robarles su dinero ó sus mercancías, andan vagando por las montañas y quieren infundirnos terror con sus gritos amenazadores.

— ¿Tienes miedo? Preguntó Dimas con acento despreciativo.

— Yo no sé qué cosa es el miedo, ni á quien como yo tiene pregonada su cabeza se lo pueden infundir las sombras amenazadoras que crea la fantasía en estas imponentes soledades. Al contrario, considero que cuanto más terrible sea la noche y más amenace la tempestad, más seguros estamos en este nido de águilas.

— ¿Entonces de qué te quejas?

— Convengamos en que nuestra vida no tiene nada de agradable, y en que mejor se duerme en el lecho defendido contra el viento y la lluvia, que sobre estos escombros y entre estas paredes sin techumbre, cien veces más desamparadas que el bosque y que la montaña.



— Si te cansa la vida, buen remedio: con renunciar á ella...

— Eso no; pero es destino del hombre que nunca ha de estar contento con su suerte... Además, á mí me mata la holganza, y como hace ya ocho ó diez dias que no se nos presenta ocasion de acometer una empresa digna de nosotros, no es extraño que la paciencia se me vaya acabando por momentos.

— Por lo mismo que has esperado tanto, no tardará mucho en presentarse.

— Buena falta le hace á la partida; los más esforzados desmayan por momentos, y muy torpes son los soldados de Herodes cuando ya no han sacado partido del desaliento de nuestra gente.

— Todos tienen confianza en mí.

— Sí, pero de la confianza no se vive solamente, y los que nos hemos lanzado á los peligros de esta existencia azarosa necesitamos algo que sea más positivo; porque para hacer una vida errante y pasarnos semanas enteras saltando de roca en roca, guareciéndonos en los bosques como los animales feroces, siempre al acecho de una caravana, jugando en el menor lance la cabeza, y sosteniendo un combate por dia, sin que una proporcionada ganancia compense tantas molestias y sobresaltos, valia más seguramente hacer la vida del hombre honrado y ganar el sustento con el sudor de la frente, resignándose con la sentencia que Jehová fulminó en el paraíso.

— Paréceme, Gestas, que estás inclinado á cambiar de profesion.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque de tu lenguaje se desprende; y podrias hablar



con franqueza, porque si es que estás resuelto á volver á la vida honrada, yo te facilitaré el camino.

— ¡Tú!

— Sí. Te veo muy arrepentido, y seria lástima que despreciases ese momento de contrición para entrar en el paraíso. Ya sabes que nunca hago en balde semejantes promesas, y te juro por lo más sagrado que haya para mí en el mundo, que si vuelvo á oírte expresar esos deseos, no volverás á anunciarlos por tercera vez.

Gestas dirigió á Dimas una mirada rencorosa, y sofocó una especie de rugido amenazador; pero dominado por la superioridad del bandolero, se contuvo murmurando entre dientes estas palabras:

— Yo también te juro que has de pagarme muy cara esa arrogancia con que me insultas, porque más tarde ó más temprano ha de llegar mi ocasión.

Gestas disimuló el enojo que le había producido la amenaza de Dimas, y acercándose á él con una sonrisa verdaderamente infernal, y tocándole cariñosamente en el hombro, le dijo:

— Serías el mejor de los hombres si no fueras tan fácil para irritarte. ¿Qué tiene de particular que un hombre como yo reniegue de cuando en cuando y maldiga su destino, si yo no tengo aspiraciones á pasar por justo? Deja que cada cual se exprese en su propio lenguaje, que no siempre lo que sale á los labios es lo que siente el corazón, y bien sabes tú que yo soy el más adicto y más leal de todos los compañeros. Ya ves, esos ingratos que tantos beneficios te deben, han murmurado de tí porque no salistes al encuentro de los sátrapas de Persia cuando se dirigian á Jerusalen, y yo, á pesar de que comprendia de que en cien años que an-

duviésemos vagando por esta comarca no volveria á presentársenos ocasion de apresar un botin tan espléndido, he pensado que tus razones tendrias para obrar así, y no he murmurado una sola palabra. Ya que parece que se te ha pasado el enojo, hablemos lealmente y con toda la confianza que debe haber entre un superior y su inmediato. Esos príncipes magos, que segun nuestros espías, iban á visitar á no sé qué Rey recién nacido, traian consigo magníficos presentes, y su comitiva se componia de un reducido número de esclavos, gente incapaz de resistir á hombres tan aguerridos como nosotros. Despojándolos de sus riquezas hubiéramos realizado una empresa poco honrosa si quieres, pero en cambio muy lucrativa. Esto lo saben bien nuestros compañeros, y no te perdonarán nunca la generosidad con que tú lo has perdonado. El descontento aumenta y adquiere formas verdaderamente terribles.

— Yo humillaré la insolencia de esos hombres.

— ¿Cómo?

— Colgando de la más alta almena de este castillo á quien quiera que intente estimularlos á la rebelion, exclamó Dimas fijando una mirada terrible en Gestas, como para darle á comprender que á él era á quien se dirigia la amenaza.

Gestas, que de muy antiguo tenia la costumbre de leer en los ojos de Dimas, adivinó su pensamiento, pero se guardó muy bien de manifestarlo, y continuó diciendo:

— Si hubieras de castigar á todos los que te censuran, tú serias el que volvieses á la vida del hombre honrado, porque no habria en el castillo bastantes almenas para colgar á los murmuradores, y llegarías á verte completamente solo. Te repito que debemos hablar como buenos amigos, que el



caso es muy importante y bien lo merece. Nada hay más fácil que enmendar el daño.

Todos estamos dispuestos á dar la acometida, aunque escoltasen á los sátrapas una legion entera de soldados romanos. Vuelven de Jerusalem, y Herodes, que es tan espléndido, no habrá dejado de regalarles con ricos presentes; el botin será ahora más codiciable que cuando pasaron por estos desfiladeros la primera vez. Si te decides á dar el golpe y haces creer á la partida que los esperabas á su regreso, porque habian de traer mayores riquezas y vendrian más confiados, puesto que no habian tenido tropiezo alguno en el camino, los valientes que obedecen tus órdenes trocarán sus censuras en alabanzas, admirarán tu prevision, y te tendrán más respeto que nunca. Si no lo haces, considera que tendrán para quejarse sobrados motivos, porque no estamos aquí, ni exponemos nuestra vida á cada instante, para pararnos en vanas contemplaciones y dejar perder la ocasion tal y tan buena, que no volverá á presentarse otra igual en toda nuestra vida.

Dimas quedó pensativo; Gestas continuó para acabar de convencerle:

— ¿Con qué podrás disculpar esa indecision que nadie acierta á explicarse? ¿Con qué derecho podrás impedir que esos hombres encuentren el fruto de su trabajo, la recompensa legítima de los peligros á que continuamente se exponen? ¿Cómo podrás justificar tu conducta, y desvanecer la sospecha de que los vendes?

— Es imposible, Gestas: yo, que no he temblado nunca ante los mayores peligros; yo, que he declarado un odio mortal á los hombres, porque de ellos no he recibido más que agravios, me estremezco ante la idea de causar á esos



extranjeros el daño más leve. Ellos, confiados en la buena amistad del pueblo judío, traen una misión pacífica, y sería indigno, infame, corresponderles con el robo y el asesinato.

— Pues para pensar de ese modo no debieras de haberte hecho jefe de una banda de forajidos. Desde el momento en que nuestras cabezas están pregonadas, vivimos en guerra forzosa, no sólo con los jueces y sus secuaces, sino también con cuantos hombres se llaman honrados, pertenezcan ó no al pueblo judío. ¿Qué nos importa á nosotros la misión que hayan podido traer esos príncipes de Persia? ¿Estamos encargados de guardar las leyes de Herodes, ni nos importa un ardite que sus huéspedes sean bien ó mal recibidos? Nosotros vemos una caravana que conduce numerosas riquezas, y cumpliendo con nuestro oficio se las arrebatamos. Esto hacemos con mercaderes inofensivos; si los viajeros son reyes ó príncipes, tanto mejor para nosotros; siempre hay más gloria en vencer á los poderosos que á los humildes, y la conciencia debe quedar más tranquila cuando se arrebató á un opulento una pequeña parte de sus riquezas, que cuando se despoja al pobre de lo que acaso constituye su único elemento de vida.

— Sin embargo, esos príncipes traen un seguro que ni tú ni yo podemos violentar.

— No comprendo cuál sea.

— ¿No has oído decir quién es ese Rey recién nacido á quien vienen á visitar?

— Sí, algo he oído; pero tan vagamente, que no doy crédito á nada.

— Tu profunda ignorancia disculpa esa incredulidad.

— Nunca he presumido de sabio. Hijo de la fortuna, ó más bien de la desgracia, ni he conocido á mis padres, ni

alma viviente se ha interesado por mí. Criado á la ventura, he vivido como las aves, del alimento que encuentran en su camino, y tengo á la humanidad el mismo afecto que ella me ha demostrado siempre. Continuamente he vivido sin Dios, sin rey y sin patria, y aunque mis palabras te parezcan horribles, puedo asegurarte que nunca los he echado de menos. ¿Qué me importa á mí que sea quien quiera ese Rey á quien vienen buscando los sátrapas?

— ¡Calla, blasfemo! Tú has nacido judío, y debes creer en las tradiciones de tu raza.

— ¿Cómo, si las ignoro? ¿Ni qué tengo yo que ver con los reyes de la tierra? Mande quien mande, no ha de faltar nunca quien me mande colgar de una almena, como tú decías hace poco, si me dejo coger en el menor descuido.

— Escucha, Gestas: nuestra vida sería horrible si alguna creencia piadosa no viniera á dulcificarla; en eso únicamente nos diferenciamos de las fieras, nosotros que vivimos del robo, de la violencia y de la sangre que hacemos derramar. Yo que no he sido tan desgraciado como tú, yo que me he visto amado de mis padres, á quienes amaba también, he aprendido en el hogar doméstico máximas que hoy forman la única felicidad de mi vida, y verdades en las que creo como en esa tempestad que ruge sobre nuestras cabezas. La ley revelada á Moisés en el monte Sináí, es la palabra de Dios repetida despues constantemente por los labios de sus profetas. La culpa que contrajo el primer hombre en el paraíso, y que es causa de la esclavitud en que viven los hijos de Israel, será redimida por la voluntad de ese mismo Dios que enviará al mundo su Cristo. Ha llegado ya el tiempo en que se cumplan las profecías; tocan á su término las siete semanas de Daniel, y las águilas romanas se pasean victo-



riosas desde un extremo á otro de la tierra de Promision. Esta gran desdicha estaba tambien profetizada; pues bien, el Rey que ha nacido no es hijo de Herodes, sino descendiente de David, inmortal caudillo del pueblo hebreo. Ese Príncipe, sentándose en el trono de sus mayores, que rescatará del extranjero que se lo usurpa, pondrá en pié de guerra sus invencibles legiones de combatientes, y lanzándose con ellos á la pelea, devolverá su libertad al pueblo judío. Juzga tú ahora si habiendo nacido de esta raza podemos ni tú ni yo ofender en lo más mínimo á los que desde tan lejanas tierras han venido á adorar á nuestro Libertador.

— A fe mia que no entiendo una sola palabra, exclamó Gestas encogiéndose de hombros con estóica indiferencia; me hablas de cosas demasiado sublimes para que pueda alcanzarlas mi imaginacion. ¿Qué quieres? En un dia no se olvidan las costumbres de una vida entera, ni yo puedo triunfar en un momento de la ignorancia de tantos años. Tú que has nacido en una esfera distinta, piensa en buen hora en eso que segun los rabinos han dicho los profetas. No te envidió esa felicidad, porque si crees en la justicia y la buscas en otro mundo convencido de que en éste no la hay, no dejarás de tener algun remordimiento por los crímenes que has cometido. A mí me inspira santo horror el silencio que rodea las tumbas, y nunca me he tomado el trabajo de pensar qué será de mi espíritu cuando llegue la hora de mi muerte. Así, como nada espero, nada temo; y me parece sencillamente imbécil la conducta que piensas seguir con esos sátrapas.

— Ya que no me comprendas, debes al ménos respetar mi resolucion, porque emana de mi voluntad.

— Está respetada; el dia que me canse de obedecerte,



trabajaré por mi cuenta; pero por última vez te digo que haces muy mal, y que has entrado de lleno en el camino de tu perdicion.

Hubo un momento de pausa, durante el cual Dimas miró fijamente á Gestas como para descubrir los secretos más recónditos de su alma.

— Acabemos de una vez, le dijo al fin, que esta situacion se va haciendo ya insostenible. Con mucho calor abogas por la causa de los descontentos, y he dado en pensar que muy bien puedes ser uno de tantos. Si hemos llegado al extremo de que yo te sirva de estorbo, dilo francamente y se resolverá la competencia. Armas tenemos á nuestra disposicion, la noche nos protege con su oscuridad, y nuestros amigos están durmiendo. Alejémonos de este sitio, y el que quede vencedor sea el jefe de la partida.

— No acepto lo que me propones, contestó Gestas con imperturbable serenidad. ¿De qué me serviría disputarte la direccion de esta banda? Desgraciadamente me conozco y sé que no sirvo para el caso; yo no tengo ingenio para burlar la activa persecucion de los soldados de Herodes, ni me atreveria á disputar la victoria en campo abierto al más torpe de los centuriones romanos. Sigue siendo nuestro jefe por nuestro bien y el tuyo, pero no desoigas las justas quejas de los que te obedecen; y puesto que no has de ser rabino, ni creo que aspire al puesto de príncipe de los sacerdotes, deja esas pláticas sagradas que estarian muy bien en las sinagogas, y condúctete como quien eres, como un capitán de ladrones, ni más ni ménos.

— ¿Tan amenazadoras son las murmuraciones que se levantan contra mí? Preguntó Dimas perfectamente tranquilizado con la explicacion de Gestas.

— ¡Y tanto!

— ¿Pues qué se dice?

— Todo te lo contaré.

— Sí, no me ocultes nada; en que yo sepa lo que piensa el último de nuestra partida, estriba el secreto de nuestra seguridad y de nuestras victorias.

— Pues bien: dicen que no han conocido nunca un capitán de bandoleros que se te parezca; que no tienes declarada guerra en absoluto á los bienes del prójimo; que respetas demasiado á los ancianos y á las mujeres; que evitas cuanto puedes el teñir tus manos en sangre, como si no se derramara copiosamente la de nuestros amigos en el campo de batalla y en los patíbulos; y por último, que más que dar caza á inofensivos viajeros, como debe hacerse en nuestra profesion, buscas los soldados romanos para lidiar con ellos sin provecho alguno material, como si inflamado por el amor de la patria quisieras limpiar esta tierra de extranjeros, á la manera que Herodes aspira á limpiarla de forajidos.

— ¿Y te extraña esa conducta?

— ¡Ya lo creo! No nos hemos reunido para defender á la patria.

— ¿He levantado yo acaso francamente la bandera de la independencia?

— Para el caso viene á ser lo mismo; la mitad del tiempo la pasamos combatiendo con los soldados de Roma que se pierden entre estos breñales, y la otra mitad la consumimos en el ocio, si la suerte no nos depara una buena presa.

— Gestas, no sabes tú los motivos que me impulsan á tener ese odio contra los invasores de mi país; pero yo te aseguro que la justicia me abona.



— Y yo lo creo; pero á los demas no les sucede lo mismo.

— Porque no sentís latir en vuestro pecho un corazon ju-  
dí; porque no os indignais con el oprobio que sufren nues-  
tros hermanos.

— ¿Hermanos? ¿Qué hombre nacido nos dará ese título, á  
nosotros, viles criminales que nos vemos acosados como fie-  
ras, que no tenemos más patria que estas desnudas rocas, y  
que seríamos descuartizados si cayésemos en poder de cual-  
quiera de esos *hermanos* cuyo infortunio tanto te conmue-  
ve? Ya te he dicho que no somos nosotros los redentores de  
la patria.

— Ciertamente que hago mal en emplear este lenguaje;  
tu corazon no puede responder á ciertos sentimientos, por-  
que ni aun sospechas que puedan existir. Sin embargo, no  
desconfío de que me entiendas, y entendiéndome me discul-  
parás. Parecen haberse reunido en tu alma todos los malos  
instintos, y tu corazon atesora un odio inextinguible hácia  
la humanidad. Pues bien, si pudieras condensar todos los  
pueblos de la tierra en un solo hombre y te lo dieran atado  
de piés y manos con el pecho desnudo, ¿no le clavarias go-  
zoso tu puñal complaciéndote en prolongar su agonía, en di-  
latar su último suspiro, para que su horrible tormento com-  
pensara lo mucho que has sufrido desde la cuna?

— ¡Ya lo creo!

— Pues bien, á mí me pasa otro tanto con el pueblo ro-  
mano: yo tambien quisiera convertirlo en un solo hombre  
para derramar en su corazon todo el veneno, toda la inten-  
sa amargura que se desbordan en el mio. Yo no vivo más  
que para la venganza, y la satisfago como puedo, haciendo  
morder el polvo á esos soldados invencibles que han sujeta-  
do el mundo entero á la cadena de la esclavitud.



— ¿Y sólo el amor á la patria es lo que te guia? Preguntó Gestas, acentuando su incredulidad con una sonrisa irónica.

— No ciertamente, contestó Dimas, que dominado por la exaltacion de sus sentimientos se habia olvidado de que aquel hombre, su rival y acaso su enemigo, no debia ser confidente de sus secretos; tú has dicho bien: nosotros no podemos ser redentores de la patria; pero dime: si hubieras tenido un padre cariñoso, anciano y venerable; si hubieras tenido una hermana jóven, bella y pura como los lirios que crecen en el valle, y los hubieras visto al uno escarnecido y á la otra deshonorada, morir ambos de angustia y de desesperacion, sin tener una mano amiga que se levantase para defenderlos, ¿qué pensarias del autor de su deshonra y de su muerte? ¿Qué tormento, por bárbaro que fuese, te pareceria bastante para castigarle?

— Ninguno: ya te he dicho que yo no he conocido nunca el amor de padre ni el de hermano; pero mi tosca naturaleza adivina que si pudiese haber en la tierra algo capaz de conmover mi corazon, serian esos sentimientos.

— Pues juzga de mi furor al verme privado de lo que constituia en el mundo mi única felicidad.

— ¿Y no has tenido ocasion de vengarte?

— Lo hago como puedo.

— ¿No has encontrado nunca al hombre que te ofendió?

— Nunca, pero yo le encontraré; yo le encontraré aunque le esconda el abismo; miéntras tanto, desahogo mi venganza con los de su nacion. Escucha mi historia para que puedas defenderme cuando esos ingratos me acusen.

## CAPÍTULO II.

### LA FATALIDAD.

Después de la muerte de mi madre, mi padre se retiró á una aldea próxima á Belen, donde vivia del escaso producto de sus rebaños.

Mi hermana y yo éramos pequeños, y aunque la miseria nos rodeaba, mi padre no procuró nunca mejorar nuestra suerte, porque para eso le hubiera sido preciso abandonarnos por algunas temporadas, y no tenia á quien dejarnos encomendados durante su ausencia.

Pasaron algunos años, y un amigo suyo le persuadió á que pasase á Persia con el objeto de traficar en la compra y venta de las sedas y brocados que tan esmeradamente se labran en aquel país.

Mi padre carecia de medios para emprender este comercio lucrativo, y el amigo de quien te he hablado le prestó el dinero necesario, sin otra garantía que la de exigir de mi padre que habia de darle la mano de mi hermana, tan luégo como estuviese en edad de tomar estado.

Para mayor seguridad del compromiso que mi padre contraia, me obligué por mi parte á indemnizar al acreedor



caso de que mi padre muriese ó mi hermana se resistiera á aceptarle por esposo, ó á mutilarme un miembro, como determina una ley bárbara, en pago de la deuda contraída.

El amigo que prestó á mi padre este servicio, era romano y se llamaba Mucio.

Supongo que al redactar el contrato en los términos que te he dicho, nada habia más distante de su imaginacion que cobrar en sangre el dinero que nos prestaba, y creo que aquella condicion terrible sólo se puso para cumplir con una fórmula, sin la cual el contrato no seria válido ante los jueces.

Mi padre recibió aquella ofrenda con gratitud, y dispuso todo lo necesario para emprender el comercio que le brindaba con tan lisonjeras ganancias.

Ya tenia yo edad bastante para acompañarle en sus expediciones.

Dejamos á mi hermana Lia al cuidado de una honrada matrona, y nos dirigimos á Persia para invertir nuestro pequeño tesoro.

Pasaron algunos años sin el menor contratiempo; el comercio prosperaba cuanto podíamos desear, y mi hermana crecia en hermosura y en inestimables prendas.

Varias veces mi padre tuvo reunido el dinero necesario para pagar á Mucio; pero éste, que servia en las legiones de César contra Pompeyo, no se habia presentado á reclamar su crédito, ni nosotros teníamos noticias exactas de su paradero.

Cuantas veces habíamos hablado á Lia de la posibilidad de que fuera esposa de Mucio, rechazaba este proyecto como si fuese para ella la mayor desgracia. Educada severamente en las costumbres y creencias del pueblo judío, odiaba á



Mucio sin conocerle, sólo porque era gentil y pertenecía al pueblo que estaba oprimiendo al suyo.

Mi padre se convenció de que nunca consentiría su hija en el proyectado enlace, y abrigaba la esperanza de que restituyendo á Mucio la cantidad prestada, se vería libre del compromiso.

Cuando ménos lo esperábamos, Mucio, que había venido á Oriente entre los soldados que componian las vencedoras legiones de Antonio, llamó á nuestra puerta pidiendo el cumplimiento de lo estipulado.

Mi padre contó los dracmas que le debía y le invitó para que se cobrase. Mucio se resistió á tomarlos, alegando que no era aquello lo convenido; decia que él no había prestado aquel dinero á mi padre con calidad de devolucion, sino en el caso en que mi hermana se resistiese á darle la mano de esposa y mi padre no quisiera, como podía, triunfar de su repugnancia, mandándola aceptar el marido que la suerte le había destinado.

Todas nuestras reflexiones fueron inútiles, y se llevó la querrela al tribunal hebreo. Los jueces dieron la razon á mi padre; pero Mucio había desaparecido de Judea, y por lo tanto no fué posible hacerle tomar el dinero.

Libre de este cuidado mi padre, volvió á consagrarse al comercio, á que debía su pequeña fortuna.

Un nuevo rey había subido al trono de Persia, y el pueblo se disponía á celebrar este fausto acontecimiento con públicas y ostentosas demostraciones de regocijo.

De todos los extremos del Oriente salian numerosas caravanas de viajeros, ansiosos de contemplar la magnificencia que en tales ocasiones despliega la corte de los orgullosos sátrapas.

Mi hermana ardía en deseos de visitar aquellas regiones, las cuales le habíamos descrito con colores, quizás exagerados, y muy propios para deslumbrar la brillante y poética imaginación de una joven.

Después de reiteradas súplicas, mi padre consintió en llevarla con nosotros. El país estaba tranquilo; en los caminos se gozaba de completa seguridad, merced á la vigilancia que ejercían los mercenarios de Roma, y no había peligro alguno que temer.

Nunca hubiera tenido mi padre aquella complacencia.

Ya habíamos penetrado en el territorio de Siria, dejando atrás las ásperas é inhospitalarias montañas de Idumea, cuyas rocas habían sido siempre refugio de forajidos, y dejándonos cegar por la confianza no quisimos acomodar nuestro paso al lento y perezoso de las caravanas.

Caminábamos solos y confiados; ni un día siquiera habíamos dejado de ver fuertes destacamentos de soldados tracios vigilando la senda desde las crestas de las montañas.

No nos sorprendió ver una partida de ellos acantonados á la entrada de un bosque, y pasamos saludándoles amistosamente y agradeciéndoles en lo íntimo de nuestro corazón la incansable solicitud con que velaban por la seguridad de los indefensos viajeros.

Ya nos habíamos internado en la espesura, cuando oímos á nuestra espalda un tropel de caballos. Los ginetes tracios se encaminaban al galope en la misma dirección que nosotros; y cuando esperamos que su intento sería acompañarnos hasta más allá de la salida del bosque para que no corriésemos el menor peligro, vimos con singular sorpresa que nos mandaban detener, y apeándose de sus caballos nos amenazaron con la muerte si intentá-



bamos emprender la fuga, ó dábamos voces para pedir socorro.

Creendo mi padre que la intencion de aquellos hombres era robarnos nuestra pequeña fortuna, y comprendiendo que seria inútil intentar la resistencia, bajó á su vez del caballo que montaba, y suplicándoles que no hiciesen daño ni á mí ni á mi hermana, les ofreció la caja de cedro en que llevaba el dinero.

Esta facilidad en obedecer las órdenes de aquellos malvados no fué bastante á desarmarles, y como si hubiéramos intentado resistirles, se lanzaron sobre nosotros en ademan hostil, poniéndonos los puñales al pecho.

Antes de que pudiéramos apereibirnos de aquella brusca acometida, nos habian sujetado, atándonos con fuertes ligaduras á mi padre y á mí al tronco de un árbol, de modo que no nos era permitido el menor movimiento.

Cuando recuerdo aquella escena horrible, la sangre hierve en mis venas, resplandece en mis ojos la ira, y todos los horrores imaginables no me parecen bastantes para aplacar mi sed ardiente de venganza.

Aquellos infames, no satisfechos con robarnos la cantidad en que consistia toda nuestra fortuna, llevaron su crueldad hasta el extremo de ultrajar á mi hermana en nuestra presencia, sin detenerles ni las súplicas y lágrimas de la víctima, ni nuestra imponente desesperacion.

No sé cómo pude resistir á aquel espectáculo de barbarie; sin duda el cielo quiso reservarme para vengar un ultraje tan odioso, y me infundió fuerzas sobrenaturales, porque no se concibe que pudiera dárme las mi propia naturaleza.

Sufro demasiado con estos recuerdos, y quiero abreviar para llegar pronto al fin de mi horrible historia.



Cuando ya se habia completado aquel bárbaro atropello, salió de entre la espesura un hombre cubierto el rostro con una máscara, y montado en un caballo negro como la noche; cambió algunas palabras con el jefe de aquella horda de bandidos, y éstos, obedeciendo sin duda una orden, montaron á caballo y no tardaron en desaparecer entre la espesura del bosque, dejando á mi hermana presa de un mortal desmayo producido por la vergüenza y el terror, y á mi padre y á mí sumidos en la desesperacion más grande y más sombría.

Inútilmente pedíamos socorro; nuestras voces se perdian en aquella imponente soledad, sin encontrar siquiera un eco que las repitiese.

La noche avanzaba con todo su horror; expuestos estábamos á la voracidad de las fieras; pero aquel imponente peligro no me espantaba tanto como la situacion en que veia á mi hermana, y la imposibilidad en que estaba de socorrerla.

Aquellos infames no nos habian perdonado la vida sino para hacer más horroroso nuestro suplicio.

Por fin el cielo se apiadó de nosotros.

Unos pastores que conducian sus rebaños á la llanura, nos dieron el auxilio que en vano habíamos estado implorando horas enteras, y devolviéndonos la libertad, cargando sobre sus hombros en andas que se hicieron con el ramaje el cuerpo inerte de mi hermana, nos brindaron hospitalidad en sus pobres cabañas.

Mi hermana volvió en sí á fuerza de cuidados y desvelos; pero no sobrevivió mucho tiempo á su desgracia: presa de una fiebre que la tenia en continuo delirio, espiró á los pocos dias. Tampoco mi padre pudo resistir este nuevo golpe, y murió poco tiempo despues, haciéndome jurar por sus ce-

nizas que vengaria la deshonra de mi hermana y la muerte de aquellos séres tan queridos de mi corazon.

Para nosotros era evidente que Mucio nos habia hecho víctimas de la más feroz y más injustificada venganza; habíamos creído reconocerle en el hombre de la máscara que habló en el bosque con los soldados.

Yo empañé á mi padre el juramento que me exigia, asegurándole que aunque le escondiese la tierra, habia de buscar á aquel hombre para hacerle sufrir todos los tormentos que nos habia hecho pasar.

El cielo lo puso muy pronto en mi camino; apenas habia derramado yerbas aromáticas sobre la tumba de mi padre y lanzado al viento un puñado de tierra para que fuese bien recibido en su última morada, Mucio tuvo el descaro de exigirme ante el tribunal el dinero que le debia mi padre, ó el sacrificio con que yo le habia garantizado la deuda.

Toda la razon estaba de su parte; yo era de todo punto insolvente, y mi hermana habia fallecido; el tribunal revocó su primera sentencia condenándome á satisfacer al acreedor con dinero ó con mi sangre.

Indignado con aquella prueba de cuán impotente es la justicia de los hombres, y persuadido de que si acusaba á Mucio del bárbaro atropello que habia mandado hacer en el bosque, me veria tambien condenado como calumniador, concebí un pensamiento desesperado y lo puse en práctica, sin comprender que de este modo retrasaba el tiempo de cumplir la palabra solemne que habia empañado mi padre.

— Puesto que no sirven mis excusas para no pagar la deuda, ni el acreedor quiere concederme nuevo plazo para reunir el dinero que me reclama, estoy dispuesto á satisfacerle amputándome el miembro que más le agrade. Valor tengo



sobrado para imponerme el sacrificio; no necesito que el verdugo ponga en mi cuerpo su mano infame.

Diciendo esto desnudé el puñal, y dirigiéndome á Mucio, exclamé:

— Señala á dónde he de sepultarlo.

— Detente, exclamó uno de mis jueces movido á compasion; acaso la ley pueda cumplirse sin necesidad de ese sacrificio.

Y volviéndose á los curiosos que habian acudido á presenciar la querella, preguntó:

— ¿Hay alguno entre vosotros que movido á lástima por la situacion en que se encuentra ese infeliz, quiera rescatarlo pagando por él la cantidad que se le reclama, así como él la paga por su padre?

Un silencio profundo, silencio de muerte, siguió á aquellas palabras dictadas por una compasion que agradeceré toda mi vida.

El juez dió espacio para que se manifestase la caridad en aquellos corazones; pero ó todos eran muy pobres ó lo tenían de piedra. No se levantaba ninguna voz, ni siquiera para murmurar una negativa.

— Los jueces no podemos aliviar con nuestro peculio la suerte de los que han comparecido á nuestra presencia, porque entónces nos convertiríamos en partes. Dolor me causa el sacrificio que vas á imponerte, generoso mancebo, y debo advertirte que aun puedes obtener remision de tu compromiso si consientes en que el oprobio de no pagar esa deuda caiga sobre la memoria de tu padre.

— Mil veces no, exclamé; la memoria de mi padre es sagrada, y yo cumpliré mi juramento aunque me cueste la vida.



Viendo que mi resolucion era irrevocable, el juez hizo señal á Mucio para que indicase la parte de mi cuerpo que me habia de mutilar. Mucio se acercó á mí, y era lo que yo esperaba.

Un vapor de sangre se interpuso ante mis ojos; me olvidé del sitio en que me hallaba, del respeto que debia á aquel juez piadoso que tanto se habia interesado por mi suerte, y cuyo semblante resplandecia con los puros destellos de la compasion; no ví más que el espectro de mi padre reclamándome imperiosamente el cumplimiento de mi sagrada promesa; la sombra de mi hermana ofendida clamando por venganza; y lanzándome frenético sobre aquel malvado, le herí repetidas veces con mi puñal hasta verle rodar por el suelo bañado en un mar de sangre.

Un grito de horror se escapó de todos los circunstantes, que permanecieron inmóviles, sobrecogidos con mi inesperada osadía.

Yo me aproveché de aquel terror para ponerme en salvo. Cuando pensaron en perseguirme, ya era poco ménos que imposible alcanzarme.

Si mi delito hubiera sido únicamente el de matar á aquel hombre despiadado que ultrajaba á la justicia con el espectáculo repugnante de la venganza, poco ó nada habria tenido que temer, porque todos los circunstantes, obedeciendo á la generosidad de su instinto y á la lástima que inspiraba mi situacion, se hubieran apresurado á disculpar y aun acaso á justificar mi conducta; pero yo habia profanado el santuario de las leyes, y esto no podia tener perdon.

Viéndome precisado á huir constantemente de mis perseguidores, obligado á abandonar el hogar humilde en donde habia nacido, y á abandonar la compañía de los hombres,

busqué seguridad en las montañas, y arrastrado por una fatalidad implacable, incitado con más tenacidad que nunca por el pensamiento de la venganza que ya quería hacer extensiva á todos los de la raza de Mucio, y convencido de que mis propios esfuerzos serian impotentes para conseguirla, me hice jefe de bandoleros, único estado que convenia á mi desesperacion. Esta es mi historia. ¿Qué te parece?

Gestas, que habia oido atentamente la revelacion de Dimas, aunque sin interesarse mucho en sus detalles, porque en su corazon de roca no cabia ningun sentimiento noble, le dijo:

— Si te cogiesen prisionero y yo fuera el encargado de juzgarte, desde luego te absolveria; pero no creas que alcanzarás la misma benignidad de esos hombres honrados que con toda su honradez te lanzaron á lo que ellos llaman crimen, y yo indemnizacion justísima del desheredamiento en que hemos nacido. Concibo perfectamente que odies á toda la humanidad, pero no que la ceguedad te lleve á vengarte exclusivamente de los romanos. No se mostraron los judíos más generosos cuando el juez les excitó á que redimieran la deuda. Y ademas, si matastes á Mucio, ¿qué mayor satisfaccion puedes dar á tu padre y á tu hermana?

— Pensé que le habia matado; pero despues supe que las heridas que le causé no fueron mortales. El es uno de los que nos persiguen con más tenacidad; mas no ha querido Dios ponerle todavía al alcance de mi venganza.

— Descuida, que nunca es tarde para eso. No me parece mal que le persigas sin descanso y te vengues en todos los de su raza; pero te advierto por última vez que ese odio te extravía, porque si nuestros compañeros llegan á comprender que sólo te sirven de instrumento para un negocio per-



sonal, se desalentarán como es consiguiente, y empezará la desercion en nuestras filas hasta que te veas abandonado de todos. Bueno es que demos nuestra vida por tí; pero no te olvides tanto de nuestros intereses, y atiende á lo que más nos importa. Esta noche, ó á más tardar mañana, pasarán los príncipes magos por estos desfiladeros, y tenemos acordado dar el golpe. Si quieres tomar parte en la empresa, nada más justo; mas si obedeciendo á esos escrúpulos de doncella, te encierras en tu negativa, tampoco nos importará gran cosa. Contigo ó sin tí, hemos de atacar á esos extranjeros.

— ¿Y quién será osado á contradecir mis órdenes?

— ¿No te he dicho que es un acuerdo general? Todos lo seremos, desde el primero hasta el último. Nos declaramos en rebelion solamente para realizar esta empresa; una vez terminada, volveremos á ser tus más fieles servidores.

Dimas se levantó furioso para castigar el atrevimiento de aquel hombre, y alzando su espada, descargó sobre Gestas un golpe terrible, que el bandido tuvo la fortuna de parar.

En aquel mismo instante se dejó oír el eco ronco de una trompa de guerra. Era la señal de alarma que los bandidos tenían convenida.

— ¡Detente! Exclamó Gestas. ¿No oyes la señal? Todos estamos en peligro: volvamos á él la frente, y luégo podremos dirimir esta pequeña contienda. No tenía ánimo de cruzar mi espada con la tuya; pero tú lo has querido, y yo estoy siempre dispuesto á cumplir tu voluntad.

Apénas había pronunciado Gestas estas palabras, llegó un bandido corriendo como si alguien le siguiera de cerca, y llegándose á Dimas le dijo:

— Nuestros centinelas han descubiertó en la montaña las



avanzadas de una partida de soldados romanos. No sabemos cuántos hombres la compondrán. Manda si debemos resistir ó emprender la fuga.

Dimas quedó un momento pensativo.

— No es tan grande el peligro como parece: ó esos soldados caminan á la ventura sin tener noticias de la guarida que nos da abrigo, ó si alguien nos ha delatado vendrán en número bastante para atacarnos con ventaja; de todos modos esperarán á que amanezca para empezar el combate. Nosotros tenemos la doble ventaja de la posicion y de la oscuridad de la noche. Creo que debemos atacarles. Seis hombres pueden salir á hostilizar las avanzadas, y segun la resistencia que encuentren sabremos qué partido tomar.

— No soy de esa opinion, interrumpió Gestas: si traen fuerzas superiores, seria una locura resistirlas; de todos modos, no se debe empeñar un combate sino en caso de absoluta necesidad. La oscuridad de la noche nos protege, pero es para emprender la fuga. Estos desfiladeros nos son familiares; nada más fácil para nosotros que burlar la vigilancia de esos soldados, por grande que sea. Opino, pues, que debemos cederles el campo.

— Lo que he mandado se cumplirá, exclamó Dimas con voz imperiosa. ¿Por qué te detienes? Preguntó dirigiéndose al bandido que acababa de llegar; anda y comunica mis órdenes.

El bandido obedeció; pero aun no se habia alejado, cuando por la parte opuesta llegó otro anunciando que los soldados romanos, aprovechándose del ruido de la tempestad, habian subido por la montaña sin sentirlos los centinelas, y dando muerte al primero que encontraron, habian rodeado las ruinas del castillo de manera que seria muy difícil esca-

par con vida de aquella emboscada. Dimas quedó perplejo sin saber qué partido tomar. Iba á murmurar una órden, cuando, á la luz de los relámpagos, vió aparecer entre las brechas de las derruidas murallas algunos soldados que se dirigian á ellos con las espadas desnudas.

Delante de todos venia el jefe de la partida. Dimas se fijó en él, y lanzando un grito horrible le acometió denodadamente.

### CAPÍTULO III.

#### EL COMBATE.

No pasaremos á describir el terrible choque entre Dimas y el jefe de las fuerzas romanas, sin decir ántes cómo habian podido llegar hasta las ruinas de aquel escondido castillo, y en una noche tan oscura y tenebrosa.

¿Habia algun traidor en la partida de Dimas?

¿Era posible que ninguno de aquellos malhechores vendiese á un jefe tan entendido como esforzado?

¿Qué seria de todos ellos en el instante que otro cualquiera ocupase su lugar?

El mismo Gestas, ¿no habia confesado que carecia de inteligencia y de dotes para el mando?

Cuando noticiaron á Dimas la llegada de las fuerzas romanas, ¿no fué tambien Gestas quien opinó por la huida en vez de aceptar el combate?<sup>1</sup>

Y sin embargo, la traicion era cierta.

---

<sup>1</sup> Esas bandas armadas, contando á veces hasta dos y tres mil hombres, eran mandadas por jefes muy expertos y hábiles, que dieron mucho que hacer al rey Herodes y á las cohortes romanas. Bandas hubo que tuvieron un objeto político y hacian la guerra como de partido; pero la mayor parte de éstas no eran más que una reunion de asesinos



El más malvado de todos aquellos hombres habia concebido un plan horrible, y lo que le faltaba de talento para llevarle á cabo, le sobraba de malicia para ocultar á cuantos le rodeaban su negra conducta y torpes intenciones.

Pregonada la cabeza de Dimas, nadie habria sido capaz de entregarla en manos del verdugo, más que un miserable traidor; y Gestas, que no reconocia medio malo para saciar sus codiciosos deseos, creyó lograr su objeto, sin que nadie pudiera atribuirle una accion tan infame.

Sabedor Mucio, que Dimas era el jefe de la partida, procuró ponerse en inteligencia con los bandoleros para que le entregaran aquel, valiéndose de uno de los pastores que les servian ya de espías, y ya tambien de servidores para procurarles vituallas.

En vano, obligado el pastor por Mucio, fué tanteando hábilmente uno por uno de los bandidos, porque todos, satisfechos del proceder de Dimas, ni pronunciaban una queja, ni toleraban que nadie le dirigiera el más pequeño agravio.

Pero llegó á Gestas, y aun cuando demasiado malicioso y desconfiado para incurrir en una imprudencia que le comprometiese, no pudo disimular su rencor á Dimas.

El pastor por su parte, colocado en una situacion difícil, y temeroso de desagradar á Mucio, y más temeroso aun de aparecer sospechoso á Dimas, ó cualquiera de los bandoleros, aprendió á ser sagaz á costa de su existencia; así es que encontrándose una tarde con Gestas, y dirigiéndose á las puertas de su tienda trabaron el siguiente diálogo:

---

que llevaban unos largos puñales ocultos bajo sus vestidos, y mataban á aquellos de los que querian deshacerse, llegando su atrevimiento y ferocidad hasta verificarlo en las mismas calles de Jerusalem. (Josefo, *De bello Jud.*, 1, 2.)

— Parece, dijo Gestas, que han aumentado los destacamentos de fuerzas romanas y redoblado su vigilancia, con el fin de batirnos y aniquilarnos.

— Ciertamente que así debe ser, pues jamas ví por estos sitios tantos soldados.

— ¿Y sabes quién manda las partidas?

— Creo que es un jefe bastante hábil y valeroso, llamado Mucio.

— Sin embargo, hasta hoy ha probado mal su ingenio, pues ya ves el poco cuidado que nos inspira.

— Acaso quiera evitar la efusion de sangre.

— No: ¿qué importa á los jefes la muerte de sus subordinados?...

— No pensará así Dimas.

— Pudiera ser, replicó Gestas dirigiendo una escrutadora mirada al pastor, el cual permaneció impasible.

— El cariño que todos le profesan...

— Tal vez...

— No os comprendo.

— Sí, le quieren; mas no siempre es sincero ese cariño.

— ¡Bah! No viviria tan confiado cuando está pregonada su cabeza; y por cierto que en bien cara se la estima.

— Así es.

— Y si le quisieran mal, no faltaria alguno...

— ¿Por qué dices eso?

— Porque no faltaria alguno que le entregara á las fuerzas romanas, que acaso confien...

— ¿Tú sospechas?

— No, al contrario: pero se dice que Mucio ha hecho proposiciones á alguno de vuestros ocultos servidores, y hasta les ha amenazado con la muerte.



— ¿Y esos lo han manifestado á Dimas, ó alguno de la partida?

— No creo que se hayan atrevido.

— ¿Por qué?

— El temor de exponer sus cabezas...

— No. ¿Y sabes tú si ofrecen más que el precio de ella? ¿No conceden el perdon?...

— Lo ignoro. Solo sí murmuran que desapareciendo Dimas, se disolverá la partida. Además añaden, que no le persiguen tanto por bandolero, como por querer sublevar á los pueblos contra la tiranía de Herodes, y alcanzar la independencia de la patria.

— ¿Estás seguro de ello?

— Así lo creo.

— Porque en ese caso...

— ¿Qué quieres decir?...

— Que siempre habria algun descontento que se pusiera de acuerdo con los romanos.

— ¡Seria posible!... Dijo el pastor dando cierto tono á su admiracion, que bien pudiera interpretarse en uno y otro sentido, á fin, ó de entrar en negociaciones con Gestas, ó condenar la conducta del traidor, segun le conviniera.

— Y tan posible. Dimas no se cuida hoy de coger presas para satisfacer la natural codicia de los que le servimos, y siguiendo esta conducta de patriota, pronto vendrá á dispersarnos el hambre, si ántes no nos aniquilan los romanos. Por eso á Dimas se le juzga hoy perjudicial, y por eso te he dicho con toda reserva que no faltaria alguno...

— En ese caso...

— En ese caso, repuso Gestas con aire socarron, si tú



conocieras á los que Mucio ha dado esa comision tan delicada...

— Pudiera ser.

— Pues adelante, dijo Gestas con aire amenazador y de triunfo; abordemos la cuestion sin ambages.

Y desde aquel momento reinó entre aquellos dos personajes una mutua inteligencia.

El pastor manifestó á Gestas que Mucio le obligaba bajo pena de la vida á procurar la entrega de Dimas, ofreciéndole la cantidad que se habia prometido por la cabeza de este jefe de los bandidos, y ademas otra suma no despreciable y un salvo-conducto para otro país. Sin embargo, á Gestas no le pareció conveniente la forma de la entrega, y propuso mejor que las fuerzas romanas cogiesen á Dimas en una emboscada.

Tan vil era aquella traicion, que causaba repugnancia al malvado Gestas figurar como autor del hecho.

Mediaron negociaciones, y por último Mucio aceptó el plan del bandido.

Gestas habia propuesto que él conduciria con engaño á Dimas y su gente al derruido castillo<sup>1</sup>, y que mientras ellos

---

<sup>1</sup> El sitio en que la tradicion local ha colocado esta escena, y en el que se ven todavía las ruinas de la fortaleza del bandido, continúa en tener muy mala fama. Durante las Cruzadas, los franceses, á quienes era familiar dicha tradicion, habian trasformado al jefe de bandidos en un señor feudal: es raro, sin embargo, dice el padre Nau con una seriedad admirable, que un señor de marca se convierta en ladron de caminos reales: los cruzados entendian mejor la historia que el padre Nau. Hase añadido á esta leyenda, que parece auténtica, un cuento que nosotros no garantizamos, pretendiendo que este bandido, que despues dió hospitalidad á Jesus, Maria y José, como veremos más adelante, era el *Buen Ladron* en propia persona. (Orsini, *Historia de la Virgen*.)

dormian podrian sorprenderles y apoderarse de Dimas, del cual le dió la filjacion más exacta.

Ya recordarán nuestros lectores lo que pasó entre Dimas y Gestas en esa noche, y comprenderán también que á no ser por la traicion de éste, era poco ménos que imposible que se atrevieran los soldados romanos, y en una noche tempestuosa, á penetrar por aquellas breñas en persecucion de una cuadrilla de bandoleros que, mandada por un jefe tan entendido é intrépido como Dimas, recordaban que más de una vez habian tenido que dejar el campo de batalla y parapetarse en los pueblos.

Los romanos, confiados en los buenos oficios de Gestas, y sobre todo en las instrucciones exactísimas que les habia dado, enseñándoles las veredas que conducian al arruinado castillo, se lanzaron en aquella noche terrible á dar cima á tan atrevida empresa; pero ya hemos visto que la misma tempestad descubrió sus intentos.

Los centinelas avanzados de la partida de Dimas descubrieron á la luz de los relámpagos á los romanos, é inmediatamente dieron aviso á su jefe, al que encontraron dispuesto á dar la muerte al infame Gestas, que aplazando el combate para otra ocasion aconsejó á Dimas la fuga como un medio de salvacion, que era el principal detalle de su plan, porque estando cercado el castillo por todas partes, Dimas caia de esta manera en poder de sus enemigos.

Pero la precipitacion de Mucio no dió lugar al consejo, y apareciendo por entre las cortaduras de una de las arruinadas murallas, se ofreció á los ojos de Dimas animado por el rencor que abrigaba en su alma, un implacable enemigo cuyo rostro iluminaban en aquel instante el fulgor de



los deslumbradores relámpagos que se reproducían sin cesar.

Entónces fué cuando Dimas, dando un grito salvaje, y con espada en mano, se lanzó sobre Mucio como un tigre sobre su presa.

Mucio reconoció á su enemigo por su intrepidez, y se preparó á rechazar el rudo golpe que aquel iba á descargarle.

En vano presentó su escudo, que cayó en pedazos entre las breñas, y la cortante espada del valeroso Dimas penetró el brillante casco de Mucio y le causó una herida en la cabeza. Este á su vez descargó sobre Dimas otro golpe no ménos rudo, que el bandido paró con su escudo, y más que todo con su destreza, pues dando un salto logró al mismo tiempo que parar el golpe, prepararse á una nueva acometida, sin dar lugar á que se repusiera su adversario.

Dimas cargó entónces sobre Mucio con todo el furor que le excitaba en aquel momento los recuerdos de su hermana y de su padre, y aprovechando la luz del relámpago blandió su tremenda espada en los aires, y dejándola caer con todo el vigor de su brazo sobre el desdichado Mucio, que apenas pudo debilitar la fuerza, hendió la fuerte coraza de hierro y el grueso cuero, y penetrando por la parte superior del hombro izquierdo le derribó el brazo, cayendo á tierra con grande estrépito el cuerpo casi exánime del desgraciado Mucio, que dió un espantoso alarido.

Sin perder un instante, Dimas se lanzó sobre su enemigo, y dirigiéndole un apóstrofe terrible y recordándole la deshonra de su hermana y la muerte de su padre, hundió la punta de su espada en el pecho de Mucio, que exhaló su



alma por la mortal herida que brotaba borbotones de negra sangre.

El alarido de Mucio puso en consternacion á los combatientes, que confundidos en medio de la oscuridad de aquella tempestuosa noche, apénas podian distinguirse á la luz de los relámpagos, viniendo á aumentar el horror de tan terrible escena el retumbar del trueno, el rugir del huracan en las grietas de las derruidas murallas y el siniestro brillo del rayo ó de la centella que caía á pocos pasos de aquellos hombres, que se habian convertido en fieras más crueles que las que cruzaban por los desiertos campos de la Arabia.

Miéntas que los romanos llamaban á Mucio á grandes gritos, los bandidos pedian á voces su auxilio á Dimas y clamaban traicion, y hasta el mismo Gestas renegaba de su perfidia.

Por fin aparece Dimas en medio de los suyos, y su voz ronca y atronadora les alienta al combate; en este instante los romanos retroceden y el desaliento cunde en sus filas al oír que Mucio ha muerto, y que en vano se obstinarian en sostener la lucha contra su intrépido y valeroso enemigo.

La tenue luz del alba empieza á disipar las tinieblas de la noche, y las nubes vuelan hácia lejanos horizontes.

A pesar de la oscuridad, los bandidos, como conocedores del terreno, habian ocupado las posiciones más ventajosas, de modo que los romanos, aun cuando mayor en número, ni podian atacar, porque carecian de jefe, ni resistir tampoco, y tomaron el partido de huir casi á la desbandada.

En otra ocasion cualquiera, Dimas les hubiera perseguido y destrozado; pero en ésta se contentó con la victoria

que habia alcanzado, cogiendo por despojo el cadáver de Mucio, su más odiado enemigo, y un pequeño botin que repartió entre los suyos.

Las ruinas del castillo estaban cubiertas de cadáveres y de heridos romanos, que en la oscuridad de la noche se habian batido unos con otros sin conocerse.

Dimas, aunque acostumbrado á tan sangrientas escenas, tuvo un momento de conmiseracion con aquellos desgraciados, y encargó á varios de los suyos la asistencia de los heridos.

Y esta conmiseracion no era extraña en quien germinaban las ideas de la patria, sujeta al yugo vil por las cadenas de un odioso tirano, y el pensamiento de contribuir á su libertad.

Ya habia vengado la muerte de su padre y la honra de su hermana; ahora revolvía en su cabeza romper la esclavitud de su país. Sin embargo, aunque tenia prestigio su nombre, el pueblo se habia acostumbrado á tratarle como á bandidero y nunca como á libertador, y siempre miraban con horror á los de su partida, que más de una vez habian penetrado en sus hogares y arrebatádoles el pan de la familia.

Dimas recordó esta historia, que penetrando como un rayo en su alma, amenguó mucho el gozo del triunfo, y hasta la presencia del mismo Gestas vino á demostrarle que su pensamiento era una locura.

Gestas despues del combate se presentó á Dimas, y al felicitarle por el triunfo, le mostró la herida que habia recibido; además, para borrar del corazon de éste el resentimiento que habia suscitado con la cuestion que promovió sobre el asalto de la caravana de los magos, alabó sus grandes dotes y ponderó su valor é ingenio.



Dimas oyó á Gestas sin disgusto, y en el fondo de su alma le perdonó la imprudencia. Luégo convocó á los suyos, y despues de ponderar su valor, les manifestó su propósito de dejar á los magos volverse tranquilos á su corte.

Todos contestaron á una voz que obedecerian sus órdenes, y hasta el mismo Gestas, para disimular su odio y evitar que recayese sobre él la sospecha de la traicion que ya se susurraba en las filas de los bandoleros, convino con la conveniencia y oportunidad de la medida adoptada por Dimas.



---

## CAPÍTULO IV.

### GOZO DE MARÍA.

La visita de los magos al niño Jesus llenó de gozo el corazón de la ESTRELLA DE NAZARETH.

Habia llegado á la ciudad de David con hambre y rendida de cansancio, y no habia encontrado un albergue que la cobijase en aquella noche.

Las puertas de las casas de la alegre Belen se habian abierto al potentado, al mercader y á todos los que teniendo riquezas en la apariencia, solicitaron hospedaje.

María y José tambien llamaron á su vez, pero al verlos pobres nadie quiso recogerlos.

Y sin embargo, en aquella Virgen se encarnaba el más grande de cuantos misterios ha conocido la humanidad.

En aquella Virgen brillaba la gracia esplendente del Sumo Hacedor, que la habia escogido entre todas las mujeres para servir de receptáculo divino á su querido Hijo, que por sus mandamientos inescrutables y eternos, descendia al mundo convertido en Hombre para la salvacion del género humano.

Y sin embargo, los hijos de Belen, los que contemplaban

con orgullo la cuna de David, los que habian escuchado la voz de los profetas anunciando la venida del Mesías, los que contaban ya la última de las siete semanas de Daniel, ni comprendieron nada, ni nada adivinaron.

Egoistas insaciables, sedientos de riquezas y dados completamente á los goces materiales, creyendo que la posesion de aquellos constituia la felicidad del hombre, habian olvidado completamente las virtudes que muchas voces inspiradas en la ciencia divina, les habian explicado sus sabios.

El materialismo inmundo era el cáncer que corroia el alma de aquel pueblo tan querido de Dios, y que con tanta ingratitude se olvidaba de su amor.

En tal estado, ¿cómo era posible que aquel pueblo que habia adorado al becerro de oro despues de una gran prueba, pudiera creer que María, conducida por el patriarca, llegaba á las puertas de la ciudad para llenarla de gloria en aquella misma noche, dando al mundo al HIJO DEL HOMBRE y al que venia, segun la expresion de los profetas, á redimir á todos los pueblos que habitaban la haz de la tierra?

¿Cómo era posible que las gentes de Belen no hubieran salido á recibir á María en universal regocijo, vistiendo con alegres colgaduras sus casas, y sembrando y tapizando las calles y las plazas de flores, para celebrar la entrada de la ESTRELLA DE NAZARETH y el advenimiento del Rey de los reyes, del Prometido de Dios, del Salvador del mundo?

Quando los ángeles envidiaban la fortuna de los hombres, ¿cómo éstos se hacian indiferentes á tan sublime satisfaccion, á placer tan grande como no podia haberlo ya jamas en la tierra?

Pero estaba escrito.

María no habia de encontrar en Belen una puerta que se



le abriese, ni un alma piadosa que compadecida de su estado y de su fatiga, la ofreciera un pequeño y oscuro rincón donde albergarse aquella cruda noche.

Y por eso salieron de la ciudad, María resignada, y José triste y dolorido.

Y al llegar á la cueva, bendijeron á Dios que les habia deparado siquiera aquel refugio, que no era debido á la voluntad de los hombres.

Y allí fué donde al acompasada armonía de la naturaleza, unida al cántico de los ángeles, se inauguró el gran misterio de la Redención humana, y María pudo llamarse, con una inefable dicha cual nunca la tuvo ninguna mujer, la Madre del Hijo de Dios.

En el éxtasis profundo de placer divino en que se hallaba adormecida su alma en aquellos momentos supremos, sus ojos no se pudieron fijar en la miserable cueva que la abrigaba de la intemperie, ni en el pesebre que servia de cuna á su divino Hijo.

Por eso vió con radiante júbilo á los pastores, y escuchó llena de ventura sus cánticos y sus alabanzas.

Por eso vió con inefable gozo la adoración de los magos del Oriente que representaban la ciencia y la grandeza humana, que venia á rendir tributo á otra potestad superior que el niño Jesús representaba en la tierra, y que se enlazaba con la de su Padre celestial.

Y María gozaba y debia gozar con estas muestras de veneración que tributaban á su amantísimo Hijo, porque aunque impregnado su espíritu del espíritu de la Divinidad, sin embargo, estaba sujeta á la flaqueza de la humana raza, y tenia que obedecer á la ley de sus afecciones.

¿Y cómo no habia de gozar aquella Virgen, cuando si los



habitantes de Belen le cerraban sus puertas, el Dios de Israel la llevaba á una gruta del gran palacio que tenia por techumbre el cielo tachonado de estrellas, y por armonía el cántico de los ángeles y de todos los séres vivientes?

No parece sino que el *Hacedor Supremo* habia dispuesto que su querido Hijo, hecho Hombre por obra y gracia del Espíritu Santo, naciera, no bajo la techumbre de una pobre casa, ni tampoco bajo el rico artesonado de los palacios de los poderosos, sino bajo la gran bóveda de una roca y á la luz de las estrellas del cielo, que penetraba hasta el mismo pesebre donde reclinaba su cabeza como en una cuna de oro el Rey de los reyes.

Aquella pobreza, que contrastaba con las adoraciones de los magos, no podia ménos de halagar el corazon de María en su cualidad humana, y la hubiera llenado de un orgullo noble y generoso, si no fuera la Escogida de Dios superior á las demas mujeres.

¿No habeis visto alguna vez el inmenso gozo que embriaga á la noble dama que es elegida por un príncipe para hacerla madre del rey de su pueblo? Pues considerad cuánto no debiera ser el de María al verse la Elegida por el Señor para Madre de Jesus.

Es imposible que podais establecer un solo término de comparacion entre estos dos hechos, porque entónces habriais de comparar la tierra con el cielo, al hombre con Dios.

Pero María estaba impregnada de la Gracia Divina, y su alma se elevaba sobre la de los demas.

Era tan sublime este hecho, que ya nada podia llamar su atencion en el mundo.

Porque la Madre de Jesus en la tierra, iba á ser consagrada por Dios Reina de los Angeles en los cielos.

Por eso el ángel del Señor la saludó al anunciarle el misterio de la Encarnacion: *Ave Maria, gratia plenâ Dominus tecum.*

¿A qué otra mujer pudiera dirigírsela semejante salutación?

Despues que partieron los magos, y á los ocho dias de su nacimiento, el Hijo de Dios fué circuncidado y llamado Jesus, conforme lo habia dispuesto su Eterno Padre.

Segun San Epifanio, la circuncision debió celebrarse en la cueva misma en que nació; y aunque se ignora á quién cupo la dicha de ser el padrino, y quién fuera el ministro que asistió á la ceremonia, San Bernardo presume, y con bastante verosimilitud, que lo fué San José.

---



---

## LIBRO TERCERO.

### CRUELDAD DE HERODES.

---

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### LA PURIFICACION.

Es evidente que no habiendo nada de comun entre la mancha del pecado y la Virgen sin mancha que Dios habia elegido entre todas las mujeres para que en sus entrañas encarnara el Redentor de los hombres, María no estaba comprendida en el precepto del *Levitico*, que mandaba la purificacion de las madres y el rescate de los primogénitos á los cuarenta dias de haber éstos nacido.

La Virgen, que no dejó de serlo ni en el parto, ni despues del parto, que era el Arca santa de la pureza, no necesitaba purificarse como las demas mujeres.

¿Por qué se habia de purificar?

Pero no era conveniente todavía que el mundo comprendiese el profundo misterio de su maternidad virginal.

Ademas, María, siempre obediente á las leyes de Moisés, las acataba y cumplia sin detenerse á discutir las, aunque el conocimiento que Dios se habia dignado darle de sus adorables designios le pusiera en cierto modo fuera del círculo



legal en que estaban comprendidas todas las hijas de Israel.

María determinó desde luego confundirse con la multitud y cumplir escrupulosamente con lo que prevenian la ley y la costumbre.

De Dios habia recibido su Hijo, y justo era que á Dios se lo ofreciese en su mismo templo.

Renunció, pues, á sus prerogativas de Madre celestial; y habiendo ya cumplido la Santa Familia con el decreto de César Augusto, incluyendo en el empadronamiento general á aquel Príncipe recién nacido, á quien sólo habian adorado unos pastores y unos reyes extranjeros; que era desconocido entre los suyos, más aun entre los opresores de su pueblo, incapaces de comprender que era el Libertador de la raza humana; pagado este tributo de obediencia á la autoridad del César, decimos, María tomó en sus brazos al tierno Infante, y haciéndola montar José en la misma cabalgadura que la habia conducido á la ciudad cabeza de su tribu, se encaminaron á Jerusalen, de la misma manera que poco ántes se habian encaminado al lugar en que vió David la primera luz.

Aquellos resplandores de alegría, de dulce y legítima satisfaccion, producidos por los sinceros y respetuosos homenajes que al pié del pesebre de la cueva de Belen depositaron los pastores y los poderosos sátrapas de Persia, en testimonio de que reconocian en aquel Niño al Supremo Soberano de cielos y tierra, fueron para María fugaces como la brillante luz de un meteoro.

Jesús venia al mundo para recorrer un camino erizado de abrojos, que se extendia desde la cuna hasta el Calvario, y tambien María habia de ensangrentarse los piés al acompañar á su Hijo en aquella dolorosa peregrinacion.

La casta Virgen y su venerable esposo llegaron al templo de Salomon provistos de los siclos de plata en que consistia el rescate, y llevando las sencillas palomas, indispensables para que fueran en el altar de los holocaustos víctimas propiciatorias.

Habia en Jerusalem un anciano llamado Simeon, célebre por su santidad, á quien en recompensa de sus virtudes se le habia revelado por secreta providencia de Dios, que no exhalaria su último suspiro sin haber visto y saludado al Cristo de Jehová.

Movido por una inspiracion del Espíritu divino, entró en el atrio del templo al tiempo que José y María entregaban el precio del rescate de su Primogénito.

Aquel varon justo, como ya le habia sucedido á Elisabeth, se sintió inspirado en presencia de María, y comprendiendo que aquel Niño que la Madre virginal llevaba en sus brazos era el Mesías libertador prometido á los fieles de su raza, sintió que su corazon se estremecia de júbilo y de respeto, le tomó en sus brazos temblorosos por la ancianidad y la emocion, lo acercó á su rostro venerable para contemplarle más de cerca, lo besó con el amor más tierno y más respetuoso, y un torrente de lágrimas resbaló por sus mejillas yendo á humedecer su luenga barba, blanca como los copos del más delicado lino.

— ¡Oh señor Dios de Israel! Exclamó levantando al cielo sus humedecidos ojos. Dispon ya de la vida de tu siervo, que aunque durase siglos ninguna felicidad tendria despues de la que está gozando en este instante. Tu paz ha descendido sobre mí, y en ella moriré segun tu palabra, pues que ya he visto al Salvador que nos has dado. Pero ¡ay! que al traves de su gloria distingo negras nubes que empañan el cielo de



tan esplendente felicidad! Sin embargo, este Niño estará expuesto á las miradas de todos los hombres, y todos le considerarán algun dia como á la luz de los pueblos y la gloria inmarcesible de Israel.

Las palabras de aquel anciano hicieron estremecer el corazon amoroso de la Vírgen madre, porque encerraban una profecía funesta.

María no ignoraba que la mision de su Hijo era por demas dolorosa. ¡Pero una madre olvida tan fácilmente el dolor cuando se siente arastrada por el amor del sér en quien se mira reproducida! ¡Es tan grato no ver más que glorias y felicidades en derredor de la frente del hijo amado!

El anciano, absorto en sus contemplaciones, observó la turbacion de María, y extendiendo sus brazos con solemne ademan, bendijo á ambos esposos.

A esta sencilla y conmovedora escena sucedió un espacio de silencio lleno de tristeza y de gravedad.

— ¡Oh Niño! Exclamó Simeon. Tú has nacido para salvar á todos los hombres; pero no todos te conocerán, y quedarán sepultados en el abismo por no haberte conocido como debieran. Tú serás la Víctima inocente de la perversidad de los hombres, y el dolor traspasará el alma pura de tu Madre como la hoja de acero.

Estas palabras de Simeon servian para aclarar las que ántes habia pronunciado, y derramaban una claridad siniestra á cuyo favor se podia distinguir en lontananza, de una manera vaga, pero cierta, el drama sangriento que se habia de terminar en la cumbre del Calvario.

Aquellas frases arrancadas por una inspiracion profética, caian en el corazon de la Vírgen como otras tantas gotas de absintio y de hiel.



María inclinó la cabeza sobre el pecho como si la sintiese azotada por el viento de la tempestad.

Sentía su corazón torturado por un martirio indefinible; diríase que lo había abrasado un hierro candente.

Sus labios no exhalaban una queja, ni sus ojos se levantaron al cielo para pedir á Dios que apartase de su frente aquella nube sombría que con tantos horrores la amenazaba.

Acostumbrada á aceptar con resignación los decretos divinos, apuró el cáliz de la amargura; y devorando las lágrimas que pugnaban por asomarse á sus ojos, exclamó con tanta resignación como dulzura:

— Hágase, Señor, vuestra voluntad.

¡Con cuánto gusto hubiera aceptado para Sí los tormentos que estaban reservados á su Hijo!

Las palabras que había pronunciado el varón justo, llenaron de admiración á cuantos por estar cerca de aquel santo grupo pudieron escucharlas.

Los hombres y las mujeres que habían asistido al templo, se las repetían unos á otros, sin que ninguno acertase á comprender su significado.

En aquellos corazones, que aunque confiados en las promesas divinas, vivían tan ajenos á la fe, la profecía de Simeon no inspiraba más que un sentimiento de curiosidad profana.

— ¿Qué quiere decir? Se preguntaban. ¿Quién es ese Niño que atrae las miradas de todos por su belleza, y del cual asegura Simeon que será causa de pérdida ó de salud para muchos hombres? ¿Es que ha nacido el Mesías que ha de librarnos de la dominación extranjera? ¿Pero no es Este el Hijo de José, á quien todos conocemos como humilde *carpintero* de Nazareth?

De boca en boca y de patio en patio se iban extendiendo estos rumores, y los santos esposos apenas podían dar un paso con amplitud, porque les embarazaba el camino la multitud inmensa de curiosos que se agolpaba para contemplarles de cerca.

De lo interior del templo salió en aquel instante una mujer, cuya mente estaba alumbrada por la luz esplendente de la profecía.

Era Ana, hija de Famael, de la tribu de Aser, noble y honrada matrona que continuamente iba á ocultar en el templo el llanto que la viudez le arrancaba, y á mitigar su dolor, sirviendo á Dios noche y día con las oraciones y el ayuno.

Ana venía también movida por la curiosidad que agitaba á la multitud.

Al ver á Jesús, sus ojos, alumbrados por la inspiración divina, le reconocieron como al Mesías prometido, y en altas voces alabó al Señor que tan supremo bien le dispensaba, y habló de Jesús á aquellos que tenían fe en la redención del pueblo israelita.

María tuvo que detenerse en el pórtico del último patio: su entrada estaba prohibida á las mujeres.

José tomó el Niño en sus brazos, y para ofrecerlo al Señor lo llevó á la sala de los primogénitos.

En su interior se preguntaba si al entrar en aquel recinto se renovarían las prodigiosas escenas que acababa de presenciar; si los pontífices hebreos reconocerían también en Jesús al Salvador del mundo.

Inútilmente iluminaron aquel oscuro lugar los rayos esplendentes del nuevo sol de justicia.

Los pontífices y sacerdotes le miraron como á cualquiera



de los hijos recién nacidos de un israelita. Con la indiferencia propia del hombre que cumple con su oficio, un sacrificador que ni conocía á José ni era de él conocido, recibió las palomas destinadas al sacrificio cruento, y no se dignó dirigir una mirada al Niño que el anciano llevaba en sus brazos.

No era de extrañar esta indiferencia, hija de la dureza del corazón.

La mayor parte de los príncipes de la sinagoga eran esclavos de las pasiones, y el egoísmo sofocaba todos los nobles sentimientos del corazón.

Ellos profesaban la máxima de que aquel que no alimenta el odio y no se venga es indigno del nombre de rabino.

Su lujo y avaricia eran proverbiales en toda Judea, y los pontífices excedían en vicios á los sacerdotes de más humilde esfera.

Con frecuencia enviaban á los campos crueles emisarios para arrebatár á los pacíficos labradores los diezmos de sus cosechas y ganados.

La modestia, las privaciones, la humildad en el porte y en las costumbres, eran virtudes denigrantes que estaban reservadas á los levitas.

Los pontífices no parecían ligados con lazo alguno al resto de la humanidad, y pasaban con indiferencia por delante del pobre que yacía á las doradas puertas del templo de Salomón, y no extendían la mano para levantar al viajero rendido por el cansancio y la fatiga.

Corazones tan empedernidos no podían reconocer á Aquel que había venido al mundo para abrir entre los hombres las claras fuentes del amor y de la caridad.

Algunos años después, aquella dureza de corazón les fué



echada en cara por Jesús, con amarga ironía, en la sublime parábola del Samaritano.

Dios no había querido darse á conocer en aquel lugar, porque como lo había anunciado Malaquías, maldecía sus bendiciones y apartaba las miradas de su templo, que muy pronto sería presa de las llamas y del hierro implacable de los romanos.

No hubo entre aquellos sacerdotes y doctores quien reconociese la ofrenda pura y nunca manchada.

Este primer desconocimiento de los judíos para con su Dios, arranca á un escritor sagrado exclamaciones doloridas que debemos reproducir.

«El Deseado de las naciones, dice, Aquel cuyos ángeles habían preparado el camino, el gran Redentor tan prometido y esperado, estaba allí corporalmente, en su santa casa, y nadie pensaba en recibirlo con palmas gritando sobre las murallas almenadas del templo y sobre los techos de Jerusalem: Hosanna al hijo de David. Aquellos hombres no concebían sino un Dios sometido á sus miras particulares, un Dios que fuese esclavo del Sanedrín, un Dios, en fin, cubierto con los despojos que la sangre de Alejandro hubiera teñido.

»Y el niño Dios que al atravesar las calles de Jerusalem había reconocido los lugares de la redención, contaba en silencio á sus verdugos entre aquella multitud grave y esplendorosa; mezclados con los coros que cantaban al suave compás de las arpas para elevar al Eterno himnos de alabanza, el Cristo distinguía las voces orgullosas y perversas que más tarde debían gritar con violencia: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

»Raza de Aaron, ¿dónde existes ahora? El sople vengador

del Crucificado te ha esparcido como leve arista por toda la redondez de la tierra; absorbida por esas masas que despreciabas, ya no te conocen tus compañeros de destierro.»

Terminada la ceremonia de la purificacion, María y José salieron del templo conmovidos con las escenas de que habian sido actores y testigos; y comentando en sus corazones las ofrendas de reconocimiento que habia recibido su Hijo, lo mismo en Jerusalem que en la ciudad de David, volvieron á la baja Galilea á continuar su vida oscura y solitaria en el lugar de sus primeras delicias, en aquella Nazareth tan humilde, donde se habian realizado tan altos misterios<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Al dar por seguro este regreso de la Santa Familia á Nazareth, seguimos la opinion del evangelista San Lúcas, de San Juan Crisóstomo y del abate Orsini.

---

## CAPÍTULO II.

---

### EL PRIMER MÁRTIR DE LA VERDAD.

Ya se habían alejado del templo María y José, y aun rodeaba á Simeon una multitud ansiosa de oírle repetir las misteriosas palabras que habia pronunciado en presencia de aquel Niño.

El pueblo le estrechaba para que las explicase, y Simeon les decia con acento solemne:

— Vosotros habeis visto como yo, y nada habeis adivinado; vosotros me habeis oido sin entenderme; otro os hablará despues y tampoco le entenderéis; vuestro corazon está empedernido, y la verdad no puede conmoverlo.

Otro grupo de mujeres rodeaba á Ana la profetisa; las mismas preguntas le dirigian, y alcanzaban la misma contestacion.

— Explica tus palabras, gritaban los hombres al anciano; tú has dicho que ese Niño será la perdicion ó salvacion de muchos. ¿Se puede decir eso de otro que no sea el Mesías libertador? ¿Y puede ser el Mesías ese Niño, hijo de unos padres tan pobres, de algunos de nosotros conocidos? Oye:



aquí dicen que el anciano que acompañaba á la Joven, es un oscuro carpintero de Nazareth. ¿Puede venir algo bueno de Nazareth, que es el lugar más pobre de toda Galilea? Si es ese Niño el Libertador de nuestra raza, dinos, ¿dónde están su esplendor y su magnificencia, dónde los poderosos que se humillan á sus plantas, dónde los esclavos dispuestos á obedecer sus órdenes, y dónde, en fin, las numerosas legiones de combatientes que, con la enseña victoriosa de Judá, han de abatir el orgullo y quebrantar el poder insolente de los romanos? Nosotros, en vez de la púrpura y el armiño, hemos visto en sus padres el tosco sayal del artesano. ¿Qué engaño es éste que quieres hacer al pueblo judío?

— Yo os digo en verdad, exclamó Simeon, que ya empieza á cumplirse mi profecía; y que quien quiera de entre vosotros que me dé crédito se salvará por el amor de ese Niño, y quien me lo niegue se perderá.

Estas palabras llenaron de indignacion á aquella ignorante y desconfiada multitud.

Cien brazos amenazadores se levantaron contra el anciano, y otras tantas bocas prorumpieron en desaforados gritos.

— Este hombre es un blasfemo. ¡Que muera! ¡Que muera!

— Atras, gritó Simeon. Yo no sé defender una vida que tan cerca está del sepulcro, y que tan poco vale: heridme si quereis, que es gloria morir en defensa de la verdad. Pero ¡ay de vosotros si manchais con sangre humana el sagrado del templo!

El enérgico apóstrofe de Simeon contuvo por un momento el impío furor de aquella muchedumbre insensata; pero muy pronto volvió á sus amenazas y sus insultos.

Los pontífices y sacerdotes, que desde la sala de los pri-

mogénitos habian oido el descompuesto grito de aquellos furiosos, salieron al patio para informarse de la causa que habia producido tan grave escándalo.

Al verles llegar, el pueblo se dirigió á ellos pidiéndoles justicia contra el hombre á quien acusaban de blasfemo.

— ¿Pero qué ha sucedido? Preguntó uno de los pontífices. ¿Por qué osais alterar el silencio profundo que reina siempre en la casa de Dios? ¿No sabeis que aquí se viene á rogarle y bendecirle? Id, impíos, y llevad léjos de estos sitios vuestras querellas y vuestros enojos. Esta es la casa de la oracion.

Uno de los que parecian más indignados contra Simeon, refirió al pontífice en breves palabras lo que deseaba saber; y aquel hombre que tan celoso defensor se habia manifestado de las prerogativas del templo, olvidándolas de repente, se unió á la multitud y excitó á sus compañeros para que arrojasen ignominiosamente de la casa santa al anciano audaz que habia querido oponer un Dios á Aquel cuya sombra augusta se manifestaba al gran pontífice en el Santo de los Santos.

La tranquilidad de los justos resplandecia en el venerable semblante de Simeon, quien juzgando que Dios permitia aquel atropello para llamarle á Sí despues de haberle cumplido su promesa, ni procuró defenderse ni ampararse contra la furia de aquellos insensatos.

— Mayor ha sido aun la profanacion, y yo no sé cómo ha podido tolerarla el pueblo judío, exclamó un imberbe saliendo de entre la multitud y dirigiéndose al sacerdote. Yo he visto á la Madre de ese Niño tan ponderado, y cuya existencia quiere representar ese viejo como un prodigio, ocupando un puesto en el patio de las vírgenes, insultando



á las doncellas con su presencia, puesto que venia á purificarse y á rescatar á su Primogénito.

— Tú eres el blasfemo, gritó una voz poderosa; y una mano no ménos terrible detuvo la palabra en los labios del jóven con la fuerza de una mordaza.

Las olas de aquel mar agitado resbalaban embravecidas desde un extremo á otro del patio, donde ocurría la escena que hemos descrito.

Uno de los espectadores que hasta entónces habia permanecido impassible, bien porque no tuviera noticia de las palabras que se atribuían á Simeon, bien porque despreciase en lo íntimo de su alma el enojo de aquel pueblo de corazon nada sano, y aquellos sacerdotes que más tarde habian de dar testimonio del refinamiento de su hipocresía; viendo que la turba amenazaba de muerte al anciano, y enterándose de la causa que producía aquella odiosa profanacion de una cabeza honrada con la venerable corona de cabellos blancos, atropelló la multitud, y habiéndose abierto fácil paso hasta el insolente que habia osado murmurar de la conducta de María, le increpó de la manera que hemos visto, y aun acaso le habria arrancado la lengua blasfema si un grupo de sus amigos no se hubiera lanzado á defenderle.

— ¡Blasfemo yo!... ¿Por qué? Exclamó el jóven, que viéndose defendido por tantos pudo hacerse superior al espanto que le habia sobrecogido. ¿Porque sostengo que una Mujer casada que viene al templo á purificarse y á presentar á su Hijo, no puede estar en el patio de las vírgenes sin profanarlo?

— Yo he conocido á esa Mujer, exclamó el intrépido defensor de María; yo creo firmemente en las palabras con



que saludó este anciano á su Hijo, y estoy seguro que la Madre que ha dado á luz un Sér tan superior á nosotros todos, puesto que nosotros somos los esclavos y El nuestro Libertador, tiene derecho á seguir ocupando su puesto en el patio de las vírgenes. Vosotros, ministros de Israel, intérpretes de la ley santa que fué revelada á Moisés en el monte Sinaí, ¿ignorais que segun las profecías el Cristo libertador que no ha de ser el hijo del hombre, sino el Enviado de Dios, ha de nacer de una Vírgen? Yo sostengo que lo es María, la Hija de Joaquin y Esposa de José, y estoy dispuesto á dar toda mi sangre en defensa de esta verdad.

— ¡Que muera! ¡Que muera el blasfemo! Gritó aquel enfurecido populacho, que olvidándose de Simeon sólo tenia amenazas para aquel hombre, llamado Zacarías, como el príncipe de los sacerdotes, esposo de Elisabeth, con quien algunos autores le han confundido, pero que no era sino el hijo de Baraquías, del cual nos habla el Evangelio.

Los sacerdotes, no ménos indignados que el pueblo, profirieron tambien amenazas de muerte contra aquel hombre que proclamaba la virginidad de una Madre, y que cuanto más le amenazaban, la defendia con más fe y más entusiasmo.

Inútilmente procuró Zacarías defenderse del grupo de enfurecidos que le rodeaba.

Los sacerdotes, olvidándose del sagrado del templo y dejando estallar su indignacion, porque nada hay que ciegue tanto como el fanatismo, dejaron obrar al populacho, y aun le incitaban á la venganza contra el indefenso Zacarías.

Cediendo á la superioridad del número, el generoso defensor de las altas prerogativas con que el cielo habia querido distinguir á la ESTRELLA DE NAZARETH, se vió arras-

trado en un momento hasta cerca del altar en que se consumaban los sacrificios.

Allí fué arrojado en el suelo, y veinte puñales amenazaron á su corazon.

— ¡Dejadme! Exclamó uno de los sacerdotes. En el templo ha pronunciado la blasfemia, y á nosotros nos corresponde el castigo.

Y dirigiéndose á Zacarías le dijo:

— Aun puedes salvarte si confiesas y deploras tu error. Por tí está escandalizado el pueblo; á tí te corresponde satisfacerle. Declara de manera que todos te oigan que has padecido un instante de locura, y serás perdonado.

— Yo no puedo decir lo contrario de lo que siente y cree mi alma, replicó Zacarías con noble entereza. Matadme si quereis; pero mi última palabra será para reconocer la virginidad de María, Hija de Joaquin y Madre de Jesus.

— ¡Pues muere, blasfemo! Gritó el sacerdote hundiendo en la garganta de Zacarías el cuchillo de que solia valerse para los sacrificios.

La sangre del primer mártir de la verdad manchó el pavimento del templo y salpicó en el rostro á aquel sacerdote impío, y aquel pueblo de corazon de roca que más tarde habia de mancharse con la sangre de su mismo Dios.

La indignacion popular no se dió por satisfecha con la sangre de Zacarías.

El cadáver del mártir fué arrastrado fuera del templo, y paseado como un trofeo por las calles de Jerusalem.

Considerándosele despues indigno de los honores fúnebres que los judíos tributan á sus difuntos, fué colocado en la concavidad de un tronco de terebinto y partido en dos, juntamente con el árbol.



Las aves carniceras encontraron su alimento en los despojos mortales de Zacarías, y la sombra del generoso mártir, según cuentan todavía las tribus errantes de la Arabia, estuvo cerniéndose sobre Jerusalen como una amenaza terrible, hasta que los soldados de Tito la esclavizaron y no dejaron piedra sobre piedra en el templo de Salomon<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> La leyenda que acabamos de narrar no nos parece auténtica, si como presumen Orígenes, San Gregorio Niceno y otros autores sagrados, se refiere á Zacarías, esposo de Elisabeth y tío de la Virgen; lo probable es que se le haya confundido con otro Zacarías, hijo de Baraquías, cuya muerte refiere el Evangelio.

Los árabes conservan esta tradición, y según D'Herbelot, todavía la cuentan á los viajeros. Nosotros nos hemos inspirado tanto en los autores sagrados como en la respetable autoridad de las tradiciones populares, conservadas por espacio de muchos siglos.

---



---

## CAPÍTULO III.

---

### EL TERRIBLE DECRETO.

En vano esperó Herodes en Jericó á que los magos volvieresen, segun su promesa, á darle nuevas de aquel Príncipe que habian venido á visitar desde tan lejanas tierras, y cuyo nacimiento le tenia en tanta inquietud por su trono y por su propia seguridad.

Al ver que habia trascurrido con exceso el tiempo necesario para que regresaran, satisfechos ó desengañados del éxito de su viaje, Herodes comprendió que voluntariamente los persas habian faltado á su palabra, y dedujo de esta conducta, inexplicable en hombres cuya fama de veracidad era generalmente admitida, que habrian obedecido á muy poderosas razones para negarse á satisfacer su deseo.

A los crueles padecimientos físicos que le atormentaban, se agregaron los morales para aumentar su suplicio.

La conducta seguida por los magos era para él un tormento infinitamente más grave que la enfermedad á cuyo impulso obedecia su cuerpo para ir acercándose paso á paso á la tumba.

Sus cortesanos lisonjeros, aquellos á quienes el tetrarca

habia confiado sus temores é inquietudes, intentaron persuadirle de que no habia motivo racional para abrigoarlos: se fundaban en que el suceso á que se referian los sátrapas era de todo punto inverosímil, porque los príncipes no nacen tan ignorados que sea necesario preguntar por ellos en el país donde ha de levantarse su trono, y ni uno solo de sus súbditos pueda indicar el sitio donde se mece su cuna.

¿Qué Rey era aquel, destinado á devolver la libertad á su pueblo, á ser el Monarca más poderoso de la tierra, y que sin embargo nacia en la oscuridad y el misterio, sin ofrecer á los judíos una señal cierta para que pudieran reconocerle?

¿Dónde estaban su palacio, sus cortesanos, que dieran testimonio de su grandeza; las poderosas legiones que habian de hacerle invencible?

Los libros sagrados decian bien claramente, segun las más autorizadas interpretaciones, que el Rey libertador seria una rama del tronco de David; pero los descendientes de aquella poderosa familia habian llegado en su fortuna á tal grado de postracion, que parecia un delirio suponer que ellos diesen á Judea el esforzado Caudillo que habia de restituirles la libertad, juntamente con el imperio de toda la tierra de Promision.

Y aunque era verdad que los heroes se habian levantado muchas veces del polvo y de la nada para llenar el mundo con los resplandores de su gloria, que el pueblo de Judá se encontraba en la situacion anunciada por los profetas, y que por último, ya habian espirado ó estaban á punto de espirar las siete semanas de Daniel, no habia medio de distinguir al Rey enviado por Dios, hasta que sus acciones le acreditaran y el pueblo judío pudiese ver el emblema de su libertad en los gloriosos estandartes del heroe.



Era además muy extraño en concepto de los amigos de Herodes, que del nacimiento de aquel Príncipe hubieran tenido noticia los reyes de tan apartadas regiones ántes que el pueblo judío, tan interesado en su prosperidad y su grandeza, para que no se retrasase el día en que guiado por El marchase á la felicidad y á la victoria.

Aquellos sátrapas, á pesar de su grande reputacion de sabios, no podian tener sino imperfectos conocimientos de la teología hebrea, y no era tampoco de suponer que Jehová les hubiera hecho una revelacion con preferencia á la raza judía, objeto constante de su predileccion, y de su paternal y amorosa solicitud.

La ciencia habia engañado á aquellos príncipes; con la esperanza perdida, la fe quebrantada y probablemente la vergüenza en el rostro, se dirigian á su país por extraviados senderos para huir del ridículo que les rodeaba, y no habian tenido valor bastante para presentarse en Jericó, donde tendrian que confesar su engaño en presencia de toda la corte.

Así explicaban los lisonjeros de Herodes el hecho de que los magos no hubiesen cumplido su solemne promesa.

Aunque estas reflexiones parecian sensatas, no bastaron á tranquilizar al tetrarca de Jerusalem, al cual una voz secreta parecia advertirle de que estaba ya muy próximo el momento de su ruina.

No podia convencerse de que un pueril orgullo fuera la causa de que los príncipes magos hubiesen faltado al cumplimiento de su palabra; más natural le parecia creer, que habiendo encontrado al Príncipe en cuya busca venian desde tan lejanas tierras, no querian ellos ser mensajeros de tan malas nuevas, y se volvian á su patria despues de ha-



ber pactado alianza con los ministros de aquel niño Rey.

Aunque Herodes habia fingido estar deseoso de adorar al recién nacido, probable era que los magos hubiesen adivinado la doblez de su corazón, y en este caso, nada más natural sino que alejasen todo lo posible de su aliado un enemigo poderoso, y que triunfaria muy fácilmente de aquel Príncipe sin palacio, sin corte y sin legiones, que acababa de nacer, y que todavía era desconocido para su pueblo.

Ni los príncipes de los sacerdotes, ni los doctores de la ley, podian determinar cómo habia de verificarse el nacimiento del Mesías.

Ellos no sabian más sino que habia llegado su tiempo, y que habia de ser descendiente del tronco de David.

Las raices de aquel tronco aun no se habian secado en Judea.

La accion lenta y destructora del tiempo, la mano implacable de la desgracia, habian despojado á aquel tronco de su pompa y de su lozanía.

¿Pero quién aseguraba á Herodes que las raices, alimentándose con la sávia de una tierra fecunda como lo era la de Judá, no habian de comunicar al tronco el jugo y la vida, para que, cubriéndose de hojas como en los hermosos dias de su juventud, volviese á cobijar bajo sus ramas y á proteger con su sombra amante la numerosa familia hebrea?

Mayores prodigios habia realizado Jehová por amor á aquella raza que era entre todas su predilecta.

Del cielo habia descendido el maná para alimentar en el desierto el numeroso pueblo de Moisés, y agua habia brotado de una piedra para que pudiera aplacar su sed devoradora.

Las ondas del mar Rojo se habian separado para sepul-

tar en su seno á las legiones de Faraon, y el sol se habia detenido en la mitad de su carrera para alumbrar la victoria de Josué sobre sus poderosos enemigos.

¿Por qué, pues, no habia de realizarse un prodigio más?

¿Por qué no habia de nacer en la oscuridad y el misterio el Príncipe libertador de aquella raza, tanto y tantas veces favorecida?

¿Cuándo no fué la ciega confianza el peligro más inmediato y más inminente de los usurpadores?

Herodes Arquelao habia levantado su trono sobre un mar de sangre humeante todavía, y el vapor que de aquel mar se alzaba era como un grito inextinguible que continuamente pedia venganza contra el tirano.

Le defendian, es verdad, las lanzas y las ballestas de Roma, é imponentes legiones de soldados mercenarios; pero ¿qué vale toda la fuerza de la tiranía contra un pueblo entero que, conducido á la victoria por un caudillo, da el grito de independencia y se decide á conquistarla?

¿No sería invencible un Caudillo enviado por el mismo Dios?

¿No lograria asentar su trono sobre sólidos cimientos si Herodes le dejaba espacio bastante para darse á conocer?

¿No era más político y más prudente obrar de modo que el pueblo judío perdiese su Rey ántes de que le conociera y le amara?

¿No aseguraba el trono para sí y para su dinastía destruyendo para siempre la esperanza de los hebreos en aquella ocasion única de verla realizada?

Un pueblo que no tiene fe en el porvenir, que nada espera, que ha perdido su único medio de salvacion, se deja



abatir muy fácilmente, y acepta sin dificultad el yugo de la más afrentosa tiranía.

El abatimiento de los judíos sería para Herodes la más firme garantía de su propia seguridad.

Para acabar de decidirse á adoptar el partido que ya acariciaba en su imaginacion, y para que no dejara de cumplirse aquella profecía que anunció al pueblo judío que el Redentor de la raza humana sería recibido en su cuna con crueles persecuciones, Herodes trajo otra vez á su memoria la salvación prodigiosa de Moisés.

Un niño solamente escapó con vida, y aquel niño fué, andando el tiempo, el caudillo y el legislador de Israel.

Él se conduciría de manera que ni la más remota eventualidad pudiera alterar su sueño.

Él dispondría lo necesario para que no quedase en toda la tierra de Promision quien, en el rápido trascurso del tiempo, pudiera disputarles á él ó á los descendientes de su dinastía la posesion del trono de Jerusalem.

¿Había de detenerle un crimen más, por horrendo que fuera, á quien había derramado á mares la sangre inocente de tantas víctimas?

Esto era imposible.

Herodes no se hacia ilusiones respecto del porvenir.

Cualquiera rival que se le pusiera en frente para disputarle la corona, por débil que fuese, su derecho había de contar con el apoyo de todo el pueblo de Israel. Bastábale con decir á aquel pueblo tan apegado á sus tradiciones y que tanta fe daba á los anuncios de sus profetas:

— Todos conoceis á mis padres; yo soy la rama del tronco de David; yo vengo á devolveros la libertad.

¿Qué importaba que aquel Príncipe recién nacido fuera



desconocido por todos, si una sola palabra bastaria para acreditarle como Enviado de Dios y ponerle en estado de recuperar su poder y su grandeza?

¿Qué importaba que no tuviese palacio, si algun dia, quizas no muy lejano, habia de llamar victorioso á las puertas de el de Herodes Arquelao?

¿Qué importaba, en fin, que no tuviese ejércitos, si con sólo levantar la voz encontraria un combatiente en cada judío?

Herodes habia tomado su resolucion, y dictó un terrible decreto.

Él habia hollado la virtud, la grandeza, el saber; él habia ahogado en lagos de sangre los últimos gritos de independencia que se escapaban del corazon de aquel pueblo infeliz; pero aun le reservaba otros dias de mayor luto, de más profundo horror y de tribulacion más grande.

Hasta entónces, los efectos de su crueldad sólo habian alcanzado á aquellos que por sus riquezas ó por su influjo podian hacer sombra al trono vacilante, ó á los que dotados de un espíritu altivo é independiente conspiraban de continuo para derrocar el imperio de la usurpacion y de la tiranía.

Pero el terrible decreto de Herodes estaba destinado á eclipsar la fama de cuantos hubiera podido dictar hasta entónces un poder bárbaro y desalmado.

Los rayos de su indignacion no iban á abatir la frente del poderoso, ni á cortar el vuelo del espíritu audaz que incessantemente excitaba á sus compatriotas á la rebelion: iban á herir en una fibra infinitamente más sensible, á profanar lo más santo que se conoce en el mundo, que es la inocencia; iban á herir el amor más grande y más puro que puede caber en corazon humano: el amor de las madres.

Calculando Herodes que la estrella misteriosa, cuyo curso habian seguido los discípulos de Zoroastro, pudo muy bien aparecer con alguna posterioridad al nacimiento del Príncipe que en tan grande sobresalto le ponía, mandó degollar á todos los niños de Judea, que á la fecha de su decreto contasen de edad desde un dia hasta dos años.

— Ya podré dormir tranquilo, exclamó despues de haber sellado aquella órden sangrienta. ¿Qué me importa que despues de mi muerte, el pueblo de Israel sea libre ó esclavo? ¿Cómo ha correspondido á mis esfuerzos por hacerlo grande y feliz? Siempre con el insulto, siempre amenazándome con la rebelion. Nunca ha dejado de ver en mí á un extranjero... Pague su ingratitud y su rebeldía. ¿No me ha negado la gloria á que me daban derecho mis acciones? ¿No han humillado mi nombre en cuanto han podido, obstinándose en desconocer las ventajas de mi política? Por ellos he dado mi sangre en cien combates; yo los he socorrido generosamente en los tiempos de su miseria; he embellecido su ciudad santa con monumentos que serán siempre admiracion de las edades venideras; he protegido las ciencias y las artes, y cada dia he encontrado más duros sus corazones. Me provocan á un duelo á muerte, y lo acepto sin vacilar. Ellos mismos se han condenado. Puesto que soy el más fuerte, justo es que me aproveche de la ventaja.

Así discurría Herodes, miéntras los dóciles agentes de su voluntad se disponían á cumplir aquel inhumano decreto, último desenfreno de la tiranía.

Herodes no podía comprender que todo su poder no era bastante para contrarestar el de Dios; que toda su grandeza no igualaría nunca á la de Aquel que tan humilde y tan ignorado habia nacido.



Los más sabios doctores de la ley se equivocaban respecto á la mision que habia de traer al mundo el Cristo enviado por Jehová; no era extraño que fuese aun más equivocada la idea de aquel hombre cuya religiosidad era tan dudosa hasta para las razas descreidas.

Herodes esperaba tener que combatir con un pretendiente al trono, con un caudillo que, al frente de sus legiones y con la fuerza de las armas, aspirase á restablecer el solio de David; no podia comprender que la única fuerza de aquel Caudillo seria la predicacion de la verdad, ni que léjos de promover guerras y tempestades para conquistar grandezas humanas, habia de predicar la sumision y obediencia á los poderes legítimos, prorumpiendo en aquella frase sublime:

— MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO.





## LIBRO CUARTO.

### HUIDA Á EGIPTO.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### SALIDA DE NAZARETH.

Hemos dicho que las persecuciones contra Jesus habian empezado en su misma cuna.

Apénas habian regresado á Nazareth, José y María se vieron precisados á emprender un nuevo viaje, aun más largo y peligroso que el anterior.

José dormia, y el ángel del Señor se le apareció en sueños diciéndole:

— Levántate, hijo de David, y en union del Niño y de la Madre, huye á Egipto y permanece en aquella apartada region hasta que yo vuelva á ordenarte el regreso. Conviene así á la voluntad de Dios, porque Herodes busca al Niño para matarle.

José se levantó sobresaltado, temiendo no haber estado bastante diligente para obedecer la orden divina.

El menor ruido de los que le traia en sus alas el viento callado de la noche, le parecia el rumor de los pasos de los verdugos de Jesus; y movido por este temor fué á recono-

cer la cuna del Niño. Su corazón respiró con inmensa alegría: Jesús disfrutaba de dulce y tranquilo sueño; en sus labios jugaba una sonrisa, como si quisiera dar gracias al anciano por su amante y paternal solícitud.

José adoró al Señor y corrió á despertar á su Esposa, que no ménos horrorizada que el patriarca, y temblando á cada instante por la vida de su Hijo, se manifestó dispuesta á emprender la marcha con toda la precipitación y sigilo que la gravedad del caso requería.

Inmediatamente reunió algunas provisiones de las que constituían su frugal y ordinario alimento, la escasa ropa de que pudo disponer, y sin esperar á que despuntase el día, porque nada era más protector para ellos que las sombras de la noche, los esposos abandonaron á Nazareth llevando á Jesús en sus brazos, y emprendieron un camino erizado de peligros y dificultades.

Huyendo iban como criminales, porque el tirano perseguía de muerte al niño Jesús en su misma cuna.

La Madre y su Hijo no llevaban otra defensa que la débil de un noble anciano, que no podría oponer al puñal de los bandoleros más resistencia que sus súplicas, sus lágrimas, y el respeto debido á sus blancos cabellos.

¿Cómo podrían evitar el sacrificio del Niño en el caso probable de un encuentro con los soldados de Herodes?

El ángel no les había prometido defenderlos durante el viaje. ¿Sería que Dios abandonaba al rigor de su suerte aquella Santa Familia, que por tantos títulos era la más merecedora de su predilección?

Este pensamiento hubiera bastado para llenar de amargura el corazón de la atribulada Madre; pero comprendiendo que todavía no había llegado el instante supremo de que



Cristo se manifestase á los hombres, no dudó de que Jehová queria salvarle de la bárbara persecucion de Herodes, sin emplear otros medios que los naturales en los recursos humanos, y los que sabia investigar y hallar la prudencia y el cariño de unos padres amorosos.

María comunicó este pensamiento á José, y fué para ambos de gran consuelo en su inmensa afliccion.

Dios les abandonaba su tesoro; ellos debian mostrarse dignos de tan precioso depósito, haciendo cuanto estoviese de su parte para corresponder á tan singular confianza.

En las almas honradas, el convencimiento de un deber reemplaza ventajosamente á las fuerzas físicas y morales.

No asustaron á José los riesgos ni las dificultades inmensas de la empresa que acometia.

El, anciano, pobre, humilde y harto débil, debia conducirse de manera que lograra burlar la suspicaz vigilancia de un tirano, que servido como solian estarlo los déspotas del Oriente, tenia espías y emisarios en todas partes dispuestos á cumplir su voluntad para merecer su benevolencia y sus favores.

Para colmo de desdicha de esta Santa Familia, el camino que conducia á Egipto pasaba por delante de los muros de Jerusalem, y los fugitivos no podian emprender otro; porque si se aventuraban á penetrar en las ásperas montañas de la Judea, para ellos casi desconocidas, surcadas sólo por alguna que otra senda abierta en la piedra viva y perdida con facilidad, ya en las vertientes de un desfiladero, ya en el lecho de un torrente, ó á la entrada de un bosque, se exponian á otro peligro tan grave como aquel de que venian huyendo; porque, á pesar de toda la vigilancia de Herodes, en los campos de la Judea no desaparecian las par-

tidas de bandoleros, compuestas á veces de centenares de hombres que, amparándose bajo el lema de una bandera política, procuraban encubrir con ella la enormidad de sus delitos.

¿Y cómo habian de acercarse á los muros de Jerusalem? Esto hubiera valido tanto como abandonar la Víctima á la ferocidad de su verdugo.

Herodes, no satisfecho con su bárbara determinacion, que iba á herir á tantas madres, habia despachado por todos sus reinos secretos emisarios, á fin de que, no inspirando desconfianza, pudiesen por medio de la intriga y del soborno descubrir el paradero de aquel Príncipe que desde la cuna hacia estremecer los cimientos del trono en que se asentaba la tiranía.

La marcha rápida é inesperada de los magos, el hecho de no haber cumplido su promesa de revelar á Herodes el lugar del nacimiento del Mesías para que pudiese ir á adorarle, el rumor que por toda la comarca inmediata á Belen habian esparcido los pastores, las profecías de Ana y de Simeon, y la muerte desastrosa de Zacarías, habian convenido á Herodes de que no eran sus temores infundados, y de que á todo trance necesitaba cortar de raiz el peligro que tan de cerca le amenazaba.

¿Quién podria determinar el punto en que habia de detenerse aquel príncipe sanguinario?

¿Qué fuerza seria bastante poderosa para resistir á la influencia del oro que derramaba por todas partes?

¿Qué secreto podria quedar oculto al contínuo espionaje de unos emisarios que de tantos medios disponian para relajar la fidelidad y burlarse de la prudencia de los hombres?



¿Y quién vacilaría entre no exponerse á arrostrar las iras y las vejaciones de un tirano, y dispensar una proteccion peligrosa por más de un concepto á aquella Familia errante, pobre y sin ventura, que sólo podia pagar con muestras de gratitud y bendiciones los beneficios que recibiera?

Toda la fuerza de su voluntad, toda la heroica resolucion de su espíritu, no eran bastantes para que José dejase de mirar con pavor al porvenir, estremeciéndose ante la idea de los inmensos peligros que por todas partes les amenazaban.

La exquisita delicadeza de los sentimientos de José no le permitió revelar á María estos fundados temores; al contrario, procurando aparecer con el rostro sereno y tranquilo, le infundia valor y esperanza, asegurándole que no era su peregrinacion tan difícil y expuesta como al principio habian creído.

Pero todas estas precauciones tan propias de un corazon amante, no producian en el muy agitado de la Virgen más que un sentimiento de gratitud hácia el venerable anciano, que por tranquilizarla sostenia consigo mismo una lucha que debía destrozarle el alma.

Siempre que José procuraba infundirle ánimo, María le contestaba con una sonrisa halagüeña, procurando á su vez aparecer tranquila á los ojos del anciano; pero ni uno ni otro lograron engañarse, y pálidos, tristes y silenciosos como la muerte misma, continuaban avanzando por el camino que habia de conducirlos al lugar de salvacion que buscaban para el Hijo de Jehová.

Cuando el soplo de la brisa hacia crujir las hojas de los árboles; cuando de improviso levantaba un pájaro su vuelo en la falda de la montaña ó en el fondo de los valles; si por



acaso cruzaba por la senda la sombra de un gamo herido por la ballesta del cazador; al más leve ruido, al más ligero movimiento, en fin, María estrechaba convulsivamente á su Hijo para que su propio seno le sirviera de escudo, y José temblaba por la vida de su Compañera y la de aquel Niño divino, cuya custodia le estaba encomendada.

Si venciendo el recelo natural que inspiran personas y lugares desconocidos, José se determinaba á penetrar en poblado, ó á pasar la noche al abrigo de las tiendas de alguna hospitalaria caravana, la única conversacion que oia la atribulada Madre, era el relato minucioso de los horrores á que se entregaban los soldados del tetrarca, que disponia consumir la degollacion de los inocentes, aunque los amparase el sagrado del seno maternal.

Infinito número de matronas habian visto arrancar á sus hijos de sus propios pechos, y á los ecos de su desesperacion y de su agonía, al raudal inagotable de sus lágrimas, se oponian siempre corazones de roca, hombres desalmados que llevaban el furor en los ojos, la helada indiferencia en el pecho, y el más grosero insulto en los labios.

Inútilmente pedian algunas infelices la gracia de que las mataran al mismo tiempo que al fruto de sus amores; esto hubiera sido un consuelo, y los asesinos tenian prescrita la crueldad en el número de sus más sagrados deberes.

Fácil es de presumir cuánto la ESTRELLA DE NAZARETH padecería con el relato de aquellas escenas de horror.

La suerte, á cuyos rigores parecia abandonada la Santa Familia, negaba á aquella alma inocente y pura el único consuelo de que podia gozar en su prolongada angustia. Para la ESTRELLA DE NAZARETH no habia tranquilidad ni descanso.

José hubo de renunciar á pasar las noches en compañía de otros viajeros, ya para evitar á la Virgen los sobresaltos y el horror de aquellas conversaciones, ya para no exponerse á que un alma pérfida, que muy bien podía haberla entre personas desconocidas, delatase por interes ó por maldad á los sicarios de Herodes la existencia del Niño y el rumbo que llevaban en su huida.

Desde que el patriarca tomó esta resolucion, la luna, deramando sus tibios y melancólicos rayos, era la única compañera, la única amiga de aquellos Viajeros tristes y solitarios.

Aun no habia templado sus rigores la estacion invernal; el suelo de la Palestina estaba cubierto de escarcha, y el viento era frio y frecuentemente azotaba con violencia; las montañas cubrian sus orgullosas cimas con un manto de nieve, y los torrentes vertian con imponente estrépito sus aguas espumosas en el fondo de los barrancos, para extenderlas despues como una sábana inmensa por las dilatadas llanuras.

¿Qué lugar, durante el dia, podia ofrecerles comodidad, seguridad y abrigo? ¿En dónde tomarian aliento para seguir afrontando las fatigas y peligros del viaje? ¿Dónde encontrarian el frugal alimento que necesitaban para reponer sus abatidas fuerzas?

Los evangelistas, atentos á predicar la sublime doctrina de Jesucristo y á dar á conocer á los hombres todo cuanto podia interesarles en aquella grave, imponente y colosal Figura, desde que se manifestó al mundo como el Mesías prometido, hasta que consumó en el Calvario la redencion humana, han pasado en silencio multitud de detalles referentes á la infancia de Jesus y á la vida de su Madre, detalles



que hoy nos inspirarian el más ardiente interes, y que dejan en nuestro corazon un vacío que en vano queremos llenar acudiendo á las fuentes de la tradicion.

La memoria de los hombres, legada de padres á hijos, se debilita de generacion en generacion, y al fin acaba por desvanecerse.

Es indudable que los primeros cristianos, aquellos que tuvieron la dicha de oir de labios de los apóstoles la verdad evangélica, movidos por una piadosa curiosidad se informarian detenidamente de las circunstancias aun más insignificantes que tuvieran relacion con aquella divina epopeya, que empezó en Belen y terminó frente á los muros de la ciudad sagrada.

Es tambien muy verosímil que los fieles que tuvieron la dicha de acompañar á María en su larga y triste soledad, le oirian referir mil veces los episodios de su vida anterior; porque aquellos recuerdos debian llenar, por decirlo así, toda su existencia.

Pero estas auténticas tradiciones se fueron debilitando con el tiempo, y se extinguieron al fin, faltas de un libro donde se consignaran y legaran á las generaciones; porque uno solo que se escribió, no ha llegado hasta nosotros, y los cristianos de aquella época apenas disponian del tiempo necesario para predicar la doctrina evangélica y sustraerse á la bárbara persecucion de sus enemigos.

No tenemos, pues, noticia del itinerario que siguió José desde Nazareth hasta Egipto; pero es de presumir que, para mayor seguridad, emprenderia algun camino apartado y escabroso; de otra manera nada hubiera sido más fácil que caer en el peligro de que huia.

Por la misma razon puede inferirse que las jornadas fue-



ron largas y penosas, al traves de las montañas y en las horas en que el camino estaba ménos frecuentado por los viajeros.

La áspera tierra de la Galilea les ofrecería más de una vez abrigo con sus grutas profundas rodeadas de grandes sinuosidades que permiten burlar la vigilancia más exquisita; pero tambien estas grutas servían de alojamiento á las partidas de bandoleros de que ántes hemos hablado, y si tenían la desgracia de encontrarse con una de ellas, el peligro que les esperaba era por lo ménos igual á aquel que trataban de evitar.

Despues de arrostrar con fortuna aquella serie interminable de riesgos, la Santa Familia llegó á las cercantías de Jerusalem.

A las inmediaciones de la ciudad santa se aumentaron los cuidados y las zozobras; allí era el peligro más inminente; allí desaparecía toda posibilidad de acercarse á los lugares poblados, porque los espías y delatores vigilaban con particular atencion á los forasteros.

Los fugitivos abandonaron todo camino que pudiera ser frecuentado por los hombres, y dirigiéndose por los astros como el navegante en el mar, seguían el curso de los arroyos, las vertientes de las montañas, se internaban en lo más espeso de los bosques; y si la necesidad de renovar las provisiones les obligaba á salir al llano ó acercarse á alguna aldea, no lo hacían sin un contínuo estremecimiento, y despues de muy obligados por el frio y el hambre.

Habiendo dejado á su espalda á Anathot, se dirigían en busca de las llanuras de la Siria, pasando por las inmediaciones de Ramla.

La impaciencia de llegar á una tierra segura, donde de-

bia desaparecer el temor al más remoto peligro, les había hecho emprender una larguísima jornada.

Agotadas estaban las fuerzas de María; el anciano se sentía también desfallecer, y la noche había derramado por el mundo sus profundas tinieblas.

Estaban cerca de aquella tierra de fuego, y les brindaba con el descanso una brisa apacible y una palmera con su bóveda de esmeralda.

José improvisó un lecho donde pudiera descansar María, y fué á sentarse en una roca inmediata para que, aunque el sueño le rindiese, pudiera estar pronto á hacer frente á cualquier peligro.



---

## CAPÍTULO II.

### LA SORPRESA.

Pocos momentos hacia que los Esposos disfrutaban de algun descanso, y apenas los párpados de José se habian cerrado al dulce sueño, cuando el patriarca se despertó sobresaltado: habia creído percibir un rumor extraño; parecíale que el follaje se habia movido de muy diferente manera que si lo hubiese agitado el viento.

Se levantó de su lecho de piedra con objeto de reconocer aquellos alrededores, pero aun no habia dado un paso y se detuvo estremeciéndose de horror.

Rápido como si lo hubiese vomitado la tierra, saltó un hombre de entre aquellas sinuosidades, y poniendo su lanza al pecho del anciano exclamó:

— ¡Detente, quien quiera que seas! ¿Qué buscas en estas soledades, y por qué vienes á alterar este imponente silencio?

Fácil es de comprender el efecto que esta aparicion causaria en el ánimo de José. No dudó de que aquel hombre seria alguno de los emisarios de Herodes, y que por lo tanto estaban irremisiblemente perdidos.

Todos sus esfuerzos y cuidados, toda su exquisita diligen-



cia, las horribles privaciones á que se habian tenido que sujetar, las infinitas molestias de aquel largo y peligroso viaje, todo habia sido inútil.

La persecucion de Herodes era más eficaz; ninguna fuerza humana podia defender á Jesus, que quedaba abandonado á la crueldad implacable de sus enemigos.

En aquellos momentos de suprema angustia y de indefinible terror, José no se hallaba en estado de meditar.

El pensamiento de que Dios no podia consentir en la ruina de Aquel á quien habia anunciado para realizar una mision sublime, ni siquiera pasó por su mente.

Empleando sus únicas armas, que eran el ruego y el llanto, se hincó de rodillas delante de aquel hombre, intentó besarle las plantas y exclamó con acento penetrante:

— ¡Por piedad! No nos hagas ningun daño. Somos pacíficos viajeros que nos dirigimos á regiones apartadas, porque somos tan desgraciados, que no podemos vivir en la tierra que nos vió nacer. Si, como presumo, eres un soldado valiente, emplea esa lanza con que has amenazado mi pecho inofensivo en alguien que pueda resistirte. Mis blancos caballos son prenda segura de paz. Nadie más me acompaña que una débil Mujer.

— ¿Nadie más? Preguntó el desconocido con acento en que se revelaba la duda.

José vaciló ántes de contestar á aquella pregunta; mas pareciéndole inútil ocultar la verdad, porque nada le seria tan fácil á aquel hombre como averiguarla por sí mismo, contestó:

— He dicho que nadie más, porque aunque traemos á un Niño recién nacido, no creo que de él puedas recelar ningun daño.

— ¿Un niño recién nacido en estos lugares, donde al parecer pensabas pasar la noche? ¿Cómo no le has ofrecido á esa tierna criatura mejor abrigo que el de esa palmera? ¿Tan léjos están los lugares habitados? ¿No has podido pedir hospitalidad en una cabaña de pastores, si no tenias un óbolo con que pagar la posada?

Estas preguntas tranquilizaron un tanto á José.

Un emisario de Herodes no hubiera empleado aquel lenguaje lleno de generosa compasion hácia la tierna Criatura.

El patriarca levantó los ojos al cielo dándole gracias, porque acaso les enviaba un amigo, y terminada su breve oracion mental exclamó dirigiéndose al desconocido:

— ¡Es cierto lo que escucho? ¿No vienes tú en persecucion de ese Inocente?

— ¿Qué dices? Exclamó aquel hombre, sin poder explicarse la pregunta del anciano.

— Perdona si mis temores han podido ofenderte, contestó José, pero no lo extrañes; mi situacion es tal, que debo ver enemigos en todos mis semejantes, miéntras no salga del territorio de Judea. Si yo no temiera por momentos la muerte de ese Niño, ¿piensas que ni á Él ni á su Madre lo expondria á los peligros de una noche pasada en estas montañas, sin pan y sin abrigo, sin un mal lecho en que descansar de las fatigas del dia, y huyendo de todo camino frecuentado, para buscar el que sólo pisan las fieras? ¿Abandonaria yo mi patria y mi hogar, si no exigiera este sacrificio la salvacion de mi reducida Familia?

El desconocido dudaba y se resistia á creer lo que le aseguraba con tanto sentimiento el patriarca, y queriendo averiguar por sí mismo la verdad de lo que le manifestaba, se



adelantó como para reconocer el lecho de juncias y mimbres en que descansaba María.

A su vez, creyó José que el desconocido le había engañado, é interponiéndose entre él y su Esposa, le dijo con toda la elocuencia de la desesperacion:

— ¡Detente, por piedad! No manches tus manos con la sangre de ese Niño. ¿En qué te ha ofendido ese Inocente? ¿Por qué siendo tan jóven, tienes el corazon de roca, y has aceptado una comision que repugnaria á los más empedernidos criminales? ¿No tienes mujer, no tienes hijos, no esperas tenerlos? ¿No has concebido nunca lo que es el amor de un padre? Si quieres sangre para satisfacer tus instintos, derrama la mia; yo te daré gustoso hasta la última gota. ¿Qué me importa morir si Él se salva? ¿Esperas quizas alguna recompensa si llevas á Herodes la cabeza de ese Inocente? Yo te la daré, porque no cometas un crimen tan horroroso. Soy pobre, muy pobre, ¿pero qué importa? La voluntad lo puede todo en el mundo: me venderé como esclavo, y tuyo será el precio de mi libertad. Si lo prefieres, te reconoceré por señor. Para tí será el fruto de mi trabajo dia y noche; pero por el Dios de Jacob respeta esa vida, no turbes siquiera el sueño de esa Mujer desgraciada; que Ella ignore siempre el peligro á que ha estado expuesto su Hijo.

El desconocido se detuvo y replicó á José:

— ¿Qué dices, anciano? ¿Has podido creerme capaz de semejante infamia? ¿Yo derramar la sangre inocente de un niño? ¿Habria en el mundo oro bastante para recompensar tan ruin empresa, ni corazon harto empedernido para ejecutarla?

A pesar del ardiente deseo de que María no se enterase



de la siniestra aparición de aquel hombre, sus palabras la habian despertado.

En ese momento de vaguedad en que cae la imaginacion cuando sobresaltados salimos del sueño, María no pudo hacerse cargo de lo que pasaba; pero la voz extraña del desconocido le hirió tan profundamente, que todo lo comprendió al instante.

La infeliz Madre, atribulada y temblorosa, creyendo cierta la mayor desgracia de cuantas podian ocurrirle en el mundo, estrechó convulsivamente al Niño entre sus brazos, como si hubiera querido sepultarlo en su seno, para que no lo pudieran descubrir las miradas de aquel hombre, en quien Ella veia su verdugo.

— Perdon, anciano, que haya venido á turbar vuestro reposo, exclamó el desconocido, observando que María se incorporaba. No esperes de mí el daño más leve. Yo no me gozo en el mal ajeno; y si alguna vez lo he causado, ha sido obedeciendo á una necesidad imperiosa, nunca á mis propios instintos, ni al capricho de mi voluntad. Mi desgracia me ha traído á este extremo. Ya comprenderás lo que soy al verme á estas horas armado y vagando por la montaña. Yo acecho como la fiera el paso de una víctima, pero no para devorarla, sino para cubrirme con sus despojos. Sentí que llegábais á este sitio, y como no podia pensar que pasasen la noche en despoblado y sin tiendas viajeros opulentos que hubieran de ofrecirme rico botin, os tomé por espías de los soldados herodianos, mis implacables enemigos; pero creo en tus palabras; la desgracia nos une, y espero que no será en vano. Dime por qué persiguen á tu Hijo. No puede haber causa justa tratándose de un inocente como él. Cien hombres decididos y valerosos obedecen

mis órdenes sin murmurar. Dime quién es vuestro enemigo, y yo te prometo defensa y amparo.

Al oír estas palabras de consuelo se dilató el pecho de María, y estampó un beso en la frente del Niño con el mismo transporte de alegría que si lo hubiera arrancado á la muerte.

José, completamente confiado en la verdad de las palabras de aquel hombre, le preguntó:

— ¿Quién eres?

— Me llamo Dimas, contestó el bandolero; no te digo mi nombre sin sonrojarme, porque á la verdad habrá muy pocos que quieran tenerme por amigo.

— ¿Eres judío?

— Sí: he nacido en la tierra de Israel, pero ya no tengo patria ni hogar.

— ¿Tampoco familia?

— Ruégote, anciano, que no evoques en mí recuerdos de sin igual tristeza, exclamó Dimas con acento indefinible de dolor.

— Pues si eres judío y sabes que Herodes reina en Judea, ¿cómo me preguntas quién es el enemigo de este Niño? ¿Podrían contrarrestar tus cien compañeros la fuerza de los soldados herodianos que se han extendido por la desolada Judea con la horrible misión de degollar á todos los inocentes varones cuya edad no exceda de dos años?

— ¿Tan horrenda barbarie ha podido decretar Herodes? ¿Nunca se saciará ese tirano de la sangre judía?

— Herodes teme que un Príncipe recién nacido le derribe de su trono, y su bárbaro decreto sólo se dirige á librarle de un enemigo á quien no conoce.

— Dices verdad, exclamó Dimas como reuniendo sus re-



cuerdos; yo tambien he oido hablar, aunque muy vagamente, de ese Príncipe que será Libertador del pueblo israelita. He oido decir que le han visitado pastores y príncipes extranjeros, ofreciéndole los unos humildes presentes, los otros oro, incienso y mirra en señal de perpétuo vasallaje. ¿Tendria yo tambien la fortuna de ver y adorar á ese Rey? ¿El Niño por cuya vida habeis temblado, será quizas?...

— Le han visitado pastores y príncipes; al presentarlo en el templo, un varon piadoso y una santa mujer prorumpieron en inspiradas profecías; quizas sea el único Niño que á estas horas haya escapado del furor que embriaga á los agentes de la voluntad de Herodes. Es todo cuanto puedo decirte.

— ¿Pero no eres pobre?

— Sí.

— ¿No viajas solo y desposeido de toda comodidad?

— Ya lo estás viendo.

— ¿Y cómo se explica que tanta grandeza pueda contenerse en límites tan estrechos?

José no supo qué contestar á esta pregunta del bandido.

— Respetemos, dijo, los misteriosos designios de Dios. ¿Qué importa lo que sea este Niño? Ni tú tienes que temer de nosotros, ni nosotros de tí. Deja que descansemos tranquilos hasta que despunte la mañana y podamos continuar nuestra peregrinacion.

— Dices bien: ¿qué importa lo que pueda ser ese Niño? Repitió Dimas. Lo que importa es que huyendo de un género de muerte, no vaya á encontrarse con otro. No consentiré que paseis la noche aquí expuestos á todas las inclemencias. Fugitivos vais; yo debo daros amparo, y cuando amanezca, que Dios os guie. Mirad: no léjos de este sitio, dibujándose



confusamente entre las sombras, se distingue con dificultad una roca que esconde en el cielo su descarnada frente; en lo alto de esa inmensa muralla de granito, suspendida sobre un abismo sin fondo, se alza una fortaleza derruida donde yo me guarezco y donde os puedo ofrecer un alojamiento seguro; venid conmigo, y mañana cuando amenezca, mis gentes os escoltarán para que podais llegar sin riesgo hasta las fronteras de Siria.

José estaba indeciso; no sabia si resolverse á aceptar aquel ofrecimiento que venia de un bandolero, pero volvió los ojos á María, la vió tan agitada, tan abatida, le pareció tan posible que la débil naturaleza del Niño no pudiese resistir á tantas y tan continuadas molestias, que temiendo no tener derecho para hacer estéril el acto de caridad á que estaba dispuesto el bandido, aceptó la hospitalidad con que le brindaba, y dando la mano á su Esposa exclamó:

— Vamos, María.

— Vamos, contestó la Virgen. Y los tres se dirigieron á la fortaleza que Dimas habia indicado.

El bandido sentia su pecho lleno de satisfaccion, y con frecuencia se detenia para contemplar desde cerca el rostro de aquel Niño, que le parecia inundado de una luz sobrenatural.

No era aquel gozo efecto de la satisfaccion que resulta de haber hecho una buena obra: era un misterioso presentimiento, vago, indeterminado, que él mismo no acertaba á explicarse, del porvenir que le esperaba.

Jesus, desconocido de los hombres, errante y peregrino en la tierra ingrata que habia venido á redimir, perseguido por la saña de los poderosos, encontraba abrigo y hospitalidad en la guarida de un miserable bandolero. Estaba de-

cretada tanta humillacion; más tarde las puertas del cielo habian de abrirse para aquel hombre, despues que la fe le hubiese iluminado con sus puros destellos, en recompensa del servicio que prestaba á Aquel cuyo reino *no era de este mundo*<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> No nos atreveríamos á responder de la autenticidad de la tradicion que hemos consignado en este capítulo. Si hay quien nos tache de poco severos en admitir lo que no está consignado de una manera indudable, tenga presente que nuestro objeto no es más que recoger en un libro las leyendas piadosas que, con relacion á la Virgen María, oye referir el viajero en la Tierra Santa.



### CAPÍTULO III.

#### EL DESIERTO.

Apénas los primeros rayos del sol tiñeron con sus rayos de oro las empinadas crestas de las montañas, y ántes de que descendiesen á la llanura, María y José se dispusieron á continuar su peregrinacion.

Dimas insistió en que el patriarca le permitiese acompañarlos hasta las fronteras de Siria; pero pocas reflexiones bastaron para hacerle desistir de su propósito.

El bandido no podia ofrecer seguridad alguna á los Viajeros. Numerosos destacamentos de soldados de Herodes le perseguian; en la frontera era mayor la vigilancia que en ninguna otra parte, para que no sufriesen detrimento las rentas reales, y un encuentro con los herodianos podia abandonar al Niño á la furia de sus perseguidores.

Cuanto más solos, iban indudablemente más seguros; porque nadie habia de tener interes en vigilar ni perseguir á unos Viajeros que caminaban tan pobres y que nada tenian de sospechosos.

Dimas deseó á la Santa Familia todo género de prosperidades hasta llegar al punto donde se prometian residir en



completa seguridad, y los esposos, agradeciéndole en lo íntimo de su corazón la generosa hospitalidad que de él habían recibido, dirigieron al cielo fervientes oraciones para que se dignase derramar la luz de su gracia y conceder el bien del arrepentimiento á aquel hombre que vivía en el crimen, no porque halagase sus inclinaciones, sino porque á él le habían conducido una cadena fatal de infortunios y de imprudencias.

Hacia la mitad del día, y cuando ya el cansancio empezaba á rendirles, un extenso bosque de palmeras les brindó con su fresca y regalada sombra. A la espalda del bosque se extendía Ramla.

Era aquel un paraje donde la naturaleza había derramado todos sus esplendores.

A los piés de los Santos Viajeros se extendía una extensa alfombra de esmeralda, esmaltada con siemprevivas, lirios y anémonas.

La temperatura era ya muy diferente: allí reinaban los ardores del estío, y podían descansar á la fresca sombra de las palmeras, por cuyas espesas ramas no podían penetrar los rayos del sol; gozar de ese viento húmedo y suave que sólo se desliza entre las frondas de los bosques, era una verdadera delicia, y José se apresuró á que de ella disfrutasen María y el Niño.

Saltando de rama en rama un sin número de pintadas aves, formaban con sus alegres y regalados gorjeos un himno sencillo y armonioso, lleno de encanto y de dulzura, con el cual cantaban las alabanzas del Supremo Soberano de cielo y tierra.

Las flores esparcían sus más delicados perfumes; la vista se perdía en un horizonte sin límites, no pudiendo abarcar

todas las bellezas de aquel accidentado paisaje; y no léjos, una fuente de agua pura y cristalina aumentaba el concierto, mezclando con los trinos de aquellas aves de cien colores su murmullo plácido y encantador.

La delicada armonía de la naturaleza, la frescura del ambiente, el regalado olor de los perfumes y la paz que reinaba en torno, adormecieron al Niño.

Pero los Viajeros no podían detenerse en aquella, que bien podía llamarse mansión de felicidad, y después de descansar algunos momentos continuaron su camino.

La piedad cristiana, que conducida por la cruz vencedora recorrió desde un extremo á otro la Palestina, levantando monumentos que eternizasen los recuerdos de nuestra redención, erigió un monasterio en aquel sitio privilegiado, para que también sirviese de descanso y abrigo á los que se sienten fatigados en la larga y penosa peregrinación de la vida.

Las hordas salvajes de árabes y beduinos, que llevan consigo la desolación y el estrago, han pasado por allí: hoy no encuentra el viajero más que un montón de ruinas, y bien puede llamarse afortunado si de labios de algún pastor ó de un árabe que le mira con recelo, puede escuchar la tradición piadosa en el lugar mismo en que se desarrolló aquella escena tan breve como tierna é interesante.

Los peregrinos se encaminaron á Belén.

¿Qué motivo les impulsaba á acercarse á la ciudad en que nació Jesús? Se ignora. ¿No sería fácil que el Niño encontrase la muerte donde se nació su cuna?

¿No era Belén la ciudad nativa de David? ¿No debía nacer en ella el Príncipe que hubiera de sentarse en el trono del rey salmista? ¿No sabían todo esto muy bien los docto-



res de la ley? Y por último, ¿no era muy natural que en Belen fuese la persecucion más cruel, más activa que en ninguna otra parte?

Probablemente José, confiado en la proteccion divina, despreció estas consideraciones, seguro de que no había de encontrar los linderos de la muerte allí donde habia brotado la Fuente de eterna vida.

Un altar erigido por los cristianos da testimonio del tránsito de la Santa Familia, y señala la gruta en que María estaba oculta con su Hijo, miéntras que José procuraba en la ciudad trocar su humilde cabalgadura por un camello, indispensable para cruzar los calcinados arenales del desierto <sup>1</sup>.

En Belen se detuvieron pocas horas, y es probable que desde allí se dirigiesen á alguna ciudad marítima de los filisteos, para unirse á la primera caravana que se encaminase al Egipto <sup>2</sup>.

El invierno tocaba á su término cuando los Santos Viajeros llegaron á las costas de Siria.

Multitud de caminantes se habian agrupado en aquella comarca ansiosos de anticiparse á la estacion primaveral, en que el Simoun produce en las abrasadas y movedizas arenas del desierto tempestades, aun más imponentes y terribles que las del mismo Occéano <sup>3</sup>.

María y José encontraron pronto una caravana, á la cual

<sup>1</sup> Esta gruta se llama de *la leche de la Virgen*, porque asegura la tradicion que, estando María lactando á Jesus, cayeron algunas gotas en la piedra.

<sup>2</sup> Orsini, *Vida de la Santísima Virgen*.

<sup>3</sup> Este viento es muy frecuente durante los cincuenta dias que rodean á los equinoccios. (Volney, *Viaje á Siria*.)



se agregaron. Les hubiera sido imposible arriesgarse solos en aquellos mares de arena.

Habiendo puesto la planta en tierra extranjera, desaparecian la mortal ansiedad y el sobresalto continuo en que les tenia la persecucion de Herodes, aquella horrible persecucion que produjo en pocos dias más de catorce mil víctimas inocentes; pero en cambio se aumentaban las fatigas y padecimientos materiales de aquella larguísima peregrinacion, y nuevos peligros amenazaban cuando apenas se habia conseguido triunfar de los que habian sufrido con la resignacion más santa.

Despues de haber dejado á su espalda á Gaza, y cuando ya no se oia el estruendo de las olas quebrándose en los espesos muros de la ciudad, extendíanse ante la vista de los viajeros inmensas soledades, que parecian no haber sido holladas jamas por la planta humana.

La naturaleza habia perdido todas sus esplendentes galas, y parecia envuelta en un sudario de muerte. Donde quiera que volviesen los ojos sólo veian desnudez y esterilidad. Diríase que la lava hirviente de un volcan habia pasado por aquella comarca reduciendo á cenizas todos los gérmenes de fertilidad y de vida.

El corazon se angustiaba ante aquel cuadro de desolacion y de muerte.

Inmensas sábanas de arena movediza que abrasaban el duro casco de los camellos y amenazaban sepultarlos á cada instante; hondos surcos abiertos en todas direcciones por furioso Simoun, y cuya profundidad era imposible medir porque la ocultaba su movedizo lecho, ofrecian un peligro más real y más grave que las grutas de la Galilea y los precipicios insondables de las montañas del reino de Jerusalem.

El sol derramaba sus rayos abrasadores como una lluvia de fuego sobre aquella tierra calcinada que, herida por los reflejos del cielo, parecía una inmensa hoguera y privaba al espacio de ese hermoso color azul en que ve el viajero su alegría y el símbolo de su esperanza.

Algun arbusto demasiado débil para resistir á los primeros ardores de la primavera, se alzaba solitario y seco sobre un aislado montecillo, como un esqueleto sin tumba en donde reposar tranquilo.

En aquella tierra inhospitalaria no encontraba el viajero ni una palmera á cuya sombra reponerse de la fatiga, ni un camino cierto y conocido, ni un meson donde pasar las noches. Méenos feliz que el navegante, ni aun tenia para abrigo el frágil casco de un buque, y como él estaba condenado á no ver más que la inmensidad del cielo y el mar proceloso que cruzaba, temiendo á cada instante la tempestad sin medios algunos para resistirla.

Despues de una jornada larga y penosa, la caravana solia encontrar un manantial salobre y cuyas aguas enturbiaba el cieno.

Los ricos mercaderes y los esclavos que formaban su comitiva, aplacaban presurosos su sed y la de sus camellos.

Pero cuando tocaba su turno á María y José, cansados, pobres y desvalidos, el manantial estaba ya casi seco y apenas podian humedecer sus abrasados labios con el agua que cabia en el hueco de su mano.

Y aun esto, al fin, era un alivio en medio de tantas penalidades.

Pero no son únicamente las privaciones causa de sufrimiento para los peregrinos que se aventuran en aquellas imponentes soledades.



El desierto guarda traiciones horribles, como si quisiera persuadir á los hombres de que no deben alterar su eterna y desesperante monotonía.

A medida que los viajeros se alejaban de las fronteras de Siria, las fuentes se iban haciendo más difíciles de encontrar, y llegaba á ser la sed un verdadero padecimiento poco ménos que insufrible.

De vez en cuando se distinguía á lo léjos, en el centro de una llanura sin límites cubierta de seductora verdura, un hermoso y trasparente lago en cuya tersa superficie se reflejaban la lozana vejetacion y el más puro azul con que puede seducir la vista el esplendente cielo de los países meridionales.

Prorumpia la caravana en un prolongado grito de alegría, y aceleraba la marcha con la esperanza de desquitarse cumplidamente en aquel vergel, de los tormentos sufridos; pero ¡ay! el desierto parecía interminable; el lago de aguas bienhechoras, que parecía tocarse con la mano, se alejaba de los infelices viajeros que, devorados por la angustia de la sed y embriagando la vista con la perspectiva tentadora del agua, sufrían todos los horrores del suplicio de Tántalo<sup>1</sup>.

En aquel país en que la naturaleza parece haberse complacido en reunir sus más violentos contrastes, á un dia tan ardiente como el que más del estío en las regiones más cálidas, sucede con frecuencia una noche tan fria y tan cruda que recuerda las del polo.

Cuando los últimos rayos del sol se ocultaban en Occi-

---

<sup>1</sup> En el desierto es muy frecuente este fenómeno, llamado espejismo, y más de una vez desesperó á los soldados franceses que componían la expedicion de 1797, á las órdenes de Napoleon Bonaparte.



dente, detenfase la caravana, se aligeraba á los camellos de su pesada carga, y los mercaderes, despues de su comida frugal compuesta de dátiles y leche, tendian sus tiendas de fieltro, y gozando del sueño bajo aquel abrigado techo, esperaban tranquilos á que la luna derramase su luz sobre aquel Occéano de arena, donde todo ruido moria, donde la brisa no encontraba una flor para deslizar un suspiro entre sus hojas.

Los esclavos y los viajeros cuya pobreza no les permitia aquel lujo de comodidad, cubrian el suelo con una estera de juncos ó de hojas de palmera, sin defensa alguna contra la intemperie, y allí descansaban sus fatigados miembros, sin que nada les pusiese al abrigo del soplo helado de la noche.

El Hijo de Dios, su divina Madre y el venerable patriarca, eran acaso los más pobres de la caravana, y ellos sufrían todas estas molestias que parecían demasiado grandes á los mismos esclavos acostumbrados á un trabajo duro y á todo género de privaciones.

Y como si nada de esto fuese bastante, apénas los cansados miembros empezaban á cobrar algun vigor en el descanso, y los párpados se cerraban al suave influjo del sueño, oíase una voz de alarma, y la caravana se disponia á sostener una lucha contra los árabes que llegaban calladamente hasta las mismas tiendas para despojar de sus riquezas, quizas de su vida, á los cansados peregrinos.

Por una parte combatia la codicia, por otra la desesperacion; y el agudo silbido de las flechas, el impaciente resollar de los camellos, los gritos de los combatientes, el ¡ay! desesperado de los heridos y de los moribundos, formaban una armonía salvaje que encontraba en aquella soledad

ecos siniestros; y el horror de aquel combate mantenido en el silencio de la noche, al débil y vago resplandor de las estrellas, era un espectáculo terrible, cuyo horror amenazaba con la muerte á los débiles y á los tímidos.

Júzguese del terror de María: sus brazos eran el único escudo que podía oponer al furor de aquellas hordas salvajes para defender á su Hijo, y sus lágrimas y sus súplicas su única esperanza; porque el Dios que todo lo ve, y juzga los más ocultos sentimientos del corazón, no podía abandonarla en tan suprema angustia.

«Sin embargo, la tierna Virgen sabia muy bien que su Jesus amado podía morir como el último de los hijos de los hombres»<sup>1</sup>.

Restablecida la calma despues del combate, ó cuando la luna empezaba á derramar por la tierra su pálida luz, volvía á ponerse en movimiento la caravana, y tornaban las molestias y la fatiga, los temores y sobresaltos sufridos ya en el dia anterior, y previstos hasta en sus menores detalles para el dia siguiente.

Al fin se vió con inmensa alegría que tocaban á su término los abrasados arenales en que el viajero encuentra un peligro á cada paso. Egipto se extendía á la vista de los caminantes con sus espléndidos monumentos de granito, sus obeliscos de piedra rojiza y sus templos con cúpulas de bruñido acero, sus pirámides inmortales, y su venerable rio surcado por centenares de barquichuelos, y en cuyas orillas se mecían voluptuosos los mimbres y las cañas.

Hermosa era aquella tierra en sí misma, y más hermosa aun comparada con la árida y estéril que acababan de re-

<sup>1</sup> Orsini, obra citada.



correr; pero ¡ay! era también la tierra del destierro, y María y José volvieron sus ojos al otro lado del desierto para despedirse por última vez de aquella querida Judea, en donde se habían quedado sus corazones, de aquel país cuya esplendente hermosura no había podido marchitar el sople devastador de la tiranía, ni envilecer el yugo afrentoso de la esclavitud.

Los Fugitivos tuvieron que andar aun muchísimas leguas para llegar á Heliópolis, cuna del gran caudillo y legislador Moisés, donde el pueblo israelita había logrado fundar una colonia, y donde por lo tanto, en cierto modo, podían los Proscritos considerarse como en su propia patria, porque no dejarían de encontrar en los judíos afecto y protección.

El verdadero Dios, el Jehová de los israelitas, tenía en Heliópolis su templo y su culto; Onías había hecho construir en otro tiempo aquel lugar sagrado, acomodándose en todo lo posible al plano de la santa casa obra de Salomón.

Los adornos de este templo, levantado como puerto de salvación en una tierra extranjera, pero hospitalaria, rivalizaban en gusto y magnificencia con los que hacían célebre en el mundo el de Jerusalén; mas era infinitamente inferior, porque allí no estaba depositada el arca de la Alianza; y para testimonio de esta inferioridad, una maciza lámpara de oro, pendiente de la gigantesca bóveda, hacía las veces del magnífico candelabro de los siete brazos que ostentaba su augusta magnificencia en el templo de Salomón.

Los árabes del Yémen establecidos en las orillas del Nilo, habían perdido gradualmente la idea del verdadero Dios, del Dios que confesaba Abraham, y su culto era una amalgama horrible de bárbaras idolatrías.

Los ídolos más extravagantes, las creencias más absur-



das constituían la religion de aquellos árabes infelices, que no satisfechos con las repugnantes creaciones de su fantasía, tributaban honores divinos á objetos cuya naturaleza y cuya forma eran ménos á propósito para hacer concebir la idea de la Divinidad.

Una palmera adoraban los de la tribu de Khozua, y una roca los Beni-Thekif.

El árbol gigantesco llamado zataronat, recibia culto de los Zoreisch, y las demas tribus se habian abandonado á extravagancias semejantes.

Los persas, que llevaban mucho más alto su idolatría, puesto que adoraban al sol, distinguian á los árabes desdenosamente con el calificativo de adoradores de las piedras.

Crece en la tierra fecunda y siempre ardorosa de la Arabia un árbol, de la especie de la sensitiva, que pliega sus hojas amorosamente al acercársele un hombre, como si de esta manera tierna y poética quisiera convidarle con la apacible frescura de su sombra.

Los árabes le dan el nombre de árbol hospitalario, y lo veneran hasta el punto de que no permiten arrancar una sola hoja, porque este acto lo consideran como execrable profanacion.

En las cercanías de Heliópolis se alzaba uno de esos árboles gigantes, rodeado del respeto de las diferentes tribus que vagaban por los contornos de la ciudad.

Al acercase á él la Santa Familia, plegó con lentitud y gracia su espeso ramaje, como en señal de sumision y respeto al verdadero Rey de la naturaleza, que María llevaba en sus brazos.

Pero aun mayores prodigios estaban reservados para que

el Hijo de Dios entrase en Heliópolis con señales exteriores de su grandeza suprema.

Cuando los divinos Viajeros pasaban por debajo de la bóveda de granito que formaba la puerta principal de la ciudad, los ídolos del templo inmediato cayeron de los altares hundiéndose sus frentes en la tierra<sup>1</sup>.

Breves momentos se detuvieron los Viajeros en la populosa y rica ciudad de Heliópolis, la de las cúpulas de bruñido acero, y sin tomarse más tiempo que el necesario para descansar algun tanto de las fatigas del día, se dirigieron á Matarich, donde habian de encontrar la calma y el reposo apetecidos como en el término de tan larga, molesta y peligrosa peregrinacion.

Era Matarich un pueblo pequeño, rodeado de sicomoros que le prestaban agradable sombra, y famoso en todo el Egipto, porque en sus cercanías brotaba la única fuente de agua dulce que se encuentra en aquella dilatada comarca.

Allí logró la Santa Familia respirar en paz, sin temor alguno á la persecucion de Herodes, que continuaba haciendo en Judea numerosas víctimas.

Pero si pobres eran en su país, ¿qué no serian en una tierra extranjera, aunque más hospitalaria que la propia?

Los Proscriptos se alojaron en una habitacion humilde y reducida, oculta entre los sicomoros como un nido de palomas.

Los peregrinos europeos que buscan piadosas tradiciones en los países orientales, aun encuentran despues de diez y ocho siglos, por decirlo así, las huellas de la Santa Familia.

---

<sup>1</sup> Este milagro está acreditado por Paladio, Sozomeno, San Buenaventura y otros escritores piadosos.



Los descendientes de los Faraones señalan todavía multitud de objetos que á los ojos del piadoso viajero tienen un valor y un encanto inapreciables.

La fe cristiana, que iba reconociendo lugares santificados con la presencia de Jesus y de su Madre, para consagrarlos en templos, erigió uno en el solar de la casa que habitó la Santa Familia. El fanatismo árabe trocó el templo en mezquita; el soplo helado de la indiferencia pasó por allí y dispersó los escombros de uno y otro monumento; pero la tradición, más permanente que la obra de los hombres, ha resistido al tiempo y ha triunfado de la general ruina.

El árabe que con glacial indiferencia fuma hoy su pipa á la sombra de los sicomoros, miéntras su corcel, rival del viento en la carrera, paca la menuda yerba, señala los vestigios que aun hablan de la residencia de la Santa Familia en Matarich.

Él nos contaría la sencilla leyenda de la fuente que aun lleva el nombre de la Vírgen, y cuyas aguas devuelven la salud á los peregrinos europeos y asiáticos que van á beberlas animados por la fuerza misteriosa de la fe.

El hijo del desierto nos diría que la Vírgen Madre, al llegar á este lugar despues de haber cruzado las comarcas arenosas, puso á Jesus en tierra sobre un lecho de hojas y de flores, y vagó inútilmente por el campo buscando agua, que es el sumo bien de la vida, y que no habiéndola encontrado, volvió muy triste á reunirse con su divino Hijo.

Nos contaría tambien que compadecido el Niño de la aflicción de la Madre, hirió la arena con sus talones, y como en otro tiempo de la roca al golpe de la vara de Moisés, brotó una fuente de agua dulce y cristalina, trocando así en alegría la tristeza de su Madre.



Y añadiré para completar la poesía de esta sencilla leyenda, que María volvió á recostar al Niño, y lavando sus ropas en aquel agua que habia brotado milagrosamente, la tendió á secar en la tierra, y las gotas que de ella se desprendian, fecundizando la arena, hacian nacer otros tantos arbustos de los que producen el bálsamo.

No léjos de la fuente, el árabe señalará un pequeño cercado cuyo campo está plantado de árboles, nos hará penetrar en él y hará que nos detengamos delante de un secular sicomoro, diciéndonos:

— Hé aquí el árbol de Jesus y María.

A la sombra de aquel árbol solia sentarse la Virgen, teniendo á Jesus sobre sus rodillas para gozar de las más puras delicias maternas.

Pero no deis entero crédito al árabe depositario de la piadosa tradicion.

El sicomoro que se ofrece á nuestra vista no es más que un retoño del primitivo.

El árbol que prestó su sombra al Hijo de Dios y á la Emperatriz de los cielos, cayó de vejez en el año de 1056,<sup>1</sup> y los restos fueron conservados largos años en el convento de franciscanos del Cairo.

No busqueis en el tronco de este sicomoro venerable el nombre de ninguno de los muchos peregrinos ilustres que han visitado aquel lugar.

Quizas el único que se atrevió á grabarlo fué el general Kleber, despues de su victoria de Heliópolis. Más tarde, ó lo ha cubierto la corteza del árbol, ó lo ha borrado una mano envidiosa ó demasiado reverente.

<sup>1</sup> Vansleb, cura de Fontainebleau.

El oro que los príncipes magos habían ofrecido á Jesus, siguiendo la costumbre admitida en casi todos los pueblos de Oriente, había sido para dar un testimonio de que reconocían la soberanía del recién nacido, pero no en cantidad bastante para enriquecerlo. Estaba, pues, agotado.

La tierra de Egipto ofrecía á la Virgen completa seguridad para no temer la saña de los perseguidores de su Hijo; pero aquella ilustre Descendiente de David que tantas preferencias había merecido á Jehová, después de haber llevado una vida humilde y laboriosa, y de haber sufrido los sobresaltos propios del peligro que la amenazaba en Judea, y las molestias y privaciones consecuencia de su precipitada fuga, que debieron ser terribles para una naturaleza tan delicada, debía conocer también todos los horrores de la miseria.

Los egipcios, divididos en corporaciones populares y hereditarias, y henchidos de ese orgullo que es característico en casi todas las razas de Oriente, miraban con desprecio á los extranjeros.

Para un hombre extranjero y además anciano, como José, debía ser muy difícil la resolución del problema de la vida en una sociedad de tal manera organizada.

El padre adoptivo de Jesus tuvo que entrar en la condición de humilde jornalero; y la Nieta de cien reyes velaba una parte de la noche, consagrándola al trabajo, para ayudar al escaso salario de su esposo.

¿Y lograban de este modo no carecer nunca de lo necesario? El corazón se desgarró con esta frase de Landolfo de Sajonia:

«Con frecuencia el Niño Jesus, acosado por el hambre, pidió pan á su Madre, que no podía ofrecerle otra cosa que sus lágrimas.»



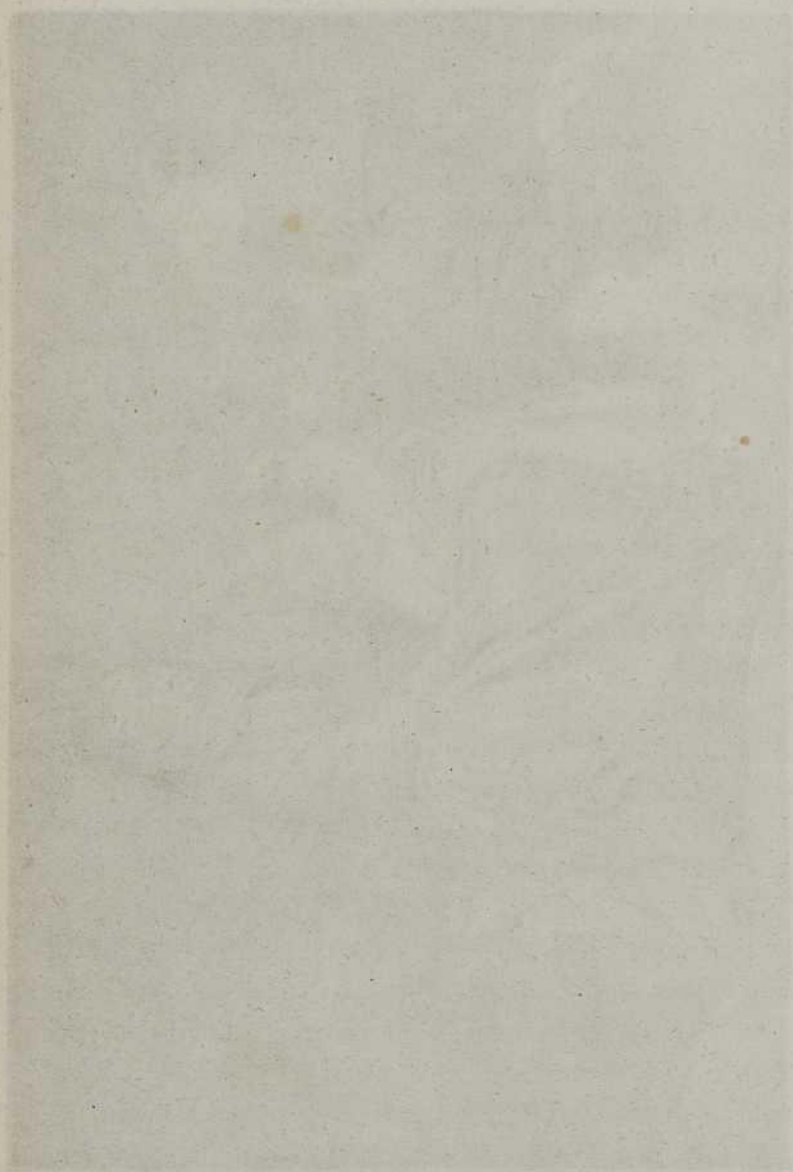
— LA ESTRELLA DE NAZARÉTH. —



SACRA FAMILIA.

Lit. N. Gonzalez, Madrid





## CAPÍTULO IV.

## MUERTE DE HERODES.

Las vidas de tantos inocentes, sacrificados con crueldad inaudita á una ambicion insensata, tenia que caer gota á gota sobre el bárbaro príncipe que habia decretado el exterminio.

En vano el hombre, por poderoso que sea, intenta oponerse á la voluntad de Dios: sus medios más eficaces se truecan en inútiles; la prevision más exquisita no puede abarcar todos los inconvenientes; y lo más inesperado, lo que parecia absurdo, si una voz profética lo anunciase, lo que nos haria reir si se nos presentara como obstáculo poderoso contra los caprichos de nuestra voluntad, es frecuentemente lo que da en tierra con los poderes más robustos y los planes mejor organizados.

Si el hombre recordase que nada puede contra esa fuerza misteriosa y verdaderamente incontrastable que unos llaman destino, y otros con mejor criterio Providencia; si cuando se siente desvanecido por el orgullo pensase que la vida es un hilo frágil que la más pequeña cuchilla basta á cortar, arista que arrebatara el soplo más leve, ¡qué poco

confiaría en los esfuerzos de su voluntad, que cree omnipotente, mientras se deja seducir por sus engañadoras promesas!

Ya hemos visto que toda la autoridad, toda la prevision de Herodes, todo el celo con que le servian los miserables agentes de su bárbara ambicion, toda la ferocidad desplegada en las ciudades, en las aldeas y en los campos sobre inocentes víctimas que ninguna resistencia podian oponer al cuchillo de sus verdugos; toda la vigilancia desplegada en las fronteras para impedir que las madres comprasen la vida de sus hijos comiendo el pan amargo de la emigracion, no fueron bastantes á impedir que el Hijo de Dios encontrase en Egipto tranquila y segura residencia, quedando burlado el bárbaro decreto de Herodes, y siendo inútil tanta y tan preciosa sangre derramada sobre aquella tierra que ya habian regado suficientemente para esterilizarla las lágrimas de mujeres cautivas, y el sudor de los hombres esclavos.

Pero no podia quedar impune aquel crimen, destinado por su enormidad á llenar de horror á las generaciones futuras.

No bastaba con que el nombre del primer Herodes fuese execrado hasta la consumacion de los siglos.

Era necesario, como hemos dicho, que la sangre derramada por la inocencia cayese gota á gota sobre la frente del criminal, y resbalase hasta su corazon como una lluvia de plomo derretido.

Las primeras noticias que recibió Herodes de haberse cumplido su terrible decreto, le sorprendieron en el lecho del dolor, en aquel lecho que más funesto aun que el de Procusto, habia de arrebatar á la tumba el espantoso trabajo de descomponer la materia.



El hombre que todo lo habia sacrificado á su grandeza personal, al brillo y seguridad de su corona, habia de tocar en vida los límites más repugnantes de la miseria, viendo por sus propios ojos lo que es esta humanidad despues que el espíritu ha roto los lazos que le encadenaban á la materia.

¡Espantoso castigo! ¿Qué tormento por horrible que sea podrá compararse con él? Los hombres, en el mayor refinamiento de la crueldad, no han podido imaginar nada que se le aproxime.

La enfermedad que lentamente devoraba al tetrarca de Jerusalem cuando le vimos encaminarse á Jericó para recobrar la salud, respirando el aire puro y embalsamado de sus pintorescos jardines, era el veneno que paulatinamente le iba corroyendo las entrañas hasta dejárselas reducidas á pavesas.

Postrado está en el lecho Herodes el Grande, Herodes el poderoso, Herodes el rey, el altivo señor de tantos vasallos, el dueño de tantos tesoros, aquel cuyo capricho era ley, aquel cuya voluntad acataba un pueblo de míseros esclavos, aquel, en fin, que, si comunicaba á sus ojos una centella de la ira y el despecho que ardian incesantemente en su corazón, hacia temblar á todos sus súbditos, desde su palacio de Jerusalem hasta los últimos confines de la Galilea.

¿Qué quedaba ya de aquel orgullo que le habia obligado á mantener con el pueblo judío una lucha titánica? Postrado estaba Herodes en el lecho de muerte, devorado por los dolores físicos, más devorado aun por los remordimientos de una vida entera consagrada á la satisfaccion de torpes apetitos; y no tenia á su lado una voz amiga que le consolase, un corazón sensible que le compadeciese.

Sus órdenes eran cumplidas con prontitud, pero no con amor; el miedo inspiraba aquella diligencia; el moribundo rey podia aun dictar una sentencia de muerte, y nadie creia tener su cabeza segura sobre los hombros.

Los que más le habian adulado en los dias de su grandeza, acaso los que con sus torpes lisonjas habian contribuido más á lanzarle en la odiosa senda de la tiranía y de los crímenes, eran los que ménos podian disimular su impaciencia, su repugnancia y su ardiente deseo de verse libres de una vez para siempre de aquel odioso tirano.

Entretanto el pueblo se agrupaba á las puertas del palacio de Herodes é inquiria con afan noticias de la salud del rey; pero no con ese amor que obliga al vasallo á ver en su soberano un segundo padre, sino para poder calcular con la exactitud posible cuándo sonaria la hora feliz en que se viese libre de la tiranía bajo cuyo yugo habia gemido.

La impaciencia porque este suceso se realizara era causa de que más de una vez se diese por realizado, y entónces aquella apiñada multitud prorumpia unánime en un grito de satisfaccion que llegaba á los oidos de Herodes como un nuevo tormento, más agudo que todos cuantos sufria, porque le daba á entender cuál era la oracion fúnebre que el pueblo judío se disponia á pronunciar sobre su tumba.

Llegaba ya á su término, y de una manera fatal é inevitable, el duelo que habia mantenido contra aquel pueblo de dura condicion, que aun doblando el cuello á la fuerza nunca se habia resignado con el yugo que se le imponia, ni nunca dejó de considerar á su rey más que como á un miserable esclavo del imperio romano, á quien para mayor escarnio se le vestia de púrpura y se le ponía en la frente una corona.



El duelo llegaba á su término, y á Herodes le tocaba sucumbir.

Verdad era que el pueblo judío habia pagado su tenacidad con torrentes de sangre; pero verdad era tambien que al darle el triunfo la suerte, se vengaba de su adversario con el sarcasmo y el insulto.

La enfermedad continuaba en tanto sus horribles progresos.

Llegó á un estado que ya no le permitia á Herodes fijarse en nada de cuanto acontecia á su alrededor.

La putrefaccion habia empezado en su cuerpo ántes de que lo abandonara el espíritu; un sin número de gusanos se alimentaban de su carne, y con sus mordeduras le producian dolores espantosos; su lecho exhalaba un olor tan fétido, que ni aun él mismo podia tolerarlo, y con frecuencia le causaba letargos profundos que parecian la misma muerte; pero aun no habia terminado su suplicio, y con la razon volvian sus crueles torcedores.

Momentos hubo en que, no pudiendo sufrirlos, pidió á sus cortesanos como la mayor gracia, que le librasen de una vida tan miserable; pero nadie se atrevió á poner sobre Herodes su mano regicida, ó mejor dicho, nadie se compadeció de él para darle el descanso que apetecia.

Su cuerpo estaba helado, y sin embargo, un calor intenso é insoportable le devoraba en lo interior, produciéndole una sed hidrofóbica y una hambre tan violenta que con nada se satisfacía; tenia el vientre lleno de úlceras; el estómago tambien llagado, de modo que no podia digerir, y eran tan horribles sus dolores, que jamas criminal alguno sufrió un suplicio tan cruel.

Así terminó sus dias aquel príncipe orgulloso, cuya cruel-



dad eclipsaba la fama de muchos que se han distinguido por su feroz tiranía<sup>1</sup>.

Algunos historiadores suponen que entre el decreto mandando la degollacion de los inocentes y la muerte de Herodes, no medió más espacio que el de dos meses; pero nosotros no acertamos á armonizar esta opinion con el hecho casi probado de que la Santa Familia residió en el destierro de Egipto por espacio de siete años.

No es probable que Arquelao, que sucedió á su padre en el trono de Jerusalem, hubiese mantenido la bárbara determinacion que ha derramado tanta ignominia sobre el nombre de Herodes. Los príncipes que más odiosos se han hecho por su tiranía, han sido benignos por lo ménos en los primeros dias de su reinado.

Si el único enemigo de Jesus era Herodes, y ese enemigo habia de perecer casi dentro del tiempo que la Santa Familia necesitaba para llegar á Egipto, ¿cómo se explica que hasta siete años despues no decretase Dios la vuelta de su Hijo á la tierra de Judea?

Pero ni nos corresponde, ni es nuestro ánimo dilucidar este punto de la vida íntima de María, oscuro como tantos otros.

José dormia; el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

— Levántate, ¡oh José! toma al Niño en tus brazos, y vuelve con Él y su Madre á vivir entre los israelitas. Ya no existen los que buscaban al Niño para darle muerte.

José cumplió con la orden que recibió del cielo, y la Santa Familia volvió á emprender aquel lento y trabajoso ca-

---

<sup>1</sup> Josefo, *De Bello Judaico*.

mino en que ántes de ahora la hemos acompañado casi jornada á jornada.

Al llegar á Judea supieron que Arquelao reinaba en Jerusalem, y temiendo José que el hijo hubiese heredado el rencor del padre, tuvo recelo de entrar en aquel país, y con nuevo aviso del cielo se retiró á la baja Galilea.

Despues de siete años de ausencia volvieron los Fugitivos á su humilde morada de Nazareth, donde debian estallar nuevas tempestades.

Era preciso que se cumpliese lo que, respecto al Salvador, se habia anunciado en las profecías; debia ser llamado el Nazareno, aunque no habia nacido en Nazareth.

¿Se extendió la proteccion del cielo á algun otro inocente para que no fuese comprendido en el inhumano decreto de Herodes? ¿Quién lo duda?

Algunos meses ántes, Elisabeth, la prima de la Virgen, la esposa del príncipe de los sacerdotes, Zacarías, habia dado á luz un niño.

Era Juan, y traia tambien al mundo una mision divina: venia á preparar con sus predicaciones la grande obra de nuestra redencion; venia á ser el precursor del Cristo.

Juan Bautista tampoco podia ser víctima de la ferocidad de Herodes, por más que otro príncipe de este mismo nombre debiera conducirle más tarde al martirio.

---

...en el punto de vista de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...

...de la...



---

## LIBRO QUINTO.

### EL REGRESO Á LA PATRIA.

---

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### NAZARETH.

Nada más alegre que la tierra extranjera cuando á ella nos conduce el capricho, el afan de admirar la naturaleza bajo un punto de vista completamente nuevo, el deseo de contemplar monumentos de los cuales sólo tenemos noticia por el relato de los peregrinos, ó el placer de estudiar costumbres ajenas de todo punto á las de nuestra patria; pero nada hay tampoco tan triste como esa misma tierra extranjera, cuando á ella nos conduce la proscripción.

Entónces la vista, al esparcirse ó extenderse por los horizontes, busca en vano bellezas que contemplar; parece que la naturaleza, desnuda de todo encanto, no posee otro lenguaje que el de la melancolía; la brillante bóveda del firmamento se despoja de su esplendidez, y parece que por momentos ha de ir uniéndose á la tierra, hasta privarnos del aire respirable y oprimirnos el corazon.

Nada nos habla allí de los alegres tiempos de nuestra infancia, de aquellos tiempos felices en que escudada el alma

con su velo de virginal pureza, era ajena á ese temor, á esas vagas inquietudes que forman la cadena misteriosa de la vida, y gozaba alegre en la inocencia de los juegos infantiles.

Nada hay que nos hable del hogar en que hemos nacido, de la tumba que guarda las cenizas de nuestros padres y que espera el día en que haya de abrirse para recibir las nuestras, brindándonos con eterno reposo.

Nada hay, en fin, que nos hable de las personas á quienes amamos, y que nos han amado también.

Alejados de aquellas ocupaciones, privados de aquellas costumbres que formaban el gozo y el encanto de nuestra existencia, la vida del destierro es una especie de marasmo, cuyo despertar siempre parece trabajoso y lejano.

Los objetos, las personas, las afecciones, embellecidos y sublimados por la privación y la distancia, adquieren un valor inapreciable, y todas las felicidades del mundo no valen tanto para el proscrito como la idea de volver á su patria.

¡Y cuán amargo es el pan que se come en el destierro! Hiel deja en los labios y ponzoña en el corazón; como que está amasado con las lágrimas, y lo hacen amargo la tristeza y el recuerdo.

Pero llega un día en que una mano generosa revoca la sentencia de proscripción. ¡Qué alegría para el proscrito! Sólo pueden comprenderla aquellos que hayan pasado largos años en la lóbreguez de un calabozo, y de pronto se vean restituidos á la libertad, al aire, á la luz.

De esa alegría disfrutaron María y José, cuando el ángel del Señor les permitió el regreso á su pobre y amada Galilea.



Lento, penoso, erizado de peligros, de inquietudes y de privaciones, habia sido el camino que los condujo á la patria de Moisés, al reino de los Faraones; ¿pero qué distancia no acorta, qué obstáculos no vence, qué escollos no allana el desterrado que se dispone volver á sus lares?

Cierto que iban á poner su planta en una tierra regada copiosamente con sangre de inocentes víctimas; pero aunque cubierta de horror y de luto, aquella era la tierra en que habian nacido, en donde se habian deslizado sus años juveniles, en donde habian gozado las breves aunque puras alegrías de su borrascosa existencia.

Cuando despues de muchos dias de viaje, durante los cuales la ansiedad parecia que les daba alas, María y José vieron arrimada al pintoresco anfiteatro de Nazareth, como un nido de cándidas palomas profanado por la mano del cazador, aquella morada humilde en que se habian realizado tan altos misterios, lágrimas de emocion bañaron el semblante de los Santos Esposos.

Quisieron saludarla como á una antigua amiga, pero la voz espiró en sus gargantas, porque las grandes alegrías no se pueden expresar en el lenguaje humano.

José cayó de rodillas, y levantando su frente y su pensamiento al cielo, dió gracias á Jehová, que le permitia volver á la tierra en que reposaban sus mayores, y buscar en ella el sepulcro á que ya le iban acercando sus años.

María adoró tambien la voluntad de Dios, y Jesus parecia impetrar la bendicion de su Padre para aquellos mortales que le prodigaban su proteccion y su cariño.

La alegría que produjo el aspecto de la tierra natal y de la casa en que habian vivido modestos y dichosos, aunque se aumentó con las sinceras felicitaciones de amigos y pa-



rientes que se apresuraban á darles la bienvenida, no tardó en trocarse en amargo desconsuelo.

No faltaron motivos para aquel cambio.

Siete años de abandono habian reducido la casa casi al estado de completa ruina: en el techo crecia el jaramago, y las agrietadas paredes no ofrecian defensa contra el viento del invierno, ni contra las lluvias que en toda Galilea son tan copiosas y tan frecuentes durante la estacion más cruda<sup>1</sup>.

El pavimento, destrozado, abria ancho paso á la humedad, y habia dejado crecer la grama; la celda en que habia encarnado el Verbo Divino, servia de nido á una bandada de palomas silvestres; el pequeño huerto estaba cubierto de plantas parásitas, y las zarzas extendian en todas direcciones sus brazos cubiertos de espinas.

La falta de su dueño habia impreso en aquel modesto edificio cierto sello de desolacion; diríase que habia sucumbido por no poder resistir al enorme peso del abandono.

La primera diligencia de José fué procurar el modo de reparar su antigua morada, al ménos en aquellas partes donde la necesidad era más urgente.

Los muebles, ó estaban tambien destruidos por el tiempo, ó los habia robado una mano alevosa; tambien era preciso repararlos.

El viaje de regreso habia impuesto á aquella Familia sacrificios superiores á su fortuna. Forzoso era pagar y atender á los gastos indispensables de reinstalacion.

Es probable que José y María se viesen obligados á vender su corta herencia paterna.

---

<sup>1</sup> Volney, *Viaje á Siria*.

No les quedaba en el mundo otra cosa que su fe ardiente en la proteccion del cielo, su trabajo personal y su casa de Nazareth casi completamente arruinada.

Situacion tan triste no logró abatir aquellos espíritus privilegiados.

José tomó el hacha del carpintero, y recorrió los pueblos inmediatos buscando ocupacion honrosa.

Pero son débiles las fuerzas de la ancianidad, y Jesus, aunque muy niño, no quiso abandonar á su padre adoptivo toda la parte dura del trabajo que iba á imponerse, y le secundó con sus propias manos en una tarea superior á sus fuerzas infantiles.

Él ayudaba á su padre á fabricar coyundas y carros, ó á derribar leña en los montes. Nosotros, registrando los tesoros que la historia ha abandonado al polvo de las bibliotecas, no dejaríamos de encontrar en los libros de algun autor antiguo la noticia de que en sus tiempos adoraban los fieles las coyundas que el Salvador ayudó á fabricar con sus propias manos<sup>4</sup>.

Tampoco faltó á María el trabajo proporcionado á su sexo.

Los esfuerzos, las privaciones y las vigias proveyeron bien pronto á las primeras necesidades, y volvieron á aquella casa el bienestar que parecia perdido por largo tiempo.

No podemos descorrer el velo que oculta á nuestros ojos la vida interior de aquella Santa Familia, que ha sido apelidada la Trinidad de la tierra.

Misteriosa es, como lo son todavía las fuentes del Nilo, ó como lo era en aquellos tiempos el Santo de los Santos, rodeado siempre de impenetrable nube de incienso.

---

<sup>4</sup> San Justino. — Godescardo, *Vida de la Santa Virgen.*



Un estudio detenido del Evangelio nos puede conducir, por lo que revela, á adivinar una parte de lo mucho que desgraciadamente se ignora.

Desde luego se comprende que la principal ocupacion de María debió ser el exacto cumplimiento de sus deberes de madre, no sólo en aquellos cuidados materiales que reclama la infancia, sino tambien en la obra sublime de formar el tierno corazon de su Hijo con las lecciones y el ejemplo.

Sin duda que Jesus, como Fuente de toda sabiduría, no necesitaba aquella enseñanza como los hijos de los hombres; pero es necesario tener en cuenta que su naturaleza divina estaba como velada, y debia aparecer á los ojos del mundo desnuda de sus singulares privilegios.

A Dios plugo que su Hijo se manifestase semejante en todo á los demas hombres, y por eso no desdeñó en su primera infancia las lecciones que de su Madre recibia.

Aquella piadosa Matrona le hablaba de Dios en ese lenguaje tierno y sencillo que tan perfectamente se acomoda á las inteligencias infantiles.

Decíale, que como Fuente de todo amor, á Él debia volverse de continuo su pensamiento, y cifrar en Él sus afecciones más caras, teniéndole en más veneracion y estima que á la Mujer que le habia llevado en su seno; que era su Dios y su Padre, es decir, lo más digno de ser respetado y amado por un corazon puro y noble.

Estas palabras, pronunciadas con el acento de ternura que sólo poseen los labios de una madre, caian sobre el alma de Jesus como las benéficas gotas del rocío sobre las flores.

Cuando el Niño creció y su lengua pudo articular el lenguaje de los hombres, María le cantaba, para hacérselos



aprender, los himnos que la piedad israelita consagraba á las alabanzas del Supremo Creador de la naturaleza<sup>1</sup>.

Pero no debia limitarse la Vírgen á instruir á Jesus en los deberes religiosos que le imponia la voluntad que tuvo de descender al mundo y tomar carne humana.

Aquella Mujer, modelo de perfecciones y de virtudes, no podia descuidar los consejos con que toda madre prudente perfecciona la educacion de su hijo, para hacerle amable y amado de los hombres en cuya compañía debe vivir.

Tomando por guia los preceptos del Decálogo, ley perfecta para todos los tiempos, pueblos y civilizaciones, María debió esforzarse por hacer comprensibles á la naciente inteligencia de Jesus, aquellas sublimes máximas que encierra todos los derechos y todos los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes.

Respetables teólogos pretenden que Jesus no recibió más educacion que la de su Madre.

Los judíos intentan despojar á María de esta gloria, suponiendo que continuó la enseñanza del niño Jesus un rabino llamado Josué, hijo de Perachia y discípulo de Akiva, que por aquel tiempo se consagraba en Nazareth á la enseñanza de la juventud; pero esta afirmacion es evidentemente falsa.

Los judíos no tenian organizada la instruccion pública, sino de un modo muy imperfecto, y en general los mismos padres se dedicaban á la educacion de sus hijos.

Ademas, Akiva, á quien suponen maestro del instructor de Jesus, si bien efectivamente fué muy célebre por su cien-

---

<sup>1</sup> Gibieuf, *Grandezas de la Virgen*.

cia en toda la Judea, no floreció hasta el imperio de Adriano, ó sea cien años despues de la muerte de Jesucristo.

Tampoco debe perderse de vista que la humilde posicion social que ocupaba el pobre y desvalido carpintero de Nazareth, no le permitia dar á su Hijo adoptivo la misma educacion que si hubiera nacido celador ó tradicionalista.

María, por su parte, como educada en el templo, estaba tan instruida como la mujer más principal de la raza hebrea, y es por lo tanto de creer que bastase para dar á su Hijo una educacion, si no perfecta, por lo ménos muy superior á la clase humilde en que habia nacido, y que no imponia sacrificio alguno á la extremada pobreza de la Familia.

Esta opinion nuestra no sólo está apoyada por la de muchos graves autores, sino que tambien se justifica con la que Jesus mereció siempre á los judíos.

Estos le miraban como á un Joven ajeno á los estudios literarios<sup>1</sup>.

Cuán poco de comun tenia la educacion de Jesus con la sofisticada y extraviada que se recibia en las sinagogas, está confirmado en el hecho de que siempre le merecieron amarguras y tremendas censuras las doctrinas de aquellos doctores.

Examinando este mismo punto dice el abate Orsini:

«Aquel que venia á cambiar las creencias de todo el mundo, nada tenia que aprender de los hombres, y no podia ser más que su propia obra; era un Vástago vigoroso que respiraba el aire libre por todos sus poros, y no recibia otra sávia que el rocío del cielo. El Cristo creció á la manera de los cedros, no tomando su gracia y majestad sino de la misma naturaleza. En efecto, la naturaleza era su libro, y en él

---

<sup>1</sup> Evangelio de San Juan.



encontró siempre la inspiracion para aquella moral persuasiva y aquellas sublimes parábolas.»

El alma de Jesús era por necesidad elevada y meditabunda; su espíritu buscaba espacios inmensos para desarrollarse.

Cuando cerraba la noche, esas noches tan bellas y apacibles de la tierra de Promision, ántes de descansar del trabajo rudo y continuo que durante el dia le ocupaba todos los instantes, Jesus, convirtiéndose en legislador y profeta, elevaba su pensamiento hasta la altura de los astros.

Subia al terrado de su modesta casa, y rodeado de la soledad y del silencio, en presencia de aquel Dios de quien era Enviado, Hijo é igual, derramando su vista por las vecinas montañas, por la dilatada planicie de los valles y por los espesos y sombríos bosques de la tierra de Cãnaan, se comunicaba con el Creador de tantas maravillas, sin otro intérprete que su mismo pensamiento.

Jamas le interrumpió María en aquellas misteriosas contemplaciones, de donde brotaron, como de fuente de eterna ventura, los graves é imponentes episodios de la redencion humana.

Contemplábale desde léjos, sin atreverse á turbar aquel silencio augusto. Ella comprendia todos los pensamientos que cruzaban por la imaginacion de su Hijo; no ignoraba que en aquellos instantes supremos Jesus medía toda la extension del abismo que los hombres habian abierto á sus piés, y meditaba sobre la necesidad de salvarlo por medio del más generoso sacrificio.

Entónces María tornaba sus ojos al porvenir, y abarcando la gloria inmensa que á su Hijo le estaba reservada, veia restablecida la alianza perdida en hora funesta, y al Me-



sías tremolando su vencedor estandarte sobre todos los pueblos en que se divide el mundo, y convirtiendo en hermanos amorosos á los que más divididos estaban por las preocupaciones, las costumbres, las distancias, los climas y los intereses.

Pero ¡ay! que no tardaba en resonar en sus oídos la funesta profecía de Simeon, como un grito desgarrador de la muerte, y la sangre se le helaba en las venas, y lágrimas de amargura rodaban por el purísimo semblante de la Madre.

Sus sentimientos religiosos, el convencimiento que tenía de la misión que había traído al mundo su Hijo, le gritaban dentro del corazón: «La humanidad necesita ese cruento sacrificio; tu Hijo debe morir para salvar á los hombres».

En estos momentos, María experimentaba más ardiente que nunca la necesidad de contemplar á Jesús desde cerca, se sentía codiciosa de disfrutar todos los instantes de aquella vida destinada al más grande y más heroico sacrificio, y dejando el humilde trabajo á que la obligaba su indigencia, subía al terrado para tranquilizar sus temores y mitigar su angustia con un abrazo maternal, expresión elocuente de su inmenso cariño.

Al sentirla llegar salía Jesús de su muda contemplación; sus ojos, que estaban fijos en la inmensa bóveda celeste, se bajaban á la tierra, como si de la mansión sublime de su Padre descendiese al mundo.

Una idea magnífica que la humanidad nunca habría comprendido, si Dios mismo no se la hubiera revelado, la idea de nuestra redención, con todos los martirios, todas las agonías, toda la ingratitud que estaban ocultas en el porvenir, trazaba un surco sombrío en aquella frente serena, ligera nube que se desvanecía en presencia de la Madre, dejando

lucir en todo su esplendor la amable inocencia y el candor ingenuo de un niño.

María tambien relegaba al fondo de su corazon los temores que tanto la atormentaban; y con la solitud propia de aquel amor maternal tan perfecto, aconsejaba á su Hijo el reposo despues de tan larga vigilia, y del penoso trabajo á que durante el dia se consagraba; era preciso reponer las fuerzas, porque el camino era largo y escabroso, y la marcha tenia que ser continúa.

Jesus, que segun la tierna y sencilla frase del Evangelio, estaba sujeto á su Madre, la seguia silenciosamente, dispuesto á obedecer aquellos preceptos amorosos.

No vinieron nuevas inquietudes á turbar aquella existencia tranquila y dichosa, consagrada al trabajo y á la virtud, ni á alterar la paz de aquella morada embellecida por el más puro y más legítimo de los amores.



---

## CAPÍTULO II.

---

### LA CELEBRACION DE LA PASCUA.

Pasaron años, y ni uno siquiera fué á perderse en el seno de la eternidad sin que José y María, escrupulosos observadores de la ley de Moisés, dejaran de visitar el templo de Salomon cuando llegaba la Pascua.

Miéntras se pudo temer fundadamente que renovase Arquelao las crueldades inauditas de su padre, los Santos Esposos hacian este viaje confundiéndose con la multitud y procurando no ser conocidos para que ningun peligro pudiese amenazar la preciosa existencia del Niño.

Pero Arquelao incurrió en la indignacion de Roma, y el trono de los Macabeos descansó por algun tiempo del peso insoportable de la tiranía.

Ya se podia hacer el viaje libremente: ni los romanos temian de Jesus, ni privaban á los judíos del libre ejercicio de sus prácticas religiosas.

Habiendo cumplido Jesus doce años, sus Padres decidieron llevarle con ellos á Jerusalem para celebrar la Pascua.

Una muchedumbre inmensa salió de Nazareth, dirigiéndose en tropel confuso por el camino que conducia á la ciu-



dad santa; pero á poca distancia de la ciudad, los peregrinos se dividieron en diferentes grupos, segun las edades y los sexos, las relaciones de familia y hasta las de amistad.

Caminaban alrededor de la Virgen, María de Cleofás, hermana de José; la otra María de quien habla el Evangelio; Salomé, esposa del Zebedeo, que habia llegado de Betsaida á Nazareth, con sus hijos y su esposo; Juana, mujer de Chus, y una infinidad de nazarenas sus convecinas y parientes.

Seguialas á alguna distancia José, tambien rodeado de parientes y amigos, y conversando con el Zebedeo y los ancianos varones que ennoblecian su tribu.

Jesus caminaba en compañía de los jóvenes galileos á quienes el Evangelio, segun el espíritu del idioma hebráico, los llama sus hermanos, para significar que eran sus inmediatos parientes.

Iban estos jóvenes seguidos por sus padres y abuelos, y abriendo la marcha como una alegre avanzada. Los hijos del Zebedeo se distinguian entre todos.

Santiago, cuyo carácter impetuoso recordaba el lago de Tiberiades agitado por la tempestad; Juan, de fisonomía dulce y amorosa, más joven aun que Jesus, y que segun la poética expresion del autor que tantas veces hemos citado, parecia personificar al lado de nuestro Redentor, el corde-ro de Isaías viviendo pacíficamente con el leon del Jordan.

Tales eran los hijos del Zebedeo.

Al lado de estos humildes pescadores de Betsaida, que merecieron á Jesus el sobrenombre de *Hijos del trueno*, se distinguia por su austero y grave continente, su aspecto indiferente y frio, su semblante pálido y su larga cabellera,

aquel Santiago, hijo de Alfeo, que más tarde había de ceñir la mitra de Jerusalén.

Muy lejos de poder adivinar la superioridad inmensa que Jesús tenía sobre todos, mirábanle acaso sólo como al Hijo del carpintero; quizás Santiago le trataba con desden por parecerle indigno de alternar con él, que se había consagrado al nazarenato.

Reunía en sí Santiago todas las virtudes y todas las imperfecciones de su raza: su carácter era firme como la montaña; sus ideas honradas, y sus sentimientos religiosos; pero no podía dispensarse de aquel orgullo tan comun en los judíos, que les obligaba á tener de sí mismos elevada opinion, y á mirar con el más profundo desprecio á las personas y cosas que del extranjero procedían.

Alfeo llevaba en la expedicion tres hijos más, que eran Judas, Simon y José.

Los tres habían llegado á la adolescencia; en su carácter no había doblez, pero sí cierto despego que armonizaba perfectamente con la rudeza de sus modales. Ellos, que segun acredita el Evangelio, tardaron mucho en acostumbrarse á la idea de que Jesús fuese superior en todo, le miraban entónces con altivo desden, como al Hijo de la humilde María.

El semblante de Jesús era semejante á la superficie de un lago que nunca tuviese que reflejar más que el diáfano azul del cielo; no le empañaba la sombra más ligera de afectacion; poseedor de la plenitud de todas las virtudes, naturales eran á su rostro la austeridad, la devocion, la prudencia, la sencillez y la sabiduría.

Lo que se afecta, es lo que realmente no se posee. Aquellos jóvenes distaban mucho de conocer al que an-



dando el tiempo habia de ser su Maestro, y sin embargo, habia en el semblante de Jesus algo que revelaba al Descendiente prometido de David, algo que daba testimonio irrecusable de su Majestad divina.

El traje que vestia era sencillo como el de un esenio; sus largos y bronceados cabellos formaban un gracioso dosel á su frente morena y espaciosa, y le caian majestuosamente sobre los hombros; sus ojos eran garzos, sombríos y penetrantes, con una expresion infinitamente más poética é inspirada que la de su regio abuelo; un fuego que era sobrenatural, que nunca habia brillado en los ojos de hombre alguno, irradiaba en sus pupilas y esparcia por todo su semblante una divina aureola, que iluminaba el pensamiento más oscuro y sondeaba el pliegue más recóndito del corazon.

A semejanza de Moisés cuando salia del tabernáculo, Jesus templaba entónces la penetrante vivacidad de su mirada y los rayos que despedia aquella frente llena de los resplandores de su gloria.

La mayor prudencia presidia en sus conversaciones con aquellos jóvenes compañeros de viaje, si bien procuraba acomodar su discurso á lo que á los ojos materiales del vulgo permitia su corta edad; pero ya meditaba hacer sus apóstoles de aquellos jóvenes que tenian la dicha de estar unidos á Él por vínculos de parentesco, segun la carne.

Jesus les amaba en su porvenir.

Su esperanza no podia quedar defraudada. Él leia en aquellos corazones, y adivinaba cuán capaces serian de la fe, de la abnegacion y del sacrificio.

Aquellos hombres, que compartiendo las creencias de los doctores de la ley hebráica esperaban del Mesías un reinado brillante, cuyo poder no tuviese límites, cuya esplendidez



rivalizara ventajosamente con las naciones más opulentas del mundo; ellos, que también esperaban el día en que el Mesías prometido, ciñéndose la espada, empuñando la lanza del guerrero, les condujese á la victoria dándoles la libertad, honores y riquezas en justa remuneración de las fatigas del combate; ellos tuvieron la fe ciega y el valor heroico necesarios para despojarse de las preocupaciones que habían sido hereditarias en su nación por espacio de tantos siglos, y adoptar y predicar una doctrina nueva, perseguida y calumniada por los más poderosos de la tierra, y cuyos principios fundamentales, basados en una vida ulterior que habrá de ser recompensa ó castigo de nuestros méritos ó nuestras culpas, no brindaba sobre este valle de lágrimas con otra cosa que con tormentos y persecuciones.

Lazos indisolubles habían de unir al Maestro con sus discípulos; lazos tan fuertes como nunca lo han sido ni el hierro ni el bronce, porque los constituían el amor, la fe y la esperanza.

En vano los príncipes de la tierra intentaron desatar aquellos lazos que más se estrechaban cuanto eran más combatidos; ni las ofertas, ni los halagos, ni las amenazas, ni los tormentos, ni la muerte misma, acompañada de su aparato más horroroso, pudieron romper aquella armonía que se había sellado en el Gólgota con la sangre de Jesucristo.

El frío, la desnudez, el hambre, nada pudo separar aquellos hombres del camino que su divino Maestro les había señalado.

Ellos, sin ensangrentarse los piés, hollaron las espinas que el mundo amontonaba á su paso; ellos, sin otras armas que la palabra de verdad, hicieron estériles las más activas y crueles persecuciones; conquistando corazones, sujetaron

más pueblos á la nueva ley que Roma con sus águilas triunfantes; sobre una civilizacion que parecia vigorosa y prepotente, edificaron los cimientos de un nuevo edificio, sobre el cual nada puede la mano devastadora del tiempo, y del pasado no quedan ya sino miserables ruinas; ellos, en fin, derramaron su sangre sobre una tierra fecunda, y la semilla que sembraron aun está dando frutos, y los dará hasta la consumacion de los siglos, alimentada con esa sávia preciosa.

¿Y cómo no se ha de apresurar el mundo á admitir la verdad evangélica? ¿Qué historia se puede poner en duda, si, como dice Pascal, el Testigo que la abona la sella con su sangre?

Pero no hemos llegado todavía á la época en que se manifestaron aquellas virtudes heroicas.

En el camino de Jerusalem nada habia más distante de la imaginacion de aquellos jóvenes galileos, que la idea de que un dia no muy remoto habian de dar su vida para sostener la divinidad de Aquel que les acompañaba en su peregrinacion.

Los viajeros llegaron al fin á la ciudad santa. La familia de José y de María se reunió para comer el cordero pascual inmolado en el templo por los sacerdotes entre las dos vigili-<sup>1</sup>as con los panes ácimos, lechugas amargas, y las demas solemnidades que constituian aquella antigua ceremonia.

---

<sup>1</sup> Desde medio dia, ó una hora despues de puesto el sol.



### CAPÍTULO III.

#### JESUS ENTRE LOS DOCTORES.

Terminada la solemnidad objeto de aquella peregrinacion piadosa, la inmensa muchedumbre de judíos que habia concurrido á Jerusalem se dispuso á regresar á sus hogares.

Los parientes de Jesus volvieron á reunirse para tornar á Galilea en el mismo orden en que habian llegado á Jerusalem; es decir, los hombres separados de las mujeres, y los ancianos de los jóvenes.

Faltaba Jesus en la piadosa caravana, pero ni José ni María se apercibieron de su ausencia. La Virgen creyó que iria con su Esposo; José, por su parte, caminaba en la confianza de que el Niño iria con sus parientes ó al cuidado de su Madre.

Pero llegó la noche, y con ella vino el desengaño.

La caravana se detuvo en una posada, y disueltos los grupos en que habia estado dividida durante el dia, se reunieron las familias, despidiéndose los amigos hasta el dia siguiente.

Entónces María y José echaron de ménos á Jesus.

En balde le buscaron por todas partes; en balde pregun-



taron por Él hasta á las personas que ménos noticia podian tener de su paradero.

Presa de la angustia más terrible y del dolor más agudo, invirtieron toda la noche en inútiles pesquisas, y por la mañana deshicieron el camino andado, indagando de cuantas personas acertaban á encontrar, el más leve indicio que pudiera guiarles en el espantoso laberinto de dudas y de temores en que se perdía su alma desolada.

No hay palabras con qué expresar el dolor de aquellos angustiados Esposos.

José se reconvenia duramente por su descuido, y pensaba que Dios habia de demandarle estrecha cuenta por haber quitado sus ojos un momento de el Enviado de Jehová, del Depósito precioso que el cielo le habia confiado.

Los sollozos embargaban la voz de María, y el dolor inmenso de aquella Mujer, herida por el dardo más cruel que puede traspasar el corazon de una Madre, sólo le permitia esta exclamacion:

— ¡Hijo mio!

¿Qué no expresa una madre con esas dos palabras llenas de amor, de ternura y de sentimiento?

¿Dónde puede haber para el dolor una fórmula más sublime?

José y María volvieron á emprender en alas de su ansiedad el camino de la ciudad santa.

Cada vez que la senda se perdía entre las sinuosidades del terreno, en la espesura de un bosque ó en el recodo formado por una montaña; cada vez que veían acercarse un viajero, ó que el viento les llevaba en sus alas uno de esos mil ruidos vagos y misteriosos que arranca al seno de la soledad, y que tan pronto son el consuelo como la desespe-

racion de los caminantes, creian que, apiadado el cielo de sus sufrimientos, les enviaba alguna noticia, siquiera fuese incierta, indeterminada, del Hijo que buscaban con tanto afan; pero la senda volvía á extenderse por la llanura, el viajero pasaba indiferente sin tener una sola palabra con que calmar la inquietud espantosa de aquella Madre, y el rumor arrancado por el viento se desvanecía para nacer de nuevo y de nuevo perderse, sin que nunca se detuviera á consolar las agonías de aquellos amantes corazones.

Inútilmente examinaban con afan el fondo de los precipicios, y llamaban al Niño por su nombre en los bosques y en el llano; nadie respondía á aquellas voces desgarradoras, como no fuese el eco que las repetía á lo léjos con glacial indiferencia unas veces, otras con acento dolorido, como si la naturaleza quisiera al repetir aquellas exclamaciones tomar una parte en el mortal dolor de María.

Como en estos momentos de ansiedad el pensamiento se encamina á lo peor, y el desenlace más horroroso parece el más verosímil, María y José llegaron al extremo de perder casi completamente la esperanza, é imaginaron á su Hijo muy amado arrastrando la cadena de la esclavitud, ó disfrutando la paz inquebrantable de los sepulcros.

Y aun de estos pensamientos horribles el primero, por ser más consolador, era el que ménos se detenía en su mente.

¿Qué corazon tan duro podia haber que no se apiadase de la cándida inocencia de un niño? ¿Quién habia de ser tan cruel, tan inhumano que á tan corta edad lo arrebatase á la necesaria y tierna solicitud de una madre, al amor de su familia, al abrigo del hogar paterno, para ceñirle la cadena del esclavo, privarle de todo cariño y de toda alegría, de



toda libertad, y abandonarle á los rigores de una existencia cien veces más terrible que la muerte misma?

Pero estas reflexiones no bastaban á tranquilizar el alma de José y de María.

Cuanto más inverosímil les parecía que una mano bárbara oprimiese á su Hijo con el yugo de la esclavitud, por más probable tenían su muerte.

¡Oh! Esta alternativa era espantosa.

Pero la esperanza volvía á triunfar por un momento de la desesperacion.

¿Por qué Jesus no había de gemir esclavo?

¿Acaso la crueldad es el triste privilegio de los fieros habitantes de las selvas? ¿Acaso no convierte muchas veces en dura roca el corazon humano?

¿No hay madres despiadadas que niegan su pecho, su amor y su abrigo al hijo de sus amores, al sér inocente que formó parte de su mismo sér todo el tiempo que lo llevó en sus entrañas?

¿No hay padres tan crueles que derraman con sus manos la sangre del hijo á quien dieron la vida?

¿Pues por qué en una tierra dominada por el extranjero, habia de faltar un bárbaro enemigo que, codicioso del rescate, redujese un niño á la esclavitud?

¡Oh, si este temor no fuese una vision engañadora de la esperanza! José hubiera trabajado todos los años que le restaban de vida para comprar la libertad de su Hijo adoptivo; María hubiera tambien comprado la libertad de Jesus á precio de la suya.

Pero Jesus, aunque inocente y niño, tenia en Judea enemigos poderosos.

Cierto que ya no habia que temer á su fiero perseguidor



Herodes. ¿Pero podia la Virgen vivir tranquila y confiada, mientras ocupase el trono de Jerusalem la raza del idumeo?

¿No era posible que Arquelao, juntamente con la corona, hubiera heredado el temor de perderlo á manos de aquel Príncipe, Rey legítimo de los judíos, que los magos habian venido á adorar desde tan lejanas tierras?

Si el tetrarca de Jerusalem sabia que aquel Príncipe habia escapado á la bárbara persecucion de su padre, ¿no era verosímil que aumentados sus temores con los testimonios de reconocimiento que la presencia de Jesus en el templo habia arrancado á diferentes personas, hecho que excitó grandemente la curiosidad entre los habitantes de Jerusalem, hubiera dado orden á sus secuaces para que secretamente le librasen de la posible competencia de aquel Niño?

Esta sola reflexion era infinitamente más poderosa que todas las demas, y cuando se apoderaba de la imaginacion de aquellos Santos Esposos, concluia hasta con el último destello de esperanza.

No se ocultaba á María que su divino Hijo habia traído al mundo una alta mision que cumplir; que hasta cumplirla le habia de ayudar la poderosa proteccion del cielo; que todos los esfuerzos humanos, reunidos en un solo hombre, no bastarian á contrarestar la voluntad del Altísimo; ¿pero acaso no habia nacido su Hijo mortal, y como tal sujeto á la terrible ley que á todos nos alcanza? ¿Podia Ella penetrar los misteriosos designios de la Providencia, ni medir exactamente toda la extension de la empresa salvadora que al Hijo habia confiado el Padre? ¿Podia adivinar tampoco la forma ó manera en que debia llenarse aquella salvadora mision?

Simeon, inspirado por la llama misteriosa que iluminó la

mente de los profetas, habia anunciado á Jesus padecimientos y muerte; pero no señaló la época en que habia de empaparse la tierra con la sangre del Justo.

¿Habria llegado ya esa época terrible?

¿Bastaria para la redencion humana que se derramase la sangre del Niño Jesus?

Fertilizada la tierra con tan precioso riego, y sin necesidad de que por el mundo se extendiese la luz vivificadora del sol de la nueva doctrina, ¿podria brotar el árbol vigoroso de la redencion del hombre?

Tales eran los pensamientos que en tropel cruzaban por la imaginacion de aquella afligida Madre; todos los admitia y todos los rechazaba; no queria ofender á Dios con infundados temores; no queria atreverse á penetrar en los divinos designios; no queria tampoco alimentar demasiado una esperanza que luégo hubiera de convertirse en amarguísimo desengaño.

Y sobre todo, ¿cuándo ha reflexionado el dolor? ¿Qué madre que ha perdido á su hijo se detiene á pensar, cuando todas sus facultades parecen pocas para sentir?

Presa de esta mortal ansiedad, llegaron al fin los Esposos á Jerusalem.

Allí buscaron al Niño por todos los barrios de la ciudad populosa, y en las casas de todos los parientes y amigos; pero inútilmente.

El último destello de esperanza les condujo al templo. Quizas más que para buscar á su Hijo, iban á aquel sagrado lugar con el objeto de hallar los consuelos que siempre brinda la oracion á las almas piadosas.

Allí les esperaba un espectáculo tan inusitado como grandioso.



Los ancianos de Israel y los doctores de la ley se habian reunido en el pórtico que les estaba destinado, y discutian gravemente sobre las cuestiones más complicadas y difíciles de la teología hebraica.

Quien sostenia el peso de aquella profunda discusion no era ningun rabino, encanecido en el estudio de tan graves materias; no era un doctor de la ley, acostumbrado á interpretarla, ni un anciano rico en experiencia y en esa sabiduría práctica que suelen dar los años y el continuo ejercicio de austeras virtudes.

Era un Niño prodigioso que, demostrando conocimientos muy superiores á su edad, una prudencia que hubieran envidiado los varones más ilustres de Israel y una inspiracion divina, rectificaba los errores en que incurrian los más sabios, y daba á los problemas más difíciles soluciones que admiraban por su exactitud, y anunciaba verdades perceptibles á todas las inteligencias, pero que ninguna hubiera podido imaginar.

Aquellos hombres le escuchaban atónitos, y prolongaban la discusion, gozando de una maravilla que nadie podia explicarse.

El Niño que ilustraba á tan distinguido auditorio, en el cual estaba representada dignamente toda la ciencia de Israel, era Jesus.

Aquellos doctores y ancianos, que no conocian la naturaleza divina del Niño sublime que tenian en su presencia, no comprendian el extraño fenómeno de que un Sér humano, á tan corta edad, reuniese tan profunda sabiduría; y buscando su explicacion en causas sobrenaturales, exclamaban:

— ¡Esta voz que oimos, es la de algun ángel que Dios ha



enviado al mundo para difundir la verdad de la ciencia?  
¿Ha abandonado Daniel su tumba, ó su alma se ha encar-  
nado en la de este tierno Infante?

María, que estaba á corta distancia de aquel admirado círculo de venerables varones, fijó tambien su atencion en el Heroe prodigioso que excitaba tanto entusiasmo, y no pudiendo contener la inmensa alegría que reboseó en su corazon maternal al reconocer á Jesus, prorumpió en un grito frenético:

— ¡Hijo mio!

— ¡Madre! Exclamó Jesus, volviendo sus tranquilos ojos al lado donde habia oido la exclamacion.

El acento de Jesus contrastaba vigorosamente con el de María. El de la Vírgen fué un grito escapado del alma: el de Jesus parecia lleno de amante reconvencion; parecia haberle querido decir:

— ¿Por qué me has sacado de esta distraccion en que estaba, y que tan útil podia ser á los hombres?

María se acercó á su Hijo, y dominando su alegría, vistiéndola, por decirlo así, con las últimas tintas del dolor, le dijo con toda la dulzura que puede caber en los labios de una Madre tan amorosa:

— Hijo mio, ¿por qué nos has dejado solos? ¿Por qué has obrado así con quien tanto te ama? Tu padre y Yo te buscábamos, sumidos en la mayor angustia.

En aquel momento desapareció la humanidad de Jesus ante su divinidad, y la respuesta del Niño fué tan seca como llena de misterio:

— ¿Por qué me buscábais? Exclamó. ¿Acaso no sabeis que debo ocuparme en lo que concierne al servicio de mi Padre?

Aquella fué la primera vez en que Jesus se manifestaba por sus propias palabras Hijo del Dios que le habia enviado al mundo para redimir á los hombres.

María y José no comprendieron inmediatamente el significado de la respuesta del Mesías; pero llenos de respeto ante aquel acento de suprema autoridad, quedaron silenciosos.

Jesus se levantó, y despidiéndose de los ancianos y doctores, manifestó á sus Padres con un ademán que estaba dispuesto á seguirlos.

Los Santos Esposos, llenos de felicidad con el encuentro de su Hijo, volvieron á aquella Nazareth, mansion de eterna ventura, donde Jesus habia de crecer en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.



---

## LIBRO SEXTO.

### LA SANTA FAMILIA.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### LA VIDA DE NAZARETH.

Si habeis contemplado alguna vez las apiñadas nubes que ocultando á vuestros ojos el hermoso azul de un cielo puro, os han dejado sumidos en una tenebrosa oscuridad, que puso en afliccion vuestros corazones y consternó vuestro espíritu:

Si recordais que poco despues estalló la tempestad furiosa que os hizo temblar de miedo con el rugido del huracan, con el siniestro fulgor de los incesantes relámpagos, y con el horrible fragor del trueno que despedia torrentes de agua y de granizo:

Si recordais tambien que luégo un aura bienhechora, arrollando y plegando las nubes, las fué llevando á lejanos horizontes para dejar limpio el cielo, y que los rayos del sol, esparciendo su luz por los valles y las montañas, vinieran á reanimar los acobardados y abatidos séres de la creacion:

Si recordais las impresiones que os causara un espectáculo tan terrible primero, y tan grato y dulce despues, podreis juzgar de todos los padecimientos y todas las alegrías de la Santa Familia.

El bárbaro decreto de Herodes, ese decreto que era el



cumplimiento del dicho de Jeremías, que «en Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos: Raquel, que llora sus hijos, sin querer consolarse, porque ya no existen;» ese decreto de la degollacion de los inocentes, fué el de proscricion de la Santa Familia, que para librar á Jesus de una muerte segura, tuvo que ocultarse en el interior del Egipto.

Grandes, casi invencibles eran las penalidades y riesgos que ofrecia tan larga peregrinacion, no diremos á dos infelices viajeros, sino tambien á las caravanas mejor organizadas y provistas.

Y todo lo arrostraron María y José por la preservacion de su divino Hijo.

Y ni el hambre, ni el cansancio, ni el temor de tantos peligros, pudieron torcer la voluntad de una Virgen delicada y sensible, y de un débil y pobre anciano.

Y tampoco el hambre ni la miseria abatió aquellos nobles y santos espíritus, que con tanta fe esperaban de Dios la vida, como les habia hecho partícipes de su gracia.

¡Oh! Si es grande el espectáculo que ofrece á nuestros ojos un baron justo luchando con la adversidad, figuraos cuán sublime no seria el que presentaba aquella Santa Familia, reducida hasta el extremo de no poder María, la elevada despues al trono de Reina de los Angeles, dar un pedazo de pan á su querido Hijo Jesus, cuando Éste se lo pedia aquejado por el hambre, hecho que la hacia verter amargas y copiosas lágrimas, y que llenaba su maternal corazon del dolor más profundo...

Pero llegó el instante tan deseado de volver á la patria, y Jesus, María y José regresaron á sus lares, á cuya vista se olvidaron de todas las penas, de todos los dolores que habian sufrido por espacio de siete años en la tierra extranjera.

A pesar de las muchas privaciones que en esta época tuvo que sufrir la Santa Familia, que ha sido llamada la *Trinidad de la tierra*, debió gozar de una vida tranquila y feliz.

No codiciando más que el pan cotidiano, teniendo la casta Virgen á su lado al Jesus que tanto amaba como Hijo y veneraba como á Dios, y á su esposo, hasta las mismas escaseces que experimentaba debieron ser causa de mayor placer.

Como María no era una mujer vulgar, ni tenia los refinados gustos de las gentes de aquella época, ni ménos se dejaba dominar por las sugerencias del orgullo que es tan dado al lujo y á la ostentacion, no debieron mortificarla ni caprichos, ni deseos.

La vida de María era entónces la del tranquilo arroyuelo que deslizándose por entre las verdes praderas sembradas de lirios y de amaranto, luce sus cristalinas aguas á los rayos del sol, y se complace en perderse por entre el ramaje de los más frondosos arbustos.

Si por ventura alguna negra nube se ofrecía á María como un punto en el lejano horizonte del porvenir, pronto la presencia de su Hijo mitigaba su pena, y como una brisa fresca y ligera, disipaba aquella señal de su desdicha futura, ó de la causa de sus pesares.

Estaba demasiado léjos aquella señal de la tempestad, para que pudiera empañar por mucho tiempo la alegría de su dulce y agraciado semblante.

Cuando alguna vez, y miéntras que dormia el Hijo de sus entrañas, pasaba por su mente alguna idea desgarradora, fundada en la prediccion de los profetas, en el instante corría al lado de su esposo, le interrogaba sobre el porvenir, y si no le daba una respuesta que satisficiese su corazon de Madre, volaba de nuevo á donde estaba su Hijo, y su sola



presencia la colmaba de consuelo, debiendo exclamar con satisfaccion: «Aun tengo aquí á lo que más amo».

¡Y cuánto se afanaba para servir á este Hijo tan querido! Velaba por las noches, y aun pasaba muchas de ellas en una entera velada, hilando y hasta tejiendo las túnicas para su Jesus y para el patriarca, que no ménos cuidadoso con su Hijo adoptivo y con su casta Esposa, venia á completar con sus atenciones aquel cuadro de Familia como no se vió jamas en la tierra, porque *la paz de Dios, superior á toda otra idea, guardaba su corazon y su espíritu.*

Y mientras que en esta tranquila calma se iban pasando los años, las profecías se iban cumpliendo, y los tiempos de la redencion del género humano se aproximaban para dolor y desconsuelo de la ESTRELLA DE NAZÁRETH, que habia de presenciar como Autora el sublime y sangriento drama del Gólgota.

Y mientras que María y José gozaban con la sola presencia de su Hijo, que iba creciendo en gracias y virtudes, Jesus, cumpliendo con los altos fines de su Divino Padre, crecia tambien en una ciencia que sólo podia inspirarla su Divino Autor.

Aunque mucho tiempo debieron ocuparla las faenas domésticas, á causa de la pobreza en que vivian, no por eso desatendia el primer deber, el cariñoso cuidado que tiene toda madre de formar el corazon de su hijo; y María, que era Fuente de virtudes, de amor y de ternura, cumplió indudablemente ese deber que constituia y constituyó despues la mayor de todas sus glorias.



---

## CAPÍTULO II.

### EDUCACION DE JESUS.

María, la ESTRELLA DE NAZARETH, que habia sido para con sus padres el más admirable modelo de amor filial, y que al lado de José era la Esposa más pura y tierna, tenia tambien como Madre altos deberes que cumplir y delicadas atenciones á que consagrar su preciosa existencia.

¡Oh, cuán sagrados y difíciles son para una madre estos deberes, y cuántas virtudes son necesarias para desempeñarlos cumplidamente!

Es una verdad universal, reconocida por las sociedades antiguas y modernas, que en la infancia, en esa edad de la inocencia y del candor, el niño, dócil como la cera, se halla tan predispuesto á recibir el sello de la virtud, como las primeras inspiraciones del vicio. En esa edad es cuando la criatura necesita los cuidados y la ternura de una madre, puesto que sólo esos cuidados pueden ser la prenda más segura de su felicidad, y el escudo más fuerte que les deba preservar de las instigaciones del mal.

Seguramente que María, al posar su mirada sobre la frente de su querido Hijo, y al encontrar en ella los destellos

de la Divinidad, no podia abrigar temor alguno, puesto que presentia las virtudes que habian de adornarle, y las perfecciones que emanando de su corazon debian ser el modelo de las generaciones futuras.

María no ignoraba que Jesus era el Mesías prometido.

«Hé aquí, la habia dicho el Arcángel,<sup>1</sup> que concebirás un Hijo á quien darás el nombre de Jesus.»

«Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de su Padre, y reinará eternamente en la casa de Jacob.»

«Y su reino no tendrá fin.»

Ella sabia que en aquel Hijo se hallaba en toda su plenitud la sabiduría inmensa del Hacedor, y comprendia, sin embargo, que era tambien el predestinado para recibir sus lecciones, y para educarse bajo el amparo de la que llamaba su adorada Madre.

¡Oh, cuán grande era la humildad de Jesucristo á los ojos de María!

Por esto no se creyó relevada de sus maternales deberes, como tampoco se habia creído exenta del cumplimiento de los mandamientos de la ley de Moisés, ni de la observancia de las santas costumbres del pueblo hebreo.

Obedeciendo á las inspiraciones divinas, la Madre del Redentor no se apartó jamas de aquellas prescripciones á que se creia obligada, y por esto Jesucristo fué circuncidado y presentado en el templo, y bajo el amparo de María vivió sometido en un todo á la observancia de las leyes y usos del pueblo escogido.

¿Y cómo habia de rehusar la educacion de un Hijo en

<sup>1</sup> San Lucas.



quien habia colocado todo su amor, y al que no podia mirar sin la más profunda veneracion y sin el más acendrado cariño?

Penetrada de sus maternales deberes, los desempeñó desde la infancia de Jesus con aquel exquisito acierto y solícitud delicada con que sólo podia hacerlo un Sér privilegiado, una Mujer á quien el Espiritu Santo habia enriquecido con sus preciosos dones.

Y á la verdad que, no siendo inspirada por el cielo, la humildísima ESTRELLA DE NAZARETH tal vez hubiera desconfiado de sus propias fuerzas.

¿Qué humana criatura no se sintiera confusa y vacilante, qué madre cariñosa no vacilara entre el temor y la alegría, si se la encomendase la educacion de un Hijo que hubiera de ser el Príncipe de los príncipes y el Hijo del Eterno?

Pero en María, en la sencilla Rosa de Jericó, resplandecia la obediencia, y ante los decretos del Altísimo era imposible la más leve vacilacion.

Y los temores que pudiera dictarla su modestia, se disipaban al escuchar la palabra divina.

Y todo, su espíritu se elevaba hácia el trono del Altísimo, ante el que se postraba humildemente, tributándole alabanzas en sus fervientes oraciones.

— ¡Dios mio, debió decir mil y mil veces, ya que me habeis concedido el dulce nombre de Madre del que es Manantial inagotable de sabiduría, iluminad mi entendimiento para que acierte á conducirle por el camino que Vos le habeis trazado! Bien conozco, Señor, la pequeñez de la humana criatura. Guiad las acciones de vuestra humilde Sierva, para que os sirva y obedezca, y cúmplase en todo vuestra divina voluntad.



Y el Hacedor Supremo la escuchaba.

Y la que habia sido concebida sin la mancha del pecado original, obedecia siempre á los designios del Increado.

Y era fiel intérprete de ellos como Madre del Redentor del mundo, de la misma manera que lo habia sido como Hija, y los interpretaba como tierna Esposa del patriarca José.

Hé aquí por qué María, al educar á Jesus, no escaseaba sus cuidados.

Tanto Ella como José, procuraban ilustrar con sus lecciones al Príncipe de los príncipes que habia querido obedecerles, y que bajo la patria potestad les aceptaba por padres, por jueces y por maestros.

¡Cuánta era la dulzura y la sencillez con que se expresaba aquella inmaculada Vírgen, al explicar á Jesus la misma santa doctrina que habia recibido de su virtuosa Madre!

Ella ponía en manos de su Hijo los sagrados libros en que el dedo de Dios habia trazado su santa ley, y procuraba explicarle sus pasajes con la claridad y lucidez más admirable.

Ella le excitaba á la oracion y á la meditacion, procurando inculcar en el ánimo de su amado Discípulo aquellos mismos afectos de amor y de ternura que brotaban de sus labios y exhalaban el perfume de su virtud y santidad.

El incansable celo de María en la educacion de Jesus, no era ciertamente una tarea estéril, como parece deducirse teniendo en consideracion la divinidad de Jesucristo.

Hé aquí cómo se explica el abate Orsini en su *Historia de la Madre de Dios*:

«Jesus poseia todos los tesoros de la prudencia y de la sabiduría. La plenitud de la divinidad residia corporalmente

en Él; era el esplendor y la gloria de su Padre celestial; pero en cuanto á Hombre debió alguna cosa á María: Ella fué la que le inició desde su más tierna infancia en las humildes virtudes inherentes á la humanidad, y á sus gustos sencillos y poéticos.»

Y aun cuando así no fuera, aun cuando las palabras de María nada hubieran añadido á la sublime ciencia que en el Hombre resplandecía desde su infancia, ¿cuán inmensa sería la complacencia y la felicidad de Jesucristo al escuchar aquellas lecciones emanadas de un corazón tan puro, y pronunciadas con un acento tan tierno y cariñoso?

¿Quién hubiera podido escuchar aquellos diálogos, en los que la Suprema Sabiduría enmudecía para escuchar la sublime expresión del candor y de la inocencia?

«¡Oh santa y feliz escuela en que María enseña y Jesús aprende»<sup>1</sup>.

Pero no es esto sólo. María hablaba á su Discípulo de Dios y le explicaba sus atributos, y lo hacía con tanta sencillez, y le retrataba su labio con tan grandiosas imágenes, que demostraba en su relato con cuánto ardor y reverencia le aposentaba en su corazón.

Y no se creía satisfecha al enseñar á su Hijo á conocer al Todopoderoso: hubiera creído incompleta su doctrina si no le hubiera enseñado también á adorarle, por más que comprendiese cuán imposible es la separación de ambas lecciones.

¡Quién conoce al Señor y no le adora con toda la efusión de su alma!

Todos los himnos que la piedad de la ley había destinado

<sup>1</sup> El Padre Gibieuf, *Grandezas de la Virgen*.



á las alabanzas de Dios, eran recitados fervorosamente por la Reina de los Angeles, y repetidos con igual fervor por los inocentes labios del Hijo del Eterno.

¿Qué más podríamos decir acerca de la educacion de Jesus?

¿Quién mejor que aquella Madre cariñosa podria desempeñar la alta mision que se la habia confiado?

Tambien José por su parte contribuyó con el mayor celo á la educacion de Jesus. Tambien José procuraba inspirarle el santo temor de Dios, el amor á su prójimo, instruyéndole en las costumbres de la época y en los deberes del hombre para con su Dios, para con su pueblo y para con el prójimo.

El amor al trabajo fué tambien objeto de la enseñanza que recibió Jesus de sus celosos padres.

Y en prueba de su aprovechamiento, no se desdeñaba el Príncipe de los príncipes de tomar en sus delicadas manos las toscas y pesadas herramientas del carpintero, y se entregaba al trabajo corporal al lado de su padre, labrando la madera y construyendo los objetos propios de su oficio bajo su direccion y su experiencia.

Y Aquel que tan sólo con su omnipotente voluntad habia poblado el cielo de innumerables estrellas, y el Artífice que habia dado forma y existencia á las maravillas de la creacion, ocupaba un modestísimo lugar en el taller del carpintero, y vivia oscurecido ayudando á su maestro dia y noche, conllevando el trabajo que reclamaban las necesidades del hogar doméstico.

Pero las lecciones que recibia el humilde Nazareno, aun tenian un firmísimo apoyo, una razon suprema que las justificaba, no sólo ante los ojos de Aquel que poseia la supre-



ma ciencia del bien, sino tambien ante la consideracion humana.

María y José eran el espejo de las más altas virtudes, y como el ejemplo de los padres sea la base de la perfecta educacion de los hijos, tambien ambos Esposos mostraron á Jesus el complemento y el apoyo de sus santas doctrinas en el libro precioso de sus virtudes, en el ejemplo edificante de sus perfecciones.

Finalmente, si tales cuidados y si tan esmerada y sábia educacion era innecesaria respecto del Hijo del Eterno, por residir en Él la suprema sabiduría, no lo fué en cuanto á la educacion dada al Hombre, pues así lo quiso la voluntad del Señor, que tuvo la complacencia de bendecir desde su excelso trono á aquellos Padres que tanto se afanaron en el fiel desempeño de sus deberes.

---

### CAPÍTULO III.

---

#### MUERTE DEL PATRIARCA.

La casa más humilde de Nazareth, el reducido espacio en que se hallaba albergada la Sacra Familia, fué por algunos años el templo augusto de la virtud, el santuario de la paz y la morada de una felicidad inefable.

La morada del hombre más justo y virtuoso habria envidiado la pureza de aquella atmósfera, en la que se aspiraba el perfume de la inocencia y se dormia bajo las más consoladoras inspiraciones de la divina gracia.

María, alimentada con el amor de su adorado Hijo; José, tranquilo y satisfecho al frente de una Familia que le consagraba sus más solícitas atenciones; y Jesus complaciente y cariñoso, tal era el cuadro de ventura que jamas podríamos bosquejar, porque sus perfecciones están fuera del alcance de la limitada inteligencia humana.

El Hacedor Supremo tenia su mirada fija en la vivienda de José, y los espíritus malignos huían de su recinto amedrentados; las pasiones más violentas buscaban otros centros en que agitarse, y hasta las horas amargas del dolor tampoco osaban traspasar los umbrales de la casa del patriarca.

Pero ¡ay! los séres que componian aquella Familia sagrada y ejemplar, bajo la condicion humana, posaban su planta sobre la tierra, y se hallaban sometidos á todas las vicisitudes y penalidades que agobian incesantemente á los mortales.

La Familia de José no se hallaba exenta de las horas del dolor que pesan sobre las vidas de los hombres, y que el Señor envia algunas veces á la casa del justo para demandarle repetidas pruebas de resignacion y de perseverancia.

Las grandes virtudes, los sacrificios heróicos, no pueden alcanzar inmarcesible gloria, cuando no han pasado por el crisol del sufrimiento.

No es victoria la que se obtiene sin la lucha de las pasiones.

No es alegría la que no se ha logrado á costa de algunos sacrificios.

No se concibe, en fin, una justa recompensa, sin el acto meritorio y sublime que, triunfando de nuestro egoismo, ha resistido á una difícil prueba, lastimando muchas veces hasta nuestro amor propio.

La Familia de José, despues de algunos dias de felicidad, tenia que someterse, como todos los nacidos, á las leyes supremas del Hacedor.

Sus virtudes habian de obtener la gloria más resplandeciente y la más colmada recompensa; empero las pruebas de su santidad y perseverancia tenian que ser dolorosas, y ya llegaba la hora de que aquellos tiernos corazones se sintiesen estremecidos y acongojados ante la terrible presencia del infortunio.

La salud del santo patriarca José empezaba á resentirse; las continuadas horas de trabajo á que forzosamente tenia



que dedicarse para atender al sustento de su Familia, iban agotando sus fuerzas y haciendo más penosa su ancianidad.

Llegó un día en que sus brazos apenas podían resistir el peso de las herramientas. Su naturaleza había entrado en un período de decadencia y de postración que ya no le permitía obedecer á la energía de su espíritu.

Es muy posible que alguna vez, sin poder resistir el trabajo, cayese rendido sobre su modesto lecho.

Muy probable es también que aquella inmaculada Virgen y casta Esposa, llevase con sus dulces palabras y con sus cariñosos cuidados el más grato de todos los consuelos al corazón del patriarca.

Y es también muy lógico que el Hijo del Hombre, que dadas las condiciones de su humanidad, tanto amaría á aquellos Padres tan solícitos y cariñosos, se constituyese en el taller del patriarca como el único trabajador, para adquirir el preciso sustento de la Sacra Familia.

El silencio que sobre esta etapa de la vida de la Santa Familia guardan todos los escritores sagrados, no nos permite extendernos más que en apuntar algunas breves consideraciones que se desprenden de la razón y del sentimiento.

Si creemos que el Eterno Padre tenía fija su mirada en la modesta y pobre vivienda del patriarca, donde crecía el Hijo que muy luego había de consagrar su palabra y su existencia á la redención del género humano; no podía estar olvidada esta Santa Familia de su misericordia infinita.

Pero la ancianidad llevaba á José al sepulcro, y la angustia que empezó á aquejarle y su postración exigieron mayores cuidados.

Y María, con aquella ternura exquisita, con aquella soli-

cidad cariñosa, y con aquella dulzura sin ejemplo, velaba á la cabecera del lecho del patriarca, que exclamaba con profundo fervor:

— Bendito seas, Dios de Jacob: estoy dispuesto como siempre á tus designios: cúmplase en mí tu santísima voluntad.

Miraba luégo á su castísima Esposa, y al ver brillar una lágrima en sus dulces ojos, sentía una intensa amargura pensando en la soledad que habia de contristar un dia el corazon de la más santa de todas las mujeres.

Pero muy luégo cesaba esta ansiedad, porque elevando su vista al cielo, sentía descender sobre él la gracia y la inspiracion divina, que disipaba de su mente tan desgarradora idea; y entónces, en vez de aquella amargura, su corazon se henchia de consuelo, y sus ojos derramaban lágrimas de ternura y de reconocimiento.

Su fe incontrastable en el Señor, constituía el alimento de su alma piadosa.

Ya la enfermedad tocaba á su término.

Un dia se sintió el patriarca sin fuerzas para incorporarse en el lecho. Su respiracion era entónces fatigosa, y el mal estar que sentía le anunciaba la próxima separacion del espíritu de la materia.

La muerte habia puesto ya su pié en el umbral de la morada del anciano patriarca, y muy pronto llegaria al lecho del dolor.

— Me siento morir, dijo con voz balbuciente; siento que ya se concluye la mision que el Altísimo habia confiado á su siervo. Aceptad, Hijo mio, todos los sufrimientos de mi vida, y no me negueis un dia vuestra santa gloria.

Estas palabras hirieron vivamente los sagrados corazones de Jesus y de María.



La Santísima Virgen conoció que se acercaba la hora de la muerte de su casto esposo; postróse entónces humildemente á la presencia de su divino Hijo, y con toda la efusion de su alma le rogó que no desamparara en aquellos instantes supremos al que en la tierra habia merecido acompañarles y llamarse padre de Jesucristo.

— Acordaos, Hijo mio, del amor y humildad de vuestro siervo, del colmo de sus méritos y virtudes, de su fidelidad y solicitud conmigo, y que á vuestra grandeza y á mí, humilde Sierva vuestra, nos alimentó el justo con el sudor de su frente.

A todo lo cual el Redentor la contestó:

— Madre mia, aceptables son vuestras peticiones en mi agrado, y en mi presencia están los merecimientos de José. Yo le asistiré ahora, y le señalaré lugar y asiento para su tiempo entre los príncipes de mi pueblo, y tan eminente, que sea admiracion para los ángeles y motivo de alabanza para ellos y los hombres, y con ninguna generacion haré lo que con vuestro esposo<sup>1</sup>.

José escuchaba estas palabras, y su espíritu, inundado de alegría, empezaba á gozar una felicidad inexplicable.

María en tanto permanecía contristada al lado del moribundo.

— María... ¿Dónde estás? María, exclamaba José, ¿por qué te has separado de la cabecera de mi lecho?

El dolor de la Esposa era tan intenso, que apenas la permitió manifestar á José que no le habia abandonado.

Mas un amargo suspiro, que no pudo reprimir, conmovió de alegría el corazon del virtuoso patriarca.

---

<sup>1</sup> V. M. Agreda. Parte II, Lib. V, Cap. XV.



— ¡Ah! Perdóname, María. Ya sé que velas incesantemente, y que no me desamparas un momento. Ya sé que no descansas cuando yo padezco... Pero todos podemos consolarnos, porque Dios se apiada de nosotros, y hoy mismo quiere que descansemos.

Abrióse la puerta de la estancia en que yacian los dos Esposos entregados á sus meditaciones, y Jesus se adelantó acompañado de un venerable anciano de encanecida barba y espaciosa frente.

La llegada del sacerdote causó en sus ánimos una inexplicable impresion.

La idea de la muerte, la de la vida eterna, la separacion de los miembros de aquella Familia tan feliz, las esperanzas en el favor del cielo y los consuelos de su propia resignacion; todas estas ideas despertaban en aquellos sensibles corazones mil encontrados afectos, y les elevaba insensiblemente á otras regiones más dichosas, donde sólo pueden hallar alivio las almas oprimidas y desconsoladas.

Adelantóse Jesus hácia el lecho, y despues de haber besado tiernamente la surcada frente del patriarca, se colocó á su lado y permaneció silencioso. El Dios Hombre sabia que era llegado el momento de la despedida, y al imprimir un ósculo de paz en aquella cabeza encanecida, rendia el último tributo de su respeto, y sancionaba con este homenaje la santidad y merecimientos de José.

Aquel ósculo le despedia sobre la tierra, y le abria las puertas del paraíso.

Y como la muerte adelantase lentamente hácia el lecho del moribundo,

— No os afijais, Hijos míos, dijo éste con débil y pausado acento. Antes yo os ruego que contempleis la felicidad que

me rodea. Dios me llama á su seno y me promete su divina gloria por la intercesion de su querido Hijo. Sosegaos, sí, y no interrumpais con vuestro llanto las palabras que os quiere dirigir vuestro padre desde el borde del sepulcro.

José tomaba aliento para continuar, en tanto que María, ocultando su hermoso rostro entre sus manos, procuraba dominar la mortal angustia de que se hallaba poseida, y miéntras Jesus, agobiado por una pena inmensa, colocaba una mano en su pecho, como si quisiera imponer silencio á los latidos de su corazon.

— Esposa mia, prosiguió el anciano, Tú has sido el Angel que há puesto el Señor en mi camino para mi felicidad. Bendita seas mil veces, y bendita sea la hora en que la mano del Altísimo te puso bajo mi amparo y proteccion. Y Tú, Jesus adorado, no me abandones en estos momentos de agonía. Bendito seas tambien, pues has sido el Hijo más obediente y respetuoso, porque en tu frente veo resplandecer toda la gloria del Creador.

Yo me despido de Vosotros, pero no os desconsuele mi despedida, pues por la misericordia divina, confio en que nuestro separacion no será larga.

Y levantando su temblorosa y descarnada mano envió su bendicion y su despedida á aquellos dos Séres que habian sido los objetos más preciosos de su cariño.

¡Oh, qué espectáculo tan sublime y conmovedor! Toda la majestad del cielo habia descendido á aquella humilde morada. Mil y mil ángeles y serafines rodeaban aquel bienaventurado lecho, y bajaban á templar los acerbos dolores de la Sacra Familia, y á derramar sobre sus corazones el saludable bálsamo de la resignacion; miéntras el Hacedor Supremo abria sus brazos á su siervo, y le salia al encuen-



tro cercado de los resplandores de su inmarcesible gloria.

Y sin embargo, la condicion humana de Jesus y de María no podia evitarles las sensaciones del dolor. Era necesario sufrir, y en medio de su honda pena, ámbos cumplian la voluntad del Eterno Padre.

Despues del solemne acto que acababa de tener lugar, trascurrieron algunos momentos de silencio; el moribundo habia lanzado un suspiro é invocaba el nombre de Jesus, y le pedia que no le abandonase.

— Padre mio, descansad en paz, y recibid el lauro de vuestros merecimientos.

Acercóse entónces al lecho el sacerdote, y empezó á exhortar á José, dirigiéndole palabras de consuelo; Jesus procuraba animarle y fortalecer su espíritu; María oraba.

Los ojos del moribundo se dirigieron despues al cielo; sus labios ya no tenian movimiento, pero bien se comprendia que su alma, ántes de separarse del cuerpo, acudia al Señor para ofrecerle el holocausto de todos sus padecimientos, y para pedirle su divina gracia.

Una dulce sonrisa brilló por fin en los labios del anciano.

La muerte entónces posaba su mano sobre su helada frente, y el espíritu del santo patriarca volaba colmado de gloria á las mansiones donde los Santos Padres esperaban el santo advenimiento de Jesucristo.

— ¡ Dichosos los que mueren en el Señor! Exclamó solemnemente el Hijo de María.

— Dichosos y bien aventurados sean, repitió el sacerdote.

Jesus y su afligida Madre acercáronse á cerrar los ojos de José, y le tributaron las muestras de su cariño más tiernas y respetuosas.



Y como María continuase vertiendo copiosas lágrimas, Jesús la dijo:

— Madre mia, aun nos restan otros deberes que cumplir: llorad, sí, y lloremos sobre este cadáver; pero no olvidemos nunca la obediencia y la resignacion ante los decretos del Todopoderoso.

Poco despues, los amigos y deudos de José que acudieron á la casa del que acababa de espirar, tuvieron ocasion de conocer la sublime conformidad y heroica virtud de María, y de escuchar las dulcísimas palabras de consuelo que la dirigia su querido Hijo.

## CAPÍTULO IV.

### FUNERALES DE SAN JOSÉ.

El sol descendía en el horizonte; la brisa de la tarde empezaba á refrescar los pintorescos valles de Nazareth, y ya los labradores, fatigados despues de un dia de incesante trabajo, empezaban á recoger los aperos de su labranza para llegar con sus ganados á la poblacion ántes que anocheciera.

Quizas ninguno de ellos se sentia affligido por un pesar que desconocia; tal vez ninguno habia presentado un acontecimiento doloroso, y por eso volvian á sus hogares con la alegría en los semblantes y la felicidad en los corazones.

Y sin embargo, algunos habian de encontrar en su camino á personas cuya affliccion, recogimiento y desconsuelo habian de hacerles derramar una lágrima y murmurar una oracion.

Así era en efecto: siguiendo la márgen de una ladera, y en direccion á unos huertos sombríos y poco frecuentados por los habitantes de Nazareth, caminaba lentamente un pequeño cortejo fúnebre.

Sin duda alguna, el cadáver que conducian á la última



morada no pertenecía á ningun príncipe ni magnate de la tierra. No le seguian mujeres asalariadas hiriendo el viento con lastimeros ayes; aquel ataud no era de sicomoro con preciosos labrados; aquella comitiva no la formaba la multitud, ni tampoco las rasgadas vestiduras de los acompañantes dejaban entrever que aquel sér *que habia vuelto á hallar á su Padre*, era llorado por un pueblo, ni habia sido envidiado en la tierra por su poder y por su nobleza.

A pesar del modesto cortejo, era singularísimo y no ha tenido ejemplo.

Cuatro hombres pobremente vestidos, y con la cabeza descubierta y los piés descalzos, llevaban en hombros unas angarillas de tosca madera, sobre las que envuelto en un blanco sudario iba colocado el cadáver. Una Mujer hermosísima, en cuyo rostro, más embellecido por el dolor, brillaban en perfecta consonancia la majestad y la inocencia, y un Joven de grave aspecto y de resplandeciente faz, iban en pos, acompañados de algunos venerables ancianos de luega barba, y de tres mujeres del pueblo, en cuyos rostros iba igualmente marcada la huella del dolor más profundo y verdadero.

José, el carpintero de Nazareth, el varon santo que habia vivido ignorado en un rincon del universo, acababa de entregar su alma al Criador, y su sagrado cuerpo, al volver á la tierra, era acompañado por el Redentor del mundo y por la Reina de los Angeles.

Jesucristo era aquel hermoso Mancebo que con la frente descubierta seguia á los conductores del cuerpo de José; y María, la Virgen Escogida, era tambien la que regaba con sus lágrimas el tortuoso sendero que guiaba á la tumba de su casto esposo.



En aquel pequeño séquito y bajo humildes formas, caminaba la santidad y la virtud, escoltada y enaltecida por la piedad y por la omnipotencia.

Por eso los nazarenos que por acaso cruzaban la misma vereda, detenían su paso ante el cadáver, é inclinaban su cabeza movidos de un sentimiento instintivo de respeto y de compasion.

Por eso hasta los árboles más frondosos, mecidos por el viento, inclinaban sus copas, como si la naturaleza quisiera rendir el último homenaje al virtuoso varon y humilde descendiente de David, que mereció los nombres de esposo de María y padre de Jesucristo.

¿Qué importa que las gentes de Nazareth no entonasen cánticos en su alabanza, ni acudiesen á quemar el aloe y lá mirra al lado del cuerpo de José, si los ángeles enaltecian sus virtudes y el Hacedor le bendecia desde su reino, ciñéndole la corona de la inmortalidad?

¿Qué importa que en aquel dia no corriese de boca en boca el oscuro nombre de el carpintero que bajaba á la tumba, ni que su muerte apénas excitase la curiosidad de sus convecinos?

¡Vana compasion aquella que no emana de lo íntimo de nuestros corazones!

¡Vana compasion que nos ocupa un solo dia y viene á disiparse entre las sombras de la noche, para borrarse del pensamiento á los primeros albores de la mañana!

Sólo el humilde será enaltecido; sólo para él está reservada esa gloria futura que no se extingue con el trascurso de los siglos, y ni el poder, ni las riquezas, ni los blasones del potentado son bastantes para contrarestar las sábias leyes que el Hacedor ha escrito en el libro de la creacion.

Ejemplo palpable de esta verdad nos ofrece el enterramiento de José, que no supieron envidiar los Césares, y de cuyos detalles apenas quedaron huellas en la humana historia.

Y sin embargo, nadie más venturoso en aquel acto solemne, nadie más envidiable que el santo patriarca al ser conducido por sus parientes á la modesta sepultura.

Si reducido era el número de sus acompañantes, si los ecos del dolor no atronaban el espacio, trasponiendo los horizontes, en cambio aquellas silenciosas lágrimas, y aquellos comprimidos sollozos, eran la expresion del más íntimo sentimiento y de la más piadosa resignacion.

Ya se habian alejado de la ciudad, y entrando en un huerto cercano, guiaron sus pasos hácia un sitio que reconocieron cuidadosamente.

— Aquí es, exclamó el anciano Zebedeo, el pescador, que era uno de los acompañantes.

Todos se detuvieron y descansaron un momento.

Algunos ladrillos que sobrepuestos en la tierra habian formado en otro tiempo una figura rectangular, se conservaban todavía enclavados en el suelo, y demostraban á los nazarenos que en aquel lugar se habia verificado un enterramiento.

— Ayer vinimos, prosiguió el anciano, á depositar en este huerto los helados cuerpos de los queridos padres de José; mis cabellos eran negros todavía. Yo coloqué estas señales. ¡Bien haya el mortal que vuelve al seno de la tierra en medio de las bendiciones de sus hermanos!

María Cleofás, hermana de José, suspiró profundamente conmovida, y todos los circunstantes se postraron en tierra para elevar sus preces al Todopoderoso.



Allí se renovaron con más abundancia las lágrimas de María; allí Jesus levantó el blanco sudario que cubria el cadáver, para estrechar entre sus brazos por última vez al que habia respetado y obedecido con la sumision de un hijo cariñoso.

En tanto cavábase la fosa, y los acompasados golpes de la azada solo eran interrumpidos por los sollozos que exhalaban aquellos corazones traspasados por la intensidad del sentimiento.

Nada más conmovedor, nada más sublime que aquella escena.

La piedad y la resignacion cristiana empezaban á florecer; Jesucristo moraba entre los hombres, y en torno suyo, y en el seno de su Familia, no podian ofrecerse sino ejemplos de caridad y de misericordia.

El crepúsculo de la tarde parece que tambien habia querido escribir en la naturaleza una página de dolor, prestando al cielo y á la tierra los tesoros de una dulce melancolía, y hasta el viento tendió sus alas hácia otros horizontes, temeroso de profanar con el más leve rumor aquel santo recogimiento.

Uno de los ancianos que se hallaban presentes, esparció á los lados del cadáver varios manojos de yerbas olorosas que hizo arder, á fin de rendir de este modo el último tributo que su fervor le dictaba, á uno de sus hermanos que le habia precedido en el trance angustioso de la muerte.

La fosa era ya bastante profunda.

¿Qué faltaba para terminar esta escena tan desconsoladora como solemne?

— ¡El Señor lo ha querido! Dijo Jesus dirigiendo una mirada de compasion á su querida Madre.



— ¡Dios lo ha querido! Repitió María.

Y como si en estas palabras de consuelo la hubiese dirigido Jesus una tierna reconvencion,

— No te ofendan, Dios mio, continuó elevando sus ojos al cielo, no te ofendan estas lágrimas que vierto al mirar por última vez á mi querido esposo. Yo acato tus altos designios, y me humillo y reverencio tu eterna sabiduría.

Los golpes de la azada ya no se escuchaban, y todos permanecian abismados y como indecisos, no atreviéndose á arrebatarse de los brazos de Jesus y de María el cuerpo santo de José.

¿Quién se hubiera atrevido en aquellos instantes á levantar la voz para distraer la meditacion de los que, postrados é inmóviles, fijaban sus ojos en aquellos venerables restos que ya demandaba la tierra.

¿Qué elogio fúnebre hubiera sido bastante para enaltecer las virtudes de José?

María, en aquellos momentos, recordaba con ternura todos y cada uno de los dias en que su esposo la habia acompañado. Ella le contemplaba en Belen sufriendo los rigores del invierno, y buscando de puerta en puerta un hospitalario techo para albergar á su amada Compañera; en Egipto, huyendo de la persecucion del cruel Herodes; en Jerusalem, transido de dolor buscando á su querido Hijo; y en Nazareth, en fin, trabajando noche y dia para alimentar con el sudor de su frente á los caros objetos de su más acendrado cariño. En todas partes hallaba las huellas de su santidad, y todos estos recuerdos arrancaban á sus ojos el tierno llanto que era la más fiel expresion y el más cierto testimonio de la historia de sus virtudes.

Pero el momento de la separacion habia llegado. La Es-

posa de José tenía que reunir todas sus fuerzas para la despedida.

Ya la noche desplegaba su negro manto, y era preciso rendir el último homenaje que la piedad y la religion aconsejaba á aquellos oprimidos corazones.

Volvióse á cubrir con el mayor esmero el cuerpo de José, y colocándole en el fondo de la sepultura, bien pronto desapareció bajo una y otra capa de tierra.

Cuando los parientes y deudos de José terminaron su misericordioso trabajo y se disponian á volver á sus hogares, Jesus y María aun permanecian de rodillas, y con los brazos elevados al cielo, aun pronunciaban con efusion el nombre de José, y pedian al Hacedor la eterna recompensa que á los justos tiene prometida.

Por fin aquel grupo de nazarenos que habian concurrido al enterramiento del santo patriarca, se alejaron lentamente de aquel sitio dirigiéndose á la poblacion.

El huerto quedó solitario; la tumba del santo patriarca habia sido señalada con unos ladrillos, segun era costumbre entre las clases que no tenian los medios de erigir un sepulcro majestuoso labrado en peña viva y revestido de mármoles y de bronces de Corinto; empero al lado de aquella fosa habia quedado la huella del Redentor, y la tierra que la cubria habia sido regada con las lágrimas de la Reina de los cielos.

Una hora despues, Jesus y María penetraban en su pobre vivienda, y contemplaban con inmensa pena aquel hogar donde habian hallado tantas veces el reposo y la felicidad.

El banco en que José solia trabajar con tanta asiduidad y constancia estaba arrinconado, y las herramientas del laborioso carpintero yacian abandonadas.



¡Ay! Allí sólo quedaba ya el recuerdo de una existencia que se habia extinguido para siempre.

Aquella Familia habia perdido su padre.

La Esposa ya no podía abandonarse al amparo y solicitud de su esposo.

El Hijo ya no tenia en la tierra á quien dar el nombre cariñoso de padre.

Pero José gozaba de la eterna bienaventuranza; José habia ya cruzado el valle de lágrimas, y su Esposa y su Hijo le bendecian, y bendecian mil veces su memoria.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



# INDICE.

DEDICATORIA. . . . .	III
----------------------	-----

## PARTE PRIMERA.

### LIBRO PRIMERO.

#### CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS.

CAPÍTULO PRIMERO. — Nazareth. . . . .	5
CAP. II. — Las profecías. . . . .	9
CAP. III. — Los descendientes de David. . . . .	19
CAP. IV. — La esposa estéril. . . . .	23
CAP. V. — Oprobio y consuelo. . . . .	27
CAP. VI. — La recién nacida. . . . .	33

### LIBRO SEGUNDO.

#### ESTRELLA DEL MAR.

CAP. I. — La Purificación. . . . .	39
CAP. II. — La dicha del hogar. . . . .	48
CAP. III. — El viaje. . . . .	56
CAP. IV. — El templo de Jerusalem. . . . .	61
CAP. V. — La Presentación. . . . .	68

### LIBRO TERCERO.

#### MARÍA EN EL TEMPLO.

CAP. I. — Melancolia. . . . .	75
CAP. II. — La Elegida de Dios. . . . .	83
CAP. III. — Las vírgenes del Señor. . . . .	89
CAP. IV. — El regreso. . . . .	96
CAP. V. — La habitación de María. . . . .	103
CAP. VI. — Ocupaciones de María. . . . .	110
CAP. VII. — Muerte de Joaquin y Ana. . . . .	118

## LIBRO CUARTO.

## MARÍA HUÉRFANA.

CAP. I. — El voto. . . . .	125
CAP. II. — María. . . . .	131
CAP. III. — El consejo de familia. . . . .	138
CAP. IV. — La eleccion. . . . .	145
CAP. V. — El ramo florido. . . . .	149
CAP. VI. — El desposorio. . . . .	157

## LIBRO QUINTO.

## MARÍA ESPOSA.

CAP. I. — El hogar doméstico. . . . .	171
CAP. II. — La Anunciacion. . . . .	180
CAP. III. — La Visitacion. . . . .	187
CAP. IV. — Los celos. . . . .	202
CAP. V. — La Natividad. . . . .	214

## PARTE SEGUNDA. — EL IMPERIO IMPÍO.

## LIBRO PRIMERO.

## EL PODER DE ROMA.

CAP. I. — Julio César. . . . .	229
CAP. II. — Una esposa fiel y un amigo traidor. . . . .	236
CAP. III. — La muerte de César. . . . .	246
CAP. IV. — El vengador de César. . . . .	256
CAP. V. — El amor y la política. . . . .	261
CAP. VI. — Rivalidades. . . . .	273
CAP. VII. — El plan de una intriga. . . . .	288

## LIBRO SEGUNDO.

## ABNEGACION.

CAP. I. — Un viajero misterioso. . . . .	303
CAP. II. — El calabozo. . . . .	314
CAP. III. — Conato de evasion. . . . .	327
CAP. IV. — Nuévas complicaciones. — La fuga. . . . .	340
CAP. V. — En salvo. . . . .	359

LIBRO TERCERO.

LA VUELTA DEL ESCLAVO.

CAP. I. — El embajador de Cleopatra. . . . .	363
CAP. II. — Alianza ofensiva y defensiva. . . . .	377
CAP. III. — La pequeñez de un grande hombre. . . . .	390
CAP. IV. — La señora y el esclavo. . . . .	400
CAP. V. — La alianza deshecha. . . . .	419

LIBRO CUARTO.

MARIANNA.

CAP. I. — Melancolía. . . . .	427
CAP. II. — Reconciliacion. . . . .	443
CAP. III. — Los celos. . . . .	447
CAP. IV. — Un golpe de mano. . . . .	457
CAP. V. — Ojo por ojo y diente por diente. . . . .	472
CAP. VI. — Las aguas buscan su nivel. . . . .	481
CAP. VII. — El triunfo. . . . .	492
CAP. VIII. — Ilusiones desvanecidas. . . . .	504

LIBRO QUINTO.

LA CAIDA DE ANTONIO.

CAP. I. — La demencia del orgullo y la demencia del amor. . . . .	507
CAP. II. — Un momento de razon. . . . .	532
CAP. III. — Mirada retrospectiva. — Triunfo de Cleopatra. . . . .	543

LIBRO SEXTO.

EL OPRESOR DE ROMA.

CAP. I. — La muerte de Antonio. . . . .	567
CAP. II. — El áspid. . . . .	578
CAP. III. — Octavio Augusto. . . . .	588

• PARTE TERCERA. — LA VIRGEN MADRE.

LIBRO PRIMERO.

LA CUEVA DE BELEN.

CAP. I. — La adoracion de los pastores. . . . .	597
CAP. II. — Los Magos. . . . .	605



CAP. III. — Reparacion de la estrella. . . . .	626
CAP. IV. — Regreso de los Magos. . . . .	636

## LIBRO SEGUNDO.

## DIMAS.

CAP. I. — Los bandoleros. . . . .	639
CAP. II. — La fatalidad. . . . .	635
CAP. III. — El combate. . . . .	668
CAP. IV. — Gozo de Maria. . . . .	678

## LIBRO TERCERO.

## CRUELDAD DE HERODES.

CAP. I. — La Purificacion. . . . .	683
CAP. II. — El primer mártir de la verdad. . . . .	692
CAP. III. — El terrible decreto. . . . .	699

## LIBRO CUARTO.

## HUIDA Á EGIPTO.

CAP. I. — Salida de Nazareth. . . . .	709
CAP. II. — La sorpresa. . . . .	719
CAP. III. — El desierto. . . . .	728
CAP. IV. — Muerte de Herodes. . . . .	743

## LIBRO QUINTO.

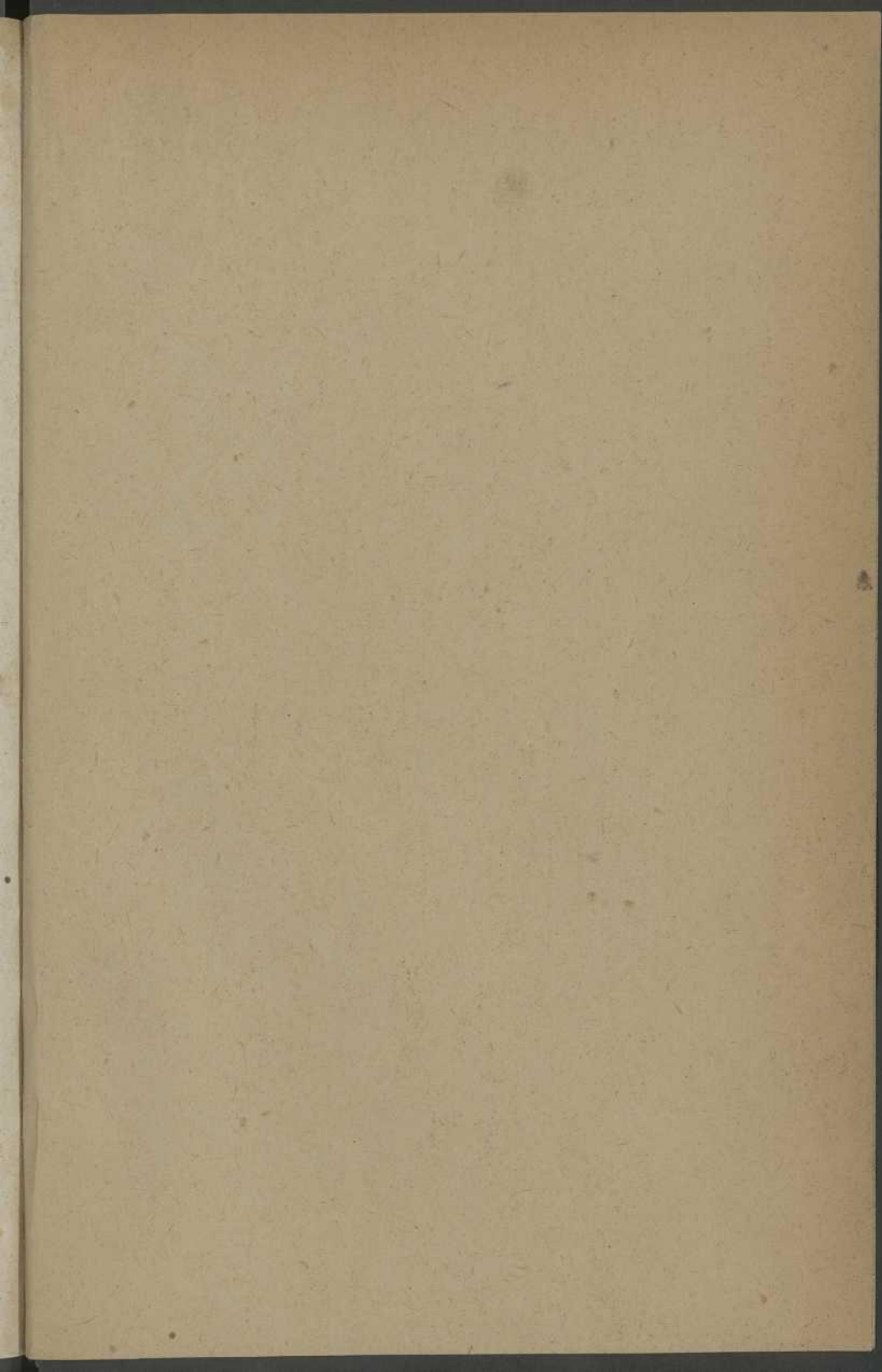
## EL REGRESO Á LA PATRIA.

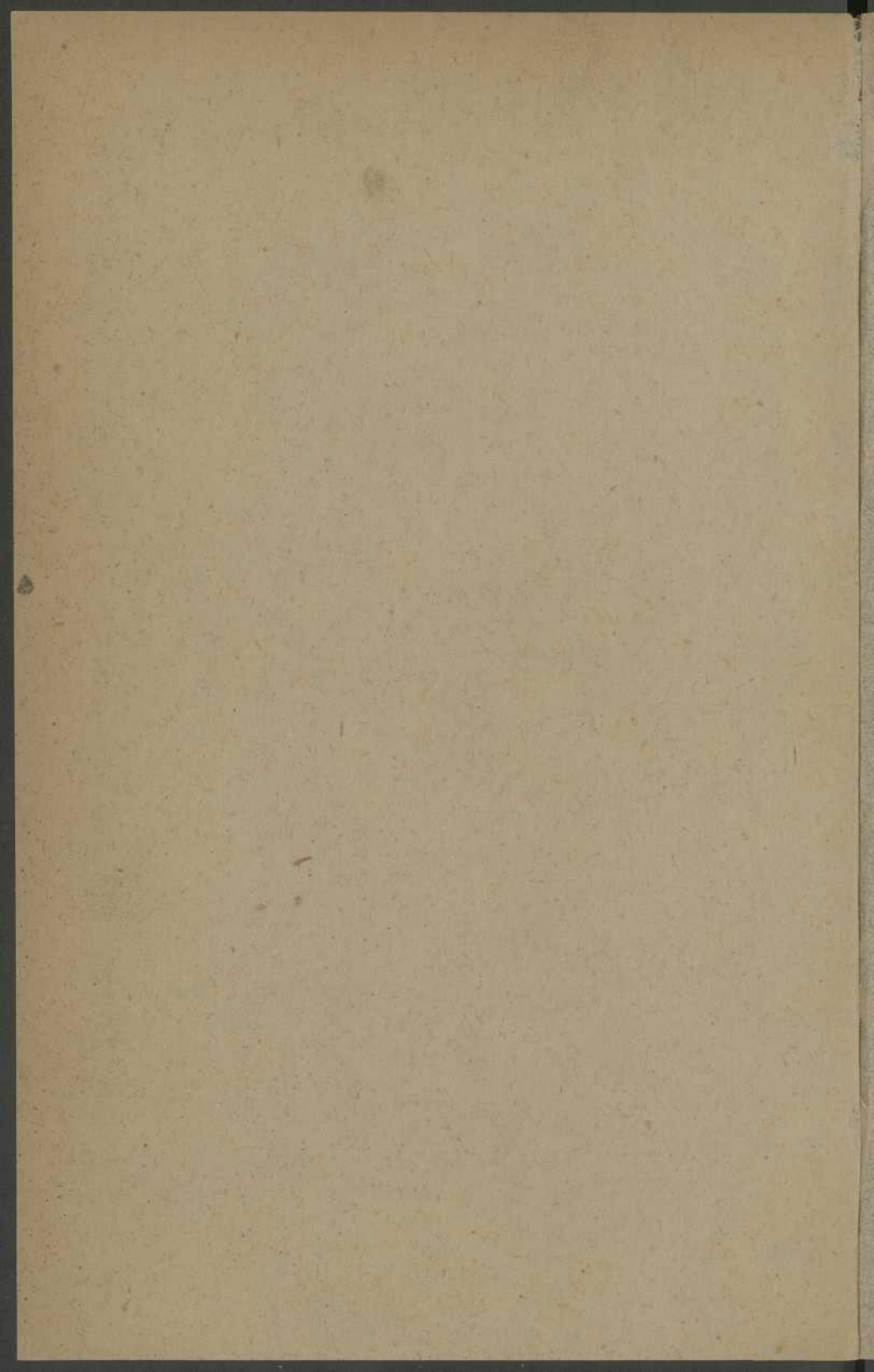
CAP. I. — Nazareth. . . . .	751
CAP. II. — La celebracion de la Pascua. . . . .	762
CAP. III. — Jesus entre los doctores. . . . .	768

## LIBRO SEXTO.

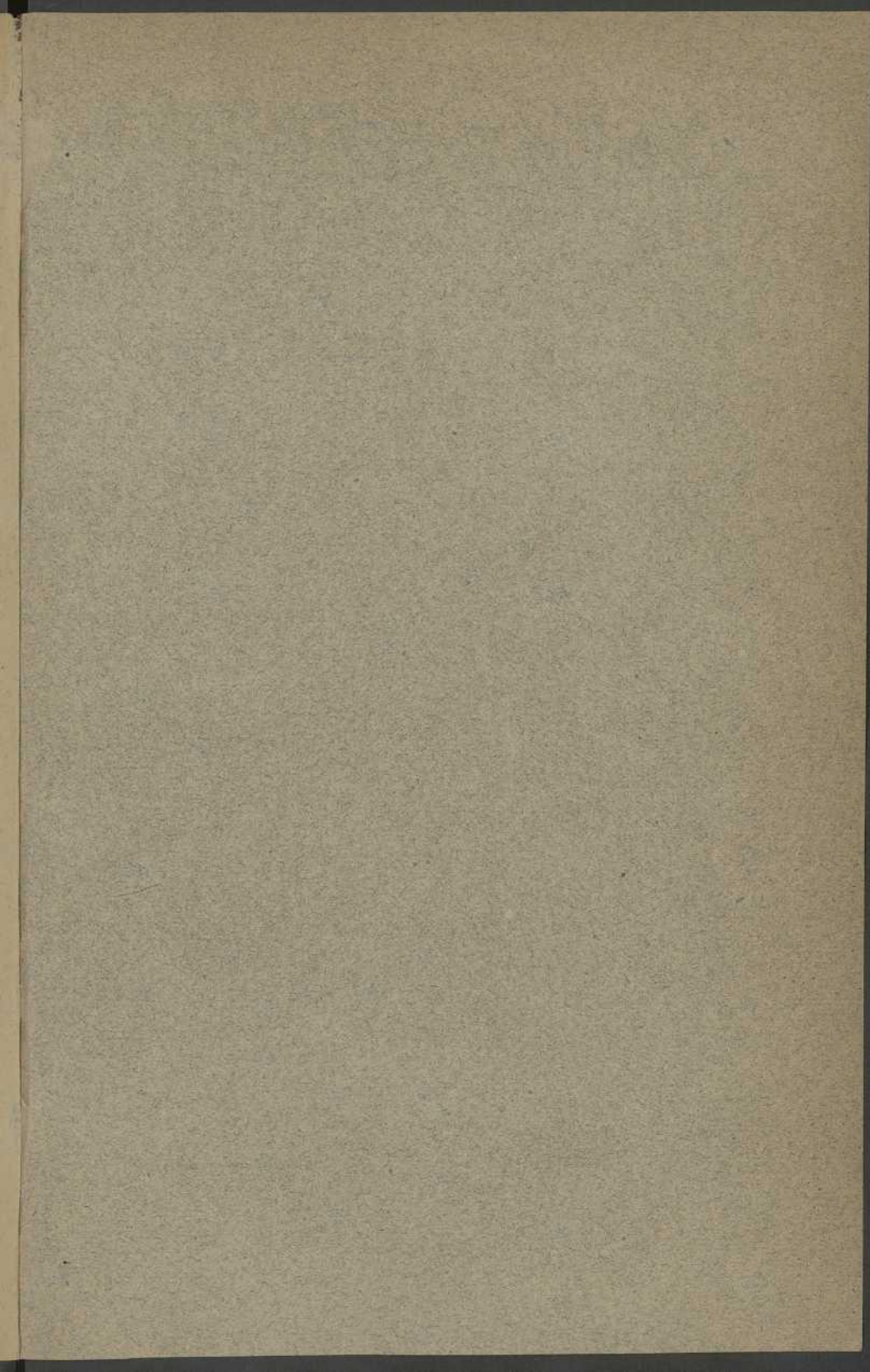
## LA SANTA FAMILIA.

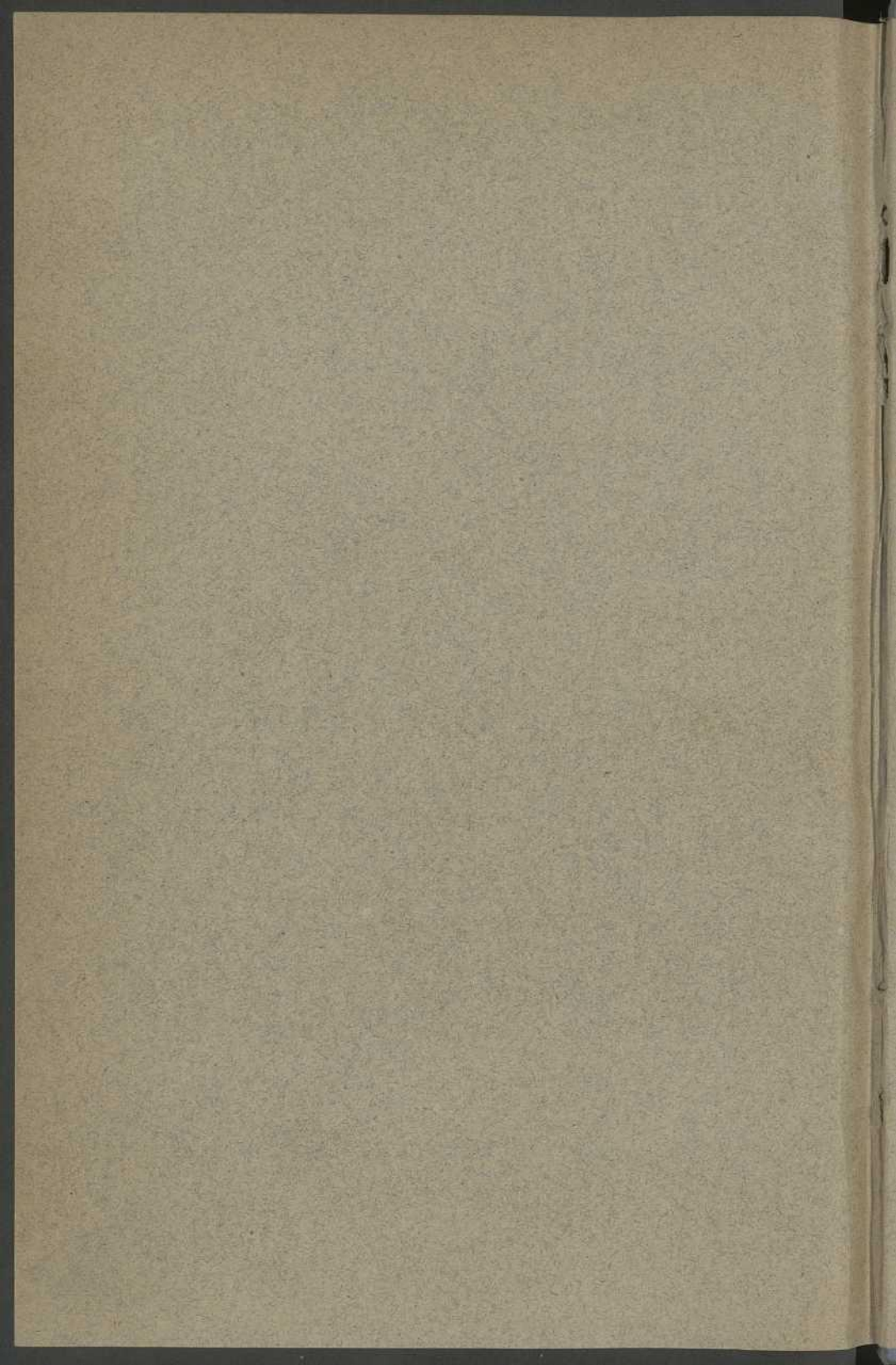
CAP. I. — La vida de Nazareth. . . . .	777
CAP. II. — Educacion de Jesus. . . . .	781
CAP. III. — Muerte del patriarca. . . . .	788
CAP. IV. — Funerales de San José. . . . .	797



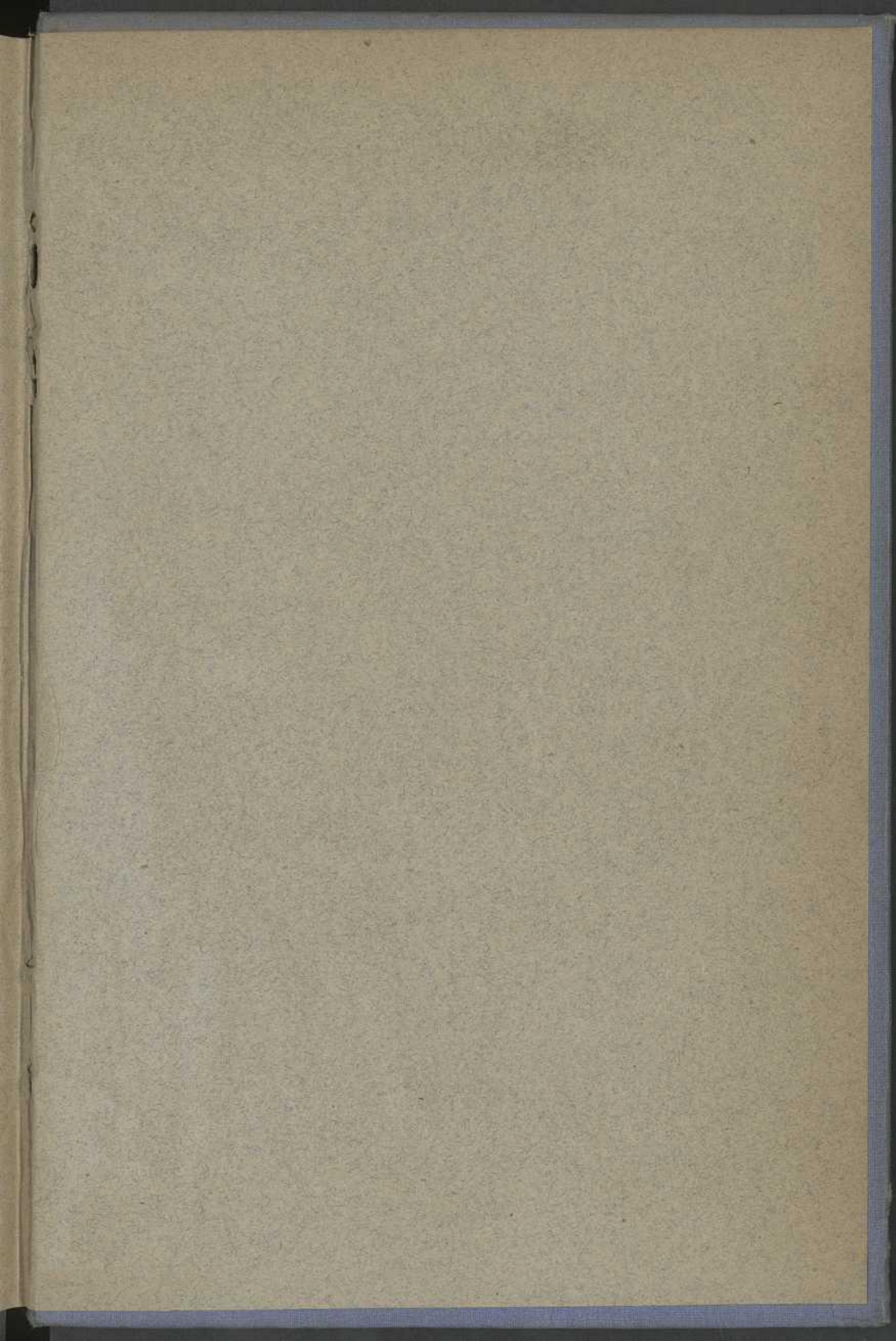




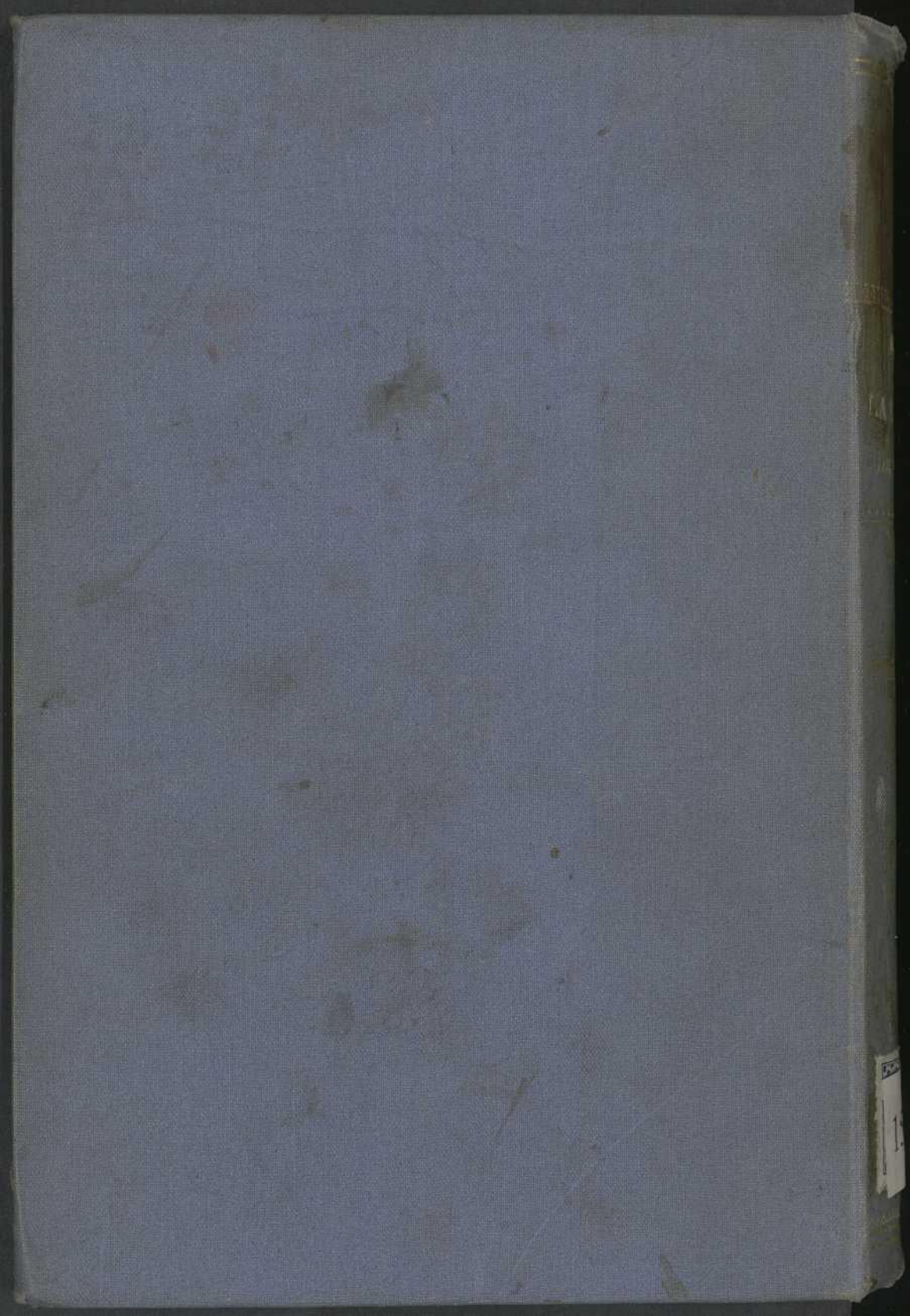












Galicia

LA ESTRELLA  
DE NAZARET

1

15.353